

**TERESA SÁNCHEZ  
ROMERO**

**TODDO COMENZÓ  
EN MIELLEC**



Todo comenzó en Mielec

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

NO SE PERMITE LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTA OBRA, NI SU INCORPORACIÓN A UN SISTEMA INFORMÁTICO NI SU TRANSMISIÓN EN CUALQUIER FORMA O POR CUALQUIER MEDIO, SEA ESTE ELECTRÓNICO, MECÁNICO, POR FOTOCOPIA, POR GRABACIÓN U OTROS MÉTODOS, SIN EL PERMISO PREVIO Y POR ESCRITO DEL AUTOR. LA INFRACCIÓN DE LOS DERECHOS MENCIONADOS PUEDE SER CONSTITUTIVA DE DELITO CONTRA LA PROPIEDAD INTELECTUAL (ART. 270 Y SIGUIENTES DEL CÓDIGO PENAL).

TÍTULO: *TODO COMENZÓ EN MIELEC.*

©TERESA SÁNCHEZ ROMERO.

DISEÑO DE PORTADA: ANA B. LÓPEZ.

CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: ANA B. LÓPEZ.

[HTTP://SOYCORRECTORADETEXTOS.BLOGSPOT.COM.ES/](http://SOYCORRECTORADETEXTOS.BLOGSPOT.COM.ES/)

Todo comenzó en Mielec

TODO  
COMENZÓ  
EN MIELEC

TERESA SÁNCHEZ ROMERO

---

---

---

# TODO COMENZÓ EN MIELEC

## CAPÍTULO I

Mielec era una ciudad que necesitaba motivos para reír después de haber sido diezmada en la Segunda Guerra Mundial. Pero de lo que no hay duda es que aún huye del miedo y de la incertidumbre por su condición de haber atravesado situaciones que, sin haber sido deseadas, habían dejado en ella unos posos difíciles de limpiar. Esto inquietaba a sus habitantes como una catarsis que les hacía ser huidizos.

Corrían los años cincuenta, luego de finalizar una cruenta guerra civil en España y el final de otra mundial, no menos atroz, orquestada por los nazis. Y cuando todo parecía volver a la calma, una tarde de otoño y bajo un cielo plomizo en la ciudad polaca de Mielec, Anna se despertó improvisadamente de su letargo bajo las campanadas del reloj de la iglesia mayor después de una noche de vigilia en el hospital. Anna era una de esas mujeres que se sentía íntimamente implicada en la causa de los más desfavorecidos. Aquella misma noche había estado dando consuelo a un enfermo.

Los vecinos, en aquel día gris que invitaba a la melancolía, aquellos que se encontraban ociosos en las tabernas, dejaron sus tertulias y, como si fueran llamados a una revolución, corrieron en tropel, curiosos, hacia la plaza de Niepodleglosci para saber más sobre un suceso acaecido en una casa abandonada y lúgubre, donde unos jóvenes “hippies” habían encontrado en un sótano húmedo y oscuro a un hombre que parecía estar abandonado a su suerte. El hombre vestía con harapos, barba larga hasta la cintura y melena que rozaba el suelo, su cuerpo parecía extremadamente frágil y delgado.

El hombre, al verse descubierto por los jóvenes, bajó su mirada al suelo y se aferró al mugriento jergón donde se encontraba recostado con tanta

fuerza que parecía rayar el pánico, reflejándose en su mirada cansada y huidiza que había llevado una vida que había sido de muy largo sufrimiento.

Después de darse la voz de alarma, los curiosos de aquel barrio llegaron antes que la policía, y estos ya habían ocupado el zaguán de la casa. Poco después, la autoridad avisó a los servicios médicos que, inmediatamente, llegaron con una ambulancia al lugar del hallazgo. En ella venía un médico de urgencias que, al llegar a la casa, se abrió paso a codazos entre los curiosos hasta llegar al oscuro sótano donde había sido encontrado el indigente. El facultativo, una vez allí, ante aquel hombre, y después de una primera observación en la penumbra del sótano, sintió por primera vez desde que estaba ejerciendo como médico cómo su nivel de adrenalina descendía más de lo normal. Nunca había visto a un ser humano en esas condiciones tan infrahumanas. Minutos después, y cuando logró recuperarse, decidió llevarlo al dispensario médico para hacerle una exploración.

Cuando la ambulancia cruzaba la calle Dabroioki de Mielec, con la sirena conectada a todo gas, alertando a los ciudadanos de su urgencia, algunas mujeres ancianas, al paso de la ambulancia, enjugaban lágrimas de indefensión al saber que habían encontrado a un hombre en muy malas condiciones de salud. La nieve se solidarizó con la tragedia y empezó a caer pausadamente por primera vez al término del verano, acomodando sus copos en las ramas de los árboles y de los parterres del parque de Niepodlegkosci, que en esos momentos se encontraba solitario. Anna, al sonido de la sirena, se despertó y se asomó curiosa a la ventana. Al ver a la gente que iba tras la ambulancia, salió al rellano de su casa de la calle Dabróeuki nº 12, descolgó el abrigo del perchero. Sin peinarse, se encajó un gorro y descendió por las escaleras, mientras se puso el abrigo precipitadamente. Una vez en la calle, corrió hacia el dispensario médico presintiendo que se trataba de algo muy grave.

Mientras, en el inicio del otoño, descendía con rigor la temperatura y esta se hacía sentir como un cloroformo frío, no exento de paralizar los músculos.

Camino del ambulatorio y en la ambulancia, el hombre, ignorando su destino, retorció los dedos de las manos nerviosamente. Sus extraños ojos azules, de dilatadas pupilas, estaban fijos en una bolsa raída y mugrienta que apretaba con su mano derecha, pareciendo ser la única razón de su existencia.

La ambulancia llegó al ambulatorio. En la sala de urgencias y cuando estaba tendido en la camilla de reconocimiento, el hombre al que acababan de encontrar miraba al médico, y en aquel cara a cara, en sus ojos, pudo el médico apreciar el calvario que había vivido en soledad. Entre los dos se hizo un silencio que despertaba las conciencias. De repente, la puerta se abrió violentamente, un policía arrogante, poseído por el grado de autoridad que le daba el uniforme, entró en la sala como un energúmeno sin pedir permiso. El hombre lucía una guerrera demasiado larga para su baja estatura, dándole aspecto de tortuga, haciendo destacar aún más sus cortas piernas. De edad aproximada a los sesenta años y con total impunidad, se puso ante el hombre recién rescatado. Al mirarlo por unos instantes, pareció dudar de su cometido, aquel hombre por su estado aparentaba ser un anciano y cuando el policía se recuperó de la primera impresión, acercándose a la camilla donde se encontraba aquel hombre, con voz seca le pidió su documentación. En esos momentos se volvieron a oír unos pasos cortos, seguros y apresurados. Se abrió de nuevo la puerta y, tras ella, apareció Anna, una joven que no aparentaba más de dieciocho años, funcionaria de Servicios Sociales. Alta, delgada, de ojos de un intenso azul transparente y mirada dulce, que, al ver al hombre sentado sobre la camilla de reconocimiento, envuelto en una inmensa mata de pelo, se quedó parada ante él, como si le hubieran adherido dos pesas de hierro a cada uno de sus pies, invadiéndole en esos momentos sensaciones

extrañas, emociones que eran imprecisas y misteriosas desde una dimensión distinta al tiempo en el que estaba viviendo, y mirándolo le pareció oír voces de un pasado que no era el suyo.

El hombre, en esos momentos, temblaba como una hoja de papel en medio de un huracán. En sus ojos había una expresión de terror. Anna le cogió la mano mientras lo miraba con dulzura. El hombre parecía distraído. Anna, por curiosidad, siguió la dirección de su mirada y constató que la tenía fija en una bolsa pequeña, ennegrecida por el tiempo, que se encontraba encima de la mesa del doctor, interpretando Anna que aquel objeto era lo que podía justificar su terror al no tenerla junto a él. Cuando Anna se acercó más a él, en su proximidad le pareció ver a un hombre aún joven. Huelga decir que por su aspecto parecía ser un anciano, pero estaba segura de que no contaba los veinticinco años y, en ese instante, decidió averiguar quién era.

El policía permanecía parado en medio de la sala, presumiendo de tener capacidad y criterio para someter con su autoridad a aquel pobre hombre que no era más que un ser humano indefenso, pero eso no le impidió que dejase de insistir una y otra vez en la necesidad de interrogar al hombre. Ante su empeño y tenacidad, parecía una de esas personas que no dejan ser felices a nadie.

¿Qué había en ese hombre apagado y triste que incitaba al policía a comportarse como un demente? ¿Sabía acaso quién era aquel desvalido?

Entonces, si no lo conocía, ¿cuál podía ser la oculta razón de su empeño?

Anna, después de observar por unos momentos al policía, reaccionó y gritó más mirándolo desafiante con sus ojos azul cielo que parecían desprender destellos cegadores.

—Este hombre no puede ser interrogado en estas condiciones, no sin antes pasar por el registro de Asuntos Sociales, del cual soy su máxima autoridad en estos momentos.

El policía la miró con mirada displicente y salió sin decir palabra, moviendo la cabeza de un lado para otro, murmurando:

—Esto no va quedar así.

Anna miró al hombre y vio cómo su rostro flaco, peludo y melancólico, de mirada triste, se iluminó; la hizo estremecer y, al mirar de nuevo su aspecto detenidamente, vio en esa mirada un aura inocente, casi infantil, como de quien no ha vivido ni la niñez ni la juventud. Este hecho le hizo pensar que podía haber sido perseguido.

También lo imaginó mientras lo observaba rozando el borde de la camilla donde estaba echado: entonces cerró los ojos y, como si la historia de ese hombre la estuviera viendo en su imaginación, pudo ver, casi con precisión milimétrica, que se encontraba dentro de un cuadro repugnante en el que se podía apreciar al perseguidor tras él y que después de alcanzar su presa este se inclinó sobre él y tocó con sus sucias manos su cara, mientras vilmente se recreaba, midiendo el grado de terror de aquel hombre al que tenía sometido y que sabía para su regocijo que estaba sintiendo pavor. Anna, mirándolo fijamente, pudo llegar más lejos. En su mente creyó ver la silueta del agresor y que su rostro malvado debía de haber tenido una expresión horrorosa, de crueldad desmedida, o quizás de una feroz locura que hizo que se quedara grabada para siempre en la mente de aquel desgraciado.

Esto le propició pensar que no podía ser otra cosa que una víctima que pudo huir y que era un superviviente milagroso del Holocausto.

¿Pero cuánto tiempo estuvo escondido en aquella casa abandonada?

Y suponiendo que la familia que le protegía muriese antes de terminar la contienda, ¿quién lo había estado alimentando desde entonces?

Anna recapacitó sobre todo lo sucedido y comenzó a hacer conjeturas. Pensó que quizás no era tan niño, sino un adolescente cuando sus padres decidieron encerrarlo tan solo para protegerlo de una muerte segura.



Mirándolo, se hacía estas y otras muchas preguntas que, por el momento, no tenían ninguna respuesta.

Tenía que haber por necesidad alguien que, después de la muerte de la familia que habitaba aquella casa, y que daba por supuesto debía de tener alguna noticia de que en aquel sótano se escondía un ser humano, o tal vez ese alguien estaba enterado desde el primer día en que llegó a aquella casa y que por desapego a todo lo vinculado con la guerra se olvidaron de él, también pudiera ser que fuera por alguna otra razón desconocida, o quizás justificada, a Anna solo le consolaba pensar que aquel hombre lo abandonaron por algo justificable como enfermedad de los habitantes de aquella casa.

¿Qué motivos tan graves pudieron haber para que no le dijeran que la guerra había terminado? Ese hombre guardaba demasiadas incógnitas.

Anna, ante aquel enigma, llegó a pensar muchas cosas. ¿Y si fuera hijo de un nazi que, arrepentido de estar cometiendo esas atrocidades, decidió apartarlo de aquel maldito infierno?

Anna, mientras lo miraba, seguía dando rienda suelta a su calenturienta imaginación.

¿Pero quién podía tener un corazón tan deshumanizado para tener a un ser escondido y engañado viviendo como si fuera un animal?

¿Qué misterio escondía ese hombre que tanto empeño ponía el policía para descubrir quién podía ser?

Anna no tenía palabras.

El médico, ante aquel hombre, después de hacerle un reconocimiento exhaustivo, sintió en su cabeza un vértigo inexplicable y dejó caer su cuerpo con desgana en el sillón tras la mesa de su consultorio. De su boca salió un suspiro entrecortado de impotencia, mientras sus ojos de color gris claro se anegaban en llanto y supo en aquel momento que ese hombre, sin duda

alguna, podía haber sido una de las muchas víctimas inocentes de la crueldad de la guerra.

Furioso, el galeno dio un manotazo sobre la mesa y se limpió las lágrimas con la manga de la bata. Aquel hombre que se encontraba postrado ante él era una víctima más de tantas que habían sido abandonadas por una guerra sin razón. También supo con certeza que aquel ser estaba y estaría marcado de por vida por aquella tragedia que él ni tan siquiera vivió en primera persona. Pero sí vivió indirectamente, percibiendo ese horror en sus propias carnes. El horror de la soledad y el abandono, unido al de perder a sus seres más queridos en su más tierna edad y sin que nadie le dijera la razón.

Anna siguió inmóvil junto a la camilla donde descansaba el hombre y, tomándolo del brazo con ternura, lo incorporó y acercó su mano temblorosa y huesuda hacia la mesa del doctor. El incesante temblor de su cuerpo era perceptible. Cuando cogió la bolsa, una vez recuperada, al tenerla en su mano, se aferró a ella dando a entender que era su máspreciado tesoro.

Cuando el médico dio por terminado el largo reconocimiento que le hizo en el dispensario, permitió que la asistente social lo trasladase hasta el albergue. En la misma ambulancia fue llevado a la casa de acogida. Cuando llegaron a su destino, siempre acompañado por Anna, en la puerta parecía esperarlos un hombre muy alto y feo, con cara de mono, ojos saltones y mirada glacial, que, al verlos, no dijo nada, solo se limitó a mirar.

La joven pasó rozando el brazo de aquel hombre que parecía estar esperando a alguien apostado en la puerta de la casa de acogida, pero no le dio importancia. Se sentía tan angustiada en esos momentos que no tenía palabras para expresar la secreta agonía que sentía su alma. Ese hombre había sido rechazado de la sociedad antes de saber si, en realidad, era culpable de algún delito y sintió vergüenza de haber pertenecido a una generación que no había querido saber nada de lo que pasó en Auschwitz. Porque nadie es

merecedor de ser castigado a la más cruel soledad. Y creía con sinceridad que a ese hombre se le debía un reconocimiento moral por parte de la sociedad, por haber tenido que sufrir una de las más crueles humillaciones, como fue el abandono por una guerra absurda producida por la ambición de los hombres.

Eso si algún día lo podía demostrar, se dijo para sí, pues en su imaginación creía adivinar quién podía ser aquel hombre.

Esto se repetía una y otra vez en su cerebro. Y este pensamiento a Anna la hacía sentir incómoda, como si una daga le hubiera penetrado en su cuerpo.

Volvió a la realidad, abandonó sus pensamientos y ya en el pasillo retrocedió unos pasos. Miró hacia la puerta de la calle, sorprendida y, al mismo tiempo, distraída, preguntó al hombre que estaba apostado en el quicio de la puerta.

—¿Qué desea?

El hombre la miró, no dijo nada, pero Anna vio que su mirada parecía desprender amenazas ocultas, desapareciendo en unos segundos como una exhalación por la estrecha y oscura callejuela.

Aquella noche, sentada ante su mesa de trabajo, y después de acomodarlo en una de las habitaciones, intentaba recomponer el rompecabezas que ese hombre, con solo su presencia y su mirada, parecía rogar que resolviera. Se acostó y, aún despierta, le dieron las cuatro de la madrugada. Aquella noche el cielo era un inmenso manto negro donde no tenían cabida ninguna estrella. De pronto, el clima se tornó ventoso, las nubes se cargaron, empezando a caer una lluvia pertinaz. Ya estaba empezando a amanecer y aún no había podido conciliar el sueño, sus pensamientos eran contradictorios, entre el pasado de Polonia y el presente que estaba viviendo.

No podía dormir y decidió levantarse. Sentía sus ojos secos, aquella madrugada le parecía infernal y, además, le dolía enormemente la cabeza. Las noches de viento solía encontrarse nerviosa. Se levantó y se dirigió al

pequeño botiquín para buscar entre los fármacos algo que le pudiera aliviar la jaqueca. Mientras buscaba, miró por la ventana y vio, sorprendida, cómo el viento virulento de repente se tornó en calma. También había cesado el ruido chirriante que hacía vibrar la farola movida por el viento. La lluvia torrencial, que no había cesado en toda la noche, se convirtió en suave llovizna. Anna salió del botiquín con una pastilla en la mano, se paró unos momentos en el pasillo para ver si todo estaba en orden cuando, sorprendida, vio las sombras de dos hombres que se movían en la oscuridad, quienes, al oír sus pasos, desaparecieron tras una puerta trasera. Sus piernas se paralizaron. Cuando salió de su sorpresa oyó el rugido del motor de un coche. Esto le hizo sospechar que los intrusos habían huido.

Pero ¿qué estaba sucediendo? ¿Quién había dejado aquella puerta abierta si hacía tiempo que estaba en desuso?

Minutos después aún no había salido de su confusión. Preocupada, en esos momentos oyó cómo de nuevo el viento volvía a adquirir una inusitada virulencia, no había entrado aún en su habitación cuando un palpito repentino en su corazón le hizo retroceder sobre sus pasos para entrar en la habitación que ocupaba ese ser aún desconocido para ella. Al entrar en la habitación pudo percibir un olor a rosas recién cortadas. Se quedó parada en la puerta. Estaba confusa. Mientras tanto, oyó un leve suspiro que parecía salir de aquella garganta. En ese mismo instante, tuvo la sensación de que algo tibio le pasó rozando la cara, como si fuera el suave toque del aleteo de un ave que había encontrado su libertad.

Encendió la luz con cautela y cuando se acercó al lecho ya era demasiado tarde, el hombre ya había muerto aferrado al que parecía ser su secreto mejor guardado. Se sentó ante él y miró con dulzura el despojo humano de aquel pobre desvalido. Le cerró los ojos, besó su frente y supo con certeza que ese hombre se había despedido de ella con otro dulce beso,

diferente al que ella le dio, pues no supo cómo, pero, al entrar en aquella habitación, sintió cuando escuchó aquel suave aleteo que algo cálido le rozó la cara, no supo cómo, pero adivinó que era un beso de agradecimiento.

Cuando Anna cogió la bolsa de aquel hombre, sus manos le temblaban. Tardó unos minutos en abrirla, no quería profanar la intimidad de aquel hombre, pero tenía la necesidad de saber quién era. Cuando abrió la bolsa, vio sorprendida que su interior era de rico terciopelo color azul; y envuelto en un papel de seda, que milagrosamente aún seguía limpio, como si nunca hubiera sido tocado, escondida en una doblez que parecía hecha para su propósito, había pegada una nota escrita con letra muy pequeña que decía:

*Samuel Karsirski, después de leer esta nota te ruego no salgas de tu escondite; si oyes que alguien entra en la casa, no te muevas. Tan solo debes esperar hasta que el silencio sea absoluto, entonces, y nada más entonces, y cuando estés bien seguro de que estás solo, sal de tu escondite en la primera oportunidad que tengas, no confíes en nadie y dirígete a esta dirección... Ellos te ayudarán, saben quién eres. Con la llave que encontrarás pegada en el fondo de la bolsa (Anna, nerviosa, palpó algo metálico en el fondo y efectivamente se hallaba una pequeña llave). Cuando esta horrible guerra termine, podrás ir al banco de diamantes, ya sabes cuál es, pues has estado muchas veces con tu padre. Si no lo recuerdas, tienes que hacer memoria, no te lo puedo dejar por escrito porque puede ser peligroso para ti. Cuando todo haya terminado y estés seguro de lo que tienes que hacer, dirígete allí, y cuando te identifiques con este papel que lleva el sello de tu padre, ellos te darán todo lo necesario para que puedas vivir y tendrás el dinero suficiente para que puedas buscar a los criminales que nos han destruido. Encuentra a alguien de confianza que te pueda*

*ayudar, pues te puedes encontrar por el camino con seres indeseables, también es necesario que encuentres a alguien para que te proteja. Con este dinero podrás pagar a gentes de nuestra comunidad judía para que te cuiden, o quizás también, aunque te parezca fuerte contratar a sicarios si es necesario, esto es lo que a tu padre y a mí nos gustaría que hicieras. Si así lo deseas tú, puedes vengar a todos los que injustamente hemos sido perseguidos por un demente que se cree el mismo Dios.*

Pero la voz imperiosa del policía en el pasillo hizo que Anna, ensimismada con la lectura, diera un salto y, sorprendida, dejara de leer para, inmediatamente, ocultar en su bolsillo aquel talismán que estaba segura de que le resolvería el enigma que guardaba aquel hombre, y que en aquella bolsa se encontraba la solución. Era la única prueba y la única posesión de aquel hombre que podía desentrañar aquel misterio de saber quién era y del porqué se encontraba en este mundo en tan inhumanas condiciones.

Al mismo tiempo que el policía reclamaba a Anna con voz chillona y desagradable, se empezaron a oír en el pasillo murmullos de los internos que pedían silencio. Pero el policía seguía dando voces, desoyendo las protestas de los allí alojados.

El policía ya se encontraba en el pasillo que conducía a la habitación donde descansaba Samuel, y cuando estaba a punto de entrar, un anciano se interpuso en su camino, interceptándole el paso. El policía déspota lo apartó de un empujón. El anciano cayó al suelo, haciendo que todos los acogidos se lanzaran sobre él en aquel pasillo, increpándolo, pero este policía, falto de caridad y sin miramientos, a pesar de las altas horas de la noche, seguía gritando como un poseso.

—¿Dónde está ese mendigo? —dijo blandiendo un blanco papel en su mano izquierda.

Anna no podía aguantar más a aquel tipo insoportable y gritó con la misma fuerza del hombre.

—Allí —y señaló el lecho donde yacía el cadáver de un hombre que nunca pudo defenderse.

En la habitación solo quedaba un silencio sepulcral y oscuro.

Anna salió precipitadamente de la alcoba del desconocido y dejó solo al policía en aquella habitación mortuoria. Y antes de entrar en su habitación pidió con la voz rota que todos volvieran a sus camas. Una vez en su habitación, con la misteriosa bolsa en la mano, arrastró una silla hacia una tenue lámpara, esperó unos minutos y, cuando se encontraba más calmada, de nuevo abrió la bolsa con incertidumbre. Un ligero temblor se apoderó de sus manos, que no le había abandonado desde que tuvo en su poder aquella pequeña bolsa. Allí, en la soledad de aquella habitación, se sentía como si estuviera cometiendo un delito. Su mente estaba experimentando un dolor físico y emocional que nunca jamás había sentido hasta entonces.

Despegó del fondo aquella pequeña llave que encerraba todos los secretos de aquel pobre desgraciado. En la llave se podía distinguir con claridad un número que parecía una clave, que podía ser la que abriera las puertas para poder desentrañar de dónde venía, y pensó entonces que con aquella llave también podía ser conducida por un camino tortuoso hasta llegar a descubrir un misterio quizás demasiado negro, tan negro que podía llevarla hacia un escondido infierno desconocido para ella. Cuando sostenía la llave en su mano, esta se pegó en su palma como si fuera un imán. Entonces creyó comprender que quizás el destino le había hecho llegar hasta ella a ese hombre para que difundiera su triste vida por el mundo pero... ¿por qué tenía que ser ella? Si no había vivido aquella situación, tan solo la intuía y, además, ella no era judía. Todo este azar tenía que haber recaído en algún miembro de la comunidad judía, porque ellos fueron los perseguidos o, tal vez, también

podía haber en algún sitio algún pariente que, sin duda, había escapado de ser gaseado.

Pero Samuel, a pesar de estar muerto, parecía estar pidiéndole justicia a ella, que no sabía nada de aquella guerra. En su conciencia sentía que había sido la elegida y que le estaba rogando que lo hiciera. No llegaba a entender el motivo, tan solo pudiera ser por haber sido amable con él, pero si ella solo estaba siendo solidaria con un cautivo que estaba predestinado a serlo de por vida en una cárcel mucho peor que las tradicionales, porque su cárcel fue de terror, oscuridad, soledad y abandono.

Anna miró con ojos ausentes una vez más, pensativa, por aquella ventana, un árbol de la acera de enfrente. Vio cómo sus ramas se balanceaban con el movimiento del viento, como los brazos de un gigante monstruoso que parecía esperar al acecho para darle el abrazo destructor que la conduciría por el camino de la eterna oscuridad.

Cuando reaccionó, se apartó con brusquedad de aquella ventana y se tapó la cara espantada por sus propios pensamientos.

Anna sintió cómo vinieron a su memoria retazos de imágenes y sensaciones, como si su cabeza fuera un una batidora a la que le faltaran piezas.

Ese hombre ya se encontraba en el silencio de su habitación, unido a la muerte. Anna de nuevo pudo apreciar en su rostro la profundidad del sufrimiento que parecía exigirle desde el más allá que hiciera algo por él. Aunque fuera imposible, tenía que intentarlo, y entonces oyó una voz que decía: “No tengas miedo, somos muchos los que estamos junto a ti para ayudarte”. Aquella voz le paralizó, era claramente audible, se encontraba sola y se puso a temblar. De repente, en la habitación se notó un considerable aumento anómalo de la temperatura.

Aún mantenía la bolsa en la mano y siguió escuchando esa voz que



ahora parecía sumisa, frágil, de un hombre que sufre desnutrición y que había padecido los horrores de la soledad. Aquella voz le rogaba encarecidamente que fuera ella la vengadora de millones de judíos inocentes, pues ella, y solo ella, había sido la elegida. Pero eso era imposible, siempre fue incapaz de matar a una mosca. Se miró en un pequeño espejo sin enmarcar que tenía colgado en la pared, que se encontraba encima de un pequeño lavamanos. Su aspecto era todo dulzura y mansedumbre... pero, al instante, para su sorpresa, se produjo en ella una metamorfosis inesperada, convirtiéndose su interior en un volcán en erupción, no supo el porqué ni cómo empezó a hervir en sus venas toda la furia del mismo infierno. En esos momentos, decidió hacer justicia por los hombres que, como los padres de Samuel, fueron atropellados vilmente.

## CAPÍTULO II

### ANNA SE COMPROMETE

Días después del fallecimiento de Samuel Karsirski, Anna estaba decidida a desentrañar todo el pasado de aquel hombre misterioso, siendo él mismo, con su actitud, el que le había pedido que lo hiciera, a pesar de haberse desarrollado estos acontecimientos en extrañas circunstancias. Días después, pidió excedencia en su puesto de trabajo para dedicar su tiempo a hacer varias visitas a las hemerotecas polacas. Anna se informó sobre todo lo concerniente al levantamiento del gueto de Varsovia, algunas informaciones eran ilustradas con espeluznantes fotografías que, al verlas, le hicieron temblar. ¿Cómo el llamado ser humano pudo haber cometido semejante barbaridad? Pero ¿y en nombre de qué? ¿Y por qué la gente tuvo que seguir a ese tarado? En el silencio de la biblioteca, Anna dejó escapar un gemido ahogado que le hizo viajar a los lugares más recónditos de su alma.

Y en esos momentos en que estaba viviendo parte de aquel terror, solo

pudo pensar que las mayores maldades siempre las cometen los “don nadie”. Y salió de allí con el alma encogida, pero con las fuerzas suficientes para luchar contra todo aquel que había estado involucrado en semejante atrocidad.

Un mes después de hacerse asidua en visitar la biblioteca, estudiar y repasar una y otra vez los escasos periódicos de la época, siguió buscando sin desmayo en las hemerotecas para recabar toda la información posible. Al salir de una de las bibliotecas, y mientras caminaba hacia su casa, no dejó de pensar cómo aquel individuo mediocre, astuto y dueño de una maldad perniciosa pudo, con su hechizo demoniaco, conducir a millones de seres humanos al borde de un abismo de destrucción. Ese engendro de maldad tenía por nombre Adolf Hitler.

Dos meses después de haberse decidido a empezar esa contienda, una mañana hizo la maleta para emprender un viaje que se le antojaba largo, pensando que quizás nunca más volvería a Mielec, su tierra natal.

En su primer trayecto tenía previsto trasladarse a la capital, Varsovia, y visitar todos los bancos posibles donde suponía que habían sido guardados los diamantes de algunos judíos. Pero se desconcertó al pensar que en aquella llave que había encontrado en la bolsa de Samuel tan solo había unas siglas grabadas, por lo cual, era de suponer que sería la clave que le facilitara una entrada digna en el banco pertinente para poder hacer los trámites necesarios que le darían la autorización para acceder a los diamantes de Samuel. Pero reflexionando por unos momentos, enseguida se dio cuenta de que todas esas facilidades en las que ella creía que le iban a ofrecer cuando enseñara sus credenciales en forma de llave eran tan solo producto de su fantasía.

Antes de llegar a Varsovia en tren supo que en el trayecto no podía perder el tiempo, necesitaba toda la información posible, sobre todo, respecto a la ubicación de bancos y los nombres de las calles donde estos se

encontraban y que debía visitar. Alguien en el compartimiento en el que ella viajaba se dejó olvidado un pequeño libro con la historia de la ciudad de Varsovia, siendo toda una sorpresa para ella que estuviera escrito en inglés, un idioma que había estudiado y que perfeccionó en los dos años que estuvo en Londres trabajando como niñera.

Abrió el libro. Esto le hizo olvidar por unos momentos el nerviosismo que le causaba la situación en la que se estaba involucrando; ya no podía dar marcha atrás. Con desmayo, y sin interés, se puso a leer, se saltó los preliminares y cerró el libro para volver a abrirlo al azar. La ciudad de Varsovia había sido destruida durante la guerra que mantuvo contra Suecia, siendo ejemplo para los pueblos el haber sido reconstruida en casi su totalidad en 1944: con meticulosidad, casa por casa, iglesias, monumentos... todo después de acabada la Segunda Guerra Mundial. En 1980 fue declarada Patrimonio de la Humanidad. Este nombramiento no solo le fue concedido por su belleza arquitectónica... ¿O tal vez pudiera tener alguna connotación por los sufrimientos que tuvo que padecer este pueblo?

Su rostro se relajó, le agradaba ante la segunda información que aquel libro le estaba dando de la historia de su pueblo que ella desconocía. De repente, se oyó una música que hizo interrumpir las conversaciones de los viajeros, una melodía de fondo amenizaba el recorrido del tren. En aquel silencio, los sonos de aquella música penetraban con dulzura en los sentidos, no podía ser otra que una sonata de Chopin.

Cerró los ojos, necesitaba soñar. El libro cayó al suelo. Alguien se lo puso en el regazo, abrió los ojos asustada cuando vio ante ella a una mujer baja y rechoncha con enormes pechos y mirada iracunda. No abrió la boca, pero Anna sintió que aquellos ojos eran los de una persona endemoniada. En esos momentos, el tren se encontraba casi vacío, no recordaba cuándo se había apeado la gente; era extraño, en esos momentos se encontraban en

aquel compartimento tres hombres, ella y aquella mujer que ni siquiera la había visto entrar hasta que tomó asiento en su lado. Nerviosa, miró su pequeño reloj de pulsera; aún quedaban dos horas para llegar a su destino. Cerró las manos como si se aferrara a algo que la salvara en una caída libre hasta quedar la palma exenta de sangre y blanca como la cera. En su desconcierto, creyó haber caído en una trampa ¿pero de quién? Intentó serenarse.

Cuando bajó en la estación Central de Warszawa, que se encuentra situada en la avenida central de la capital, extrañamente Anna reparó en que no había allí ningún taxi y esperó con impaciencia ver llegar alguno para que la llevara al hotel cuanto antes. La mujer rechoncha que viajó a su lado en el tren se acercó y le dijo con un tono de voz disfrazada de dulzura, mientras se coló por la portezuela del único taxi que acababa de llegar:

—Cuidado, querida, no sabes dónde te estás metiendo.

Eran las doce del mediodía y Varsovia lucía un cielo grisáceo que parecía manchado con columnas de humo comanche.

Decidió no salir del hotel hasta el día siguiente. Se levantó temprano para recorrer los bancos que se encontraban en la ciudad. A mediodía se encontró cansada, muy cansada. Cuando abrió el bolso para coger la libreta y repasar los apuntes que tenía en ella con los nombres de los bancos que tenía que visitar, comprobó que la libreta no estaba en su bolso, la había perdido. Las piernas le empezaron a fallar cuando de nuevo revisó el bolso, vio allí un desgarró... quiso pensar que la culpa era solo suya por no haber tenido ninguna precaución.

Se encontraba cansada, le dolían los pies. No debía haberse puesto unos zapatos que eran inadecuados para caminar. En un banco del paseo se sentó unos minutos para descansar. Aquellos malditos zapatos de tacón altos amagaban con dejarla coja por un tiempo, pero su mente pensaba ya otras

cosas...

A la mañana siguiente, entró en uno de los bancos que se encuentra en la gran Avenida Central y que tenía previsto visitar. Preguntó por el director. Cuando logró al fin ser atendida después de hora y media de desesperante espera, el director de aquella entidad se dignó a recibirla en su despacho y, después de exponer su demanda, la miró como si hubiera cometido un atraco. Anna tuvo que hacer de tripas corazón para no enojarse. Sentada ante aquel hombre se impacientó, después de unos segundos de haberse comportado con ella como un grosero. Cerró los ojos ignorando su presencia como si estuviera meditando, volvió a mirarla y, esta vez, la envolvió con una mirada descarada de arriba abajo. Anna contuvo la rabia, le hubiera gustado escupirle a la cara. Aquel hombre, sin perder su sonrisa irónica, le pidió hacer unos trámites que para ella eran desconocidos. Le dio un documento y le aconsejó que lo leyera ante él con detenimiento, todos y cada uno de los puntos que allí se recogían. Mientras tanto, aquel importante individuo parecía deleitarse mirando las volutas que desprendía su cigarrillo. Una vez terminada la lectura, Anna, sin levantar la cabeza y con el documento en la mano, le hizo pensar que aquello no podía ser verdad. Era inteligible no solo para ella, sino para cualquiera que fuera entendido en la materia, y, aún así, a estos les podían incluso llegarles a ser dificultosos para su entendimiento. Aquello parecía hecho para ser imposible de tramitar, al menos por ella.

Antes de salir de aquel despacho, el director tuvo la osadía de hacerle algunas preguntas que llegaron a parecerle que eran parte de uno de esos interrogatorios llamados de “tercer grado”.

Cuando salió a la calle, desesperada, estuvo a punto desistir en su empeño. No seguiría visitando ningún banco de Varsovia. Pero la suave brisa de la calle le hizo reaccionar y recordó una frase dicha al azar y que, entre dientes, dijo aquel director, que ahora, al recordarla, le hizo pensar.

Seguiría hasta el final, todas aquellas preguntas que le había hecho no estaba segura de que fueran un mero trámite, o ¿acaso estaba simplemente estudiándola por alguna razón que por el momento ella desconocía? Pues no creía estar segura que fuera necesario hacer tantos trámites, y mucho menos siendo portadora de un aval tan importante como era la llave. Todo aquello tenía que tener otra alternativa.

Pero mientras tanto, creyó que sus desvelos habían sido una pérdida de tiempo. Esta situación le hizo recapacitar. Quizás era necesario para ella aprender el lenguaje de los hombres de negocios y aparentar ser una profesional de las finanzas, que tarde o temprano tendría que aprender para adquirir seguridad en todos y cada uno de sus movimientos bancarios. Entró en otro banco, la recibió su director. Al encontrarse sentada en aquel despacho y frente a aquel hombre, miró sus ojos directamente, sin vacilar. Anna en aquel momento se creció, algo que vio en uno de los retratos allí colgados le dio completa seguridad. Ella podía arruinar si quisiera, con la fortuna que sabía iba a ser suya, a todos esos prepotentes que no querían escucharla. Anna en esta ocasión tampoco fue escuchada, aquella situación en la que se estaba viendo envuelta le estaba pareciendo rocambolesca. Y salió de aquel banco con la seguridad imbuida en su cuerpo, juró firmemente que ningún otro director de banco volvería a recibirla como si fuera una apestada, y se prometió en ese preciso momento que no volvería a escuchar aquellas frases tan manidas como que: “En este banco no se reconocen como legales estas siglas”.

Aquella tarde compró todos los periódicos que hablaban de la bolsa y de las actividades financieras. Esa noche no durmió, empapándose de las cuestiones bancarias, memorizando frases que utilizan los ejecutivos para conversar en temas de finanzas, todo esto lo tenía que aprender por si fuera necesario. Desde ese instante, tenía que parecer una experta en cotizaciones

de bolsa.

Mientras caminaba el día siguiente, sin rumbo, por aquella acera repleta de gente extraña para ella, recordó la frase que antes de salir de aquel banco (el último que visitó el día anterior) y cuando osó decirle el director al despedirla en la puerta de su despacho a medio cerrar y con un tono de voz que pretendía ser benevolente:

—No sigas con esta aventura, porque puede ser que salgas muy perjudicada; cuidado, chica, es peligroso lo que estás haciendo.

Y también recordó, llena de ira, que al salir de aquella entidad miró hacia arriba y descubrió que en el cielo habían aparecido grandes nubarrones que oscurecieron la mañana, tornándose un clima frío y desapacible.

Inmersa en su total desconcierto, caminó por la acera sin imaginar que era perseguida por una figura de hombre enjuto y largo gabán negro que seguía sus pasos desde que salió del banco. Tampoco se percató de que ese hombre había sido abatido por una misteriosa mano que, con fuerza, lo empujó hacia el tranvía que en esos precisos momentos pasaba por allí.

Tampoco se fijó en el detalle de que todos los viandantes corrían en sentido contrario a sus pasos para ver a un hombre que yacía bajo los raíles del tranvía, pero ella ni tan siquiera se molestó en seguir con la mirada a aquella gente que, apresurada, murmuraba sobre lo que había pasado. Ya no le importaba en absoluto lo que pudiera pasar a su alrededor.

Pero toda la información que había recopilado leyendo los periódicos después de haber estado toda la noche en vela no disminuyó su desesperación. Sus pensamientos no la dejaban razonar, por lo tanto no podía hacerse una idea exacta de la naturaleza que supondría para un banco el aceptar al primero que llegara con simples referencias para hacer una operación bancaria y mucho menos para retirar el contenido de una caja fuerte. Con los sentidos a flor de piel caminaba dando codazos a los curiosos

que se interponían a su paso, con una furia que ella ignoraba que poseía, cuando los curiosos transeúntes intentaban llegar al lugar donde se decía había ocurrido el accidente. Una y otra vez se hacía esta pregunta que parecía que le martilleaba el cerebro como si fuera una taladradora:

—¿Cómo voy a poder con tan solo una sigla descubrir la identidad del banco? —se decía sin encontrar respuesta.

En aquel banco, el último de aquel día que visitó, no parecieron reconocer nada de lo que ella decía, ni tan siquiera cuando a ella, desesperada, le invadió una extremada osadía y mostró la llave. Pero ¿por qué el director del banco se puso tan nervioso cuando Anna le mostró por unos instantes aquella llave?

Ya en el hotel en el que se hospedaba pasó una larga noche de insomnio, y como ya era habitual en ella, empezó a recordar cosas que le habían ocurrido. A la mente le vino el episodio de cuando una noche se encontraba cuidando a uno de los enfermos en el hospital. La noche prometía ser larga por la gravedad del enfermo y se puso a jugar con la acompañante del paciente de al lado para hacer menos angustiosa la guardia. Recordó con nitidez que jugaron a un juego de símbolos que consistía en cómo adivinar, con tan solo un logotipo, a qué industria o entidad pertenecían esos emblemas. Pensando en todo esto, de repente, en su cabeza sintió un fogonazo, su mente le hizo recordar, milagrosamente, que una de aquellas siglas con las que jugó con su compañera de vigilia aquella noche pertenecía a uno de los bancos que se hallaba ubicado en Hungría.

Anna, sin pensarlo, sacó un pasaje para viajar al día siguiente a Hungría y, cuando se encontraba el avión, ya llegando a Budapest, se recostó en el asiento. Entonces supo que se encontraba en un momento incierto de su existencia. Para ella era un reto el convertirse en la vengadora de los judíos. Esto empezaba a ser una aventura que le inquietaba, al desconocer el final



que auguraba que sería desgraciado para ella.

Eran las nueve de la mañana cuando puso el pie por primera vez en su vida en el aeropuerto de Feriheg. Sabía por un folleto que tenía en las manos que se encontraba a unos 15 km de la capital de Budapest. Desde el aeropuerto se dirigió al hotel en taxi. Durante el trayecto su mente se distrajo contemplando los viejos tranvías urbanos que circulaban llenos de pasajeros bordeando el río Danubio, dejando calar en ella esa primera sensación que se siente al adentrarse en una ciudad con encanto que derrochaba esplendor arquitectónico en sus palacios, iglesias y bellos edificios que se asomaban como en un balcón a su paso por el Danubio.

Cuando el taxi pasó por el puente de las Cadenas, el primero que enlazó las dos ciudades de Buda y de Pest, le hizo sentirse especial al ser transportada a principios del siglo XIX. Al término del recorrido, el mozo del hotel la esperaba al bajar del taxi. Le recogió las maletas, caminaron unos metros hasta llegar frente a la puerta imponente y señorial del hotel Zenit Budapest Palace. Ante aquel lujo, su alma se le encogió al pensar: “¿Y si no fuese capaz de conseguir el crédito de los diamantes que necesitaba para comenzar aquella misión?”. Solo tenía el dinero justo para vivir unos días en esos hoteles de lujo, quizás hasta tendría que gastarse todos los ahorros de su vida, añadiéndole la pequeña herencia recibida de sus abuelos.

El hotel se encontraba en la calle Váci Utaca. Anna se vio envuelta en una calle en continuo movimiento, la gente charlaba, se divertía. La calle era la más famosa y popular de la zona comercial y tan solo estaba a unos 50 metros del río más cantado del mundo por poetas románticos, el Danubio. Las calles por aquella zona eran todas peatonales. Esto hacía que allí se encontraran ubicadas multitud de modernas cafeterías y restaurantes, estando impregnada con el sabor cosmopolita de las grandes urbes.

Aquel día lucía un sol espléndido. Después de inscribirse y de recoger la

llave en recepción, subió a su habitación seguida por el botones, que puso la maleta en el banquillo. La luz natural que entraba por la ventana le dio de lleno en la cara al mozo, mostrando una belleza inconcebible. El chico parecía encontrarse al límite de lo irreal. Esa belleza perfecta la conmovió. Cuando ya se encontraba sola, se quedó pensativa, aquella cara parecía recordarle algo. Pero ese pensamiento lo rechazó de inmediato, todo lo que veía o pensaba desde que salió de Mielec le parecía una locura. Recorrió la habitación, encima de una mesita auxiliar unos folletos llamaron su atención. Se sentó en una butaca, se encontraba agotada. Nada más quitarse los zapatos y al notar los pies hinchados se dio un masaje. Al término, alargó su mano indolente hasta la mesita que se encontraba cubierta por folletos, cogió uno de ellos. Más tarde leyó todos, uno por uno, necesitaba saber por curiosidad lo que ofrecían. Se levantó de la butaca para dejar caer su cuerpo desmayado encima de la cama. Sentía la tensión de sus músculos al límite y se dio cuenta de que uno de aquellos folletos ofrecía lo que ella estaba necesitando con urgencia. Tenía que estar relajada para la mañana siguiente y de nuevo volver a empezar su peregrinaje por los bancos tras una fortuna que no le pertenecía, pero que sin ella no podría hacer realidad todo aquello que le había sido encomendado por Samuel.

Al levantarse se asomó a la ventana. Frente al hotel, en la calle de enfrente, había un banco que en esos momentos se encontraba con las puertas abiertas para los clientes. Miró el reloj. Eran las once de la mañana. Se dio una ducha precipitada. Eligió uno de sus vestidos más nuevos de los que llevaba en su maleta. Se encontraba elegante con aquel vestido estampado, discreto, con el talle ajustado a la cintura que le daba un toque juvenil a su esbelta figura, se calzó unos mocasines combinados en blanco y beige. Se cepilló el pelo y, sin maquillaje, salió del hotel, atravesó la calle y se acercó al banco: entró decidida. Por dentro aquel banco la sorprendió: tenía una

decoración como todos los que hasta entonces había visitado, le extrañó cómo aquel banco podía lucir una fachada tan descuidada, dando la sensación de estar falto de limpieza.

Se acercó a una de las ventanillas y pidió hablar con el director. Transcurrió una hora exasperante de espera hasta ser llamada a uno de los despachos. Le sorprendió apreciar el lujo que solo se hacía patente por dentro: paredes brillantes de madera pulida donde lucían grandes cuadros de los presidentes de la entidad. Anna expuso su demanda y dio los datos que le pidieron, presentó la documentación que le acreditaba para poder realizar las gestiones oportunas, de los cuales ella no sabía por dónde empezar. Carecía de asesoramiento, a pesar de haberse estudiado los consiguientes movimientos bancarios que se debían hacer, ella se había guiado inocentemente por las revistas de economía. Y después de ser rechazada de nuevo y los múltiples inconvenientes por parte de los bancarios, empezó a sumirse en la más absoluta desesperación, desorientada, al no poder saber cómo realizar los trámites que le pedían para poder acceder a los diamantes.

Al salir de aquel banco, su cuerpo parecía flácido, como un globo deshinchado, las palmas de las manos se le humedecieron de sudor por el desconcierto que sentía. Nunca le darían ese crédito, ni siquiera presentando el único aval que tenía, que era una llave, que tenía el poder de abrir aquel misterio y que no parecía ser suficiente. Se sentía sin fuerzas, pero su desolación la hizo caminar como un ser errante, sin rumbo.

Ante ella apareció una larga escalera que descendía hasta el puente de las Cadenas, o de Széchenyi. Caminó unos cuantos metros y, sin darse cuenta, se encontró en un barrio de Pest, a la otra orilla del Danubio. Pasó por una pastelería, miró el escaparate, le apetecía hacer un alto en el camino. Recordó que no había desayunado. Dirigió su mirada hacia el rótulo, era un café llamado *Gerbeaud* que se encontraba en la plaza de Vorosmerty. A dos

portales de allí descubrió otro café que le pareció que los dulces que exhibía eran más apetitosos. Era una dulcería con fachada de estilo modernista, con un rótulo de bronce en su puerta que rezaba: “Este café fue el preferido de la Emperatriz Isabel, llamada cariñosamente por el pueblo Sissi”. Entró, se sorprendió al contemplar la decoración, que debía de ser la misma que en su día debió de disfrutar aquella noble dama cuando se deleitaba saboreando dulces húngaros. Salió de la dulcería y de nuevo emprendió su deambular; ahora era ella la que estaba disfrutando mientras saboreaba un delicioso pastelito, comiéndolo por la calle. Se sintió como si fuera una emperatriz cuando algunos de los viandantes la miraban.

Se adentró por la calle József Attila. La preocupación pareció desaparecer al contemplar en su caminar, ya que siempre le gustó la arquitectura, casas señoriales, comercios de fachadas muy trabajadas y de gran belleza. Después de un trecho se encontraba cansada, decidió regresar al hotel, pero ante ella apareció la Basílica de San Esteban, de sólido estilo neoclásico. Se quedó mirándola como una turista más. Un muchacho se le acercó y se le ofreció como guía:

—Está usted muy cerca el barrio judío, ¿quiere que la acompañe? —le dijo.

Anna se encontraba indecisa. El muchacho dijo que la podía llevar a ver la Gran Sinagoga. Un silencio se apoderó de Anna. En un impulso, dio una propina al chico y decidió regresar al hotel en autobús. Si se solucionaba el problema de los bancos, volvería a aquel barrio y haría una visita a la sinagoga, donde rogaría por Samuel.

Aquel chico, al recoger la propina, le dijo:

—Estaré aquí todo lo que queda de semana.

Pero Anna no pudo cumplir la promesa que le hizo al muchacho, su cabeza tenía muchas cosas en que pensar.

Tomó el autobús que tenía su ruta siguiendo el curso natural del Danubio, desde donde pudo descubrir la colina llamada de Gellért, situada en la otra orilla. A lo lejos pudo divisar un castillo que se encontraba en lo alto de una ciudadela, que ante ella se alzaba como un sueño hecho de piedra.

Aquella noche, y después de lo que había visto y leído en las revistas referente a las finanzas la noche anterior, que la tuvieron una vez más sin dormir, pensó, mientras tiraba las revistas a la papelera, que había sido una ilusa. Solo eran eso, revistas para entretener.

Por la mañana, al levantarse, se miró al espejo y pensó ante él cuando le devolvió su figura: “Quizás es porque no voy adecuadamente vestida para que me tomen en serio. Pero no puedo permitirme el lujo de comprarme nada”.

De todas las formas, se mire como se mire, en esta búsqueda había algo que no encajaba del todo.

Salió a la calle. Frente al banco, un rótulo parpadeante le avisó de que allí se podía tomar un café. Como una autómatas, entró en aquella cafetería, se sentó cerca de un gran ventanal. Sus ojos se nublaron de angustias cuando miró el exterior de aquel banco. De nuevo, sin quererlo, paseó su mirada con desgana hacia aquella entrada que desde fuera parecía simple, no le pareció que estuviera en concordancia con las fachadas suntuosas de otros bancos que había visitado. Entonces este detalle le hizo pensar que debía ser por alguna misteriosa razón.

Desde su observatorio pudo ver cómo la mayoría de la gente que entraba para hacer sus gestiones parecían sonrientes y que, al salir, en sus rostros mostraban satisfacción, pues parecían haber hecho un buen negocio. Eran todos tan diferentes a ella. Pues ella cuando salió el día anterior, de aquella entidad, su semblante tan solo debía expresar preocupación. Ahora y en esos momentos no sabía por qué tenía los ojos clavados en aquella puerta, y creyó

que solo le quedaba el poder de recordar su desilusión, cómo aquel día salió desolada por aquellas mismas puertas giratorias, que no supo por qué al estar dentro de ellas se sintió emparedada, asfixiada, y que por unos momentos le hicieron sentir morir de angustias al verse envuelta en aquellos muros de cristal, y que mientras giraba, aquella puerta le pareció que tenía la intención de marearla para que no pensara en su situación.

Su cabeza en esos instantes no dejaba de pensar en soluciones, pero, al parecer, no había posibilidad alguna para poder acceder a esa caja. Esos pensamientos ya estaban empezando de nuevo a producirle cierto dolor de cabeza.

Ensimismada en sus pensamientos, no vio a un hombre de mediana edad que se le acercó. Desde la corta distancia que los separaba pudo apreciar que iba vestido con un elegante traje color marrón, de corte caro. Enseguida, no supo el porqué, apartó su mirada de él, porque seguía obsesivamente mirando la puerta de aquel banco. Cuando, de sopetón, una niebla repentina empezó a caer sobre la ciudad, apoderándose del ambiente. A Anna le pareció heladora. Sentada tras la ventana de la cafetería, miraba este fenómeno meteorológico de manera incrédula. Tuvo la impresión o quizás fue tan solo una apreciación por su parte que esta niebla, unida a la desesperación, le hizo percibir en aquella visión que era ceniza lo que caía del cielo, y que esta osaba derramar, silenciosa, su capa sobre la ciudad para que no se pudiera distinguir con claridad las injusticias que estaba padeciendo.

—¿Puedo sentarme a su lado?

Anna alzó su mirada y lo miró extrañada. ¿Quién podía ser aquel hombre? Antes de tomar asiento se presentó:

—Soy Zacarías.

Anna lo miró en silencio, no sabía qué pensar. Aquel hombre le dijo con toda la delicadeza de la que fue capaz:

—Tan solo he venido porque deseo ayudarte.

Anna seguía en silencio, sus manos temblaban.

El hombre, al no recibir respuesta, no se movió, parecía, con su actitud, no querer darse por vencido y le dijo sin más preámbulos:

—Creo que está buscando la fórmula para sacar de este banco —y apuntó con el índice de su mano la puerta— lo que cree que es de su propiedad. ¿Estoy en lo cierto?

Anna se quedó muda mientras un escalofrío recorrió su cuerpo, llegándole hasta la médula. Ese hombre podría ser, a pesar de su amabilidad, alguien que, disfrazado de samaritano, pudiera, con su cortesía bien estudiada, estar maquinando algo diabólico contra ella para meterla en algún lío sin salida, y ella aún no se sentía preparada para asumir ningún riesgo, y mucho menos como para salir airosa de cualquier percance.

Zacarías, al mirarla, le suplicó que no se inquietara y le pidió que, por favor, lo escuchara.

Y sin esperar la reacción de la joven, le anunció:

—Creo que esta historia que le voy a contar debo empezarla por el principio.

Los ojos de Zacarías se posaron en los de Anna. Por unos momentos, los ojos de aquel hombre parecieron encogerse, su mirada denunciaba una lucha interior, como si su mente estuviera canalizando cada frase y cada movimiento de sus manos con una precisión exacta con temor a equivocarse.

—Mis padres —comenzó— me dijeron en una carta que me metieron en la maleta cuando me hicieron huir para salvarme de aquella terrible situación en la que nos encontrábamos los judíos polacos que los padres de Samuel fueron víctimas de la ya consabida atrocidad antes de ser llevados a la fuerza a uno de los campos de concentración nazi. Todo esto me lo contaron en aquella carta que, sin yo saberlo, metieron en mi escueto equipaje y también

me comunicaban que sus amigos, los padres de Samuel, intuyendo que podían llegar a ser capturados por los esbirros de la temida Gestapo y como ya sabían de antemano que aquellos salvajes podían retenerlos por la fuerza al igual que lo fueron muchos otros antes que ellos, decidieron poner a buen recaudo toda su fortuna que previamente habían reconvertido en diamantes.

>>Pocos días después de que mi padre metiera aquella carta en mi maleta, los nazis entraron en la casa de sus amigos, una preciosa finca ubicada en uno de los barrios más elegantes de Mielec. Aún con los dueños dentro de ella, la saquearon con saña, rompiendo todo lo que creyeron no tenía ningún valor. Al no encontrar ninguna obra de arte que valiera la pena, y después de apalearlos, apresaron a toda la familia, los sacaron de su casa, como era su costumbre, para llevarlos hacia un destino sin retorno desconocido para todos. Pero en su locura, olvidaron apresar a un niño que, asustado, se había escondido en un sitio de la casa que él llamaba su *castillo encantado*, donde asiduamente jugaba con sus dos íntimos amigos y compañeros de colegio. Se trataba de un reducido armario de doble fondo que daba acceso a una habitación que también tenía entrada por el cuarto de baño, que se encontraba camuflada por una puerta que hacía las veces de espejo vestidor. Tan solo él era el único de los hermanos al que le gustaba entrar allí a jugar en aquel cubículo oculto, donde se guardaban documentos y fotografías de los antepasados con connotaciones sentimentales. Cuando le preguntaron a la madre de Samuel si tenía más hijos, esta lo negó: sabía que su hijo mediano se encontraba oculto en aquella habitación donde tanto le gustaba jugar. Y a pesar del asedio, del interrogatorio y de los malos tratos a los que fueron sometidos, todos callaron. La madre, en un gesto de valentía, pidió ir al baño. Por el tubo de respiración por el que tanto le gustaba dar voces a Samuel cuando jugaba en su habitación secreta, su madre lo llamó y habló quedo a su hijo para darle las instrucciones necesarias para que se



salvara. De aquella narración, el niño escuchó cada una de las palabras que le decía su madre en susurros, mientras le informaba de que le dejaba una pequeña bolsa metida en su neceser donde guardaba sus peines. Aquí, la madre hizo hincapié para que no la perdiera de vista pasara lo que pasara, porque “este, le dijo, es el único seguro de vida que tienes. Cuando seas mayor, comprenderás el significado de lo que te estoy diciendo”.

Pero ¿quién era ese hombre para saber tantos detalles de aquella familia y cómo pudo saber que fueron sacados de su casa a la fuerza para más tarde ser gaseados?

El hombre, intentando aparentar serenidad, metió la mano en uno de sus bolsillos de la chaqueta, sacó una carta ajada, parecía haber sido leída muchas veces. Se la mostró:

—Esta carta la redactó mi padre antes de morir, yo la recibí cuando me encontraba en América. En ella me cuenta todo detalladamente: cómo escondieron en el sótano de la casa a un niño llamado Samuel, hijo de unos amigos también judíos, como lo es también mi familia. Yo aún era un niño cuando salí de Mielec e ignoraba todo lo que estaba sucediendo allí, como también ignoraba lo que mi padre me había puesto en el equipaje. Cuando lo hizo, estaba convencido de que muy pronto mi madre y él podrían ser apresados por la Gestapo. En un principio pensaron en mandar a ese niño a América para ponerlo a salvo, donde yo también me encontraba. Pero al ser Samuel tan pequeño no creyeron conveniente que me hiciera cargo de él, puesto que yo me encontraba en un país extraño y, además, también era muy joven. Cuando encontré aquella carta en el fondo de la maleta, y cuando la leí por primera vez, yo me encontraba solo en América, en una ciudad de la que ni siquiera conocía su nombre. Después de haber hecho el viaje en uno de los aviones que quedaron sin requisar por los nazis en un olvidado aeropuerto de tercera, por creer que estaban inservibles, esa fue la oportunidad que tuve de

poder salir de aquel infierno. Mi padre debió proponer al piloto un trato suculento para que me sacara de aquella atrocidad. Así pude llegar a América, camuflado como un paquete más, junto a toda la familia del piloto. Nunca supe cuál fue el trato que le hicieron, pero parecían felices de llevarme consigo. Y así fue como me vi envuelto en un futuro incierto, solo y en medio de una ciudad que se parecía mucho a los pueblos sin ley que salen en las películas del oeste.

El hombre parecía estar pasando un mal rato al narrar esta historia, pero siguió hablando.

—Junto a aquel que yo creí mi escueto equipaje, el que me habían preparado mis padres, me encontré volando de nuevo hacia otro lugar desconocido para encontrar trabajo. Días después me pasó algo sorprendente que pensé que era un milagro. Cuando estaba cansado de vagar, buscando un lugar donde cobijarme, sin dinero y solo, aquel día amaneció con un frío terrible. Era el primer día frío que pasaba desde que me encontraba en aquella ciudad, aún no me había puesto el abrigo, era de tan buen paño que no podía pedir trabajo con él puesto, pero aquel día era especial. El aire era helador, pero, al ponérmelo, por casualidad noté que los hombros estaban pesados, me lo quité y al tocar las hombreras noté algo duro. En esos momentos me parecieron piedras. “¿Pero porqué mi padre me ha puesto piedras en las hombreras del abrigo?”, pensé. Mi sorpresa fue mayúscula cuando supe que había llevado consigo dos bolsas con diamantes, una en cada hombrera del abrigo, y, además, esta carta, donde me explicaba lo que le había pasado a sus amigos —un silencio se apoderó de él—. Eso fue todo lo que sucedió. Lo demás se lo puede imaginar.

—Me gustaría, ya que ha empezado, que llegara hasta el final —dijo inquieta.

—Yo, a partir de aquel momento, me fui a Nueva York. Era joven y

tenía ganas de divertirme. Y cuando leí en la prensa internacional que había terminado la contienda, regresé a Mielec. Me dijeron que mis padres habían muerto poco antes de haber terminado la guerra. Ellos se habían salvado de una muerte segura al poner la cruz esvástica en el balcón. Aquel símbolo que esos canallas adoptaron para su revolución, del que, seguramente, ese iluminado llamado Hitler desconocía su significado, pues no es otro que el de desear salud, que así sea, bienestar, fortuna... Esta sencilla cruz los nazis la convirtieron en el símbolo de la muerte. Mientras tanto, otros judíos hicieron lo mismo que mis padres, aliarse con ellos temporalmente hasta que se diera por terminada esa atrocidad. Así pudieron, con esa estrategia, protegerse ellos y, al mismo tiempo, a Samuel. Tampoco supe el precio que tuvo que pagar mi familia a esos canallas por hacerles el favor de que los dejaran en paz. Aunque ellos estaban seguros de que en cualquier momento podían ir a por los pocos judíos que quedaban en aquella ciudad. Más tarde se supo que con los últimos que pensaban capturar tenían previsto hacerles algo especial, apoteósico para los que llamaban los rezagados, pero no les dio tiempo. Mientras, mis padres morían enfermos del corazón, presos de las angustias vividas.

Anna se sentía mareada, llamó al camarero, necesitaba una bebida que le diera fuerzas para soportar lo que estaba oyendo. Se acercó un camarero:

—¿Me sirve un brandy, por favor?

Zacarías no paraba de hablar, a pesar de la palidez de su cara, daba la sensación de querer vaciar sus culpas ante una mujer que no conocía, pero lo necesitaba. Era demasiado el daño que le estaba causando el remordimiento. Parecía que aquel hombre se sentía especialmente arrepentido por su falta de humanidad.

Aquellos nazis creían conocer de antemano la fortuna de todas las familias judías que vivían en Mielec junto con sus posesiones, en especial la

de esta familia llamada Karsirski. La intención de estos sanguinarios era la ya sabida tarea a la que estaban sometiendo a todos los judíos, que no era otra su intención que la de apoderarse de sus bienes. Pero nunca, ni a pesar de las torturas a las que fue sometida esta familia, lograron que dijeran dónde se encontraba guardado ese tesoro. Siendo, finalmente, gaseadas, quedando así infructuosas las ansias de hacerse con aquella fortuna. Pero nunca cejaron en su empeño y estos mercenarios de Hitler siguieron buscando con ahínco por toda Europa la que creían que era la más grande fortuna jamás soñada. Con un inusitado anhelo y un solo propósito obsesivo: el de encontrar la llave que se suponía tenía que existir y les abriera aquella caja de seguridad que desde hacía meses los tenían obsesionados, mientras pensaban en qué banco podían haber depositado tamaña fortuna.

Pero pasaba el tiempo, un tiempo que ya no parecía estar a su favor, pues el carisma que había estado utilizando Hitler para convencer a sus seguidores se estaba convirtiendo en la caricatura del mismo diablo. Esta situación de desesperación hizo perder las expectativas a los mandos de la SS, a quienes no les sobrara tiempo para el sosiego.

Ya sabían que el tiempo se les estaba agotando, Europa no podía resistir tanta ignominia.

Este detalle del tiempo era para ellos ahora el más importante. Pasaban los días y al parecer no lograban saber dónde se podía encontrar este tesoro, este contratiempo hacía que la ira los cegara.

El hombre observaba a Anna, y vio cómo la angustia que sentía le condicionó para que sus mejillas se mostraran húmedas por las lágrimas.

Mientras, intuyó que aquella mujer emanaba una bondad sin límites y esto le incitó a seguir con su relato que, Zacarías, abrumado por unos instantes, prosiguió, ya no se atrevía a mirar a Anna a los ojos.

Zacarías parecía hablar para sí solo, pues daba la sensación de que nada

ni nadie podían pararlo. ¿Estaría vaciando sus culpas ante Anna?

Aquellos esbirros buscaron en los bancos de Ginebra, Austria, Hungría... pero toda aquella búsqueda fue infructuosa, no llegando a dar el resultado que esperaban. Entre tanto, perdieron la guerra y con ella la oportunidad de hacerse con una de las mayores fortunas en diamantes que sabían que eran procedentes de las antiguas minas de Golconda, en la India, siendo estas de una gran calidad, haciendo que sus gemas fueran únicas.

Zacarías llamó al camarero. Hacía dos horas que se encontraban en aquella cafetería y, de tanto hablar, sentía la garganta como si hubiera comido algo muy picante. Le pidió que le sirviera un zumo de naranja recién exprimida. Unos minutos después, y sin tregua alguna, siguió con su narración.

Anna logró abrir la boca por primera vez, después de un largo silencio para decir:

—Esta historia ¿cree que pueda ser la del mismo hombre por el cual estoy intentando que me dejen abrir la caja fuerte con “*mi llave*”?

Zacarías no escuchó lo que Anna le dijo, o quizás se hizo el sordo, porque siguió como si fuera un autómatas con la historia que parecía conocer tan bien.

—Estos nazis se creyeron tan a pies juntillas todas las mentiras de su descerebrado líder que cuando en sus continuas arengas y con su voz atiplada les inculcaba que todos aquellos que les siguieran serían los héroes de una poderosa nación, invencible... esta letanía era escuchada por hombres borregos que cada día y a cada hora se podían oír por los altavoces que estaban instalados estratégicamente en los lugares más concurridos. En su verborrea les hacía sentirse grandes, tanto que ninguno de aquel grupo que asaltó la casa de la familia de Samuel intuyó que aquella familia judía que ellos estaban dispuestos a humillar sin razón habían sido más inteligentes que

todo su ejército, pues ninguno fue capaz de descubrir que todas sus posesiones se habían depositado en un banco pobre en apariencias y de escaso volumen de trabajo, pero que en su interior escondido en un oscuro sótano dormía esperando la hora de su despertar. En una caja de acero se encontraban depositados los diamantes más apreciados en el mercado de las gemas. Pero este detalle pasó desapercibido para los ambiciosos nazis. Era tal la locura de poder que les invadía que no pensaron en que aquel aparentemente sórdido y pobre Banco de Crédito, ubicado en una calle adyacente a una de la más transitada y principal, por donde habitualmente pasaban con total pasividad delante de aquella puerta muchos de los sujetos pertenecientes a la temida SS ignorando que cada día que pasaban de largo perdían la posibilidad de hacerse con su preciado tesoro. Los padres de Samuel eran muy inteligentes y tuvieron muy en cuenta el aspecto de aquel banco, que, al no ser uno de los principales de la capital, estaban seguros de que lo desdeñarían por su apariencia, y allí, en aquel aparentemente banco humilde, que Anna hacía horas que miraba desde el ventanal acristalado de aquella cafetería, se escondía una de las mayores fortunas que era la causa de sus desesperación.

El hombre esperaba la reacción de Anna ante esta narración, pero, por toda respuesta, Anna dijo:

—Entonces, si sabe tanto sobre esta historia, ¿me podía decir cómo pudo alimentarse Samuel después de que murieran sus protectores?

Por unos instantes, se quedó perplejo. Su cara se puso de color púrpura, no parecía esperar que le hiciera esa pregunta.

Después de unos instantes de reflexión, miró a Anna con la cara enrojecida por la vergüenza, sus manos temblaban. Y después de una pausa, se atrevió a decir:

—Mis padres fueron los que le dieron cobijo a Samuel... —y dejó la

frase sin concluir.

Ahora el silencio parecía poseer a Anna. Un momento largo de fuerte tensión se interpuso entre ambos. Anna lo miró con voz temblorosa y aún con el corazón dolorido no era capaz de arrancar de su sentimiento aquella pesadilla, pero al fin pudo decir con voz cansada:

—Aquel hombre, cuando lo vi, tenía en su semblante escrito una gran tragedia —y con desgana dejó caer sin fuerzas la cabeza sobre el respaldo de la silla. Mientras una lágrima resbalaba sin su permiso por sus mejillas.

—Entonces —dijo como si de un juez se tratara—, tú también, aunque indirecto, fuiste su verdugo.

Aquel hombre, después oír las últimas palabras de Anna, parecía sentirse muy mal. Cuando al fin logró articular palabra, le dijo balbuceando:

—Las situaciones a veces nos obligan a hacer cosas que más tarde pueden provocar que nos avergüencen para toda la vida.

—No lo entiendo —dijo casi sin fuerzas, pero enojada—: No puedo llegar a entender cómo pudo tener el valor de desinhibirse de aquello que habían hecho sus padres por Samuel, y de no interesarse si aún seguía allí metido en aquel cautiverio. Cuando llegó a Mielec, ¿no se le ocurrió ir a la casa de sus padres aunque fuera por curiosidad?

Zacarías no sabía qué responder, se removió en el asiento. Él también era judío y, como los apóstoles hicieron a Jesús, también él renegó y por miedo seguía renegando de su religión para no ser perseguido.

—Entonces ¿esa fue la razón de haber dejado abandonado a aquel ser humano en manos de un sin destino?

Zacarías bajó la cabeza.

Pero la situación del momento era la que mandaba... solo fue eso.

—¿Acaso se le olvidó que ya había terminado aquel horror y que con tan solo echar una mirada a la casa de sus antepasados pudo haber salvado la

vida de Samuel?

—Yo —dijo Zacarías apesadumbrado— no sé qué es lo que puedo hacer ahora. El daño ya está hecho.

Aquel hombre elegante, al hablar, parecía como si la tráquea se le fuera a cerrar en cualquier momento, cuando empezó a narrar que:

—Desde aquel mismo instante en que supe de él y lo abandoné, no he tenido un momento de sosiego, por eso le ruego que confíe en mí. Haré todo lo que esté en mis manos, por muy difícil que sea, puede estar segura de que lo haré encantado.

—¿Es así como quiere redimirse de su culpa?

El hombre no sabía dónde dirigir la mirada, parecía sentirse, a cada minuto que pasaba, más avergonzado.

—No acabo de entender —dijo Anna sacando al exterior sus pensamientos—, no, no cabe en mi cabeza, cómo un mediocre, y no me refiero a usted, de escasa altura intelectual, con carisma diabólico, pudo manipular a tantas gentes instruidas para después llevarlas al abismo de la destrucción más absoluta, y, sigue relatando entre dientes, siendo un personaje de tercera. ¿Qué manipulación maquiavélica usó para poner como peldaños para su escalada infernal los cuerpos de millones de vidas destrozadas en un mundo que creyó que le pertenecía?

Después de decir estas palabras, se inquietó ante la reacción que pudiera tener aquel hombre que no sabía en realidad lo que pensaba, y que había demostrado no haber tenido escrúpulos en mantener a Samuel en aquel estado tan deplorable.

Anna lo miró cargada de tristeza y con recelo. ¿Estaría fingiendo un arrepentimiento que no sentía en realidad?

Pero todo aquello le parecía un enigma. Si él sabía lo de la fortuna de la familia de Samuel y dónde se encontraba, ¿cómo no intentó hacerse con ella?



Anna no estaba muy segura de todo lo que Zacarías le había contado, aunque quizás muy pronto lo averiguaría.

De sopetón, con una valentía que casi rayaba la insolencia y con la cabeza erguida, habló aquella Anna que ni ella misma se reconocía. Entonces dijo:

—¿A dónde cree que tengo que dirigirme? Yo estaba segura de que era este el banco —dijo señalándolo con su dedo acusador donde se encontraba la caja de los diamantes—, un banco que, por cierto, difiere bastante de los muchos otros a los que ya he visitado y en donde sus directores (me refiero a los bancos visitados), los pocos que por cierto me recibieron, solo supieron ponerme obstáculos que, por dificultosos, eran insalvables.

Zacarías la miró sin decir palabra. En sus ojos se notaba, a pesar de la reprimenda de Anna, una cierta tranquilidad. Sabía que había llegado su hora, la de reparar algo de aquel daño que cometió por la inconsciencia de la juventud.

Mientras Anna miraba la fachada fijamente, su cara se iluminó, estaba cada vez más segura de que era justo allí, al sur de Hungría, donde tenía que dirigirse y era, exactamente, donde ella se encontraba.

Se quitó las gafas de sol y las balanceó entre sus dedos, aquellos ojos azules parecían del todo ausentes. Ya no quedaba en el firmamento ningún resquicio de luminosidad, solo una rara claridad ambarina por donde se había puesto el sol, pero, aún así, parecía deslumbrada; volvió a ponerse las gafas distraídamente; el hombre la miraba en silencio.

Zacarías se levantó, parecía cansado. La conversación ya había tocado a su fin, su cuerpo se estremeció ante una brisa fresca y húmeda que le rozó la cara, no parecía encontrarse bien su espalda. Ahora parecía encorvada dando la imagen de una persona convaleciente de una enfermedad larga. Las piernas de aquel hombre parecían pesarle cada una dos toneladas, apenas podía

moverse. Al despedirse de ella le dio una tarjeta con su dirección y una recomendación para el director del banco que tenía que visitar al día siguiente. En el reverso ponía: “Estoy a tu entera disposición, espero poder ser útil en esta contienda en la que yo también me siento implicado”.

Antes de marcharse le dijo:

—Puedes entrar en el banco cuando quieras, tan solo te pido que tengas paciencia, necesito una hora para resolver un problema. A las diez de la mañana abren, pero espera hasta las once; a esa hora ya estará todo resuelto y podrás entrar. No tengas miedo. Esta vez creo que no te van a rechazar.

Anna lo miró incrédula. ¿Estaría burlándose de ella aquel hombre? ¿O tal vez sabía de antemano que estaban allí los diamantes? ¿Acaso podía confiar en él?

Era la hora de la cena y en la calle donde se encontraba el hotel decidió sentarse en una de las terrazas para tomarse un refresco, necesitaba tener la mente despejada. Le resultaba todo tan extraño.

Cuando entró en el hotel, miró hacia el comedor. Desde la puerta parecía estar al completo. A Anna aquella noche no le apetecía cenar, dio media vuelta, se dirigió hacia el ascensor, tampoco lo cogió. Se encontraba abatida, con sensación de melancolía. Cuando se acercó a las escaleras, se encontraba en un estado de desasosiego tal que decidió antes de subir las acercarse a recepción para decir que le subieran a su habitación una infusión de tila muy cargada que sosegara sus nervios.

Sentada en una butaca de su dormitorio, dormitaba con los brazos doblados bajo el mentón. En esos momentos, el leve sonido de una respiración cerca de su cara le hizo estremecer. Miró en todas direcciones, pero no supo de dónde venía. Un olor a rosas le hizo erguirse bruscamente mientras su corazón se desbocaba. Intentó tranquilizarse antes de decidir ir a la cama, todo podía ser producto del estado anímico en el que se encontraba.

Poco después llamaron a la puerta, una camarera le llevaba el pedido que había hecho en recepción. Se tomó la infusión de tila y, minutos después, el sueño la venció. Tuvo sueños horribles, tanto que, al despertar, necesitó gritar su propio nombre para que su espíritu no se diluyera en la demencia.

Por la mañana, con la boca seca como un estropajo y aún sin desayunar, salió a la calle, esperando impaciente que llegara la hora para entrar en el banco. Con la impaciencia dudó cómo vestirse adecuadamente para ser bien recibida. Salió del hotel, caminando llegó de nuevo hasta el puente de Las Cadenas. La brisa del río reconfortó su rostro, despejándola de malos presentimientos.

Miró el reloj. Solo eran las diez de la mañana, aún tenía una hora. En una terraza que parecía la menos concurrida pidió un café y un bollo para desayunar. Miró de nuevo el reloj, ya había llegado la hora convenida para entrar en el banco. Pagó al camarero, se levantó apresuradamente, se encontró azorada y comenzó una carrera casi imperceptible para nadie, tan solo para ella. Se puso ante la puerta del banco desafiante, miró la fachada y, después de unos minutos que parecían ser de reflexión, entró decidida en aquella entidad. Empujó con fuerza la puerta giratoria de cristal que ya no la intimidaba.

Hacía una hora que se habían abierto las puertas del banco al público.

Nada más entrar, se sorprendió al contemplar cómo se dirigió hacia ella uno de los empleados, con la mano extendida para saludarla amablemente. Parecía estar esperándola. Después del saludo, la condujo al despacho del director. Era un hombre de aspecto serio, tenía el cabello blanco, aunque no aparentaba más de cuarenta años, vestido con traje negro tras la mesa del despacho, daba la apariencia de tener una figura que pareciera esquelética.

El director se levantó galante para saludarla. Su actitud hizo que Anna pusiera todos sus sentidos en alerta. Le pidió con suma cortesía que tomara

asiento.

Anna, con una serenidad que rayaba en la descortesía, alargó su mano y le dijo seca antes de que le preguntara su nombre:

—Soy Anna Kosciusz, de Mielec, Polonia.

En la calle, el viento empezó a soplar inesperadamente sin piedad haciendo vibrar los cristales de la puerta giratoria de la entrada.

Poco después, junto con el director, se dirigieron al sótano donde se encontraba la cámara acorazada. Se intranquilizó de repente. Ante ella parecía dibujarse y desdibujarse una delgada y larga silueta de hombre en la esquina que daba justo al recodo de las escaleras de caracol de la bajada a los sótanos. Entonces creyó ver a Samuel, que le sonreía. Pero desde arriba, y mientras bajaban, Anna pudo ver a otro hombre desconocido para ella que asomaba la cabeza por las escaleras. Al mirarlo Anna, la mirada que salía de sus estrechos ojos era como pozos oscuros.

Entraron los dos en la habitación acorazada donde se encontraban las cajas de seguridad. Una vez dentro, el director, antes de dejarla a solas, introdujo en la cerradura la llave gemela que, junto a la de ella, abrió el misterio que en esos momentos se iba a desentrañar. Al quedarse a solas, sacó la llave de su bolso que, desde que la llevaba consigo, parecía que le quemaba los sentidos como si fuera una zarza ardiendo en un campo árido y reseco por las extremas temperaturas.

Cuando entró la llave en la cerradura, sonrió; aquel era el día clave para empezar a cumplir su promesa, porque aquel hombre, al abrirle aquella habitación acorazada, sin saber, había accionado el mecanismo de una venganza que acababa de empezar, pero que Anna ignoraba cómo ejecutarla para poder sacar adelante sus ideas.

Anna, en muy poco tiempo, había aprendido muy deprisa. Para visitar el banco se había comprado un elegante conjunto de mañana de dos piezas de

color tierra, a pesar de no disponer de mucho dinero, unos zapatos altos que se puso para hacer una entrada triunfal en aquel banco, adornaba su cuello con un espectacular collar de diamantes que, amablemente, le había cedido Zacarías como prenda de sinceridad el día en que mantuvieron aquella conversación en la terraza de una cafetería. Cuando se lo cedió, tan solo le dijo:

—Llévalo puesto cuando entres en el banco, ellos saben apreciar en cuánto puede estar valorada esta joya.

Aquel hombre llamado Zacarías, y desconocido del todo para ella, había hecho el milagro de solucionar en poco tiempo todos los impedimentos, volviéndose favorable para ella. Ese hombre era una incógnita que algún día descifraría. Pero, por ahora, no tenía tiempo, había llegado el momento de empezar a trabajar. Desde aquel episodio, Anna supo por qué la bondad siempre se mantiene fuera del alcance de quienes no son dignos de ella.

Ya podía acceder a esa fortuna. La parte más difícil de solucionar estaba resuelta. Aquella noche tuvo sueños donde creyó ver una luz intensa y dorada, translúcida, que era anulada por un raro espesor grisáceo.

Pero ¿por qué Zacarías no se había hecho de esa fortuna habiendo podido hacerlo? ¿Qué enigma guardaba aquel hombre? Aquellas preguntas que se hacía no le dejaban tiempo para el sosiego.

Por la mañana del día siguiente y a pesar de haber conseguido sacar los fondos que necesitaba, no estaba relajada. A primera hora, desde la habitación, pidió información sobre las instalaciones de las termas de las que hablaban los folletos que estaban en su habitación del hotel.

—Necesito —dijo— que me llame para concertar cita a las termas de Gellert. El día de mi llegada vi los folletos encima de la mesita de mi habitación y, después de leerlos, creo que es la que mejor encaja a mis necesidades. Si es posible, me gustaría poder ir cuanto antes.

No habían pasado cinco minutos y desde recepción le informaron que estaba citada en las termas a las once de la mañana.

Desayunó una taza de café y unas tostadas con mantequilla y mermelada.

Pidió un taxi. Necesitaba, cuanto antes, desprenderse de aquel estrés que la estaba matando. Las termas se encontraban al otro lado del río, el folleto decía que estaba instalada en una casa de arquitectura modernista que había sabido conservar su originalidad.

Se inscribió en recepción. Cuando acababa de pagar el importe, con sigilo, se le acercó una señora de aspecto hombruno de casi dos metros, con el pelo corto pegado a la nuca. Anna dio un respingo cuando vio que esta mujer tenía una espalda que parecía un armario de dos cuerpos, era grande, robusta, que, sin decir palabra y con un simple gesto, le dijo que la siguiera. Se introdujeron por un ancho pasillo que llevaba a los vestuarios, iluminado desde el techo por luces indirectas de neón. Al final del pasillo, se encontró una puerta de medio punto, con puertas de cristal emplomadas, que, al abrirse, dio paso a una piscina de aguas humeantes de manantial. Las paredes estaban alicatadas con bellos mosaicos antiguos de reminiscencias árabes. En las paredes, grandes vidrieras que daban claridad a la estancia. En las cuatro esquinas de la piscina, bellas estatuas de ninfas desnudas con cuerpos perfectos que parecían observar con sus ojos de mármol todo lo que acontecía en aquel raro recinto.

Anna se dio una ducha de agua fría para, inmediatamente, sumergirse complacida en la cálida agua de la piscina. Mientras daba las primeras brazadas, pensó que había valido la pena estar allí, su cuerpo parecía estar consiguiendo el milagro de relajarse. Después de unos cuantos largos decidió descansar, se acercó a la orilla, se apoyó en los codos, miró complacida cómo dos ancianas competían por hacer un largo como si fueran dos adolescentes.

Pero cuando poco después intentó subir las escalerillas de salida, vio cómo un hombre, desde el borde de la piscina, la miraba fijamente desde unas cuencas vacías, sin parpadear. Asustada, la primera intención fue la de volver a nadar y salir por el lado opuesto. Pero aquel hombre parecía haberla hipnotizado, aunque hubiera querido no podía moverse, después de unos segundos que le parecieron una eternidad, reaccionó. Miró de nuevo con temor, pero aquel hombre había desaparecido. Salió del agua inmediatamente, tapó su cuerpo con el albornoz y se dirigió a la taquilla del vestuario y, al meter la mano para coger la llave que le permite entrar a vestirse, tocó algo viscoso que, al contacto con su mano, se removi6 dándole un latigazo. Asustada, apartó inmediatamente la mano, dando un paso atrás. Estaba espantada, no se atrevía a mirar su rostro, se transformó al ver cómo de la taquilla salía, lentamente, una serpiente de color gris.

Una vez vestida, y con el cuerpo temblando, se dirigió a la salida, entonces vio pasar a su lado a aquella mujer grande que la condujo hacia los vestuarios. Anna la miró y, sorprendida, vio que sus ojos parecían desprender chispas de ira contenida. Salió precipitadamente a la calle, miró hacia un lado y otro. Estaba espeluznada, la calle, sorprendentemente, estaba solitaria. Entró de nuevo y pidió en recepción un taxi. Cuando llegó al hotel, miró el reloj del hall, tan solo marcaba las dos del mediodía. Se dirigió a su habitación, buscó en el armario algo cómodo, se vistió con prisas, tenía que salir para despejar la mente. En aquellas termas y después de aquel suceso desagradable no había conseguido el objetivo de relajarse. Sus músculos aún estaban tensos, aquella visión que tuvo en la piscina, aquel hombre y aquella mujer forzuda que parecía la encargada del vestuario le inspiraban terror, pues con solo haberlo intentado le podía haber estrangulado. Y estaba también aquella serpiente en su taquilla. ¿Quién podía estar tras todo este desatino?

Ya en la calle, el cielo se adornaba con pequeños cirros que velaban la claridad del sol. Necesitaba perderse en medio de aquel tumulto donde su soledad pasara desapercibida. Después de caminar, y de mirar escaparates, se sentó bajo un parasol en una de las muchas terrazas de moda que por allí proliferaban. Dentro, en aquel bar, bullía el gentío con ganas de reír.

Pidió al camarero un Vermut rojo. No pensaba ir a ningún restaurante y mucho menos comer... Estaba segura de que el estómago no se lo admitiría, lo tenía como si hubiera tragado un globo y este se le hubiera hinchado hasta estar a punto de explotar. Cuando tomó el primer sorbo del Vermut, dulce y fresco, se sintió cómoda. La mandíbula se relajó, la tensión desapareció, la magia de aquel sorbo le había hecho olvidar la realidad.

Abrazó entre sus dos manos el vaso frío, como si con esta actitud se estuviera protegiendo de un mal imaginario. Cuando reaccionó, se preguntó: “¿Qué me está pasando?”. Miró con atención en todas las direcciones, no vio nada que no fuera natural, pero sentía que alguien la perseguía. Bebió otro trago, que, al llegarle al paladar, le hizo sentir el efecto contrario que el primero y empezó a encontrarse más nerviosa y a sentir un amargo sabor de boca. Miró distraída hacia la acera de enfrente, donde la terraza se encontraba también llena de gente. Sentada en uno de los veladores se sorprendió ver una mujer vestida de forma extraña; jamás había visto una indumentaria semejante: la cabeza la tocaba con un extraño sombrero del que parecían brotar hierbas verdosas que daban la sensación de estar húmedas, eran semejantes al perejil mojado. Su vestido era una túnica que parecía haberla hecho un pintor en un momento de desesperación, destacando en el delantero unos enormes brochazos sin sentido alguno de la estética.

La mujer la miró desde la distancia y en su mirada Anna sintió que parecía querer decirle algo.

Anna pidió la cuenta al camarero mientras le dijo que se apresurara. Se



alejó de aquella calle con pasos rápidos, por donde parecía no escucharse nadie.

Se acercó al río, paseó por la avenida que lo circundaba, no se atrevía a cruzar el puente. Miró el río detenidamente. Desde su perspectiva no le parecía que aquellas aguas fueran tan azules, al mirarlo con insistencia le pareció gris y tenebroso, tal y como se sentía su alma.

La sirena de un vapor lleno de turistas sonó estridente para llamar la atención cuando pasaba por debajo del puente de Las Cadenas y cerca de donde ella se encontraba, desde la embarcación, alguien parecía saludar agitando un pañuelo blanco. Miró hacia atrás para saber por curiosidad quién estaba siendo saludada con tanto ímpetu, pero tras ella no se encontraba nadie, solo ella miraba el río en esos instantes. Aguzó la mirada y, aterrada, vio que aquella mano que saludaba era la de aquella mujer extravagante. Decidió regresar al hotel, necesitaba pensar, pero tampoco sabía muy bien en qué.

Quizás todo lo que creía estar viendo era producido por su estado de agitación y la emoción de saber que todos los trámites que habían sido necesarios para acceder a la caja fuerte se habían resuelto y además ya podía disponer de cuanto dinero necesitara. Al día siguiente tenía que ir de nuevo al banco para recoger la tarjeta de crédito que llevaría su nombre para poder sacar el dinero necesario en cualquier lugar del mundo donde se encontrase y, al mismo tiempo, necesitaba informarse del saldo del que podía disponer en su reciente cuenta corriente. Mientras todo esto le sucedía, al día siguiente, en el banco, creyó estar viviendo un sueño repleto de magia cuando sintió en la palma de su mano los documentos que le acreditaban ser la dueña de aquella fortuna. No pudo emocionarse, porque para ella no era una cuestión de hacerse con aquel dinero, sino que era imprescindible que pudiera disponer de él a lo que le era necesario para realizar su misión.

A los dos días de poder disponer del dinero, se dirigió a una agencia para sacar un pasaje de avión. Por la tarde y con el pasaje en la mano se dirigió al aeropuerto de Jasionka para tomar el primer vuelo rumbo a Madrid-Barajas. Desde ese mismo instante en que el avión levantó el vuelo ya había empezado para ella la misión del seguimiento de una de las pistas que, según su información, le pareció más fiable, en la cual se decía que muchos de estos nazis se habían refugiado en Madrid después de la caída del régimen, diseminándose por diversas regiones de España. Se suponía que después de la derrota y con los bolsillos llenos habían encontrado un lugar donde vivir hasta encontrar su destino definitivo. Estos refugiados alemanes, nada más llegar a España, empezaron a derrochar y a vivir en la opulencia, gastando sin límites. Esto favoreció a una pequeña parte de la población española que, en esos momentos, se encontraba escuálida y desnutrida, que necesitaba comer, aunque este dinero viniera de estos individuos que se habían enriquecido con el sufrimiento de muchos seres inocentes.

### CAPÍTULO III

#### LLEGADA A MADRID

El chofer del hotel la esperaba en la terminal de Barajas con un cartel en la mano anunciando su nombre para conducirla hasta el número 5 de la Plaza de la Lealtad, distrito del Retiro, muy cerca del museo del Prado, donde se encuentra ubicado el hotel Ritz. Desde que decidió viajar a Madrid había preferido hospedarse en uno de los hoteles más lujosos y emblemáticos de la capital de España. Su instinto, y a pesar de haber leído muchos de los comentarios periodísticos, le decía que Madrid era el sitio perfecto para empezar a cumplir su misión. Las horas de vuelo y también durante el

trayecto desde Budapest-Madrid se informó por las revistas de sociedad de las actividades y nacionalidad de muchos de los clientes de aquel hotel, en donde era constante el flujo de personalidades que acudían a suntuosas fiestas que allí se prodigaban. También supo que era el hotel que más secretos atesoraba entre sus paredes, donde se podía decir que, después de un siglo de vida, es y fue el confesionario de todas las conspiraciones de cualquier ralea, como de importantes empresarios, políticos con ansias de medrar y aspirantes a serlo. Todos hacían planes ante una taza de un aromático café exportado de Colombia después de una succulenta comida en el restaurante Goya, situado en el mismo hotel, y todo bajo la mirada discreta del servicio que allí se ofrece.

Anna supo también que si quería salir airosa se tenía que meter en un torbellino de apariencias y mentiras, algo que nunca estuvo en su mente el llegar a ser una pieza más. Pero solo ella había elegido ese camino y quiso empezar por lo grande, por eso tenía que ser ese emblemático Hotel. Supo también que le ocurrirían cosas que para afrontarlas tenía que estar preparada, pues muchas de estas experiencias estaban reservadas solo para los privilegiados de bolsillos repletos.

Pero para ella ese detalle ya no tenía importancia, tenía dinero más que suficiente para poder llegar a su objetivo. Estos pensamientos la llegaron a excitar. Enseguida tenía que ponerse a la tarea de aprender todos los trucos de la variada vida social madrileña, como vestir con elegancia, saber estar... Estos pensamientos le hacían sentirse insegura, pero, tras un rato de reflexión, surgió en ella una vitalidad que, desde que emprendió el viaje, la estaba poseyendo y había descubierto, asombrada, que parecía sentirse complacida en su interior.

Tan solo una pregunta quedaba en el aire por el momento y no tenía respuesta. Había llegado la hora de ponerse a trabajar inmediatamente y

desterrar el miedo que le invadió cuando se estaba acercando a Madrid, pero ¿cuál sería la manera correcta de empezar?

Esto se preguntaba una y otra vez Anna desde el taxi que la llevaba al hotel desde el aeropuerto, y mientras admiraba desde la ventanilla un inmenso mar dorado de los campos de Castilla que resplandecía con los tenues rayos del sol del atardecer. Su cara cambió de expresión al recordar con desasosiego aquellos rostros imprecisos de los hombres que aparecieron en la casa de acogida allá en Mielec y que ahora en su memoria aparecían confusos, dudando si eran, quizás, seres humanos al creer que se extinguían como fantasmas fugaces en su memoria.

Desde el coche, y camino del hotel, ya adentrándose en la capital, recreó su mirada en las calles y barrios por donde pasaban sus gentes. En las aceras de los paseos se podían ver mujeres sentadas en sillas bajas que vendían agua por cinco céntimos permitiendo echar un trago, pero no muy largo por un botijo. Los carros tirados por mulas recorrían las calles de la periferia repartiendo sus mercancías, vendiendo la leche que producían sus vacas, otros, las verduras de sus huertos. Todo parecía tan natural en la vida de Madrid que solo por eso ya era bello. Luego de ver aquella parte de lo que era el Madrid de la clase obrera, se sintió como si estuviera pasando por su barrio.

El coche se paró ante un cruce de caminos. Una mujer caminaba ausente. Asida a su mano iba una niña que le llamó poderosamente la atención. Su atuendo era un vestidito negro que parecía hecho para una viuda olvidada en los recuerdos, su flaco cuerpo lo abrigaba con un jersey también de color negro. Sus cabellos ondeados de niña no estaban adornados con lazos de colores, eran de color negro como quizás los pensamientos de su madre. Aquella escena fue impactante para Anna: miró a la que parecía ser su madre. Era una mujer quizás en demasía joven y, sin embargo, las dos lucían una

figura casi patética. ¿Sería ese era el producto de una guerra sin razón? Después de un largo silencio, centró su atención solo en la misión que tenía que cumplir para mantenerse ágil de cuerpo y mente.

Cuando el coche llegó al centro de la capital, el paisaje urbano se tornó diferente: grandes avenidas, coches imponentes que se cruzaban con tranvías recién pintados. Por las aceras de La Castellana paseaban con elegancia mujeres vestidas con modelos de alta costura. Casas palaciegas a un lado y a otro de la gran avenida, edificios con fachadas modernistas, suntuosos palacetes de ensueños abrazados por sofisticados y cuidados jardines. Anna, soñadora, se imaginó que entre esos recónditos arbustos y en las noches que la luna es velada por una oportuna nube, en estos jardines, complacidos y al mismo tiempo cómplices, se pueden esconder amores entre el herbáceo verdoso que podían llegar a ser amores prohibidos. Anna, mientras veía pasar aquel paisaje, pensó que estos lugares debían atesorar muchos secretos, quizás alguno de ellos de alguna locura de amor irrefrenable, pero, al mismo tiempo, quiso creer que algunos de esos secretos podían ser también bellos y profundos, como aquella ciudad que estaba descubriendo. Quizás todo aquello que pensaba podía formar parte de la primera fase de una farsa de la que se iba a ver envuelta.

Pero ¿qué buscan las gentes con las apariencias?

Una voz oculta en su conciencia le decía: “Todo lo que estás viendo es supervivencia; y las consecuencias de los posos que quedan al término de una guerra”.

El coche rodaba por sus calles. Mientras, le pidió al chofer que aminorase la marcha, ya que quería disfrutar de la primera impresión que le estaba ofreciendo Madrid y esperaba poder pasear algún día por sus calles con la esperanza de haber terminado el trabajo que le había llevado a un país que nada más llegar la había hechizado.

Con un sol espléndido se adentró por La Castellana, donde aún quedan algunos testimonios del glorioso pasado de España, de cuando Felipe II era rey de todas las Españas, llegando a poseer el mayor imperio allende los mares, siendo dueño y señor de Los Países Bajos, Sicilia, Cerdeña, Milán, Nápoles, Orán y un sinfín de posesiones que eran el orgullo de todo el reino. Toda aquella historia la iba leyendo mientras que, a intervalos, veía pasar por las calles lentamente y a través de la ventanilla del coche, bajo un prisma de optimismo que le hacía ver que se encontraba un sitio asombroso.

Mientras, sin querer, le venían a la mente temores ante las muchas cosas que podían sucederle allí y vagamente se hizo la idea de que tenía que afrontar su destino. Se acurrucó en el asiento y, con el libro abierto sobre su regazo, vio pasar su vida en Mielec que quizás por culpa del destino no volvería a recuperar. Y al mismo tiempo veía cómo se acercaba a un futuro incierto que, presentía, iba a ser interesante si acertaba a hacer bien las cosas.

Las calles en el centro eran bulliciosas, con gente alegre que intentaban olvidar la tragedia pasada. Y entre todos, unidos como una piña, parecía tener la misma misión de devolver la alegría a un país lleno de sol, que empezaba a resucitar y que necesitaba con urgencia nuevas energías. Así llegó a la conclusión de que en Madrid no iba a tener ningún problema para encontrarse a sí misma y hacer realidad esa venganza insaciable y desbordante que, sin saber el motivo, emergía de ella desde hacía poco tiempo, habiéndose apoderado sin su consentimiento y de todo su ser.

Entró en el hall del hotel Ritz elegantemente vestida. Lucía un traje de viaje de corte sastre, impecable, de un color gris plata y raya diplomática. La chaqueta, ajustada al talle, ensalzaba su estrecha cintura. La falda de corte tubo se ajustaba a sus caderas, una abertura en la parte de atrás le hacía lucir, insinuantes, sus perfectas piernas. En la solapa, un broche de diseño sencillo, confeccionado en chispas de diamantes, pero lo suficientemente llamativo

como para que todo el que pasara por su lado lo admirase. Caminaba encaramada a unos tacones de infarto que hacían que su figura luciera más esbelta. Su rubia melena se movía al ritmo de sus graciosos andares. Y corría el reloj en aquel atardecer de un espléndido día madrileño.

Unas enormes gafas de sol disimularon la impresión que le causó la entrada al hotel. Se detuvo unos instantes. Ante ella, una elegante escalinata arrancaba desde el vestíbulo, majestuosa, vestida con una alfombra en color azul cobalto, estampada en los laterales con alegorías florales de color oro viejo, encontrándose flanqueadas por columnas de mármol rosa que también adornaban el vestíbulo, abrazándolo como si fuera un cinturón, quedando como resultado un bello atrio con reminiscencias griegas. Nunca antes Anna había visto tanto lujo y total exquisitez y elegancia, unido todo en una sola estancia: allí todo era distinción y glamur.

Inmediatamente, fue atendida por el recepcionista. Minutos después, fue conducida por un mozo hacia su habitación. Cuando salió del ascensor, el pasillo ancho y largo se le antojó interminable, con su alfombra azul y las paredes enteladas en granate y salpicadas con refinados apliques dorados, luminosos, que en su recorrido parecían querer engullirla. La cabeza le empezó a dar vueltas cuando el mozo metió la llave en la cerradura de la puerta.

La suite estaba decorada con exquisito lujo. Un balcón se asomaba con vistas al jardín. En una mesita auxiliar, una cesta con frutas y chokolatinas le dieron la bienvenida. Las paredes de la alcoba se encontraban enteladas en seda color salmón, la cama con dosel estilo *Belle Époque*, el cabecero lucía un tapizado a rayas azul cobalto y salmón. Anna, a pesar del cansancio que sentía, le pareció estar inmersa en el laberinto de un sueño inimaginable. Un escritorio de estilo francés Luis XVI parecía llamarla para que empezara a escribir cuanto antes la relación de lo que desde esos momentos tenía

prioridad.

Las cortinas adamascadas de color azul tenue tamizaban la luz que debía entrar a raudales por el balcón. Supo que desde ese momento ya había perdido su auténtica identidad. Mientras contemplaba, constató con incredulidad que al lado de la alcoba había un salón lo suficientemente espacioso y elegante, lo recorrió. Entró en el baño, la grifería dorada resplandecía como si fueran de oro. Las toallas de lino estaban bordadas con las iniciales del hotel. Todo era perfecto. Corrió las cortinas del balcón del saloncito y se asomó para respirar el aroma cálido de los parterres del jardín. Cuando entró de nuevo, pisó con deleite la suntuosa alfombra que, con la emoción, había ignorado al entrar. Era una joya, estaba elaborada artesanalmente en la mejor fábrica española.

Se sentó en una butaca. Se quedó unos minutos mirando la preciosa araña de cristal que pendía del techo. No supo porqué empezó a sentirse incómoda. Después de unos minutos en soledad, y cuando creyó empezar a relajarse, sintió como si una mano de hierro le oprimiera el pecho. Nerviosa, se atusó el pelo con los dedos. Quiso pensar que era el cansancio, decididamente necesitaba relajarse. Indolente, se tumbó encima de la cama, que se encontraba vestida con sábanas de lino primorosamente bordadas, intentó cerrar los ojos mientras frotaba un pie contra otro. En su fricción, los zapatos salieron disparados hacia el centro de la habitación, abrió los ojos, miró el techo y vio, desconcertada, una sombra alargada que se desplazaba lentamente hacia el balcón. Se sintió asustada como un pájaro en una jaula cuando una mano cruel lo agitó. Con precaución volvió a mirar hacia el techo, pero solo vio la lámpara de cristal que al recibir la luz del exterior le hacía dar destellos de iris al entrar a través de los cristales de las puertas del balcón.



## CAPÍTULO IV

### MISTERIOS EN EL HOTEL

En su primera noche en el hotel pidió por teléfono que le sirvieran la cena en la suite. Se encontraba demasiado excitada, tenía que prepararse para empezar una nueva vida que parecía que ya había comenzado. Y hasta empezaba a verla como si fuera un sueño del que no sabía si quería despertar. Estaba confusa, no sabía si todo aquello pertenecía a su fantasía o era verdad lo que estaba viviendo ante el despliegue de tanto lujo, pero eso no impidió que por unos momentos se sintiera como una diosa.

Pidió un vaso de leche y unos pastelitos de hojaldre que le recomendó el recepcionista al comunicarle que no bajaría al comedor por carecer de apetito. Con aparente calma, y mientras su cuerpo cansado reposaba en el confortable colchón de plumas, le vinieron a la memoria episodios pasados que le hicieron pensar que ahora sí que se sentía más viva que nunca, pero hasta ese momento no se le ocurrió pensar que en su tierra natal de Mielec siempre se vio, aunque nunca lo quiso reconocer, como un ser insignificante ante la rutina insoportable de hacer siempre lo mismo. Esto le había restado tiempo para dedicarse y pensar que le había llegado la edad de tener pareja, pero nunca creyó que el tener pareja fuera tan necesario, pero ahora echaba de menos una mano fuerte que la guiara. Por ese motivo, nunca estuvo en su mente el pensar que en tan poco tiempo pudiera cambiar todo en su vida. Porque ese hombre desvalido llamado Samuel Karsirski hizo, sin proponérselo, cambiar su forma de pensar y de ver la vida.

Minutos después, una camarera le puso el servicio de la cena en la salita contigua a la alcoba. Enseguida se quedó profundamente dormida encima de la cama. Ya era noche cerrada cuando el repiqueteo del agua de lluvia

empezó a lamer los cristales del balcón. De repente, se levantó un vendaval. Y en el silencio de la noche se podía percibir el ruido del rastro que hacen las ramas de los árboles al ser abatidas por el viento que, en su inclinación, son arrastradas hasta rozar suelo alfombrado de césped del jardín. La noche empezó a hacerse tenebrosa.

Anna se despertó con el ruido que hacía el agua al chocar contra los cristales y las hojas del jardín. Se levantó lentamente, cerró las cortinas y entonces se dio cuenta de que aún estaba vestida. Se desnudó para ponerse el camisón. Miró hacia la salita. Sin tocar la cena volvió a acostarse. Tardó en dormirse. Sus pensamientos la martirizaban y no acertaba a desactivar el mecanismo de su mente, pero cuando creía haberlo conseguido, el ruido de un grifo abierto en el cuarto de baño la hizo incorporarse para oír mejor el estrépito que hacía el chorro de agua al caer en la bañera. Se levantó impulsivamente. Ante esta brusca reacción, le empezó a doler la cabeza enormemente, se dirigió al cuarto de baño. Cuando abrió la puerta, se encontró con la desagradable sorpresa de que estaba invadido por una espesa nube de vaho. Asomó la cabeza, pero no se veía nada. Solo sintió, en su cuerpo, el choque del calor húmedo que desprendía el agua hirviendo en un receptáculo cerrado.

Asustada, dio un paso atrás. Cuando reaccionó, llamó a recepción. Inmediatamente, apareció el conserje del hotel. Anna contó lo que había sucedido en el cuarto de baño, pero cuando este abrió la puerta, todo parecía estar en orden.

Incrédulo, la miró.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó haciendo una mueca con cara de pocos amigos.

Anna clavó su mirada en él con ira y, en su boca, un silencio irritante se apoderó de ella por no creer lo que dijo que había visto. El hombre hizo un

gesto que a Anna le pareció que le había despertado la conciencia, pero después de mirarla cerró la puerta sin decir nada más.

Aquella noche ya no pudo dormir, se sentía presa de un torbellino de pensamientos confusos y decidió sentarse en la salita. No quería pensar. Pero su mente la traicionó y le hizo recordar, aunque vagamente, la historia que leyó del hotel en el que ahora estaba hospedada. Era un pequeño libro de bolsillo que compró en Mielec, en una de esas librerías que se surte de los libros más extraños, pero que a ella le gustaba frecuentar pues, a veces, encontraba algún título que despertaba su interés, como el que compró aquel día al azar y que sin saberlo hablaba del hotel más emblemático de la capital de España.

Aquel libro dormía en el fondo del bolso de viaje. Lo sacó, lo miró con detenimiento, la caratula de la portada no parecía decir nada de interés que pudiera guardar ese libro en su interior, lo dejó encima de la mesita del saloncito...

Mientras paseaba inquieta por la alcoba, recordó el día que lo compró y leyó algunas páginas durante una noche de vigilia en el hospital cuando cuidaba a un enfermo, entonces, y después de haber leído unas cuantas páginas sin interés, decidió abandonarlo por parecerle estúpido y por pensar que lo había escrito uno de esos locos que creen en los misterios del pasado. Ahora se lamentaba. No debió haber leído esa información con respecto al hotel, ahora se sentía confusa, dudaba de si el que había escrito aquello decía la verdad o era todo lo allí escrito pura imaginación y, al no recordar con exactitud lo que había leído, no supo qué pensar. Cogió el libro y empezó a leerlo de nuevo. Un escalofrío le recorrió la columna, quizás la habitación que estaba ocupando era la que había sido un improvisado quirófano clandestino de anarquistas durante la guerra civil. ¿Y si aquel lugar se encontraba impregnado de energías negativas? O, tal vez, esa era la

habitación 233 A-B, donde murió el republicano Durruti de una hemorragia interna a consecuencia de un tiro. Ahora dudaba si la habitación que ella ocupaba era la misma de la que hablaba el libro, la habitación 233 A-B.

Se miró las uñas. De repente, abrió la puerta de su habitación y salió para mirar el número que debía estar grabado. No había ningún número, solo ponía ANC. Cerró la puerta con precipitación, se peinó la melena con las puntas de sus dedos y, pensativa, cogió una revista que se encontraba en el revistero. La ojeó, era de moda francesa. Pasó unas cuantas páginas, pero no consiguió distraerse. Cuando llegó la noche, aún no se encontraba en condiciones de salir de la habitación y se sentó en el pequeño sofá. Allí estuvo hasta que llegó el amanecer, fue una tensa espera hasta que llegara la luz del día. Mientras tanto y, de nuevo, le vino a la memoria la historia de Samuel y como siempre le empezó a hervir la sangre.

Después de una semana de estancia en Madrid, notó que dormía mal, no conseguía conciliar el sueño. Llegó el domingo. Aquel día se despertó con la sensación de haber tenido una pesadilla confusa en el recuerdo. Miró el reloj, se había hecho muy tarde para llegar a tiempo de oír la Santa Misa pues, entre otras cosas, tenía que averiguar dónde había una parroquia que estuviera cerca del hotel. Deseaba cumplir el precepto como buena católica. Cuando la luz del sol empezaba a filtrarse por el balcón, inundando la habitación, se metió en el baño bajo los cálidos chorros de la ducha. Pensaba que no podía dar marcha atrás, ya estaba involucrada y tenía que asumir todo lo que le pudiera surgir a pesar de los riesgos que conllevaba el tener que enfrentarse, quizás no solo con gente, sino con historias y fenómenos que podían escapar a su entendimiento. Se sentía tensa como cuerda de arco.

Aquel día el cielo, paulatinamente, se fue nublando y por la tarde empezó a caer una lluvia mansa que invitaba a la depresión. Pasaban los días hospedada en el hotel y aún no había tenido contacto con nadie. A pesar de

pasar mucho tiempo en la cafetería, las caras eran siempre las mismas. ¿Dónde se metía esa gente tan interesante que tanto ansiaba conocer? Descorazonada, creía que su plan parecía no dar los resultados esperados.

Contrariada por creer que nada le era favorable, por la tarde cogió un paraguas y decidió pasear bajo la tenue lluvia por el centro de Madrid. Caminó sin rumbo mucho tiempo. Se hizo tarde y tomó una fugaz cena en una moderna cafetería de la Gran Vía. Paseó en solitario hasta muy entrada la noche. Las calles eran seguras, los serenos eran los mejores vigilantes de la noche. Se dirigió al hotel, no le apetecía ir a la cama. Tomó asiento en uno de los sillones del salón de lectura, necesitaba escudriñar y saber qué horarios eran los propicios para conocer a gente, también le interesaba saber cuándo y dónde se reunían los que se hospedaban en aquel hotel. Sentada ante un Martini, miraba disimuladamente a todo aquel que pasaba y se dirigía hacia la cafetería. A esas horas era la primera vez que vigilaba a todo el que entraba y salía, quizás la suerte estuviera de su parte aquella noche y hasta podía llegar a sonreírle. Se quedaría allí sentada hasta las doce de la noche. Estaba segura de que aquella podría ser una buena estrategia que le podía dar frutos sorprendentes.

Un conserje, al verla, se acercó, le anunció que en recepción tenía una carta. Anna, extrañada, pero con serenidad, le dijo al mozo que se la entregase. Poco después, el mozo le ofreció el sobre en una bandeja de plata. Lo cogió como si estuviera acostumbrada a recibir misivas constantemente. El sobre era de color beige claro, rematado con un borde de oro.

Se retiró a un ángulo del salón, se sentó en uno de los sillones que encontraba más alejado de la puerta. Tenía que aparentar dominio y serenidad, o, al menos, eso era lo que pretendía. Abrió el sobre con calma disimulada, era muy raro, allí nadie la conocía a pesar de haber hecho esfuerzos por hacerse notar. Al instante, su cara se iluminó. Era una de esas

invitaciones de las que, nada más llegar, oyó hablar a unos clientes habituales del hotel.

Estaba dirigida a ella, sin ninguna duda, el nombre era el correcto. Lo abrió y, con una letra de imprenta elegante, estaba siendo invitada por el club más selecto de Madrid a asistir a la comidas de los lunes, que se celebraban cada semana en el hotel. No se lo podía creer, mirando la tarjeta recordó que el día de su llegada al hotel, y mientras tomaba un refresco en la cafetería y husmeaba como un zorro salvaje el entorno, oyó por casualidad la misma conversación a dos grupos diferentes de cotillas que, encaramadas en sendos taburetes de la cafetería, observaban con descaro a todos los que entraban y salían del hotel. Mientras, parecían celosas cuando hacían alusión a una importante comida que se daba los lunes, donde casi todo el mundo quería ser invitado y donde solo solía acudir la flor y nata de la sociedad madrileña, de donde dedujo que ellas nunca habían sido invitadas.

Por lo tanto, esa fue la primera noticia que tuvo nada más llegar de esa famosa comida. También recordó y esbozó una tenue sonrisa al evocar el día después de su llegada al hotel, cuando tomaba un refresco, en el salón de té se sintió objeto de miradas indiscretas de algunas de las señoras que se encontraban junto a ella en la barra. Parecían intentar averiguar con descaro quién era, de dónde venía, haciendo preguntas al camarero que, con su habitual discreción, contestaba con evasivas. También recordó que, de repente, se sintió con deseos de gastarles una broma. En su cerebro, un fogonazo encendió su ingenio y pericia. Pidió el teléfono al camarero, un teléfono que había tras la barra para ser utilizado por los clientes. Cuando lo tuvo en sus manos, se inventó una hipotética llamada, en la cual disimuló a la perfección estar hablando con una persona de la Casa Blanca (el poder hablar inglés puso más sencilla la broma) y quiso hacer ver a los que estaban a su lado, con una sonrisa, que tenía parientes importantes en los Estados Unidos.

Mientras, el camarero que se encontraba detrás de la barra, sin mover una ceja, con mirada astuta, la observaba. Alguien que se encontraba acomodado a su lado en la barra también puso toda su atención a su conversación. Terminada la ficticia charla, minutos después, corrió la voz de alarma, la cual corrió como la pólvora entre las cotillas asiduas al hotel. Era una mujer importante, se decía por los corrillos. Desde ese instante, y sin saberlo, había logrado ser la estrella del momento. ¡La treta había dado resultado! Siendo desde entonces, rápidamente, investigada por las ociosas damas de la sociedad. Desde ese momento supo que aprendería rápidamente a jugar cualquier carta que tuviera en sus manos.

Los informes que obtuvieron debieron ser favorables, aunque la espera, al hacerse larga, le hizo dudar de su resultado. Días después vio cómo era analizada en cada paso que daba. Así fue como supuso que, después de un exhaustivo examen, fue aceptada para formar parte de ese exclusivo club que parecía disfrutar de aquel ambiente que tanta falta le hacía para poder conocer desde dentro a todos los personajes que estaba buscando. En ese círculo, más tarde pudo comprobar que, sin esfuerzo, se podía llegar a conocer y hasta poder llegar a ser invitada a los saraos que celebraban en la intimidad de sus residencias, pues abundaban políticos, aristócratas, banqueros y... “adinerados extranjeros”.

¿Pero quién pudo dar esos informes favorables sobre ella? Con el sobre en la mano, entró en su suite. Aún no podía creerlo. Había sido aceptada por esa sociedad nada más llegar. Y, desde ese momento, supo que eso solo sería el principio de un camino que seguro se encontraría lleno de obstáculos. Después de esa invitación le llegarían con toda seguridad toda una sucesión de invitaciones, sin contar los acontecimientos culturales. Y así, en sus pensamientos, se veía envuelta en ese frenético laberinto de fiestas. Tenía que aprender cuanto antes a desenvolverse y también aprender y saber guardar las

apariencias junto con el disimulo. Todo esto era necesario saber, pues iba a entrar en una sociedad a la que solo tuvo que echar una ojeada para darse cuenta de que solo se pensaba en el boato y en el total despilfarro.

Ahora ya se sentía satisfecha, quería pensar que era un miembro más de la alta burguesía. Desde ese día podía sentirse parte de aquellos que se dedicaban a los negocios, pudiéndose codear con aquellos que se enriquecieron a costa de los demás haciendo contratos fraudulentos, donde en estos negocios lo mismo tocaban ferrocarriles, como de servicios públicos, de suministros militares, etc. En esos momentos, en España se podía negociar con todo (siempre que fueras adepto al régimen). Todo este maremágnum se le antojó que era una mezcla de un sin fin de negocios de índole variada, de donde ella podía sacar algo de provecho.

Era una España que aún sangraba por las heridas de la guerra, pero que empezaba a resurgir con energías renovadas en un proceso de una nueva económica que comenzó por centrar las industrias en Bilbao y Barcelona, donde se empezaba a establecer un pujante comercio bajo la protección del Estado. Mientras, las restantes provincias se conforman con la emigración y con ser los siervos de estos poderosos industriales. Para activar la economía, como medio de transporte más rápido se empiezan a utilizar los caminos de hierro, por donde pasar los trenes de mercancías, abaratando el trasiego de los productos. Estas industrias, digamos, impuestas por el nuevo gobierno, ubicadas al norte y este de España, hicieron fomentar la emigración de forma que se viera como progreso, sobre todo para esas grandes capitales, haciendo que en algunos pueblos llegara a prolongarse aquel dolor que aún tenían metido en las entrañas. Enseguida empezó a llegar el desapego al tener que dejar por largo tiempo a la familia abandonada para salir en busca de una vida que, a simple vista, parecía mejor.

Esta conversación la mantuvo Anna con uno de sus nuevos amigos del



club de los lunes. ¿Por qué le contaría a ella esa historia de emigrantes y de industrias, si los que estaban allí para ellos solo era imprescindible el hablar de negocios? Estarían pretendiendo incitarla o tal vez involucrarla en algún negocio, pues ya se sabía en el selecto club que poseía una gran fortuna y que podía darse el lujo de hacer los negocios que más se ajustasen a sus capacidades. Aquel tertuliano, sin saberlo, le había despejado la cabeza. Ahora solo tenía que pensar cuál sería el mejor negocio para ella, aunque como negocio no le resultara rentable.

Anna, cada día, se integraba más en aquella sociedad que para ella le estaba pareciendo una universidad que le enseñaba todo lo que necesitaba saber. La gente con la que ahora se relacionaba se diferenciaba por su fuerte poderío económico. Los industriales españoles pronto empezaron a manejar a la perfección los elementos, conjugando trabajo y corrupción. Era una época muy difícil para España. Por donde cada español con dosis de ingenio podía llegar a la riqueza por caminos diferentes.

Ante sus nuevos amigos, que ya sabían todos que era oriunda de Norteamérica y después de dar muestras de estar dispuesta a meterse en aquella rueda de disparates. Ahora lo que más le interesaba saber con urgencia era quién les estaba dando información con relación a lo que ella quería hacer. También tenía que averiguar quién había difundido que era sobrina del que fuera presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman. Aunque gracias a aquellos chismorreos de viejas desocupadas pudo tener las llaves de aquella puerta exclusiva que se le abrieron de par en par y todo porque alguien difundió con acierto para ella una tamaña mentira, no entendía cómo cada día que pasaba tenía más facilidad para introducirse en una sociedad que, por aquellos años, gran parte de ella se encontraba envuelta en la corrupción, pues solían con descaro adorar el vil dinero.

Desde hacía pocas horas, ella era sabedora de los entresijos de alguno de

los negocios que se cocían en aquel grupo por donde ahora se movía, pero parecía fácil dejarse mecer por aquel ambiente, sobre todo por la vanidad que empezaba a anidarse dentro de ella, pues sabía que estaba brillando especialmente entre aquel grupo de elitistas, que no podía ninguno imaginar que solo estaba allí para cumplir una misión muy diferente a la que ellos creían.

Y así fue como fue, poco a poco, enterándose de los pormenores y chanchullos de cómo hacer dinero. Todos aquellos eran nuevos ricos, llamados “hombres respetables”.

Una noche, cuando Anna se encontraba tomando un coctel en la cafetería en un exclusivo casino en la calle Serrano recopilando información para poder cumplir los deseos de Samuel Karsirski, cuando tomó asiento ante la barra, notó que era observada por dos mujeres bien vestidas. El camarero, discreto, se dirigió a ella y le dijo:

—¿Cuál es el caballero que ha requerido sus servicios?

Anna lo miró perpleja, no sabía qué decir.

Era demasiado tarde para darle una explicación, porque, de repente, se levantó un desagradable murmullo en una de las mesas. Seis caballeros ebrios discutían sobre el tapete verde las posibles trampas que uno de ellos estaba haciendo en el juego. Las palabras empezaron a subir de tono hasta el punto de que uno de ellos fue acusado de ser nazi por uno de los compañeros de juego. Mientras, el aludido, al contrario de lo que pretendía su adversario, no se sintió ofendido y empezó a vanagloriarse de que su hermano, un sargento de las SS, había sido laureado por hacer que fueran gaseados los judíos que se encontraban bajo su mando.

—Y te hablo —dijo a uno de ellos que estaba más cerca de él— de que nada menos se cargó a familias enteras.

El jefe de sala del casino, nervioso, se apresuró a calmar los ánimos, no

en vano eran los mejores clientes. Allí parecía ser todo permisible, a pesar de saber que aquellos indeseables habían sido copartícipes de la destrucción de media Europa, pero ellos eran los que podían hacer circular por el tapete un dinero muy jugoso que daba trabajo a unas cuantas familias. Minutos después, cuando se encontraron calmados, fueron invitados a una copa por gentileza de la dirección. Al momento, todo volvió a la normalidad, volviéndose a oír las voces de los crupier la famosa frase: “¡Hagan juego, señores!”. Anna dudó ante lo ocurrido entre la razón y la irracionalidad de aquel grupo. En aquel momento, pensó en salir corriendo, pero para ella era más importante oír todo aquello que se pudiera convertir en jugosos comentarios para ella después de aquella movida trifulca.

Anna se quedó un rato más sentada en el taburete y observó todo lo que sucedía a su alrededor, al mismo tiempo, pensó que estaba en el buen camino. Solo tenía que empezar a mover ficha. Todos los que allí discutían eran auténticos canallas disfrazados de señores. Paseaba una y otra vez su mirada de águila por el salón, tenía que conocer a cuantos más mejor, pero enseguida se dio cuenta, cuando reflexionó, de que era demasiado pronto para actuar o quizás demasiado tarde. Estaba indecisa, podía acercarse a ellos y pedirles que la aceptaran en la timba; pero la duda le hizo perder la oportunidad de realizar ese día su venganza.

Sin embargo, al mismo tiempo que ella perseguía a los nazis, una división de la Gestapo, aún operativa, no había abandonado la misión de perseguir a los judíos. Seguían teniendo el dinero que habían diezmado a media Europa y con el poder que esto les otorgaba esperaban agazapados hasta llegar el momento oportuno para producir un llamado “Terrible accidente” y así poder seguir masacrando a los llamados enemigos suyos, los judíos.

Aquella noche, al quitarse los zapatos de tacón color rojo y antes de

entrar en el cuarto de baño para limpiarse el maquillaje, repasó la historia de su vida. Una vida que tan solo había empezado hacía un mes, pero que desde entonces no comprendía cómo la pudo convertir en un ovillo caótico, y desconocía el motivo por el cual la empezó a tejer como una tela de araña en su cabeza y que ante sus ojos se tejía y destejía como sus pensamientos sin que supiera la razón del porqué.

A la mañana siguiente se sintió perezosa. Se levantó tarde. Lo primero que hizo como si fuera un autómatas fue mirarse al espejo. No recordaba el tiempo que hacía que no se miraba al espejo con tranquilidad. Se sorprendió al verse realmente guapa. Satisfecha, prodigó una sonrisa a su rostro reflejado en aquel vidrio azogado. Miró el reloj de pulsera que descansaba encima de la mesilla de noche. Aquella mañana creyó que tenía que vestirse con algo impactante. Por el balcón entreabierto pudo percibir que soplaba una suave brisa que hizo refrescar el ambiente. Se puso un traje sastre Príncipe de Gales, con falda de tubo muy ajustada a las caderas; en la solapa, un broche de esmeraldas en forma de tortuga y una estola de visón por los hombros, zapatos de charol con tacón de aguja y una cartera haciendo juego con los zapatos, el pelo lucía como siempre, suelto, dándole esto un aire de niña adolescente. Eran las doce del mediodía cuando salió del Ritz para dirigirse al hotel Palace, a unos pasos del Ritz y muy cerca del Museo del Prado. El día se tornó otoñal y decidió caminar aun a pesar de reinar una fría brisa.

Al cruzar una esquina, dos jóvenes volvieron la cabeza para mirarla, ella les sonrió. Una mujer le pasó rozando, dándole un golpe con el bolso. Reaccionó mirándola, aquella mujer le devolvió la mirada, que a Anna le pareció fría y oscura como el brocal de un pozo, mientras aquella mujer farfullaba algo entre dientes. Aceleró el paso, llegó a la puerta del Palace. El portero se le acercó y le dijo:

—Evite cruzarse con aquella mujer. No es buena. He visto cómo la

miraba —y señaló por donde se alejaba balanceando el bolso.

Entró en el hotel con la sensación de que algo maligno la perseguía. En la calle, el gris oscuro del cielo dio paso a una negrura total y comenzó la lluvia, una lluvia torrencial que inundó las calles. De inmediato, al entrar en aquel salón de té, dudó de la visión que tuvo con aquella mujer. Se quitó la estola, la puso sobre el asiento. Un cosquilleo en el brazo le alertó de que algo se movía por la estola. De un impulso se levantó y un grito ahogado salió de su garganta cuando vio cómo una araña negra y peluda paseaba por aquella piel de visón.

Minutos después de aquel episodio tan desagradable, logró disimular serenidad y con la cabeza despejada y los ojos bien abiertos empezó con soltura a desplegar sus encantos con astucia. Salió de aquella sala, regresó al hall y miró todo con detenimiento. A la derecha de la entrada, una inmensa cúpula de cristal lucía sobre una rotonda, como si se tratara de una catedral; era el llamado “jardín de invierno”; le sobrecogió tanta belleza, entró en él y apreció que en unos de los laterales había una pequeña barra donde los clientes charlaban animados ante una copa y comían un variado picoteo mientras parecían esperar. Se acomodó en una solitaria mesa en un rincón desde donde podía observar todo sin ser observada.

Desde allí se podía ver el hall, que lucía una enorme lámpara de cobre con diseño en forma de palmera, que daba luz y acceso a las suntuosas escaleras vestida por una colorida alfombra alpujarreña. Dos señoras junto a las escaleras parecían discutir con disimulados gestos de cortesía, haciendo tintinear en sus muñecas las pulseras doradas de bronce, mientras disimulaban admirar la decoración del imponente hall. Llegó una nueva dama con aspecto distinguido, se les acercó, miró cara a cara a las dos mujeres, que ni se inmutaron ante su presencia y segundos después, salieron de ese reducto de ostentación a la realidad de la calle. Un chofer uniformado les invitó a

subir a un coche donde unos clientes las esperaban. Mientras aquella “señora”, que parecía lucir aspecto distinguido, vio satisfecha como se dirigían hacia un vehículo que les esperaba en la puerta del hotel, estas dos jóvenes vendían sus caricias al mejor postor.

Pero Anna aún no se había dado cuenta de la situación en la que se encontraba estando sola en Madrid, pues estos seres diabólicos, como a ella le gustaba llamar a los nazis, podían estar ocultos entre la gente de maneras inimaginables, y hasta podían pasar ante nuestras mismas narices sin percatarnos de que son nuestros perseguidores y que los perseguidos jamás lo descubrirían. Habían dado muestras de ser verdaderos magos siniestros del camuflaje.

Por las conversaciones que pudo oír desde su atalaya del Jardín de invierno del Palace dos días antes supo que se había informado bien y que se encontraba en el sitio justo. Era lo que ella necesitaba. Fundamentalmente tenía que descubrir quiénes eran los herederos de los cabecillas de la masacre de Varsovia. Tenía que saber nombres y apellidos para desenmascarar a esos nazis que ahora se dedicaban a la buena vida. Salió del Palace, necesitaba respirar aire puro. La lluvia había cesado, paseaba por la acera como si fuera una leona a la que le acaban de abrir la jaula. Cuando se serenó, entró de nuevo en el hotel. Se dirigió directamente a la cafetería donde se solían encontrar los hombres de negocios. Al entrar dio unas cuantas vueltas con la mirada sobre la estancia. Fue saludada por algunos caballeros con cortesía, en esos momentos, la cafetería se encontraba repleta de gente variopinta. Allí se encontraban mezclados ejecutivos, empresarios y algunos comerciantes enriquecidos recientemente por los avatares de la guerra española; otros, por su aspecto y por la forma de hablar, Anna dedujo que se dedicaban a tener diversas actividades y contactos clandestinos con distintos ministerios que habían trabajado al servicio de los nazis. Anna hizo el gesto de retocarse el

pelo con la mano. Era su identidad de coquetería.

Al salir del hotel, en una esquina, junto a un escaparate, vio a un hombre que al pasar por su lado levantó la cabeza y la miró. Se encontraba apoyado en la esquina de un escaparate cercano de donde ella se había parado para mirar unos bolsos de moda que allí se exhibían. Empezó a observarlo. Era un hombre cuarentón de estatura media, bien vestido y de aspecto atlético, pelo castaño, ojos marrones hundidos y rostro prematuramente arrugado por las muchas horas que seguramente pasaba expuesto al sol, quizás jugando al golf o a tenis. Al cruzarse sus miradas, le pareció apreciar en él cierto cansancio en ella. A pesar de lo que intuyó, pudo ver una íntima ráfaga de ira, como si le estuvieran retando a un desafío. Se le acercó otro hombre, vestía ropas caras, era elegante hasta rayar en la cursilería. La tez de un blanco nacarado, el pelo moreno, liso, embadurnado de gomina que brillaba como el betún de unos zapatos recién abrigados, que también, como si su cuerpo tuviera imán, posó sus ojos pequeños en ella, entonces pudo apreciar en aquella mirada una fiereza desmedida de falsa benevolencia.

Pero ¿qué motivo le impulsó a estudiar a esos hombres tan exhaustivamente? Mientras se alejaba del escaparate, sus pensamientos se le fueron enredando como los hilos sueltos de una madeja.

Desde aquel día, por las noches soñaba con aquellos dos individuos, creía verlos entre la nebulosa del sueño. No sabía de dónde le podían venir esas pesadillas, quizás eran alucinaciones, pues creía estar viendo en cada uno de sus sueños, cómo los dos hombres gemían y gritaban. Cuando Anna se despertaba, temblaba de angustia. Sus sueños se sucedían muy a menudo y eran cada vez más terribles, tan llenos de oscuridad que le era imposible huir de ellos.

Pero ¿cómo pudo hacer para saber todos esos detalles de los dos desconocidos con tan solo pararse a mirar un escaparate que le hizo de espejo

retrovisor? Y además, ¿cómo pudo percibir que aquellos dos hombres parecían entenderse con la mirada? ¿Qué fue lo que le produjo esa locura? Desde entonces, se prometió que jamás volvería a analizar a nadie.

Pero le fue imposible olvidar aquel encuentro fortuito en la calle. Todo lo que le estaba ocurriendo parecía estar advirtiéndola de un peligro.

Dos días después pasó por la Gran Vía madrileña. La calle bullía de gente, era sábado. El cine Callao llamaba la atención de los transeúntes con luminosos letreros que anunciaban una de las películas más exitosas del momento.

España nunca estuvo dispuesta en perder su gracia y su belleza porque estaba segura de ser alegre por estar iluminada por un sol casi perpetuo; aunque aún se notaban las carencias de la posguerra, donde los españolitos de a pie vivían como podían. Las luces de neón iluminaban la noche madrileña, anunciando a bombo y platillo la película *Rebeca*.

Se estaban viviendo momentos muy duros y para muchos no tenía cabida la fantasía. Pero este film, con su trama refinada y dramática, hizo un pequeño milagro.

El espectador, como no podía ser de otra forma, era soñador. Y sacó su entrada para olvidar por unas horas que sus zapatos, baratos y toscos, con suelas agujereadas, hacían que los pies en día de lluvia se mojasen tan solo con la humedad del asfalto al estar fabricadas de cartón. Y las féminas, que sabían lucir con gracia vestidos insufribles de telas baratas que, con tan solo sentarse unos minutos, la parte trasera del vestido se convertía vagamente en una burda imitación de acordeón, pero una película, una sola, tenía el poder de transformar sus vidas en agradables sensaciones al saberse queridos en la realidad, mucho más que aquella protagonista de ficción que sufría un terrible desamor.

Pero eso era lo que había, y en la película lo más destacable era que tenía



el poder de hacer soñar. La protagonista era una mujer que parecía tenerlo todo, belleza, dinero, pero también carecía de amor. Por lo tanto, no era feliz. Pero en la película esta mujer adinerada era el contrapunto de la mujer española que tenía que unir imaginación y fantasía para poder lucir elegante. Quizás sin saberlo este film dio unas pautas a seguir a la mujer, pues en ella la protagonista, al lucir con exquisita elegancia unas prendas que cualquier mujer se podía confeccionar en casa, hizo nacer un nuevo estilo.

Con una simple chaqueta de lana tejida en casa y puesta sobre los hombros, una sencilla blusa blanca y una falda de tubo estrecha, la mujer podía lucir con estilo y elegancia. Este atuendo revolucionó sobre todo a la mujer con poco poder adquisitivo.

Y no tanto llamó la atención aquella casona donde se desarrollaba la película, que al ser tan lúgubre no logró hacer volar la imaginación, y que a pesar de ser una mansión se veía en ella un carácter tétrico, sin vida, como si fuera una cárcel donde solo se respiraba desolación. Los jardines estaban perfectamente cuidados, con verdes senderos, pero no dejaba de encontrarse aprisionada por muros grises y tétricos. Al término de la sesión de cine, una joven, por la Gran vía, le dijo mimosa a su novio:

—Querido, jamás pasearía junto a ti por esos jardines, ni siquiera bajo la luz de una luna llena.

Aquella noche, a Anna, al entrar en el hotel, le dieron un sobre con el membrete dorado. Mientras se quitó la chaqueta, abrió el sobre. Contenía una tarjeta muy elegante. Estaba invitada a una fiesta que se celebraba en el club Puerta de Hierro.

Tan solo en la reseña decía: “Viernes, día catorce, a las veintiuna horas, en el salón de Embajadores. Es obligatorio lucir vestido de gala. No me falles, te espero”.

Anna volvió a leer. Mientras tanto, pensaba que no tenía la menor idea

de quién había podido mandarle esta invitación.

Pero enseguida reaccionó. Sea quien fuere tenía que asistir. Podía ser para ella una oportunidad única. ¿Y si se trataba de un nazi?

Sentada aquella tarde en un banco frente a la plaza de Colón, pensaba en las personas que podían tener más amistad con ella...

Pero en su interior ya se habían cobijado, tras leer aquella invitación, sentimientos virulentos que amenazaban su espíritu con desatar una tormenta que no sabía cómo iba a ser su consecuencia.

Mientras, se dijo una y otra vez:

—Tengo que ir; necesito saber cómo es esa sociedad en la que disfrutaban los nazis; esos que solo piensan en su propio bienestar, desentendiéndose de los males que han causado y que en base a lo cual construyen este derroche.

Estaba anocheciendo. La sirena de una ambulancia la sobrecogió haciéndole recordar aquellos días en que conoció a Samuel. La ambulancia incorporaba a su estrépito luces giratorias intermitentes que cegaban a los viandantes, que miraban con cara de preocupación su paso.

Aquella noche, con la invitación encima de la mesita del salón, no pudo dormir. Sus pensamientos se encontraban desordenados. Tenía que decidirse, pero no sabía cómo reunir el valor suficiente para enfrentarse a esa situación nueva para ella. Más tarde, más sosegada y abrazada a la almohada se repetía: “Será curioso ver cómo se desenvuelven en sociedad”. Y con estos pensamientos durmió toda la noche después de que le costara contener su entusiasmo. La noche se tornó negra como una mancha de tinta, pero por el balcón, y a pesar de haber cerrado las cortinas, aquella noche y cuando empezaba el amanecer de aquella mañana, se filtró en su alcoba una claridad que parecía de otro mundo, amarillento y fluctuante.

Cerró los ojos. Ese viernes, catorce de marzo, Anna, como siempre, solía estar, pero aquel día estaba más deslumbrante que nunca. Con paso seguro

hizo su entrada en el elegante y exclusivo club de Hierro. Fue recibida por un conserje que la condujo a una sala donde abundaban los corrillos. Miró como si hiciera un viaje de exploración para ver si reconocía a alguien, aún desconocía por quién había sido invitada. Por precaución se situó cerca de la puerta de salida. Entre tanta gente extraña tenía que tener la seguridad absoluta de saber salir de allí.

Después de unos minutos de espera, tras ella una voz masculina le dijo:

—Perdón, fui a recogerte al hotel y me dijeron que ya habías salido.

Anna lo observó como si estuviera mirando un objeto extraño.

—¿No me recuerdas? Soy pariente de Klaus Bárbie. Yo he sido el que te ha enviado la invitación...

Anna no salía de su asombro, había sido invitada por nada menos que un familiar de Barbie... ¿Y tenía el valor y caradura de decir en público de quién era sobrino?

Nada menos que aquel individuo había sido oficial de la Gestapo. El llamado “Carnicero de Lion”, aquel animal pernicioso que capturó a cuarenta y cuatro niños judíos que se hallaban escondidos en una villa de Ízieu y que los llevó en persona a gasear, huyendo más tarde, y cuando vieron que habían perdido la guerra, como una rata a Bolivia después de haber cometido aquella masacre infanticida. Anna más tarde supo que una vez en Bolivia empezó a colaborar con grupos paramilitares bolivianos.

—Dios mío, qué gentuza, y no parecen tener un ápice de vergüenza por todo lo que han hecho.

El hombre, al notar el desconcierto de Anna, le pidió de nuevo perdón. En esos momentos dudó, pues no recordaba haber reparado en él en las comidas de los lunes.

—Creo que me he precipitado, pero si le digo que viniese a una fiesta conmigo quizás me hubiera rechazado, y tenía tantas ilusiones de que fuera

mi acompañante...

El nazi era un individuo flaco de pelo rubio, mirándola parecía estar complacido al verla a su lado. Él siguió disculpándose, como si con las disculpas quisiera de ella algo que en esos momentos le era para él inimaginable, aunque parecía ser sincero.

—Lo siento —le dijo—. Ha sido una torpeza por mi parte no haberme presentado. No quería hacerte daño...

—Muy bien, no te preocupes, seré tu compañera toda la noche. La verdad, soy yo la que te tiene que dar las gracias por invitarme, pues necesitaba un poco de diversión. A propósito, no me has dicho tu nombre.

—Klaus —dijo mientras se llevaba la mano de Anna con cortesía hacia la boca.

A un lado del salón, una gran mesa alargada con rico mantel blanco de Cachemir exponía en bandejas alimentos exquisitos que los invitados iban escogiendo para llevarse a los veladores estratégicamente puestos en la enorme terraza.

Allí se encontraban las mujeres más bellas y afortunadas, sobre todo en el amor, porque ellas, como nadie, sabían lucir con orgullo lujosas joyas, demostrando con ello el poder económico del hombre al que acompañaban, y que quizás algunas solo se hacían pasar por sus esposas.

Al fondo del cuidado jardín, subidos en una tarima, los músicos interpretaban melodías bailables. Mientras tanto, Anna reflexionaba sobre las mujeres que allí se encontraban, pertenecientes a la más selecta sociedad.

El papel que en algunos casos representaba la mujer en aquella época de penurias casi para todos llegó a convertirse en algunos casos en la salvación del símbolo y prestigio social de toda una familia, pero no era nada sencillo. Muchas de estas jóvenes tenían que pagar un precio demasiado alto por ostentar ese lujo, pues a veces era necesario hacer esos sacrificios para

mantener el bienestar de sus progenitores, que tenían el único deseo de desposar a sus hijas con hombres adinerados que les prohibían pensar por sí solas.

En la sociedad de clase media-alta se les puso el apodo de mujer “florero”. Y se decía que pronto terminaría esta farsa, pues estaba empezando a nacer una nueva era, la de la construcción y el resurgir de una Europa nueva.

Las mujeres españolas que habían pertenecido a la clase aristocrática se encontraban casi desaparecidas. Algunas de esas jóvenes que pertenecían a ese grupo de antiguos privilegiados ahora se encontraban en un hipotético bosque lleno de desolación, donde al carecer de lo más elemental imitaban sin pudor la forma de vestir de algunas mujeres que antes habían desdeñado y que ahora eran elogiadas al ser favorecidas por la fortuna.

En las esporádicas fiestas que se daban en los salones nostálgicos y caducos de algunos palacetes, las damas empezaron a utilizar las telas de las tapicerías y cortinas que habían decorado sus salones para confeccionarse los trajes de noche que lucirían en la fiesta de turno.

El ingenio no era otro que el de seguir, a pesar de haber pasado el tiempo, las pautas que se implantaron en el siglo XIX, los trajes de terciopelo, y que puso de moda en aquella época la emperatriz Isabel de Austria, a la que la convirtieron en icono de la moda.

Estas ricas telas eran trabajadas con esmero por las modistas, pero al ser tan escasas, las damas que podían lucir estos vestidos solo se los ponían para casos especiales, ya que las telas, al haber estado expuestas al sol haciendo su función de cortinas, se encontraban envejecidas y que unidas a la polución les había restado luminosidad a los colores porque al ser confeccionados como vestidos eran vulnerables al roce de cualquier objeto que se le acercara demasiado.

Los palacetes de la Castellana y Paseo de Recoletos, que adornaban y alegraban con sus fiestas las noches de primavera antes de la guerra civil, habían sido presa de la ira y envidia de muchos asalariados que vivieron del jornal de estas gentes. Muchos de estos dueños de palacios tuvieron que huir, presos de terror, al ser denunciados por sus propios criados.

Al principio, esta revolución fue encabezada por la chusma, gente del pueblo llano que eran jaleados con promesas de enriquecerse por algunos que se hacían llamar salvadores de la Patria, que sin escrúpulos iban señalando con el dedo índice acusador el palacete o casona que había que dismantelar. Estos individuos parecían estar inoculados de una locura que les había trastornado el raciocinio.

Cuando estos seguidores, borregos, entraban en los zaguanes de las casas eran guiados por las voces de estos sujetos que se hacían llamar del pueblo, que se creían importantes por mandar un ejército de incautos. El cabecilla que conocía la casa enumeraba en voz alta los objetos de valor, indicando dónde se guardaban. El resto de estos forajidos escudriñaban los rincones hasta quedar la casa diezmada.

Pero todo el botín conseguido desaparecía en las manos de los llamados libertadores para perderse más tarde en los bolsillos de los que los arengaban.

Mientras tanto, en aquella fiesta del Club de Hierro, Anna supo que entre aquella gente pronto aprendería cómo funcionaba la sociedad madrileña.

## CAPÍTULO V COMIENZA SU VIDA SOCIAL

Una semana después, y con mucha información en su cabeza, después de mucho meditar, pensaba que era urgente hacerse notar. Para eso se fue a la calle Serrano. Estaba de moda, donde las distinguidas señoritas se reunían

para tomar el vermut de mediodía, llegando a ser este el foco de donde salían todas las fiestas juveniles. Ella no podía perder esa oportunidad, tenía que formar parte cuanto antes de ese grupo heterogéneo. Tenía que encontrar con urgencia a algún grupo de jóvenes que la invitara con asiduidad a aquellos eventos que organizaban. Ella podía demostrar que era una mujer igual que ellas: vacía, fría, despilfarradora... Estaba decidida, desde ese momento tenía que empezar por participar como buena samaritana a todos los eventos que se organizaran de beneficencia para que la elogiaran en las reuniones las excelencias de sus donativos, que casi siempre eran destinados a los huérfanos.

Después de mezclarse con el ambiente juvenil, por la mañana del día siguiente requirió los servicios del director del hotel para que le informase de cuáles eran los modistos más prestigiosos de Madrid. No se hicieron esperar, dos días después, una legión de los más selectos entraban en su suite cargados de un extenso muestrario de telas traídas de Inglaterra y Portugal. En sus carpetas, bocetos repletos de los más modernos diseños. Los modistos se hacían acompañar por modelos para exhibir sus creaciones y poder elegir los modelos de trajes que la clienta pensaba lucir en sus próximas fiestas. Aquel día fue el más agotador que jamás había tenido. Cuando salió el último modisto de su suite pensó que asistir a fiestas asiduamente no iba a ser fácil para ella. No le parecía para nada divertido. Se dejó caer encima de la cama, exhausta, quedándose al instante profundamente dormida.

Un jueves por la tarde, y después de merendar un café y una rosquilla, salió del Palace con los pensamientos entrecruzados. Esa tarde se encontraba indecisa, no sabía a dónde ir y, al pasar frente a la fuente de Neptuno, decidió visitar el Museo del Prado. En el camino vio bajar de un taxi a una joven que al mirarla le sonrió. Entró en el museo pensando: “¿Quién podía ser aquella chica?”. Sin motivo aparente se sintió intranquila. Recorrió la sala dedicada

al pintor Zurbarán. En el folleto decía que había nacido en Extremadura. Intentó centrar su atención en el magnífico cuadro de la *Aparición de San Pedro crucificado*, dedicado a San Pedro Nolasco. Se paró ante la belleza que se desprendía de la pintura donde pudo apreciar cómo destacaba la maestría de combinar luces y sombras. Pero algo desde su interior le impidió concentrarse en la belleza pictórica.

Salió del museo y se entretuvo mirando la fuente de la plaza de Neptuno y cómo los chorros bañaban los pies del dios del mar. Su cuerpo, sin saber por qué, se quedó varado ante la fuente, oyendo el triste gemido de las aguas por donde solo y en su imaginación parecían remar los suspiros. Y en ese momento, mirando la fuente, se vio sumergida en un inmenso mar de tinieblas en el que se había propuesto hacer una larga travesía en solitario y con solo una pequeña barca.

Distraída con sus pensamientos, no oyó una voz que la llamaba por su nombre. Perpleja, miró hacia atrás, vio cómo la joven que vio apearse del taxi se acercaba a ella.

—¿Eres Anna?

Anna la miró extrañada y con voz que no parecía la suya le dijo:

—¿Nos conocemos?

—Creo que no hemos tenido la ocasión de haber sido presentadas aún. Me llamo Florencia Ugarte Mendía, soy vasca, pero espero estar algún tiempo por Madrid. Me gustaría que pudiéramos vernos a menudo, yo podría ayudarte a encontrar amigos. No te molestes, pues te conocí en la fiesta última que se dio en el club Puerta de Hierro y, la verdad, me pareció que te encontrabas un poco perdida. Nada más terminar la fiesta te vi coger un taxi. ¿Qué pasó con tu acompañante? —por parte de Anna solo hubo silencio—. Quise acercarme a ti, pero como por arte de magia el taxista arrancó y desapareciste de mi vista. Tú —dijo Florencia— no reparaste en mí, pero yo



sí en ti.

—¿Acaso me estás siguiendo? —dijo Anna con voz que parecía intrigada.

—No, en absoluto, soy una chica totalmente normal. No te extrañe mi forma de actuar contigo, así somos casi todos los españoles, solidarios con todos los que vienen de fuera —dijo sin más preámbulos—. Ahora me dirigía a una terraza de la calle Serrano —le dijo con soltura de chica moderna—. Si te apetece pasar un rato con amigos, puedes unirme al grupo.

Anna la miró y, de repente, decidió aceptar la invitación, pues ya había estado metida en ese ambiente dos días antes y le pareció que era el lugar de moda más adecuado para ella donde poder hacer amistad con algunos de los hijos de los nazis, pues estaba enterada de que solían ir por allí.

No tenía mucho que hacer aquella tarde y, ante la intriga de querer saber quién era aquella nueva amiga llamada Florencia, la siguió como si fuera una conocida de toda la vida. En el trayecto, Anna supo, desde el primer instante que se encontraron, que esta supuesta amiga la estaba analizando. Mientras, ella, a su vez, no perdía ni una sola sílaba de su conversación, aunque parecía no tener importancia, pero Anna, al leer entre líneas todo aquello que Florencia decía, le hizo dudar de su sorprendente amabilidad hacia ella.

Aquella calle en la que se encontraban y, a pesar de haber pasado Anna varias veces por ella, aquel día y en aquel atardecer la calle Serrano le pareció diferente. Se encontraba junto a Florencia en el centro neurálgico donde se reunía lo más chic de Madrid. Anna se sorprendió mirando a aquella gente, pues creía encontrarse ante un espejismo de lujo y libertad en una España que parecía haber convertido Madrid en una capital de alto voltaje. Nunca, desde que llegó, la había visto tan concurrida. Le pareció que todo lo que ocurría allí era trepidante. Los jóvenes pudientes bebían cócteles como si fueran agua fresca. Allí, entre tanto hervidero de jóvenes divertidos, se sintió contagiada y

se fundió entre aquella gente animada. No por ello dejó de sentirse como pez fuera del agua. Cuando miró a Florencia, esta parecía disfrutar saludando a diestro y siniestro a los chicos y chicas conocidas que, por cierto, a Anna le sorprendió ver cómo podía conocer a todos los que estaban allí. Pero Anna, a pesar de estar dentro de aquel jolgorio juvenil, no lograba recobrar la placidez que le pareció perder en el instante en que Florencia pronunció su nombre y le dijo que la había conocido en una de esas fiestas donde se puede acudir sin conocer a nadie. Allí, aquella tarde también se encontraba la flor y nata de la sociedad juvenil. El ambiente era de lo más divertido, donde se podían concertar citas con tan solo un gesto. ¿Pero acaso ella podría sacar algún provecho de todo aquello?

Florencia se apartó unos instantes para saludar a unos amigos, mientras, Anna se sentó en el único velador que se encontraba sin ocupar de la terraza. Los jóvenes que se encontraban en el velador de al lado hablaban en animada charla sobre una cena que se celebraría en el Club de Puerta de Hierro. Según estos chicos, estaría casi todo Madrid.

Otra vez ante ella se nombraba aquel club como si sus fiestas fueran las más especiales de todo Madrid.

Con el oído en alerta, como ya le era habitual, se enteró de que el evento sería el próximo viernes. Una chica se acercó al grupo de chicos que se encontraban a su lado, era baja y regordeta. Con un movimiento de su brazo llamó al resto de amigas que andaban buscando un velador donde poder sentarse. Todas se acercaron después de recoger las sillas que se encontraban vacías por los demás veladores. Mientras tanto, la primera que llegó dijo con cara de estúpida:

—Que sepáis, chicos, que el próximo viernes es nuestra fiesta, espero que vayáis, pero os advierto que se asiste de rigurosa etiqueta. Yo —y mientras se sentaba— como siempre, me pondré un traje nuevo que he visto

en una revista y que me está confeccionando un modisto que, según el entorno de mamá, dará mucho de qué hablar. Los pliegues de la falda son de total revolución. Bueno, no os digo más, este vestido lo hemos copiado de un traje de la emperatriz Soraya y está probado que este modisto que ha encontrado mamá es genial.

Aquella joven parecía una cotorra cuando desde su jaula pidió repetitivamente su ración de pipas. Y siguió con su verborrea:

—Pero se comenta de él que, cuando todo esto de la posguerra se haya calmado, se establecerá en París.

Y siguió sin que nadie le hiciera el menor caso. Anna pensó que era la criatura más petulante y ordinaria que hasta ahora había visto de cerca.

Los muchachos, no pudiendo aguantarla por más tiempo, se levantaron y se acercaron a otro grupo de jóvenes que parecían más divertidas.

Después de tomar un refresco y charlar un rato con Florencia, Anna le insinuó que debía irse. Florencia la miró de frente.

—Ten cuidado por dónde vas —y haciendo una mueca graciosa añadió—: Tus amigos pueden estar muy cerca de ti, pero también tus enemigos. No temas, es una de esas bromas que solemos hacer los españoles.

Esto dejó a Anna perpleja. Y poco después, con gesto estudiado de joven alocada, se levantó para saludar a un chico que le ofrecía llevarla en su coche hasta otra terraza.

Anna, aterrada por las últimas palabras de Florencia, vio cómo un hombre cerca de ella la miraba. Tenía la expresión de una urraca vieja y agria. Su cuerpo ante aquella mirada empezó a temblar de ansiedad. Se acercó a la acera y con urgencia llamó con la mano a un taxi. Una vez dentro, el taxista le comentó:

—¿Es la primera vez que la veo por aquí? Estas fiestas suelen ser de carácter alucinante para aquellos que no están acostumbrados.

Con la cabeza ocupada como siempre, no pudo contestar al comentario del taxista que, con mirada comprensiva, le dijo:

—Ritz, ¿verdad? —sus ojos se abrieron espantados, su boca no volvió a decir nada, solo miraba con ansiedad la calle por donde pasaba el taxi para cerciorarse de que la llevaba hacia su destino.

Cuando llegó al hotel, no pudo disimular por más tiempo el terror que sentía. Ya en el ascensor los nervios se apoderaron de ella de tal manera que sintió la sensación de que su cuerpo se paralizaba de pies a cabeza. Salió precipitadamente del ascensor, recorrió el pasillo y en la puerta de su habitación se encontraba Florencia, que se alisaba la falda con un gesto coqueto. Con una agradable sonrisa, alargó su mano para darle el guante que había dejado olvidado en la mesa del velador de aquella terraza de Serrano. Para aliviar por unos segundos su frustración dijo de forma distraída:

—¿Cómo has sabido el número de mi habitación?

—No te inquietes, solo he tenido que preguntar en recepción.

De pronto, dos hombres fuertes y con aspecto de boxeadores se acercaron a Florencia, parecían conocerla. Los tres sonrieron y caminaron por el pasillo en busca del ascensor. Florencia, con voz amable, le dijo:

—Espero verte con más frecuencia —y agitó su mano enguantada al aire.

El día después de la improvisada copa de la calle Serrano, al levantarse de la cama, sintió una profunda inseguridad después de aquel encuentro con Florencia. No se encontraba muy bien. Aquella mujer, aunque joven, le pareció que ocultaba algo que no supo descifrar. Y para colmo de sus males, aquel mediodía era la primera vez que se iba a encontrar cara a cara a sabiendas con el nazi que presumía del apellido Barbie. Esto iba a suceder en aquella comida tan famosa de los lunes. Después de aquella fiesta del Club Puerta de Hierro, ahora era esta comida lo que más le preocupaba y por la

cual muchos de los habituales del hotel darían su mano derecha por ser invitados. Se puso ante el espejo del tocador, al ver su figura reflejada aún a medio vestir creyó que no estaba muy segura de querer asistir y sonrió de mala gana.

Cuando abrió el armario, se le evaporaron todas las dudas ante el despliegue de tantos trajes a cuál de ellos más elegantes. Para el evento se puso un vestido vaporoso de color verde botella y una primorosa piel de zorro sobre sus hombros. Lucir una estola de zorro era lo más elegante del momento. En su brazo, un bolso de charol con boquilla dorada que hacía conjunto con los zapatos del mismo material de color negro. Aquel día, a pesar de los avatares vividos la noche anterior, después de maquillarse se vio de diferente manera y hasta creyó que se encontraba más atractiva que nunca. Volvió una vez más a mirarse para cerciorarse de que estaba perfecta, y salió de la habitación con la excitación de una primera cita.

Al entrar, muchos de ellos que aún no la conocían pensaron quién podía ser aquella mujer frívola y, al mismo tiempo, segura de sí misma que daba la impresión de fingir algo que creía querer ser.

En aquella comida, antes de entrar y desde la puerta, recorrió desesperadamente la mirada por el comedor. Necesitaba encontrar a aquella joven que parecía saber quién podía ser, pero todo fue en vano. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Anna necesitaba, con urgencia, saber quién era y qué quería o pretendía de ella, después de haberle llenado la noche anterior la cabeza de zozobras y de incertidumbres.

El comedor, como todas las estancias del hotel Ritz, estaba decorado con exquisita elegancia. Las paredes enteladas con ricos rasos adamascados le daban un toque distinguido y, a la vez, comfortable.

Para apaciguar su alterado estado de ánimo se dedicó a fisgonear el comedor. Su exploración del ambiente fue interrumpida por un caballero que

la saludó. Era elegante y distinguido, que galantemente le asignó su puesto de comensal. Era el socio de más rango del grupo, se trataba del marqués de los Caleros. Muchos de los allí presentes al verla hablar con el marqués se acercaron para saludarla. Todos sabían que era una recién incorporada al grupo. Después de las presentaciones de rigor, comenzó la comida. A su lado se sentaron dos caballeros de edad avanzada, elegantes y correctos, que parecían estar acostumbrados a estas clases de reuniones, comenzando entre ellos a hablar de caza. De vez en cuando miraban a Anna, ella solo sonreía sin dejar de hacer, de vez en cuando, un movimiento de cabeza afirmativo, aparentando que era entendida en la materia. Después se dedicó a observar al grupo que se encontraba frente a ella. Podían contar cada uno de ellos unos cincuenta años aproximadamente. Vestían trajes impecables, fumaban puros habanos, luciendo ostentosas sortijas en los dedos de la mano izquierda. Por la conversación que mantenían daban la impresión de estar más interesados por los negocios que estaban haciendo los demás que en los suyos propios, pues sus tonos de voces eran tenues y, a veces, susurrantes.

Desilusionada, comprobó que el nazi no había dado señales de vida.

De aquella comida creyó que poco podía sacar. Cuando se empezaron a servir los postres, la mayoría de los comensales parecían dar rienda suelta a sus emociones pues algunas de las damas, movidas por la curiosidad, la miraban con complicidad. Parecían deseosas de acercarse a ella al final de la comida para obtener información sobre su vida. Cuando alguna de aquellas damas, después de tomarse la licencia de aparentar amistad, se acercaron a ella, las primeras palabras que oyó Anna fue:

—Nos gustaría que nos contara cómo son las fiestas en la Casa Blanca.

Otras, quizás más osadas, centraban su interés en querer saber si ostentaba algún título de nobleza. Alguna le llegó a comentar:

—Tenemos entendido que ha nacido en el centro de Europa.

Anna se sentía ante aquellas cotillas como si fuera una atracción de circo. Todo aquello le pareció tan vacío de contenido que estuvo a punto de abandonar todo y no esperar a que llegara el momento de que comenzara la tertulia que alguien comentó ante ella que se ofrecía muy interesante a los postres.

Pero fiel a su propósito, aguantó el tiempo necesario. Y como era su misión, estuvo pendiente de lo que por allí se hablaba en cada uno de los rincones. Se movía de un lado para otro, a veces se hacía la distraída mirando por la ventana del lujoso salón. Cuando, de pronto, pudo escuchar a un grupo de mujeres de mediana edad, todas ellas con aspecto de creer saberlo todo. Una de las que se encontraba en aquel grupo destacaba por ser la más alta, quizás excesivamente delgada y con aspecto intelectual trasnochado, en medio de aquel grupo, en susurros, que Anna creyó que lo hacía para dar más morbo a lo que estaba contando, pero su voz era lo suficientemente fuerte para que Anna se enterara de que había un rumor en los mentideros de Madrid que... Aquí la conversación se cortó. Anna no supo cuál fue el

motivo de su silencio, no pudiendo oír más.

Poco después siguió la conversación mientras miraba en todas direcciones. Al fin Anna pudo oír que un informante le había dado testimonio de que la condesa llamada Sara se había fugado con un nazi a Portugal.

Anna se alejó de aquel grupo que parecía no poder aportarle nada a sus propósitos y cambió de táctica. Se encaminó hacia uno de los camareros que en esos momentos servía a un grupo de caballeros. Se acercó para coger de la bandeja que ofrecía una copa de coñac. La estrategia le salió genial al poder acercarse a aquel corrillo donde aquel grupo de caballeros parecían hablar de cosas muy importantes. A juzgar por la cautela que ponían al hablar y por la forma en la que miraban hacia los lados, parecía que con aquella desconfianza estaban conspirando contra alguien importante. Con el sentido del oído bien afinado pudo oír que hablaban del conde de Maltraviesot y de un socio de este, que por el momento no se sabía de quién se trataba. ¿Sería la condesa llamada Sara de la que hablaban aquellas cotillas la esposa del cual aquel grupo de caballeros estaba hablando? Entonces Anna pudo oír con claridad que era el conde de Maltraviesot, y un socio que nadie conocía se habían aliado con un nazi muy poderoso para hacer negocios, unos negocios que no parecían del todo claros.

Aquella jaula dorada parecía estar repleta de pavos con sus colas en forma de abanicos desplegadas, luciendo con todo su esplendor el colorido de sus plumas. Esto parecía ponerse interesante para Anna, que, al ser nueva en las comidas, pasaba desapercibida para algunos grupos. Anna paseaba elegante, fingiendo ignorancia mientras se hacía la idea de la naturaleza de lo que allí se cocía. Con sus sentidos bien afinados, supo que se servían unos de otros con intenciones y propósitos indescriptibles. En alguno de los grupos, al hablar, parecían sentirse violentos intentando evitar ser oídos. Por sus gestos se hacían notar que algo secreto se estaba desvelando entre las volutas de



humo que desprendían sus cigarros puros que se esparcían como nubes tóxicas alrededor de sus cuerpos. Entre susurros parecían estar maquinando algo que parecía un secreto a voces.

Desde la ventana se abría un hermoso sol de atardecer en el horizonte.

Un nuevo personaje se agregó al grupo y preguntó:

—¿Se sabe algo más? —contestando el que tenía más estómago y el que parecía tener más interés por averiguar todos y cada uno de los detalles.

—No —contestó al recién incorporado el que parecía ser el más enterado. No hay maneras, ninguno de los dos soltaron prenda. Y eso que el capitán González dijo convencido de que era un asunto de todos conocido (uno de ellos puso cara de palo). Sí que lo conocéis de sobra, es aquel del que se dice que desde que está Franco le han dado un buen puesto en la comandancia. También se comenta que este capitán es el que está tras ellos, ya sabéis, por si dejan alguna pista, pues se comenta que desde que está en la calle este “rumor”, porque por ahora no es otra cosa, no nos engañemos, hay que tener mucho cuidado si quiere seguir manteniendo la confianza que Franco ha puesto en él. Este capitán ya puede prepararse para hacer méritos.

El más delgado comentó como si quisiera disculparlo:

—Yo creo que todo esto son habladurías. Lo conozco y creo que no es de esos. Es un buen hombre y estoy convencido de que tarde o temprano se verá. Porque lo que estamos comentando, en la situación en la que nos encontramos, me parece una traición de amistad que no lleva a ninguna parte.

—Ah, también se comentaba —dijo el que más parecía llevar la batuta—, bueno, creo que por ahora no me atrevo a decirlo. No sé si debo, pero... Esto que vais a oír es muy fuerte. Viene de fuentes fidedignas. Se dice que los dos tienen contactos con la antigua SS, que además se comenta que no está extinguida.

Aquella consola, donde distraídamente apoyó su copa para poder oír con

disimulo la conversación, le hizo pensar que era la perfecta excusa y pidió otra copa al camarero para seguir escuchando todo aquello que le pudiera servir para poder tirar del hilo y desenmascarar a algunos de los criminales que andaba buscando.

Después, paseando, pudo oír, al acercarse a los comentarios de diferentes grupos, fragmentos de conversaciones muy jugosas. Enseguida empezó a sentir el dulce sabor de conocer no solo a gentes distinguidas, sino a personajes que ella buscaba y que eran muy importantes para la contienda que ella en solitario se proponía ganar. Enseguida empezó por imitar los modales y gestos de todas ellas. También la manera de comportarse. Empezando por una de esas costumbres que algunas señoras creen que son distinguidas, como el ser grosera a veces con el servicio que las atiende. Para ella no le fue fácil hacerse pasar por una presuntuosa rica casquivana para poder codearse con esas mujeres de pedantes nazis que, camuflados con la maltrecha sociedad del momento, se congratulaban de la vida que estaban llevando.

Pero aquella noche creyó firmemente que las estrellas y el destino estaban entrelazados y, como ya empezó a ser costumbre en ella, ya no solo le dolían los pies al llegar al hotel, también la cabeza. Antes de acostarse abrió el grifo de la bañera y, cuando sumergió su cuerpo extenuado en el agua tibia, no sintió ningún alivio, sino un dolor desgarrador muy dentro de ella. Media hora después, envuelta en una suave bata, se asomó al balcón. El cielo se encontraba cargado de estrellas. El resplandor de un cigarrillo en la oscuridad le hizo pensar que alguien como ella tampoco había conseguido conciliar el sueño.

Al día siguiente, se despertó muy temprano. Se asomó al balcón como tenía por costumbre cada vez al despertar. Al mirar al jardín, le pareció que aún era de noche. Se tocó los brazos, los tenía fríos. Se metió de nuevo en la

cama, entrándole un placentero sopor.

## CAPÍTULO VI SIGUE CON SUS JUEGOS DE APARIENCIAS

Ya era asidua en casi todas las fiestas donde se concentraban lo mejor de la sociedad. Así fue como, poco a poco, fue aprendiendo el juego de las apariencias y de la hipocresía, mirando y observando, paseando una y otra vez por las tiendas del hotel que le ofrecía todos los lujos que solo un millonario se puede permitir. Su muñeca lucía un reloj de oro con diamantes. En uno de sus brazos destacaba una pulsera de zafiros y esmeraldas. Ella ignoraba que, en su cotidiano paseo por la galería comercial, cuando curioseaba escaparates, estaba siendo observada por un hombre bajito, rechoncho y calvo, con cara redonda y ojillos saltones, que estaban casi ocultos por unos lentes de miope.

Una semana después de hacerse notar por el hotel, empezó a indagar la manera de que alguien pudiera presentarle a uno de esos arrogantes caballeros nazis, interesándole uno en particular que, según tenía oído, era hijo de un importante instigador en los acontecimientos que se desarrollaron en el gueto de Varsovia. Y aún a pesar de no creer estar preparada, no podía esperar más. El tiempo empezaba a apremiarle. Después de haber conseguido la información en diferentes lugares donde había estado: al repasar sus apuntes llegó a la conclusión de que aquel hombre era uno de sus objetivos. Entonces, sintió cómo se entrelazaban sus pensamientos, de tal manera que a veces se le antojaba que ya carecía de identidad. Se sentía como si estuviera atrapada en el centro de una telaraña que la paralizaba. Otras veces, al repasar lo que tenía escrito en aquel cuaderno, sentía que a cada letra que ella anotaba

parecían estar escritas con tinta de sangre. Entonces, el corazón se le aceleraba haciéndole sentir un nudo en el estómago. Estos seres que buscaba se encontraban entre las gentes que ella frecuentaba, viéndolos cómo derrochaban el dinero cuando en la nación en la que se encontraban había hambre por la devastación de una guerra reciente, y sintió vergüenza de pertenecer, aunque fuera provisionalmente, a esa clase de gente elitista y privilegiada.

Al día siguiente, como siempre, elegante y distinguida, ya por la tarde Anna decidió merendar en el hotel Palace, donde creía que se cocían casi todas las intrigas. Con los sentidos bien abiertos entró en el hotel. Al estar la tarde desapacible hizo que los salones de tertulias junto con la cafetería estuvieran al completo. Los ojos de algunos clientes que estaban acomodados en la barra parecían ejercer de mirones, algunos volvieron sus ojos para contemplarla, mientras ella pasaba ignorando esas miradas masculinas que por el momento no le interesaban.

Un camarero se acercó y le ofreció una de las pocas mesas que se encontraban vacías. Al tomar asiento observó que en la mesa de al lado había cuatro jóvenes que reían con satisfacción las ocurrencias de uno de ellos. El que parecía reír más que los otros era bajito y delgaducho. Pidió a su amigo, el llamado Wagner, que volviera a contar la historia de su padre, que, según este, había hecho famoso a su padre entre los hitlerianos de las SS.

Cuando empezó a narrar las lindezas que había cometido su padre contra las mujeres judías en los barracones de trabajo, en las calles madrileñas el cielo se puso de repente de color plomizo, y en unos segundos parecía querer rasgarse el firmamento con quejidos de truenos con iras incontroladas de los rayos que los acompañaban.

Las copas, en aquella reunión de chicos, se llenaban unas tras otras, mientras la lengua de Wagner se hacía más suelta y trapajosa, comenzando de

nuevo a contar historias una tras otra, que supuso que sus amigos, a pesar de haberlas escuchado una y mil veces, quisieran oírlas de nuevo. Mientras, Anna interpretaba sus risas como si de una manada de hienas se tratara.

El joven, a sabiendas que con su narración podían pasar un buen rato, comenzó de nuevo. Esta vez se atrevió a gesticular entre chanzas:

—Mi padre me contó —y al decir esto se tocó groseramente la cremallera de los pantalones, haciendo que subiera la hilaridad de sus amigos al saberse que estaba mojada. Y ante esta nueva ocurrencia, siguió riendo cada vez más satisfecho. Y empezó otra narración a las que ellos llamaban anécdotas—. Durante la guerra fue destinado en Varsovia, siendo encargado de los talleres donde las mujeres judías trabajaban día y noche, haciendo los uniformes para ellos.

Los esbirros, que lo escuchan y jalean con algarabía impacientes, le pidieron que no demorase la indecente narración.

—Mi padre, algunas noches, después de la cena, y mientras se fumaba un cigarro puro, contaba... —de nuevo sonrió como un macaco hambriento en la cima de una colina despoblada de vegetación, esperando que aparezca ante él algún animal que llevarse a su hambriento estómago. Ufano, siguió con su historia. Enseñando sus dientes limpios y sanos, exentos de caries, como un trofeo, consecuencia de su buena alimentación—. Cuando mi padre entraba en el barracón, y siempre lo hacía por sorpresa, era genial. Entraba dando golpes con la fusta en la mesa donde las mujeres trabajaban. Entonces se producía un silencio tal que hasta se podía oír el latido de los corazones de todas ellas —el grupo se reía a carcajadas, como si de un chiste se tratara—. Para mi padre fue una sorpresa cuando en el silencio se oyó el llanto de un bebé. Mi padre, extrañado y lleno de furia por haber sido violadas sus órdenes, se acercó a uno de los cestos de donde parecía venir el llanto. Retiró con la fusta las telas de una de las banastas con rabia y, descubrió... ¡Fue

gracioso! ¿Os imagináis a un recién nacido en un pabellón de castigo? —y siguió con la narración, mientras su notable nariz de corneja se iba transformando por el alcohol ingerido en una mancha rojiza—. Cuando mi padre cogió al bebé por los pies —aquellos amigos escuchaban entusiasmados, como si de algo gracioso se tratase— imaginaos a una osada mujer sucia y famélica acercarse a mi padre pidiéndole que le diera su hijo. Mi padre, que siempre había tenido muy buen humor, empezó a zarandear al bebé y, retando a la judía, le dijo: “Anda, ¡atrévete a cogerlo!”. La mujer, en un momento de desesperación, arrancó de los brazos de mi padre al bebé. Mi padre, irritado y sin pensarlo, le dio un tiro en la cabeza a la desgraciada que osó encararse con él. La mujer cayó fulminada al suelo, junto con el bebé. Este, del porrazo que se dio en el suelo, empezó a berrear como un energúmeno, y mi padre fijó sus ojos en las demás mujeres, con la ira que le caracteriza (todas miraban la escena con cara de terror, parecían querer con aquella mirada de desconsuelo salvar a aquel bebé, que no dejaba de llorar tendido en el suelo junto al cadáver de su desgraciada madre).

El muchacho en esta narración parecía transformarse, pues todo este espeluznante episodio lo contaba como si estuviera contando una historieta sacada de un tebeo.

—Mi padre miró por unos momentos al bebé como pataleaba y, sin pensárselo dos veces, le dio un tiro en el vientre para acallar el inoportuno llanto que ya le estaba molestando. Acto seguido, salió silbando.

Anna no podía creer lo que estaba oyendo, las entrañas se le retorcieron de ira en esos momentos. No la dejaban moverse de la silla para ir al baño a vomitar. Mientras, los indeseables de sus amigos, le pedían a Wagner que les contara más anécdotas vividas por el “héroe” que se hacía llamar injustamente con la palabra más entrañable que existe: “padre”.

Aquella noche, Anna no pudo conciliar el sueño. No podía creer lo que

había oído. Pasó la noche sentada en su escritorio con la pluma en la mano. Aquella historia no podía permitir que cayera en el vacío, tenía el deber de escribirlo para que el mundo supiera todas las atrocidades cometidas. Al terminar de escribir sus notas, se vio como si se hubiera convertido en una muñeca gigante que flotaba sin rumbo fijo. Paseó por la habitación presa de una ansiedad que no la dejaba pensar. Al sentarse a los pies de la cama sintió que su cuerpo no le pertenecía.

Se creyó invadida por primera vez por un extraño sentimiento de consternación que le roía las entrañas. Ahora estaba empezando a creer en los demonios que azuzaban el espíritu del hombre para que se destruyesen unos a otros, sembrando entre ellos el odio y el rencor. Y pensó, mientras unas lágrimas resbalaban por sus mejillas, que ella se encargaría de que esos desgraciados jamás vieran la luz y la paz.

Después de romper varios folios por no ajustarse el esquema a lo que ella pensaba hacer para vengar a esa mujer y a su bebé. Se dio una ducha, pero su cabeza no dejaba de trabajar hasta dar con la solución que la satisficiera.

Por la mañana, y con el cuerpo relajado, salió a la calle. Era temprano, pero necesitaba que la brisa del amanecer le diera en la cara. Vestida con unos modernos pantalones pitillos blancos, unos zapatos planos negros y una rebeca de lana negra, los barrenderos la veían pasar erguida y elegante. Cuando limpiaban las calles, de sus gargantas salían cánticos desenfados, pero al volver una esquina, una manguera que manipulaba uno de ellos le mojó los pies. Los hombres sonrieron. No era habitual ver a una mujer tan bien vestida a esas horas por la calle. Uno de ellos le dijo con acento castizo:

—Guapa, ¿te has mojado? ¿Es que te has perdido?

Un sereno se acercó a ella:

—¿Necesita ayuda, señorita?

A Anna, observando al sereno, se le escapó una sonrisa mientras miraba sus pies, que parecían dos diminutas barcas en medio de un lago. ¿Cómo podían, a pesar de estar trabajando tan temprano, sentirse de tan buen humor? Y entonces pensó en que algunas veces por las calles y a horas tempranas, también se podían ver ángeles en este mundo.

Al instante y después de este pensamiento reaccionó no sorprendiéndole para nada la actitud de los hombres. Ya sabía que el hombre español era único en piropear a la mujer, porque sabía cómo alabar la belleza femenina.

Después del largo paseo, cuando llegó al hotel, le informaron en recepción de una llamada telefónica. Cogió el teléfono desde la misma recepción, una voz desconocida le instó a desistir del proyecto que había ideado para ejecutar su venganza. Esa voz rotunda le sugirió que esperase, porque aún no había llegado el momento. ¿Pero de quién podía ser esa voz grave y autoritaria que le dijo a modo de coletilla “esos chicos ya están controlados”?

Cuando colgó el teléfono se encontraba tan desconcertada que no vio que un caballero sentado en uno de los sillones de la recepción la miraba con insistencia.

Se alejó temblando del mostrador cuando la voz del recepcionista le sobresaltó al pronunciar su nombre. Se volvió insegura, mientras el recepcionista le sonrió mostrándole el bolso y le dijo que lo había olvidado. Con una mueca que no se parecía para nada a una sonrisa le dio las gracias. Se apresuró para coger el ascensor. Necesitaba estar sola. Cuando entró en su habitación, percibió un perfume de hombre que para su nariz era desconocido.

—Es todo tan extraño. ¿Quién puede estar enterado de mis intenciones?

Abrió el armario, necesitaba huir por unas horas de todo lo que le rodeaba. Eligió un vestido estampado en colores vivos, de falda vaporosa y



escote generoso en la espalda. Ese vestido era justo lo que necesitaba en esos momentos, algo que, aunque fuera solo un vestido, le diera esa sensación de alegría que tanto necesitaba. Cuando salió a la calle, su cabeza no dejaba de pensar en la misma cantinela.

—¿Pero quién me está controlando? —esta era la misma frase que desde hacía unos días se repetía una y otra vez.

## CAPÍTULO VII

### ANNA PREPARA LA VENGANZA

Tres días después de haber oído en el hotel Palace la conversación que mantuvieron los retoños de los nazis, y después de analizarlas, se dirigió pensativa de nuevo al hotel. Ya empezaba a atardecer, el sol estaba bajo y emitía un fulgor rojo apagado como la colilla de un cigarro puro colocado en equilibrio sobre el borde del horizonte, iluminando con su resplandor el tejado de la cafetería del hotel. El efecto del sol hizo que sus pensamientos se desbordaran, recreándose en su imaginación el pesimismo de que allí se cocían las furias del infierno. Era el sitio perfecto para que la mayoría de los adinerados y comerciantes paseasen por aquellos suntuosos salones, pisando lujosas alfombras donde parecían querer apaciguar sus pasos insidiosos, mientras se espiaban unos a otros con modales distinguidos.

Al entrar en el jardín de invierno, los buscó con la mirada. No se sorprendió al ver que allí se encontraban todos aquellos a los que andaba buscando. Estaban igual de contentos como aquel día que ella escuchó aquella atrocidad. Seguían exactamente igual: reían y bebían sin control, creyéndose que la vida solo era pura diversión. Se sentó en una mesa cerca de ellos, los veía relajados. Los chicos, al verla, hablaron entre ellos, como si se

disputasen entre cada uno de ellos el honor de conquistarla.

Anna, coqueta, pidió al camarero un Martini. Cuando este se retiró, con un gesto torpe y disimulado, derramó la copa del Martini encima de su impecable vestido. El camarero acudió inmediatamente para limpiar el líquido derramado. El grupo de chicos siguió sin quitarle los ojos de encima. Anna, con ingeniosa malicia, los miró y les sonrió, mientras alisó su maltrecha falda.

Minutos después, Anna, con un gesto de su mano, los invitó a que se sentaran en su mesa. Casi al mismo tiempo, todos se precipitaron hacia donde ella se encontraba, causando confusión entre ellos.

Sus ojos brillaban a pesar de estar entornados, su mirada parecía como si fueran astillas de ágatas punzantes y pulidas. Sus manos, al verlos acercarse, se aferraron al reposabrazos de la silla de madera reluciente. Así, con este gesto pudo contener el impulso de decirles algo que le quemaba en las entrañas. Y al hablar, su voz pareció un susurro que los muchachos no supieron interpretar, pues era como el sonido que hace el roce del metal cuando se está puliendo antes de emprender una batalla.

Una vez todos en la misma mesa, Anna coqueteó con descaro con los cuatro jóvenes. La conversación se desarrolló anodina, pero distendida. Se tocaron muchos temas que para ella no tenían importancia. Pero no se desilusionó al comprobar que solo eran unos pobres analfabetos, nuevos ricos, hijos de unos indeseables desalmados. Cuando Anna creyó perder las esperanzas de que empezaran a hablar sobre lo que a ella le interesaba, de pronto, el más confiado, que resultó ser el vástago de Wagner, pidió al camarero un coctel mientras comentó muy preocupado que su padre había decidido que aquella misma semana se trasladarían a vivir a Buenos Aires. Anna, al escuchar este comentario, se levantó para dirigirse al baño, no volviendo a reunirse más con esos bastardos.

Aquella misma noche, al salir del hotel Palace, y después de dejar a los cachorros que siguieran con sus charadas, en la puerta se miró el vestido y vio cómo una mancha considerable de color gris reinaba en medio de su falda. Pero esta contrariedad no le impidió realizar ese paseo tan necesario para despejar sus ansias. Tenía que pensar mucho y también estudiar la forma de impedir el viaje de esa familia de nazis. Pero antes tenía que hacer realidad lo que estaba pensado sobre qué hacer con aquellos chicos: antes de que huyeran hacia una nación donde todos ellos querían terminar sus cómodas vidas, en aquel paraíso llamado Argentina.

Paseando, llegó a la calle de Alcalá, pasó por la puerta de un cine, la taquilla se encontraba justo en la calzada, donde una fila de personas impedía el paso a los transeúntes. Eran las nueve de la noche de un sábado. La noche se presentaba desapacible. Miró hacia arriba, en esta ocasión, los rótulos luminosos anunciaban la película *Luces de Candilejas*, del gran Charles Chaplin. Sin pensarlo, se puso en la cola para comprar su entrada en la taquilla, que se vendían sin numerar. Cuando se abrieron las puertas para que salieran los que habían entrado para ver la primera sesión, vio cómo se formó un gran alboroto entre los que salían y los que se precipitaban para entrar para acomodarse en el que creían que era el mejor sitio. Anna esperó que pasara el tumulto. Minutos después, entró en la sala, se encontró a oscuras. Un acomodador le indicó con su linterna una de las butacas que se encontraban sin ocupar.

En esos momentos se proyectaba en la pantalla un cortometraje que se anunciaba como *Noticiero*, que era un referente de la actualidad española antes de la proyección de la película que estaba anunciada, era también conocido por todos como Nodo, y que gustaba ver a todos los españoles, sobre todo a las féminas, porque contaba historias en sus fotogramas sobre cómo vivían los aristócratas, dirigentes, artistas y toreros del momento, y de

cómo España empezaba a ser reconstruida. Se podían ver a los políticos inaugurar pantanos por toda España para paliar las fuertes sequías que se estaban padeciendo, también se inauguraban pueblos nuevos, llamados de regadío, donde los obreros del campo pudieran vivir dignamente. En uno de los reportajes se podía apreciar un paisaje paradisíaco, donde un pantano hacía las delicias de los más pudientes, que navegaban con sus modernas lanchas por lo largo y ancho de sus mansas aguas, practicando el modernísimo deporte del esquí acuático.

También se empezaron a dejar de ver a los invidentes mendigar, apostados en las esquinas de las calles, que se hacían notar algunos de ellos con sus cánticos lastimeros. Otros, haciendo música con su platillo limosnero. El régimen fundó una organización para ellos, para que fueran considerados como trabajadores bajo las siglas *Once*.

Todos los espectadores parecían disfrutar al ver que España resurgía de sus cenizas, también en algunas instantáneas se podían ver cómo grupos de privilegiados se disponían, después de disfrutar de un refrescante baño, a saborear un delicioso picnic en la arena, inalcanzable para la mayoría de la soñada playa de Marbella. Todo parecía estar disponiéndose para que España olvidara la pesadilla de la guerra.

Mientras, el espectador que se encontraba sentado a su lado comía pipas sin cesar.

Terminada la sesión de cine, se dirigió de nuevo al hotel y, cuando apenas llegó a su habitación, empezó a investigar dónde se encontraba ese pantano, ya que sería perfecto para sus planes. Pasó una semana y, después de hacer las indagaciones pertinentes sobre cómo poder acceder a ese pantano, le informaron de que era del todo imposible el poder visitarlo sin un previo permiso, pues la hija del general Franco vivía allí parte del verano y, por motivos de seguridad, estaba prohibida la entrada a desconocidos.

Se quedó, por unos momentos, pensativa. España aún se encontraba dividida por las clases sociales.

Indolente y resignada miró hacia el cuarto de baño. Se puso en alerta. Dio un respingo en la silla. Una de las toallas que solía utilizar para secarse la cara después de desmaquillarse estaba puesta del revés. Ella jamás haría una cosa así. Una llamada en la puerta hizo que se acentuase su nerviosismo. Abrió la puerta con recelo, un camarero entró en el saloncito y depositó una bandeja de frutas frescas encima de la mesita. Una vez que dejó la bandeja de frutas, le dio la espalda con la intención de salir sin decir nada.

La voz de Anna, acompañada de una mirada furiosa, le hizo parar en seco.

Cuando el camarero volvió la cara, Anna reparó que parecía tener un rostro macilento, nariz afilada y unos ojos que parecían estar dormidos. Se sobresaltó ante la cara de ese hombre, y solo pudo decir:

—Yo no he pedido nada a recepción, creo que se ha equivocado de habitación.

Mientras sus piernas temblaban, intentaba disimular lo que estaba sintiendo en su interior.

El camarero sacó de las bocamangas de su chaqueta una nota. Se la dio, la miró como el que mira a una estatua de piedra y, sin pronunciar palabra, hizo una inclinación de cabeza y salió de la habitación.

En la nota estaba escrito el número de su habitación correctamente.

—Pero ¿qué está pasando aquí? Quizás sepa alguien que yo desconozco quién soy y cuáles son mis propósitos.

No supo cómo se descontrolaron sus nervios, pues se sentía asustada cada vez más. Paseó por la habitación como una posesa. En los aspavientos del nerviosismo, su mano tropezó con un precioso jarrón que, al caer, se hizo añicos. Pero no llamó para que limpiaran el desaguisado. Prefirió recogerlo

ella, pues no podría soportar otra vez la mirada vacía de aquel camarero. Cuando intentó coger del suelo el pedazo más grande, vio, asombrada, que había adherido en el fondo de aquel jarrón un pequeño botón. Se sentó temblorosa con aquel trozo de cerámica en las manos, intentó serenarse. No podía permitirse el lujo de fallarse a sí misma. Se levantó y, en un impulso, cogió con rabia la bandeja de apetitosas frutas y la arrojó a la papelera.

Y no supo por qué razón guardó en el armario aquel trozo de cerámica que llevaba incrustado aquel botón. Abrió el balcón para distraerse y vio con agrado que la noche se tornaba cálida.

Ya calmada, le apetecía salir a la calle para despejarse. Abrió el armario para coger un bolso, se calzó unos cómodos zapatos planos. Cuando salió eran las doce de la noche y las calles ya empezaban a estar desiertas, pero ella necesitaba respirar y pensar. Una anciana buscona la miró desconfiada mientras susurraba palabras ininteligibles para ella.

Pero su cabeza no dejaba de pensar en aquel pequeño botón que, desde que lo encontró, llevaba incrustado en la cabeza como un maldito talismán. Le urgía buscar a alguien que le pudiera informar sobre quién puso aquel jarrón en su habitación, pues el día que llegó al hotel estaba segura de que, cuando revisó todo, ese jarrón no estaba, por eso creía con seguridad que lo habían puesto allí por alguna razón que ella desconocía.

Pero ¿en quién podía confiar? “¿No se estarán enterando de mis propósitos estos nazis y están tramando una conspiración para deshacerse de mí?”, se decía. Quizás aquel botón que se encontraba en el jarrón fuera un micro para espiar mis movimientos. Era todo un poco extraño, pero si solo hablaba por teléfono para que le subieran alguna que otra vez, el desayuno...

Horas después, y ya muy avanzada la noche, regresó al hotel y, cuando estaba a punto de acostarse, sonó el teléfono: la voz de un hombre le hablaba al otro lado del hilo telefónico con acento extremeño.

—No tienes motivos para inquietarte, lo estás haciendo muy bien.

Pero esta llamada solo hizo acrecentar su inquietud. Se sentía insegura, ahora ya estaba convencida de que alguien estaba tras ella. Se acostó. La intranquilidad no le dejaba dormir. En la calle ya empezaba a despuntar el alba y aún no había logrado dormir ni media hora. Al no poder dormir, dedicó la noche en pensar. Con la tenue claridad que entraba por el balcón creyó que había encontrado la solución para dar un escarmiento a aquellos jóvenes y parientes cercanos a los nazis. Ahora tenía que estar más alerta que nunca, tenía que lanzar su ataque antes de que ellos lo hicieran contra ella. Ya estaba segura, empezaría la trama pidiendo a los muchachos que la acompañaran a una excursión que pensaba hacer. Por el momento no sabía dónde, pero ya se le ocurriría algo.

Aquella rueda en la que ya estaba metida ella era el motor, y este, una vez puesto en marcha, ya no se podría parar.

Desde que estaba metida en este laberinto y frecuentaba hoteles, le gustaba mirar los folletos que se ofrecían en el mostrador de las recepciones. Dos días antes, recordó que había visto un folleto sobre Aranjuez y mientras se tomaba un refresco con la cafetería lo leyó. Recordó que le agradó la idea de ir a visitarlo. Y ahora, recordándolo, era el momento de empezar a concebir un plan. Y en una libreta donde anotaba todos sus movimientos, a modo de diario, escribió después de hacer las visitas turísticas pertinentes por los jardines de Los Reales Sitios, comería en el restaurante más lujoso. Ya al anochecer, y cuando se encontraran todos exhaustos, entrarían en un típico mesón para disfrutar de una deliciosa cena.

Aquel día era jueves y, de nuevo, como ya le era habitual, recurrió a un encuentro casual con los chicos en los jardines del hotel, paseó entre los veladores sin prisas, como si fuera una desocupada más de las que buscan la manera de consumir el tiempo. Los vio, se acercó y habló con ellos como si

se conocieran de siempre. Entonces, como si de una ocurrencia repentina se tratase, les propuso con desenfado:

—¿Sabéis qué he pensado cuando os he visto aquí sentados con cara de aburrimiento? Que me apetece muchísimo hacer una excursión por los alrededores de Madrid —dijo insinuando que, si les apetecía, estaría encantada de que la acompañaran. Los muchachos, entusiasmados por salir un día de la aburrida monotonía diaria, que ya les estaba suponiendo no hacer nada, aceptaron de buen grado.

Fueron citados por Anna en un lugar donde podían pasar desapercibidos, para despistar a los que estaba segura que la estaban siguiendo. La excursión quedó fijada para el día siguiente.

Cuando llegó Anna al lugar de la cita en la fuente de Neptuno para emprender el viaje con ellos, los muchachos la esperaban con dos lujosos coches descapotables para lucirse ante ella, los dos conductores de sendos coches de colores llamativos. Uno de ellos era un precioso Austin Rojo Infierno, mientras el otro joven se encontraba apoyado en la puerta de un flamante Jaguar metalizado de color gris claro. Los dos parecían disputarse su compañía para hacer juntos el viaje. Ella no sonrió. Solo les obsequió con una mueca que le salía amarga de su boca. El más sagaz la miró implorante antes de que ella decidiera qué coche ocupar.

Pero uno de ellos, al ver en su cara una expresión amarga, se atrevió a decirle:

—¿Te sucede algo? Estás hoy muy pálida.

Anna, con una sonrisa fingida muy bien estudiada, los miró. Sentía pena ante lo que pensaba hacer. Y contestó:

—Pues, chico —dirigiéndose al que le había preguntado por su estado de salud—, no tengo ni idea sobre a qué se deberá esta palidez mía. Estoy segura de que el culpable ha sido el madrugón de esta mañana. Ya sabéis —dijo con



frivolidad—, todo es por no estar acostumbrada.

Todos rieron como siempre, la vida les parecía maravillosa.

Después de un día agotador, empapado de cultura por Aranjuez, llegó para Anna la ansiada cena. Las jarras de cerveza que se consumían en el exclusivo mesón se las bebían los chicos como agua, no dando tregua a que estuvieran vacías, porque al instante eran sustituidas por otras repletas de ese amargo y fresco líquido espumoso sin dar respiro a sus ardientes gaznates. El camarero estaba siendo muy eficiente en el servicio.

Durante el trascurso de la cena, los muchachos demostraban sentirse a gusto en su compañía. Estaban alegres, todo les parecía divertido. A los postres, Anna fingió una llamada urgente que le obligaba a ausentarse por unos momentos. Se despidió con un cariñoso “hasta luego”.

En esos momentos, hacía la entrada en el comedor el camarero, portando una bandeja con un suflé envuelto en llamas. Este postre ardiente, quizás, les hizo revivir en sus memorias episodios pasados que les contaron sus progenitores. Y entonces, ante este dulce postre, parecieron sentir quizás por el exceso de alcohol ingerido que las volutas de aquella pequeña llamarada azulada les pudiera provocar tanta hilaridad y, sobre todo, sus risas se acentuaron cuando empezaron las alusiones jocosas de uno de ellos cuando hizo referencia a los judíos ante el fuego. Anna se encontraba cerca de ellos, tras una columna que le hacía ser invisible para ellos. Después de escuchar todo aquello, se horrorizó, no podía ser posible que este gesto, como el de una tarta ardiendo, les hiciera sentir tanto regocijo. Claro que ignoraban que, en pocos minutos, ellos serían tétricos despojos, no precisamente provocado por un horno, sino por entrar en la cueva de los demonios.

A la salida del mesón, los cuatro muchachos empezaron a deambular por las calles. Se encontraron con una fuente donde una escultura de un niño caprichoso, con su pene de piedra, llenaba sin tregua el pilón con su

interminable y ficticio orín de abundante agua.

La noche era cálida, en el cielo lucía una luna llena de misterios que los vigilaba implacable. La euforia que sentían era proporcionalmente igual a la de su calor corporal que era aumentada por todo el alcohol ingerido en la cena. Esto les provocaba un histerismo irracional. Cuando se pararon ante la fuente, sin pensarlo, se metieron como niños para jugar en el pilón. Queriendo imitar a la escultura de piedra, se bajaron los pantalones. Parecían posesos mitológicos que necesitaban refrescarse. El fondo de la fuente se encontraba resbaladizo, tapizado de cieno verdoso, como una baba resbaladiza, que, al sentirse pisoteado, se hizo cómplice de Anna, haciéndole más fácil su cometido, rematándole el trabajo de Anna con su viscosidad. Los cuatro, sin remisión, igual que en la fábula de las moscas y el pastel, quedaron presos en el fondo de un pilón de tan solo un metro de profundidad.

Por la mañana, el barrendero del municipio dio la alarma.

Todo parecía tan extraño... cuatro jóvenes, amigos y compatriotas, ahogados en una fuente donde se podía ver el fondo. Días después del revuelo que se formó por la forma y el lugar en la que encontraron la muerte de estos cuatro chicos, en menos tiempo del pensado por Anna, se había olvidado todo sospechosamente.

Pero los lugareños sí que notaron algo anormal por la mañana, la escultura de piedra del niño-ángel, desde aquella noche, parecía sonreír.

Después de hacer la autopsia, el médico diagnosticó que, por el excesivo alcohol encontrado en sus venas, la muerte había sido provocada por una intoxicación etílica.

Los periódicos dieron la noticia a bombo y platillo, pero al saberse que eran alemanes, hijos de nazis, la comidilla de una de las columnas del diario más leído dio a entender, soterradamente, que quizás había habido en la tragedia algo de venganza oculta. Inmediatamente, la comunidad judía quiso

que se supiera que ellos no tenían nada que ver con esa tragedia, publicando un escueto comunicado en el mismo diario, diciendo que ellos no habían intervenido. Solo pedían y necesitaban vivir en paz.

Nunca más se volvió a dar más noticias de este episodio trágico, no hubo, por lo tanto, más comentarios, solo que todos eran hijos de nazis. En la calle se les condenaba sin ningún sentimiento, recordando que eran hijos de unos hombres sin escrúpulos, que cometieron muchos delitos atroces contra la comunidad hebrea mientras servían a Hitler. Eso fue todo. Y dieron por cerrado el caso.

Pero aquella misma semana, muchos de estos nazis, junto con sus familias, salieron de España a hurtadillas, rumbo a la Argentina de Perón.

## CAPÍTULO VIII PROYECTOS DE TRABAJO

Horas después, ya en Madrid, paseó por los jardines del hotel mientras se fumaba un cigarrillo. Sabía la atrocidad que había cometido, pero su conciencia se calmó cuando pensaba que la vida para mucha gente era injusta porque somos los hombres los que queremos que así sea. Se estremeció al pensar que ahora era ella la que había provocado quizás una situación igualmente injusta. Se miró las uñas, no quería pensar en nada. En esos momentos, solo se sentía como un instrumento más que era movido por los acontecimientos cotidianos.

Cuando terminó el cigarrillo, subió a su habitación y de nuevo ante la mesa de su escritorio pensó que algo tenía que hacer con su vida, le horrorizaba cada día más ir de cafetería en cafetería, como si fuera una rica ociosa y caprichosa, y solo para conseguir esas “amistades” que tanto

necesitaba. Entonces creyó conveniente pensar en una profesión que además podía llenar su vida, que tal vez hasta podía llegar a facilitarle atraer como un imán a las esposas y amantes de los nazis, aunque esos en momentos en España no estuvieran bien visto que una mujer de cierta clase social trabajase.

Pero ella era diferente, y no precisamente por ser extranjera, sino por su forma de ver la vida. En su interior sentía que tenía que hacer algo urgentemente para realizarse y sentirse útil, ser parte de una sociedad que necesitaba resurgir de entre sus cenizas. Era casi una necesidad. Tenía que incorporarse en la actividad empresarial y económica lo antes posible. Una mañana, se encontró en una de las terrazas que solía frecuentar, mientras se tomaba un refresco, no muy lejos de ella, en dos mesas unidas, había un corrillo de chicas jóvenes. Oyó cómo comentaban, en una acalorada conversación, que se tenía que hacer algo para que la mujer pudiera ser aceptada como trabajadora, no solo para limpiar o coser, sino con las mismas armas de los hombres y mismas compensaciones, y así poder aportar también con su astucia e inteligencia de la recuperación de España.

Se sentían tan ilusionadas hablando de sus proyectos que ignoraron la presencia de Anna, eran jóvenes y deseaban que se supiese en voz alta que la mujer también tiene talento. La más entusiasmada hablaba de realizar un proyecto grandioso que les reportaría inmensos beneficios económicos, pero para eso se tenían que encontrar mujeres preparadas profesionalmente que superaran en su quehacer a los hombres. Pero para que esto se pudiera realizar tenían que permanecer todas juntas, como si fueran un ejército de mujeres invencibles y emprendedoras.

Se necesitaban a todas las que supieran inglés o francés. Otras, manejar la aguja y la tijera con maestría y elegancia. También se necesitarían expertas en matemáticas, física, licenciadas en derecho... Así fueron enumerando algunas de las especialidades que podían servirles para colaborar a la

recuperación de la nación. Lo más difícil era conseguir ser oídas, porque una empresa estaba estructurada de forma que se semejaba a un gueto donde solo reinaban los hombres, aunque muchos de ellos carecieran de inteligencia. Las chicas, entusiasmadas, seguían comentando entre ellas que ya se empezaba a notar en la sociedad femenina esa inquietud que les hacía que cada vez fueran más numerosas y con más asiduidad los movimientos y grupos de mujeres en las capitales importantes. Tan solo querían hacerse oír, pues clamaban derecho de poder ocupar puestos importantes en todos los ámbitos de la sociedad y que hasta ese momento no habían tenido la oportunidad de demostrar su valía junto al título académico. Pero a esta sociedad casposa no les interesaba para nada esta incorporación de la mujer al trabajo.

Los lerdos que ostentaban importantes puestos estaban convencidos que para la mujer el único cometido que tenía era buscar un buen marido. Mientras, ellas se preparaban con afán, querían mucho más que eso. Se sentían tan aptas o más para desempeñar algún cargo de relevante importancia que tan solo los hombres, en esos momentos, ostentaban.

Todas las jóvenes allí reunidas se encontraban en tal estado de euforia que, al darse cuenta de que Anna las estaba escuchando con tanto interés, le dijeron:

—Si te animas, puedes agregarte a nuestro grupo. Es una nueva asociación que se ha creado para la incorporación de la mujer al ámbito laboral cualificado.

Anna se estremeció con aquel halago de amistad hacia una desconocida.

Cuando llegó al hotel, sintió, por primera vez desde que se encontraba en Madrid, un agradable bienestar.

Cuando se puso el camisón, se miró al espejo. Vio en su cara un rictus amargo de cansancio y de fingimiento. Entonces empezó a recordar la conversación que oyó por casualidad en la terraza de aquella cafetería, le

gustó saber que existían grupos de jóvenes que podían departir con énfasis la teoría de la incorporación de la mujer al trabajo. Parecían estar decididas a ponerse a trabajar, pero no de cualquier manera, porque ellas sabían que en esos momentos la nación necesitaba mano de obra y ellas estaban decididas a colaborar. Y entonces, Anna recordó que puso especial atención cuando habló una de aquellas chicas, la que le pareció que era la más decidida, porque, alzando la voz, dijo al grupo:

—Es el momento de demostrar que la mujer no es solo un objeto de decoración y que tiene inteligencia suficiente para desarrollar cualquier trabajo. Además, lo vamos a demostrar, porque ha llegado el momento de ponerse ya manos a la obra.

A Anna aquello le pareció un grito de rebelión contra las reglas establecidas en aquel momento. Al pertenecer la mujer a una cierta sociedad que aparentaba ser lo que no era, los mismos progenitores las apartaban del ámbito empresarial, inculcándole la idea de que habían nacido para buscar un buen partido y casarse, por lo cual, todas aquellas jóvenes que pertenecían a esa sociedad ramplona y cómoda, algunas de ellas se revelaban no aceptando que por ser mujer no pudieran mostrar su inteligencia en desarrollar cualquier actividad para la cual estaba cualificada, y que además, al igual que el hombre, estaban muchas de ellas capacitadas para poder llevar una empresa, y por supuesto ejercer la responsabilidad que conllevaba la función de llegar a ser jefes. Decididamente, en España el hombre pensaba que la mujer no estaba preparada para manejar empleados. Pero todos estos mentecatos ignoraban que una mujer podía tener mano dura si el asunto que manejaba lo requería.

Era todo tan sencillo como aceptar el concepto de libertad por el trabajo, que estaba unido a poder elegir en el amor sin coacciones. Ellas, solo las mujeres juntas, tenían esa responsabilidad, porque esas libertades para la

mujer iban a dejar de ser un misterio muy pronto. Con el trabajo fuera de casa, la mujer se podía deshacer del yugo del matrimonio convenido.

La mujer española, hasta entonces y una vez casada, ya sabía que perdía su identidad y, después del matrimonio, pasaba a ser un objeto más que poseía el marido. Pero la mujer, al estar incorporada a un trabajo digno, no tendría nunca más que depender de ningún hombre para poder sobrevivir. Y estaban seguras de que no tardaría mucho tiempo en llegar ese momento en que a la mujer se le reconociera su valía. Mientras pensaba este concepto, Anna lo transformó en una potencia que, pensó, que, en algunos casos, las mujeres eran rechazadas por el miedo machista de verse anulados por la eficacia femenina. Y parecía estar muy claro, ninguno estaba dispuesto a permitirlo. Los hombres eran tan petulantes que se creían con la exclusividad del poder. Este punto de vista le pareció a Anna tan sencillo que hasta una boba lo entendería.

Todo este pensamiento le sobrevino mientras tiraba del broche del collar que, impotente, no conseguía desabrochar.

En esos momentos ridículos que creyó estar viviendo, una lucecita se iluminó en su cerebro: diseñaría joyas; joyas para las mujeres y para las caprichosas amantes de los nazis. Haría innovaciones con los materiales, pudiendo reproducir joyas más baratas, copias de las más ostentosas y caras que se pudieran lucir sin temor a ser robadas.

Ella, a su manera, también podía contribuir con su novedoso proyecto a la dulce rebelión de la mujer trabajadora.

De un tirón que dio sin piedad, se deshizo del molesto enredo. Cuando se miró al espejo, descubrió el desaguisado en su melena. Minutos después, avisó en recepción para que a primera hora de la mañana le dieran hora en la peluquería. Aquella misma noche empezó a hacer planes, su cabeza no paraba de pensar y de repetirse: “¿Y si es una idea descabellada?”. Y sin más,

empezó a limarse las uñas.

Aún sentada ante la mesa de su escritorio, una brisa helada entreabrió una hoja de las puertas del balcón. Anna se apresuró a cerrarla, pero antes se paró a mirar con detenimiento. Uno de los parterres que, a pesar de ser madrugada, la rosa que contempló desde el balcón se conservaba con toda su lozanía. Sus hojas parecían irradiar esplendor al estar mojadas por el rocío. Esta reflexión hizo pensar que una rosa podía ser su modelo perfecto para empezar el negocio que tenía en mente y que en las manos de un artista, su belleza se podía plasmar en todo su esplendor moldeándola con magistral habilidad con materiales nobles y, además, sacar no solo de la rosa, sino también de toda la naturaleza, obras de arte.

Su imaginación voló a velocidades de vértigo. Se sentó de nuevo en el escritorio. Su lápiz se deslizaba trazando líneas exactas y seguras sin parar, como si una mano mágica la guiara. Después de una intensa hora, pudo conseguir el primer boceto de lo que desde ese momento sería su profesión y su anhelo. Era una fragante rosa con aspecto húmedo. Lo había decidido, sería el logotipo de su establecimiento. Y el proyecto de la joyería más moderna y retro, a la vez que jamás se había visto en Madrid.

Ya metida en la cama, no dejaba de pensar, no le apetecía poner límites a sus sueños. Si la alta bisutería fallara, podía, como eje principal del negocio, vender objetos de estilo neobarroco, empezando por juegos de cafés importados de Filipinas, también algunos centros de mesa decorados con detalles en flores doradas.

Todas sus ilusiones las puso en querer emprender un negocio, porque estaba segura de que las mujeres podían ser también empresarias y todo lo que se propusieran. Y en su entusiasmo llegó a pensar que ella podía ser un eslabón de esa cadena que estaba segura tenía que funcionar y que, sin habérselo propuesto, se sentía como una española más. Además, estaba



dispuesta a ser pionera en los negocios de joyería. Quería ser la primera mujer al frente de un negocio de hombres.

Aquella noche, y muchas más que siguieron, no podía pensar en otra cosa. Era la mejor solución que tenía para conocer a algunos de los nazis derrochadores, que eran los que ella buscaba. Aquella noche soñó que las farolas del jardín eran aristas que lanzaban sombras alargadas con piernas descomunales que, andando encima de unos zancos, la perseguían. Se despertó con la sensación de tener la boca seca y un torbellino de pasiones ocultas, que nunca antes había tenido, parecían trastornarla.

Por la mañana, bajó a desayunar a la cafetería. Después del sueño de aquella noche no quería estar sola, aunque no creyera en las premoniciones estaba segura de que era un aviso de su subconsciente.

Se acercó a la barra y pidió un café. Su falda estrecha le impidió sentarse en el taburete. Un grupo de hombres la miraron mientras parecían hablar de chismorreos.

Uno de ellos dijo a sus amigos:

—No podéis imaginar las cosas que se cuentan por aquí.

Todos se acercaron al interlocutor como si fueran una piña, apasionados por los rumores. A pesar de tener todos un aspecto arrogante, parecían viejas cotillas barriobajeras husmeando para enterarse de todo lo concerniente a la última intriga. Parecían mujeres a la cola de una fuente esperando llenar su cántaro.

Anna, asqueada por esa actitud de tan poca hombría, bebió el café apresuradamente y salió de allí sin mirar.

Esa voz... Cuando volvió su mirada, descubrió que era Laura Steinman, que le decía:

—Querida, ¿te has enterado?

Anna la miró y, con una sonrisa para quitarse de encima, dijo:

—¡Sí! Lo sé todo —y se fue sin decir nada más, dejando a Laura consternada.

Más tarde, supo, cuando se encontraba en la peluquería, que había sido encontrado en una orilla del río Manzanares el cadáver de un hombre que, según las lenguas, era un alemán que había sido un nazi. ¿Sería esa la noticia que le quería decir Laura Steinman? Quizás la vida, después de todo, no era tan injusta como pensaba. Mientras, se dispuso a leer una revista.

La idea de trabajar le obsesionaba. Por una revista americana de divulgación artesanal que se compró en un kiosco se enteró de que había una nueva tecnología que ya se estaba utilizando con éxito en los Estados Unidos. No solo se podían hacer joyas con piedras preciosas, sino también se podían tocar artículos de decoración con diseños exclusivos para las casa de los nuevos ricos. También pensó que podía estudiar una fórmula para que sus joyas fueran accesibles a cualquier bolsillo. Y estaba decidida a hacer una colección para que las damas de poder adquisitivo alto pudieran lucir todas sus creaciones en exclusiva. Pues ya estaba decidido, haría replicas de sus mejores joyas, esas joyas que tan solo lucen en las cajas de acero de los bancos por miedo a ser robadas. Estas copias podrían llevarlas sin temor a ser asaltadas y también empezó a pensar que para poder elegir con comodidad su mercancía sería conveniente tener un extenso catálogo donde poder elegir cómodamente. También diseñaría joyas más sencillas y de menos valor que se pudieran lucir de mañana y, así, las más sofisticadas lucirlas por la noche. La idea que le fluía sin cesar en la cabeza le fascinó tanto que aquella noche soñó con ser la primera diseñadora de éxito en joyas y en alta bisutería.

De tanto pensar en los proyectos que tenía en su cabeza, la sesión de peluquería se le hizo corta y a la salida decidió dar una vuelta por los barrios más elegantes de Madrid para ojear los locales que estuvieran disponibles para su venta.

Paseó por las avenidas de Recoletos y la Castellana, donde pudo admirar, a ambos lados de los paseos, preciosos palacetes. Al pasar por la Castellana pudo ver en uno de esos palacetes un cartel en su puerta enrejada que decía “Se vende”. Miró por un hueco de la puerta y, curiosa, pudo ver un jardín que aún le quedaba aquella esencia elegante del perfecto diseño. Miró con detenimiento aquellas veredas que se encontraban tapadas por la maleza, cerró los ojos soñadora. Al abrirlos, pudo ver, a pesar de la hojarasca que habían dejado crecer en desorden, cómo resaltaban de entre los arbustos unas estatuas de piedra que, en su inmovilidad, parecían seguir vigilando aquel jardín que en otro tiempo debió haber sido hermoso, mientras aquella estatua seguía embelleciendo impasible el jardín. Y pensó que por ahora no era eso lo que buscaba, pero este hallazgo le había hecho pensar en una nueva compra.

Después de haber pasado la mañana hablando de rentas con propietarios de locales donde quería poner el negocio de alta bisutería ya se le había hecho tarde. Necesitaba llegar al hotel, pues solo deseaba darse un baño y descansar.

Cuando entró en el hotel, se sentía agotada de tanto caminar, había visto muchos locales, pero no todos le habían parecidos apropiados para poner su negocio. Los zapatos altos le estaban matando cuando, al atravesar el hall, una voz dulce y al mismo tiempo autoritaria pronunció su nombre:

—Anita... —alargando su pronunciación.

Miró hacia atrás con desconfianza al oír pronunciar su nombre con tanta familiaridad. Sus cansados pies, al ver al dueño de aquella voz, se clavaron en la preciosa alfombra como dos estacas, dejándola paralizada. Era la persona en la que menos pensaba en esos momentos.

—Anna —le dijo al acercarse. Y cogiendo su mano con familiaridad, cuando se la acercó a los labios, le dijo—: Disculpe por atreverme a llamarla

Anita, ya sé que quizás me haya sobrepasado al tratarla con demasiada familiaridad. Perdome de nuevo, ha sido una torpeza por mi parte. Ahora, por favor, no se le ocurra ninguna excusa o pretexto para rechazar la invitación que deseo hacerle.

Anna, con el cansancio que tenía encima, no podía ni pensar, hasta dudaba de si era la persona que ella creía que podía ser o no.

Y de mala gana pensó:

—¿A qué viene esta invitación? —y junto al agotamiento que sentía en esos momentos, no supo a qué venía toda aquella puesta en escena de aquel caballero. Le pareció un poco extraño.

El hombre, al ver el mohín que se dibujó en su cara, se precipitó con elocuencia inusitada y, sin esperar respuesta por parte de ella, le dijo:

—Estoy seguro de que serás la más bella y elegante de la fiesta y yo el hombre más envidiado en ella.

Un silencio prolongado de consternación fue la respuesta de Anna.

—Por favor —dijo suplicante—, no me tortures.

Mientras, sus ojos claros la miraban como si fuesen los de un niño pequeño cuando pide un capricho.

Anna, al escuchar esas palabras, lo miró. Su corazón parecía acelerarse. Se sintió perdida por unos instantes. Reconoció que una de las noches que fue invitada al Club Puerta de Hierro por una joven que conoció en una de las comidas de los lunes, él estaba allí, apoyado en la barra con una copa en las manos. Se acercó y hablaron unos instantes. También recordó que aquella noche pudo haber sido inolvidable para ella, el ambiente era propicio para sus propósitos. Pero aquel hechizo se rompió cuando dos de los nazis que ella buscaba para que se los presentaran se enzarzaron en una disputa. Poco después, una llamada de teléfono le obligó a su nuevo “amigo” a ausentarse. Pensándolo bien, ¿no fue un poco extraño que al irse les presentara a dos

mujeres para que le acompañaran? Aquella situación le pareció rara, pues solo lo conocía de pasada y de cuando coincidían en alguna de esas fiestas casi diarias que tanto le aburrían. Y más aún, lo tenía fiscalizado como a otros muchos nazis por tener que estar siempre alerta con todo lo que pasaba a su alrededor. Al recordar, no estaba segura de haber sido invitada por él a una copa en el Club Puerta de Hierro, de que antes hubiera mantenido una conversación prolongada con él. No entendía qué repercusión podía haber tenido en aquel hombre el mero hecho de haber cruzado cuatro palabras con él, y mucho menos para que la relacionara con una buena amistad.

Asombrada, preguntó:

—¿De qué invitación me habla?

Y fingiendo ser un hombre enamorado, dijo suplicante:

—Solo serán un par de días, necesito que me acompañes.

No podía dar crédito a lo que acababa de oír, estaba recordando quién era, pues Laura Steinmam le había informado con todo lujo de detalles el día siguiente de aquella fiesta. Este personaje del cual ella sospechaba por saber que era nazi, le estaba invitando a una fiesta y que para colmo era el hombre más atractivo que había conocido y, precisamente, tenía que ser el mismísimo sobrino de Alois Bruner, uno de los mayores sanguinarios y firmes seguidores de la doctrina hitleriana.

Por unos instantes no supo qué decir, se encontraba confundida, pues desde el día en que llegó a Madrid había soñado con un encuentro como este.

—Anita, ¿me escuchas?

—Perdón, me había distraído unos instantes. ¿Decías? —y su voz se tornó dulce mientras le miraba a los ojos.

—Perdona que insista una vez más, pero sería para mí un placer y un gran honor que aceptaras acompañarme —dijo en un estado de agitación que rayaba lo ridículo—. No quiero que vayas engañada, como eres extranjera

quizás no has oído hablar de esta fiesta, pero alguna vez sí que habrás visto en algunas revistas de sociedad; sí, esas revistas que se están empezando a prodigar en los quioscos y que están especializadas en informar sobre los acontecimientos sociales más relevantes.

Al saberse escuchado, su emoción hizo que las palabras salieran en tropel de su boca, como un torbellino y, más calmado, empezó a hablar de todo lo concerniente al acontecimiento.

—En esta fiesta todo es diferente a las demás a las que has podido asistir; allí solo es admitido lo más selecto de la sociedad y por eso, con razón, es llamada la fiesta del año.

Anna, ante aquel hombre, no supo cómo se le olvidaron los dolores de pies que minutos antes le habían hecho tanto sufrir y, con voz ilusionada, le dijo:

—Parece que me estés contando un cuento de hadas que al final se hace realidad.

El hombre, ante este comentario, no supo qué decir y, por unos momentos, se le vio indeciso.

—Sí, pero aún no me has dicho cuándo se celebra ese acontecimiento tan importante.

—Esta fiesta siempre se ha celebrado en primavera —dijo emocionado, creyendo haberla convencido—. Siempre ha coincidido con las Ferias de Abril en Sevilla. Se celebra en unos de los palacios más emblemáticos, La Casa de Pilatos.

Para Anna era la primera noticia y pensó: “¿No será una trampa?”.

Y sus ojos brillantes por aquella sorpresa se entornaron, intentando disimular sus ilusiones. No podía precipitarse en la contestación.

Aquel nazi tenía algo en su mirada que la desestabilizaba y, si llegara a relajarse ante él, podría llegar a ser muy peligroso para ella. Lo miró, él

también la miró, pero en aquella mirada no permitió que aquel hombre profundizase en la suya. No podía permitirse el lujo de enamorarse y mucho menos de un nazi, a pesar de aceptar su compañía. De encontrarse en otra circunstancia, estaba convencida de que su corazón no habría puesto ningún impedimento. Este pensamiento martilleaba su mente constantemente, repitiéndole una y otra vez: “Tienes que tener cuidado, es uno de tus enemigos”.

Antes de terminar aquella conversación, y cuando se encontraba camino de los ascensores del hotel acompañada del nazi, un tremendo alboroto de periodistas y fotógrafos interrumpió su camino. Un tumulto de curiosos la empujó hacia las escaleras. Miró con curiosidad hacia dónde se dirigían y vio a una pareja que aparecía posando para los fotógrafos en lo alto de las escaleras alfombradas. Los dos sonrieron a la marabunta que se agolpaba hacia ellos nada más verlos aparecer. La mujer, bellísima, enfundada en un vestido rojo ajustado a las caderas y con generoso escote, sonrió para el grupo de fotógrafos. El caballero que la acompañaba era alto, delgado y de modales distinguidos. Sonrió a la dama mientras hacía ademanes de protegerla con su brazo, envolviéndole sus hombros.

En medio del jaleo, no exento de empujones en el que se encontró envuelta, Anna buscó al nazi con la mirada, pero este había desaparecido entre los periodistas y curiosos. Se acercó a uno de los fotógrafos, que ni siquiera la miró. El fotógrafo se encontraba exultante, unos segundos antes, con su cámara, había captado una instantánea que a juzgar por su cara de satisfacción parecía haber hecho la fotografía de su vida. Tan contento se encontraba que creía merecer por esa foto una portada de la revista importante, aunque la actriz no se lo había puesto muy fácil para ninguno de los periodistas, pero él, con su astucia, captó una instantánea que enseguida intuyó había sido el único en plasmar en su objetivo. Los bellos ojos negros

de aquella actriz, en el instante en que los iluminó su flash, eran fríos y calculadores no exentos de una dosis grande de tristeza.

—Pero ¿qué personajes son? ¿Por qué tanto alboroto?

El fotógrafo la miró como el que mira un fantasma.

—Señorita, son dos famosos —dijo en plan castizo—. Ella es una estrella de Hollywood, es nada menos que la gran actriz Ava Gagner. Él es el torero más famoso que pisa hoy los ruedos, se llama Luis Miguel Dominguín, y es el torero más aclamado por el público. Cuando él torea y se da por terminada la lidia, el público, en pie, le aclama para que dé la vuelta al ruedo, y él con su dedo índice en alto —aquí el fotógrafo por unos segundos pareció ponerse en trance— se dirige al respetable y les insinúa con ese gesto muy suyo: “Soy el mejor, el número uno”. Es un genio de la tauromaquia.

Anna se quedó perpleja, nunca en su tierra había oído hablar de toreros. Pero estaba segura de que muy pronto estaría del todo integrada por completo en la sociedad española.

Miró hacia los lados, entre tantos periodistas y curiosos siguió sin ver al nazi por ningún sitio. No sabía qué pensar y se quedó mirando cómo los dos famosos se pavoneaban ante los fotógrafos.

—Pero ¿de qué fiesta me ha hablado el nazi?

Nunca quiso hacerse ilusiones con el amor, siempre oyó decir que el amor era peligroso, porque cuando te encuentras en ese estado de casi inconsciencia, no se le ve ningún defecto al ser amado.

Aún así, ella siempre se consideró, como ser humano, que su objetivo primordial era el de alcanzar la felicidad, pero desde que comenzó su peregrinaje por Europa en busca de nazis habían cambiado muchas cosas en ella en poco tiempo. Esa forma de pensar que siempre tuvo en su cabeza creyó que no era otra cosa que un estado mental transitorio y que estaba convencida que desde que cuando nacemos estamos condenados a buscar.



No sabía qué pensar, estaba confusa. Nunca fue su intención enamorarse en España y lo había hecho, pero su cuerpo se estremeció al darse cuenta de que había sido de un nazi.

A veces quería pensar que esos temores eran infundados. ¿Pero cómo se puede saber si esos temores persisten? Y entonces creyó, después de dar muchas vueltas a la cabeza, que lo más razonable en este caso sería enfrentarse a sí misma para solucionar ese problema que estaba empezando a ocupar un lugar en su vida que no le correspondía. No podía admitir que empezara a acuciarle, antes de saber a qué se iba enfrentar y qué debía hacer si este sentimiento le obligara enfrentarse a la realidad.

Entonces pensó que tenía que enfocar de alguna manera esa luz que la discernía espiritualmente y que la llegaba a desconcertar cuando se paraba a pensar en los problemas de su vida diaria; porque cada día, al despertar, necesitaba tener una renovada conciencia de los muchos potenciales que sabía yacían ocultos en su corazón, no por eso a veces se encontraba perdida, tanto que en algunos de esos momentos sentía que necesitaba rezar, pues creía que era el único lazo que le ligaba al espíritu.

Pero cuando aquella noche, nada más apagar la luz de su alcoba, se quedó dormida, pensó en sus profundos ojos azules.

Desde el día en que se enteró de que iba a asistir a tan magna fiesta, Anna devoraba todas las revistas en las que se hablaba de fiestas, donde en casi todas las páginas se nombraban casi con reverencia a las personalidades relevantes que eran invitadas a tan magno acto.

Por la mañana, cuando paseaba por la Gran Vía madrileña, se paró en un quiosco y compró más revistas. Anna habló a la kiosquera de aquella fiesta. La mujer le sugirió comprar la que más solía hablar de los ecos de sociedad que con tan solo pasar sus hojas le podían informar con ilustradas fotográficas los detalles y algunas pinceladas de la forma de vida de algunos

de los personajes que eran invitados.

—Los más importantes —le dijo la kiosquera— siempre aparecen en la portada a todo color.

Cuando llegó a la habitación del hotel, se sentó y abrió una de las revistas. En el centro de la misma se podía ver la ilustración en fotografía de un precioso patio. Era de la Casa de Pilatos de Sevilla. En un enunciado, con letras en negrita, resaltaba: *“En Sevilla vuelve a brillar con todo su esplendor, como cada año, en la Feria de Abril sevillana, una de las fiestas más famosas por su carácter aristocrático. Esta fiesta se da para deleite de la clase privilegiada española y extranjera. Este memorable acontecimiento tiene lugar, como siempre, en La Casa de Pilatos”*.

El reportero siguió dando más detalles en su artículo, llenando casi al completo la revista.

Anna siguió leyendo. La puesta de largo de las jóvenes de la aristocracia y de la alta sociedad, venidas de toda Europa y América, se reunían en esta fiesta de gala para festejar su mayoría de edad de las adolescentes.

La revista hizo un exhaustivo relato de todos los personajes que allí se habían reunido en los años anteriores. Las jovencitas, comentaba el periodista en ese baile, se hacían hipotéticamente mujer, gracias a este acto de su presentación en sociedad. Según el columnista, era una forma cursi de decir que las debutantes ya tenían edad para buscar novio para casarse.

A los sonos de la orquesta que toca una solemne marcha, las jovencitas hacían su entrada en el patio del palacio de Pilatos, decorado primorosamente con flores blancas que cubrían todas las columnas. Las debutantes, con sus trajes blancos, impolutos, hacían su entrada del brazo de jóvenes, candidatos elegidos por los padres. Ellos, los jóvenes, iban enfundados en trajes negros de rigurosa etiqueta. La lista exclusiva de invitados y el derroche de glamur, junto con el encanto de Sevilla, hacían una conjunción perfecta para la fiesta.

## CAPÍTULO IX

### LA CASA DE PILATOS

Anna, aquella mañana, se levantó muy temprano para poder revisar el vestuario que había elegido para la fiesta. Encima de la cama puso un “look” más urbano para el viaje. Después metió toda la ropa en un elegante baúl de Louis Vuitton. Y como había acordado con el nazi, emprendió aquella misma mañana el viaje en solitario en un automóvil de lujo ofrecido gentilmente por el hotel. Por la tarde llegó a Sevilla, entró en el hall del hotel Alfonso XII, donde tenía reservada una habitación. Mientras esperaba en recepción para recoger la documentación, entretuvo la corta espera mirando hacia un habitáculo cómo el encargado de los equipajes los seleccionaba, poniendo en cada uno de ellos el número de la habitación a la que correspondía, con tiza rosa a cada equipaje, mientras todas aquellas maletas y baúles eran apilados con destreza por otros botones para su distribución.

A las ocho de la tarde de un espléndido mes abriero pisó, altiva, la alfombra roja, elegantemente vestida con un modelo exclusivo de la diseñadora Ninna Ricci, de escote barco, color violeta en muaré. En el cuello, una espectacular gargantilla de diamantes (símbolo de los judíos) tapando su cuerpo un chal plateado traslúcido que hacía ver velados los hombros. No supo descifrar el sentimiento que le produjo entrar en aquel palacio del brazo de aquel nazi arrogante. En ese instante, supo que estaba traspasando un umbral que solo los elegidos podían atravesar. Una magnífica alfombra color de oro conducía a los invitados como un rayo luminoso hacia el patio donde se celebraría la cena.

A Anna aquel patio le pareció el más hermoso y lujoso que jamás había

visto. Los arcos, aunque se encontraban tapizados por flores, eran espléndidos. Estatuas de escultores renombrados se exhibían para el deleite de los invitados. Ventanas árabes mudéjares del siglo XV competían con las pinturas italianas con escenas de caza. En un lienzo de la pared dos tablas napolitanas del siglo XVII estaban firmadas por Filippo Falciatore.

El nazi tuvo que despertarla de su ensoñación con un codazo intencionado.

En aquella gran fiesta en la que Anna asistía como acompañante, invitada por el nazi, no figuraba su nombre, pero sí el de su acompañante. En aquella protegida lista de invitados solo estaban inscritos nombres tan ilustres como el de Olivier, títulos de la nobleza como la Marquesa de Saltillo, una de las íntimas de la joven Duquesa de Alba, que juntas, con su simpatía, hacían las delicias de sus conocidos.

Aquella noche, y a pesar de estar todo en orden, parecía alargarse el comienzo de la cena. Por los corrillos se oían rumores de toda índole: que si en la cocina se habían encontrado una pequeña serpiente entre las cazuelas, haciendo que el jefe de cocina desalojara al personal. Otros murmuraban que el jefe de cocina se había enfrentado con los cocineros ante una salsa mal cuajada, negándose estos a seguir trabajando. Pero la voz de alarma se disipó cuando, por el megáfono de la orquesta, la duquesa de Medinaceli, con voz pesarosa, comunicó a los asistentes a la fiesta que uno de los habituales asistentes y amigo entrañable, importante empresario catalán, buen amigo y conocido por todos, cuando se disponía a vestirse para acudir a la fiesta, había sufrido un infarto. Con voz trémula y después de unos segundos en los cuales no pudo hablar, dijo que, desgraciadamente, no se había recuperado de él.

Este comunicado causó una gran conmoción entre los más conocidos del empresario, asiduos también como invitados a la fiesta de Pilatos.

En ese momento, la fiesta se tiñó de luto. Desde el momento en que se supo la noticia, en los diversos corrillos que se formaron, todo eran halagos para el fallecido y su desconsolada esposa, aunque muchos de ellos no llegaron a conocerlos en persona.

En aquella cena, y a pesar de la desgracia, la anfitriona quiso que, en homenaje al fallecido, la fiesta debiera ser la más brillante y glamurosa que jamás se hubiese festejado. Cuando estaba a punto de ser servida la cena, una mujer elegante, vestida con un rico vestido en brocado de plata, decidida, pisaba la alfombra como nadie hizo su entrada en el patio, haciendo que todas las miradas se volvieran hacia ella. Era la bella princesa Ira de Furstenberg, que esa noche lucía tan bella como siempre, siendo acompañada por unos no menos bellos y glamurosos jóvenes. Eran dos príncipes italianos, hermosos como dos Adonis. Después de la cena, con el más solemne boato, comenzó el baile de presentación en sociedad de las debutantes.

Después del baile de la presentación de las jóvenes dio comienzo a los sones de un romántico vals. A continuación, los invitados irrumpieron en el centro de la pista del patio, uniéndose a todos los bailarines. Anna bailó con su apuesto acompañante cuando sintió un roce intencionado en la espalda. Miró airada, el hombre le sostuvo la mirada. Anna no dijo nada a su acompañante. Después de unos minutos de confusión, reaccionó, lo buscó con la mirada, no pudiendo saber dónde se encontraba, pero pensó que el patio era grande para reconocer a una persona que tan solo habían visto sus ojos. Desistió en la búsqueda, pues las columnas, adornadas con guirnaldas, le restaban visibilidad. Mientras, los asistentes bailaban, reían y hablaban. La orquesta, compuesta por una veintena de virtuosos músicos, tocaba dulces melodías bailables.

Poco después se dirigió al tocador, necesitaba saber quién podía ser la persona que le rozó la espalda y que parecía conocerla. Quizás, pensó, se

encontraran en el pasillo que conducía a los lavabos. Estaba segura de que si quería algo de ella pudiera ser que le siguiera. Pero nadie la siguió.

En el tocador, las cotillas de siempre hacían corrillos, haciendo comentarios de toda índole. En uno de ellos se hablaba de la Duquesa de Medina Sidonia, apodada la “roja”, porque se decía de ella que no acataba el mandato de Franco. Era mujer delgada de complexión, pero fuerte en sus convicciones. Mientras, en los grupos de comidillas, se decía que la familia se disputaba el ducado de Fernandina y el marquesado de Villafranca.

Anna no podía creer lo que escuchaba. Se suponía que, al pertenecer todas ellas a la misma sociedad, se debían al menos un mínimo respeto. La algarabía que se vivía en los aseos de señoras era como la de un gallinero sin gallo, todas apiñadas se disputaban la palabra. Unas querían saber, otras creían saber demasiado. Pero por el murmullo que se podía apreciar en la puerta de al lado, también los caballeros parecían desahogarse con chismorreos. Se oían sus voces desde el otro lado de la puerta. Aquello le pareció a Anna una jauría de pálidos perros hambrientos que, en la oscuridad de la noche, parecían esperar a su presa para devorarla.

Salió de los aseos, buscó con la mirada un sitio donde poder estar sola y respirar. Todo ese ambiente parecía querer estrangularla. Se asomó a un balcón que daba a un patio cuajado de macetas, donde la mezcla de olores que desprendían las plantas, al aspirar aquel aroma, creyó que le faltaba el aire. Miró el cielo, estaba limpio, como le dijeron que suele estar en Sevilla. Las estrellas se habían ido, pero el sol no asomaba aún por el horizonte.

Alguien se acercó a ella con sigilo. Al oír los pasos que se acercaban miró hacia atrás. Un joven discretamente elegante le hizo una pregunta acercándose a su oído:

—¿A qué te dedicabas en Mielec?

Anna, al estar desprevenida, no supo contestar. Hubo silencio por parte

de ella.

—Sé quién eres. Cuidado con lo que haces y con quién vas, tienes enemigos que pueden estar muy cerca de ti.

Al escuchar esas palabras, sus pensamientos se le enredaron, precipitándola hacia un abismo vertiginoso, hasta llegar a notar incluso la humedad en sus enguantadas manos. Se acurrucó a sí misma, cruzando los brazos sobre el pecho. Parecía una paloma herida.

No supo por qué, pero empezó a sentir miedo. Todos con los que se cruzaba parecían tan independientes... pero ¿cómo podía haber en aquella exclusiva fiesta alguien que supiera quién era ella? Sus sentimientos se entrecruzaban en su mente, chocando contra las paredes de su cerebro, que parecían estar a punto de estallar.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, llegándole hasta la médula, cuando notó que era observada por algo incorpóreo que estaba allí, junto a ella, omnipotente.

Tenía que salir de aquella fiesta cuanto antes, quizás podía ser una dorada ratonera preparada por alguien. No estaba segura de estar preparada para soportar tantos sobresaltos. En aquel lugar se encontraba desplazada. Sintió pánico, un pánico incontrolable. Las voces que llegaban hasta ella desde el salón de baile parecían perderse en su propio eco. Todo era tan confuso que creyó que su mente se nublaba desconcertándola. Entró de nuevo al tocador, se perfiló los labios, se retocó el pelo y se perfumó el cuello. Necesitaba serenarse.

Al entrar de nuevo en el salón, dos damas encantadoras la saludaron y se acercaron a ella:

—Nos han dicho que frecuentas la casa de Laura Steinman.

Su gesto fue de asombro. Era la primera vez, desde que llegó a esa fiesta, que oía dicho nombre.

De repente, les sorprendió un murmullo que hizo cortar la conversación que parecía que iban a iniciar. Eran voces que se atenuaban por los sonos de la orquesta, que había aumentado sus decibelios. Las tres mujeres se miraron perplejas. Anna se llevó la mano a la boca, las volutas de humo que salían del cigarrillo de una de ellas le hicieron toser. De repente, desaparecieron de su vista por una puerta lateral.

La idea de que algo raro estaba pasando y que presentía era por ella, le martirizaba, no sabía cómo desactivar de su mente el temor que siempre llevaba consigo. Cuando vio, desconcertada, en el fondo del pasillo, cómo dos hombres portaban una poltrona que, por el esfuerzo que les estaba costando transportar, parecía pesada. Al mirar pudo apreciar unos pies que colgaban inertes de aquel sillón. Uno de los hombres que llevaba la carga, al bajar un peldaño de unas de las escaleras, se resbaló. Entonces Anna vio, asustada, caer al suelo un cuerpo desmadejado que, a pesar de ser recogido inmediatamente, dejó un reguero de sangre manchando la lujosa alfombra.

Después de aquella visión, con las piernas temblorosas entró en uno de los salones auxiliares y se sentó en un incómodo sofá del siglo XV. Desde que salió de Mielec, su vida, sin casi darse cuenta, se había trastornado. De ser simple a convertirse en un ovillo caótico sin hilo al que adherirse para salir de aquel laberinto.

No pudo recordar cómo llegó al hotel sevillano donde se habían inscrito el día anterior el nazi y ella. Tampoco supo cómo terminó la fiesta. Una interrogante le quemaba la garganta que no se atrevía a preguntarse: ¿quién era aquel hombre de la poltrona? ¿Y donde se había metido su apuesto nazi? ¿Sería él, quizás, el hombre de la poltrona?

Ya eran las siete de la mañana y, aún con el vestido de fiesta puesto, en la habitación del hotel daba vueltas incontroladas por la habitación. Se creía perdida, tenía que estar despierta. Quizás ella fuera la siguiente.



Aquella misma mañana, y sin haberse quitado aún el vestido de fiesta, sonó el teléfono. Lo cogió. Al otro lado sonó una voz distorsionada que le dijo:

—A las tres de la tarde te espera un coche que te llevará a Madrid. No temas, te has portado muy bien en la fiesta, aunque, en realidad, no era tan fácil...

Se desvistió con precipitación, buscó con frenesí entre la ropa que había llevado el día antes para el viaje. Se puso los pantalones pitillos negros con la blusa de color cereza, se calzó las manoleínas, dejando la maleta abierta en medio de la cama y los demás enseres esparcidos por el suelo.

Salió del hotel como una fugitiva, sin pedir la cuenta. Nadie dijo nada, solo el conserje tras el mostrador le dijo:

—Un coche le espera.

Ya en la calle, su mente parecía cada vez más trastornada. Una voz conocida la llamó por su nombre. Cuando volvió la cabeza, aterrada, vio con sorpresa a la periodista que tan gentilmente se ofreció para informarle sobre los acontecimientos que ocurrían por Madrid.

—Querida, estoy esperando hace más de media hora —le dijo mientras empujaba la puerta delantera de su llamativo descapotable para que entrara. Anna no sabía qué decir. Estaba huyendo, pero no sabía de quién. La periodista la incitó a subir, apremiándola con la mano.

Minutos más tarde, se encontró en el coche camino de Madrid, conducido a gran velocidad por su “amiga” la periodista.

En el trayecto casi no hablaron. Solo intercambiaron una conversación anodina haciendo alusiones al buen tiempo que se avecinaba al haber llegado la primavera. Anna no sabía cómo preguntarle qué hacía en la puerta del hotel Alfonso XII, y si ella tenía que ver con la llamada de teléfono que había recibido. Ya no estaba segura de nada, quizás estaba enterada del asesinato,

porque estaba convencida de que fue un asesinato. Si no ¿por qué lo bajaban en una silla de respaldo alto?

Las piernas le empezaron a temblar. Se encontraba metida en un buen lío. Se miró las manos y, en ese mismo instante, se dio cuenta de que no había cogido el bolso. Estaba desamparada ante aquella mujer, que apareció milagrosamente cuando huía con desesperación del hotel. En el bolso solía llevar una lima de acero que, en ocasiones, le daba seguridad, pues siempre se puede dar un buen pinchazo al agresor para reducirlo.

Ya estaban llegando a Madrid. Ninguna de las dos pidió hacer una parada para estirar las piernas. Sin más preámbulos, la periodista dijo:

—Qué difícil y descorazonador es contemplar cómo cada día, o cada noche, puede morir un hombre en extrañas circunstancias.

Anna no pudo hablar, no tenía saliva. La boca seca parecía un estropajo. Esa mujer había hecho que sintiera una repentina y atormentada visión de lo vivido en la fiesta. Se estaba viendo a sí misma como una idiota.

Sus ojos se cruzaron por primera vez al final del trayecto. Las dos parecían echar chispas, Anna creyó ver en ella, por primera vez, algo peligroso. Su mirada parecía turbada.

Aquella mujer, con ese comentario, la desconcertó y, de repente, se encontró en un callejón sin salida y ante un muro que le pareció imposible de saltar.

Ante estos pensamientos, sus pupilas se dilataron al tiempo que la expresión de su rostro se alteraba.

Cuando llegaron a Madrid, y ya en la puerta del hotel Ritz, Anna se apeó del coche con precipitación. Las piernas le temblaban como dos ramas secas que arrastra el viento, no dudando ni un momento en salir corriendo. Aquella mujer la había desconcertado, pero antes de llegar al vestíbulo la periodista le dijo:

—Mañana, que creo estarás más calmada, te espero a la hora del almuerzo en Chicote.

Anna la miró, pero sus ojos creían no ver nada. Los nervios parecían descontrolarse. En esos momentos necesitaba gritar para que su espíritu se diluyera en la demencia.

Era una angustia tremenda la que sentía cuando pensaba que podía llegar a ser como una marioneta en manos de esa mujer. Cuando entró en su habitación, depositó su cuerpo desfallecido encima de la cama. Mientras, contemplaba indolente el cielo por el balcón abierto y cómo el día desaparecía, entonces pudo ver desde la cama cómo empezaban a aparecer en el cielo los tintes rojizos y misteriosos de la noche, una noche que se le antojaba iba a ser larga, muy larga, hasta que la luz cegadora del alba entrara por el balcón.

Por la mañana, ojeó los diarios con ansiedad. Nada que pudiera interesarle. La prensa de Madrid solo hablaba de inauguraciones y de sus amigos los americanos. Aquella mañana, y a pesar de las insistencias de llamadas telefónicas, no descolgó. La zozobra que sentía no la dejó salir de su habitación, tenía que pensar cómo sonsacar a la audaz periodista qué era lo que quería de ella.

Al nazi no volvió a verlo desde el día de la fiesta sevillana. La prensa, durante unos días, estuvo dando la noticia que describía con todo lujo de detalles la magnífica fiesta. Las revistas de ecos de sociedad, como cada año, y puntual, informaba a sus lectores sobre los más mínimos detalles del atuendo de las afortunadas asistentes. Tenía tanta repercusión social por ser celebrada en La Casa de Pilatos, el palacio más emblemático de Sevilla.

Pero Anna no compraba la prensa para saber cómo había transcurrido la fiesta, eso ya lo sabía. Lo que más le preocupaba era esa pregunta que no parecía tener respuesta. ¿Era tan fácil en España hacer desaparecer a un

individuo sin ni siquiera hacerse una mención por la prensa?

Ya hacía dos semanas que el nazi llevaba sin aparecer. Anna no supo cómo, pero se vio metida en un laberinto de sentimientos donde una niebla espesa parecía enturbiar la claridad de su corazón, haciéndola sentir un dolor vago, silencioso, que le hacía sumirse en una extraña inquietud que acompañaba incesantemente a su corazón. Su vida, desde el mismo instante en que empezó a sentir en su corazón algo que no sabía cómo definirlo, hizo que empezara para ella el desarraigo por todo aquello por lo que luchaba. Este sentimiento se convirtió en una palpitante comezón de anhelos y, al mismo tiempo, de desesperanzas.

Más serena, comprendía que aquel hombre solo podía llevarle problemas a su vida y llenar de inquietudes su alma. Era un “enemigo”, se repetía para desechar aquellos perniciosos pensamientos, y se decía una y otra vez: “Al enemigo hay que acercarse a él, pero para abatirlo”.

Ya hacía una semana que cada noche mojaba su almohada, no podía dormir al no saber cómo podía deshacerse de aquel sentimiento que tanto la perturbaba, pero ese dilema ¿cómo lo podía eliminar de su cabeza?

Mientras, los diablos rencorosos parecían burlarse del constreñido corazón de Anna, haciendo que la imagen de aquel guapo nazi se ensombreciera cuando, al recordar su cara, lo veía como en un cuadro barnizado y grumoso de una ridícula caricatura. Solo al pensar en él, con la cara desfigurada, su mente parecía darle ánimos para que siguiera el camino que se había trazado.

## CAPÍTULO X

### LA COMIDA DE LOS LUNES

Dos días después de haber sucedido la llamada tragedia —según los

periodistas— de Aranjuez de algunos de los hijos que fueron miembros de las SS. Anna se encontraba en el vestíbulo en espera a que fuera la hora de entrar en el comedor donde ya era habitual en ella asistir a la comida de hermandad de todos los lunes, Anna había tomado asiento y se encontraba ojeando un libro que acababa de comprar cuando se acercó una mujer de mediana edad. Su vestimenta era cara, pero algo estafalaria para el lugar. Se sentó a su lado y le dijo acercándose al oído:

—Tú eres nueva, ¿verdad? Se nota que hace poco que andas por Madrid. ¿Te ha dicho alguien, querida, que eres un enigma a resolver? Aquí todos quieren saber de verdad de dónde vienes, pues analizando tu aspecto, parece que te va bien la vida. ¿Sabías que has despertado mucha curiosidad en ciertos sectores de la sociedad? Pues aquí todos quieren saber qué haces tú por esta España donde todos vienen a medrar. Perdona que te tutee, pero no sé, mirándote, me confundes. Cosa rara en mí. No sé si eres una de esas —y sin darle importancia a la ambigüedad de las palabras que acababa de decir, siguió hablando—. Noto en ti una cierta inseguridad muy bien simulada. Tú no sabes nada de mí, pero yo sé mucho de todos estos que frecuentan estas reuniones, más de lo que ellos quisieran —y paseó el dedo índice por el comedor—. En general, todos esos creen conocerme, pero es difícil, tanto, incluso, para mí el saber cómo soy yo. Si necesitas saber algo especial de alguno de los que se encuentran aquí, me lo haces saber, pues presiento que estás un poco despistada.

La mujer se levantó, mientras Anna la vio alejarse.

Después de haber estudiado concienzudamente todas las habituales reglas de cortesía que se solían usar en los salones de reuniones, que parecían tan simples. Anna también tuvo que aprender, al mismo tiempo, la difícil tarea de interpretar en cada momento lo que debía hacer, como el saber sonreír con dulzura sin saber a quién. Aquel día, se encontraba un poco más

segura, quizás porque fingir querer ser lo que en la realidad no eres te pone una tupida máscara que, llegando el momento, ni una misma se llega a reconocer. Mientras Anna, junto a los demás comensales, saboreaba las ricas lentejas de los lunes, a los postres, su enigmática y nueva amiga, por sorpresa, le presentó a un personaje que hacía días esperaba que alguien se lo presentara. Era uno de esos nazis que le pareció interesante y que para realizar su plan necesitaba conocer. El hombre tenía un aspecto espléndido, de cuerpo atlético, bronceado y mandíbula firme y cuadrada, con un rápido destello en su mirada. Después de una conversación inteligente y fructífera para Anna, al terminar la velada, la sorprendió cuando fue invitada, junto a su nueva amiga, a presenciar en el hipódromo de La Zarzuela una competición hípica, de cuyos dorsales favoritos él era propietario. Una emoción negativa fue la causa de su desasosiego.

Aquella noche, Anna, asustada, no quería reconocer la jugada que le estaba preparando el destino. ¿Qué le estaba pasando? ¿Estaría siendo atrapada por algún conjuro en el cual veía interesante a todo hombre que fuera nazi?

Aquella tarde, después de las carreras, su “amiga” desapareció, no sin antes quedar con ella para la mañana siguiente en el desayuno, para que le contara lo acaecido en su ausencia y así tener de qué hablar con las ociosas de sus amigas, omitiendo que era periodista de un diario nacional. Después de presenciar el espectáculo hípico con el nazi, le siguió una cena en los jardines del Hotel Ritz. A esta cita le sucedieron algunas más.

Ya estaba metida en el juego y, por el momento, estaba ganando la partida, aunque solo fuera en su comienzo.

Una tarde en la cafetería del hotel, y como ya era habitual hacía una semana, se citó con el nazi. Se sentaron en un ángulo donde no los podía molestar nadie, al estar una columna estratégicamente tapando la mesa. Y

cuando se encontraban los dos en animada charla, el camarero se acercó para servirles. Le pidieron un Daiquiri. Anna, aquella noche, se sentía segura de sí misma y coqueteó con él descaradamente; el hombre, emocionado por haber conseguido conquistar a una de las mujeres más elegantes del momento, que se dejaba lucirse con él en los sitios más exclusivos, en un arranque de osadía, le pidió que lo acompañara a su habitación.

Anna lo miró, fingiendo estar alagada por su invitación y le obsequió con una encantadora sonrisa mientras puso sus finas manos sobre las de él con el fin de acariciar su gelatinosa mano.

Él, en esos momentos, se sintió como si se encontrara sumergido en un río dulce y sosegado, a punto de fundirse en el estuario del cuerpo de Anna.

Cuando el nazi buscó afanosamente un cigarrillo con manos temblorosas en el bolsillo de su chaqueta, Anna, con agilidad y pericia, vertió en la copa del nazi un contenido mortífero que contenía su barra de labios. Mientras, con sutileza, jugó al despiste con él haciéndole una mueca cariñosa, y como esperando el desenlace, siguió acariciando una de sus blandas y blancas manos, esas mismas manos que un día supieron manejar con soltura el patrimonio que hurtó a unos seres que nunca tuvieron vínculo alguno con él.

Unos minutos después de apurar su copa se produjo un silencio por parte del nazi. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, dándole un aspecto siniestro. Mientras, sus manos se aferraban como garfios de acero al borde de la mesa, haciéndola temblar. Un mechón de su rubio pelo se dejó caer por la sudorosa frente. Ella siguió sonriendo y, cuando él movió los labios, en un intento de hablar, solo profirió un quejido espeluznante. Ella fingió asombrarse, observando cómo de la comisura de sus labios salía una espuma que le embadurnó la boca de una sustancia sanguinolenta.

Pidió auxilio, asustada y horrorizada, como parte de su comedia. En unos momentos, un revuelo de camareros y curiosos se hizo alrededor para

enterarse de lo acontecido. Todo era confusión, una señora cursi quiso tener también algo de protagonismo y se desmayó. Mientras, ella, de pie junto al cadáver, bella como una diosa, parecía protegerlo de los curiosos. Su simulado nerviosismo contrastaba con la serenidad y satisfacción que sentía al pensar que al menos un nazi no atravesaría el Atlántico camino de Argentina.

El director, inmediatamente, se presentó acompañado de un guardia de seguridad. La miró y, al dirigirse a Anna, que aún se hallaba de pie junto al cadáver, con voz arrastrada le dijo:

—Lamento profundamente que haya tenido que presenciar algo como lo sucedido. —y haciendo una leve inclinación de cabeza, desapareció entre los curiosos.

Anna pensó en esos momentos que el director había representado una parodia ¿o quizás era sarcasmo? Pero lo que notó Anna en su voz no le gustó, haciéndole acelerar la sangre en sus venas. Se encontraba traumatizada y confusa. Ahora no podía desfallecer, tenía que seguir la farsa hasta el final, pero ¿por qué se había dirigido a ella? ¿Y por qué le había mirado de esa manera?

Los clientes que se encontraban presentes en el momento de la tragedia callaron. Todos tenían algún pecado que ocultar y no les convenía estar involucrados en ningún escándalo, saliendo apresurados del salón antes de que llegara la policía y empezara a hacer preguntas.

Muchos de los habituales del hotel que se encontraban allí en ese momento tomando una copa abandonaron también el salón precipitadamente al enterarse de que allí había muerto un hombre. En esos momentos, todo parecía confuso, mucho más al tratarse de un hotel con el más alto prestigio. El director del hotel se detuvo unos momentos para mirar a su alrededor con cara de palo y, antes de que pudiera acercarse al malogrado cliente, de nuevo,



un camarero, nervioso, se acercó para informarle de que la policía estaba entrando en el hotel. El director, por primera vez desde que ostentaba el puesto, se sintió aturdido, no podía pensar con claridad en aquellos momentos de confusión, ni tampoco se le ocurría ninguna fórmula para acallar los posibles sensacionalismos que harían los periodistas al dar la noticia por la prensa, que, sin duda, podía perjudicar al establecimiento. Al día siguiente de la tragedia, y después de comprar a la prensa, se sorprendió. Solo parecía haber un silencio por parte de los periodistas. Anna, extrañada, pensó en cómo se podían haber callado los periodistas esa succulenta noticia. Pero aquellas primicias tenían un motivo poderoso para no salir a la luz, aquella noche se encontraban en aquel salón algunos de sus especiales clientes, los cuales no era nada conveniente, en esos momentos, involucrarlos en ningún asunto turbio.

En los mentideros de Madrid se comentaba que un caballero había sido encontrado muerto en una cafetería de la calle Serrano. También se decía que aquel individuo había muerto porque estaba afectado por una enfermedad coronaria. En otros comentarios se decía que, al recibir la noticia de un negocio mal gestionado por parte de su administrador, no pudiendo resistir la presión por la pérdida del capital invertido, murió de un fulminante infarto.

Los que no estuvieron presentes el día de la tragedia en el hotel, cuando supieron las noticias que circulaban de boca en boca, uno de ellos dijo con ironía:

—Quizás lo que segó su vida fue el exceso de dinero.

Mientras, sonreían en las tertulias jocosamente y terminaron la conversación con un simple: “Solo era un nazi”. No se hicieron más comentarios.

Nadie contradijo los rumores de que el hecho había sido producido en la calle Serrano, pero todos los que estuvieron esa noche allí presentes sabían

que no había sido un infarto al notar el nerviosismo del médico.

Ninguno de sus “amigos” en el hotel preguntó por el diagnóstico de su muerte, y esto provocó que se hicieran algunas especulaciones sobre lo ocurrido en aquel salón. Un salón donde solo era frecuentado por clientes selectos y conocidos entre sí, por acudir siempre a los mismos eventos. Por lo tanto, seguía siendo para algunos del todo imposible pensar que pudiera haberse cometido un asesinato... No obstante, todos se preguntaban sobre la reacción del médico, que, cuando se encontró a solas camino de su casa, se hacía una y otra vez la misma pregunta tras hacer el reconocimiento en el mismo salón, que no dejaba de hacerse esta reflexión: “¿Cómo pudo ingerir por sí solo ácido clorhídrico?”.

Tenía que dejar a un lado sus escrúpulos como médico si no quería perder su puesto de trabajo como galeno en el hotel, y, sin pensarlo, firmó con mano insegura su diagnóstico. Había muerto de un ataque al corazón fulminante, provocándole una muerte instantánea. Obviando que el ácido clorhídrico había sido el causante de la muerte, una de las muertes, según sabía el médico, más horribles y dolorosas que se conocen.

El camarero que les sirvió el Daiquiri aquella noche, pálido como la nieve, fue interrogado, pero los policías, a pesar de las dos horas de ininterrumpido y duro interrogatorio, no pudieron sonsacarle nada, pues había seguido fielmente la ética que tenían todos los que trabajaban en el hotel y que hacían algún servicio para él, o simplemente eran contratados parcialmente para el servicio. Todos firmaban un código por el cual se comprometían a que, pasara lo que pasara en aquel hotel, nunca dirían nada de lo sucedido a los clientes, pues ellos no debían, bajo ningún concepto, sobrepasar los límites de ser solo meros observadores.

## CAPÍTULO XI

## ESTE FUE EL PRIMER PASO

Anna aquella noche, para poder dormir, tuvo que tomar un somnífero. En la soledad de la alcoba se sintió como un bicho rastrero después de haber sido pisoteado. Pero a pesar de haber matado a un hombre, no se sentía una asesina, porque en la historia de su vida había muchos detalles que, para algunos, si se atrevieran a hurgar en su vida podían apreciar que eran curiosos, como el hecho de haberse enamorado de la persona equivocada, que era algo de lo que a ella nunca debió permitir. Esta reflexión le hizo llegar a la conclusión de que aquel amor le estaba prohibido, por lo tanto, podía sentirse tranquila. Las verdades, las auténticas, nunca son creíbles, aunque sean ciertas.

Esa noche mojó la almohada con sus lágrimas.

Dos meses duró la investigación, una investigación un poco especial, dadas las circunstancias en las que se encontraba España en esos momentos. Ni siquiera se podía pensar que hubiera sido un crimen de índole político. Y poco después se dio el caso por cerrado, al no encontrar a ningún sospechoso.

Anna, hasta que no pasaron unos cuantos días, no empezó a sentirse relajada, hasta que le pareció que todo empezaba a estar en orden en su cabeza. Por la mañana llamó a recepción para avisarles de que necesitaba hablar con el director del hotel. Pocos minutos después fue recibida en su despacho. Muy amable, sus ojos buscaron los de Anna con insistencia, y ella, con una gran pericia en el dominio de su voluntad, le miraba de frente, mientras tintineaban las pulseras que lucía en su brazo derecho. El director, desconcertado, no supo cómo interpretar aquella mirada que pareció taladrarlo. Le ofreció asiento, pero, antes de sentarse, Anna analizó con descaro el despacho. Después de unos minutos de silencio por parte de Anna, que sirvieron para desconcertarlo aún más, se sentó, cruzó las piernas con

desparpajo de mujer que sabía lo que quería y, con voz segura y autoritaria, dijo:

—Necesito comprar un coche, pero lo quiero para mañana. ¿Puede hacer las gestiones?

El director sacó de su cajón un lujoso catálogo donde se podían ver en fotografía varias marcas de automóviles de alta gama. Anna, antes de que el director pudiera hablar, dijo con voz impresionantemente seca, casi llegando al extremo de la ridiculez:

—Quiero un Ferrari de color blanco especial, pero lo quiero enseguida, me apetece hacer turismo por España antes de marcharme a mi país.

El director, sorprendido por la altivez de la dama, en su rostro apareció en esos momentos una impresionante palidez, y bajo su impecable traje negro su cuerpo tenía la helada rigidez de un cadáver. No supo qué decir, esa mujer lo desconcertaba. En la casa Ferrari no era habitual hacer coches de color blanco, y mucho menos de un día para otro, pero ella, alargando su mano, puso en la de él cinco billetes de mil pesetas. Asombrado por la actitud de la dama, no supo qué decir ante la extraña dádiva. Mientras intentaba disimular, sus ojos se inyectaron de sangre ante la impotencia.

Minutos después, la delgada silueta de la mujer atravesó el despacho. Al contraluz de la ventana se podía apreciar su cuerpo. Vestía un traje de color rojo oscuro, con un cinturón ajustado, haciendo que la suave seda se pegara en sus turgentes pechos y caderas.

Y pensó mientras salía del despacho: “Pobres hombres, locos que no comprenden que una mujer, solo con sus armas seductoras, puede a veces cambiar, no solo al hombre, sino también, si se lo propone, puede hacerles que confundan hasta el presente con el futuro”.

El cielo en la calle se tornó de gris.

Anna, ya en la calle, se sintió arrepentida por haber fingido una

superioridad que nunca aceptó en los demás. Lo pasó fatal cuando, al salir del despacho, sin saber el porqué, masculló unas palabras ininteligibles en un argot poco común en el idioma polaco, sin saber que ni ella sabía su significado, dejando al abnegado director sin saber bien qué decir. Le estaba obligando, con su insolencia, a que hiciera realidad su capricho. Él, con voz aflautada por las circunstancias, se limitó a llamar por teléfono a la agencia Ferrari para que le sirvieran, con carácter urgente, un coche de color blanco.

Pero tenía que actuar así si quería seguir siendo aceptada por esos ricos pedantes e insoportables. Ese era el sello de distinción que supo que se había establecido entre ellos.

Llegó otro lunes y, de nuevo, acudió a la exclusiva comida. Al término de los postres, se acomodó en uno de los saloncitos adyacentes al comedor. Se encontraba bien allí, miró a su alrededor con curiosidad. Todas las paredes estaban tapizadas de un color azul cobalto, destacando el mobiliario lacado en blanco, el tapizado de los sillones era de color azul pálido adamascado, acentuándose en dorado, con unas diminutas flores de lis. El sofá parecía estar puesto estratégicamente en medio de dos salitas contiguas, donde una de ellas era exclusivamente para que los caballeros pudieran hablar de negocios o de política fuera de los oídos de las señoras.

Anna tomó asiento en el sillón que hacía de medianía entre los dos salones. Escuchó atenta y, con los oídos bien abiertos, apuntó en su memoria la dirección de un hombre de negocios que frecuentaba a los nazis. Siguió atenta, su oído se afinó para enterarse de más detalles. Quería saber todo de lo que se hablaba en esa impenetrable sala que solo era para el sexo masculino. Mientras, puso cara de distraída. Sus finas manos precisas jugaban con una de las pulseras de diamantes que solía lucir en su brazo izquierdo.

Cuando la conversación de aquellos caballeros para ella empezaba a ponerse interesante, solo pudo escuchar que uno de los delegados de la

embajada española llamado Carlos (el apellido no lo pudo oír, porque una de las señoras cercana a ella hizo una exclamación de júbilo subido de tono al descubrir a una vieja amiga) lo habían cogido pasando información, por medios pocos habituales, a la embajada de Londres. Todo hacía prever que estaban hablando de algo novedoso y muy importante para ellos.

Entusiasmada por la información que estaba a punto de descubrir, una mano inoportuna, regordeta y sudosa, al posarse en su hombro desnudo, le hizo dar un pequeño brinco.

—Hola —saludó y se sentó a su lado como si la conociese de toda la vida. Se presentó:

—Soy Laura de Steinman, creo que ya has oído hablar de mí en la fiesta de primavera que se celebra en La Casa de Pilatos...

De pronto, recordó que aquella noche alguien le preguntó si frecuentaba la casa de la tal Laura Steinman.

Anna la miró confusa, intentando ser amable con ella. Mientras, para serenarse y aliviar su frustración por interrumpir su escucha, la obsequió con una leve sonrisa, la mujer, ya sentada a su lado, empezó a hablar como si de una amiga se tratase.

Anna pensó que quizás fuera una de esas mujeres que, a falta de no saber nunca qué hacer para distraerse, se dedicaron a cosechar nuevas amistades. Una lucecita se encendió en su cerebro que le hizo ser simpática con ella, tal vez esa nueva amistad pudiera transmitirle información sobre algún personaje de los que vivían en el hotel y tal vez estuviera enterada de algo que pudiera interesarle. En compensación por su inoportuna presencia justo cuando creía poder escuchar lo que aquellos caballeros decían, ahora tenía que compensarla por poco acertada interrupción.

¿Pero porqué en la fiesta de Sevilla le dijeron ese nombre, aludiendo a que eran amigas? La mujer, después de acomodarse a su lado, abrió el bolso,

sacó una fotografía de un hombre joven en color sepia que empezó a acariciar con su dedo índice y comenzó a hablar. Su pregunta fue muy extraña:

—La habitación que ocupa en el hotel es la 215, ¿verdad?

Los ojos de la mujer se clavaron en los suyos con ansiedad para saber la reacción que le había causado la pregunta. Y esperó unos instantes antes de seguir hablando.

—La historia que le voy a contar quizás crea que no le interesa, pero debe saber que se desarrolló parte de ella en esa suite que usted ocupa.

Y sin esperar respuesta, comenzó su historia mientras Anna la miraba incrédula y desconcertada.

—Corría el año 1915. Madrid, aunque era la capital de España, mantenía aún una pequeña población. Un buen día, llegó al hotel una pareja nada habitual para el pueblo llano, que, ante tan magno acontecimiento, se encontraban alrededor del hotel ávidos de contemplar a esos personajes tan importantes y famosos que se hacían acompañar por un séquito de unas veinte personas, todos ellos vestidos a la manera hindú.

Los árboles, al atardecer, aquella tarde lanzaban destellos bajo el sol crepuscular. En el jardín brillaban las dalias, humedecidas por las gotas de agua que salpicaban un suave caño de aguas murmurantes, que convertían su sonido en deliciosas campanillas.

La mujer seguía a su lado, hablando y hablando sin parar, pareciendo estar viviendo en otra galaxia. Mientras, los pensamientos de Anna se atropellaban en su cabeza. Tenía que organizar su mente, por la mañana tenía que recopilar información. Esta mujer la estaba poniendo nerviosa, no parecía saber nada de lo que a ella le interesaba. Cuando, sin saber porqué, notó cómo un escalofrío recorría su espalda.

—Él era guapo y —prosiguió narrando sin hacer ninguna pausa— de cuerpo atlético y ojos profundamente negros como la noche. Los hombres de

la escolta y mujeres eran unos veinte en total. Los hombres vestían con un *kusta*, camisa larga, abierta en los costados. Haciendo el conjunto unos pantalones pitillos y un pañuelo a modo de turbante en la cabeza. Alguien, dándose de instruido desde dentro del hotel, comentó por qué ninguno de esos hombres lucían cinturones, zapatos o carteras de cuero. Un intrépido periodista que se encontraba a su lado, al día siguiente, en su crónica, aclaraba que en la India estaban prohibidos los adornos de cuero, porque la materia prima son las vacas y estas son sagradas allí.

La señora Laura Steinman sabía bien de lo que estaba hablando y daba a entender que se había informado hasta del atuendo que lucían todos los de aquel séquito.

Las mujeres que acompañaban a la Maharajá vestían un *sari* de color rojo granate salpicado de flores doradas. El *sari* consiste en un trozo de tela de unos seis metros de largo que se reviste sobre un top muy ajustado llamado *chol*, junto con la falda, llamada *petikot*, que es la que ayuda a sujetar los pliegues del precioso *sari*.

Estos personajes, a su llegada al hotel, no sabían que una multitud se agolpaba en la puerta para admirarlos. Era un espectáculo digno de presenciar y, además, gratis. Fue apoteósico, todos querían tocar esos bellos trajes. Entre ellos destacaba una mujer joven de una belleza extraordinaria, acompañada de mujeres que formaban parte de su séquito y también se hacía acompañar por elegantes caballeros españoles, intelectuales y toreros famosos de la época. Todo allí era espectacular. Eran los príncipes de Kapurthala, que acababan de llegar a Madrid, habiendo elegido para alojarse el hotel Ritz.

La noticia se dio días antes de su llegada, como era habitual cuando llegaba a la capital algún personaje importante. Esta noticia corrió como la pólvora por todo Madrid, y allí acudieron gentes de todas las condiciones para ver de cerca a unos personajes que años antes habían dado mucho de qué



hablar en los mentideros de todo el mundo, haciendo llegar hasta la puerta del hotel a gente de los barrios más lejanos. No era nada de extrañar, ellos eran dos extraños personajes, como sacados de un cuento de hadas.

Mientras, el jefe de seguridad del hotel, no pudiendo controlar a los curiosos, tuvo que llamar a los del orden público. Minutos después, para la desilusión de los mirones, fueron desalojados por la policía.

Él, un Maharajá hindú, y ella, una bailarina andaluza de nombre Anita Delgado, muy conocida en la farándula por actuar en los mejores teatros de las principales capitales. En aquellos días en los que estuvieron hospedados los príncipes, mucho de los miembros de la aristocracia, empresarios y millonarios, empezaron a ocupar las instalaciones del hotel; querían estar cerca de la realeza a cualquier precio para irritación y desconcierto del director.

Las demás, que no eran habituales en el hotel, pero sí prestigiosos comerciantes, parecían ocupar sus puestos como si de una jerarquía se tratara, esperando con calma disimulada poder acercarse a ellos, unos por curiosidad y otros para ver si podían contactar con algunos de sus secretarios para captar como accionista al Maharajá y poder exportar productos españoles.

Anna miró a Laura de una manera vaga, no podía creer que esa mujer le estuviese contando una historia en la que ella no estaba en absoluto interesada.

Laura de Steinman calló por unos minutos, mirándose sus regordetas manos, como si esta historia la transportara a otro mundo. Una y otra vez daba vueltas y más vueltas a su anillo de casada, que lucía en su mano derecha. Mientras, un silencio pétreo se instaló entre las dos mujeres.

—En esa habitación continua, días después de la marcha de los príncipes, hubo un terrible crimen que no pudo ser esclarecido, pero un año después, y por las mismas fechas, volvió a repetirse otro crimen de similares

características.

Anna la miró de frente:

—¿Qué es lo que quiere decirme? —dijo Anna mirándola de forma poco amable.

Después de un nuevo silencio que a Anna le pareció interminable, la mujer habló de nuevo:

—Todos estos hechos acaecieron en la suite que usted ocupa y se comenta, aunque son pocos los que conocen este caso. Pero yo siempre me pregunto ¿por qué el hotel siempre lo silenció? Nunca se supo el motivo de su silencio, yo, después de muchos años meditándolo, creo que algo oculto y misterioso se esconde tras las telas adamascadas de los muros de esa habitación. Yo lo sé porque mi padre era por entonces un chico joven y lleno de ilusiones. Estaba recién casado con mi madre, y mi padre fue el último que apareció muerto en esa suite mientras cerraba una negociación con importantes empresarios portugueses. ¿Pero por qué le tuvo que pasar esa desgracia si solo se trataba de un importante asunto financiero? Nadie supo nada, por aquella época la prensa lo mantuvo en el silencio más absoluto. El hotel, como tiene por costumbre, silenció los posibles rumores cerrando la suite, que estuvo clausurada hasta ahora que usted la ocupa. Yo solo quería advertirla. Esa suite está maldita.

—Pero lo que me cuenta pasó hace, al menos, 35 años —contestó Anna sin saber si todo aquello había sido cierto.

Minutos después, en silencio, se levantó de su lado. Su mano la notó nerviosa al posarse de nuevo en su hombro desnudo, y vio cómo esa mujer atravesaba la sala arrastrando los pies y desaparecía tras la tupida cortina de una puerta.

Aquella misma tarde, Laura Steinman hacía una llamada telefónica.

Al otro lado del hilo telefónico se pudo escuchar:

—¿Se ha tragado la historia?

—Por la expresión de su cara, creo que sí, ahora solo falta esperar cómo se van desarrollando los acontecimientos.

—¿Viste si se bebió todo el contenido de la copa que le sirvió nuestro camarero?

—Sí, no me separé de ella hasta que bebió el último trago.

Al colgar, Laura Steinmam sonrió satisfecha. Había mezclado hábilmente la historia del hotel con una historia inventada. Esta mezcla fue tan convincente que había hecho que Anna cayera en la trampa como un vulgar conejillo.

Desde aquella noche, Anna tendría sueños que no querría recordar nunca.

Como siempre, y como solían hacer los desocupados adinerados, Anna se paseó por el grande y espacioso hall del hotel Palace. Allí, bajo la bella cúpula de cristal que alberga un cuidado jardín de invierno, miró cómo los caballeros bebían y picoteaban mientras charlaban. Al pie de las escalinatas ocuparon sus puestos de observación, allí se concentraban muchos negociantes que hacían de espías, escuchando conversaciones. Hábilmente, Anna logró meterse en la rueda de ese laberinto enrevesado y de refinado estilo, sabiendo que alguna de las informaciones le podía servir para poder cumplir sus objetivos.

Un caballero, vestido con un impecable traje negro, hablaba con otro caballero. Anna escuchó mientras disimulaba mirando el reloj de pulsera con insistencia, como si estuviera esperando una cita que parecía retrasarse. Allí todos parecían tener grandes secretos.

Uno de los dos caballeros que parecía más mayor tenía una personalidad muy bien definida. Parecía, a simple vista, ser un hombre difícil, irritable y de una dureza que sorprendió a Anna, sobre todo cuando levantó la voz para

decirle a su interlocutor que creía estar pasando el peor momento de su vida. Y con voz firme exclamó:

—Tiene que ser esta misma noche.

Anna quería saber más y, con coquetería, se miró las piernas para ver si la costura de las medias se mantenía recta. Al instante, creyó que había cometido un error. Cuando los dos repararon en ella, sus miradas parecieron comunicarse.

En los ojos del que tenía que cumplir las órdenes se vio una mezcla de agitación y un terror que parecía dominarlo.

Un saludo inoportuno y cariñoso por parte de una señora joven, elegantemente vestida, que dudaba conocer, hizo que Anna disminuyera gradualmente su interés por aquello que le hubiera gustado escuchar, aunque ya no estaba segura de nada. Esos dos hombres le hicieron sentir, sin conocer el motivo concreto, cómo la garganta se le ponía seca, igual que si hubiera comido un puñado de sal.

Cuando, de nuevo, se encontró sola, alisó su falda para calmar su nerviosismo. Miró enseguida para cerciorarse mejor de cómo eran sus caras, por si los volvía a ver, pero los hombres habían desaparecido. Salió del hotel y empezó a caminar como una autómatas, convenciéndose de que nunca le habían impresionado los chismes, pero que esa entrometida le había hecho perder la oportunidad de enterarse de quién podía ser la víctima, quizás tan solo era una metáfora más.

Tenía que averiguar cuál era la orden que tenía que ejecutar el hombre asustado. Entró de nuevo al hotel. Empezó a sentir un extraño desasosiego. Se asomó al balcón del hall y contempló el jardín, bañado por el astro rey, que resplandecía como nunca para ella. Una tímida sonrisa acudió a sus labios.

¿Y si esa mujer entrometida que se acercó a ella en el momento justo en

el que iba a enterarse de quién se trataba, no le convenía que escuchara la conversación de aquellos dos hombres?

Anna estaba segura de que no la había visto en su vida.

Minutos después, salió de nuevo del hotel para sentir en su rostro la suave brisa de la tarde y, desilusionada por no haber averiguado nada, paseó pensativa. ¡Esa mujer! No dejaba de pensar en ella y en cuáles eran los motivos que podía tener para interrumpir lo que estaba escuchando. Quizás pudo ser una equivocación, pero ¿y si no fue solo una casualidad? Sin proponérselo, le había inducido a un estado de ansiedad que aún no comprendía.

Ya se ponía el sol y su luz. Al asomar la luna por el horizonte, tomaba suaves tonalidades que la envolvían en un suave manto imaginario. Un sudor frío empezó a resbalar por su frente mientras su sentido de la realidad le decía que lo que había oído era fruto de su imaginación.

Aquella noche, antes de subir, pidió en recepción que le sirvieran en la habitación un vaso de leche y un sándwich vegetal y que no le pasaran ninguna llamada. Quería descansar. Mientras atravesó el vestíbulo, con calma inusitada en ella, acudieron a su memoria episodios pasados que le hicieron pensar que ahora era cuando se sentía viva. Antes, allá, en su tierra natal de Mielec, siempre se sintió insignificante ante la rutina insostenible de hacer lo mismo, lo que a veces le ahogaba hasta la extenuación.

Desde hacía unos días parecía no tener tiempo para el aburrimiento, pues los acontecimientos parecían sucederse cada día a velocidad de vértigo.

De camino a su habitación, notó algo extraño al salir del ascensor y, por unos segundos, se detuvo para contemplar el lujoso y largo pasillo, con su primorosa alfombra de color azul, de repente sintió, en su cansino caminar, que aquella noche que había vivido llenó de luces y sombras su cerebro, parecían querer engullirla en ese túnel que se le antojaba era aquel pasillo, un

“túnel sin fin”.

La cabeza le empezó a dar vueltas cuando intentaba meter la llave en la cerradura. Una vez dentro de la habitación, sintió que algo extraño flotaba en el ambiente. Se sintió desfallecer. Con desgana se dejó caer encima de la cama, vestida aún con su exclusivo camisero Chanel. Se quitó los zapatos frotando un pie contra otro, como siempre, en su fricción, salieron despedidos hacia el centro de la habitación.

Ya sentada a los pies de la cama, sintió cómo sus músculos estaban cada vez más tensos, tanto que se asemejaban a las cuerdas de arco. Pero ella y solo ella sabía que había aceptado todos los riesgos, asumiendo las consecuencias que la misión conllevaba, y siempre supo que no tardaría en comenzar a tropezarse con historias y fenómenos que a veces escaparían a su comprensión.

Se incorporó y arrastró su cuerpo hasta poner su atribulada cabeza encima de la almohada. Unos minutos después, al ver que no podía descansar, de pie y frente al balcón, recreó su mirada por el jardín pensando que todos los esquemas que había previsto en su vida habían cambiado de una manera drástica y todo ese cambio se había producido desde ese día de otoño que conoció al hombre desvalido llamado Samuel Karsirski, quien, sin proponérselo, le hizo cambiar la forma de ver las cosas. Miró al cielo y este dejaba entrever una luna que jugaba al escondite con las pequeñas nubes que estaban siendo arrastradas por la brisa de la noche.

Minutos después, una camarera puso el servicio de la cena encima de una mesita en la sala contigua.

Después de ver la cena, sin probarla, se echó encima de la cama aún vestida. Al instante, se quedó profundamente dormida. De repente, al despertar, le pareció que ya era noche cerrada cuando el repiqueteo del agua empezó a lamer los cristales del balcón. Seguidamente, oyó el crujir de las

ramas de los arbustos al ser movidos por el viento. Se había levantado un vendaval, se asomó y vio tras los cristales cómo las ramas de los árboles se inclinaban hasta besar el suelo alfombrado de césped.

Con la indolencia propia de a quien le han interrumpido el sueño, cerró las cortinas. Poco después se desvistió y cubrió su cuerpo con un vaporoso camisón. Miró hacia la salita, el servicio seguía donde lo dejó la camarera. Miró la bandeja y, sin cenar, volvió a la cama. Tardó en conciliar el sueño y, cuando lo estaba consiguiendo, el ruido de un grifo abierto en el cuarto de baño hizo que se incorporase. Escuchó perpleja durante unos segundos el estrépito que hacía el chorro de agua al caer en cascada en la bañera. Se levantó cautelosa. Se dirigió al cuarto de baño. Cuando abrió la puerta, lo encontró invadido por una espesa nube de vaho, impidiendo ver su interior, notando en su piel semidesnuda ese calor húmedo que desprenden las saunas cuando le echas agua a las piedras incandescentes.

Sus ojos azules se volvieron verdes como los de los gatos. Ese fenómeno le sucedía cada vez que su cuerpo sentía miedo, pero eso no era habitual en ella.

Llamó a recepción inmediatamente. Al momento, apareció el director, que se puso a su servicio. Anna, con calma, contó lo sucedido en el cuarto de baño, pero cuando el director abrió la puerta del baño, todo estaba en orden, las paredes estaban secas y sin una sola gota de humedad.

Aquella noche ya no pudo volver a dormir. Se puso un chal por los hombros y se sentó en la salita esperando que llegara el nuevo día. Cogió una revista de moda que se encontraba en un precioso revistero y ojeó, con desgana, las ilustraciones. Le vino a la memoria la historia que sobre la suite le contó uno de esos lunes famosos, en los postres, aquella mujer extraña.

En la soledad de la noche indagó por los recovecos de su mente y pensó cómo una suite de lujo y en un hotel de primerísima categoría, no tenía un

ascensor privado. Le pareció que era del todo imposible, no podía ser que los clientes que eran llamados vip se pudieran mezclar con los demás clientes, siendo estas suites tan caras que solo las podían pagar bolsillos muy privilegiados.

Como no conseguía dormir, y antes de que su mente llenara de zozobra y tinieblas su cabeza, casi, sin querer, su mente construyó una idea sobre cómo desentrañar aquella la historia que le había contado esa misteriosa mujer, y se puso a indagar por dónde se podía encontrar la puerta de ese hipotético ascensor. Palpó las paredes como si sus ojos se encontraran en la oscuridad más absoluta. Agudizó el oído, miró dentro del armario, detrás de la cómoda, ya casi no le quedaba nada por inspeccionar y seguía sin advertir nada sospechoso.

Se sintió desilusionada, cerró los ojos y, al abrirlos, descubrió frente a ella, por primera vez, que encima de una consola del siglo XVIII había un busto de alabastro con la efigie de un emperador. Lo miró fijamente, rechazó la idea, pero sin querer levantó la mirada y en su delirio creyó que sus ojos vacíos querían decirle algo. Ante estos pensamientos, sus párpados asustados se encogieron. Con un manotazo al aire desechó los temores que estaban surgiendo en su imaginación.

Con la mente vacía de razón, miró sin querer aquella cara fría y pétreo del busto romano. En un impulso, se puso de pie como si alguien hubiera accionado un resorte de su butaca. Se dirigió al busto y penetró, como si le faltara la conciencia, dos dedos en las cuencas vacías del César. En un instante, y ante la sorpresa para ella, un lienzo de pared se abrió lentamente, escondiéndose el panel tras un tabique. Se acercó cautelosa. Frente a ella había una puerta de madera noble, ricamente tallada de cuarterones acristalados. La abrió y ante ella apareció el hueco de un ascensor sin cabina, con lo cual, se confirmaban las sospechas de la señora Laura de Steinman.



Todo era tan extraño que se atrevió a mirar de nuevo. Estaba segura, no tenía cabina, solo un hueco negro y profundo. Asustada, retrocedió al oír una voz ronca que parecía un trueno que salió de la oscuridad:

—No quiero que nadie me moleste.

Temblando, llegó al teléfono. Llamó a recepción. Minutos después, apareció de nuevo el director. Su rostro parecía hecho de cera, careciendo de expresión. Anna le indicó el hueco que había descubierto y por donde había oído una voz extraña. El director miró el sitio indicado por Anna, pero, de nuevo, le dijo que no veía nada, haciéndole creer que todo lo que le estaba pasando era fruto de su “imaginación” y salió de la habitación como había entrado, con la cara pálida y sin expresión.

—Fruto de mi imaginación —se repetía una y otra vez, sin llegar a comprender nada de lo que estaba pasando. Se acercó de nuevo y miró el hueco que estaba frente a ella. Se quedó paralizada. Esa voz, el grifo que se abrió solo en el cuarto de baño que inundó el espacio de una espesa nube caliente y pegajosa y que, además, su cuerpo sintió aquella humedad. Todo había sucedido, no estaba delirando.

Se sentía intranquila, ya empezaba a dudar de su capacidad mental, pero necesitaba descansar para, más tarde, pensar con calma y saber qué le estaba sucediendo. Pero la incertidumbre no le permitía quedarse quieta, se levantó y, como si hubiera perdido la razón, empezó a palpar de nuevo las paredes de la suite para buscar algo que le pudiera dar una pista, aunque no supiera qué. Con las manos puestas en la pared se paró un momento, le estaba dominando una locura transitoria. Se sentó mientras le vino a la memoria un suceso que aconteció en Mielec y que fue difundido en todos los diarios del país.

La noticia decía que, en la habitación de un hotel del centro de la ciudad, se había encontrado un cadáver. La víctima murió a consecuencia de una brutal paliza. No oyéndose nada, porque ni siquiera la víctima pudo pedir

auxilio al estar las paredes acolchadas. Tampoco se oyeron las voces de los atacantes, ni tampoco los lamentos del agredido. Las paredes hicieron la labor de que pareciera que en esa habitación no estaba ocurriendo nada.

Confusa por lo ocurrido, se tomó un somnífero y recostó la cabeza sobre la almohada.

## CAPÍTULO XII

### FUEGO EN EL HOTEL

Eran las cuatro de la mañana cuando sonó la alarma de incendio, Anna, aún adormilada por el somnífero ingerido horas antes, al despertar, se encontró desorientada ante la llamada contundente que alguien estaba dando a su puerta. Soñolienta, se puso la bata, que, en su torpe precipitación, cayó al suelo al abrir la puerta. Entonces pudo ver con la mirada turbia al conserje del hotel que, desde el fondo del pasillo, gritaba:

—¡Fuego!

Mientras, todos los clientes se encontraban atascados en el amplio pasillo, buscando precipitadamente una salida hacia la calle, pero Anna sintió como si algo invisible le cortase la salida. Sus pies tropezaron en la confusión, su cuerpo se arqueó hasta caer, sintió que no se podía levantar del suelo. Asustada, creyó estar atrapada por un ser invisible, pero inmensamente fuerte.

Perdió el conocimiento. Mientras, una mano firme la arrastró hacia la calle, donde todos los clientes tiritaban de frío. Anna despertó del desmayo al notar en su trasero el frío de la dura piedra al haber estado sentada en el adoquín de la acera. Miró a su alrededor, sonrió desconcertada. Nada se parecía más a una grotesca parodia de una obra de teatro que, por sí sola, podía haberse titulado: *Los ricos también pasan miedo*.

Algunos de los caballeros y clientes del hotel, al ser despertados con urgencia, vestían aún sus elegantes pijamas de seda. Otros se tapaban con los albornoces de baño que ofrecía el hotel. Algunas señoras cubrían sus hombros con lujosas estolas de visón, quedando al descubierto los bajos de sus leves camisones, haciéndose transparentes sus piernas, que al contraluz parecían cigüeñas lejos de sus nidos. Alguien se acercó a ella. Con suma cortesía le puso una capa de paño por los hombros:

—Así se sentirá mejor —pero, cuando reaccionó, miró hacia atrás, no pudiendo distinguir entre tanta gente quién era el que había tenido esa gentileza para con ella.

A su lado, una de esas señoras habituales del hotel, que más tarde supo que era una importante cantante de ópera y poetisa, enseñaba sus largas piernas por la abertura del abrigo de rico armiño. Los hombres que la miraban con disimulo sonreían al suponer que su cuerpo debía estar completamente desnudo, al observar las contracciones de sus hombros, por estar expuesta a la baja temperatura de la madrugada y, a pesar de tener muy cerca de ella el decrepito cuerpo de su acompañante, un viejo escuálido que solo sabía lloriquear, no molestándose en aliviar su frío.

No muy lejos de allí, en un pequeño jardín que había detrás del hotel, se estaba celebrando un encuentro clandestino del colectivo gay, quienes al enterarse del incendio abandonaron sus devaneos para integrarse en el espectáculo y ver a todo a un grupo de gente elegante tiritar bajo una lluvia tenue y molesta. Ante este espectáculo, comenzaron a hacer chanzas cuando reconocieron a algunos de los caballeros respetables allí presentes como “compañeros de juegos”, alguno de aquellos caballeros, antes de verse descubiertos por ese grupo y al hacerse pasar por puritanos y honorables ante sus esposas. Estaban horrorizados al saber que podía ser descubierta su doble vida y sin miramientos se parapetaban tras el personal del hotel, mezclándose entre ellos para no ser reconocidos.

La calle de la Lealtad se llenó de curiosos y envidiosos para ver cómo unos cuantos privilegiados pasaban frío. Para los que se encontraban en situaciones precarias y que nunca tuvieron nada era todo un espectáculo ver cómo tiritaban y temblaban de miedo.

Inmediatamente después, los clientes fueron llevados a un autocar de lujo y luego hasta un palacete de la calle Serrano que había sido gentilmente cedido por sus dueños, que, en esos momentos, se encontraban viajando por el extranjero.

El palacete se presentó como un edificio impresionante, de estilo afrancesado y era, seguramente, uno de los más lujosos de Madrid, manteniendo por dentro las más suntuosas salas, que aún conservaban su exquisito sabor de la época en la que fue construido. Los pasajeros del autocar, asiduos visitantes de Madrid, no le dieron importancia, pero Anna, ante el majestuoso edificio, sintió en su interior como una llamada de socorro que le hizo estremecer. Entonces tuvo miedo de sí misma al comprobar que, hasta en la luz del mediodía, era capaz de ver misterios que sin desearlo salían de su cerebro aún siendo este el órgano más impenetrable para la

ciencia, pero a ella, desde hacía poco tiempo era normal visualizar cosas extrañas que le permitían adentrarse en esa jungla donde podía ver a seres que juegan con nosotros obligándonos a hacer lo que ellos nos ordenan, y que son llamados fenómenos paranormales. Estos seres le hacían sentirse dentro de un mundo opuesto en el que siempre estuvo metida. Y ante estas sensaciones dudaba de cuál era su sitio. También le hacía dudar sobre la realidad de su futuro, también sobre el presente... y el pasado. Estos pensamientos la aterrorizaban.

Entraron todos en el majestuoso zaguán, donde seis columnas salomónicas aparecieron ante ellos bellamente decoradas con ornamentación vegetal que sostenían un precioso atrio que daba acceso a la zona noble. Al fondo arrancó una bella escalera flanqueada por dos estatuas de mármol que representaban a dos hombres atléticos portando sendos candelabros dorados. Perfilando las escaleras, una preciosa barandilla de hierro forjado con bellísimos rosetones con cabezas doradas de guerreros que invitaban a subir al primer piso.

Anna no salía de su asombro cuando, al mirar detenidamente las estatuas, le pareció ver de nuevo algo especial. En las cuencas marmoleas de aquellos ojos, al mirarlos, parecían pedirle protección. Creyó estar delirando, o quizás se estaba volviendo loca. Por segunda vez miró y, de nuevo, creyó estar viendo algo en las cuencas de uno de los ojos en una de las estatuas. Pero era imposible que pudiera estar siendo observada por los ojos de piedra y fríos de las esculturas. Sin querer, meneó la cabeza para espantar lo que creía que eran alucinaciones por los acontecimientos que acababa de vivir causados por el incendio. Pero todo lo que le estaba sucediendo para ella no tenía ninguna lógica y pensó que, quizás, podía ser la bonanza del clima a la que aún no se había acostumbrado, o quizás era cierto que había magia en todo lo que veía.

Minutos después se empezaron a diseminar hacia las habitaciones que habían sido asignadas para el grupo, situadas en el primer piso, quedando en unos minutos las bellas escaleras vacías.

El lujoso pasillo lucía las paredes enteladas con auténticas sedas traídas desde China. Los techos, según les dijo el relaciones públicas del Ritz que los acompañó, habían sido pintados con alegorías de ídolos mitológicos por los pintores más prestigiosos de la época en la que se construyó. Todo era como un sueño, sintiéndose ante tanto lujo y belleza como un pequeño guijarro de río metido en un precioso joyero.

Anna abrió la puerta de la habitación que le asignaron. Al empujar, se abrió con un estremecedor chirrido. Dentro la oscuridad era casi total. Buscó el interruptor palpando la pared. No encontró nada que pudiera iluminar la estancia.

De pronto, le pareció escuchar algo que se agitaba en la penumbra. Una brisa heladora le congeló la nariz en la tenebrosa oscuridad. Tropezó entonces con una alfombra que casi le hizo caer al estirar el brazo en un intento de alcanzar el interruptor de la luz que creyó ver cerca de un enorme armario. Antes de encender la luz, un gemido salió de su garganta cuando alguien la sujetó por los hombros, impidiéndole llegar al interruptor. Miró entre las tinieblas, la sangre pareció helarse en las venas. Era como si estuviera viviendo un sueño de los que no te gusta recordar al día siguiente. Una tenue ráfaga de luz se atrevió a entrar por el balcón. Entonces le pareció ver la silueta de un hombre alto, delgado, que parecía vestir de negro, haciéndose merecedor de aquel siniestro lugar. Su cara parecía esculpida en mármol.

Aquel hombre encendió la luz y después salió de la habitación sin decir nada. El espeso silencio que se produjo fue para Anna como una daga punzante que parecía navegar por sus venas oprimiéndole el corazón. ¿Qué hacía ella allí? Era como un grito ahogado en su garganta que le retumbaba

en la mente como martillazos, que se repetían una y otra vez en su cabeza. Un suspiro salió de su pecho.

Cuando estaba a punto de acostarse, y después de anotar en su cuaderno de campo todo lo que le había sucedido aquel día, oyó un ruido poco habitual. Se levantó sigilosa de la butaca y entreabrió la puerta de su habitación. Miró hacia el pasillo, que en esos momentos se encontraba desierto. Asombrada, pudo ver unos puntos de luz que paseaban en la oscuridad como voluptuosa luciérnagas por el largo pasillo. Cerró la puerta precipitadamente y se sentó en el sillón de nuevo. Su corazón estaba a punto de pararse, se tocó los brazos y las piernas. Todo parecía encontrarse en su sitio y creía estar viviendo una situación enigmática, que, a pesar del terror que sentía, hizo que creciera su curiosidad.

Se quitó los zapatos, encogió las piernas y quería pensar que era solo su mente soñadora, que se ha desbordado a consecuencia del fuego. Se tranquilizó y pensó que no había sucedido nada. Y mientras que se encontraba en la penumbra rosada de la alcoba, queriendo convencerse de que la visión que acababa de ver era un fenómeno ajeno a la realidad, soñó en aquella belleza de palacio.

No se había dormido aún y, ya serena, decidió acostarse, pero, en esos momentos, creyó percibir una leve respiración cerca de ella. Las venas de las sienes se le hincharon marcando su palpitación, que eran tan fuertes que se asemejaban a un caballo desbocado. En esos momentos, sabía que estaba siendo de nuevo dominada por el terror. Era incapaz de moverse del sillón donde se encontraba acurrucada, pareciendo un pajarillo despistado que acababa de estrellarse contra el cristal de una ventana.

Al día siguiente, a las tres de la mañana, pudo oírse un grito ahogado que parecía venir del pasillo. Le sobresaltó en la penumbra de la habitación, siguió sintiéndose incapaz de moverse y esperó, como si fuera un náufrago,

sobrevivir conservando una inmovilidad absoluta. Las manos le empezaron a temblar. De nuevo oyó aquel ruido. Parecía venir de un patio por el eco que produjo. No abrió la puerta, solo se quedó expectante mientras oyó aterrada cómo, en susurro, una voz de ultratumba pronunció el nombre de Eloísa con voz lastimera. El silencio fue roto por unas pisadas suaves y vacilantes.

Esa noche, y como ya se había convertido en costumbre en ella, no se acostó en la cama. Después de aquella visión no pudo dormir. Era todo tan misterioso desde que entró en ese palacio que le pareció estar viviendo una sobrecogedora pesadilla.

Por la mañana, al despertar de su letargo, y aún sentada en la butaca, percibió en la habitación un agradable olor a canela que inundaba todo el espacio, que parecía transmitirle tranquilidad. Pero su cabeza no dejaba de dar vueltas pensando en lo que había pasado aquella noche. Le pareció que todo lo sucedido pertenecía al universo de lo imposible.

En aquellas horas siniestras que vivió en su nuevo alojamiento contempló desde la ventana de su habitación cómo las estrellas corrían en tropel por el firmamento, empujadas por el viento, pareciendo, en su carrera juguetona, esparcirse por el cielo, ajenas a lo que estaba aconteciendo en aquel fabuloso palacio.

Eran las doce de la noche. Solo habían pasado dos días de su estancia en aquel misterioso palacio. De repente, se oyó una campanilla, el sonido era muy parecido al de la campanilla que usan los serenos para decir que se encuentran cerca de la persona que lo llama. Este ruido fue seguido por una voz ronca, seca, como una rama tronchada por el viento, que seguramente era producida por la continua inhalación de humo de tabaco.

Todos los ocupantes del palacio escucharon expectantes tras las puertas...

Esa voz que se oía por el hueco de las escaleras pertenecía a un



mayordomo que vestía de negro como un cuervo. Llamaba solemnemente para comunicar que, desde ese momento, se había instalado una centralita para recoger las demandas que necesitasen durante la noche. Añadió que habría un hombre de vigilancia toda la noche. Cuando esa voz dejó de oírse, todos se tranquilizaron.

Anna, en su soledad, pensó aterrada en la muerte del nazi que ella provocó. Esta evocación torturaba su mente una y otra vez, dejándola exhausta, pues cuando le venía a la memoria lo acontecido, le restaba tranquilidad, haciéndose más vulnerable.

En aquel momento, el suelo de la habitación vibró acompañado de un ruido sordo. Después llegó el silencio. Se estremeció en la penumbra de la habitación, creyó encontrarse en el lugar al que Dante dedicó su *Infierno*. O quizás, no se había dado cuenta y estaba muerta y por esa razón se encontraba luchando contra la oscuridad, intentando encontrar una puerta de salida, al menos hacia el Purgatorio.

Esperando la llegada del día se quedó profundamente dormida. Sus sueños se sucedieron uno tras otro hasta parecer ver proyectado en su cabecero de la cama un trémulo resplandor rojizo donde dos hombres conjugaban las orgías de sangre con la codicia y la violencia salvaje. Cuando despertó era media mañana. Notaba en su garganta la acidez de la bilis. Precipitadamente, se acercó al majestuoso armario de caoba. Lo abrió como una autómatas. Sorprendida, vio un pantalón negro y un suéter color cereza. Sin pensarlo dos veces se vistió, se calzó los cómodos zapatos que había llevado puestos el día en que todos los hospedados del hotel tuvieron que salir con precipitación y salió de aquel palacio. Quería escapar de todo aquello. No quiso saber quién había puesto esa ropa en el armario.

Al salir, miró al cielo y hasta en la luz del mediodía era capaz de ver misterios, creyó estar entre dos mundos opuestos en los que ella se

encontraba perdida.

Su intención era dar un corto paseo por los alrededores del palacio, pero su mente se encontraba trastornada. Estaba sola. Caminando perdió la noción del tiempo. Esos pensamientos le habían producido una gran inquietud. Anduvo sin rumbo y no comió nada en todo el día. El estómago aún lo sentía revuelto.

En la calle se confundía con la gente que salía a divertirse. Ya empezaba a anochecer, las cafeterías por las que pasaba empezaban a llenarse de jóvenes que parecían tener ganas de evadirse, expansionarse. Era sábado y los sábados eran días para olvidar el duro trabajo de la semana.

Sus pasos, con el atardecer, y sin querer, la adentraron en el paseo de Recoletos. Unos mozalbetes jugaban haciendo gamberradas entre sí. Ella caminaba lentamente como si las piernas no fueran suyas. Una suave brisa empezó a mecer las copas de los árboles. No sabía a dónde ir, no había comido bocado desde que desayunó, pero seguía sin tener hambre, solo quería despejar su cabeza y ahuyentar los demonios que sentía cómo la atormentan cada vez más.

Se sentó en un banco. Por unos momentos se distrajo mirando cómo las madres regresaban a sus casas con sus hijos de la mano después de una tarde en el parque. Era la hora de la cena. Se quedó un rato más, un perro se le acercó lamiendo su mano que descansaba indolente en su regazo. Lo miró. La mirada compasiva del animal le hizo pensar que debía pensar en una nueva estrategia a seguir, a pesar de ponerse cada día todo más difícil para ella.

Una sombra alargada se antepuso entre una farola y ella. Levantó la vista y, de nuevo, un hombre vestido de negro le regaló una sonrisa. Anna lo miró. Al instante, el hombre desapareció caminando a grandes zancadas. Después de un rato de reflexión, miró a su alrededor, dándole la sensación de que el entorno del jardín estaba poseído por esa cualidad que solo los grandes

espacios tienen, como el de amplificar las emociones que se producen al estar en soledad. No tenía fuerzas para levantarse de aquel banco. Se encontraba presa de los acontecimientos y con la inquietud de no haber resuelto las dudas que le corroían.

No supo la razón, pero desde que llegó a Madrid se sentía observada. Pero ¿por quién? Las calles por las que caminaba siempre se encontraban llenas de gente. Nunca podría averiguar quién la seguía. De pronto, una pareja joven, al pasar junto a ella, le preguntaron:

—¿Está lejos de aquí la Gran Vía?

Nerviosa, contestó:

—No. Solo tienen que atravesar esa calle —indicando con el dedo índice—. Enseguida se encontrarán en ella.

La joven, en agradecimiento por la información, le dio un beso en la mejilla. Él hizo una inclinación de cabeza. Cuando quiso reaccionar ante el estupor, los dos, en un instante, habían desaparecido ya de su vista. ¿Pero cómo pudo decirles que se encontraban cerca de la Gran Vía si en esos momentos ella misma no sabía dónde se encontraba?

De nuevo regresó al palacio y ya en su habitación se puso ante el escritorio y en una hoja de su cuaderno empezó a anotar lo acontecido en aquel día. Su corazón parecía vacilar al escribir aquellas anotaciones.

Por la mañana, y cuando se encontraba metida en la bañera con la mente en blanco, una voz por megáfono interrumpió sus cavilaciones. Los desayunos estaban dispuestos en el salón del entresuelo, se citaba a todos para las nueve y media, rogando que no se demorasen.

Todos se presentaron puntuales en el comedor. Un cáterin les esperaba con todo dispuesto, ya que el fabuloso palacio carecía de cocina al preferir los propietarios ser servidos por un restaurante y así evitar el deterioro de tapices y alfombras, también para que los ricos frescos de los techos no acusaran el

menor desperfecto por ninguna causa.

Cuando Anna se dirigió al comedor, y al pasar por una de las habitaciones que daban al pasillo, vio cómo una puerta se abrió parcialmente al pasar, dejando una rendija suficientemente grande. Miró por ella hacia dentro y vio cómo una lámpara se encontraba oscilante mientras se encendía y se apagaba, desprendiendo, al mismo tiempo, una luz tenue. Curiosa, dio unos pasos hasta encontrarse dentro de la habitación. Miró todo con sigilo. Dentro de aquella habitación se veía todo tenebroso, pero, a pesar de aquella penumbra, pudo ver la belleza de aquellas paredes enteladas de color granate, que debieron ser en su tiempo suntuosas y que en esos momentos se podían ver ajadas y deshilachadas por el tiempo. Se adentró un poco más con pasos inseguros. Vio otra lámpara de cristal y, encima de una pequeña mesa, un libro abierto que parecía mecerse al son de cada paso que daba. La madera del piso crujía lastimera bajo sus pies con un quejido aterrador. Una vez en medio de aquella habitación no supo qué hacer, si salir corriendo de allí o admirar un óleo de una mujer hermosa que parecía mirarla con ojos inquisitivos. Todo era tan extraño. A ella que siempre le gustó saber qué le estaba sucediendo. Pero era todo tan increíble. Tampoco podía decir nada a nadie de lo que estaba viviendo en aquella habitación, pues sabía que la llamarían entrometida. Ella sabía que se había metido en una estancia privada.

Salió de allí como un furtivo a punto de ser descubierto. Bajó las escaleras para dirigirse al entresuelo, donde estaba el comedor. Miró a su alrededor, ya se encontraban todos sentados ante una larga mesa cubierta con un rico mantel blanco adamascado. En el fondo, otra mesa improvisada hecha con un tablero, unas burrillas y tapada con un rico mantel azul celeste. Se encontraba expuesto allí un sabroso y abundante bufet. Cogió un plato y, después de elegir su menú, buscó con la mirada un sitio donde sentarse. Al

arrastrar la silla hacia la mesa, todas las miradas se posaron en ella. Se extrañó. De pronto, la perplejidad se posó en su cara, todos los allí presentes tenían las mismas ojeras y lucían una extremada palidez, como de haber pasado la noche en duermevela.

No había soñado, ahora estaba segura de no haber tenido alucinaciones. Ese palacio estaba “encantado”.

Durante el desayuno, algunos de los comensales comenzaron a comentar las cosas extrañas que les habían sucedido aquella noche, pero la voz del metre, con suma habilidad, los interrumpió diciéndoles que, al término del desayuno, podían pasar, todo aquel al que le apeteciera, a pasear por el jardín, aprovechando el buen tiempo reinante y a la espera de que les llevaran ropas por gentileza de una boutique hasta recuperar sus equipajes que se encontraban en el Ritz. Mientras hablaba, frotaba sus manos amarillentas y viscosas.

Nadie dijo nada ante la interrupción, provocando que se miraran unos a otros en un espeso silencio.

Aquella noche, ya en su habitación y después de vivir tanto sobresalto, tampoco pudo dormir. Parecía que el sueño, desde que se encontraba en Madrid, la había abandonado. Por la mañana, la pálida luz matinal se filtraba por la puerta del balcón, proyectando sombras borrosas y cambiantes, presagiando un día tormentoso. Anna, aún en la cama, no se atrevió a levantarse. Era fascinante cómo el miedo podía inhibir el espíritu, pues le pareció ver una sombra en movimiento tras la gruesa cortina del balcón. El espectro del nazi volvía, una y otra vez, a su trémula memoria.

De un salto se puso en pie, encendió todas las luces: las del improvisado cuarto de baño y las de la alcoba, y con todas las luces encendidas entró en el cuarto de baño como una exhalación. Se miró y cuando vio su pálida cara reflejada en el espejo, vio aterrada que habían cambiado sus facciones.

Después de unos instantes de intensa confusión en su cabeza se miró de nuevo, y ahora se sorprendió al ver en su mirada esa valentía que, por unos momentos, creía que le había abandonado, pero de nuevo sintió en ella ese valor que en Mielec se le metió en el cuerpo con la misma virulencia, como si le diera ánimos para seguir haciendo lo que ella creía que era lo correcto.

En su mente, y mientras se cepillaba los dientes, se miró de nuevo al espejo. Aún agitada pensó fríamente que el asesinato requería mucha pasión y agallas.

Se vistió y caminó por las calles del centro madrileño, sin rumbo. De repente, recordó aquella conversación que escuchó una tarde después de la famosa comida de los lunes, y que en su memoria quedó grabada perfectamente una dirección que era importante para ella. No obstante, ya estaba enterada de dónde tenían el despacho y, además, creía tener una buena informadora, Laura Steinman, que siempre parecía estar dispuesta a que le contara todo lo que pasaba en ese mundillo donde solo reinaba la hipocresía. Pero Laura ignoraba lo que ella estaba tramando.

Esa noche, y a pesar de haber caminado toda la mañana y la tarde por el paseo de Recoletos, la calle de Alcalá y admirar el bello palacio de Linares, no pudo dormir. Sus visiones fueron evanescentes, a veces transparentes, tanto que creía estar viviendo la realidad. Mientras, sentía cómo estos sueños cada día que pasaba eran más tortuosos, y lo que más le enardecía era que le parecían convincentes. Al despertar, a veces se revelaba al sentirse confusa por no poder discernir la realidad del presente.

En un taxi llegó a la calle Monteras nº 254. Subió decidida al piso 2º, donde le habían informado que tenía el despacho el cabecilla de algo que para ella podía ser una conspiración contra los judíos que vivían en España. Ya en el segundo piso se encontró con una puerta de grandes dimensiones abierta de par en par, donde, desde su portal, se podía apreciar una enorme nave diáfana

que ocupaba toda la planta. Parecía sumida en un total desorden, cajas amontonadas de cualquier manera, cartones esparcidos por el suelo que, en apariencia, parecían estar esperando ser arrojadas a la basura.

Dos hombres jóvenes con aspecto rudo y de ancho esqueleto fumaban despreocupados sendos cigarrillos de tabaco barato mientras se entretenían mirando las volutas de humo, como si fuera lo más importante que hacer mientras se difuminaban por la nave, esparciendo un asqueroso olor a cloaca. Sus caras huesudas delataban que no estaban bien alimentados.

Anna se hizo ver dando una voz:

—¿Hay alguien aquí?

Los hombres salieron de su letargo mientras miraron a una mujer joven y elegante que les dijo:

—¡Quiero ver a vuestro jefe!

Los dos se miraron. De repente, parecían intranquilos. Uno de ellos dejó caer el cigarrillo al suelo, pisándolo con rabia. Su boca se torció con una mueca de desagrado. Mientras, el otro individuo contestó, con amabilidad disimulada, que ellos no conocían al jefe y que solo estaban allí para poner todas las cajas en una camioneta, mientras, señaló unas cuantas de ellas apiladas, que estaban marcadas con una “S” de color negro en el frontal.

—Estas ya están preparadas para ser repartidas —dijo el que se había quedado allí.

—A las ocho de la tarde está previsto que otros mozos vengan a recogerlas para distribuir las.

—Nosotros solo las apilamos según vienen llegando y les ponemos una letra.

Anna, con voz dulce que el hombre no creyó, dijo:

—Pues ¿a dónde se las llevan?

—Eso no lo sabemos —dijo el más alto, que apareció después de haber

estado unos minutos ausente haciendo un gesto que desconcertó a Anna.

Los dos se miraron como si les hubieran pillado cometiendo una falta grave y fueran los únicos cómplices.

—Aquí solo se recogen los envíos que llegan de Alemania.

Anna, como si la noticia no le hubiera sorprendido, se sentó en una de las cajas y simuló que se encontraba mareada.

—¿Le sucede algo? —dijo seco el más alto con nariz de picaporte.

—Agua, por favor, necesito un vaso de agua —dijo fingiendo una voz casi agónica.

Los dos hombres desaparecieron tras una pila de tablones. Anna miró. En uno de ellos estaba grabada la cruz gamada en uno de sus laterales. Al quedarse sola, se puso a mirar apresuradamente el resto de las cajas. Tenía que darse prisa y saber cuál era su contenido, no podía predecir el tiempo que esos hombres podían tardar en llevarle el vaso de agua.

Después de esperar un cuarto de hora, la tardanza de los hombres la inquietó de tal manera que, sin querer, tropezó con una caja que se encontraba sin precinto. De pronto, un ruido hizo que se pusiera en alerta. Era un gato hambriento que empezaba a olisquear el contenido de la caja. Abrió la solapa que se encontraba despegada y, sorprendida, vio que su contenido era de artículos comestibles. Sacó una lata y era de una marca del mejor paté, todo lo que contenían las cajas era comida de contrabando, alimentos de lujo para los retoños de los nazis, y esto estaba sucediendo cuando en España aún había escasez de los alimentos básicos. Pero abrió otra caja con una lima que llevaba en el bolso. No podía salir de allí sin saber qué había en las otras cajas. Ya no tenía dudas, eran trozos de cerdo envasado al vacío. Abrió otra y otra. Allí había para dar de comer en un banquete a veinte familias. Enseguida supo que aquellos hombres no le llevarían nunca el vaso de agua.

Salió apresurada del improvisado almacén, bajó las escaleras de dos en



dos. Al llegar a la puerta de la calle, sorprendida, la encontró cerrada. Intentó abrirla, pero estaba atrancada por fuera. Había caído en una trampa. Una voz desde fuera le hizo reaccionar cuando pronunció su nombre, pero, aterrada, no se atrevió a contestar porque podía ser parte de aquella encerrona, pero la voz insistió.

—No hay tiempo que perder, soy amigo, un buen amigo. No se mueva de la puerta, ahora la saco de ahí.

Anna, aunque su anhelo era solo salir de allí cuanto antes, tenía sus dudas.

Minutos después se encontraba en la calle. Su cara pálida denotaba la angustia vivida, el amigo improvisado le ofreció su coche para llevarla al hotel. Se resistió a subir, ya que no lo conocía. Ella no tenía amigos en Madrid, pero en esos momentos dos coches pararon ante la puerta de aquella casa, haciendo sonar sus frenos con chirrido alarmante. El galante salvador y Anna contemplaron la escena con perplejidad. Cuatro hombres salieron de los dos coches precipitadamente, abrieron la puerta de la casa por donde minutos antes había salido Anna. Entraron atropelladamente, minutos después se metieron de nuevo en los coches con cara de satisfacción. Uno de ellos dijo en voz alta al compañero que se había quedado fuera:

—Ha sido una falsa alarma, no falta nada —y los coches salieron raudos hacia su destino.

Aquella misma noche, ya bien entrada la madrugada y en la oscuridad, los hombres de un tal Cohen sacaban las cajas del improvisado almacén para repartirlas en los barrios más desfavorecidos. Quizás no tardaría mucho en saber que en Madrid tenía un ángel de la guarda.

Anna, al día siguiente, sonrió mientras paseaba por la Gran Vía pensando en las mujeres de los nazis, que tendrían que esperar un nuevo pedido para poder agasajar a sus tragones amigos en sus fabulosas fiestas.

Dos días después, cuando se encontraba desayunando en el comedor del lujoso palacio, oyó con satisfacción un comentario a tres jóvenes, que, por su apariencia, parecían ser nazis. Estos comentaban que unos comunistas les habían robado la intendencia que les habían enviado desde Argentina. Coqueta, se miró sus impecables uñas pintadas de rojo y se limpió la boca con la fina servilleta.

Después del desayuno, todos se adentraron en el hermoso jardín. Era un día espléndido, el jardín de forma irregular se encontraba bellamente ornamentado con estatuas que representaban a personajes de la mitología griega. Se sentó en el banquito de un bonito estanque poblado de peces que parecían estar puestos para hacer más placenteras las tardes de estío.

Antes de la hora de la comida fueron llamados para que acudieran todos a uno de los salones. Cuando entraron, lo hicieron en una espléndida sala decorada con magníficas pinturas en las paredes, en la bóveda del techo de madera policromada. Al admirar aquella belleza, creyó estar soñando, obviando que allí les esperaba una larga percha que mostraba ropas variadas de las mejores modistas por cortesía del hotel, al no haber podido sacar, por la precipitación, sus pertenencias de las habitaciones, no pudiendo volver a ellas hasta nueva orden de los peritos. Todas fueron eligiendo, con aceptación, la colección allí exhibida. Solo hubo una nota discordante, que fue protagonizada por la cantante de ópera, que, al no estar la ropa a la altura, según dijo, de su categoría, prefería seguir vestida con su abrigo de Chinchilla. Esto hizo provocar un murmullo colectivo.

Para Anna, escucharla fue una de las muchas extravagancias que suponía que provocaba la diva habitualmente. No parecía una mujer real, sino arrancada de un libreto de tragicomedia, pero con las perspectivas cambiadas. Sin duda, era una diva descerebrada.

El tercer día de su estancia en el palacio, en el jardín, a las once de la

mañana, la temperatura era suave. Ligeras nubes cruzaban el cielo por encima de la espesura de los bellos árboles ornamentales. Allí, por primera vez, se sintió feliz y rechazó la idea de salir de compras, como hacía cada día desde que llegó a Madrid. En esos momentos, y allí mismo, le pareció que estaba en un lugar donde se podía sacar partido a sus propósitos (estaban casi todos los que tenían que estar, atrapados como ella).

Recorrió el jardín sintiendo que alguien la acompañaba en su paseo, pero no había nadie a su lado. En el silencio, oyó el ruido que hacían los pasos cuando caminan inseguros rozando la gravilla de la vereda. En lugar de asustarse al oír ese ruido, se puso alerta. Esto hizo que se le despejara la cabeza, avisándola como si algo mucho más importante ocupara su cerebro. Levantó la mirada y algo extraño le pareció ver esconderse tras un árbol. No sabía qué era en realidad, pero ya no dudaba de que necesitaba un tranquilizante urgentemente, aunque también pudiera ser una mala pasada de su subconsciente, ya que se encontraba muy estresada al estar viviendo algo muy diferente a lo que ella esperaba. Eran demasiados los acontecimientos extraños sucedidos en los últimos días.

Al despertar de su letargo, se tocó el trasero y notó que el pantalón estaba húmedo por haber estado sentada en el borde del estanque. Una suave sonrisa brotó de sus labios. El viento, mimoso, empezó a suspirar entre los árboles. Cuando miró a lo alto para ver cómo se mecían sus hojas en las copas le pareció ver en una de las ramas el rostro difuminado de Samuel, que parecía sonreírle. Con nerviosismo, y sin saber qué hacer, ni cómo reaccionar, se distrajo por unos momentos, apartándose un mechón de pelo que le caía sobre la frente, y pensó:

—Esto no puede ser verdad —y al recordar su historia reciente, sintió en las piernas la sensación de como si hubiera sumergido los pies en cemento.

Otra noche más tenía que pasar en aquel palacio. Curiosamente para ella,

aquella no fue nada traumática como fueron las anteriores noches. Ahora los murmullos que se oían en el corredor le parecieron razonables, quizás todo se debía a que habían invadido la propiedad privada de unos seres nada comunes, pues ella siempre creyó que la vida no acaba con la muerte, y que esta continuaba en un mundo espiritual. Por esa razón, supuso que los antiguos moradores de aquel palacio protestaban de la única manera que podían al ser perturbados por unos intrusos. No supo la razón de por qué aquella noche durmió tanto, pues no recordaba el haber descansado una noche entera tan plácidamente desde el día en que conoció a Samuel.

Después de un paréntesis de unas semanas de no acudir a ninguna fiesta, Anna volvió a trasnochar, muy a su pesar. Aquella noche parecía más animada que de costumbre. Su entrada en el salón del Palace fue triunfante, como siempre. En esta ocasión, lucía una falda plisada en holganza de color marrón claro y una blusa de satén con escote bañera color vainilla. Como era su costumbre, se encaramó en unos zapatos de tacón alto. Paseó sin prisas su mirada, prodigando sonrisas, saludando aquí y allá. Todos los hombres la miraron. Aquella noche se encontraba llena de vitalidad, cogió la copa que le ofrecía el camarero y se apoyó con coquetería en el quicio de la puerta del balcón, desde donde contemplaba a los bailarines y donde comenzó a dar pequeños sorbos a su copa de Jerez.

Un joven se acercó a ella. Tenía la cara angulosa, unos ojos de color miel, su pelo era castaño claro, de estatura media y aparentaba unos treinta y pocos años. Se acercó, se puso a su lado. Anna lo miró, lo que él agradeció con una leve inclinación de cabeza a modo de saludo.

—¿Se encuentra usted bien? Una mujer tan hermosa tendría que estar bailando —Anna apuró su copa, era evidente que aquel hombre quería entablar conversación con ella, porque se encontraba cómodo a su lado.

En los salones de baile, los músicos tocaban un bugui-bugui, muy de

moda en Norteamérica.

No supo cómo sucedió. Aquel joven la enlazó por la cintura y, de repente, se vio en medio del salón bailando con él, dejándose llevar por el son enloquecido de la alegre melodía. De repente, el salón se llenó de bailarines dispuestos a embriagarse, todos unidos por la música. Cuando hubo terminado la pieza, como si fueran dos amigos de siempre, él le dijo:

—¿Cuáles son tus proyectos para mañana? ¿Puedo entrar en ellos?

Anna lo miró despacio. Por unos momentos, él se inquietó.

En aquel momento, al joven le pareció que el corazón le flotaba entre notas de violines.

Y después de unos momentos que parecieron siglos de vacilación, los labios de Anna dijeron:

—Estaré encantada, aquí conozco poca gente aún —y abriendo el abanico, lo movió con la misma gracia de una española, al mismo tiempo que entornaba los ojos al dirigir su mirada hacia él.

Hablaron de muchas cosas que a Anna le parecieron monótonas. Por fin, la conversación, después de media hora perdida, se centró en la más bonita isla del Caribe, Cuba, tan solo sabía algo por lo que había oído hablar de ella en las fiestas a las que solía acudir. Y que era donde algunos aprovechaban para hacer negocios redondos, estraperleando con el azúcar y las maderas. Los intrépidos comerciantes sabían cómo arriesgarlo todo para burlar a la justicia. Pero ese era el momento ideal para hacer dinero. Algunos se comparaban con aquellos que surcaban los mares para traer a España, desde las colonias, toda clase de mercancías, haciendo así grandes fortunas porque se estaba forjando una nueva forma de vida.

Se sentaron para descansar, desde allí se podía ver a casi todos los bailarines.

—Yo adoro el riesgo —dijo de repente el improvisado acompañante,

como si la historia de España le importara un pimiento.

—¿Tú no? Quizás pueda ser que, como eres mujer, estas inquietudes no te van.

Anna no escuchaba nada de lo que lo que el joven decía.

—También adoro la aventura —y siguió hablando con entusiasmo, como si estuviera escuchándose a sí mismo.

—Quizás no esté muy lejano el día en que emprenda ese viaje soñado. Me gustaría —dijo con voz segura— que esta aventura fuera por tierras extrañas, esas de las que ofrecen muchas sorpresas.

Anna, al mirarlo, pensó que con aquel imberbe estaba perdiendo el tiempo; pero antes de despedirse de él, el muchacho dijo algo que le hizo pensar:

—Mi padre me comentó anoche que cualquier día nos vamos a América.

Con una excusa estúpida se alejó de él. Aquel comentario le había puesto en alerta. Seguro que estos nazis venidos a España se estaban poniendo de acuerdo para buscar mejor cobijo en otras tierras. Tenía que empezar cuanto antes la tarea que había venido a hacer.

Pero se paró en seco al oírle decir:

—Mi padre dijo anoche, mientras cenábamos, que prefiere vivir en América. ¿Sabes?

Alguien se acercó a ellos, Anna ignoró de quién se trataba, no lo había visto en ninguna otra parte y estaba segura de ser muy observadora. La mirada del hombre se posó en su bolso, que colgaba con desgana en el respaldo de la silla. El hombre, al acercarse a Anna, confesó:

—No puedo evitarlo —dijo a modo de saludo—. Disculpe —y señaló el bolso—. Soy diseñador para un modisto español que muy pronto dará mucho que hablar. ¿Me permite? Este diseño es inglés, ¿verdad? —dijo mientras cogía en sus manos el bolso. Anna no salía de su asombro. Mientras, lo miró

con desconfianza. Pero ella no se percató de que, en unos segundos, y con la precisión de un profesional del engaño, metió una nota dentro de su bolso.

Poco después, aquel intruso pidió disculpas y se alejó poniendo el pretexto de tener que saludar a unos amigos. Y con andares afeminados se dirigió hacia un grupo heterogéneo que parecía contento de verlo. Anna, más tarde, rastreó el salón con la mirada, pero aquel hombre parecía haberse esfumado.

Se dirigió al aseo de señoras para atusar su melena. Al abrir el bolso, y para coger la barra de labios, vio que dentro había un trocito de papel. Era casi insignificante, pero antes de leerlo se puso en alerta. Entró en el pequeño habitáculo del wáter, cogió la nota que decía con letra casi milimétrica:

*“El hombre con el que has estado bailando hace unos momentos es uno de los que andas buscando. Su padre fue uno de los mayores sanguinarios para los judíos. ¡Cuidado con el “niño”, él también es peligroso! Por si no lo sabes, su padre es el que luce una pajarita de color granate, el traje es de color gris marengo. Este sujeto desde que lo vi entrar en el salón me pareció sospechoso, pues, antes de tu llegada, se encontraba fumando con el codo apoyado en la barandilla del balcón. Parecía esperar a alguien hasta que te vio llegar, dándome la sensación de que era a ti a la que esperaba. Creo que está haciendo averiguaciones sobre ti”.*

Anna, confusa, rompió la nota en mil pedazos. La lanzó al wáter y tiró de la cadena, no moviéndose de allí hasta que el papel había desaparecido bajo las aguas de la cisterna.

Ya más tranquila, salió de nuevo al salón, buscó a su joven acompañante. No lo vio y dejó pasar el tiempo. Se acercó a uno de los camareros que paseaba su bandeja con bebidas para los invitados. Cogió una copa de coctel, la bebió a pequeños sorbos, ya no le importa el personaje con el que había pasado parte de la velada. Ahora buscaba con la mirada para ver

si descubría el personaje de la pajarita. No lo vio por ninguna parte y salió, poco después, de la fiesta, preocupada. En la puerta, encendió un cigarrillo mientras esperaba el coche que la llevara de vuelta al palacio que había sido cedido al hotel Ritz, donde estaba provisionalmente hospedada. Los pies le dolían como nunca, pero, al pensar en aquella nota, no supo dilucidar si lo que más le dolía era la cabeza.

Despidió al chofer y entró de nuevo en la fiesta. No podía irse a la cama sin antes averiguar quién era el dueño de aquella pajarita. De nuevo, se encontró en el salón, después de saber por la descripción que le pusieron en aquella pequeña nota del personaje que le dijo ser modisto, pero ¿por qué lo hizo? ¿Acaso la conocía? No sería un aviso para que reconociese a la persona que la estaba vigilando.

Anna supo poco después, por una conversación que escuchó, que era un peligroso aventurero. Cuando se dirigió hacia uno de los sillones que había en una sala contigua para descansar, un camarero se acercó a ella y le entregó una nota que decía:

—Anna, sería un placer para mí poder concertar una cita para mañana por la tarde.

En la nota también le pedía merendar con él en el hotel Palace. Miró hacia donde había dicho el camarero que estaba el caballero. Allí no había nadie del que pudiera sospechar que fuera suya la nota. Todas eran señoras. Leyó de nuevo la nota. Pero... ¡si era la tarde de ese mismo día! Y ya eran las cuatro de la mañana. De nuevo no podía pensar, guardó la nota en el bolso. Regresó al palacio casi al amanecer y después de tomar una manzanilla, se acostó no sin antes dar vueltas a la cabeza. ¿Quién era ese diseñador que le advirtió de un peligro?

Por la tarde, y a la hora concertada, Anna se presentó a aquella cita a ciegas en el hotel Palace. Estaba preparada para recibir una sorpresa que



podía ser desagradable. Al entrar, y en recepción, alguien se le acercó y le dijo:

—Hola —a modo de saludo.

Ella lo miró. Al hacerlo, su cuerpo estaba tenso, dando la sensación de que se había tragado una estaca.

El hombre clavó su mirada en ella como el que mira una pieza de caza muy valiosa.

—¿Me he retrasado mucho? Disculpe, me ha surgido un imprevisto que no podía eludir.

—En absoluto —contestó— no tiene nada de qué disculparse. Acabo de llegar.

Poco después tomaron asiento en un apartado rincón de la cafetería. Entonces, él le dijo:

—Quería verte porque el día 12 hay un baile en el Club de Campo Puerta de Hierro y estaría encantado de que aceptara acompañarme.

¿Pero qué estaba pasando? ¿Es que en Madrid la gente no sabía salir de ese club? Anna se sintió halagada por la invitación y, al mismo tiempo, notó un pellizco en la boca del estómago. Aquella cita podía ser muy peligrosa, pero era la oportunidad que buscaba desde que llegó a Madrid.

—La verdad —dijo fingiendo no estar muy segura de poder aceptar la invitación— es que no sabría qué ponerme, es todo tan nuevo para mí. He oído por ahí que las mujeres españolas, en algunas de sus fiestas, suelen llevar flores en el pelo.

—Qué va, creo que te han informado mal, solo se adornan el cabello con flores naturales cuando asisten a una corrida de toros.

Y después de una distendida conversación, habló Anna:

—Me gustaría que me informases de cómo es eso.

Mientras, sus ojos azules empezaron a jugar con los de él. A pesar de

saber que para ella la diversión, solo tenía un objetivo, que era el de llevarla a cumplir con sus objetivos.

Un día antes de la fiesta del club Puerta de Hierro, se encontraba dando un largo paseo por el parque del Retiro. Mientras tanto, para distraer la mente, decidió hacer una lista con la ropa que tenía que reponer después del incendio. Iría de compras a la mañana siguiente.

Pero cuando regresó aquella misma tarde, se puso ante el armario de caoba adornado con delicadas flores en marquetería. Buscó un sitio donde poner la ropa que había encargado a un modisto, aunque este no le había dado una fecha concreta para hacer su entrega. Cuando desplegó el armario, abrió también sus ojos de par en par, encontrándose con el dilema de qué elegir entre las pocas pertenencias que tenía para ponerse aquella noche para bajar al comedor, pero encima de una de las butacas de la recámara había una caja. Sorprendida, la abrió. En ella había un elegante vestido de noche y un conjunto de tarde. Sonó el teléfono, lo descolgó llena de preocupación. Una voz misteriosa, al otro lado, le dijo:

—Ten cuidado. Esta mañana, y ante mis propios ojos, vi a cuatro hombres de aspecto atlético, cintura estrecha... Te llamo porque, por su aspecto, me han parecido mercenarios. Hablaban un portugués un tanto enrevesado, pero lo suficientemente claro para no dudar de que no eran portugueses de origen. También pude oír, por casualidad, lo que decían gracias a mi buen oído. Por lo visto, andaban buscando a un topo que se suponía estaba infiltrado entre el grupo de alemanes, y lo peor de todo es que buscan a una mujer.

Anna no sabía a qué atenerse con tantas advertencias de un personaje que era desconocido. Ella estaba enterada de que por los mentideros se decía, por algunos comentarios de la calle, que el incendio del Ritz había sido un sabotaje para saber quiénes eran los clientes que se hospedaban en esos

momentos en el hotel.

Estos comentarios, cuando los escuchó, no hicieron más que intranquilizarla. ¿Y si todo había sido por su culpa?

Anna no supo qué contestar y colgó sin más a aquel desconocido. Se puso ante el espejo y se dio un toque de color a sus mejillas. No quería que nadie notara su preocupación. El hombre, que parecía esperar alguna contestación, después de un rato de silencio por parte de Anna, colgó en silencio. Y Anna notó, mientras hablaba tras el hilo telefónico, que los latidos de su corazón parecían desbocados. Anna, al no hacer ningún comentario, creyó haber dejado al informante en un estado de desasosiego total. Poco después, enfundó su cuerpo con un elegante vestido de color fucsia, escotado por la espalda, calzó unos zapatos de aguja negros. El pelo lo cepilló, dejándolo suelto para disimular mejor su estado de ánimo. De la sien le caía un suave bucle, dando aún más atractivo a su cara. Y al ver de nuevo su figura reflejada en el espejo, quedó satisfecha. Así ataviada, decidió salir a cenar a un lugar de moda.

En una caja de sombreros, camuflada, guardaba un arma. La cogió y se la escondió entre los pliegues de la falda del vestido y la sofisticada banda de raso que lo adornaba. Era la primera vez que se atrevía a llevar un arma para sentirse segura. Las cartas estaban echadas para ella. Cuando decidió salir aquella noche a la calle tenía la sensación de que afuera había una guerra que ella, en solitario, tenía que ganar, aunque la contienda le costara la vida.

De regreso, y ya al amanecer y después de haber pasado una velada para ella muy jugosa, al pasar camino de las escaleras, un conserje se acercó a ella. Le entregó un mensaje. Al recogerlo, su rostro se crispó en una especie de zozobra que le llenó la cabeza de tinieblas.

Cuando ya se encontraba a punto de entrar en su habitación de nuevo, el conserje la reclamó desde el otro extremo del pasillo:

—Señorita, alguien la espera al otro lado del teléfono.

Se paró en seco. ¿Acaso era verdad que estaba siendo observada? Quizás su misión podía encontrarse en peligro.

El conserje le dio el teléfono:

—Sí —contestó disimulando una seguridad de la que en esos momentos carecía.

Una voz calmada le preguntó:

—¿Qué hace usted en España?

Anna no contestó nada. Después, ella colgó el teléfono.

El sol del amanecer, burlón, iluminaba con claridad velada el jardín, haciendo penetrar sus débiles rayos en la lujosa habitación.

Aquella noche, miró con detenimiento aquella habitación, haciéndole vivir como nunca un torbellino de lujo y desafíos, pero, al mismo tiempo, le hizo creer que se encontraba en una especie de oscuro laberinto, sintiendo que no tenía luz que la guiara.

Por la mañana, y aún con la resaca de una muy larga noche, a las diez de la mañana ya había empezado para ella de nuevo la vida ajetreada en un mundo frívolo, donde se confunden las necesidades con las apariencias y los privilegios de una vida desordenada que es aprovechada por los que tienen falta de escrúpulos, hundiéndose como parásitos en la piel de la sociedad; una sociedad que solo quiere trabajar para poder resurgir de entre las cenizas.

No sabía cómo cada día la bandeja de encima del escritorio se llenaba de invitaciones para asistir a las fiestas más elegantes, cócteles, cafés de media tarde... Dos días después, de nuevo, se encontraba en otra de esas fiestas, donde conoció al llamado hijo del Dr. Georg Hiscler, cuyo verdadero nombre, más tarde, supo por sus investigaciones acertadas, que era Aloís Brumer. Para aquella noche de fiesta y especial desenfreno, Anna se puso un traje espectacular, que compró directamente en una tienda de la calle Serrano.

Era un palabra de honor negro que realzaba su piel blanca y tersa. Supo que era una de las creaciones de un modisto llamado Paco Rabán. Aquella noche, al entrar en el salón, dejó vagar perezosamente su mirada.

Aquel salón daba el aspecto de estar preparado para una gran bacanal. Allí se prodigaban con descaro toda clase de alucinógenos, mezclados entre las bandejas de exquisitos manjares y buen vino. Alguien se le acercó y le presentó al Dr. Georg Hiscler, que, sin motivo alguno, la tomó del brazo y se pavoneó con ella por el salón como si fuera un trofeo. Se acercó a un grupo donde la presentó como a una querida amiga.

Después de consumir toda clase de alcohol en grandes cantidades, pronto se olvidaron de que entre ellos había una desconocida que, con encantadora sonrisa, estaba muy atenta a todo lo que se cocía entre ellos. Anna parecía ser el foco de atención de algunos de los más mirones, pero ella sonreía a todos por igual para poder seguir escuchando las conversaciones de los que se encontraban a su lado.

Anna paseó por el salón como si fuera el de su casa. Al pasar por uno de los grupos, pudo oír una conversación que mantenía el hijo de Aloís Bruner con un grupo de amigos que le llamaba poderosamente la atención. Su corazón casi dejó de latir al oír comentar con desenfado que los judíos merecían morir todos y, por esa razón, su padre, haciendo honor a su deber, solo había contribuido a exterminar la basura. Y orgulloso, siguió comentando que su padre mandó a 345 niños judíos a un campo de concentración. Todos parecían aceptar con agrado aquella barbaridad que narraba con toda tranquilidad aquel chico, para, poco después, reír aparatosamente sus ocurrencias.

Aquel amanecer, cuando llegó a su habitación, el cuaderno de apuntes se llenó de amargas anotaciones. Mientras, la intensa lluvia repiqueteaba en los cristales.

## CAPÍTULO XIII

### MONTERÍA

Para el sábado siguiente estaba invitada a una cacería en la provincia de Toledo, organizada para los amigos por don Feliciano Araista de los Ruesos, marqués de Portanchito, grande de España, un personaje fascinante, culto y de gustos refinados, extremeño de nacimiento, que se movía por los círculos más elitistas de la sociedad madrileña y que Anna conoció en las comidas de los lunes.

Este marqués eligió esta finca de entre las tres que poseía, que se encontraba entre la provincia extremeña de Cáceres, que linda con Toledo, donde solía pasar su tiempo de ocio y donde, con cierta frecuencia, hacía grandes fiestas para sus amigos. Esta finca, que había pertenecido a uno de sus muy lejanos parientes, y que por capricho del destino misterioso fue heredada por su padre, más tarde le fue cedida a él cuando aún no contaba los diez años.

Aquello hizo que los parientes se querellaran con su padre para defender sus derechos como legítimos herederos, dejando aquella finca abandonada durante algunos años, hasta que se resolvió el proceso judicial a favor del Marqués de Portanchito, y eso hizo que la familia le tuviera un especial cariño a esa finca, donde cada año organizaban una cacería, que era motivo de especial júbilo para el marqués.

Un autocar de lujo condujo a los invitados desde Madrid hacia la finca, dejaron atrás la carretera nacional para adentrarse por una carretera comarcal, por la que, poco a poco, se fue descubriendo, entre un espeso encinar, el espléndido castillo del siglo XVII, que era de planta rectangular. Todos los

invitados admiraron desde el autocar las almenas rectangulares, que en cada una de sus cuatro esquinas se podían ver sendas garitas en la parte superior, en forma de casquete cónico. Cuando se fueron acercando, pudieron apreciar en el centro de la fachada y por cima del dintel de la puerta el escudo de la familia. El castillo cumplía con todos los requisitos para los que había sido concebido. En realidad, se trataba de una joya medieval, la cual sus dueños seguían conservando en sus altos muros.

Un sendero que los conducía a la puerta principal estaba flanqueado por setos de boj y plantas de romero. La puerta de la entrada principal, de arco con dintel en piedra, lucía espléndida. Entraron en el amplio zaguán, que dejaba a un lado el arranque de la escalera para dar paso a un patio central con arcadas de granito. En el centro, un pozo con brocal redondo que, al perder su función de abastecer el castillo, ahora estaba adornado con floridas macetas de geranios.

Dentro, y a mano derecha de la planta baja, un largo pasillo se mostraba con bóvedas de cañón. Las paredes eran de gruesos muros encalados; los suelos, de barro cocidos encerados. Antiguos tapices adornaban las paredes del amplio pasillo. Al fondo, una ventana de medio arco con puertas de celosía, que, al verla, podía hacer soñar con los tiempos pasados del Medievo. Aquí Anna desbocó su fantasía. En esos momentos necesitaba soñar y creer que al asomarse podía ver hombres embozados, que, apostados entre las ramas de las encinas, esperaban con ansiedad ver tras la celosía de alguna de las ventanas la sonrisa de su amada.

Después de haber visitado el castillo, llegó el momento del descanso. Era la hora de la cena cuando el cielo se plagó de diminutas estrellas. Los invitados estaban citados para bajar al comedor a las diez para la cena. Anna se puso un vestido de color fucsia con escote bañera, dejando sus hombros al descubierto. Un collar de perlas de doble vuelta adornaba su fino cuello. Las

demás damas alemanas, casi todas ellas metidas en carnes, parecían competir con extravagantes vestimentas entre ellas, como convencidas de que por lucir los vestidos más caros podían ser las más elegantes, obviando el significado de la palabra glamur.

El comedor reflejaba fielmente la moda del siglo XVIII. Estaba amueblado al estilo medieval, encajando el mobiliario a la perfección con los anchos muros de la casa. El techo artesonado lucía bellos rosetones con relieve en madera, haciendo que fuera una de las joyas más preciadas de todo el castillo.

La anfitriona, marquesa de Portanchito, elegante y distinguida, momentos antes los había recibido en la puerta del castillo con una cordial sonrisa mientras recitaba a su paso, uno a uno, los difíciles nombres de los invitados, sin confundir los apellidos. Era una de esas damas que ponía el broche a la distinción de su esposo.

Aquella noche, la cena con la que fueron obsequiados los invitados consistió en un consomé de verduras caliente y filetes de lenguado al champagne, con bolitas de patatas rellenas de trufas. De postre, fruta variada de temporada y bandejas de dulces de la tierra que se dispusieron por toda la mesa. Después de la cena hubo una pequeña tertulia. Poco después, todos se fueron a descansar. Ya en su habitación, y después de la cena, que resultó ser anodina para Anna, se asomó al balcón y, acodando los brazos en la fría baranda de hierro, imaginando por unos minutos cómo sería la vida allí en tiempos medievales, el aquel oscuro y misterioso paisaje extremeño, porque ella intuyó tras esa oscuridad velada que escondía una sierra impenetrable le pareció que estaba lejos, y pudo ver cómo unas sombras se magnificaban para después dividirse en los perfiles de los magníficos ejemplares de encinas, que con su nobleza férrea salpicaban el duro suelo. Y mientras tanto, siguió soñando que aquellas rocas graníticas que sobresalían de la tierra se le



antojaban como si fueran abultadas heridas mal cicatrizadas que en su imaginación le parecieron fantasmas pétreos descansando en la negrura y profunda oscuridad.

Anna, después de estar en el balcón un rato de contemplación y después de dejar volar su fantasía, se dio cuenta de que la noche era fría. Cruzó los brazos para darse calor. El regato que pasaba lento cerca del balcón le hizo oír el murmullo quejumbroso del agua fluir. En el recorrido de aquel riachuelo, le pareció ver que en algunos recodos las aguas se quedaban estancadas, rezagadas, haciendo pequeñas lagunas que relucían como cristales muertos de carámbanos a la luz de la luna. Todo aquel paraje le hizo sobrecogerse, olía a soledad en compañía. Cuando miró al cielo, lo vio limpio, intenso, diáfano, de un sereno color azul gris en su profundidad que hacía presagiar una noche helada. Después de contemplar el infinito, pensativa, entró en la alcoba, cerró las cortinas, se metió en la cama, pero no tenía sueño. Tenía que madrugar al día siguiente y necesitaba con urgencia descansar. Allí, dentro de aquella habitación, se sentía un calor gustoso para el cuerpo. Anna se estremeció ante el ruido que hizo el vuelo espontáneo de un aguanieve que se posó en la barandilla del balcón. Poco después, el ave dio con su cuerpo emplumado en los cristales. Al instante, salió espantado haciendo un extraño ruido con su aleteo.

En la cama, se arropó hasta el cuello. Ahora sentía frío. La habitación parecía haber perdido su calor a pesar de estar la chimenea encendida. La miró y en ella se perfilaban llamas rojas, candentes, en las que le pareció ver la ira desenfrenada de la hoguera de los odios. De repente, en esos momentos, la habitación se empezó a teñir de rojo con el resplandor siniestro de sus sangrientas llamaradas.

Necesitaba despejar su mente. Desde la cama echó una mirada a la habitación, a pesar de sentirse agotada, aquella noche no era capaz de

controlar su cerebro, que seguía debatiéndose en su interior. No había encontrado aún la fórmula de cómo mejorar la manera de poner en marcha sus propósitos.

Pero al necesitar distraerse, por primera vez desde que llegó al castillo, escudriñó con detenimiento el dormitorio que le asignaron. Era fantástico, estaba decorada con colcha, cojines y cortinas de telas antiguas adamascadas, primorosamente conservadas, haciendo el efecto deseado de antigüedad y confort. Cómoda Luis XVI y cama con dosel del siglo XVIII.

Pero por culpa del cansancio, no consiguió fijarse en más detalles. Se encontraba en un estado decadente y necesitaba dormir, pero ignoraba que esa noche iba a seguir un camino que la condujera a los sueños, pues por la mañana del día siguiente necesitaba de sus cinco sentidos para estar muy despierta, que se le antojaba iba a ser muy duro para ella. Cuando al fin su cuerpo se rindió por el sueño, un grito desgarrador se oyó en el piso inferior. En el mismo momento en que oyó aquel grito, sintió en su cuerpo una fuerte sacudida y, a pesar del cansancio que llevaba acumulado desde que llegó a España, su cuerpo se irguió bruscamente. Asustada y, con el corazón desbocado, creyó que era la misma angustia que le sobrevinía cada despertar.

Al levantarse aún era de madrugada, se asomó al balcón y, al mirar tras los cristales, de repente, vio una imagen que entre dos luces pudo captar. Era precisa y oscura. De pronto, la vio pararse delante de su balcón, dio un respingo hacia atrás, era la de un espectro. No supo por qué, pero se sintió aterrada ante esa impresionante visión sobrenatural. A lo lejos, los zorros parecían gañir en la oscuridad.

Poco después, en el horizonte ya se perfilaba con la aurora del día. Se encontraba nerviosa, no sabía qué hacer para calmarse. Con osada valentía abrió de nuevo el balcón para respirar aire puro que le diera calma y, sorprendida, vio cómo los cuerpos de dos hombres que se encontraban en el

jardín comenzaron a levitar por causas desconocidas para ella. No podía creer lo que estaba viendo, estos dos seres se encontraban en estado de ingravidez total. Fantásticamente ante ella se fueron transformando física y químicamente, muy lentamente... hasta conseguir que sus cuerpos se convirtieran en energía lumínica que duró apenas un segundo, desapareciendo entre la oscura masa boscosa.

Desde ese momento, la cadena del sueño se rompió. Aquella mañana supo, por lo que escuchó a dos de las criadas que limpiaban aquella mañana las escaleras, que uno de los camareros les comentó, cuando se dirigía a su habitación después de hacer la ronda por la casa para ver si todo se encontraba en orden, que había encontrado un cadáver aquella noche tras las tupidas cortinas del comedor cuando se disponía a colocarlas.

Pero aunque Anna hizo todo lo posible por hablar con ellos, no pudo hacerlo porque aquel hombre que encontró el cadáver, junto con las dos mujeres con la que hizo las confidencias de su hallazgo, no se volvieron a ver.

En el primer albor de la mañana, los cazadores ya estaban dispuestos. El desayuno los esperaba. Nadie más que ella parecía haberse enterado de lo sucedido. ¿O quizás había sido una de sus alucinaciones? Abajo, en el atrio del castillo, se servía un espléndido bufet, donde ya se encontraban algunos cazadores eligiendo entre la variedad de platos, en donde, por los comentarios que oyó Anna cuando pasaba por el pasillo, los cazadores habían recibido con alborozo unas migas extremeñas.

Cuando bajó las escaleras, y antes de entrar en el improvisado comedor para el desayuno, se miró y en su rostro apareció una sonrisa de aprobación. Vestía como siempre solía hacer con el atuendo apropiado. Era la primera vez que acudía a una cacería y se encontraba insegura. Iba a ser su debut en aquella aventura de matar animales. Pero al hacer su entrada por uno de los

arcos del patio, todos la miraron de arriba abajo. Su cuerpo no se libró de ser mirado ni un segundo. Su atuendo, sus botas, sus zahones... todo lo lucía a la perfección. Como amaneció un día frío y gris, se puso una preciosa capa de caza y un sombrero de fieltro adornado con una llamativa pluma de faisán. Todos parecían mirarla con admiración. Estaba bellísima, hasta la escopeta que se había colgado en su hombro lucía con gracia. Todos y cada uno de los detalles habían sido recomendación de su estilista.

Una voz tras ella le hizo volver la cabeza. Era la anfitriona, que lucía un atuendo tan audaz y elegante como el de ella. Las dos se miraron con aprobación. Minutos después, empezaron a llegar algunas damas más, que asistirían también al evento. Todas parecían haber elegido sus trajes en una tienda de atrezo.

En el desayuno hubo muchos que optaron por comer la variada selección de embutidos, elaborados con la carne de los cerdos cebados en los campos de la finca, con bellotas de las espléndidas encinas. También había rosquillas fritas, chocolate, café exportado de Cuba y diferentes clases de té. Todos desayunaron copiosamente para poder soportar un duro día de montería. Pero Anna no tenía apetito aquella mañana.

Su mirada recorrió la estancia, observando los semblantes de cada uno de ellos, pero no vio nada sospechoso. Parecían tan felices degustando las viandas que no supo qué pensar, quizás fue la ingesta de la noche anterior a lo que su estómago no estaba acostumbrado.

Después del desayuno se dispuso todo para el sorteo. Todos se encontraban expectantes. El capataz de la finca y uno de los ojeadores, con una bolsa de cuero en mano, que, después de remover con fricción, pidió a la anfitriona que sacara el primer número. Este acto pareció causar el nerviosismo de los cazadores, intrigados por el puesto que les iba a tocar.

Poco después y con algarabía de niños salieron todos del castillo,

satisfechos después del succulento desayuno, sabiendo ya, de antemano, el puesto que les había tocado. En la puerta de salida se agregaron a ellos los secretarios que les acompañarían durante la cacería.

Desde allí todos se dirigieron hacia lo más boscoso de la sierra. El grupo iba contento con la escopeta en mano. Poco después, ya llevaban el olor del tomillo cosido en las fosas nasales. Algunos llevaban la frente perlada por el calor que producía la copiosa ingestión del desayuno y el esfuerzo de la subida al monte. Los pantalones de pana se empezaron a pegar a las piernas de algunos de ellos; otros, no pudiendo prescindir de su coquetería, lucían lustrosos zapatos de señoritos que por el camino se les podía hacer insufrible el soportarlos al hundirse en el barro blando de las veredas, mientras los cuellos de las camisas impecables se mojaban con la transpiración, mezclándose con el olor a romero.

Pisando el barro, subieron la ladera de la montaña hasta llegar a los puestos asignados en el sorteo. Una vez en la mancha, los cazadores, junto con el llamado “capitán de la montería”, ocuparon sus respectivos puestos. Minutos después, y en el más absoluto silencio, esperaron a que aparecieran los animales. Ya se encontraba Anna escondida, agazapada en su puesto, entre los arbustos, esperando la señal para comenzar la batida y darse la oportunidad de cazar la mejor pieza.

La espera empezó con grandes dosis de concentración y paciencia, siendo imprescindible la colaboración de las realas de perros, que son las que poseen el mejor olfato del mundo canino. A la señal del secretario, se hizo oír el estallido de una bengala que fue disparada por uno de los pastores. En ese momento, Anna se conmocionó al oír los ladridos desaforados de los perros, que eran lanzados a la búsqueda de sus presas.

A Anna le tocó como compañero de mancha un hombre de rostro anguloso, fuerte, de mandíbula pretoriana, con unas botas tan grandes que

parecía, cuando lo vio Anna subir por el camino, que las clavaba en la estratosfera cada vez que daba un paso. El estar a su lado, en silencio, le produjo un terrible desasosiego cuando con la escopeta en el hombro vio cómo apuntaba al aire, dejando escapar la presa mientras su mirada se oscurecía al clavarla en sus ojos.

Un resplandor, como difusamente rosado, comenzó a asomar poco a poco, esclareciendo un punto en el horizonte, allí donde la tierra parecía besarse con el cielo. Era la luna, que derramaba sobre la montaña una claridad dulce y, al mismo tiempo, misteriosa.

El tiempo que estuvo agazapada entre los matorrales, al lado de aquel hombre, se le hizo eterno, ya casi no podía pensar a causa del agotamiento, las piernas las tenía entumecidas por la falta de movilidad. A las tres del mediodía y, cuando se dio por terminada la jornada de caza en una calva del campo, se puso todo el botín y se hizo el recuento de las piezas conseguidas.

Cuando Anna vio apiladas los animales abatidos y ensangrentados, se tuvo que retirar del grupo para que no la vieran vomitar.

Los invitados elogiaron a los anfitriones la buena organización. Los eficientes ojeadores se mostraban satisfechos ante los halagos de los monteros.

Seguidamente, todos los monteros agrupados después de la agotadora cacería y recuento de las piezas conseguidas, fueron obsequiados allí mismo por el anfitrión, en una improvisada tienda de campaña, a un aperitivo compuesto por queso de oveja e ibéricos variados que fueron regados con un buen vino de pitarra de la tierra. Y, seguidamente, se sirvieron unas succulentas judías con chorizo y, de postre, fruta y café, acompañado de unas deliciosas roscas de alfajor típicas de El Casar de Cáceres.

Anna casi no pudo tomar bocado, el estómago se le había cerrado. Los nervios habían podido con ella. Aquellos hombres, ante la mesa con

abundante comida, parecían insaciables. En el trascurso de la comida no faltaron los chistes y las risotadas. Todos parecían disfrutar, menos ella. Alguien llamó por su nombre a Hans, uno de los que no le quitó el ojo de encima desde que comenzó aquella comida informal.

Desde aquel mismo momento se atribuyó a sí misma la urgente investigación de ese hombre llamado Hans, de estatura media, modales hoscos y con pretensiones de refinamiento. Sus ojos eran pequeños, pegados a una nariz prominente y la boca lucía excesivamente grande. Cuando llegaron al castillo, aquella noche trabajó muchas horas ubicándolo en diversos sitios, según con las personas con las que más departía y, al término de la misma, se encontraba exhausta, no quedando satisfecha por el resultado.

A la mañana siguiente, en el desayuno, Anna revoloteó por entre los grupos que creía que valían la pena escuchar de qué hablaban, y no tardó mucho en averiguarlo. Enseguida supo cuál era su círculo más íntimo y hasta quiénes eran sus familiares más allegados de casi todos ellos. Una mujer de mediana edad y con ganas de entablar amistad, al observar que ella la miraba, se brindó para darle toda clase de información sobre aquel hombre. Esa mujer le pareció que sabía demasiado, hasta quiso hacerle creer que sabía incluso la situación económica de todos ellos, que por cierto parecía ser lo bastante holgada como para no tener que trabajar nunca más y darse la buena vida.

Aquella mujer, cuando se despidió de Anna para integrarse en otro grupo de mujeres, al volver la cara hacia ella, le guiñó un ojo con gesto de complicidad.

¿Quién era aquella mujer con acento alemán? ¿Y por qué se brindó a ayudarla?

Ese día que creyó que podía ser importante para ella no consiguió hacer amistad con ninguna de las mujeres de los nazis, pero ese detalle, por el momento, ya no tenía importancia, se encontraba con ánimos para seguir su

investigación. ¿Aquella mujer le habría dicho la verdad? ¿Y si era un bulo que se había inventado? Pero ¿por qué?

Aquellos pensamientos no consiguieron anular su ánimo, porque, desde el momento en que habló con ella, se tenía que centrar en otro objetivo. Estaba convencida que de aquellas mujeres, mofletudas y con el rostro sonrosado, solo podía conseguir de ellas envidias y celos.

Pero ya había pensado en esos detalles. La noche antes, mientras trataba de dormir, lo había previsto. Eso no sería ningún obstáculo insalvable para ella, tarde o temprano algunas de ellas se mostrarían, en algún momento, amables con ella, aunque solo fuera para conseguir saber quién era y de dónde venía. Le estaba pasando lo de siempre cuando se trataba de estar en una misma fiesta con unas cuantas mujeres que estuvieran en la edad madura, incluso le llegó a desconcertar la idea de que le produjese ese pensamiento tanta alegría. Pero ¿no sería esta estrategia mejor que las que ya había utilizado para conseguir lo que buscaba? Eso, por el momento, no tenía importancia.

Anna, aquella tarde, no quiso descansar en su habitación, como sí hicieron la mayoría de los invitados, y decidió dar un largo paseo por el campo. Desde el primer momento le atrajo aquellos parajes que parecían tener connotaciones de lejanos misterios, legado de un pasado legendario. Después de caminar un trecho, se sentó en un risco para contemplar el paisaje repleto de vegetal y de empinadas pendientes. Estaba segura de que aquel paisaje le ayudaría a pensar. Interrumpió bruscamente sus pensamientos al ver acercarse a ella un mastín furioso que corría por el camino, enseñándole los dientes. No se movió, ni respiraba. El animal parecía agresivo, el careo de uno de los guardas de la finca que iba tras él lo tranquilizó, haciendo que el animal desistiera de su intención de atacar. El dueño del perro acarició su lomo mientras le dijo quedo:



—Tranquilo, Tom, es una amiga.

El animal la miró más sosegado. Después de pedir disculpas, el zagal y el perro emprendieron de nuevo su camino, dejando a sus pasos un olor a poleo recién cortado. El perro, antes de perderse en el recodo del camino, volvió su mirada hacia ella, poco después desaparecía con aire majestuoso.

Vagando por el laberinto de sus pensamientos se hizo tarde y decidió volver. Seguro que ya estarían todos vestidos para la cena.

Apresuró el paso, pero se dio cuenta de que no tenía conciencia de dónde se encontraba. Tal vez se había alejado demasiado del castillo. El espeluznante sonido de los bichos al atardecer era acompañado de un inesperado viento que hacía agitar las ramas de los brezos. Esto le hizo pensar en todo lo que estaba viviendo, haciéndole creer que todo estaba sucediendo como si fuera una duda razonable e irreal en su mente, que siempre creyó tener transparente y con sentido práctico de la vida, pero ahora le hacía dudar.

Cuando llegó al castillo, nadie la había echado en falta.

Subió a su habitación, no se encontró a nadie por los pasillos de las habitaciones. Todas se encontraban cerradas. A su paso, pudo oír rumores de conversaciones, eso le tranquilizó, aún no habían bajado al comedor. Después del largo día vivido en el campo, entre matorrales, se encontraba cansada. Mientras se bañaba y elegía vestido para la cena, solo estaba en su pensamiento el cómo conseguir, si fuera necesario, urdir alguna treta para sacar información de alguno de los nazis que habían sido invitados, algo que ella necesitaba para saber y poder realizar su trabajo.

Las nueve y media era la hora prevista para ser servida la cena, y a esa hora, puntual como un británico, Anna entró en el comedor, solemne, provocadora, con un vestido rojo ceñido a las caderas, moldeando su estrecha cintura un espectacular cinturón de piel de serpiente, el escote de bañera

hacía destacar su cuello, que lucía un hermoso collar de oro blanco salpicado de diamantes.

Algunos de los caballeros que se encontraban charlando junto a la gran chimenea de mármol negro del comedor tomando una copa la miraron, mientras esperaban la llegada de los anfitriones. Dos tapices, de unos tres metros de largo y dos de alto, cubrían las paredes de aquel comedor aristocrático de estilo barroco. Una larga mesa de nogal macizo dividía la estancia. Sobre ella, un mantel blanco de damasco y cuatro candelabros de plata. Sobre la repisa de la enorme chimenea, una colección de cajitas de nácar con dibujos orientales.

La sillería de roble estaba tapizada en cuero, la luz de la luna, que entraba por los tres balcones, estaba tamizada por las enormes y pesadas cortinas rojas de damasco antiguas, haciendo, en su conjunto con la oscilante luz de las velas, una extraña claridad anaranjada; dos aparadores panzudos y relucientes guardaban simetría bajo los tapices. Un reloj, embutido en un mueble, mostraba en su caja de latón dibujos de animales salvajes. Una lámpara de cristal y hierro lucía colgada en el techo de una de las vigas en medio de la estancia.

En el fondo, en la pared, había un retrato de un caballero entrado en años, vestido de negro, barba blanca y una mirada que parecía estar vigilando todo lo que acontecía allí.

Cuando hicieron su entrada los marqueses de Portanchito en el comedor, los lacayos ya esperaban en la puerta que daba a la cocina para recibir las órdenes de servir la mesa. Antes de tomar asiento los anfitriones, Anna miró asombrada que algunos de los invitados que se encontraban sentados no se levantaron como signo de cortesía. Allí parecía que nadie estaba siguiendo el protocolo habitual en estos acontecimientos. Perpleja, vio cómo todos los invitados alemanes estaban sentados juntos, los jóvenes parecían estar todos

en comandita. A las señoras las sentaron justo al final, al otro extremo de la cabecera de la mesa, dando la espalda a la puerta por donde entraban y salían los camareros con las viandas.

Anna, después de aquella extraña observación, aburrida, intentó entablar conversación con la señora sentada a su lado. Su aspecto era el de tener un carácter huraño, y pensó que solo parecía interesarle la conversación que sostenían los jóvenes, que daba la sensación de que estaban contando una historia nada agradable a juzgar por la expresión de la cara que ponían algunos de los oyentes. Un camarero inexperto, mientras servía un consomé, tropezó con la soberbia alfombra que cubría, casi por completo, el suelo del comedor, cayendo el contenido de la bandeja en el monumental moño cardado de una de las invitadas.

Hubo un silencio expectante tras el estrepitoso accidente. La señora se levantó de la mesa airada, mascullando palabras ininteligibles y cuando esta salía del comedor precipitadamente, como alma que perseguía el diablo, seguida por la anfitriona, preocupada y a la que parecía que no le salían las palabras exactas para disculparse ante semejante situación, algunos, como Anna, no pudieron reprimir la risa, provocando el accidente comentarios de lo más variados. Desde ese momento, la cena se empezó a poner divertida.

Minutos después apareció la anfitriona de nuevo en el comedor, disculpándose por lo ocurrido. Al término, Anna subió a su habitación para coger un chal. La noche era fría, a pesar de estar encendidas las chimeneas. En el rellano de las escaleras esperó unos segundos hasta estar convencida de que estaba sola. Subió y recorrió unos metros de pasillo hasta llegar a su habitación. Ya frente a su puerta, y cuando alargó la mano para asir el pomo, antes de girarlo, oyó pasos dentro de su habitación. Con sigilo, volvió sobre sus pasos y esperó en el pasillo tras las cortinas del balcón.

Pero ¿qué estaba pasando? Alguien estaba registrando su habitación.

Aunque, como siempre, el mismo pensamiento. ¿Quién podía estar tras ella? ¿Quién la conocía?

Esperó, pero de la habitación no se marchó nadie. Salió de su escondite. Con sigilo giró el pomo de la puerta y encendió la luz. Todo estaba revuelto. Echó una mirada. Abrió el cajón de la cómoda y, al parecer, no faltaba nada. La puerta del balcón se encontraba cerrada.

Salió precipitadamente. En el pasillo se sorprendió al ver el balcón abierto. Las cortinas se mecían como alas de murciélagos a la deriva ante la luz, encontrándose a merced del viento. Era extraño, cuando ella se refugió tras esas mismas cortinas, el balcón estaba cerrado.

Algo anormal estaba pasando que ella tenía que averiguar. Fuera lo que fuese lo que buscaban en su habitación, de lo que sí estaba segura era de una cosa, que nunca encontrarían nada que la pudiera comprometer. Desde ese momento, tenía que doblar la precaución y andar con mucho cuidado. Alguien había descubierto sus propósitos.

Al volver al salón estaba tan nerviosa que se sintió enferma. Un camarero le ofreció una copa, que cogió como si fuera una autómatas. Cuando se llevó la copa a los labios, una de las invitadas se le acercó. Era de mediana edad, entrada en carnes, cargada de joyas y vestida con pésimo gusto. Por su acento no tuvo ninguna duda, era alemana. La miró y, sin más, le dijo:

—¿Ha sido fructífera para usted esta cacería?

Anna contestó con una sonrisa:

—No ha estado mal.

—¿Es la primera vez que asiste a una cacería de esta categoría? Lo digo porque no me pareció que estuviera muy entusiasmada. La observé cuando subíamos o, mejor dicho, escalábamos aquel cerro maldito que me ha destrozado los pies.

Anna no entendía la conversación, pero ¿por qué la estuvo observando?

Aquella conversación tan anodina le pareció que no tenía otra finalidad que la de distraerla de algo que no acababa de entender. Se disculpó ante ella diciendo que se encontraba mareada. Se asomó a la ventana que daba a campo abierto. Cuando miró tras los cristales, afuera tres hombres parecían andar vacilantes entre las lágrimas de la niebla. Uno de ellos arrastraba los dos pies como si fuera un pelele con las cuerdas rotas, dirigiendo los pasos hacia una vereda que se perdió en el espesor de la niebla. Pensativa, dio media vuelta y se mezcló con el resto de los invitados.

Cuando terminó la fiesta, por unos momentos dudó. No se atrevió a entrar en la habitación. Se encontraba demasiado nerviosa, el pulso le temblaba, ya sospechó de todos. Mientras, sus temores la llevaron a pensar ¿y si hubiera llegado un minuto antes? ¿Qué me habría encontrado? Respiró fuerte para ensanchar los pulmones. Por unos momentos se tranquilizó y decidió subir de nuevo a su habitación.

Pero antes de subir, miró hacia el salón. Muchos de los invitados se encontraban aún tomando copas mientras comentaban sus hazañas cinegéticas, otros discutían sobre política. Todos parecían encantados de haberse conocido y de encontrarse en aquel magnífico castillo.

El inmenso salón estaba amueblado con severo lujo: mesas de nogal macizo, sillas tapizadas con telas de terciopelo color rojo, las cortinas del mismo material que el tapizado de las sillas, sofás con respaldos de madera y cubiertos de cojines que estaban repartidos estratégicamente por sillas y sofás, también lucían preciosas mesas antiguas de centro de madera y bronce y encimera de mármol color rosa. Las paredes estaban tapizadas casi al completo de retratos familiares.

Después de mirar el ambiente que allí se respiraba, buscó con la mirada a la anfitriona. Le relajó verla charlar con uno de los invitados. Una de las invitadas, en esos momentos, se despidió de ella con un “ha sido una cena

magnífica”. Anna aprovechó la ocasión y también se despidió con un “hasta mañana”.

Al ver que todo parecía estar en calma, subió de nuevo las escaleras. Lo hizo apresuradamente, hasta llegar a su habitación casi jadeante; pero antes de entrar, tuvo la precaución de mirar tras los cristales del balcón del pasillo y pensó que allí no había subido nadie desde que ella salió de su alcoba para dirigirse al comedor porque todo parecía seguir igual. Una vez dentro, cerró la puerta con llave y se asomó con angustiosa curiosidad por el balcón y, al mirar aquella oscuridad, pudo apreciar la misteriosa y a la vez la bella sencillez de la naturaleza, mirando de nuevo aquellas rocas que se perfilaban como cuchillos en la oscuridad del horizonte, que, a su vez, hacían proyectar sombras estremecedoras. Esto le hizo creer que con la complicidad de la luna mezclada con la tenue niebla de aquel melancólico anochecer podía tener algún factor a su favor. En aquella noche embrujada podían pasar muchas cosas, esto le hizo albergar esperanzas para empezar a hacer algo para su misión.

No muy lejos del balcón, vio la silueta de un hombre que, en solitario, hacía volutas de humo con su cigarrillo, que, al percatarse, le produjo una gran impresión, porque, al instante, al verse descubierto, se puso fuera de su campo visual.

Inmediatamente, cerró las cortinas del balcón. Su corazón empezó a latir apresuradamente. Mientras, el aullar de los lobos, hacía guiños a la luna, enturbiada por la niebla. Todo seguía en su habitación como la dejó, revuelta y la ropa del armario en el suelo. El joyero se encontraba intacto, no habían tocado las joyas. Entonces ¿qué era lo que buscaban?

El cielo, de repente, se cubrió de estrellas, la luna empezó a relucir como una gran lámpara encendida. La niebla había desaparecido en unos segundos, todo sucedía como si una mano mágica manipulase la atmósfera. De repente,

todo el firmamento se tornó gris y dio paso a una tormenta de otoño que hizo que la lluvia se deslizase por los cristales del balcón haciendo de las gotas un velo semejante a una tela de araña.

Al acostarse, la tormenta se puso más virulenta, los perros empezaron a ladrar como si fueran llamados a una sublevación. Los canales del tejado se hacían notar en la noche, goteando con un compás lento y desesperante, esperando que la lluvia torrencial les hiciera desbordarse. El viento se hacía oír como si fuera un ejército de fantasmas que, con ímpetu de guerrero, empujaba las puertas y las ventanas, intentando entrar por la fuerza en su habitación. Los cristales de los balcones tintineaban quejándose de su infortunio.

En la casa no se oía ningún rumor, todos en sus cuartos parecían descansar, pero ella no dormía, algo le impedía conciliar el sueño, solo el murmullo del agua de un arroyo cercano y del viento que se mezclaba entre los tamujos y las encinas parecían tranquilizarla.

Al amanecer, y sin haber podido pegar ojo, abrió las cortinas del balcón, vio esa bruma pegajosa y cerrada que deja una noche de lluvia. Se encontraba tan aferrada al campo que le hacía parecer que estaba arropado por un manto lleno de misterios.

Ante aquella bruma, Anna sintió cierta melancolía, volvió a la cama y, despierta, con los ojos muy abiertos, esperó la llegada del nuevo día.

Intranquila, pensó que en pocos días habrían pasado ya seis meses desde su llegada a Madrid, y aún le quedaba mucho por hacer.

La noche siguiente, Anna no asistió a la cena, aludiendo no encontrarse bien del estómago, pero, dos horas después, decidió asistir a la recepción que se daba para clausurar la cacería. Se vistió para la ocasión con un elegante traje de coctel color gris plata, los zapatos de tacón alto parecían elevarla a la estratosfera. Una bocanada de frescura floral se percibió cuando entró en el

salón, no pasando desapercibida por ninguno de los invitados, haciéndose merecedora de la categoría social que representaba. Y se mezcló entre ellos con una copa en la mano, mirando distraída la decoración del salón. Sus oídos, como desde hacía poco tiempo, estaban siempre alertados para captar cualquier conversación, por muy insulsa que fuera. Ella podía sacar provecho de tan solo una sola sílaba o de un acento mal entonado.

Estudió, entre otros, con disimulo, a tres caballeros, pensando que podían ser posibles responsables de su causa. Su mente se quedó en blanco al ver cómo los tres caballeros se unieron, haciendo un grupo social cerrado, con personalidad propia, donde la elegancia y el encanto parecían tener el protagonismo.

Los tres parecían jalearse al más joven, que acababa de incorporarse al grupo, escuchando sus anécdotas complacidos. El recién llegado era como el simpático bufón que alegra las reuniones, debía estar diciendo algo muy divertido, pero Anna, a su pesar, no pudo captar nada de lo que decían. Al pasar por su lado, el camarero le ofreció otra copa, al ver que la que tenía estaba vacía. Al alargar la mano para cogerla, el camarero le insinuó que en el salón de al lado había mucha más animación, porque allí se encontraba el verdadero centro de la reunión.

Intrigada, siguió la insinuación del camarero. Salió de la sala, dejando al grupo con sus risas y bufonadas. Entró en el salón contiguo, donde unos cuantos hombres, no tan jóvenes, se encontraban animados, con copa en mano, ante la mesa de billar. Intentaban manejar el taco con la poca experiencia que tiene el principiante. Mientras, una de las copas se derramó sobre el verde tapete, provocando hilaridad en el grupo. Pero ella a ese incidente no le dio importancia, solo pensaba en ese camarero... ¿Quién era? Y siguió husmeando por los distintos salones, oyendo los comentarios insertados en las distintas conversaciones que escuchaba a su paso. Esto le



hizo creer que ya sabía quién era quién. Evidentemente, había acertado, ese camarero parecía saber más de la cuenta, pues allí se encontraban casi todos los alemanes que ella andaba buscando.

Después de haber ingerido algunas copas de más, dos caballeros empezaron una disputa sobre la herencia de uno de sus parientes. Uno de los invitados les alentó a seguir con la controversia afuera, en el jardín. Salieron los partidarios de ambos contrincantes, todos animaban la contienda, jaleando como si se tratara de un equipo de rugby. Anna, desde la ventana de uno de los salones, observaba y esperaba el desenlace, cuando el más gordo dijo a su contrincante después de haberse dado mutuamente una soberana paliza:

—Jamás tendrás en tus manos lo que es mío.

Un silencio expectante reinó por parte de los allí presentes. De pronto, un gemido se hizo oír en la noche, mientras uno de los que había luchado inesperadamente cayó desplomado al suelo: Anna no podía distinguir cuál de los dos había sido abatido. La noche no le dejaba discernir la cara del hombre abatido desde su atalaya. Anna no supo la razón, pero después de presenciar aquella escena su cuerpo se estremeció. Con el rostro denodado por la duda, se retiró de la ventana y se mezcló con el resto de los invitados. De aquel episodio tampoco habló nadie.

Aquella noche, por sorpresa, le presentaron a Gustav Wagner, también conocido como el sobrino de Klaus Barbier, un oficial de la Gestapo apodado “el caminero de Lyon”. Esa noche, ante una mesa de pingpong, y después de varias copas y de tirar varias bolas al suelo, se vanagloriaba de que su tío había capturado a 44 niños judíos que se encontraban escondidos y a salvo en la villa de Izieu, y que su tío, él solito, con la astucia de un zorro, descubrió. Este hecho hizo que fueran llevados estos inocentes a un horrible destino. Anna pudo averiguar más tarde que este sujeto fue también responsable de la muerte de familias enteras. Era tanto su delirio que, cuando hablaba de su

pariente referente a ese tema, su cara parecía transformarse hasta estar próxima a la locura. Anna salió de aquella sala para vomitar.

Mientras, seguía diciendo a sus contertulios que su tío, el “héroe”, tuvo que huir a Bolivia al término de la contienda.

Así fue como, cada día, de fiesta en fiesta, fue conociendo el grado de colaboración que sus nuevos “amigos” adinerados habían obtenido en el terrible Holocausto.

Aquella noche estaba especialmente bella con un vestido exclusivo de Paco Rabán, pero no pudo evitar, ante la presencia de todos aquellos hombres y de mujeres que ostentaron altos cargos en la terrible contienda, que la miraran como si fuera una aparición. Este hecho le hizo sentir en su interior fuertes vientos cruzados que llegaron a alcanzar un alto oleaje dentro de ella, haciéndole presentir que esas aguas turbulentas se podían volver particularmente peligrosas para ella. ¿Quién de los que estaban allí sería el culpable de su desasosiego?

Ante ese desagradable incidente, y después de haber escuchado aquella horrenda narración, casi perdió la compostura, pero reaccionó cuando el incidente de un camarero novato derramó torpemente una copa de coñac en el hombro de uno de los nazis, que, al ver su solapa manchada, se levantó del taburete donde se hallaba sentado y, bruscamente, le propinó una sonora bofetada, tratándolo de inútil, amenazando con abogar para que fuera despedido. Aquella noche, aunque se podían contar las estrellas desde la cama, creyó estar viviendo una pesadilla. Ese incidente no tenía sentido y le había puesto nerviosa.

La montería ya había terminado y al día siguiente tenían que regresar todos a Madrid. Anna se levantó temprano para poder disfrutar antes de la marcha de un bucólico paseo por el campo extremeño. Cuando caminaba por una empinada pendiente tapizada de frondosos matorrales de jara, quiso ver

qué escondían con celo esas abruptas paredes de pizarra. Se acercó a una vaguada, en el fondo de un pequeño riachuelo que hacía sisear sus aguas serpenteando tímido para formar recodos, donde los animales pudieran saciar su sed. Una voz serena le hizo volver la mirada. La llamaban por su nombre, las piernas le temblaron, olvidándose del paisaje espectacular que le ofrecía la naturaleza:

—Perdone, señora, la están esperando.

Ella tan solo lo miró. Su cara no mostró incertidumbre, a pesar de reconocer que era el mismo camarero que aquella noche le sugirió que en la sala contigua a la que se encontraba había más animación. Y, en silencio, la acompañó hasta el castillo.

Al regreso, se le hizo difícil caminar por aquella umbría vereda, repleta de vegetal y, al bajar por la empinada pendiente para encontrarse con aquel hombre que acababa de pronunciar su nombre, se le antojó que todo aquel paraje estaba impregnado de incertidumbres y de misterios sin respuestas.

## CAPÍTULO XIV

### PREPARACIÓN DEL VIAJE HACIA LA HISTORIA DE LOS JUDÍOS

Cuando llegó a Madrid, después de la cacería, sintió un sabor agridulce en la boca y abrió la libreta donde había apuntado con minuciosidad todo lo vivido en los días que estuvo en el castillo. Después de leerlo se puso a estudiar la estrategia a seguir mientras encendía un cigarrillo. El humo le hizo, por unos momentos, olvidar; pero olvidar ¿qué? Si para ella cada día, cada hora y cada minuto le parecía estar inmersa en un mundo irreal. Su vida era tan diferente y extraña desde que salió de Mielec que, a veces, olvidaba

quién era en realidad.

Ya habían pasado días después de haber regresado a Madrid y se encontraba de nuevo en el hotel Ritz. Eran las nueve de mañana del jueves y cuando se encontraba dándose un baño sonó el teléfono. Lo cogió con desgana. Aquel día no le apetecía salir, tenía mucho que meditar, sobre todo en los apuntes que había estado recopilando en aquellos días. Y recordó, alarmada, a aquel camarero que la llamó por su nombre, y ahora no entendía cómo no le preguntó quién le había dicho su nombre.

Sonó el teléfono. Una voz grave sonó al otro del hilo telefónico:

—Ya tiene, señora, disponible en la puerta principal del hotel el coche que había solicitado.

—Gracias —dijo seca.

Anna, mientras se secaba la cabeza después del baño, se miró al espejo y susurró:

—Dios se sirve de nosotros para sus propósitos, aunque es muy difícil apreciarlo algunas veces.

Pero ella no se podía permitir ni un pequeñísimo error, que le podía suceder, porque ese mismo error le podía llegar a entorpecer todos los planes. Y entonces creyó que ya no le quedaba más que el azar, ese duende que es el que decide el destino de nuestras acciones. Ahora se sentía mal, después de aquella contestación que le había dado al conserje. Después de recibir aquella llamada, debió parecerle una mujer desvergonzada, pero estaba aprendiendo a desconfiar, aunque sus temores fueran infundados, pero... ¿cómo saberlo? Tenía que ser fuerte, darse a valer ante todos, fueran quienes fueran. Mientras sus miedos persistieran tenía que estar constantemente alerta para enfrentarse a ellos.

Aquella mañana se vistió con un pantalón blanco y un conjunto de suéter y chaqueta de color azul, calzando un zapato de medio tacón, dándole el

aspecto de universitaria despreocupada.

## CAPÍTULO XV

### HERVÁS

En la puerta del hotel la esperaba su flamante coche. Era perfecto, lo del color blanco fue una de las extravagancias que necesitaba mostrar para significarse ante el director del hotel más emblemático de Madrid. Para probar el motor se dio una vuelta por el parque del Retiro. En el asiento encontró un mapa de Extremadura. Después del paseo, dejó el coche en la puerta para que se lo aparcasen. Cogió el mapa y, con él en las manos, se dirigió hacia la cafetería. Después de pedir un café se sentó en una mesa apartada y estudió unos minutos la ruta a seguir.

Al día siguiente, y después de hacer un pequeño equipaje, enfiló la carretera de Extremadura con su flamante coche. Se dirigió hacia la comarca cacereña de Hervás. Condujo despacio, empapándose del agreste paisaje. Cuando llegó a Navalmoral de la Mata, famosa ciudad por sus ancestrales fiestas de carnaval, tomó un desvío hacia la derecha, que la llevaba a Plasencia. El campo estaba salpicado de encinas y alcornoques. Todo era natural. El ruido del motor de una moto de gran cilindrada la sobresaltó. Parecía ir tras ella. Le incomodaba al observar que no tenía intención de adelantar. De pronto, se puso a su altura. La miraba bajo el casco protector. El hombre estaba vestido de negro, con pantalón y cazadora de cuero. Se acercó más a su coche, a Anna le pareció que quería echarla de la carretera o, tal vez, solo quería asustarla al ver que se trataba de una mujer sin compañía. Anna, ante la estupidez del motorista, se enojó y tocó el claxon con insistencia para que la dejara en paz.

Aceleró, su coche era potente, pero tenía vértigo por la velocidad excesiva y, además, no conocía la carretera. Cuando estaba a punto de gritar de desesperación, un coche todoterreno apareció por un camino rural, que, en su salida para coger la carretera, no hizo stop. De repente, vio que se interpuso entre la moto y su coche, impidiéndole el paso al motorista. Anna estaba asustada, miró por el retrovisor. No podía parar, ya que su estado de nerviosismo se lo impedía. Solo quería llegar cuanto antes a Plasencia. Segundos después, un ruido sordo sonó en la montaña, lo que le hizo pensar lo peor.

Cuando llegó a Plasencia se tranquilizó, pero su paz solo duró unos minutos. Al volver una esquina de la Plaza Mayor, vio el coche todoterreno con un roce en su puerta derecha. Era el mismo que se interpuso entre el motorista y ella. Con paso ligero entró al hotel Alfonso VIII y pidió una habitación. Necesitaba descansar para relajarse. Pasa la noche en el hotel, pero el percance que vivió en la carretera con el motorista no le dejaba dormir. ¿Quién sería el conductor de aquel todoterreno?

Por la mañana, hecha un mar de incertidumbre producido por el episodio vivido, decidió hacer un breve recorrido turístico por la ciudad para admirar sus monumentos. Necesitaba desconectar de lo ocurrido. Una muchacha se acercó a ella y le ofreció un folleto turístico, invitándola para que no saliera de Plasencia sin ver la catedral, comentándole que era algo especial. Sin dejarla reaccionar, la muchacha le habló de la catedral. Esta es un entramado urbano donde coexisten, mágicamente, la originalidad de ser dos edificios en uno, que se hayan unidos arquitectónicamente, a pesar de estar diferenciados en el tiempo y en el estilo. Uno es llamado el edificio viejo, que es del siglo XIII, con reminiscencias cistercienses y formas protagónicas.

La muchacha, con su verborrea, no se separaba de Anna, que escuchaba la narración siguiéndola con el folleto en la mano.

Con aquella joven como guía también pudo admirar la llamada “Nueva Nave”, que contaba ser del año 1498. Su estilo es gótico-renacentista. La muchacha la miraba y sonrió cuando se dio cuenta de que sus palabras le interesaban. Siguió:

—Esta bella ciudad de Plasencia está bañada por el manso río Jerte, donde abunda la trucha.

Pero Anna, después de admirar la Catedral, no quería pasar de largo sin apreciar el paisaje que la rodeaba y pidió a la muchacha que la acompañase en su paseo. Esta aceptó. Las dos, encantadas, saborearon un delicioso helado mientras contemplaban el caudal del río que, en las noches de estío, daba frescor a la ciudad.

A mediodía, y después de comer un sabroso cocido extremeño, ella se despidió del hotel y emprendió la ruta hacia su destino.

Cuando quedaban unos tres kilómetros para entrar en Hervás, aparcó el coche en un recodo de la carretera y miró con detenimiento la situación geográfica de esta población. La estudió, descubriendo con agrado su magnífica ubicación, pues, desde su otero, se podía ver que se encontraba en un semicírculo formado por altas montañas presididas por el pico más alto, llamado Pinajarro, por el que se podía apreciar cómo transcurren tres ríos transparentes como el cristal en armonía. Los ríos que por allí transcurrían plácidamente eran alimentados por el deshielo de la Sierra de Gredos, dotándolos de finísimas y abundantes aguas que llenan con generosidad las fuentes y manantiales por doquier y que se podían divisar desde su otero, con razón aquella comarca se veía desde donde se encontraba como un vergel.

Las vistas que le ofrece la panorámica desde lo alto de la carretera se le antojaron que eran de una belleza serena, haciéndole que se le reconfortara su alma atribulada. Mientras subía de nuevo al coche pensó que todo este compendio de naturaleza viva y este pueblo debió surgir para estar protegido

por la bellísima estribación de la Sierra de Gredos, que lo abrigaba de los fríos vientos del norte.

Su mirada descansaba ante el paisaje que se presentaba ante ella. No tenía prisas, necesitaba oler y contemplar aquellos lugares generosos con innumerables y pequeñas cascadas que, con el sonido de sus aguas al caer desde lo alto, hace sentir al visitante que las entrañas de aquella tierra están vivas y que, ante aquella grandeza, no podía tener cabida la maldad. En aquella contemplación, vio cómo ágiles cabras montesas bajaban por la ladera de la Sierra de Gredos, aún con un suave manto de nieve. Después de su contemplación, le pareció observar que los elementos jugaban a conjugarse para crear rincones bellos y hacerte desear perderte en ellos, y pensaba, mientras su espíritu se elevaba, que le gustaría poder estar allí el tiempo suficiente para poder esconderse en aquellos rincones sorprendentes, donde, desde la íntima soledad, pudiera soñar que se encontraba en el Paraíso.

Un coche pasó junto a ella a tal velocidad que hizo temblar su descapotable. Unos segundos después, otro coche negro, de gran cilindrada, frenó a unos metros de ella y aparcó junto a ella sin parar el motor. Segundos después, y sin decir nada, desapareció a gran velocidad. Anna se inquietó.

Arrancó precipitadamente el coche pulsando el botón automático y cerró la capota con rapidez y, sin comprender nada, emprendió una huida que fue producida por el pánico. Pocos minutos después entró en el pueblo.

Hervás es una de las comarcas cacereñas donde abundan las frutas variadas. Antes de apearse, pudo ver, calle abajo, a un grupo de mujeres que parecían venir del campo, cargadas con cestos repletos de frutas y verduras. Y entonces pensó que, seguramente, en aquellas frescas y claras aguas de sus ríos se podía pescar sin miedo a la contaminación fluvial. Anna, parada junto a su coche, y desde la entrada al pueblo, admiraba sus casas, que eran de una



belleza pintoresca. Después de un rato de observación para orientarse, entró en la plaza, lo vio limpio, agradable y aminoró la marcha.

Paró y descapotó el coche. De nuevo, lo puso en marcha para dirigirse al ayuntamiento, pero, al no saber dónde se encontraba exactamente, lo aparcó al lado de unos soportales. Cuando unos niños la vieron, dejaron sus juegos, abandonaron el pilón circular por donde brotaba agua abundante por sus caños y donde cada día los niños hacían sus juegos en las tardes de verano. Anna se encontraba en medio de la plaza. Mirando, vio una bandera, sin duda era el ayuntamiento. Se dirigió a él, pero una mujer le dijo que el alcalde no estaba, que se encontraba en Cáceres resolviendo asuntos del consistorio. Se quedó pensativa, no entendió lo que aquella mujer le quería decir. Más tarde contempló las fachadas de aquellas casas, le parecía increíble la manera en la que el pasado es capaz de regenerarse y de seguir proyectándose en el presente. Ahora los niños tenían puesta toda su atención en el magnífico coche de la forastera.

Dos mujeres ancianas salieron de sus casas para ver a la visitante. Se miraron y una de ellas dijo:

—¿Qué puede hacer aquí una mujer joven, sola y conduciendo ese coche?

—Creo que ese coche es igual a los que salen en las películas.

Una de las mujeres dijo:

—Sí. ¿Son esas películas que dicen que son americanas y que solo se ven en Cáceres?

Anna se encontraba en un sitio que creía era clave para ella y no sabía por dónde empezar.

Mientras, tras las cortinas de una ventana, era observada por una persona que no se dejaba ver.

Un muchacho joven apareció por una de las callejuelas y se acercó a

ella. Su aspecto difería mucho de ser campesino, parecía culto y refinado, se ofrecía como guía. Su mirada era limpia y prodigaba cordialidad. Al dirigirse a ella le dijo:

—¿Quiere ver algo en especial de este pueblo?

Volvió la cara hacia él de modo distraído, disimulando su emoción. Ese chico podía ser un judío, y salió de su ensoñación cuando le oyó decir:

—Si quiere, la llevo al barrio judío, le aseguro que es lo más famoso del pueblo.

El muchacho quería agradar. Y empezó a hablar...

Mientras tanto, allí el campo parecía dormir soñando con su pasado de esplendor.

El mozalbete, que al mirarlo de cerca a Anna no le pareció que fuera tan joven, parecía entusiasmado por consentir su compañía y le dijo:

—¿Quiere que le cuente la historia del pueblo?

Y, sin esperar ninguna respuesta afirmativa, empezó a hablar. Anna lo miró complacida, hacía tiempo que no se encontraba tan segura hablando con un desconocido.

—Se cuenta que aquí vivieron muchos judíos. También se cuenta que muchos de estos judíos se quedaron a vivir por esta comarca a pesar de las expulsiones que sufrieron por mandato de los Reyes Católicos —el muchacho queriendo quitar hierro a la historia—. Aquello sí que fue una escabechina. También cuentan los más viejos del lugar que muchos de ellos se vinieron a vivir aquí porque les convenía tenerlos cerca para que les siguieran trabajando, y que por esa razón les ayudaron a esconderse de la persecución, y también por una gran razón, porque si ellos desaparecían también se quedarían sin la mano de obra especializada para ejecutar muchos de los trabajos artesanales.

>>Alguno de ellos, después de peligrosas presiones, se convirtieron al

catolicismo, pero siguieron practicando el judaísmo. Se dice que ya habían pasado al menos cuarenta años de la muerte de uno de los hombres más importantes que ha dado Extremadura, de nombre don Diego García de Cáceres, que fue conquistador de Chile, cuando se supo que él también era judío, y para que fueran liberados de la persecución que era inducida por Reyes Católicos muchos se convirtieron en “criptojudíos”, así era como se les llamaba a los conversos y esta fue la forma que adoptaron para librarse de tener que huir. Estos “criptojudíos” pudieron ayudar a muchos de su comunidad a pasar inadvertidos y que no fueron juzgados.

Aquí, en este pueblo, siempre se supo que esa era la manera de distinguir a los que habían sido judíos y que se convirtieron al catolicismo.

Anna se hizo la ignorante y preguntó al muchacho haciéndose la despistada:

—¿Conoces tú a alguien que sea criptojudío?

Mientras le hacía esta pregunta, caminaban despacio por aquellas calles estrechas, subiendo fuertes cuestas. Anna esperaba la respuesta, que se diluyó cuando se adentraron de lleno en el tesoro del judaísmo. Como en un sueño, Anna caminaba por unos pasadizos que parecían hechos para esconderse de los enemigos. Estos pasadizos, inesperadamente, desembocaban en una irregular manzana de casas construidas de adobe y madera, revocadas de tejas.

El joven la miró y, al ver que ella no decía nada, dijo pesaroso:

—Yo solo le cuento lo que se oye por ahí.

—¿Y por qué los echaron?

La pregunta de Anna lo cogió desprevenido y contestó:

—Pues la verdad, hay muchas versiones de por qué los echaron, pero yo he sacado mi propia conclusión, y es que suscitaban envidias perniciosas por tener el don de hacer prosperar cualquier negocio que emprendieran.

—¿De veras crees que esa pudo ser la causa?

—Yo no encuentro otra excusa y, además, creo que como todos han nacido con ese estigma ya están resignados a ser perseguidos hasta que Dios les libere de esta vida.

Después de esta narración se quedó callado, pesaroso de haber puesto al descubierto su forma de pensar, para decir inmediatamente:

—No sufra, cada uno de ellos se las ingenió haciendo cada cual sus trucos para poder quedarse.

Anna escuchó sin perderse ni una sola coma, procesando en su cabeza cada detalle. Mientras, sus pies luchaban con el pavimento de cantos rodados que hacían casi imposible el caminar con sus altos tacones. Una hendidura en medio de la calle provocaba que se deslizase un hilo de agua que, con su continuo reguero, hizo que fuera especial caminar por las pintorescas calles.

Anna preguntó:

—Pero ¿sabes si algunos de esos llamados criptojudíos siguen viviendo aquí?

—Bueno —contestó el muchacho haciendo un gesto de despreocupación con los hombros—, qué quiere que le diga, ya sabe. Este es un pueblo pequeño y nadie quiere que se sepan sus secretos. Pero todo eso que le he contado pasó hace mucho tiempo, ya casi nadie habla del tema judío, y si alguno del pueblo aún lo es se lo calla por miedo a que los demás lo señalen con el dedo o quizás otros lo silencien por el temor a que los puedan tachar de herejes. Así son algunas personas en los pueblos y, aún así, ya creo que quedan algunos que siguen haciendo sus ritos porque les gusta vivir como sus antepasados.

Anna siempre estuvo convencida de que la vida es un privilegio que hay que aprovecharlo, que quizás no estemos aquí por accidente, ni tan siquiera por casualidad. Tal vez venimos todos con un propósito, para el cual fuimos

escogidos y que tenemos, tarde o temprano, que ejecutar.

Hablando sin parar se adentraron en la parte baja, descendieron por una calle empinada que configuraba el pueblo. El río Ambróz pasaba silencioso, respetando las leyes espirituales de la Cábala, rozando con sus transparentes aguas el núcleo de las casas judías.

Pasaron por la aljama judía, según el muchacho la parte más antigua del pueblo. Esta estructura arquitectónica se correspondía al tipo de ciudad medieval con reminiscencias árabes, con sus laberínticas callejuelas. A Anna las casas le parecían racimos de uvas agolpadas unas con otras en busca de los rayos del sol.

Anna, por unos instantes, se creyó perdida entre las angostas y tortuosas calles empedradas que iba sorteando con dificultad los desniveles con los inapropiados zapatos de tacón. Todas las calles se encontraban empedradas por los cantos rodados, robados a los innumerables riachuelos. Aquel día, ya por la tarde, y mientras paseaba, las nubes no parecían querer despejar la sierra, que la tapaban, celosas, los picos nevados de la sierra de Gredos, esos que, más tarde, se licuarían generosos para llenar de agua fresca el caudal de los numerosos riachuelos.

Era primavera y una lluvia fina empezó a caer tímida en los tejados de las casas cubiertas con teja árabe, que, al recibir la lluvia, respondían con un redoble de tambor cuando esta empezó a arreciar.

La mirada de Anna, a pesar de tener que hacer equilibrios con los pies para no caerse, era luminosa, parece estar metida en una ensoñación que creía percibir al contemplar cómo se conserva la antigua arquitectura en toda su autenticidad. Las clásicas casas aparecían ante ella construidas en dos pisos con muros de piedra y tierra apisonada, los balcones con aleros velados y saledizos de madera de castaño. Esta contemplación le hizo soñar con un pasado.

Una mujer del pueblo se asomó a la ventana para ver a la turista. Mientras, Anna siguió sintiendo en aquella andadura una extraña sensación al ver cómo las calles conservaban el sabor hebraico. Cerca de ellos había una sinagoga. Entraron, estaba impoluta. No había nadie. Solo se encontraban allí el muchacho y ella. Anna lo miró todo con respeto. Su mente se trasladó a otra época, aunque sabía que nunca fue la suya. Mientras, creía que allí, en aquel receptáculo de paredes blancas, se respiraba vida.

Una voz ronca se oyó tras ellos. Al instante, el muchacho desapareció.

Al mirar hacia atrás, sorprendida, vio a un hombre que, desde la puerta, la observaba con interés. Su aspecto no era de campesino, parecía educado y, sin miramientos, le dijo:

—¿Qué es lo que busca aquí?

Anna, en ese momento, percibió en el ambiente el olor purificador de la tierra que acababa de recibir una benefactora lluvia. Ya había dejado de llover.

El hombre tapó su fiereza con un cigarrillo encendido en su boca, difuminando su mirada con el humo. Anna titubeó unos segundos antes de hacerle una pregunta que no podía dejar de hacer a pesar de estar quemándole garganta, por ser esta muy comprometida para ella. Y sin pensarlo dos veces, le dijo con voz segura:

—¿Es usted judío?

Un silencio casi espiritual parecía marcar los latidos de una vida pasada, que allí se tornaba en esos momentos presente.

Ella siempre creyó en el poder del destino sobre la voluntad de los hombres. Aquel día y cuando salía del hotel para enfilarse la carretera de Extremadura hacia un destino que sabía era incierto, presintió que una energía misteriosa la impulsaba hacia allí, y que era igual que el impulso que mueve el universo. En su interior, quería creer que se podría estar urdiendo, y

que no sabía cómo este podía estar relacionado con algún acontecimiento que quizás iba a determinar su futuro, o tal vez pudiera ser que estuvieran con ella esos duendes de la suerte y que en esos momentos se estaban confabulando para quitarle los obstáculos infranqueables que pudiera encontrar en el camino.

Anna, en la tensa espera que le provocaba aquel silencio que se creó entre el hombre y ella, se imaginó que este podía oír la metamorfosis paulatina de los latidos de su corazón.

En esos momentos sonó como un trueno:

—Sí, soy judío —y su voz sonó hueca, como si la respuesta no hubiera salido de su garganta.

Anna, emocionada, tendió su mano temblorosa para estrechársela.

—Yo soy Anna y vengo de Polonia. ¿Puedo hablar con usted unos minutos? —preguntó confusa aún por no saber cómo empezar a contar el motivo que le había obligado a estar tan lejos de su hogar. El hombre aceptó con un gesto.

Salieron de la sinagoga. La fina lluvia había cesado, dejando paso a un sol mortecino en espera a que llegara el ocaso. Anna respiró profundamente, pues la lluvia había contribuido a avivar los olores de la tierra. En silencio, dejaron atrás el pueblo. Se adentraron por un paraje natural donde se iban formando los nacimientos de decenas de arroyos, donde era un placer ver discurrir el agua entre los riscos, creando a su paso una atmósfera casi virtual.

Subieron por una senda donde sus rocas estaban tapizadas de verde musgo producido por la humedad de la atmósfera. En lo alto se divisó una ermita o sinagoga. Cuando alcanzaron el edificio, vieron que un hombre los esperaba en la entrada. Al acercarse, Anna, que fatigada por el esfuerzo de la subida no se atrevió a saludarlo con la voz, sin saber de quién se trataba, alargó su mano. El hombre reconoció el esfuerzo de la subida y le hizo una

reverencia.

Anna, ante esta reverencia, no supo qué hacer y le contestó con una leve inclinación de cabeza. Este hombre que parecía esperarlos despidió con una tenue sonrisa a su acompañante. Cuando el hombre desapareció por la ladera de la montaña, Anna pensó que su gran ignorancia podía llegar a ser un bienpreciado para ella en este caso. Su desconocido anfitrión, con suma cortesía, la invitó a sentarse en el poyete que precedía a la entrada cobijada bajo una cornisa de tejas tapizada con el verdor del musgo.

—Ya sé que no es usted judía, y que no sabe el significado de mi recibimiento. Esto tiene una explicación breve. Es un rito muy importante para los judíos, se llama Cábala, que en hebreo significa “recibir”.

Como respuesta solo supo decir:

—Me llamo Anna, como podrá comprobar, estoy muy lejos de mi tierra natal, Polonia. Mi historia es breve, pero concisa. Si le apetece, se la puedo contar.

—Hable. Diga lo que ha venido a decirme, soy todo oídos.

—Yo conocí en mi tierra a un hombre que, mientras se producía la contienda de la Segunda Guerra Mundial, debía de ser un niño, porque nunca llegué a precisar con exactitud su edad. Este niño fue despojado de lo más valioso que tenía, que era su familia, al ser todos ellos confinados en el gueto de Treblinka. Sus padres, poco antes de ser apresados por los esbirros de Hitler, dijeron a unos amigos que, si algún día les llegara a pasar algo a ellos, se hicieran cargo de sus hijos, y que los protegieran hasta terminar la atrocidad en la que estaba metida la nación. Días después de aquella conversación, los padres de Samuel, ese es el nombre de aquel niño, fueron apresados y conducidos a Auschwitz para ser gaseados. Estos amigos que acogieron al niño también eran judíos, y parece, según mis averiguaciones, que se aliaron con los nazis, lo que hizo posible que lo pudieran esconder en



el sótano de la casa familiar, sabiendo que allí no lo encontrarían. Esa familia lo alimentó, pero aquel niño nunca pudo salir de su escondrijo. Más tarde, sus protectores enfermaron y murieron, dejándolo en aquella casa abandonada. Y seguro que me va a preguntar dónde estaban sus otros hermanos, ya que le he mencionado que eran más de uno. Todo fue providencial para Samuel, aunque sabiendo la vida que vivió, tampoco se puede decir que fuera un afortunado al salvarse de ser gaseado junto con su familia.

La pregunta que ahora le hizo el judío la desconcertó:

—¿Cómo pudo un hombre que no conoce nada del mundo sobrevivir solo, sin alimentos, en la oscuridad, si me has dicho que no quedaba nadie en la casa?

—Eso —dijo Anna— es una buena pregunta, que yo también me hice al escuchar esta historia por boca de aquel hombre que fue el que consintió que nunca saliera de aquel sótano. Me contó, yo creo que a modo de disculpa, que en la casa había un huerto con dos nogales y un pozo de donde, supuse después de hacer mis investigaciones, que era de donde bebía. Y también supuse que el instinto de conservación, al ignorar que fuera de aquel habitáculo no había otra vida, le hizo sobrevivir como pudo.

A Anna se le empañaron los ojos recordando la historia que le contó Zacarías. Su cuerpo se estremeció entre sollozos al recordar el relato.

—El día que lo encontré percibí cómo en su mano temblorosa guardaba con celo una bolsita. Después de morir aquella misma madrugada en la casa de acogida, intrigada por saber si allí estaba su identidad, le quité esa bolsita que aferraba en su mano y la abrí. Entonces supe, aterrada, que aquel hombre había sido lo que, desde un principio, creí que había vivido desde su infancia entre tinieblas en el oscuro y húmedo sótano de aquella casona abandonada.

Paró por unos minutos y cortó la narración. Y enseguida, le vino a la memoria lo de aquellos hombres que, escondidos en la oscuridad de la noche,

intentaban encontrar la habitación de Samuel. También le hizo recordar que alguien más estaba interesado por saber qué guardaba en su mano aquel hombre desvalido.

Cohen, sin proponérselo, la estaba sometiendo a un duro interrogatorio.

—¿Y por qué cree que solo usted pudo leer lo que contenía aquella bolsita? ¿Y si estuvo en esa casa de acogida alguien que pudiera pasar desapercibido para usted? Y que además supiera la existencia de esa bolsita y entrara en aquella habitación para saber qué era su contenido, dando por supuesto que al tenerla en sus manos no viera nada interesante, dejándola de nuevo en su sitio, y todo esto dando por sentado que usted se encontraba en esos momentos dormida. ¿Sabía si alguno de los allí refugiados estaba enterado de quién era ese hombre? ¿Sabe si alguien más pudo tener acceso a su habitación después de usted?

Anna no supo qué contestar ante aquel aluvión de preguntas que en esos momentos no creyó tener ninguna respuesta.

Pero a su memoria le vino, como un rayo, el comportamiento de aquel policía que a toda costa se lo quería llevar detenido. Fue un comportamiento tan extraño que, sumando el de ver a un individuo que le pareció raro, recostado en la puerta de la casa de acogida y más tarde, ya de madrugada, descubrir la sombra de unos hombres desconocidos que parecían merodear por los pasillos como perros celosos cerca de donde dormía Samuel. Aquella extraña situación le hizo sospechar que algo estaban buscando, pero no encontró la razón hasta más tarde, cuando ya supo de su historia.

Cohen la escuchó en silencio. Sabía tantas y tantas historias aterradoras vividas por la comunidad judía que no parecía inmutarse por esta en particular.

—¿Y qué decía esa nota? —dijo el judío de nuevo.

—Que se hiciera justicia por todos los inocentes que fueron masacrados,

también en el nombre de su familia. Dentro de la bolsa había una llave que podía abrir una caja fuerte de un banco donde se encontraba guardada una gran fortuna en diamantes, con los cuales poder sufragar los gastos de esta investigación.

Cohen no tenía palabras. Se encontraba ante una mujer extraordinaria. Ella sola había hecho frente a un inmenso peligro. Desde luego, estaba seguro de que no sabía dónde se había metido.

Cohen se levantó del poyete en el que estaba sentado y, cogiéndole la mano, se inclinó ante ella. Anna se emocionó cuando el hombre abrazó sus hombros. La miró y, solemne, le dijo:

—No serás judía, pero, desde este momento, eres acogida como una más de los nuestros.

Un silencio se apoderó de los dos mientras bajaban por la vereda. El pueblo de Hervás, en el horizonte, apareció, casi por sorpresa, un cielo estrellado. Después, siguió un rato de conversación, sin más ruido que los propios de la naturaleza y las palpitaciones del corazón de su interlocutor. Cohen se sintió satisfecho por la conversación mantenida, que le valió para conocer y valorar mejor las intenciones de Anna.

Después, llegó un nuevo silencio, que solo fue roto por un suspiro entrecortado de Anna, seguido por la voz del hombre, que dijo con voz emocionada:

—Soy el mayor de los hermanos Cohen Salvadiel, y soy, como te he dicho antes, judío.

## CAPÍTULO XVI

### HERVÁS, II PARTE

El hombre, para calmar la ansiedad que le había producido el relato, miró hacia al suelo y vio los pies enrojecidos de la joven, y, sin decir nada, la llevó a su casa, pasando de nuevo por las mismas callejuelas que parecían encrucijadas donde Anna supuso que el judío perseguido podía dar esquinazo a sus perseguidores, y que, aún después de mucho tiempo, siguen existiendo rincones escondidos en este siglo bajo las calles subterráneas, que son reliquias antiguas que narran por sí solas una historia que no debemos consentir que se repita.

Por esos bellos laberintos caminaban los dos, pensativos, el hombre rompió el silencio para decirle que estas encrucijadas los llevaban a la calle principal. Anna vio cómo la calle se deslizaba suavemente, camino abajo, bordeando una colina. En un recodo, como si se escondiera de algo, apareció la casa de Cohen, una casa en apariencias humilde. Antes de abrir la puerta, Cohen colocó su mano derecha en una hornacina de piedra cavada en el dintel de la puerta. Cogió de ese hueco una caja alargada de metal, sacó un pergamino mientras bajaba la cabeza. Anna esperaba en silencio, le parecía que rezaba una oración. Poco después, al entrar en la casa, le contó el significado de ese rito. Entraron por un pasillo largo que precedía a un patio-jardín primorosamente cuidado, donde el brocal de un pozo de piedra esculpida avisó al visitante de que se podía beber agua fresca para calmar la sed en las tardes de estío.

Cohen, con voz potente, llamó:

—¡Judí! —en unos minutos apareció una muchacha joven. Con voz firme, pero amable, le ordenó que ofreciera a la invitada un calzado más cómodo. Unos minutos después, la joven apareció con unas zapatillas de esparto, típicas de la comarca. Anna se calzó sin decir nada. Aún no había salido de su asombro, quizás pudiera ser que estuviera viviendo una quimera, porque todo parecía estar resultando según había imaginado.

De nuevo, salieron al campo. El judío quería que esta conversación que habían mantenido ambos se mantuviera en la más estricta intimidad, para así poder analizar palabra por palabra y sin ninguna interrupción todo aquello que parecía ser de suma importancia. Más tarde, informaría a la comunidad de lo que Anna le había contado. Ya empezaba a reinar el anochecer, el paseo estaba siendo placentero entre los pinares, la larga conversación que mantenían era continua, ininterrumpida, solo osó romperla el trinar de los pájaros cuando todos acudían a la dormida.

Anna, por unos momentos, se encontró en un estado de maravilla, por eso creyó que se había equivocado al pensar que sus esfuerzos iban a caer en saco roto. Ella nunca tuvo en su vida nada fácil para conseguir sus objetivos. Pero Cohen la interrumpió en sus pensamientos y le invitó con naturalidad a pernoctar en su casa aquella noche. Sin esperar respuesta por parte de ella, dijo:

—Te informo que mañana vamos a tener mucho de qué hablar, pues he convocado una reunión con algunos de los barones más influyentes del colectivo judío. Pero antes de todo —dijo Cohen— quiero que sepas el significado que tiene ese pergamino que me has visto leer antes de entrar en mi casa y que, por el gesto que hiciste con las cejas, sé que te ha intrigado. Este ritual hace recordar a los que habitan la casa que tienen conexión con DI-S y su herencia. Lo que me viste leer es un manuscrito que cuenta un pasaje bíblico, que declara la unidad de DI-S y nuestra entera dedicación al Todopoderoso.

Anna escuchó sin casi pestañear. Aquel hombre, sin conocerla, le estaba narrando la historia y los ritos de los judíos. Cohen la miró por unos instantes, esperando que le hiciera alguna pregunta.

—Poco después —dijo—. Creo que ya te he contado casi todo a lo referente al rito que hice para entrar en mi casa. Bueno, me quedaba por decir

que, después de rezar la oración, deposité de nuevo el manuscrito en su sitio. Yo lo hago así porque así lo hizo siempre mi familia, pero en algunas otras casas aún se puede ver en el dintel de la puerta, esculpidas en la piedra, la frase escrita que reza así: *Shomer-Daltot—Israel*. Y ahora seguramente te preguntas, ¿he acertado?

Anna con la cabeza hizo un gesto afirmativo.

—Pues bien, voy a saciar tu curiosidad —dijo con una sonrisa cordial—. Esta frase quiere decir: *Guardián de la puerta de Israel*.

Anna, al cogerla desprevenida tanta generosidad, no supo reaccionar y, con voz firme, que a ella misma le sorprendió, le dijo:

—Me ha encantado toda su narración, pero estoy impaciente. Solo quiero poder terminar cuanto antes lo que empecé en Polonia.

Aquella noche la muchacha, en la casa de Cohen, sintió cómo el sueño era ligero y alterado.

Soñó que el nazi que mató esa noche en el hotel Ritz bailaba con ella en la intimidad en una lujosa habitación de un extraño palacio. Él llevaba cadenas en las manos y, al abrazarla, en su espalda, se le clavaron los eslabones como dardos envenenados. Pero cuando estaba a punto de decirle “basta”, se despertó con un sabor amargo e insoportable en la boca.

Afuera se levantó un viento que golpeaba sin piedad las persianas de madera, haciéndolas temblar y provocando un ruido casi infernal.

Aquella mañana la cama desordenada delataba el trajín inquieto que había tenido, poniendo de manifiesto los acosos del insomnio. Después de asearse y de salir al pasillo, se orientó por el olor de café recién hecho que salía de la cocina, que, siguiendo el olfato, la condujo al comedor. Esta dependencia era sobria y elegante a la vez.

En la mesa, ya sentados, la esperaban cinco hombres que, al verla entrar, la miraron expectantes. Afuera, en el campo, y después de una noche de

lluvia y viento, parecían crecer, aceleradas, las parcelas de follaje para acaparar el sol a las retamas y encinas. Todos parecían competir entre ellos, arrancando destellos de sol a las hojas de los olivos, que se mostraban de un color verde intenso, salpicados de flores, que como regalo de la naturaleza, esparcían su acentuado aroma por todas partes.

Parada ante la puerta del comedor, esperaba que aquel grupo de hombres que la miraban analíticamente la invitasen a entrar. Anna, ante la expectación que había despertado en aquellos hombres, se encogió. Estaban todos vestidos de negro y con aspecto solemne. Mientras tanto, para no perder la compostura, al encontrarse nerviosa, dejó vagar con curiosidad sus ojos por toda la estancia. Después de unos minutos de espera que se le antojaron interminables, al seguir siendo observada, Cohen, como anfitrión, se levantó, se dirigió hacia ella y del brazo la condujo hacia la mesa donde estaban sentados los cinco hombres y le dijo señalándolos, mientras los iba presentando. Al término de esta le dijo:

—Estos son los que pueden ayudarte en tu misión.

Los ojos de aquellos caballeros allí presentes ahora la taladraron sin disimulo. Cohen al ver confusión en la mirada de Anna le dijo:

—No temas, todos están bien informados. Saben de dónde vienes, pero ahora quieren saber cuál va a ser su cometido. Ahora todos estamos bajo tus órdenes.

Anna pareció encogerse ante tanta generosidad, ya que ninguno la había visto en persona hasta ese momento.

Ante un café humeante y unas roscas fritas, todos parecían esperar su turno para hablar. Poco después, todos le hicieron preguntas sobre cómo tenía pensado realizar todo aquello que decía tener en mente.

La respuesta de Anna fue sincera al responder que ni ella misma lo sabía porque solo se dejaba llevar por las manos de la Providencia.

—Porque ustedes, seguramente, sepan mejor que yo que, a la postre, nuestros actos determinan el resultado de nuestras vidas.

Después de oír esas palabras de Anna, solo se oyó el ruido de una taza posarse en el plato.

Aquellos hombres se quedaron sin habla ante las apreciaciones que tenía aquella mujer, que aparentaba ser una chiquilla. Todos los que se encontraban en la casa de Cohen habían sido llamados como hace siglos fueron llamados los judíos para formar parte de la orden militar de Santiago de Alcántara, que fue creada con el fin de que pudieran sobrevivir a las persecuciones a las que estaban sometidos todos los judíos en el reinado de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, habiendo sido, desde entonces, protegidos por los grandes señores con la sola finalidad de que les siguieran sirviendo como médicos, artesanos y en otros menesteres que ellos no sabían desempeñar bien, pues en aquella época llegaron a ser tan imprescindibles por sus habilidades con la física, y su sabiduría para las finanzas y muchas más cosas que dieron fe de saber manejar.



Aquel desayuno se alargó tanto que terminó siendo comida, merienda, la reunión se tornó de una importancia sin precedentes para el colectivo judío. No se podía dejar ningún cabo suelto, todo tenía que ser perfecto en la ejecución de lo que allí se estaba gestando.

Después de exponer su proyecto y ultimar todos los detalles, se pusieron incondicionalmente a disposición de Anna, deseando todo el colectivo hacer pagar a esas alimañas su maldad.

Cohen se dirigió hacia ella, simulando con una sonrisa que evidenciaba que había provocado en aquellos hombres admiración al no esperar que fuera una mujer, además tan joven. Y ante la juventud de Anna, cuando escucharon sus proyectos, no tuvieron más remedio que disipar sus dudas al ver el coraje que mostró ante ellos aquella mujer ese día.

Pero lo que ella ignoraba era que la mayoría de ellos, desde que salió de Polonia, habían seguido sus movimientos. Ella, que fue siempre muy intuitiva, a veces tenía la sensación de que un ángel de la guarda le protegía de toda la maldad que se encontraba en el camino.

Pero nunca pensó en la trama urdida por la comunidad judía. Ellos habían sido sus ángeles de la guarda cuando se creyó estar sola y asustada ante la magnitud que estaba tomando aquella misión. Parte de la comunidad, que estaba enterada de lo que estaba haciendo Anna desde el momento en que tuvieron noticia de que era una joven inexperta, pero valiente, y que además se había ofrecido generosamente a vengar a su colectivo masacrado, todos los que lo supieron se brindaron a protegerla.

Los judíos hicieron una red, en la cual y cada uno de ellos que se encontrara en el lugar donde estuviera en esos momentos Anna la protegerían de cualquier obstáculo que se le presentara. Eran jóvenes voluntarios que se ofrecieron incondicionalmente para ayudarla. Muchos de ellos estaban asombrados por su valentía cuando la veían actuar. Porque para ella tan solo

había una verdad y era que había que castigar al enemigo.

Después de un largo silencio donde parecían estar todos meditando le preguntó el judío más viejo, haciéndose pasar por ignorante:

—¿Y cómo piensas intervenir desde ahora?

—Haciendo todo lo que esté en mis manos. Creo que lo he demostrado viniendo hasta aquí desde tan lejos.

Anna los miró fijamente, uno a uno. Los hombres parecieron sobrecogerse ante tanta valentía. En comedor pareció que las palabras de Anna se magnificaban produciendo un silencio que solo era roto por la respiración fatigosa del más anciano.

—¿Y cómo piensa conseguirlo? —dijo otro de los componentes del grupo mirándola a los ojos con una curiosidad que a Anna le pareció insultante.

Esos hombres —pensó— parecían desconfiar de su capacidad, dudando que hubiera llegado a España solo para conseguir unos objetivos dudosos.

Pero solo les contestó:

—Ojalá lo supiera, pero para eso estoy aquí.

—¿No has pensado que esta misión quizás requiera años?

—¿Años? ¿Quieren esperar años? Pero no se dan cuenta de que el tiempo se acaba —y subiendo el tono de voz—: No estoy dispuesta a que esta atrocidad cometida por los nazis quede en el olvido. Y no he venido del extranjero para empezar con ñoñerías, porque esto para mí sí que es una cruel realidad, el que todo quede en el olvido.

Los caballeros allí reunidos se echaron un vistazo con una mirada aprobatoria.

La velada empezaba a hacerse interesante. Los cinco hombres se miraban sin disimulo de vez en cuando, a modo de interrogación. Mientras, Anna hablaba sobre el proyecto que tenía en mente y que había puesto en

marcha desde que llegó a Madrid.

Juan, el que parecía el más joven, dijo sin pelos en la lengua:

—Está usted todavía en edad de enamorarse. ¿Y si se enamora de uno de ellos? ¿Qué nos puede pasar a nosotros?

Anna, ante la pregunta indiscreta, se impacientó, pero dominó su ira.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

—Bueno, eso es un factor a tener en cuenta —dijo Cohen con voz solemne.

Anna se levantó de la silla precipitadamente y con voz rota por el desencanto les dijo:

—Buenas noches, señores.

Pero cuando tendió la mano para asir el pomo de la puerta para salir, la mano fuerte de Cohen se posó en su hombro y le hizo que parara en seco. Cohen se disculpó:

—Lamentamos profundamente que hayas tenido que pasar por este estúpido examen, pero era necesario. Las circunstancias requieren la máxima precaución, estamos pisando un terreno muy resbaladizo, donde podemos caer unos cuantos si salimos de la clandestinidad, y ya hemos tenido demasiados muertos sin razón alguna, haciéndonos sufrir desde lejos todos y cada uno de los conflictos que se desarrollaban, sobre todo en Polonia. Lo que sucedió allí para nosotros fue aterrador, pues no sentíamos el dolor físico, pero sí el mental, pues cada noticia que recibíamos era para nosotros tan fuerte que nos trastornaba. En cada noticia que nos llegaba, nuestro estado emocional se resquebrajaba, haciendo que, a veces, en nuestros sueños sintiésemos en nuestras carnes el horror y el traumatismo que ellos estaban padeciendo.

El silencio de aquel comedor se podía masticar.

—Pero —dijo Cohen, levantándose de la silla— ahora parece haber

llegado el momento de redimir a nuestros muertos.

Una sonrisa de Anna hizo romper el hielo, cuando, de nuevo, se sentó para terminar la conversación interrumpida.

Nadie hizo un nuevo comentario, pero Anna, ante la mirada de preocupación de aquellos hombres, comprendió lo difícil que les estaba resultando confiar en una joven extranjera.

Los ojos se le iluminaron al pensar que la mano de Samuel podía estar interviniendo desde donde se encontrara, siendo este su deseo antes de dejar el mundo, un mundo que no pudo disfrutar.

Los nazis podían ser muy poderosos ahora con las riquezas acumuladas que habían incautado al pueblo judío, pero no podrían nunca disfrutar de libertad, pues el mundo siempre les recordaría que en sus entrañas solo afloraba la maldad propia de los posesos. Allí también se dijo que el colectivo judío nunca olvidaría, pero tampoco tenían la intención de guardar rencor por lo pasado. Solo querían el reconocimiento de inocencia de los que habían sido humillados sin razón.

Al dar por terminada la reunión, Anna, al despedirse, a sus labios acudieron palabras a tropel que no pudo pronunciar, porque le parecieron que su pronunciación en esos momentos podían llegar a ser incoherentes. Todo era motivado por la ansiedad que sentía y por querer decirlo todo. También quiso decirles que les estaba agradecida por colaborar con ella en su causa. Pero calló, no dijo nada, porque su júbilo y todos aquellos proyectos que tenía pensado, en unos segundos, se le antojaron vaguedades que podían llegar a ser negativos a su voluntad.

Al salir de aquel salón se sintió asustada, sobrecogida. Presentía que ahora era cuando empezaba la verdadera lucha para ella.

En el proyecto que Anna ideó desde el principio para la contienda estaba segura de que tenía que haber algún resorte para poder poner aquel

entramado de aquel mecanismo en marcha. Pero desde ese momento, aquellos hombres y, en aquel comedor, y sin que ella pudiera darse cuenta, ya se había puesto en marcha en aquella extraordinaria convocatoria de Hervás. Allí se buscaron fórmulas casi inimaginables para poder llegar hasta el final. El resultado tenía que ser un referente, según dijo el que parecía ser el mayor, para que nunca más se repitiera ningún otro genocidio. No solo de judíos, sino de cualquier ideología o religión.

Más tarde, se tranquilizó ante una taza de leche que le sirvió Judí en la cocina. Sus dudas parecieron desvanecerse cuando reconoció que había sido buena la acogida que le dispensaron los amigos de Cohen. Sus pensamientos no la dejaban reposar, pues saltaban del pesimismo a la alegría. Pero, de repente, empezó a sentir una transformación, era como una especie de excitación placentera mientras recordaba con sus cinco sentidos todo lo que allí se había debatido.

Una vez en la habitación, esperaba ser llamada de nuevo para reanudar las conversaciones. Quería creer que lo más duro había pasado, aunque pareciera que ya había empezado a realizar su sueño. Inmersa en pensamientos confusos, pensó que aquellos hombres, si quisieran, podían pedirle algo imposible de hacer para ella. Pero, inmediatamente, cambiaba de registro para encontrarse feliz. El anochecer empezó a hacerse largo, no podía creer que había encontrado a las personas adecuadas que le ayudarían incondicionalmente en la contienda, y volviendo al pesimismo, sabía que aún le quedaban muchos sacrificios por hacer y que no debía olvidar que esta clase de misiones suelen conllevar actos arriesgados.

Serían las nueve de la noche cuando se reanudaron de nuevo las conversaciones. Después de pasear por el patio de la casa para estirar los músculos de las piernas, poco después se sirvió una cena fría. Durante la cena, entre otras cosas, se habló del ambicioso proyecto que venía pensando

Anna desde hacía días, y que uno de ellos era el de comprar una finca. Ya se había informado de que en España, si no se tenían propiedades, no se era bien acogido en la alta sociedad, de la cual ella quería formar parte. La condición de Anna era que la finca llevara, si pudiera ser, ese campo mucho tiempo abandonado, también que estuviera lo más alejada posible de cualquier núcleo urbano y, además, poseyera una casa solariega con un punto aristocrático.

Aquella noche eterna, después de la reunión, el desvaído azul del cielo apareció con manchones de deshilachadas nubes. Se encontraba en su habitación a solas cuando una sombra alargada se proyectó tras ella tapando casi su silueta. Volvió la cabeza, pero allí no había nadie.

Todos se miraron y quedaron de acuerdo con las observaciones que había dicho Anna.

Aquella misma noche se despidieron, sabiendo cada uno cuál era su cometido a seguir.

Ya en la alcoba, mientras se desnudaba y daba masajes a sus doloridos pies, miró por la ventana. En lo alto de la colina, una pequeña ermita, como un punto blanco, destacaba en el verdor del campo. Pensó agradecida al Creador del Universo por las pequeñas y las grandes cosas que le había dado con la inmensidad de su poder.

A pesar de que sus nuevos amigos se hicieran cargo de los detalles de la ejecución, Anna, al día siguiente, se sentía inquieta mientras su auto rodaba camino a Madrid y se alejaba de aquella provincia que había visto por sus propios ojos que era increíblemente bella, tan cerca y tan lejos de todo, esa tierra llamada Extremadura.

Para el día siguiente había sido invitada a una cena con baile en el hotel Palace, la ocasión era la de una celebración de cumpleaños. Anna no es que supiera mucho de la anfitriona, pero aceptó la invitación, pues intuía que

tenía que asistir gente muy, pero que muy interesante para ella. De nuevo, empezaba a trabajar.

Para la ocasión se puso un vestido corto de coctel, ajustado a las caderas, destacando en la cintura un fajín de organdí de color rojo y hombros al descubierto, según la última moda del momento. Lucía, como siempre, espectacular. El color rojo siempre fue su favorito, pues ese color era elegido por ella cuando tenía que “entrar en combate”, ya que le daba suerte.

Entró en el salón altiva, parecía ajena a la suerte que le habían preparado los espías de los nazis. El salón se encontraba repleto de gente elegante, entonces supo que estaba donde quería estar. Se mezcló y habló con lo que ella le dio por llamar piezas a encajar en el enigma. A ninguna de aquellas personas las había visto en su vida, pero sabía quiénes eran. Con andares lentos y espalda recta, caminó por el salón buscando ver alguna cara conocida. En una esquina del abarrotado salón vio a la anfitriona charlando amigablemente con unos invitados. Al verla, se despidió de ellos para acercarse a Anna.

—Querida, qué alegría que hayas podido acudir a mi cumpleaños, ven —y cogiéndola del brazo dijo—. Quiero presentarte a alguien —y mirando por encima de las cabezas de los invitados, con mueca de desagrado le dijo—: Qué fastidio. Creo que ahora le he perdido de vista.

Anna la miró, era una de esas damas que había conocido en las comidas de los lunes y con la que apenas había cruzado dos palabras seguidas. Pero como mera observadora, a Anna siempre le había intrigado su nacionalidad, pues no supo con certeza si su acento era francés, porque, a veces, lo camuflaba con habilidad con otros acentos muy poco definidos. Esto le hizo pensar que cambiaba de registro al hablar según con quien lo hiciera. Anna observó que con el idioma que menos parecía esforzarse era con el acento italiano.

Anna, mientras la anfitriona intentaba encontrar con la mirada a la persona que quería presentarle, intentó distraer sus preocupaciones pensando en la edad que podía tener la anfitriona. Anna sonrió cuando pensó que aquella dama, por su atuendo, parecía ser joven, pero también podía ser una forma de transformarse. Por su manera de moverse y de hablar, y después de haberla observado unos minutos, le pareció que aparentaba tener cierta edad, que sabía hábilmente manejar, y que sin esta habilidad hasta podía llegar a aparentar una edad que podía llegar a rayar la ancianidad.

La voz de la anfitriona, que le hablaba en susurros cerca del oído, la sacó de sus pensamientos.

—¿Conoces a alguien? —y sin que le diera tiempo a responder—: ¿Te encuentras a gusto, querida? Lo siento, no sé qué le puede haber ocurrido a la persona que te tenía que presentar. Te noto un poco despistada.

Aquella mujer parecía hablarle como si estuviera descifrándole al oído un código secreto. La miró con recelo. ¿Qué era lo que le quería decir con aquello de que “te tenía que presentar”? Porque Anna estaba segura de que algo le estaba poniendo nerviosa a la anfitriona.

En esos momentos apareció ante ellas un caballero joven, distinguido:

—A ti te buscaba —dijo la anfitriona intentando parecer tranquila. Después de hacer la presentación, se dirigió al joven—: Trátala bien, es muy buena amiga mía.

Y desapareció entre los invitados que bailaban con total despreocupación.

Anna no sabía qué decir ante aquella presentación tan cariñosa. El joven se quedó junto a ella. Anna, como tenía por costumbre, lo analizó y, con agrado, vio que tenía una mirada sorprendentemente amistosa y una sonrisa que parecía ser permanente.

Él, sin pudor, le dijo:



—Eres verdaderamente hermosa —cogió su mano y se la acercó a la boca con el ademán de besarla como todo un caballero. Anna le obsequió con una leve sonrisa bien estudiada.

Pero mientras tomó una copa en su compañía, pensó perpleja: “¿Quién puede ser este hombre tan atractivo?”. La anfitriona no le había dicho su nombre al presentarlos.

Sin duda alguna tenía que ser un alemán, pues no había fiesta en Madrid que se preciara en la que no estuviera alguno de ellos. Era alto, rubio, ojos azules y profundos, que, a pesar de ser impenetrables, le parecieron dos gotas de aguas marinas bajo sus pestañas.

Una señora encantadora los saludó y, dirigiéndose a él, le dijo:

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras, Braunsteiner?

Anna, al escuchar ese apellido, sintió cómo se sobresaltó su corazón. Su cabeza, inmediatamente, se puso a la expectativa, ese apellido le hacía pensar, pues desde que se implicó en la tarea de buscar nazis, se había aprendido de memoria los apellidos de todos aquellos hombres que hicieron las mayores atrocidades que se pueden cometer en una guerra.

—Tengo que recordar cada nombre, pero sin equivocarme —se decía a sí misma para no cometer ningún error mientras lo miraba con dulzura.

Una jovencita, vestida en azul pálido, con tacones de vértigo, al verlo, se acercó insinuante, llamándolo por su nombre:

—Gérman, Gérman Braunsteiner —dijo la joven tan entusiasmada que parecía que había reencontrado después de mucho tiempo ausente, dando la impresión de ser el amor de su vida y, con voz dulce, que rayaba la cursilería más ordinaria, prosiguió—: Qué pasa contigo que casi no te prodigas últimamente —y sin el más mínimo miramiento, lo arrastró por un brazo hasta el centro de la pista de baile. Gérman miró a Anna, pidiéndole disculpas con un gesto.

Anna de nuevo se encontró sola. Al momento, coqueteó con un grupo de jóvenes que se le acercaron. Aquella noche le había tocado divertirse como si fuera una chica descocada y frívola. No siempre era así, pues todo dependía de la fiesta a la que asistiera y como estas se sucedían con frecuencia durante casi todas las semanas, y sin ningún motivo aparente, en algunas llegó a flirtear descaradamente con aquellos que eran sus más peligrosos perseguidores. Pero nadie podía sospechar que, al pasear con aire distraído por el salón, aquella noche tan solo escudriñaba a todos los que allí se encontraban con estudiado disimulo, todo aquello que, creía, le pudiera llegar a interesar.

La chica que secuestró al nazi cuando este hablaba con ella, después de bailar un tango de Gardel, muy en boga y actual, observó cómo miraba hacia sus amigas con ademán triunfador, que fue recibida por el grupo con muecas fingidas.

Anna, después mirar al grupo, con la copa en la mano, salió a la terraza que daba al jardín. Su cerebro la estaba martirizando sin piedad mientras ella le pidió a sus neuronas que recordara a quién pertenecía ese apellido.

Entró de nuevo al salón con aire de mujer autosuficiente. Se acercó a la barra, pidió un jerez, se lo tomó de un trago y, antes de dirigirse hacia la puerta que daba entrada al jardín, se apoyó con coquetería estudiada en el quicio de la puerta, desde donde podía dominar con la mirada todo el salón y poder estudiar a todo el que pasara por su lado haciéndose la distraída. Miró hacia el jardín y lo vio maravilloso, con un verdor casi transparente, salpicado de diminutas flores. Para recuperarse del esfuerzo mental que estaba haciendo en recordar el nombre del que hacía unos minutos acababan de presentarle, de pronto, recordó a quién pertenecía ese maligno apellido, era, nada menos, que el de una de las mujeres más sanguinarias, militantes del partido hitleriano. Esta mujer siniestra había sido la guardiana de los

campos de exterminios de Ravensbruck. Fue una mujer destacada por su grado de maldad.

Anna, cuando se tranquilizó, entró de nuevo en el salón, buscando con la mirada al grupo de jovencitas que, momentos antes, habían acaparado la atención del nazi. Allí estaba él, como una gallina clueca, en medio de las chicas que se disputaban su exclusiva compañía.

Anna se paseó cerca del grupo, intentando llamar la atención del nazi con increíble descaro. Necesitaba atraerlo, pero aquel hombre parecía satisfecho con la compañía que disfrutaba. Tenía que ser ágil y mover ficha cuanto antes. Le interesaba que aquel hombre aquella noche estuviera con ella. Estaba segura de que tenía que tener mucha información que para ella podía ser vital.

Anna paseó por el salón junto al grupo, y cuando pensó que era el momento de entrar en acción, vio cómo una dama joven vestida con excelente gusto se acercó a Gérman, y pudo oír con nitidez:

—¿Y cómo no ha venido tu hermana a España? Pues aquí, según se puede apreciar, hay mucho alemán, y parece que estéis todos en familia —dijo con acento irónico simulado.

—Mi hermana se encuentra en los Estados Unidos, se casó con un americano —dijo orgulloso al saber que se interesaba por ella.

La señora saludó con la mano al grupo y se separó de ellos sin más comentarios.

En aquel momento, en la cabeza de Anna empezó a proyectarse la historia de aquellos acontecimientos, empezando para ella a tener tintes interesantes.

De repente, entre el grupo de jovencitas donde se encontraba el joven, se oyó un murmullo, una de ellas dio la voz de alarma. Gérman se había desmayado antes de que la noticia llegara a todos los invitados.

Sorprendentemente, aparecieron de inmediato dos camareros fuertes como el tronco de un alcornoque y lo sacaron de allí.

Las notas de la orquesta siguieron sonando mientras Gérman era arrastrado, aparentemente inconsciente, por aquellos dos hombres, dejando a su paso un reguero de sangre que pasó desapercibido por los invitados, que seguían el ritmo de una música frenética. Todo parecía normal, menos para Anna, que estaba atenta ante el desarrollo que estaba tomando aquella situación, pues vio, curiosamente, cómo otro camarero, con un mocho en la mano, iba tras la comitiva del supuesto enfermo, limpiando la sangre para borrar el rastro.

Anna, para el día siguiente, había quedado en almorzar con Cohen en un lujoso restaurante en Recoletos. Tenía pensado que durante la comida debía contarle lo que había visto y oído aquella noche, y también tenía que decirle que no dudó ni un solo instante desde que entró en aquella fiesta que había algo extraño en el ambiente.

Y también quería contarle cómo los invitados, de forma extraña y a pesar de ver pasar por su lado un cuerpo inerte que estaba siendo arrastrado hacia un cuarto, que parecía estar destinado a guardar utensilios de limpieza, nadie dejó de bailar.

Anna, ante aquella pasividad de aquellos invitados, no salió de su asombro. Parecían marionetas sin sentimientos, moviéndose al son de una orquesta que en esos momentos le pareció patética.

Cuando al día siguiente se encontró con Cohen para comer en el restaurante acordado, empezaron a hablar de cosas triviales. Anna se empezó a encontrar inquieta, no sabía la razón que le impedía contarle todo lo vivido la noche anterior en aquella fiesta. Una hora después, omitiendo parte de lo acontecido en aquella fiesta, le dijo mientras se llevaba a la boca el tenedor con un trozo insignificante de pescado:

—La fiesta no fue del todo divertida. Me aburrí soberanamente y tuve la necesidad de salir cuanto antes de allí. Pero cuando busqué a la anfitriona para despedirme no la encontré en el salón. Al no verla en ningún corrillo, me asomé a la terraza, me extrañó que estuviera casi desierta. Entonces, decidí salir al jardín para ver si la encontraba. Me adentré por una pequeña vereda y la encontré sola, sentada en uno de los bancos donde reinaba una velada oscuridad, que era producida por el ramaje de uno de los árboles que apaciguaban la luz de la farola. Me acerqué a ella. En la proximidad, noté algo extraño en aquella penumbra, me acerqué más y la llamé por su nombre, entonces vi que tenía los ojos desorbitadamente abiertos, la lengua le colgaba fuera de su boca como un trozo de filete oscuro. Me quedé paralizada ante aquella visión, la miré de nuevo antes de salir corriendo y descubrí, con horror, que entorno a su cuello se encontraba un bello chal de seda enrollado. Sorprendida, mi primera intención fue la de dar la alarma, la habían estrangulado y pensé que eso podía haber sido la causa de su muerte. ¿Pero por qué motivo? Mientras, las rosas del jardín se mecían con la mansa brisa de la noche.

Cohen la escuchaba sin decir nada.

Anna empezó a impacientarse por su silencio. Y levantando la voz dijo:

—Desde ese momento no permanecí ni un segundo más en aquella fiesta. Inmediatamente, salí de allí sin esperar el final, que imaginé que iba a ser patético cuando todos descubrieran lo sucedido.

Anna no podía disimularlo, cada momento que pasaba se encontraba más contrariada por la actitud de Cohen, pero con los nervios a flor de piel siguió narrando. De pronto, empezó a sentir cierta desconfianza hacia Cohen y entonces pensó en tan solo contar una parte de lo que vivió en aquella fiesta. Ahora hablaba bajo, como si no le importara que no le escuchara, solo quería desahogar su angustia. Y Anna, como si estuviera contando un cuento a un

niño, prosiguió:

—Mientras esperaba que el guardacoches me llevara mi descapotable, vi con mis propios ojos a tres hombres con aspecto atlético, como hablaban en susurros bajo la titubeante luz de una farola y en la oscuridad movible producida por las ramas de los árboles parecían mecerse siniestramente.

Anna levantó la vista hacia Cohen y, más enojada que aburrida, dejó de narrar.

Después de unos minutos, al fin, Cohen pareció reaccionar.

Y con voz condescendiente dijo:

—Puede que estuvieran hablando de cualquier cosa para pasar el rato de la espera, suponiendo que fueran guardaespaldas.

¿Pero tan solo sacó esa conclusión de lo que le estaba contando?

—Y referente a los apellidos —dijo Cohen— de aquel chico, en cualquier nación del mundo es frecuente que se repitan con mucha frecuencia, sin tener que ser parientes por necesidad.

—Pero —casi gritó Anna— creo que no estás poniendo atención a nada de lo que te estoy diciendo. ¿No te das cuenta? —ocultando su indignación—. Te estoy diciendo que hablaban de su hermana —dijo alarmada por la impasibilidad con la que estaba escuchando.

De pronto, pareció despertar de su letargo solo para decir:

—¿Quién no tiene una hermana?

Anna estaba cada vez más desconcertada, no sabía qué era lo que le estaba pasando a Cohen, quizás se había confundido con él y no era lo que ella había creído que era. La conversación que estaban manteniendo, en vez de tranquilizarla, empezó a preocuparla. Esto parecía ser un punto más a sumar en su intranquilidad. La poca atención de Cohen le hizo pensar que el asunto del que le estaba hablando no parecía tener interés para él y al no intervenir en su relato para dar su opinión, empezó para ella la reconstrucción

de un rompecabezas al que le pareció que le faltaban piezas, pues le dio la sensación de no querer contribuir para nada en dar soluciones a su proyecto contra los nazis. Anna bajó la cabeza, no tenía la intención de seguir hablando, y se puso a mirar su plato llena de incertidumbre.

Cohen, al fin, se decidió a hablar. Su voz parecía pesarosa.

—Pero después de tanto hablar, no me has contado qué era lo que escuchaste cuando hablaban aquellos hombres.

Anna lo miró, tragó saliva y, con rabia contenida, le contestó:

—Ya no sé si me vas a creer o no, pero todo lo que escuché solo fue por casualidad; pero con total nitidez oí que decían, y además estaba segura de que aún no se habían enterado de lo sucedido los que se encontraban dentro del salón. Bueno más que nada lo deduje en esos momentos por la tranquilidad con la que se fumaban un cigarrillo. Decían —ahora en la voz se le notaba ansiedad— que estaban seguros de que habían encontrado un topo entre los nazis y que sospechaban que era una mujer. Y ya habían empezado las averiguaciones para saber de quién se trataba y que desde unos días la tenían bajo vigilancia.

Anna se sentó descontenta ante la actitud pasiva que mostraba su interlocutor. Porque de nuevo le sorprendió aquel extraño mutismo por parte de Cohen. Pero Anna notó en el rostro de Cohen ese rubor que daba el desconcierto y, resignada, no esperó ningún comentario por su parte, pues parecía estar pensando en algo que no estaba dispuesto a comunicarle.

Anna lo miró, y su mirada parecía turbada. Mientras, pensaba que, desde hacía días, una pregunta le quemaba la garganta, pero no se atrevió a pronunciarla.

Cohen, tras unos minutos de silencio que parecían pesarle en la espalda, después de una pausa, dijo al fin, intentando escrudiñar en aquellos ojos azules:

—Te encuentro cansada, creo que esta conversación la deberíamos dejar para cuando estés más relajada, ya se ha hecho tarde y deberías regresar al hotel. Tómate algo para calmarte y acuéstate, una siesta te vendrá bien. Lo demás déjalo en mis manos.

Anna se levantó bruscamente de la mesa. Por primera vez, con su actitud quiso darle a entender que no estaba dispuesta a que él llevara la voz cantante.

Aquella tarde se sintió tan incomprendida que se vio como una niña desvalida y aceptó a regañadientes todas las sugerencias que le había propuesto Cohen en aquella comida que, estaba segura, tardaría mucho en olvidar. Ya en su habitación, cerró las cortinas para que no entrara ningún resquicio de claridad y se acostó con la esperanza de poder dormir un rato.

Aquella tarde mientras intentaba dormir, tuvo una sensación como si toda su vida hubiera transcurrido metida en un laberinto sin salida. Aquel día no volvió a salir a la calle, y en la penumbra de la alcoba, pensando, le dieron las claras del día.

Por la mañana, como era habitual en ella, al levantarse, y desde que llegó a España, abrió el balcón y corrió las cortinas. Aquella mañana sentía los músculos agarrotados y tenía la boca reseca por la mala digestión de la comida que, intuyó, se le había atragantado. Al asomarse al balcón, se acomodó en la barandilla y miró el cielo. Era de un azul intenso, la niebla había sido derrotada en su lucha con el sol, y una suave brisa mecía las hojas de los árboles, que parecían complacidas al recibir los tenues rayos mañaneros. Después de unos minutos, entró, cerró la puerta, se puso una bata y se frotó los brazos para entrar en calor.

Mientras se aseaba pensó en Cohen, se miró al espejo y vio en su cara unos ojos que denunciaban con su aureola gris una noche de incertidumbres, mirándose permaneció largo rato y empezó luego a repasar lo vivido, como el



sonido del piar de los pájaros desde la ventana de la casa de Cohen en Hervás y los perros que, al ladrar en conjunción con las aves, hacían sonar una sinfonía que solo la naturaleza sabe regalar. En aquella ocasión recordó que, mientras contemplaba el paisaje desde la ventana, se estremeció al notar en su cuerpo, con fuerza, ese gran latido de la naturaleza. Mientras aspiraba el aroma del campo, le pareció creer ver cómo se levantaba la tierra.

¿Qué sería lo que había pensado Cohen aquel día mientras comían para que ella ahora tuviera dudas de él? ¿Sabía acaso ella quién era en realidad?

Esa mañana decidió desayunar en el Ritz. No le fascinaba la idea de encontrarse con Cohen en ninguna otra cafetería. No tenía humor para estar en su compañía. Había sido una irresponsabilidad por su parte el no escucharla, le había defraudado al no creerse lo que la noche anterior le había contado.

Entró en el comedor de desayunos. Con la mirada eligió desde la puerta una mesa apartada del centro. En otra mesa, cerca de la entrada, se encontraba tomando café una anciana cuya cabeza desaparecía bajo un inmenso gorro bretón. Pasó por su lado y creyó que la siguió con la mirada hasta ver que se sentaba. Anna una vez sentada la miró intrigada y sus miradas se cruzaron, y en ese momento parecieron comunicarse. Anna notó que el rostro de aquella mujer había adquirido cierta gravedad.

El camarero se acercó a la mesa y pidió un café solo. Esa mañana no tenía apetito. La mujer del gorro no quitaba sus ojos de ella, llegando a incomodarla sin saber por qué.

De repente, la mujer se levantó, atravesó el comedor y se acercó a su mesa. Era alta y fuerte. A Anna le pareció, desde su asiento, una mujer gigante.

Y sin más preámbulos, al acercarse le espetó:

—¿Eres la polaca?

En esos momentos bebía un sorbo de café.

Anna la miró asustada, no sabía qué contestar. ¿Y si era ella la que estaba tras sus pasos?

La mujer, al ver la expresión de su cara, le dijo con una voz que parecía un trueno:

—Te pagaré bien si encuentras a los asesinos de mi familia.

Mientras, le decía entre dientes y en voz baja:

—Yo también soy polaca, esta es mi dirección. Si me necesitas, estaré contigo.

Cuando Anna quiso reaccionar, la mujer ya había desaparecido, tan solo pudo ver, al salir del comedor, la cúpula de su enorme gorro bretón.

Anna, con una desenvoltura que ya estaba empezando a ser habitual en ella, llamó al camarero:

—¿Me podía decir quién es esa mujer que acaba de salir?

—Es una de las habituales en las comidas de los lunes. Usted debe conocerla, puesto que también asiste a esas comidas.

Y, sin más, desapareció de su vista.

Pero aquella mujer al acercarse a su mesa, y después de hablar con ella, le dejó una nota extraña encima de la mesa.

Anna poco después vio la nota. La cogió intrigada, al término del desayuno, y a la salida del comedor aún no había descifrado lo que aquella mujer quería decirle en aquella nota. Antes de subir a su habitación, pasó por el hall para enterarse de los eventos que solían hacerse en el hotel. Leyó el tablón de anuncios, donde se anunciaba que aquella tarde, en el salón de baile, actuaba la cantante Liliana de Celi, más conocida por el público como LÍlian de Celi. Era una de las cantantes de moda en esos momentos que, con sus interpretaciones “picantes”, hacía vibrar desde el escenario a los asistentes, sus actuaciones iban siempre acompañadas de devaneos con el

público. Su simpatía, unida a sus magistrales insinuaciones, eran elogiadas por todos los que en la tarde-noche acudían para oírla interpretar, sobre todo, una de sus canciones más populares que era llamada “Las famosas tardes del Ritz”.

Por la tarde, Anna entró en el salón de baile, donde se esperaba que fuera la actuación de la famosa cantante. Se acomodó en la barra y pidió un coctel. Mientras llevaba el vaso a la boca dejó vagar su mirada perezosamente por el salón. Grupos de niñas y mozuelas se encontraban en agrupadas charlando en los rincones, mirando por el rabillo del ojo a todo aquel que llevara pantalones. Las madres o las acompañantes no las perdían de vista. Anna miró divertida aquella parodia que le pareció ridícula. Y cuando la orquesta empezaba a marcar sus sonos, salió la cantante, envuelta en un mantón de manila que empezó a manejar con maestría. Mientras, de su garganta salían canciones con doble intención.

Anna, con el coctel en la mano, se entretuvo observando a las jóvenes y a sus madres, que miraban a sus hijas embelesadas, pero cuando empezó la actuación de la cantante, perdieron por unos momentos el control de sus retoños, que, aprovechando la favorable coyuntura, bailaban con sus parejas tan pegadas a sus cuerpos que parecían lapas. Mientras observaba pensó que nunca creyó que fuera tan divertido ver cómo se cortejaban unos y otras con la candidez y aparentando inocencia. Aquello le pareció a Anna que quizás fuera la única manera que tenían esas chicas de poder pescar al chico deseado, que tal vez les pudiera ayudar a salir de la mediocridad en la que estaban sumidas por culpa de la guerra pasada.

Cuando terminó la actuación de la cantante, quizás por despiste o tal vez casualidad, pero las “cuidadoras” de aquellas señoritas se encontraban tan entretenidas en sus charlas que no veían cómo sus inocentes pupilas se perdían en lo más espeso del jardín, donde, sin pudor, escondían sus amores

bajo una simulada y cándida inocencia.

Anna era aún joven, pero no podía dejar de sorprenderle la manera que esas jóvenes tenían de buscar un buen partido para casarse. Tal vez, pensó Anna, que en España aún no se había descubierto la manera de que la mujer fuera libre de las ataduras de un matrimonio convenido que conllevaba el no ser jamás independiente. Ante esta reflexión, dedujo que la independencia de la mujer solo se consiguió con el trabajo, no por ello se tenía que renunciar al amor. Ante estos pensamientos, su rostro se entristeció... ¿Y ella? ¿Acaso con su independencia había logrado conseguir el amor? Pero su historia era otra. Y esa clase de vida para la mujer aún no se conocía en España.

## CAPÍTULO XVII

### UN PASEO POR LA CASTELLANA

Aquella mañana, Anna paseó por La Castellana, recreándose la mirada en aquellas mansiones que son mudos testimonios del pasado glorioso de una España donde se había escrito y dicho con orgullo que en sus dominios nunca se ponía el sol. Esto sucedió en la época colonial de Felipe II, cuando esta nación era el mayor imperio allende los mares. El rey, para tener contentos a sus vasallos, al regreso de sus largos viajes les solía otorgar títulos nobiliarios a cambio de que le llenaran las arcas del reino, que se encontraban mermadas por los muchos frentes abiertos que tenía en diversos continentes. A todos los osados comerciantes que salían con sus naves a recorrer las posesiones españolas para después regresar de las colonias con toda clase de mercancías. Estos comerciantes atesoraban grandes fortunas después de sus viajes y pagar al rey sus diezmos y primicias. Entonces, el rey les otorgaba un título de nobleza. Y estos hombres, para darse a conocer en la sociedad, se hacían

construir hermosas casas-palacios que, algunas, aún lucen majestuosas. Era una época (no muy diferente a cualquier otra) que, para demostrar su categoría social, estos nuevos ricos gastaban mucho dinero en construir sus palacios que eran adornados con lujos insospechados. Sus paredes las hacían pintar con murales por los mejores pintores del momento que algunos hacían traer desde Roma. También eran contratados los mejores ebanistas. Todo este despilfarro era con la intención de que sus moradas fueran las más bellas. También hicieron reclutar los más prestigiosos escultores que modelaban la piedra haciendo sin descanso estatuas para embellecer sus jardines, también se hacían traer telas, llamadas de plátano, desde Filipinas para hacer los ajuares de sus hijas; sedas de china para decorar cortinas y tapicerías de los grades salones. Los edificios se hacían según el status social del dueño de la mansión, pero entre los varios estilos que estos privilegiados elegían llegó a predominar el gusto por lo neoclásico.

Estos edificios, a pesar de los avatares vividos por la guerra, aún se encontraban en pie, no dejaron romper su belleza arquitectónica. Por lo tanto, en aquella época colonial, era costumbre, para algunos españoles, hacerse empresario para negociar con los productos llegados de ultramar. Así, algunos pudieron llegar a la riqueza, aunque muchos otros prefirieron caminos diferentes.

Algunos aguerridos siguieron las pautas de la época y se lanzaban a la aventura para hacer sus fortunas comerciando con azúcar, tabaco, etc. Todos luchaban por conseguir distinciones y títulos para obtener aquellos favores honoríficos que eran ofrecidos por el monarca, que reinaba tan solo a cambio de ayudar al reino a sufragar las contiendas que se hacían interminables.

Anna, caminando por la acera, recordaba con escepticismo esa historia gloriosa de España. Le hizo pensar en aquella frase histórica que decía que: “En España nunca se pone el sol”, y pudo comprender que, a veces, la

nobleza no se cuantifica por un derroche arquitectónico, ni por poseer aquellas casas señoriales que estaba viendo por aquella avenida elegante que tenía por nombre La Castellana. La nobleza tiene que llevar belleza unida a la bondad. Pero para ella no era ese su caso, era tan diferente... Ella no tuvo que luchar con las inclemencias del tiempo, metida en un bergantín, para encontrar la fortuna, pues la fortuna que ella administraba no era suya, pero, después de unos segundos de reflexión, pensó que podía hacer todo lo que quisiera con ella. Miró aquellos palacios y deseó desde ese momento poseer uno de ellos. Necesitaba que fuera el más hermoso, porque en esos momentos solo pensaba en rehabilitarlo para el honor de los judíos.

Por la noche, ya en el hotel, y mientras decidió qué hacer al día siguiente, después de pensar, se levantó del escritorio. En voz alta, como si estuviera discutiendo una transacción bancaria con un hipotético banquero, gritó que ya estaba todo decidido. Debía comprar uno de aquellos palacetes que se encontraban abandonados y así mataría dos pájaros de un solo tiro: el de devolverle su antiguo esplendor y el de demostrar, al mismo tiempo, todo su poderío económico.

Aquel día amaneció lluvioso. Anna, al encontrarse nostálgica, no estaba muy segura de estar haciendo bien las cosas. Se sentía inquieta, necesitaba respirar aires nuevos que le despejasen la cabeza. No soportaba la idea de estar todo el día en el hotel. Salió a la calle, elegante y sencilla, con una gabardina azul pálido, botines altos y un paraguas blanco transparente comprado en una elegante tienda inglesa. Caminó sin rumbo por las calles, se le hizo tarde. Miró el reloj: las dos y media. Era la hora del almuerzo. Sabía que en España, a las tres, ya no se servían comidas en algunos restaurantes. Cuando pasó por Cibeles se fijó en un restaurante que, por su aspecto, le pareció aceptable. Entró, miró curiosa el comedor. El camarero, que salió a su encuentro, le ofreció una mesa colocada en un rincón, entre una escalera de

caracol y un armario vasijero, que se encontraba junto a una maceta enorme de hojas verdes de plástico. Al sentarse, las hojas le rozaron el brazo derecho, sintiendo un desagradable cosquilleo. Un olor a potaje, que parecía estar mal condimentado, bajaba por las escaleras. Estaba a punto de salir corriendo cuando apareció el encargado de comedor increpando al inexperto camarero:

—¿Cómo le has dado esta mesa? ¿Es que no te has dado cuenta de que no es ninguna “paria”?

El camarero se disculpó mientras ella no salía de su asombro, le parecía estar viviendo una situación rocambolesca.

Inmediatamente, le ofrecieron una mesa tras una ventana con vistas a la calle. De repente, asombrada, vio cómo una cucaracha grande y negra correteaba a sus anchas por la pegajosa pared de madera. Ya no tenía apetito, pidió un refresco embotellado y bebió directamente de la botella.

—Pero ¿cómo puedo haberme equivocado? —se dijo.

La fachada, en apariencia, parecía la de un restaurante de fiar.

Pidió la cuenta. No dejó propina y salió de aquel restaurante airada y a la vez furiosa. Al salir, en la puerta, se encontró a Florencia, que simulaba pasear un perrito. La miró y le dijo:

—Hola, querida, qué casualidad verte por este barrio. ¿Cómo no estás comiendo en tu hotel que tienen los mejores cocineros de Madrid?

Anna, sorprendida, no supo qué decir. Aquella mujer aparecía ante ella a la menor ocasión. Florencia la cogió del brazo y, como si de dos hermanas se tratara, le dijo:

—La próxima vez, elige mejor tus restaurantes. Es más, creo que deberías comer más en tu hotel, los menús son otra cosa. Por cierto, ¿te apetece cenar esta noche conmigo? Solo es una reunión de dos o tres amigos.

Anna aún no era experta en estudiar psicológicamente las expresiones de las caras de las gentes con las que hablaba, pero, a modo de reto, aceptó la

invitación. Esta chica la confundía. Florencia la acompañó al hotel, por el camino hablaron de naderías que no le aclararon ninguna duda con respecto a ella, y llegó a pensar, incluso, que eran demasiadas coincidencias esos encuentros que ella decía ser fortuitos desde que la conoció.

Aquella noche acudió a la cita con Florencia para cenar en uno de los restaurantes más chic de Madrid. Allí la esperaban Florencia y dos hombres que aparentaban tener unos cuarenta años, elegantes, cultos y simpáticos. Al término de la cena, y ya en los postres, se mezclaron sus risas con algunos comentarios de historias que habían sucedido en la última fiesta a la que los tres habían asistido, pero que no eran nuevas para Anna, a pesar de no haber coincidido con ellos en ninguna de aquellas fiestas de las que hablaban.

Cuando entró en el baño de la cafetería, una mujer regordeta, de aspecto vulgar, se acercó a ella. Estaba vestida con un horrendo traje marrón que parecía haber comprado tres tallas más grandes de las que ella necesitaba. Estaba adornada como si fuera un escaparate de joyería. Se acercó a ella mientras se retocaba los labios y le susurró al oído:

—Cuidado, polaca, hay un hombre en la barra que, desde que llegaste, no te quita ojo. Cuando entres de nuevo, antes de sentarte con tus amigos, fíjate bien para que lo conozcas. Lleva un traje gris y es el hombre de confianza del comisario de policía más poderoso de Madrid.

La mujer se metió en uno de los retretes, dejándola perpleja. ¿Qué podían hacerle a ella los comisarios de policía?

Cuando llegó a la mesa, Florencia ya se encontraba en la barra hablando amigablemente con un chico que se encontraba junto a aquel hombre que simulaba mirar a su amiga. Escudriñó el rostro de aquel hombre, este mostraba un ángulo fuerte, mandíbula pretoriana, estatura media y una mirada felina bajo unas cejas pobladas, negras como su pelo.

Un camarero derramó, fortuitamente, un vaso de refresco sobre el



mostrador, cayendo el líquido derramado hacia el lado donde se encontraban los clientes, mojándole los zapatos al hombre que le dijeron era el confidente del comisario que, al ver sus zapatos acharolados hechos un desastre, empezó a lanzar soflamas contra aquel camarero, con un acento que pretendía hacerse creer él mismo que era un hombre educado. Mientras, el camarero, amablemente, intentaba limpiarle sus zapatos.

Aquella desconocida que encontró en el baño quizás quiso prevenirla de aquel hombre porque al mirarlo no le pareció buena persona, pero la voz de su amiga le interrumpió sus pensamientos cuando le dijo:

—Anna, despierta, aún nos queda mucha noche. Tenemos que sacarle jugo hasta el amanecer.

Nada más pronunciar estas palabras, vio cómo Florencia cambió la expresión de su cara al ver que aquel hombre hablaba por teléfono haciendo gestos con las manos como si necesitara algo urgentemente, mientras miraba a una mujer que se encontraba al otro extremo de la barra. Anna siguió la dirección de aquella mirada. Se sorprendió. Aquella mujer que con insistencia miraba a aquel hombre era la que le advirtió de aquel policía en los lavabos. Minutos después, entró en la cafetería una pareja de policías que escoltaron a la mujer hacia la salida.

Florencia se levantó precipitadamente de la silla, Anna la encontró terriblemente nerviosa. Miró a los chicos y puso la excusa de tener que ausentarse por una horrible jaqueca.

Anna la siguió. Los chicos, al verlas salir tan precipitadamente, parecían sentirse incómodos.

¿Qué estaba pasando allí? ¿Por qué nadie daba explicaciones?

Florencia se despidió de ella en la puerta del hotel. Su cara parecía pálida, aunque aún Florencia desconocía las palabras que aquella mujer le dijo cuando se encontraba en los lavabos. Presurosa, sin saber por qué, se

metió en el ascensor. Estaba segura de que toda aquella farsa guardaba un enigma que parecía tener mucha importancia para su nueva amiga. ¿Acaso conocía Florencia a aquella estafalaria mujer?

## CAPÍTULO XVIII

### JOYERÍA

Tres semanas después de darle vueltas a la cabeza, ya estaba decidida a realizar el proyecto bajo toda su responsabilidad. Cohen la llamó desde Hervás.

Su voz parecía la de un hombre con muchas tribulaciones.

—Anna.

—Sí.

—Hemos pensado en tu decisión de trabajar en el diseño de alta bisutería y se ha llegado a la conclusión de que si el negocio es para llamar la atención de los nazis más pudientes, tiene que ser un establecimiento de lujo, y que desde el escaparate se pueda apreciar la calidad como llamada de atención a los posibles clientes de poder adquisitivo alto.

Anna no podía creer que los judíos estuvieran tan interesados en su proyecto de trabajo.

Cohen, de nuevo, y con voz pesarosa, dijo:

—Por ahora no hagas nada, ya tendrás información a su tiempo. Te daré los resultados de unas pesquisas que estoy realizando al respecto.

Y colgó sin esperar respuesta.

Anna se intranquilizó. ¿Qué pesquisas? ¿Qué era lo que le quería decir Cohen? ¿Y qué era lo que tenía que hacer? Pero si ella ya lo tenía todo muy bien planeado y no entendía para qué tenía que esperar.

Pero algo no encajaba, tenía que haber algo más. El tono de voz en el

que le habló Cohen empezó a preocuparla. Aquella misma tarde, a pesar de sentirse inquieta, decidió pasear por las calles más emblemáticas de Madrid para ojear el entorno adecuado y propicio para su negocio.

Se adentró en la calle Serrano, paseó despacio, saboreando cada fachada de edificio. Algunas de estas casas desprendían solera, y pudo ver que ya estaban ubicadas algunas tiendas de lujo, dedicadas para servir los más exquisitos gustos y bolsillos, exponiendo sus mercancías de alta gama en sus escaparates, dando ese glamur que en Madrid nunca llegó a desvanecerse del todo.

Absorta en sus pensamientos, no apreció que un hombre corpulento, con cejas como toldos y bigote de villano, la seguía. Mientras, ella caminaba erguida, encaramada en unos zapatos de tacón alto de aguja.

Una hora más tarde se encontraba en la Puerta del Sol. Se adentró por la calle Preciados. Era la hora en la que el sol pugna con la luna su privacidad. Seguía ensimismada en sus pensamientos. Hubo relevo en sus perseguidores, ahora era un hombre tan delgado como un poste de teléfono. Ella miraba los escaparates que exhibían ropa de la nueva temporada. Los que la tenían sometida a una implacable persecución por Madrid no sabían que, hacía una semana, ellos también estaban siendo vigilados.

Ella ignoraba esta persecución, igual que ignoraba que dos judíos la acompañaban haciendo de guardaespaldas.

A los hombres de Cohen estos individuos que iban tras Anna les traían de cabeza. Ya había pasado una semana y no acertaba a saber quiénes podían ser por muchas averiguaciones que hacía, porque cuando creían estar cerca y a punto de cogerlos, ellos se volvían tan resbaladizos como anguilas que desaparecen.

Cuando Anna se paró a mirar el escaparate de una zapatería. Las tiendas empezaban, como fichas de dominó, a apagar las luces de los escaparates y,

al mismo tiempo, se iban cerrando sus puertas de las tiendas. Eran las nueve de la noche. La luna, entre dos edificios, se asomaba para ver correr las pequeñas nubes que eran arrastradas por la brisa de la noche.

De repente, sintió un roce en el brazo, al instante, ve caer al suelo y a sus pies a un hombre fulminado. Unas minúsculas gotas de sangre salpicaban el aire, manchando el rostro de Anna. Sorprendida y confusa, no sabía qué hacer. Con manos temblorosas, sacó un pañuelo del bolso, se limpió la cara en un instante. El suelo se convirtió en un fango sanguinolento.

Una joven, de un salto, se acercó a ella. La tomó del brazo, obligándola a saltar por encima del cadáver. Aturdida, se dejó llevar. La desconocida le dijo:

—Tienes que salir de aquí inmediatamente.

Poco después, Anna se encontraba en el hotel y acostada en su cama. Miró a su alrededor confusa, ignoraba cómo pudo llegar hasta allí, pero tan solo supo que no podía abrir los ojos pues le invadió un enorme sopor que le hizo dormir hasta por la mañana.

Al despertar y abrir los ojos no supo si lo que estaba recordando lo había vivido o solo era un mal sueño. Se levantó de la cama con un enorme mareo, se precipita sobre el bolso que descansaba encima de una butaca de la salita, metió la mano, sacó su pañuelo. Estaba manchado de sangre.

Volvió a la cama, a cada momento que pasaba se encontraba más mareada. Llamaron a la puerta. Era el camarero que, al no escuchar respuesta a su llamada, entró y depositó en la mesita de la sala contigua a la alcoba el desayuno. Ella no dijo nada, estaba segura de no haber pedido el desayuno. Mientras, el camarero se movió colocando el servicio. Anna miró desde la cama para saber qué hacía, pues le pareció que se movía con mucho sigilo. Se incorporó, pero el camarero ya se encontraba fuera de su campo visual. Segundos después salió sin hacer ruido, ella decidió seguir acostada. Poco

después pidió en recepción que le subieran algo para el dolor de cabeza.

Fue un impulso, quizás una corazonada, pero se levantó vacilante de la cama. Se precipitó sobre la butaca donde se encontraba el bolso. Este estaba abierto, metió la mano y vio que el pañuelo había desaparecido.

Intentó serenarse. Poco después se metió en el baño. Después del aseo personal tomó un sorbo de café, que ya estaba frío. Llamaron a la puerta, una camarera le llevó una aspirina y se la tomó en seco. No le gustaba el café frío. Enfundada en la bata de baño se asomó al balcón. Últimamente estaba necesitando más que nunca respirar aire fresco y sintió cómo una brisa agradable acariciaba su cara, lo que le hizo regresar a la realidad.

Aquella semana se le presentó frenética. Los nervios, por la tardanza de la respuesta de Cohen, no la dejaban vivir. Era incapaz de tener un poco de sosiego, no llegaba a entender por qué tenía que esperar órdenes para emprender su propio negocio. No le gustaba la idea de verse a sí misma como una señora mayor, ociosa, pendiente de chismes, algo parecido a lo que ella veía en Laura Steinman. Este pensamiento le aterraba. Mientras, se movía en su habitación como león enjaulado. Sonó el teléfono.

—¿Cohen? —dijo angustiada.

Una voz de hombre, agradable, le dijo:

—Ya tenemos todo resuelto, solo falta apalabrar las condiciones, claro, si tú estás conforme. Es en Serrano, creo que ya sabes algo. Tenemos entendido que has estado paseando por la calle y mirando con detenimiento algunos escaparates.

Anna no contestó, ya que no salía de su asombro. La tenían vigilada.

—¿Estás ahí?

Anna retrasó su respuesta deliberadamente, ya que sentía un enorme enfado al pensar si era tan difícil encontrar una respuesta sencilla entre tanto formulismo, cuando ella en este caso lo del alquiler del local lo habría

solucionado sin necesidad de hacer ningún planteamiento, tan solo aceptar o rechazar la oferta que le hiciera el propietario del local.

Cohen, a pesar de su silencio, esperó paciente. Poco después, le comentó el estado en que se encontraba el local que habían elegido:

—Ahora se ve lamentable. Tan solo te pido vengas a verlo cuanto antes.

La respuesta fue:

—¿Puedo ir ahora mismo?

Ahora fue Cohen el que se quedó sorprendido por la respuesta de Anna y contestó un poco confuso:

—¿Por qué no? Si tienes tantas prisas, aquí te espero —contestó Cohen perplejo por la rapidez.

En una hora, Anna se encontraba analizando los pormenores del local. El edificio, en principio, estaba dentro de su deseo. La fachada era como a ella le gustaba, de estilo modernista.

—La fachada era preciosa —dijo nada más encontrarse con Cohen—. Es señorial, y, además, me encanta que tenga este zócalo de cuarterones de piedra pulida.

Dentro, el espacio se veía amplio, a pesar de estar lleno de trastos viejos. Con una mirada, supo que aquella estancia podía tener muchas posibilidades si se acertaba en la rehabilitación. Después de dar un nuevo vistazo, vio que se podían sacar al menos tres habitaciones por su amplio espacio.

De repente, y como si estuviera hablando con un sordo, gritó a Cohen:

—Sí, me gusta.

Y, acercándose, ya con la voz más calmada, le dijo:

—Ha valido la pena esperar.

Cohen, desde ese momento, se puso en marcha, buscando contratar al mejor constructor.

Un mes después comenzaron las reformas. Al empezar la obra, los

albañiles se afanaban con sus herramientas, tirando tabiques, picando recovecos, alisando paredes para, más tarde, hacer la distribución de las estancias. Anna, en el transcurso del tiempo que duró la obra, no dejó títere con cabeza, tenía que contactar con una amiga inglesa que conoció en Londres y que se había hecho una importante interiorista, especialista en el ámbito novedoso en Europa del llamado “Feng-Shui”, que se fundamenta en una antigua práctica china, siendo este sistema importante para la transformación personal, que tan solo consiste en equilibrar las líneas invisibles de la energía presentes en nuestro entorno. Anna estaba abierta a todas las técnicas novedosas y pensó que en su local podía realizarse esa técnica, con el mobiliario distribuido correctamente. Según este método, la distribución de los muebles hace fluir positivamente en las corrientes de energías. Era muy necesario para ella que el local diera vibraciones positivas. Anna las estaba necesitando con urgencia.

Hizo la llamada.

Una voz educada le contestó:

—Hello.

—¿Miss Margaret?

—Yes.

—Soy Anna, de Polonia.

—Yes, dime, querida. ¿Cómo te encuentras desde que nos vimos por última vez en Londres?

—Muy bien, y mucho mejor después de oír tu voz.

Una risa desenfadada se oyó desde el otro lado del hilo telefónico.

—Me encantaría que me asesoraras en la decoración de un establecimiento que quiero abrir en Madrid.

—¿Y qué estilo te gustaría que tuviera? Pero —dijo la inglesa—, primero necesito saber qué es lo que quieres vender.

—Alta bisutería, quiero ser diseñadora y también quizás me lance a hacer algo de joyería. Por supuesto, algo extraordinario.

—Déjame pensarlo durante unos días, aunque sospecho que ya tienes una idea en la cabeza. Pero antes mándame un plano del local para que me haga una idea de cómo se puede decorar.

—Eso está hecho, mañana mismo te lo mando por correo urgente.

—Creo que sé lo que quieres...

—Confío plenamente en ti —contestó Anna.

Días después, recibió de su amiga Margaret las instrucciones a seguir en la decoración.

En una lista que parecía ser interminable que tenía anotada en su libreta estaban incluidas todas las cosas que tenía que comprar y que eran encargadas por su decoradora inglesa. Desde que habían comenzado las obras del local no sabía qué significaba la palabra descansar, ya que no se podía permitir el lujo de parar un momento.

Por la noche, en su habitación, cuando exhausta se ponía bajo la ducha, creía estar en el cielo. Aquella noche no supo el tiempo que permaneció debajo de aquel chorro de agua reparadora que tanto necesitaba para tonificar su cuerpo cansado y, mientras sentía cómo el agua resbalaba por su espalda, dejó que una gran paz interior la invadiera. Al cerrar el grifo, aguzó el oído, creyó percibir un ruido extraño en la salita. Salió del cuarto de baño, poniéndose el albornoz. Descalza y con la cabeza chorreando agua, se plantó en medio de la salita, pero no había nadie. Abrió el balcón y se asomó. La madre naturaleza le había dotado de una gran agilidad mental, pero, en esta ocasión, no le valió de nada; porque aquella noche y, mientras afinaba el oído, cuando se acercaba a la barandilla para mirar debajo de su balcón, no pudo ver nada porque una mano fría y pegajosa le agarró del cuello. Esa mano mojada que la aprisionaba le dio la impresión de oler a mar.



En unos instantes, su mente cansada no aguantó el inesperado ataque y cayó desmayada al suelo.

Por la mañana, cuando despertó, se encontraba en la cama. No recordaba con exactitud qué le había sucedido. Llamaron a la puerta y se levantó. Con pasos inseguros se acercó y, antes de abrir, preguntó con voz apagada:

—¿Quién es?

—Le traigo una nota de recepción.

Abrió y, con voz que parecía de ultratumba, dijo:

—Pase.

Cuando el botones abrió la puerta y entró, aún se sentía mareada.

El botones vestía impecablemente el uniforme. Le entregó una carta que había llegado por vía urgente. Al cogerla, la miró. Estaba sellada en Barcelona, no tenía remitente.

La abrió. Dentro, una nota decía:

—¿Sabes que no tienes escapatoria? Te estamos vigilando día y noche.

Firmaba con un nombre ordinario, con letra ordinaria y una firma no menos vulgar.

No se lo podía creer. Quizás alguien le estaba gastando alguna broma pesada, o quizás algo peor, alguien quería que enloqueciera.

Se lavó la cara, no quería que le afectara en demasía lo ocurrido. Ya pensaría el modo de enterarse quién estaba detrás de todo este acoso.

Se puso a trabajar, repasando escrupulosamente todas y cada unas de las cosas que tenía que hacer. Anna salió de su concentración al oír de nuevo otro ruido. Tomó un zapato de tacón alto en la mano como arma defensiva. Abrió el balcón, alguien parecía querer que se asomara al balcón. Entonces pudo ver la imagen de un hombre con los ojos muy abiertos que se encontraba parcialmente apoyado en uno de los bancos del jardín. No supo cómo definir aquella figura, ni qué fue lo que le inspiró al verlo, solo supo

que, mientras la miraba, le recorrió por el cuerpo un tremendo escalofrío. Le pareció que ese hombre se encontraba muerto o quizás tan solo tenía una cara sombría, como en esos momentos tenía el curso de su pensamiento.

Cerró el balcón.

En unos momentos se oyeron en el jardín voces susurrantes.

El terror se apoderó de ella, paralizándola de pies a cabeza. En la pared, a dos palmos del cabecero de la cama, y ante ella, la silueta en blanco y negro de una serpiente erguida parecía dispuesta para atacar.

Intranquila, asustada, pero decidida, abrió el balcón y se asomó de nuevo. En esos momentos el jardín se encontraba solitario.

Después de los acontecimientos desagradables vividos, Anna tuvo un fuerte dolor de cabeza y prefirió quedarse en la habitación para calmarse y descansar.

Mientras tanto, Cohen se encontraba cada día vigilando las obras. El arquitecto, competente, trabajaba sin cesar para sacar el máximo partido a la zona destinada para lo comercial. También le recomendó Anna que era conveniente dejar la zona más luminosa y despejada para recibir a los clientes.

Todo estaba bien estudiado, se tenían que sacar del espacio disponible dos habitaciones, que se habilitarían una para la zona de trabajo y la otra para que se ubicaran los armarios acorazados para guardar las piezas más valiosas. En la zona de trabajo, Cohen mandó abrir grandes ventanales que vertían a un patio de luces protegidos con rejas resistentes.

Cohen no dejaba de dar órdenes sobre cómo debía quedar la obra una vez terminada. Tenía que estar todo perfecto.

Anna no quería importunarle contándole lo que le había sucedido el día anterior.

Una noche, y cuando el local se encontraba vacío, al sereno, al pasar por

la puerta, le sorprendió ver una lámpara encendida que se movía dentro del local en obras. Acercó su farol y miró con precaución por una de las rendijas de las tablas que hacían de puerta.

Un golpe seco hizo que se tambalease, cayendo al suelo, pero antes de caer en la inconsciencia, hizo tocar la alarma con su silbato.

Al día siguiente del lamentable suceso, Cohen fue llamado a comisaría para hacer una declaración.

Como era habitual en estos casos, Cohen, ese mismo día, al salir de la comisaría, fue requerido para que acompañara al agente al local. Todo parecía ser una simple rutina. Una vez allí, el policía miró todo con indiferencia, comentando:

—Esto es alguien que ha querido robar algún saco de yeso.

Después de dar una vuelta rutinaria por el recinto en obras, y comentando entre dientes un montón de estúpidas conjeturas, se limpió la nariz con un pañuelo negruzco que pretendía ser blanco. Poco después, se atrevió a decir:

—Aquí parece que no falta nada.

El policía parecía inquieto, daba la sensación de que estaba deseando salir de aquel local, como si fuera alérgico al olor del cemento.

Cohen se despidió de la autoridad y se quedó unos minutos pensativo. Una vez solo, empezó a mirar con detenimiento el local. Tenía que haber alguna razón, y no precisamente la de robar un saco de cemento. Movié un tablón que se encontraba apoyado en la pared, cuando llamó su atención algo que asomaba. Parecía limpio, exento de polvo. Se inclinó para cogerlo. Era una bufanda de color granate que se encontraba en el suelo entre dos sacos tapados parcialmente por uno de los tablonos. Esto le hizo ponerse en alerta. La cogió y, al llevarla a la altura de la nariz, se quedó extrañado, ya que estaba impregnada de un perfume caro de hombre. No podía ser de un

albañil.

## CAPÍTULO XIX INAUGURACIÓN DE LA JOYERÍA

Pasó un mes y, mientras eran ejecutadas las obras, Anna empezó a ocuparse de algunos detalles, transmitidos por su asesora desde Londres. Su amiga, por exceso de trabajo atrasado, no podía trasladarse a Madrid y le dictó, desde la distancia, las normas a seguir, que Anna interpretó fielmente siguiendo sus instrucciones, advirtiéndole que era muy importante seguir escrupulosamente todos los pasos.

Aquella misma mañana, encargó a la floristería una maceta de laurel, que tenía que estar ubicada en el lado derecho de una de las vitrinas, que, al ser de un cristal transparente reforzado, allí serían expuestas las piezas más valiosas. A ambos lados, dos sillones de último diseño estaban tapizados en piel blanca. Las cortinas, de color melocotón pastel, adornaban el escaparate por la parte interior. Quiso que esas cortinas lucieran delicados pliegues para dejar entrar la luz del exterior.

Junto a la pared, se colocó un sillón de tres cuerpos de color azul celeste. Este color, según esta filosofía, tenía la finalidad de que, al entrar el cliente y sentarse, le permitiera tener una vista clara de la puerta de entrada, haciéndoles sentir así una gran seguridad.

Una mesita de centro, también de cristal, se pondría delante del sofá. Su función era para que los clientes pudieran relajarse al elegir las piezas del muestrario.

Las paredes pintadas en melocotón maduro suavizaban el ambiente. Las alfombras de lana se eligieron con un diseño exquisito de colores vivos y que

solo pudieran tapar parcialmente el suelo, para que se pudiera lucir la rica y pulida madera por los laterales.

Una araña de cristal, de enormes dimensiones, tenía que hacer, aparte de embellecer, realizar la función de repartir desde el techo energías positivas, de tal manera que esta conjunción contribuyera a unir a las personas, en este caso, a los clientes.

Un pequeño mostrador de acero y cristal, convertido en vitrina, sería utilizado como expositor de piezas únicas, tan especiales que, antes de ser elegidas, pudieran ser contempladas desde fuera por los clientes.

Anna seguía con atención todas las instrucciones que iba recibiendo de su amiga desde Londres.

La obra avanzaba. Cada día que pasaba ya estaba casi todo dispuesto.

Anna, mientras tanto, preparaba los últimos detalles.

Considerándose ya empresaria con recursos, hizo llamadas a proveedores, especialistas en piedras semipreciosas.

Estaba segura de que podía ser todo un éxito. Ya se veía vendiendo su colección a las señoras de los nazis y, quizás, hasta podía llegar a merendar en sus casas y así poder estudiar mejor sus movimientos y cazarlos a la primera ocasión que tuviera.

Pero ¿por qué no tenía que salirle bien? “El que no se arriesga no gana nada”, se decía cada mañana al levantarse para animarse a sí misma.

Desde ese mismo día empezó a prodigarse de nuevo, más que nunca, en fiestas y eventos que valieran la pena para poder realizar sus fines, luciendo en todos estos actos sociales, con maestría, espectaculares collares que parecían joyas auténticas, pulseras y sortijas de enormes tamaños, que hicieron furor entre las féminas.

A Anna, cuando se encontraba en su habitación, después de asistir a una cena, le vino la inspiración, pensando en las personas con las que había

estado charlando durante unas horas.

Se sentó en su escritorio y, con el lápiz en la mano, se dispuso a recibir las órdenes de su cerebro, pensó en las joyas que tenía en mente para crear y que podían encajar perfectamente en el juego de las apariencias en el que muchas de esas señoras, amigas y acompañantes de nazis, se veían implicadas.

Después de la depresión que causa una guerra sin sentido, a la mujer con pocos recursos económicos, Anna, con su negocio, pensó que se debían adornar con joyas de nuevas tendencias, barrocas y recargadas, todas estas excentricidades eran necesarias para sentirse vivas. Ella se las iba a proporcionar.

El lápiz se deslizó por el cuaderno con seguridad. De su pulso salió el diseño de una pulsera de cadena gruesa, con monedas de oro colgando como adorno. Después de mirar detenidamente el boceto, creyó que un collar haciendo juego no estaría mal para formar el conjunto.

Eran las tres de la mañana y por su lápiz seguían saliendo diseños de pulseras, pendientes, sortijas... De repente, se quedó pensativa, con el lápiz en alto, su mente creadora le hizo pensar que sus diseños podían derivar hacia la naturaleza. Este pensamiento hizo que estuviera toda la noche trabajando en este pensamiento.

Casi al amanecer, se echó en la cama, durmió poco tiempo y, de nuevo, se puso a trabajar. Eran muchas las ideas que brotaban de su mente que no podía desaprovechar.

Tenía que empezar por hacer pedidos urgentes a proveedores, que se distinguieran por sus buenos productos. Empezaría por pedir en surtido de piedras semipreciosas. En ese pedido entrarían topacios, amatistas, granates... Tenía que hacer, cuanto antes, realidad todas sus creaciones. Todas sus piezas tenían que estar hechas con perfección para que estas fueran las mejores.

Estaba pensando en que, si hacía alta bisutería, también podía utilizar esos mismos diseños engarzándolos en oro blanco.

Por supuesto, era necesario contratar a un buen orfebre que supiera ensamblar bien las piezas de factura y diseño artesanal para que, al salir de su taller, causaran admiración. Por unos momentos, pensó cómo podían salir de su cabeza tantas ideas. Y empezó a pensar que todo lo que le estaba sucediendo era muy extraño, o tal vez era una faceta que siempre tuvo y la había ignorado. Su corazón se le aceleró al pensar que de su cerebro no paraban de surgirle ideas. Parecía un maná sin fin y hasta llegó a pensar que se podían añadir líneas futuristas a sus diseños. Estas nuevas apreciaciones la tenían en tensión.

Anna no daba tregua a su cabeza. Cada vez que creaba, algo aparecía en su rostro, era una expresión de agitación y al mismo tiempo de complacencia.

A veces, se veía a sí misma como una máquina locomotora que, veloz, corría por los raíles de los sueños.

El lema de la casa, se preguntaba, era otra cosa a tener en cuenta.

Se mordisqueó las uñas. No había caído en ese detalle, que empezó a parecerle una de las cosas más importantes para una empresa.

Después de un rato de dar vueltas a la cabeza no se le ocurrió nada. Dio un paseo por la habitación. Descalza, tropezó con un zapato. Le dio una patada y este se metió bajo la cama. Siguió dando vueltas, tenía que ser algo especial. Las joyas que en su taller se diseñasen tenían que dar a la mujer la posibilidad de ser capaz de lucir la realidad que les permitiera ser libres para poder elegir la forma de embellecer su cuerpo.

Anna, centrada de lleno en su trabajo, cogió su cuaderno de notas y añadió sin vacilación al pedido de su proveedor esmeraldas, zafiros, amatistas y aguamarinas. A la lista no quiso añadir ningún diamante.

Más tarde y si el negocio funcionara bien, también haría una colección

para las más jóvenes, que serían de plata, ligeras, versátiles y refrescantes para lucir en las noches de verano, inspirada en el colorido de los cuadros de Gustav Klimt, que tan de moda estaba entre la juventud que se creía entendida en arte.

Después de dos noches sin apenas dormir, se atrevió a diseñar con un nuevo material llamado baquelita. Estaba dispuesta a hacer algunos complementos con aquel material, que también era conocido como Catalina. Pocos días después tenía en sus manos una muestra que, al acariciarla, la encontró densa y sintética. Pensó que, al ser un material moldeable, se podía tallar y también podía mezclarlo con metales nobles, y hasta se podría hacer algún diseño para vender a las hijas más jóvenes de sus clientas a precios asequibles. Así, con la venta casi asegurada, se podían integrar nuevos diseños, mezclando colores diferentes para que fueran piezas originales.

Cuando, cansada, decidió acostarse, se echó satisfecha encima de la cama para dejar de pensar. Al cerrar los ojos, su cara se iluminó, parecía que el Creador del Universo se complacía, dotándola para que pudiera resolver en su persona las pequeñas cosas con la inmensidad de su poder.

Mientras tanto, Cohen desconocía que ella, desde el día que concibió la idea de la joyería, no había dejado de mover hilos con destreza para inaugurarla cuanto antes y poder, a través de ella, dar por terminada su venganza. Estos pensamientos habían hecho de ella una mujer temeraria.

No tenía la necesidad de llamar a ninguna puerta para pedir favores. Ella sabía que con dinero tenía acceso a todas las casas de proveedores, pues estaba muy bien enterada de dónde se encontraban esas llaves que le podían abrir esas puertas que para muchos eran infranqueables. También supo introducirse, como mujer joven que era, en los grupos donde se podía enterar de los más íntimos secretos y anhelos de aquella generación de españolas, ansiosa de vivir nuevas experiencias, asistiendo a saraos en los bares de la



Castellana. Sobre todo, había aprendido a dominar como nadie y, en poco tiempo, el saber alegrar a esa juventud que empezaba a florecer y que necesitaba adornarse para poder competir con sus amigas, no solo en el vestir, sino también para que se sintieran más espléndidas al lucir una preciosa joya de bisutería por poco dinero.

A la semana siguiente, de nuevo se encontraba en la comida de los lunes, que, como ya era habitual, en ella llamaba la atención por su porte distinguido. Ya empezaba a conocer más a fondo quién era quién, ya sabía cuáles eran las invitadas más destacadas y conocidas por la prensa de sociedad. Entre ellas se encontraba la cotilla de más prestigio en ese ambiente. Todos sabían que esa mujer era la que sabía todos los entresijos de la alta sociedad. Esta mujer de mediana estatura, de vestimenta algo estrafalaria para la época y con pelo teñido en color zanahoria, se peinaba con un tupé en forma de cresta que le parecía a Anna la caricatura de una gallina. Antes de empezar la comida, Anna sintió cómo esa mujer la analizaba con su sagaz mirada. Una hora después, y en los postres, se acercó a ella. No le hacía falta que nadie se la presentase, ya que lo hizo ella sola ante Anna.

—Hola, querida, creo que es la primera vez que te veo por aquí. Soy galerista, mi nombre es Dolores. Bueno, no te asustes —dijo en tono amigable— porque tengo de todo menos dolores, aunque más de dos intentan dármelos, pero de cabeza. Creo que hace poco tiempo que estás por España. A veces, bueno, ya se sabe en mi profesión, casi siempre me entero de todas las novedades que pasan por Madrid, a pesar de estar viajando constantemente, sobre todo cuando se trata de gastar dinero. Ya sabes, el arte es caro, pero más que nada, si no coincido con el personaje en cuestión, siempre hay alguien que sin preguntar me cuenta algo sobre aquel que tiene mucho dinero. ¿No te parece curioso? Ya sabes, si te interesa saber del patrimonio de alguien en concreto, o de su cuenta corriente —dijo entre

risas— estoy a tu servicio, porque creo que estás un poco perdida a pesar de estar a punto de emprender un negocio.

Anna se quedó perpleja. ¿Cómo podía saber tanto de ella? Después de charlar un rato con ella de mil nimiedades, al quedarse sola pensó que podía ser perfecta para sus proyectos. Podía ser la amiga ideal. Ella, y sin pedirle nada a cambio, se había ofrecido a informarla de los que les gustaba invertir en cuadros, por lo tanto, también podía ser una excelente portavoz para que las señoras que fueran a su galería acompañando a sus esposos pudieran admirar las joyas que, gentilmente, le dejaría para que las luciera, haciéndole así una lucrativa propaganda. A cambio, ella le compraría algún que otro cuadro, por supuesto, de los más caros para ponerlo en su tienda. Mientras pensaba en esta estrategia, era feliz, pues creyó estar en buena racha.

Anna llamó a Cohen al enterarse del percance perpetrado en el local. Pero este terminó la conversación de una manera drástica, quitándole importancia.

Cuatro meses después, la obra se dio por terminada.

La decoración resultó ser acertada. Todo se encontraba donde debía estar.

Llegó el día de la inauguración, prevista para el jueves 10 de octubre, donde los asistentes, al término de la presentación de las joyas, serían obsequiados con un coctel servido por Chicote.

Ese día, tan especial para ella, en el hotel, Anna esperaba enfundada con un vestido de corte impecable, de color celeste, confeccionado en una suave tela de organza. Se miró por décima vez al espejo en menos de un minuto. Se encontraba en estado de impaciencia. Ya creía estar al borde de sufrir un ataque de ansiedad y, paseando por la habitación, se repetía:

—Ya tendrían que haber venido a recogerme y este estúpido teléfono no acaba de sonar. Cohen ya debería haber llamado para explicarme el motivo

de su tardanza, pues había quedado con él para abrir la tienda juntos y recibir a los invitados.

Se sentó ante el espejo, a pesar de su estado de ansiedad, se encontraba bella, el collar de amatistas diseñado por ella era una pieza única de artesanía. Estaba segura de que todas se fijarían en ella. Esta pieza fue limada pieza a pieza hasta alcanzar la forma ovalada deseada, haciendo que fuera espectacular en el terso cuello de Anna.

Se levantó de la silla, se alisó el vestido con la mano. “¿Dónde se habrá metido este hombre?”. El diminuto reloj de pulsera de oro y con diamantes incrustados seguía su rumbo, con los minuterios en constante movimiento.

Sonó el teléfono. Antes de cogerlo dio un brinco y lo cogió. Al otro lado estaba Cohen:

—No sé si podré llegar a la hora convenida, no puedo explicarte qué es lo que está pasando en la calle porque han cortado el tráfico en la Gran Vía. Tendré que dar un rodeo, yo creo que aún puedes esperar media hora.

—Pero —Anna no pudo decir nada, había colgado.

El “clic” del teléfono le crispó los nervios aún más que los tenía. Intuyó que algo raro estaba pasando. Parecía todo tan coincidente, el retraso, el silencio de Cohen cuando ella le hacía algunas preguntas...

Llamaron a la puerta de su habitación con insistencia. No sabía qué hacer, pero la voz de Florencia, desde fuera, le rogó que abriera, su voz parecía cansada.

—¿Qué es lo que haces tú aquí?

Florencia, como respuesta, dijo:

—Estás guapísima —mientras se tiraba en la butaca con las piernas abiertas y con los zapatos colgando de los pies.

Florencia, al notar el nerviosismo de Anna, se puso en pie. Se calzó los zapatos, buscó el bolso que, en la precipitación al sentarse, había puesto

encima de la cama. Lo cogió y, con voz tranquilizadora, le dijo:

—No estés nerviosa, querida, aún tenemos tiempo de sobra.

—¡Pero! ¿Y Cohen? ¿Me puedes decir qué está pasando aquí?

En ese momento sonó el teléfono:

—Puedes bajar, ya estoy aquí.

—¿Aquí, dónde? —dijo desconcertada.

—En el hall, baja lo antes posible, tenemos el tiempo justo. Espero que Florencia esté contigo. La mandé para tranquilizarte.

Anna colgó:

—Vamos —dijo con voz imperiosa a Florencia—. Nos esperan abajo.

Cuando las dos jóvenes salieron del hotel, un coche de lujo las esperaba con un Cohen sonriente. En el trayecto a la tienda, Anna no abrió la boca, ya que tenía sentimientos encontrados que no sabía cómo aclarar en su mente. Minutos después, ya en la tienda Anna, tras el escaparate, vio llegar a los primeros invitados, bajo la expectación de los viandantes cuando empezaron a bajar de sus ostentosos coches. Anna, mientras observaba, pensó: “¿Cuántas señoras de nazis habrán aceptado mi invitación?”. ¿Estarían todas a las que, en especial, esperaba?

La mirada de Anna, con dosis de dulzura estudiada, recorrió, una por una, las caras de aquellas damas:

—Bienvenidas a esta casa —decía una y otra vez haciéndoles una inclinación de cabeza a todos y a cada uno de los que entraban en su establecimiento. Pues allí, ante ella, se encontraba lo más granado de la sociedad Madrileña y sus posibles clientas. También estas damas podían ser los hilos conductores que podían llevarla hasta sus diabólicos maridos.

Mientras sus invitados recorrían las vitrinas admirando sus creaciones, Anna requirió a Cohen. Lo llevó hasta una de las esquinas de la sala.

Contundente, le preguntó:

—Quiero saber de verdad la causa de tu retraso.

—La culpa, y estoy hablando en serio, la tuvo una bufanda.

Acto seguido, desapareció entre los invitados, saludando como el artífice de aquella acertada reforma.

Todo estaba resultando tal y como estaba previsto. Anna, resignada, quería olvidar aquel incidente del retraso de Cohen y sonrió satisfecha al mirar a sus invitados. Allí parecían estar todos los que tenían que estar. Anna se sentía satisfecha de sí misma, pues la estrategia que urdió al lucir sus joyas en la comida de los lunes había dado resultado, convirtiéndose en su mejor publicista.

Paseando entre un público entregado a la contemplación y a los comentarios de los objetos expuestos, sonrió y recordó el día que decidió hacerse ella solita la publicidad, luciendo en las comidas las joyas más llamativas, causando sensación aquellos diseños especiales, que ninguna de aquellas damas habían visto antes.

Siguió saludando aquí y allá por la tienda abarrotada de un público selecto. Mientras, iba desgranando en su cabeza los nombres y apellidos de aquellas señoras hitlerianas, pues le mandaría a cada una de ellas a su domicilio una tarjeta en la cual se verían como clientas especiales. Esta estrategia se le había ocurrido mientras oyó decir a una de las señoras:

—¿Te das cuenta de quién está ahí?

Anna les siguió la mirada, era una de las habituales a la comida de los lunes.

—¿Recuerdas que nos dijo que no había sido invitada?

Aquella mujer se encontraba allí sin haber sido invitada, no fue por ninguna razón en especial, simplemente fue un olvido de Anna a la hora de mandar las invitaciones, la verdad es que aquella mujer no era la bombilla precisamente más brillante de la lámpara, ya que siempre solía pasar

desapercibida, pero aquella noche parecía querer ser la bombilla del centro de la lámpara. Anna se acercó a saludarla. Pero esa pequeña incidencia no pareció importarle mucho a la interesada, no desluciendo para nada la fiesta de apertura. Ese día grande para Anna ya había llegado y estaba siendo todo un éxito en asistencia de público.

A los invitados les llamaron especialmente la atención unas vitrinas de cristal con cadenas doradas y cierre de seguridad que pendían del techo. Estaban preparadas para que se pudieran mover con más soltura los invitados y al mismo tiempo apreciar mejor los diseños que allí se exponían.

Unas bellas y jóvenes camareras, como novedad, servían copas a los asistentes. Madrid, con esta nueva tienda, volvía a ser una ciudad dinámica.

Caía la tarde cuando empezaron a retirarse los invitados. Anna, después de despedir al último invitado, paseó por la tienda, mientras veía recoger el servicio del coctel y se limpiaba la sala. Al término de la limpieza se quedó sola. Poco después, Anna cerró la puerta y, cuando salió a la calle, la noche ya no le asustaba, ni la sacudió con la zozobra de la soledad y dejó de temer a los recodos de las esquinas y de oír esos tumultos sordos de los fantasmas que habitan las calles solitarias. Aquella noche, tan solo se sentía feliz.

Por la mañana del día siguiente Cohen quedó con ella en la joyería para comentar el resultado de la fiesta. Se sentaron en el precioso sofá azul, cuando, de sopetón, Cohen se levantó de un salto, una mano desmayada asomaba por el respaldo del sofá donde se encontraban sentados. Anna imitó a Cohen levantándose también de un brinco. Con inquietud, con incertidumbre y curiosidad, separaron el sofá de la pared. Tras él había un hombre delgado que yacía en el suelo en posición fetal.

Anna se tapó la boca para no gritar mientras masculló:

—Me resisto a creer todo lo que me está pasando. Si esto si se llega a saber será nuestra muerte antes de nacer —dijo Anna lamentándose.

De repente, la puerta de la tienda se abrió, y Cohen preguntó irritado:

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí?

Anna no salía de su asombro. ¿De qué conocía Cohen a esos hombres? ¿Y qué hacían allí en medio de aquella situación? ¿Quién los había llamado?

Los dos hombres, sin decir palabra, desplegaron un saco de arpillera, se acercaron al sofá, lo separaron de la pared, arrastraron el cuerpo y lo metieron en el saco. Acto seguido, salieron y desaparecieron en una camioneta.

Anna creyó estar soñando, ante aquella situación no sabía qué pensar de Cohen.

Una vez a solas con Cohen, lo miró furiosa:

—¿Se puede saber de qué va todo esto? —dijo indignada y con las piernas temblando.

—Creo que estás demasiado alterada, han sido muchos los acontecimientos vividos en un espacio corto de tiempo, pero, para que puedas entenderme, ahora sería imposible decirte nada. Mañana hablaremos tú y yo con calma, verás cómo aclaramos todo.

Aquella noche ya habían quedado en ir los dos a cenar a Chicote junto a dos miembros destacados de la comunidad judía. Cohen, en los postres, intentó hablar del éxito de la inauguración para que la velada fuera más amena, pues Anna no parecía tener ganas de hablar.

Y dirigiéndose a Anna, dijo con entusiasmo fingido:

—Solo falta que mañana visiten en tropel la tienda todos los nazis enamorados, con ánimos de alegrar la vida, y no solo la de sus esposas, sino también de las que siempre suelen llevarse la mejor tajada. Ya sabéis de qué os hablo, de sus “amiguitas”.

Anna hizo una mueca de desagrado. No tenía ganas de bromas, la cabeza no dejaba de pensar en qué era lo que estaba pasando.

Cuando llegó al hotel, ya era una preciosa madrugada que parecía más

propia del final de primavera que del otoño. La luna llena lucía con todo su esplendor en el cielo, que parecía arrancar reflejos azulados que iluminaban las terrazas de los edificios.

Aquella semana, en una de las más prestigiosas revistas de sociedad, destacaba el evento como un encuentro de gentes pudientes y ociosas. En todas las portadas de las revistas de sociedad destacaba en letras grandes la noticia, como algo relevante, de una inauguración que había ocurrido en la capital.

Uno de ellos decía así: “En el corazón de la madrileña calle Serrano se inauguró la otra tarde un nuevo templo, donde su único ídolo es el lujo”.

Otro diario anunciaba: *“La anfitriona, mujer hermosa y de buen gusto, expuso sus creaciones siguiendo lo más avanzado de la vanguardia llegada de Nueva York, siendo la exposición de joyas tan especiales que la diseñadora, mujer creativa, se ha atrevido con acierto a mezclar piedras semipreciosas con las perlas más codiciadas.*

*La convocatoria estaba anunciada como una exposición de joyas novedosas. El público, de lo más selecto, fue llenando la sala, donde acorazadas vitrinas exhibían el material. Al evento acudieron algunas famosas para ser vistas y promocionarse, mezclándose en las fotos con las señoras del más alto poder adquisitivo.*

*Allí se lucieron, aparte de joyas, vestidos de firmas internacionales, con los cuales pudieron exhibir sus blancas espaldas.*

*Todos los allí reunidos parecían una jauría en un concurso canino para competir quién era la más elegante en aquel despliegue rebosante de glamur. Entre ellos pude apreciar, y bajo el prisma de periodista, que entre ellos se cruzaban las miradas entre las damas con tintes de miradas frías. Esto era el resultado del refinamiento mezclado con las que ostentaban el nuevo poder adquisitivo que se encontraba allí condensado, llegando un momento que se*



*podía masticar hasta las más bajas pasiones de la envidia. Este fenómeno era especialmente propiciado entre las que eran menos favorecidas en la fortuna, mientras miraban las vitrinas con espesura nocturna.*

*En el transcurso de la fiesta se sirvió un coctel con aperitivos variados, todo servido por Chicote”.*

Aquí terminaba la crónica del periodista.

Un día después de la inauguración, Anna, aquella mañana, se levantó temprano para ir a la tienda, necesitaba sacar en limpio un diseño que había imaginado para Cohen.

Dos días más tarde de la inauguración se abrió al público el establecimiento. Un sol, como presagio de buen augurio, inundaba el escaparate, dotándole una especie de hechizo a una espléndida tarde de compras. Anna, a pesar de la claridad del sol, encendió la gran lámpara que salpicaba la estancia de pequeños puntitos multicolor que desprenden las hojas de los cientos de cristales, haciendo mágica la tienda.

Anna esperó en la trastienda a que llegasen los clientes. Una vez sentada ante la mesa de trabajo, y cuando tenía terminado el diseño que había realizado el día anterior para Cohen, y, mientras lo metía en una carpeta, recordó: “¿Por qué nunca se había parado a pensar ni tampoco a averiguar quién era en realidad Cohen? Sí, estuvo en su casa, conoció a muchos de ellos, pero ahora, allí en la tienda, que él tan gentilmente ayudó a que se realizara, se preguntaba, cada vez con más insistencia ¿acaso lo conozco?”.

Cogió el lápiz. No quería pensar y, como una autómatas, hizo el boceto de un brazalete enrejado con pequeñas incrustaciones de amatistas. Tenía tantas ideas que tenía que dibujarlas enseguida para no olvidarlas. También lo necesitaba para olvidar sus problemas. Siguió trabajando, de pronto, se le antojaba hacer piezas barrocas. Su idea no era otra que la de querer revolucionar con sus atrevidos diseños a todas las mujeres que se encontraban

dentro de la rueda de las apariencias, haciéndolas concebir, con sus fantasías e ilusiones, que eran hermosas en una época en la que escaseaba casi de todo, pero ellas, como mujeres, tenían el derecho a embellecerse.

Sentada, siguió dibujando con su lápiz, que bailaba a mano alzada, de izquierda a derecha, haciendo trazos con firmeza y, después, al término, mirar, corregir, borrar... para, al fin, conseguir el diseño deseado, que pretendía fuera una revolución para la alta bisutería y también para los bolsillos más débiles.

Antes de levantarse de la silla, satisfecha, hizo un estiramiento. Levantó los brazos para desperezarse, aún quedaba mucho en su cabeza por diseñar.

Anna oyó pasos dentro de la tienda que se acercaban al taller. Cerró la carpeta de los diseños, la metió en un cajón y salió con precipitación. En medio del pequeño pasillo había un hombre diminuto, de piel pálida y rostro sonriente, el pelo negro, rizado y un poco alborotado por haber tenido una boina puesta; en su cara, unos ojos pequeños y profundos.

—¿Qué hace usted aquí? —le increpó Anna con voz desagradable que, desde hacía unos días, sospechaba de todo el mundo. El hombre arrugó con sus nerviosas manos la gorra que se había quitado para entrar.

—Yo, señorita, soy uno de los orfebres contratados por el señor Cohen.

—Pero... —por unos minutos, lo miró— pero no le ha dicho nadie que el taller empezaba el lunes, hoy es viernes, y aún no he terminado mis diseños. ¿Se puede saber qué embrollo es este?

—Lo siento —se oyó una voz desde la entrada—. Este embrollo lo ha liado el menda —y dirigiéndose al asustado artesano, le espetó—: Puedes entrar, en aquella habitación está todo lo que creo que vas a necesitar —le dijo señalando la habitación que daba al patio de luces—. Tienes que ver si son correctas las herramientas que vas a necesitar. Yo, mientras tanto, tengo que hablar con esta señorita.

Una vez dentro, el artesano pasó sus dedos con mimo sobre las herramientas y miró a Cohen, que se encontraba tras él:

—No creo que falte de nada —y sin esperar respuesta, salió del taller, despidiéndose con un—: Hasta el lunes próximo —y mirando a Anna de frente—. ¿Está bien que me presente el lunes a las nueve de la mañana?

Anna no supo qué contestar. Aquel hombre parecía que sabía lo que hacía. Pero en el momento de traspasar el umbral de la puerta le confundió la mirada de sus ojos. Le sorprendió tanto que no supo cómo definirla.

Habían pasado dos días de la inauguración y aún el local olía a perfumes caros mezclados con esencias llegadas de Marruecos de estraperlo. La puerta que daba al patio de luces se encontraba con las puertas abiertas de par en par para una mejor ventilación.

Anna aún no había reaccionado ante el éxito de la inauguración, a veces se encontraba como si estuviera en una nube.

—Anna —dijo Cohen al ver el semblante—, te pido, por favor, que lo trates bien. Es el mejor en su oficio. Le he hecho venir desde Hervás. Puede trabajar en cualquier diseño que tú le indiques, plata, oro, estaño... todo lo que se le ponga por delante. Es un gran orfebre. También trae con él tres artesanos más, en conjunto hacen los cuatro un buen equipo —Cohen la tomó del brazo y la invitó a tomar asiento—. Tengo que decirte algo, y espero que no te moleste. Este hombre puede ser el artífice de que tú puedas hacer realidad tus bocetos.

Anna cuando miró a Cohen, vio que su cara parecía serena. ¿Acaso era una advertencia? Ante esa reflexión, calló, no sabía qué decir. Momentos después, esta conversación que mantuvo con Cohen contra todo pronóstico, le hizo respirar tranquila.

Cuando llegó el lunes, Anna acudió temprano a la tienda, teniendo la amarga sensación de sentirse atrapada, como un ratón en una ratonera. Entró

en la trastienda mientras Cohen ya se encontraba hablando amistosamente con uno de los orfebres. Y después de saludar, entró en una de las habitaciones donde se encontraba un espacio que estaba separado por un biombo primorosamente pintado con incrustaciones de nácar exportado de China. Tras este biombo se encontraban los armarios acorazados, donde Anna dispuso de un armario personal donde guardaba su neceser personal y todo aquello que necesita una mujer para estar en todo momento presentable. Tras ese biombo se cambió de ropa para ponerse un vestido de lana enterizo de color granate. El vestido le quedaba ajustado al cuerpo como un guante, se calzó unos zapatos negros de tacón altos, se atusó la melena y, por último, adornó su cuello con un collar espectacular de bisutería, una de sus últimas creaciones.

La campanilla de la puerta avisó de que entraba un cliente. Eran las once de la mañana. Anna miró hacia la entrada cuando vio acceder como primera clienta a Laura Steinman. Anna la miró disimulando su descontento.

Su mirada se clavó en los estáticos ojos de Anna, que no podía salir de su asombro. ¿Qué hacía esa mujer allí? ¿Quizás se sentía molesta por no haberla incluido entre sus posibles clientes? Anna siempre creyó que, al ser una mujer tan poco elegante en el vestir, no encajarían sus novedosas creaciones en ella.

Laura, después de mirar con detenimiento la tienda, bajó la mirada atenta de Anna. Se acercó más a ella y, apoyando los codos en el cristal de la mesa-vitrina, mientras Anna percibía su aliento caliente humedecer en su escote, le dijo:

—Verdaderamente, tienes buen gusto. La decoración es exquisita. No dudo de que las joyas que pretendes vender sean de tan buen gusto como el que tú derrochas.

Anna, nerviosa por no saber qué era lo que estaba tramando, salió de

detrás del mostrador. Se acercó a ella y le pidió que tomara asiento en uno de los divanes para el uso de los clientes:

—¿Te apetece que te muestre algo en particular?

Pero Laura no aceptó el ofrecimiento y, con voz grave, respondió:

—¡Querida, no vengo a comprar! Solo quiero fisgonear, ya que ahí sí que tuviste, querida, el mal gusto de no invitarme, a pesar de haber citado a todos aquí el día de la inauguración. ¡Sí, querida, me sentí humillada, pero como tengo mala memoria, ya está todo olvidado!

Después de un paréntesis en la conversación, Anna se impacientó. Presentía que esa mujer no le va a dar buenas noticias.

—Debes saber —y se quedó con aquella frase en el aire, dudando si era adecuado lo que le iba a decir— o quizás lo sabes...

Y después de volver a mirar con descaro la tienda de arriba abajo...

Al fin se decidió:

—Bueno, por la cara que estás poniendo, parece que lo ignoras. ¿Sabías que en este local, antes de que lo reformaras, había una habitación oculta? Quizás aún exista.

Anna, con cara de asombro, dijo:

—¿Qué me estas contando?

—Te aseguro, querida, que es cierto. Estoy muy bien informada.

Laura, sin dejarla hablar, le dijo:

—¿Quién te hizo la reforma?

Al ver que Anna se ponía cada vez más pálida, cambió de tema. Laura temió una reacción por parte de Anna que en esos momentos no convenía a ninguna de las dos.

Poco después, Anna insistió para que le contara todo lo que sabía de aquel lugar.

—Por ahora no te puedo dar más información, pero mi instinto me dice que alguien muy cercano a ti te está haciendo la jugada, no te fíes de nadie. Y cuida bien las joyas que valgan la pena. Yo que tú las pondría a buen recaudo. Ya sabes, aquí en España hay un dicho que dice que los gatos por las noches son todos pardos. Por lo demás, como sabrás, o al menos todos los que me conocen lo saben bien, que esta maldita guerra ha mermado mi patrimonio, por no decir esa frase que parece tabú: “estoy arruinada”. Todo mi capital se esfumó. Dicen que ha sido por tenerlo en el banco equivocado.

Anna, preocupada, hizo un gesto para que se sentara de nuevo, pues

parecía dispuesta a salir de la tienda, pero parecía no haberla oído.

Laura, al verla intranquila, cambió de conversación mientras se dirigía hacia la puerta:

—Me gustaría poder adquirir una de esas maravillas que expones en el escaparate, pero mis tiempos de coquetería hace mucho que los perdí y, la verdad, tampoco los echo de menos.

Ya en la puerta, y antes de salir, volvió la cabeza para decirle en tono de cordialidad:

—Solo he venido para prevenirte.

Anna dio un suspiro de alivio cuando la vio con un pie en la calle.

Pero Laura, antes de cerrar la puerta, se volvió:

—¿Pero es posible que no supieras, ni por casualidad, que en este local hay una habitación oculta?

Anna la miró como si estuviera delante de un fantasma.

—Estoy hablando muy en serio —dijo Laura con voz desplacante ante la incredulidad de Anna.

Era temprano y en la calle bullía la gente que se dirigía a sus trabajos en aquel templado día de octubre.

Laura regresó sobre sus pasos y, desde la puerta, volvió a insistir:

—No sé cómo explicarte, he oído rumores, aún no estoy segura sobre qué es lo que se trama, pero mi instinto me dice que alguien importante se interesa por ti y por tus actividades. Cuídate de los posibles compradores. Supongo que tendrás algún ayudante aquí contigo. No deberías estar sola.

Y sin más, se despidió:

—Querida, que tengas un buen día. Sabes que te aprecio mucho desde el día en que te vi por primera vez en el Ritz.

Una vez sola, Anna se sentó en el sofá, ya que las piernas le temblaban. ¿De qué trama o ardid le había hablado aquella mujer?

Y por qué le tuvo que decir: “Solo te advierto de que tengas cuidado. Por las noches se están dando muchos casos de robos”.

Anna miró, hipnotizada, la puerta por donde había salido Laura.

¿Quién era en realidad esa mujer? ¿Era un demonio o quizás un ángel?

De nuevo, la campanilla de la puerta avisó de que habían entrado clientes. Todavía absorta en sus pensamientos, Anna se acercó a dos señoras que husmeaban una de las vitrinas. Después de unos momentos de espera e incertidumbre por parte de Anna, la más joven, aunque entrada en los cincuenta, se dirigió a ella:

—Quisiéramos, si no es molestia —e indicó la que parecía más joven una de las vitrinas—, ¿puedo ver más de cerca estos pendientes y si es posible en las manos?

—¡Sí, con mucho gusto!

Las invitó a tomar asiento mientras abrió con una llave maestra la puerta de la vitrina. Se acercó a ellas con una bandeja de plata donde descansaba una manta de terciopelo color granate y piel, donde estaban depositados los pendientes que habían requerido para mostrárselos. Entre ellas se encontraban otros pendientes que no habían solicitado.

—Esta pieza —dijo una de las señoras señalando la que les había llamado más la atención—. ¿Nos puede decir algo sobre en qué se ha basado para crear este diseño?

Anna, encantada, les explicó:

—Esta pieza pertenece a la colección romántica del periodo victoriano. Como podrán observar en ella, se refleja la naturaleza en su máximo esplendor.

Y con un fino punzón de carey señaló los detalles de la pieza.

—Estas son hojas de platanero, las filigranas están incrustadas en oro y están grabadas a mano.



—Son preciosos, mamá, creo que son perfectos para la ocasión.

Media hora después, Anna tocó, con manos nerviosas y corazón sosegado, el cheque de su primera venta.

Mientras, en una de las habitaciones de la trastienda, utilizada como zona de trabajo, tres jóvenes orfebres hacían realidad los diseños que ella antes había creado con su lápiz, y que estos artesanos, con habilidad, hacían pasar a los patrones, para, más tarde, darle la forma, no sin antes meditar cómo iban a ser los tamaños, colorido de las piedras, cómo engarzar texturas y, por último, terminar en un acabado perfecto.

Anna, desde que vio cómo trabajaban sus operarios, estaba segura de que eran unos artistas, de lo mejor en el oficio, pero aquellas palabras que le dijo Laura en su visita fugaz la intranquilizaban, ya que tenía en su taller a tres hombres a los que no había visto en su vida.

De nuevo, la campanilla, con su tintineo, la sacó de sus oscuros pensamientos.

Anna se mostró solícita ante sus nuevos clientes y posibles compradores. Dos señoras de avanzada edad le dijeron ir recomendadas por la señora Laura Steinman. Anna les sonrió mientras las invitó a sentarse en el sofá, como era habitual hacer con las clientas.

—¿Desean ver algo en especial?

—No estamos seguras de qué queremos en realidad. Si es tan amable, nos gustaría ver algo de su muestrario para apreciar mejor sus diseños.

Minutos después, Anna les mostró una colección de pendientes que las dos señoras, al contemplarlos, se miraron mutuamente.

Una de ellas le dijo con cara de resignación:

—¿No tiene algo más discreto? Como para una viuda. Estos diseños sabemos que son únicos y de un gusto exquisito. La felicito, pero estas joyas, por ahora, no me van. Uno de estos días puede que quede viuda y, quizás,

entre mis amistades parezca que voy demasiado llamativa.

Anna, en unos minutos, volvió con otras piezas que sacó de uno de los cajones del expositor. Los puso encima de la bandeja mientras les hizo las observaciones de las piezas:

—Estos pendientes, como podrá comprobar, tienen un diseño tenue, austero o quizás sombrío. Este diseño está concebido y es conocido en joyería como de “luto riguroso”. Como podrá observar, destacan en ellos piedras pesadas y, naturalmente, el color es oscuro.

Y apuntando con su dedo índice a una de ellas, dijo:

—Esta me gusta.

Anna intervino en la elección:

—La que estamos viendo, pueden observar, que es de un azabache perfectamente pulido, donde se le han incrustado motivos japoneses —y Anna siguió apuntando con su punzón—: ¿Ven este otro? Acérquense un poquito más, en este dibujo se puede apreciar un puente nipón que, con elegancia, tapa el lóbulo de la oreja, haciendo que esta parezca más femenina.

—Nos gusta mucho todo —dijo la que parecía llevar la voz cantante—, pero preferimos no precipitarnos en la elección hasta no contrastar con otros modelos y así poder opinar con otros diseños.

Anna seguía abriendo y cerrando vitrinas, y acercándose a ellas les dijo:

—Tengo aquí un precioso modelo de amatistas, aunque también se pueden hacer con granates y ónices.

Las dos señoras se miraron, se encontraban confusas ante la elección. Eran unos diseños tan novedosos que dudaban sobre cuál elegir. Cuando de nuevo sonó la campanilla, un hombre larguirucho, vestido de negro y sombrero, entró y dijo con voz atiplada que no parecía estar en consonancia con su cuerpo:

—¿La encargada de este establecimiento es usted? —las dos señoras lo

miraron, parecían conocerlo, pero el individuo las ignoró.

Después de un silencio intercambiándose miradas de asombro, una de ellas dijo como queriendo salir de allí cuanto antes:

—Me llevo los pendientes de azache y los de amatistas también —y, mirando a su amiga, le dijo entre dientes—: No es que quiera pasarme de derrochadora, pero estoy segura de que mi marido, antes de morir, le regalará seguramente alguna joyita a esa furcia de su amiguita.

La otra señora le dijo a Anna:

—Yo vendré otro día, me gustaría ver unos pendientes de diamantes y zafiros.

—Puedo enseñárselos ahora si le apetece.

—Lo siento, señorita, pero creo que en estos momentos me encuentro incómoda ante la presencia de ese hombre.

Las dos se despidieron, no sin antes decirle a Anna que la venta de esos pendientes las tenía aseguradas.

Anna ahora centró la vista en la figura de aquel hombre que parecía un ser extraño.

El hombre parecía olfatear la estancia, su mirada oscura hacía que a Anna le costase pensar.

De pronto, en voz alta, dijo:

—Me gustaría ver algo que tenga un diseño especial para hacer un regalo también especial.

Anna le mostró una bandeja con pulseras de cadenas y también rígidas con diseño de caña. Las ojeó sin entusiasmo. De sopetón, dijo:

—Quiero una joya que sea exclusiva. ¿Cuál de estas joyas se pondría usted para celebrar un aniversario?

Anna sonrió ante esa pregunta un poco extraña. Cada mujer tiene sus propios gustos y preferencias. Anna lo miró y, señalando una cadena de oro

con colgantes de monedas, le dijo:

—Yo me pondría esta, es la más novedosa de la colección.

El hombre, en voz baja y casi en susurros, le dijo:

—Me la llevo, envuélvala para regalo.

Anna le entregó la compra, depositada en una cajita envuelta en papel dorado con el logotipo de la casa, una rosa con aspecto mojado, pero tersa y de aspecto delicado, el hombre miró este dibujo pensativo por unos segundos y, sin quitar la mirada de aquella cajita, sacó su billetera y pago sin rechistar la cifra concertada. Y salió a la calle sin decir nada dejando la estela de un aroma que Anna quiso reconocer. Pero ella no había visto en su vida a ese hombre.

Tenía que serenarse, ya empezaba de nuevo a ver fantasmas por todas partes.

Era la hora de cerrar, se encontraba cansada, aunque físicamente podía haber aguantado más tiempo dentro de la tienda, pero se encontraba extraña. Los orfebres ya habían terminado su jornada y hacía media hora que se encontraba sola. Mientras se cambiaba, con tan solo recordar la visita de Laura se ponía enferma.

¿Sería verdad lo de la habitación oculta?

Afuera empezó a caer una sosegada lluvia de otoño que parecía lavar las maldades arrastrándolas por los desagües del olvido.

Se dirigió hacia el perchero. Cuando se estaba poniendo la gabardina, oyó como si se produjese el choque de un cincel sobre otro. Aguzó el oído y de nuevo se repite el sonido. Asustada, recorrió la tienda, no había nadie. Decidió llamar a Cohen para que le mandara a alguien que averiguase qué estaba pasando. Se encontraba indecisa, se asomó a la puerta de la calle y una fría y húmeda brisa empezaba a levantarse, inundando la calle de un aroma espeso envuelto en la oscuridad.

Cogió el bolso, se abrochó la gabardina, que cogió con precipitación del perchero. Cerró la puerta de la tienda y, como impulsada por un resorte, se lanzó a la calle. Sus nervios le hicieron sentir que alguien le perseguía. Uno de sus tacones se atascó en un hueco del asfalto. Asustada, ahogó un grito, intentó sacar el pie de su prisión, haciendo, unos segundos después, que abandonara el zapato en la callea causa del nerviosismo. Cuando llegó al hotel no sabía si estaba viva o muerta. Una voz amable la volvió a la realidad:

—¿Qué te ha sucedido? ¿Qué pintas traes?

¡Era uno de aquellos nazis! Anna lo miró, intentó una sonrisa, pero solo le salió una mueca. Con la fuerza de voluntad que le caracterizaba logró dominarse y le dijo coqueta:

—¿Me invitas a un café?

Aquella misma noche, en la recepción del hotel, tenían un paquete para ella, que habían entregado una hora antes.

Mientras tanto, Anna se encontraba en la cafetería del hotel, después de una primera copa vinieron algunas más. Anna necesitaba evadirse. Aquel primer día de trabajo en la tienda había resultado ser muy duro por los acontecimientos extras que había vivido.

Aquella noche, después de una agradable ducha relajante, se sentó ante su escritorio, no podía ser diferente a las demás noches. El insomnio ya había hecho mella en ella y lo aprovechaba para crear nuevos diseños que usaría a su debido tiempo.

De repente, se acordó del paquete que le dieron en la recepción. Lo abrió. Sus manos temblaron ante aquel regalo, era la misma pulsera que horas antes había vendido a aquel extraño hombre.

Se tomó un tranquilizante, necesitaba relajarse para poder pensar. Recordaba que aquel hombre le dijo que era un regalo de aniversario...

A pesar de tomar el tranquilizante, no sentía sueño ni ganas de trabajar.

Se sentó en la butaca y abrió un libro de autoestima. Después de leer media hora, lo cerró. Entornó los ojos, sonrió, ella solo pretendía crear adornos para la mujer, por eso ponía en el eslogan, que ella misma se inventó, que las que “lucen estos diseños, cuando se los ponen, tienen la posibilidad de sentirse tan bellas que puede escapar de la realidad, permitiéndoles que unas horas de sus vidas puedan ser libres”.

Pero ¿acaso ella era libre? Mirando aquella pulsera se puso a llorar. Ahora ya le tenía puesta cara al que, desde ese momento, creía era su perseguidor. Y si se lo encontraba cara a cara, de nuevo, este pensamiento llegó a aterrarle.

Para distraerse, fue al joyero que guardaba en el cajón de la cómoda Luis XV, sacó unos pendientes de un diseño tenue, quizás demasiado austero. Al ponérselo, le parecieron sombríos, por algo eran llamados “luto de joyería”...

Los pendientes, en esos momentos, reflejaban cómo se sentía su corazón.

## CAPÍTULO XX EL SECUESTRO DE FLORENCIA

Al despedirse, después de una agradable velada que había disfrutado con Florencia, como si de una amiga entrañable se tratara, Florencia se citó con Anna para tomar el aperitivo al día siguiente en una cafetería de las más modernas, cerca de Cibeles.

Anna, dentro de la cafetería, miró con insistencia, una y otra vez por la cristalera por donde se podía ver la calle, también miró el diminuto reloj de pulsera. Las agujas marcaban las dos y media del medio día. Y Florencia seguía sin dar señales de vida.

Dos hombres bien vestidos, maduros y con pinta de ligones, no dejaban de observarla desde la otra esquina de la barra, ¿pero qué era lo que querían,

quizás ligar con ella? Uno de aquellos dos hombres cruzó por unos instantes su mirada con la de ella, obsequiándola con una media sonrisa.

A cada minuto que pasaba su desconcierto aumentaba por desconocer el motivo de su tardanza. Anna tuvo la sensación de que algo grave le había pasado. Aunque para ella aún era una desconocida, no dejaba de preocuparse cada minuto que pasaba. Aumentando su ansiedad por la tardanza de su nueva “amiga” y, ante esta situación, quitó importancia a que aquellos dos hombres parecían comérsela con la mirada. Al levantarse del taburete, el bolso resbaló de la falda hasta caer al suelo. Un camarero, solícito, lo recogió presuroso. Cuando se lo dio en la mano, le hizo una leve inclinación de cabeza propia de un caballero refinado. Una vez está en su mano, pegado en él encontraba un escueto papel. Miro hacia donde se encontraba el camarero y, al mirarlo, sus ojos parecían querer decirle algo. En esos momentos, tuvo la intuición de que quería avisarla de algún peligro que le estaba acechando.

Salió a la calle precipitadamente. Desorientada, sin saber qué dirección tomar, no entendió qué estaba sucediendo, y no dejaba de pensar que, cada día que pasaba para ella en Madrid, se le antojaba que podía sucederle en cualquier momento un extraño episodio. A la salida, y en la puerta de la cafetería, se encontraba un hombre con sombrero de ala ancha que parecía recrear su mirada en un periódico puesto del revés.

Su inquietud ante esta visión aumentó. Cruzó la calle y desapareció tras una esquina. Leyó la nota. El mensaje decía: “Tu amiga ha sido secuestrada, no la busques. La próxima puedes ser tú”.

—Dios mío —exclamó aterrada. Sus pensamientos eran fundados.

El papel, en su azoramiento, cayó al suelo. No se molestó en recogerlo, lo dejó tirado, tal y como estaban sus emociones, que se encontraban tan bajas que llegaban a ras de suelo.

En la cabeza le martilleaba aquella frase allí escrita: “La próxima puedes

ser tú”. Con los nervios a flor de piel y los malditos zapatos apretando sin piedad sus pies, pidió un taxi. Al instante, paró uno a su lado. Anna entró con precipitación en él, como si estuviera siendo perseguida. El taxista, nada más acomodarse en el asiento de atrás, volvió la cara hacia ella. Sus ojos eran oscuros y profundos. Anna vio que su rostro estaba cubierto por finas arrugas que le caían como cascadas de piel, haciéndole pliegues que parecían cubrirle la cara.

Cuando llegó al hotel y subió a su habitación, inmediatamente, como una posesa, recorrió la mirada por la alcoba. Dio un respingo cuando descubrió, sorprendida, que lo que había puesto de señuelo para cerciorarse de que no había entrado nadie en su habitación, no se encontraba en su lugar en el que ella lo había puesto. Paseó de nuevo su mirada por la habitación para buscar algo que le diera una pista de quién había entrado. Dio un paso atrás, la pulsera se encontraba encima de la cama. El colchón de la cama parecía hundido, tenía la señal de haber estado una persona sentada encima de él. ¿Quizás le había estado esperando? Ya no tenía dudas, alguien había estado allí y, en cualquier momento, volverían y, quizás, esta vez irían a por ella.

Aquella noche no se acostó, a pesar de ponerse un precioso pijama de seda estampado de flores en tonos suaves. El pelo se lo recogió con una pinza en lo alto de la cabeza. Al entrar en el cuarto de baño se miró en el espejo. Su aspecto era el de una colegiala en un internado.

Los nervios le hicieron dar paseos incesantes y frenéticos por la habitación, que no contribuían a despejar sus dudas. Por unos momentos se sentó y pensó en aquellos hombres de la cafetería donde se encontraba cuando esperaba a Florencia. Cerró los ojos unos segundos para recordar y entonces creyó reconocer a uno de los nazis, pero... su cuerpo se estremeció, no podía admitir lo que estaba pensando. Arrimó una butaca para sentarse cerca del balcón y miró el jardín. Se levantó. Lo abrió y asomó la cabeza



como si necesitara aspirar un poco de aire, pero la intranquilidad no le daba sosiego. Cerró el balcón apresuradamente. Como una histérica, hecha la aldbilla, cerró las cortinas, paseó de nuevo por el saloncito, fue al cuarto de baño y se mojó la nuca, necesitaba refrescarse para poder pensar.

Repasó mentalmente todo lo sucedido y se dio cuenta de que casi todos los nazis con los que había tenido contacto habían sido asesinados antes de que ella pudiera intervenir. Se miró las manos y solo vio en ellas unas uñas cuidadas. No podía tranquilizarse, estaba segura de que ya estaban tras su pista, esperando una oportunidad para sabe Dios qué, quizás alguien estaba enterado de que ella fue la que acompañó a los tres jóvenes al Escorial o tal vez también podían pensar que fue ella la que los incitó al suicidio. De su mente tampoco podía apartar el día en que envenenó en la cafetería del hotel Ritz al nazi que se hizo amigo suyo. Pero en su cara, mientras se miraba, no supo la razón, pero se le dibujó una sonrisa que parecía salirle del alma al pensar que supo salir con dignidad de aquel mal trago, como si fuera toda una experta, y que supo que aprovechó muy bien la favorable coyuntura que en ese momento se le brindaba. Su sonrisa se acentuó aún más al recordar que lo hizo con total tranquilidad y osadía que, en esos momentos, quizás, su cabeza, obvió la realidad al encontrarse en un salón donde las personas que allí se daban cita eran casi todas conocidas. Rebobinó sus recuerdos y se asustó de sí misma al aflorar en su corazón el regocijo de saber que lo que quería lo podía hacer con total impunidad. Ella nunca fue así, pero, en esos momentos, pudo hacerlo y lo hizo. Mientras se seguía mirando al espejo se repetía:

—Lo envenené yo solita, dentro de un salón lleno de gente selecta, y ni siquiera me inmuté.

Al recordar esos episodios, sintió que no le temblaban las piernas, nunca pensó que pudiera tener valor para hacer lo que hizo y lo que aún le quedaba

por hacer. Pero para ella, en esos momentos, había otras cosas que le obsesionaban, especialmente aquel acompañante que la invitó a la gran fiesta de la Casa De Pilatos en Sevilla. Desde aquella fiesta no lo había vuelto a ver, por eso, cada vez que pensaba en él creía asegurar que aquel cuerpo inerte, sentado en aquella poltrona que portaban dos hombres forzudos por el alfombrado pasillo de la Casa De Pilatos, era él quien había sido asesinado. Ante este pensamiento no supo por qué su corazón sintió una terrible angustia, aunque no pudo ver su cara cuando lo dejaron caer al suelo, pero sí vio, claramente, cómo dejaba a su paso un reguero de sangre.

Y aún a pesar de haber presenciado aquel desagradable momento, se tranquilizó al pensar que en este caso tampoco tuvo ella nada que ver. Cerró los ojos con fuerza, queriendo borrar aquel desagradable incidente. Todo parecía estar complicándose más de la cuenta, sentía que necesitaba ayuda, pero ¿acaso conocía a alguien que fuera de su plena confianza?

Después de pasar la noche en vela hizo memoria de los nazis con los que aún podía contar con su “amistad”. Necesitaba salir con ellos, flirtear para poder adentrarse aún más en su círculo, necesitaba saber algo más de todos ellos, de qué conversaciones podían hablar cuando se encontraban reunidos en estado de embriaguez, y esperar que sus rostros se tornasen abotagados y rubicundos para realizar su cometido. Pero después de memorizar a cada uno de los que conocía, fue descartando, uno a uno, a su posible perseguidor. Ninguno de ellos daba el perfil que ella buscaba. De pronto, sus ojos se nublaron, aquellos pensamientos le empezaban a hacer daño.

Por la mañana no tenía apetito, se dirigió a la cafetería y pidió solo un cortado. Cuando llevó la taza de café a la boca escuchó:

—Hola, Anna.

Esa voz... Se volvió, su rostro, al verlo, se quedó petrificado. Era el nazi que aquel día la invitó a la fiesta de Sevilla. Ante él creyó marearse, pero

como su cabeza y su mente ya estaban entrenadas para poder tomar decisiones límites, alargó su cuidada mano diciendo:

—¡Qué sorpresa tan agradable! Creí que te habías olvidado de mí, y lo peor de todo es que me sentí abandonada en plena fiesta. ¿Quizás encontraste a otra mujer? —dijo zalamera—. ¿Me equivoco?

—Nada de eso —contestó con amabilidad el nazi—. Todo es tan sencillo como el haber recibido una llamada urgente. Te busqué durante un tiempo para comunicarte que tenía que ausentarme, pero alguien me dijo que te encontrabas en los lavabos, y como allí no podía entrar y, tenía mucha urgencia, le dije a dos amigas que te entretuvieran en mi ausencia. No me digas que no te dejé en buenas manos, esas señoras son las más prestigiosas cotillas que tienen en la actualidad la alta sociedad.

Silencio por parte de Anna. Él buscó un reproche en sus ojos, pero solo encontró serenidad.

—Y no hay nada más que contar —dijo con voz que parecía sincera.

Él miró al camarero y le pidió un café muy cargado y unos pastelitos de hojaldre, especialidad de la casa. Unos minutos después hablaban de mil cosas, pero a ella solo le martilleaba una en la cabeza, que le tenía la mente ocupada, era el tiempo que había perdido pensando en aquel hombre que ahora tenía frente a ella. Y decidió, desde ese mismo momento, saber cosas de él, cuantas más mejor.

Lo miró de nuevo y ahora su mirada era dulce, porque pensó que podía ser perfecto para su objetivo, podía ser el medio que la llevara hasta Florencia.

Aquel día, y desde el desayuno, no se separaron, tan solo unos minutos en los que Anna subió a su habitación a cambiarse de ropa para la cena. En el restaurante, Anna interpretó a la perfección el papel de ingenua, haciendo comentarios de niña caprichosa. Demostrando con su comportamiento que

siempre conseguía lo que se proponía. De pronto, dijo:

—¿Sabes qué me haría ilusión en este momento? Comprarme una finca aquí, en España, pero, la verdad —dijo coqueta— aún no tengo ni idea de cómo son estos campos, por lo tanto, no sabría el sitio a elegir.

Miró a su acompañante con ojos de ingenua.

—Me gustaría saber —dijo con altas dosis de frivolidad, y por unos segundos fingió estar pensando. De pronto, pareció resurgir de sus pensamientos—. ¿Tienes algún amigo que se haya establecido definitivamente en España?

La pregunta de Anna fue tan directa que el nazi no le dio importancia. Solo la miraba.

Mientras, siguió con la estrategia de una inocencia estudiada.

—Me gustaría ver alguna finca donde los dueños estuvieran establecidos definitivamente —lo miró zalamera—. No creas que soy una cotilla, es tan solo para hacerme a la idea de cómo es su funcionamiento. Pero claro, lo que estoy diciendo es imposible de conseguir, aquí no conozco a casi nadie, a no ser que tú tengas algún amigo que tenga otro amigo que tenga una finca.

Ahora el nazi la miró pensativo, parecía estar haciendo una pequeña reflexión. Y después de un momento de silencio, dijo:

—Yo tengo un amigo que hace tiempo se compró una finca nada más terminar la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces se estableció en España y parece estar tan cómodo en esa propiedad que un día le oí decir en una recepción, tras asistir a un concierto en el Teatro Real, que había decidido vivir de forma permanente en Extremadura, y que allí se encontraba feliz porque se había rodeado de su gente.

Anna no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿De qué gente se trata? Porque parece que estás hablando de un ejército.

En esos momentos, Anna se dio cuenta de que estaba llegando demasiado lejos y cambió de táctica con una sonrisa.

—Perdona, he sido muy indiscreta, no pretendo inmiscuirme en las amistades de nadie, y mucho menos en la de tus amigos.

Y siguió hablando como una cotorra:

—En el fondo, es bastante fácil de comprender, creo que necesito realizar esta ilusión.

—Cuéntame ¿por qué región de España se ha comprado esa su finca tu amigo? ¿Son bonitos aquellos parajes?

Anna no se atrevía mirar al nazi mientras hablaba sin parar, como si fuera una caprichosa a la que solo le interesaba lograr sus propósitos, pero, sin proponérselo, alzó la vista hacia él. Con la mirada que le prodigó, a él le pareció que el aire se llenaba de perfume, un perfume que solo pueden dar la fragancia de los lirios abiertos que adornan los caminos.

El hombre parecía inquietarse por aquella mirada mientras pensaba: “¿Estará enamorada?”.

El nazi intentó disimular su nerviosismo ante los sentimientos que le inspiraban aquellos ojos que al mirarlos le parecieron que eran como dos chispas deslumbrantes, teniendo el poder de cegarlo, pero esa sensación solo le duró un instante.

Y él, con gran esfuerzo, siguió hablando:

—La casa, cuando estuve en ella, se encuentra rodeada de un entorno muy agreste. Su conjunto lo conforman numerosos pinares y castaños, que configuran un bosque que parece que esté encantado al atardecer, cuando la bruma espesa del otoño arropa con su capa de algodón las copas de los árboles —hizo una pausa—. Lo recuerdo muy bien porque yo estuve allí en aquella estación del año. Un día de esos en los que nos encontramos por casualidad en una tasca de la Puerta del Sol. Me comentó que en esa finca era

feliz porque hay abundante caza dentro de ella, y también por la razón de saberse seguro, fuera de los ojos ajenos que pudieran interrumpir su intimidad. La casa —comentó el nazi— se encuentra en un paraje accidentado y de difícil acceso. Además, nadie sospecha que entre aquella foresta pudiera haber una casa, a pesar de encontrarse cerca de un pueblo llamado Cañameros, donde abundan los viñedos que dan un vino muy apreciado, recio como esa tierra.

Anna se atrevió a decir:

—¿Por qué tanto ocultismo? ¿Teme que le pueda hacer daño algún desalmado?

Anna entonces vio en los ojos de su interlocutor cómo las pupilas se dilataban discretamente, al mismo tiempo que su expresión cambiaba alterando su rostro.

El nazi no pareció haber oído la pregunta y siguió narrando las maravillas que escondía aquella finca que, a todas luces, a Anna le parecía sumamente sospechosa.

Con regocijo pensó que ese debía ser el sitio donde se encontraba secuestrada su amiga.

Pero, curiosamente para ella, el nazi parecía inmerso en su relato y siguió hablando sin parar de la belleza de aquel paisaje.

Anna sentía que lo tenía en su terreno y aprovechó para insistir:

—¿Podías tú conducirme hacia esa comarca para estudiar esos terrenos? ¿Y en caso que me gustara esa comarca me ayudarías a encontrar a alguien que quisiera vender?

Y el nazi siguió narrando las bondades de aquellos parajes como si no hubiera oído nada:

—En lo más profundo de la sierra, en los mágicos amaneceres, el aroma de la jara y el romero es tan fuerte que, al unirse, hacen que se inunden los

sentidos, haciendo que el hombre al caminar entre la jara, se sienta parte de la misma naturaleza. A finales del mes de septiembre, cuando la luz del sol empezó a declinar, la maleza parecía cobrar vida ante el movimiento de los animales. Entonces, en el silencio del campo, se puede oír entre los matorrales los bramidos de los ciervos que hacen que el alma del que lo escucha se funda en una profunda reflexión, es la llamada “berrea”. Este bramar quejumbroso que el animal esparce por la sierra es una llamada de urgencia que hace el macho cuando busca una hembra para aparearse. Siendo maravilloso el poder ver escondido entre los matorrales, cuando en una calva del monte se encuentran varios machos al descubierto, que al encontrarse frente a frente, se desencadena una lucha feroz entre ellos, que en su bramar parecen querer intimidarse, mientras se disputan el liderazgo, entonces, la batalla se vuelve encarnecida por conseguir a la hembra, que espera expectante para aparearse con el más fuerte. El vencedor, después de perder la batalla, desapareció entre los matorrales quejumbroso y herido por los envites de su rival, y mientras se va alejando lentamente, levanta su testuz con un bramido estremecedor. Entonces, bajo los tenues rayos del sol, se produce el apareamiento.

Anna disimuló estar escuchando ensimismada, el nazi ahora la miraba como si estuviera viviendo en su memoria algo sublime, y sin pestañear le dijo en voz baja:

—Son momentos mágicos que solo la naturaleza puede regalar en su más pura esencia y creo con sinceridad que el hombre que tiene el privilegio de poder ver desde cerca este milagro de la naturaleza se puede llegar a estremecer al sentir cómo tiembla el campo bajo sus pies ante la actividad de la naturaleza.

Anna, avergonzada, sostuvo la mirada del nazi. Había sido tan estúpida que no se había enterado de nada de lo que le había estado contando.

Pero reaccionó a tiempo, y su mirada relampagueó por un instante. Anna creyó salvarse de que le hiciera ninguna pregunta al respecto de lo que le estaba contando poniendo cara de circunstancia. No había escuchado nada en absoluto, pues solo pensaba en la manera de convencer al nazi para que le acompañara y poder así llegar hasta ese refugio que, por su descripción, parecía ocultar algo inconfesable.

—Estás muy callada —dijo el nazi haciéndose el despistado.

—Perdona —dijo—, soy un poco soñadora y solo pensaba... quizás sea porque me han impresionado las medidas de seguridad de tu amigo lo que me ha hecho pensar en las leyendas que algunos de estos parajes suelen tener, haciéndoles que sean misteriosos, y al mismo tiempo inaccesibles. Porque aquí, en España, ya no hay nada de que temer, porque ahora parece que se respira tranquilidad —pero el nazi, a pesar de sus insinuaciones, no parecía entender lo que ella pretendía—. También pensaba que me gustaría poder visitar algún día esos parajes, porque tengo entendido que se encuentran cerca de la sierra de Las Villuercas. ¿Es así? También he sabido por una revista de viajes, que leí por casualidad en el hall del hotel, que hay un monasterio muy importante para la cristiandad, donde se venera a la patrona de Extremadura, que es la Virgen de Guadalupe.

El nazi la miró asombrado. Después de un silencio, le dijo:

—Me asombras, parece que estás muy bien informada. Pero me intriga saber de dónde te ha salido ese interés por poseer tierras extremeñas. ¿Te gusta acaso el ocultismo?

—La verdad, no lo sé —contestó Anna con la mayor serenidad que pudo mientras pensaba que había llegado demasiado lejos mostrándole su interés por la finca que poseía aquel nazi.

En su interior se repetía que necesitaba tener su confianza al cien por cien, y tenía que ser cuanto antes. A cada instante que pasaba estaba más



segura de que Florencia se encontraba en grave peligro, quizás todo había sucedido por su culpa.

Anna no podía perder ninguna oportunidad y se lanzó sobre su presa como un depredador.

—Pero si tú quisieras, estaría encantada de que me sirvieras de guía por esas tierras, porque imagino que debe ser ese compatriota tuyo un buen amigo para haberte invitado para enseñarte sus posesiones.

El nazi, para sorpresa de Anna, le contestó con un escueto:

—Mañana te daré la respuesta.

Aquella semana, después de la conversación que mantuvieron sobre el campo extremeño, fue frenética para Anna. El plan que había concebido con anterioridad podía salir perfecto si él aceptaba acompañarla. Más tarde pensaría qué hacer con el nazi.

Pasaba con él todo el tiempo que le era posible, pero él, a pesar de los dos días que pasaron y que fueron inseparables, no se pronunciaba al respecto.

La angustia que ella sentía por Florencia le estaba sobrepasando. El tiempo pasaba jugando en su contra, apremiándola, y llegó hasta el punto de creer que se estaba convirtiendo en una paranoica ante los hechos más o menos verosímiles. Aquellas noticias que llegaban a ella con cuentagotas y a fuerza de decir a todo el mundo que estaba interesada en visitar aquellos parajes perdidos en una sierra de Extremadura no le satisfacían del todo, quería que su amigo le contara más sobre ese nazi que parecía estar viviendo plácidamente en aquella finca que estaba decidida a visitar, aunque tuviera que convencer a ese nazi con artimañas inconfesables. Sobre todo porque necesitaba sacarle información. ¿O tal vez sería mejor preguntar a Laura Steinman? Ella era una mujer que parecía saber todo de todos, y recordó que un día le contó sin venir a cuento, y mientras ella merendaba en el Ritz, que

había oído que uno de los alemanes se había comprado una gran propiedad, pero que no llegó a entender dónde se encontraba exactamente, porque el camarero interrumpió a los contertulios al acercarse para llenarles de nuevo la copa, y que ya no volvieron a hablar más del tema. Pero Anna esperó pacientemente a que llegara el lunes siguiente para intentar escuchar, aunque fueran retazos de conversaciones que le ayudaran a encontrar la punta de aquel hilo. Entonces, y después de hacer sus propias averiguaciones, su instinto le dijo que podía tratarse del municipio de Cañameros, cerca del Monasterio de Guadalupe, de lo cual dedujo después de escuchar, también por casualidad, un comentario a la salida de la comida cuando dos camareros hablaban y que uno le decía al otro que en su pueblo se había construido una gran casona en medio de la sierra entre enormes canchales y que le parecía un poco raro, porque siempre se había comentado por la comarca que por aquel entorno habían pasado sucesos misteriosos. También se comentaba mucho por el pueblo de que no habían aceptado para el servicio a ningún vecino y que también se murmuraba de las estrictas medidas de seguridad con las que habían dotado a aquella finca. El que hablaba decía que estaba muy bien enterado porque su hermana se lo había comentado en una carta, ya que estaba todo el pueblo furioso porque se habían hecho ilusiones por trabajar allí.

Anna aquella tarde buscaba a Laura. Al encontrarse frente a ella, le formuló la pregunta directamente y sin tapujos:

—¿Sabes algo sobre un nazi que se ha comprado una finca en Extremadura?

Laura Steinman le contestó complacida, pues creía saberlo de buena tinta, pero, claro, esta noticia no dejaba de haber salido de uno de los mentideros que ella solía frecuentar. La cabeza de Anna parecía tener una cinta donde guardaba toda información acumulada. También le dijo, como si

esta información no tuviera importancia, que aquella montaña era propiedad de un nazi.

Estas noticias eran las que Laura, con astucia, sonsacaba de las conversaciones que escuchaba con simulado desenfado en las famosas comidas de los lunes. Por eso creyó, con toda seguridad, que eran fidedignas, pero ¿por qué Laura le brindó esta noticia tan generosamente? Esta observación le hizo creer que estaba en lo cierto, pero tenía que tomar precauciones por si todo pudiera ser una leyenda inventada.

¿Pero qué razón tenía Laura Steinman para contarle todas esas historias cada vez que se encontraban? Aunque, al recordar todos aquellos chismes que tanto le aburrieron en su momento, ahora le parecían toda una revelación para ella.

¿Y si no existiera tal mansión? ¿Y si solo fuera un entretenimiento de algunos ociosos que se inventaban bulos para distraer otros temas? Anna se detuvo por unos momentos. ¿No podía ser que el nazi, con el que tenía amistad, le estuviera poniendo todo tan perfecto, tan inocente, para que cayera en una trampa? Porque ella tenía el presentimiento de que allí podía encontrarse secuestrada Florencia.

Aquella noche, en su habitación, memorizó los momentos que pasó con Florencia y revivió el día de su desaparición, y a aquel camarero, ese hombre del periódico al revés. Se encontraba con tantas emociones reunidas que casi, desde un nivel inconsciente, creyó estar viendo que su amiga se encontraba en una situación peligrosa. Todo le parecía inexplicable. Se sentó, volvió a pasear por la habitación, sus pies descalzos ya no sentían el placer de pisar aquella alfombra mullida y elegante. Todo parecía sobrepasarle dada la situación que estaba viviendo. Esto parecía estar llevándola hacia un espejismo que podía llegar a nublarle el raciocinio.

No obstante, Anna no pensaba abandonar las pesquisas ni un solo

instante. Sus oídos tenían que ser como dos antenas a pleno rendimiento. Todo lo que oía en cualquier grupo referente a los nazis, lo analizaba escrupulosamente. Todas estas escuchas las ensamblaba hasta llegar a una conclusión de que a Florencia la tenían escondida en un sitio lejano de la civilización... Y ¿dónde mejor que en una finca en medio de un paraje solitario y de difícil acceso?

## CAPÍTULO XXI

### CAÑAMERO

Una mañana paseó por el jardín del hotel Ritz después de tomar el desayuno. Se encontraba fumando un cigarrillo cuando sus pensamientos fueron interrumpidos cuando, al pasar debajo de una de las ventanas, escuchó una conversación que salía de una de una de ellas. Las voces parecían ser de dos hombres que discutían en alemán. Anna dominaba aquel idioma por uno de los trabajos que desempeñó en Varsovia, y siempre le pareció un idioma familiar desde que en las casas de acogidas en las que trabajó se solía hablar ese idioma entre los indigentes alemanes que se quedaron después de la guerra en Varsovia.

Se paró y escuchó con atención la conversación que salía de la ventana. Entrelazando las palabras, supo de qué hablaban, llegando a la conclusión de que su instinto de sabueso no le había fallado. La última palabra que escuchó fue definitiva para ella: “Cañamero”. En ese instante apareció, como siempre inoportuna, Laura Steinman, pero, de pronto, pensó que Laura había aparecido ante ella como algo providencial, porque en ese momento uno de los hombres de los que hablaba en alemán asomó la cabeza por la ventana. Miró temeroso a ambos lados del jardín. Se tranquilizó cuando solo vio a dos mujeres en amigable charla. Laura, con su voz aflautada en esos momentos,

hacía alusiones al tiempo.

El hombre, sin más, cerró la ventana y Anna pudo oír que decía con voz ronca a su interlocutor:

—Sigamos por el camino establecido y todo estará en orden.

Inmediatamente, Anna se despidió de Laura alegando estar esperando una llamada telefónica.

Cuando entró en su habitación, sus piernas temblaban. Sus labios apretados musitaron palabras inteligibles en su dialecto natal. Luego se llevó las manos al rostro y, por unos minutos, lloró con desconsuelo.

Ya con los nervios calmados, se acercó al armario y lo abrió. Durante unos momentos se sintió indecisa y miró la ropa. No estaba decidida sobre qué ponerse. Su mano chocó con un vestido bordado con abalorios que estaban a la última moda en los talleres de los mejores modistos de Nueva York. Cuando tenía el vestido en su mano pensó que tenía que estar segura que nunca jamás debía pretender enamorar a aquel nazi, a pesar de que en dos días no se había separado de ella. Tenía un palpito que le decía al oído que era el único que podía llevarla hasta esa finca donde estaba segura se encontraba secuestrada Florencia.

No necesitaba ya ni pensar, porque en pocas horas su corazón se había vuelto resistente y absolutamente carente de sentimientos. Tenía que engañar, arañar como una fiera las entrañas de quien fuera para que la condujeran a aquella finca, aunque por ahora tan solo se tratara de convencer a ese galante nazi. También le obsesionaba una corazonada que tuvo aquella noche y que le hacía pensar que estaba muy cerca de poderse enfrentar a una camarilla de asesinos quizás muy refinados.

Con tristeza, pensó: “Ojalá tuviera un hombre benefactor en el que apoyarme”.

Hasta mucho más tarde no sabría que estaba constantemente vigilada,

siendo apodada por sus vigilantes como “La dama de acero”, por el coraje que estaba demostrando por una causa que no era la suya.

Después de pasar tres días sin saber nada del nazi, y haciéndose ilusiones de que le iba a llamar de un momento a otro para decirle que la acompañaría en su aventura de Cañameros, se desilusionó y decidió emprender sola ese viaje. Se haría pasar por una extranjera caprichosa que pretendía comprar viñedos y establecerse por esa zona como vinicultora, contando, por supuesto, con los comentarios de las viejas del pueblo, que estaban enteradas de las vidas y milagros de cada uno de sus habitantes y de aquel que osase vivir por sus alrededores sin que ellas no tuvieran noticias.

A las diez de la mañana, Anna terminó de hacer el equipaje. En la maleta puso ropa adecuada para patear, si fuera necesario, el campo. En ella metió pantalones, jerséis, botas... Mientras enumeraba mentalmente la ropa que había metido en la maleta, sonó el teléfono. De repente, sintió un miedo atroz. Lo descolgó:

—¿Sí?

Una voz cálida de hombre joven le dijo:

—No estás sola, sigue adelante con tus planes.

Anna nunca supo el motivo, pero, a través del hilo telefónico, captó una leve sonrisa que le transmitió esa paz que tanto necesitaba en esos momentos.

Aquella mañana del jueves, aunque el día había amanecido con un sol espléndido, ella, al asomarse al balcón, sintió frío, ese frío que nunca sintió en su tierra y que desde que llegó a Madrid parecía no querer salir de su cuerpo. Salió de su habitación, iba directa al comedor para tomar el desayuno, se sentía apática, sin apenas apetito. Salió de su habitación, al cruzar el hall alguien pronunció su nombre:

—¿Qué te pasa?

—¿Querías irte sin mí? Porque yo, si tú me aceptas, puedo hacerte de

guía por las Villuercas.

Y cogiéndola del brazo con una familiaridad que a Anna le sorprendió, le espetó:

—Te diré, después de haber hablado largo rato con mi buen amigo, el hijo de Bruner, ese que se vanagloria de que su padre fue un héroe en la Segunda Guerra Mundial, que estamos los dos invitados a pasar un fin de semana en su finca de Cañameros...

Anna lo miró, no supo si él se dio cuenta de que su mirada expresaba una gran desconfianza o sorpresa por lo que acababa de decir. ¿Por qué ahora se estaba mostrando tan solícito con ella?

Él, para romper el silencio, le dijo:

—Tengo el coche en la puerta del hotel.

Lo miró detenidamente. Ella, que jamás había perdido el interés por los misterios de la vida, ahora se sentía ante aquel hombre anonadada y confusa, había conseguido ayudarle en su propósito. Y se hizo esta reflexión: “¿Por qué en el mundo, junto con la naturaleza, esta a veces se comporta tan diferente con las personas a pesar de ir todos unidos y caminar al mismo ritmo donde todo de forma natural va transcurriendo? Todos estos pensamientos le estaban empezando a rebasar. Mientras, miraba al nazi cómo ordenaba al chico del hotel, que se encontraban en el hall, que le metiera las maletas dentro de su coche, pero lo que veía en realidad no era solo a un nazi, estaba viendo lo que existe en la conciencia de los hombres. Porque todo lo que le estaba pasando en esos momentos rayaba en la incoherencia.

Salieron de Madrid aquella misma mañana, cuando en el cielo brillaba el sol con todo su esplendor. Enfilaron la carretera de Extremadura. Después de rodar tres horas por la carretera descansaron una hora en la ciudad de Trujillo para relajar los músculos de las piernas. Fueron a algunos monumentos, haciendo una visita al castillo árabe. Desde la almena se podía apreciar el

terreno de roquedos que circunda la ciudad.

Después de tomar un refresco en el Parador Nacional de Trujillo, siguieron la ruta trazada, enfilaron la carretera comarcal dirección Guadalupe, a la izquierda de la carretera quedó Madroñera; a la derecha, una pequeña pedanía llamado Pago de San Clemente, donde cuentan las leyendas que hay espíritus que salen por las noches de luna llena.

El paisaje se mostraba casi virgen. En los márgenes de la carretera abundaban las amapolas que, en algunos tramos, se mezclaban con los zarzales, que, orgullosos, mostraban su jugoso fruto de un color morado intenso, configurando un crisol de colores que, junto con el aroma del tomillo y del romero, hacían que se relajase el alma.

Ya habían rodado unos sesenta kilómetros desde que salieron de Trujillo cuando se desviaron de la carretera principal para adentrarse en la sierra por la margen derecha. Entraron por un camino estrecho y sinuoso de tierra y se encontraron bordeando la depresión del terreno. Anna, cuando miró desde la ventanilla del coche la profundidad del precipicio, al mismo tiempo, sintió vértigo y notó cómo el peligro estaba empezando a acecharle. En la profundidad de la montaña, una larga cinta de plata brillaba tranquila, colgada entre las laderas. Era un pequeño riachuelo que se confundía con la biodiversidad de estos parajes, que hacía que la fauna y el paisaje en sí fueran frondosos. Lo que más le impactó a Anna fue, al observar a contraluz, cómo la claridad del sol se filtraba entre los árboles para formar al atardecer dagas de plata que parecían bajar del cielo para proteger el monte.

El silencio entre los dos ocupantes del coche era absoluto, que solo era roto por el ruido del motor del coche y por el roce de la hojarasca que algunos animales hacen cuando, asustados, pasan veloces atravesando la estrecha y serpenteante vereda.

Anna, en el transcurso del viaje, en ningún momento le abandonó la



penumbra en la que se encontraba su alma, al ignorar el destino incierto que le esperaba y al no saber, exactamente, dónde se dirigían. Y empezó a pensar que era, sin duda, una osadía por su parte hacerse acompañar por uno de los que creía era un enemigo. Se asustó al saber que los cálculos que había hecho antes de emprender ese viaje y de las reglas que ella misma había establecido para el cumplimiento de su cometido, no concordaban con lo que quería en realidad. Pues ahora, en los momentos de zozobra que estaba viviendo, quería convencerse para calmar su ansiedad de que el azar y lo oculto determinaban las casualidades. Anna se frotó las manos, estaba segura que, de un momento a otro, estarían a punto de entrar en aquella fortaleza, quizás se encontrara en una encrucijada difícil de salvar. Aquella densa maleza le empezaba a mostrar sus primeros secretos, era todo el entorno tan extraño... En un cruce de caminos enfilaron por lo que parecía una vereda antigua y abandonada, donde los zarzales se confundían con el bosque, haciendo el camino casi intransitable.

De pronto, dijo su acompañante:

—Estamos a punto de llegar.

Se volvió para mirarla, con aquella mirada Anna creyó que le estaba dando ánimos. ¿Pero sabía él acaso que en esos momentos ella estaba a punto de que se rompieran sus nervios en jirones?

Al final de aquel viaje, lo primero que divisaron fue una tapia alta y parda que ocultaba con celo una inmensa casa-fortaleza que parecía, más bien, una prisión gris inexpugnable, que se alzaba desafiante entre los pinares, pareciendo querer ocultar aquel lujo voluptuoso de vida que mezclada con la muerte puede llegar a esconderse demonios maliciosos y fanáticos entre los árboles que un día fueron plantados para dar belleza a la tierra.

Ante ellos apareció un portón de hierro forjado y robusto como si fuera

un fantasma. El nazi detuvo el motor del coche, bajó del vehículo sin prisas y pulsó un botón para que le abrieran la puerta. Anna se encontraba aterrada ante la contemplación de tanta seguridad y supo al instante que era el sitio que andaba buscando. Esto le obligó a pensar en lo difícil que le iba a resultar poder salir de allí.

El portón se abrió mientras dos hombres fornidos y armados se acercaron al coche para pedir las credenciales. Al instante, los dos hombres se hicieron a un lado para dejar paso al coche. Entonces fue cuando Anna pudo divisar una casita casi oculta por un enorme laurel.

La tarde hacía un rato que había empezado a declinar, formando una bruma espesa en el cielo que a Anna le oprimió el pecho.

Ya dentro, en la puerta de la casona, un hombre vestido con uniforme militar se hizo cargo del coche para aparcarlo. En lo alto de las escaleras de la entrada principal les esperaba el dueño, como un reyezuelo de opereta que espera le besen la mano sus súbditos. Anna detuvo el paso, se encontraba demasiado alterada, así que intentaba disimular su ansiedad aparentando que estaba prendada en la contemplación de aquella casa y de aquel inmenso jardín que la rodeaba. El anfitrión parecía estar encantado de que fuera su invitada. Ella obsequió al reyezuelo con una sonrisa. Mientras se saludaban, al chocarse sus manos, Anna sintió una sensación indescriptible que dedujo podía ser repugnancia ante aquel tacto gelatinoso que le obligó a pensar que el motivo que le había llevado hasta allí estaba más que justificado.

Antes de la cena paseó con el anfitrión y su “amigo” por los jardines que se encontraban iluminados como una pista de tenis. Anna se separó unos pasos de los hombres para contemplar de cerca el gran laurel, tenía que cerciorarse si era una casita la que estaba casi escondida o quizás era, simplemente, una caseta donde guardar herramientas. Observó que junto a la casa había una pequeña hondura que hacía la depresión del terreno.

Efectivamente, pudo ver con claridad que era una pequeña casita ubicada cerca del laurel que la ocultaba estratégicamente. En el instante en que intentó acercarse, el anfitrión, levantando la voz y, como trueno, le dijo a unos de los criados que le dijese a su invitada que por aquel terreno no se podía acercar, que era peligroso por encontrarse en el fango. Por lo tanto, le dijo el obediente criado que era muy peligroso acercarse por ser un suelo demasiado húmedo a consecuencia de encontrarse rodeado de pequeñas pozas, y que, por ese motivo, era sumamente inseguro andar cerca del laurel. Mientras el criado le decía estas palabras, el dueño de la casa, desde lo alto de las escaleras, teñía de rojo su rostro, al contener la ira y no poder bramar como un ternero en celo, como siempre solía hacer cuando alguien hacía lo que él creía que no era correcto. Pero Anna pudo percibir, por un instante, una voz susurrante que parecía venir de la casita, pidiendo auxilio y que no pudo distinguir de quién se trataba, al mezclarse con la voz imperiosa del discípulo de Hitler.

Después de la cena, los dos hombres en los postres, entablaron una conversación en alemán. Ella se retiró discretamente, su cuerpo temblaba y, para colmo, no había entendido nada de lo que los dos nazis hablaban. Estaba segura de que hablaban en clave.

A las tres de la mañana, y cuando todos dormían, Anna, cautelosa, salió al jardín y se acercó a la pequeña casita. Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, oyó un murmullo de voces que la puso en alerta. Las voces se mezclaban con las volutas de los cigarrillos que estaban fumando. Parecían ser dos guardianes, Anna contuvo la respiración, estaba segura de estar cada vez más cerca de su objetivo. Ya había llegado a la casita, pegó su espalda a la pared. Miró a su alrededor y vio un ventanuco que se encontraba justo por encima de su cabeza, que ella no pudo ver el día que llegó, pues a aquella hora ya empezaba a reinar la niebla. Pegada a la casita y en aquel silencio

solo podía oír los latidos acelerados de su corazón. Pegó el oído a la pared y le pareció escuchar primero un llanto suave que se fue convirtiendo, gradualmente, en un lamento que le pareció que salía de la garganta de una mujer.

Esta vez sí supo con certeza que era Florencia. Esperó media hora aproximadamente a que los vigilantes se fueran de allí. Estaba segura de que se alejarían unos metros para relajar las piernas. Una vez los hombres se marcharon, mascullando entre dientes el coñazo que era el estar allí toda la noche, Anna se encaramó en una piedra para llegar al ventanuco. Asomó la cabeza por aquel maltrecho hueco y acercó la boca junto a los hierros oxidados de aquella reja.

—Florencia —musitó con voz queda Anna.

—¿Eres tú, Anna? —contestó Florencia con la voz entrecortada por la emoción.

—¡Sí! Estoy aquí para ver la manera de liberarte, no desesperes. Mañana estaré de nuevo junto a esta ventana con la solución para que salgas.

Cuando por la mañana una muchacha de servicio llamó a su puerta para anunciarle la hora del desayuno, Anna aún no se había acostado.

Después del desayuno salió al jardín. Uno de los criados, rubio de unos inmensos ojos azules, parecía esperarla. Anna disimuló su nerviosismo. Cuando se acercó a ella, en un susurro le dijo:

—No puedes hacerlo sola.

Una lágrima brotó de sus ojos, fruto del terror y de la soledad que estaba sintiendo. Pero ¿quién era ese criado?

Su cabeza le empezó a dar vueltas como si fuera un juguete en manos de una tempestad, no sabiendo qué pensar sobre todo lo que estaba pasando, sintiendo la sensación de estar atrapada, sin escapatoria, y de que allí podía encontrar la muerte ella también.

Ya sabía dónde se encontraba Florencia, pero ¿qué estrategia podía seguir? De todas las que tenía pensadas, después de haberlas estudiados concienzudamente, en ese entorno hostil en el que se encontraba, ninguna le podría resultar válida.

La segunda y última noche que Anna pasaba en aquella casona aún no había preparado nada que pudiera servir para liberar a Florencia. Este pensamiento le hacía estar en constante vigilia. A las dos de la madrugada se oyó un potente trueno, un rayo misterioso cayó del cielo, incendiando parte del bosque de aquella inexpugnable finca.

Ante esta tragedia, la alarma se disparó. Todo el servicio salió de la casa para apagar el incendio que amagaba con quemarlo todo.

Anna se vistió apresuradamente. Tenía que sacar de aquel agujero a Florencia. Cuando salió de su habitación, una voz grave en el fondo del pasillo pronunció su nombre, lo que hizo que parase en seco. El camarero rubio y de ojos azules le dio una llave de hierro grande que sacó de una arandela de hierro donde había muchas más. Cada una de ellas era de diferente tamaño.

Le miró incrédula.

El hombre parecía agobiado cuando le dijo:

—Corre, es tu única oportunidad, corre sin mirar. Detrás de la casita hay un camino donde el suelo no se ve por estar cubierto de hojarasca, pero una vez que tu amiga se encuentre fuera de la casa, tenéis que seguir la dirección de la pared de piedra, que os conducirá hasta el final del camino. Allí os estará esperando un coche, no miréis atrás, ni preguntéis nada a la persona que os está esperando. Tan solo tenéis que subir al coche y salir cuanto antes de aquí.

Anna no tuvo más remedio que seguir las indicaciones de aquel criado, tenía la necesidad de confiar en alguien. Salió de la casa, se confundió en la

oscuridad entre los criados que, con cubos y mangueras, intentaban apagar el fuego. Llegó a la casita con mucha dificultad y, tras varios intentos, consiguió que la llave entrara en la arcaica cerradura. Cuando entró, se encontró a una Florencia llorosa. Las paredes donde la habían metido eran como si fueran un calabozo de torturas, tenían un aspecto lúgubre, iluminadas apenas por una bombilla oscilante de 25w. A los pies de Florencia yacía un hombre.

Florencia se disculpó ante Anna:

—Tuve que hacerlo. Era él o yo.

Silencio.

Fuera, unas voces se acercaban peligrosamente a ellas. Esperaron unos segundos, que eran cruciales para que Florencia se recuperase y poder incorporarse del suelo. Cuando todo parecía en calma por aquella zona de la finca, salieron corriendo de la pequeña casa sin mirar atrás. Florencia a duras penas podía correr, ya que tenía las piernas entumecidas por la inmovilidad a la que había estado sometida. Tomaron el camino indicado. Al final de la carrera, por sorpresa, se encontraron con su “amigo” nazi. Las dos se quedaron paradas, como si tuvieran una losa de una tonelada en cada pie. El nazi sonrió ante la cara de pasmadas que pusieron las dos. Sin comentarios, abrió la puerta del coche para que entrasen y tan solo dijo:

—No hay tiempo que perder.

Durante el trayecto que siguieron, camino a Cáceres, ninguno de los tres dijo nada.

Las dos chicas parecían encontrarse en estado de shock.

Cuando llegaron a Cáceres se dirigieron hacia un discreto, pero señorial, hotel de la parte antigua, donde les tenían reservadas habitaciones.

Anna se encontraba aturdida. ¿Cómo sabían que llegaban esa noche? ¿Quién había reservado las habitaciones?

Mientras tomaban una cena ligera, el nazi fue requerido por una llamada

de teléfono.

Mientras, ninguna de las dos amigas, a pesar de mirarse, osaron articular palabra.

Cuando de nuevo se sentó ante ellas, les dijo solemne:

—Por ahora hemos acabado. Nos dejan unos días para que descansemos.

Más tarde tendremos noticias de nuestra próxima misión.

Anna no salía de su asombro.

—Pero ¿quién eres? —le dijo con voz de asombro.

—Yo —contestó con una sonrisa en los labios al ver la cara de estupefacción que Anna demostraba— soy simplemente un alemán.

Anna no podía creer lo que estaba oyendo y balbuceó:

—¿Florencia, sabías algo de esto?

—Yo casi estaba segura de que era uno de ellos, pero ¿cómo decirte que me resultaba su comportamiento algo extraño, comparándolo con el de los demás alemanes que conozco?

Anna, después de oír aquellas palabras, se sintió confundida, no sabía qué pensar en esos momentos. Solo tenía la seguridad de no estar volviéndose loca.

Entonces recordó que todo lo pasado en aquella finca podía haber sido una estrategia bien coordinada, y que fue urdida a la perfección, igual que cuando desapareció en mitad de la fiesta de Sevilla dejándola sola.

—Fuiste tú el que... —dijo Anna y entre los dos se creó un momento tenso que hizo que midieran sus fuerzas—. ¿Era tan necesario montar esa comedia? ¿Por qué no me dijiste que sabías que lo que yo pretendía era saber dónde se encontraba Florencia?

—Bueno —dijo haciéndose el desinhibido— al final, el resultado es el que cuenta.

Y estaba muy seguro de lo que decía.

Anna miró al nazi, después a Florencia y esto hizo que olvidara la pregunta que le iba a formular.

## CAPÍTULO XXIII

### LA CÁBALA

Cuando aquella noche regresó a Madrid se sentía cansada y satisfecha al mismo tiempo, sonrió cuando entró por la puerta de su habitación en el hotel Ritz. Se echó encima de la cama que, al recibir la carga de su cuerpo, el somier protestó con un quejido de mansedumbre.

Ahora ya no estaba sola en la contienda, ya tenía en quién confiar, tan solo una aflicción se intercalaba con accesos de tristeza al acordarse de aquellos hombres que sufrieron la ignominia de la guerra.

Como no tenía sueño, a pesar de estar cansada, su cabeza empezó a pensar en todo lo que había vivido y aprendido durante esos días que estuvo en la comarca cacereña de Hervás, y empezó a rememorar la historia que le habían contado los judíos sobre la Cábala contemporánea, en la que se dice proponer un método de corrección del ego del hombre, conduciéndolo hacia el altruismo. Anna quiso creer. ¿De verdad todos ellos seguían esas normas?

El sueño parecía alejarse más y más de ella, que, al no poder dormir, empezó a sentir una gran curiosidad por todo lo que había oído y leído sobre los judíos. Y sin apenas darse cuenta, empezó a iluminar su habitación una aurora clara y luminosa que se posó en su balcón, que no le impidió poder seguir rememorando todo lo que en poco tiempo había aprendido. Por unos minutos, dejó encima de la mesilla el libro abierto que le había tenido toda la noche en vela. Se lo habían regalado los judíos cuando estuvo en casa de Cohen en Hervás. Después de pasear por la habitación para estirar las



piernas, se tumbó en la cama, se incorporó para coger de nuevo el libro, lo abrió y como si lo abriera por primera vez, lo hizo por la primera página.

El libro, dentro de sus páginas, contaba:

*“Siendo tanto el fervor que emplea el alma del hombre que practica esta disciplina, que llega a sentir un gran gozo de todo lo que el Señor representa, y en esta práctica, hace que el hombre se olvide de su cuerpo, no perdiendo el uso de los sentidos ni potencia, quedando todo su ser al servicio de Dios”.*

Leyendo estos pensamientos, Anna sentía cómo su espíritu se elevaba, tanto que creía estar sintiendo algo mágico e inenarrable, y un suave estremecimiento se apoderó de ella cuando todo su cuerpo se transformó en un recogimiento que la llenó de quietud y de paz interior. Anna se encontraba tan relajada en esos momentos que hasta le pareció que a su alma no le faltaba de nada.

Siguió leyendo sin percibir que ahora era un rayo de sol insolente el que atravesaba las cortinas.

Anna puso el libro abierto boca abajo encima de la mesita para reflexionar por unos momentos sobre lo que había leído.

Quizás es por eso que la Cábala es el pozo de todas las tradiciones místicas judías, y que es el canal por donde, a veces, se puede llegar a ellas. Entusiasmada por la sabiduría que guardaba aquel libro siguió leyendo. Esta cábala —dice el libro— puede llegar a ser, si te lo propones, de carácter exotérico. Después de estos pensamientos, Anna se encontraba mejor que nunca y con la agradable sensación que daba el sentirse segura se quedó dormida encima de la cama. Desde ese instante no tuvo ninguna pesadilla, durmió como un bebe después de que hubiera ingerido una dosis de biberón.

Serían las seis de la tarde cuando Anna despertó de su letargo. Se levantó relajada y cogió un cepillo para peinarse. El gran espejo del cuarto de

baño le devolvió una imagen de satisfacción, aún a pesar de la aureola azulada que circundaba sus bellos ojos por las muchas horas de intensa de lectura. Sin darse cuenta que se encontraba en ayunas, decidió, en un momento, ordenar sus apuntes.

Al anochecer, salió del hotel. Su elegancia no pasaba desapercibida. Lucía un abrigo blanco de entretiempo ajustado a la cintura, solapas ribeteadas en azul índigo y abotonado de pequeñas estrellas de cristal. Los zapatos hacían juego con el bolso y el ribete de las solapas. Su melena rubia en esta ocasión la llevaba recogida con un moño pegado a la nuca.

Poco después se encontraba tomando un coctel en un local de moda. Buscó con la mirada entre la gente, y, al no encontrar a nadie conocido, se tomó el último trago y salió del local.

Ya en la calle, se sintió preocupada al no tener noticias de Florencia, pues pensaba que la encontraría en la cafetería que solían frecuentar.

Al día siguiente no se pudo levantar de la cama. Así estuvo tres días, encerrada en la habitación, afrontando con entereza una gripe que le diagnosticó el médico del hotel. Las horas en la soledad de la habitación se le hicieron eternas, arrastrando su malestar junto con sus pies, que la llevaban de la cama al sofá y del sofá a la cama, haciendo una pequeña variación para ir al baño. En aquella situación de enfermedad, unida a la soledad, le empezó a invadir la pereza que, junto con el cansancio producido por las convulsiones de los pulmones al toser, creyó encontrarse tan mal que pensó que iba a morir.

En la depresión en la que encontraba sumida, se acordó de Cohen, que no parecía dar señales de vida, y esto le hizo impacientarse, quizás más de la cuenta. No sabía si era motivado por la fiebre, pero vio cómo una mano asomaba por debajo de la cama. Abrió los ojos desmesuradamente para saber qué pasaba, pero el dolor de cabeza parecía que se le acentuaba. Mientras, su

mente no se quería rendir y en un alarde de valentía se autoanimó diciéndose:

—No es nada, solo es la fiebre, que me hace delirar y quiere jugarme una mala pasada.

Pero su mente se quedó por unos momentos en pausa, las piernas le empezaron a temblar, moviéndose a un ritmo que ella no marcaba. No le era fácil volver a mirar de nuevo por debajo de la cama, pero sentía que algo se movía. No sabía de dónde venía ese movimiento. Su cuerpo se agitó como una coctelera. Segundos después, oyó en la habitación el eco de una voz lastimera, no sabía qué hacer. Por unos momentos, sintió una laxitud que la desesperó. No podía moverse, pero se tranquilizó cuando pensó que la fiebre era la culpable y se lo impidió.

—¿Qué es lo que me está pasando?

Cuando creyó perder la esperanza de estar cuerda, llamaron a la puerta. Se encontraba sin fuerzas para levantarse. No sabía si podía llegar hasta la puerta para abrirla, pero enseguida recapacitó. Sea quien fuera, ella necesitaba estar con alguien para no caer en la locura, y también necesitaba que alguien le dijera cuál era su estado. El médico, desde el día en que ella lo llamó por no encontrarse bien, no había vuelto a visitarla. Se sentía agónica, asfixiada en aquella jaula de cristal. Se incorporó para coger la bata que estaba a los pies de la cama, pero sus manos, temblorosas, la dejaron caer. De nuevo vio cómo la misma mano que había visto unos minutos antes la recogió del suelo para depositarla en las suyas. Una tremenda convulsión sacudió su cuerpo, cayendo de la cama al suelo. Su cuerpo quedó tendido entre la mesilla y una pequeña butaca descalzadora, perdiendo la consciencia.

Más tarde, al despertar, lo primero que vio fue la mirada de los dos hombres de Cohen, que, sentados en la cabecera de la cama, le preguntaron:

—¿Cómo te encuentras? Nos has dado un buen susto.

Ella solo los miró llena de gratitud por encontrarse junto a su cama.

Ante aquellos dos hombres, Anna se tocó la frente. Esta se encontraba perlada por las gotas de sudor que le había producido la fiebre.

Después de haber estado una semana enferma, no era nada fácil para Anna mirar hacia el futuro con optimismo. La vida en esos momentos se le presentaba inabarcable y opaca. Y tuvo la tentación de quedarse entre las sábanas, necesitaba dormir mucho y sobre todo no pensar en nada. Lo estaba necesitando para poder, más tarde, con claridad, desvelar las muchas incógnitas que le agobiaban, pues creyó ver en su interior, mientras la fiebre le carcomía sin piedad en el cerebro, que había un orden oculto en todo ese desorden de su cabeza que aún no había podido descifrar.

Era martes y Anna, ya recuperada, elegante como siempre, con un traje sastre de color tierra dos piezas y a pesar de la huella que le había dejado en su rostro los días que pasó enferma en la cama, lo supo disimular sabiamente. Ya estaba acostumbrada desde que llegó a Madrid a poner el toque de distinción en todo lo que hacía. Entró erguida y majestuosa en la cafetería del hotel.

Dos hombres de Cohen la esperaban en la barra. Al verla, uno de ellos, con disimulo, se aflojó el nudo de la corbata. Ella, mientras coqueteaba, barrió con la mirada la cafetería, como buscando a alguien, y se acercó a los hombres que la esperaban. Un caballero con aspecto solitario que parecía perdido y que se encontraba vestido de smoking se acomodó en la barra junto a ellos, y pidió una taza doble de café bien cargado. Les prodigó una sonrisa extraña mientras daba la impresión de intentar enfriar la borrachera.

Anna, después de acercarse a ellos, se mostró arrogante, pues deseó que los hombres que la esperaban no se dieran cuenta de la profunda inseguridad que la atenazaba.

Con voz segura les alargó su mano a modo de saludo. Los dos se levantaron. Un tercero, que no reconoció haberlo visto antes, se acercó al

grupo, y cuando saludó a Anna, no le gustó la forma chulesca de su presentación, sobre todo cuando su mirada se posó en ella con descaro en el momento que, llevando su mano a la boca, le dijo en forma de correcto saludo:

—No podía ser otra más que usted la que mejor puede lucir... —y señalando la preciosa joya de esmeraldas que llevaba en la solapa, se acercó más a ella, con una desfachatez que rayaba la descortesía—. ¿Me permite? —y como si se tratara de un perista, observó la joya desde cerca, y dando un paso atrás, le dijo—: Es usted más hermosa que cualquier joya por muy cara que esta sea.

Anna contuvo la ira que aquel hombre le provocó. Le sonrió, mientras sus ojos demostraban una disimulada complacencia. Con su codo, y a propósito, rozó el brazo de uno de los hombres que estaban con ella, haciendo derramar todo el contenido del vaso en el traje de aquel ineducado.

Pero ¿quién era ese hombre que en un instante, y sin querer, le había hecho perder los nervios y, al mismo tiempo, incitó sus más íntimos instintos provocadores de mujer?

Aquel hombre era alto, de espalda ancha, ojos negros profundos, vestido con traje impecable y que en su mirada parecía guardar un secreto íntimo que le favorecía. Anna, al mirarlo de nuevo, y observar cómo un camarero se afanaba en limpiar el traje de aquel impresentable, Anna se ruborizó ante los pensamientos que le provocaba aquel individuo y, disimulando su debilidad, encendió un cigarrillo, pues estaba convencida de que era uno de esos hombres que pocas mujeres pueden resistirse a su seducción. La mirada de sus ojos, el aroma que desprendía su cuerpo a tierra recién regada... Cerró los ojos, desechando que para ella los sueños y las ilusiones estaban enterrados junto al cuerpo de Samuel. ¿Estaría perdiendo la cordura?

Después salieron todos juntos hacia el hotel Palace, donde en el hall les

esperaban dos mujeres jóvenes de aspecto saludable, bien vestidas, pero, según el criterio de Anna, carecían del toque de elegancia que allí se prodigaba.

Anna, pensativa, no cruzó ninguna palabra con aquellos hombres durante el corto trayecto que separaba el hotel Ritz del Palace.

Se dirigieron a la cafetería. Después de echar una mirada para buscar un sitio donde poder acomodarse y hablar, tomaron asiento en la única mesa que en esos momentos estaba vacía, parecía que todo Madrid se había dado cita aquella mañana en aquel hotel. Las dos mujeres, después de ser presentadas, Anna notó desasosiego cuando notó que la miraban de una manera insistente, teniendo la sensación de que la estaban estudiando. Anna, a pesar de la seguridad bien disimulada que creía desprender con su comportamiento de mujer desenvuelta, en esos momentos no sé sentía a gusto con su comportamiento, le parecía encontrarse perdida, como si estuviera en medio de un campo donde todo es energía y vitalidad y de donde parecen formar parte sus acompañantes, menos ella. No sabía por qué, pero no creía encontrarse a la altura de aquellas personas, ya estaba empezando a dudar de sí misma, y creyó que su entereza se iba apagando poco a poco ante aquellas dos mujeres a las que le pareció que eran extremadamente inteligentes.

Asustada, pensó: “¿Qué era lo que le estaba fallando?”.

Las dos mujeres pidieron un refresco. Ella, para animarse, pidió un coctel que estaba poniéndose de moda y empezaba a hacer furor entre las gentes distinguidas de todo Madrid. Los hombres pidieron una copa de coñac francés. Una vez sentados, la conversación derivó hacia la compra de un palacete en el centro de Madrid.

En aquellos momentos, había muchas mansiones de la aristocracia española que habían quedado abandonadas por sus propietarios por los efectos devastadores de la guerra, decidiendo muchos de sus moradores

vender estos inmuebles para instalarse en otra zona más apartada del centro que le aportarían menos gastos y más comodidades. Una de las mujeres sacó del bolso unas cuantas fotografías de distintos palacetes que estaban a la venta y que se encontraban ubicados a ambos lados de los Paseos de Recoletos y de la Castellana. Todos miraron con atención las fotografías y, después de un largo debate, por unanimidad, se decidieron por uno que parecía tener más posibilidades para sus objetivos después de su restauración.

Anna se despidió de sus acompañantes y se dirigió de nuevo al hotel Ritz, donde le esperaba una de aquellas comidas que ese día sería para ella toda una revelación.

Mientras caminaba, pensaba con cierta incertidumbre: “¿Cómo podían haberse puesto con tanta premura de acuerdo la comunidad judía para efectuar la compra?”. Al día siguiente, Anna decidió investigar por su cuenta.

Anna, por la tarde, y después de la comida, decidió no pasarse por la tienda y caminar. Se detuvo ante un edificio, se paró para admirar desde la acera un edificio que le resultaba a todas luces la fachada de una belleza singular, y además se encontraba en unos de los mejores enclaves del centro de Madrid. El inmueble se encontraba rodeado de un jardín muy singular. Se paró ante la puerta enrejada para contemplarlo. Anna se acercó a la verja para mirar mejor el jardín. Un hombre la miró tras los barrotes de hierro que guardaba la propiedad.

—¿Desea algo?

—Me han informado que este inmueble está en venta.

Al hombre se le iluminó el rostro cuando la miró.

—¿Desea entrar a verla?

Anna sonrió mientras le dijo:

—Si no es molestia...

Mientras se adentraba por la puerta entreabierta que aquel hombre le

abrió, Anna una vez dentro creyó entrar en un mundo de ensueño. Y con voz suave, le dijo:

—Me gustaría saber algo más de lo que dice el anuncio sobre esta casa, por ejemplo de su estructura, y saber de cuántas habitaciones dispone.

El hombre se puso nervioso al pensar que podía ser una intermediaria de algún arquitecto, y que su propósito podía ser el derribo.

Después de un momento de silencio por parte de aquel hombre se decidió a hablar:

—No todos los que se paran a mirarla desde la calle se atreven a entrar. Se imaginan que no está al alcance de sus bolsillos, pero cometen un error al no preguntar su precio, porque en los tiempos que corren, no se podría recuperar lo que en realidad cuesta —dijo adelantándose a la pregunta que imaginaba que le iba a formular Anna.

Anna sonrió mientras atravesaba el jardín precedida por aquel hombre que supuso que era el guarda. El hombre, desde que entró en la casa, no dejó de hablar. Anna, a cada paso que daba, analizaba la casa, y comentó:

—No es exactamente como se ve desde la calle, desde dentro es mucho más espaciosa, y eso me agrada —y se atrevió a decir en voz alta sus pensamientos—: Estoy observando que, aun a pesar de carecer de jardinero, el jardín no se ve que esté abandonado. Los rosales, a pesar de ser una planta delicada, están florecidos, también los parterres están bien cuidados, porque casi deslumbran con su colorido especial y con la variación de plantas, haciendo que destacasen en armonía las rosas de entre el verde follaje. Me parece que el jardín es perfecto.

El hombre sonrió ante esta observación. No quería ni siquiera imaginar lo que podía haber pensado su visitante si lo hubiera visto en todo su esplendor. Anna, por la expresión de su cara, creyó ver una sonrisa llena de amargura.



De sopetón, el hombre le dijo:

—Esta es mi casa, y yo solo no puedo llevarlo todo. Tengo poco tiempo para arreglar el jardín. Como verá, es una casa demasiado grande para que la habite un solo hombre —dijo a modo de disculpa.

Por parte de Anna hubo silencio.

El hombre, de elegantes modales, estaba muy delgado. En su rostro lucía una mandíbula fuerte, pero agradable, de mirada dulce, y que a pesar de vestir un traje ajado, su cuerpo emanaba señorío. La condujo dentro de la casa.

En la calle, y desde el jardín, se podían oír las bocinas de los coches escupiendo monóxido de carbono, el cual se mezclaba con el murmullo de los transeúntes.

Anna disimuló su admiración. Ante ella se presentó un patio interior arcado, adornado con un espléndido zócalo de azulejos elaborados en Talavera de la Reina que databa del siglo en que se construyó el edificio, según le contó el anfitrión. Allí siempre estuvo el centro de reuniones de amigos y familia cuando vivían sus padres. Y con la nostalgia del que se siente derrotado, enunció:

—Este era nuestro sitio preferido de la casa.

Siguió recorriendo la casa, Anna pudo ver con desolación la mella que había dejado la guerra en el mobiliario. En uno de los amplios pasillos se podía apreciar una preciosa cómoda, que, según el dueño, fue comprada en una subasta por sus antepasados en Italia. Sus patas eran de un marfil que amarilleaba y estaban maravillosamente esculpidas con la forma de las patas de un caballo. Allí también descansaba una valiosa encimera de piedra de mármol de Carrara que se encontraba partida por la mitad. Anna dejó atrás el pasillo para subir tras el hombre por las escaleras que daban acceso al piso principal. La barandilla, una hermosa muestra de artesanía, estaba armada de hierro y mármol, modelada con una artística forja formando en su recorrido

personajes emblemáticos de la mitología griega. El hombre, al llegar al primer piso, la miró y, al ver la expresión de su cara, esperó que dijera algo con respecto a las escaleras, pero Anna no dijo nada, no podía. Se encontraba contemplando toda una joya arquitectónica.

Anna ahora empezó a pensar en cómo luciría esa casa cuando estuviera restaurada. Se encontraba en el pasillo del primer piso y, al fondo, le dijo el dueño que se encontraban otras escaleras que estaban ocultas por una puerta, simulando ser un biombo chino. Bajaron, en esta ocasión, las escaleras daban al ala interior de la casa. La barandilla, ahora era de bronce y hierro con decoración de espirales. A su lado, otra puerta, que parecía estar camuflada tras el zócalo de madera de la pared. Tras ella se encontró con otras escaleras que eran para el uso del servicio. Las escaleras estaban construidas en espirales perfectamente trazadas, que, metida en sus pensamientos, pensando en cómo podía quedar tras la restauración, no supo cómo pudo llegar hasta la planta baja, donde se encontraban las dependencias del servicio. El hombre miró ansioso cualquier gesto que pudiera hacer la supuesta compradora, y sintió alivio al pensar que su distracción era motivada por la contemplación de la belleza arquitectónica que derrochaban aquellas escalinatas.

Anna no tenía palabras. Era justo lo que necesitaba, recovecos, entradas misteriosas, y pensó que hasta, en algunos casos, ella misma podía desaparecer en su propia casa sin que nadie pudiera localizarla. Entraron en el salón, una estancia amplia y luminosa con tres balcones mirando hacia el jardín, una lámpara de cristal de Murano lucía como una estrella espectacular, a pesar de la suciedad incrustada en el cristal por el olvido. Las paredes estaban decoradas con frescos firmados por prestigiosos pintores italianos.

Después del recorrido se despidió del dueño, quedando para darle una respuesta días después.

Anna, mientras caminaba hacia el hotel, recordó la historia de España de

aquellos momentos en que corrían los años de apogeo de la época colonial, cuando Fernando VII otorgaba títulos nobiliarios a cambio de que trajeran los comerciantes mercancías de las colonias de ultramar, que era lo que hacía que se llenaran sus arcas. Fue en la realidad una época en que la sociedad madrileña giraba sobre una representación social casi teatral, en donde para poder llegar a tener estatus era necesario ser comerciantes de los productos que llegaban de ultramar. Y cuando estos nuevos acaudalados necesitaban encumbrarse socialmente, se hacían construir palacios suntuosos, provistos de grandes salones en los que poder dar fiestas fastuosas y donde poder presumir de su poderío económico. Y ahora, la mayoría de estos espléndidos edificios, después de la devastadora guerra civil, quedaron sin remisión gran parte de ellos en las manos del olvido.

Aquel palacete había cautivado a Anna y aquella misma noche escribió una carta a Cohen, describiendo las posibilidades que podía tener el palacete en el caso de que se decidieran a comprar.

Poco después, Anna escribió una extensa misiva a Cohen, donde le comunicó el hallazgo del palacio que desde el momento que se asomó a la reja de su jardín le cautivó. En la cual comenzaba el encabezamiento: *“Es hermoso. Las dependencias están organizadas en torno a un patio central, destacando la rejería que la circunda, pero, sin ninguna duda, lo más bello del edificio, lo que más me ha impactado es la escalera principal, situada en el interior, que se encuentra situada a la derecha de patio central. La barandilla está elaborada en hierro, bronce y mármol, logrando el artesano, con su construcción, una auténtica joya del modernismo madrileño de aquella época. Entre sus numerosas dependencias, he podido apreciar un precioso salón de espejos donde en sus paredes pude apreciar espejos venecianos, del techo penden dos grandes lámparas, que creo que solo necesitan una profunda limpieza para que les devuelva su esplendor; en otro*

*de los salones, sus paredes están cubiertas con bellos tapices. Del techo y como una cascada, una enorme lámpara de cristal de Murano. No te lo puedes creer cuando miré al techo, me quedé asombrada por tanta belleza. Te lo aseguro, Cohen, es fantástico, claro que te hablo de la parte noble de la casa, que también luce un magnífico artesonado. Me ha informado el dueño que están hechos de madera traída de Cuba”.*

*Anna, entusiasmada, no pensó que estaba alargando demasiado la carta con los detalles: “Es todo precioso. Una observación: el techo del que te hablo se encuentra perfectamente bien conservado, a pesar del vapuleo que se aprecia. Yo creo que se debía quedar tal y como está. Y por supuesto todo necesita de una buena restauración de limpieza. También hay algunos muebles que se encuentran en un buen estado. También he visto cuatro arcones y otros tantos bargueños que componen la decoración de uno de los salones que, según el dueño, estaban destinados para hacer grandes fiestas. Estas piezas del mobiliario junto con las porcelanas que ha dicho entran como lote en la venta de la casa quedarán perfectas.*

*Sé que puedo seguir contándote más sobre todo lo que he visto, pero por ahora, no puedo decirte nada más, pues creo necesario que vengas cuanto antes a verla y después darme tu opinión, que la necesito. Ah, se me olvidaba, los suelos son de mármol de la mejor calidad, porque me he fijado de que aún conservan su brillo natural. Ah, se me olvidaba. También posee una amplia biblioteca, eso sí, con algunos huecos de volúmenes que faltan, supongo que fueron destruidos o quemados. El jardín tiene espacio suficiente para hacer una piscina en la parte de atrás de la casa, pues tengo entendido que se han puesto de moda. No te cuento más porque espero que lo veas con tus propios ojos.*

*Posdata: Creo que te entusiasmará todo esto tanto como a mí.*

*Y firmo orgullosa:*

*Anna de Polonia, con cariño”.*

Cohen, después de leer la carta, no lo pensó y empezó a hacer planes. Anna parecía haberle contagiado con su entusiasmo. Con la carta aún en la mano, se dispuso a hacer planes. Tenía que empezar por encontrar artesanos especialistas en esta clase de muebles tan especiales, pero antes había que comenzar por hacer una reforma que, seguramente, era necesaria para poder vivir en los tiempos que corrían. Todo tenía que ser fiel reflejo del poderío económico que tenía que aparentar Anna. También era importante restaurar la biblioteca, donde se podían reanudar aquellas tertulias tan de moda con los caballeros intelectuales que fueran invitados. Cohen sacó de su cajón un cuadernillo y se puso a apuntar todo lo que creyó que iba a ser necesario para poner el palacete al día. También era necesario contratar a un encuadernador de prestigio para que los libros que estuvieran estropeados pudieran lucir sus tapas como nuevas en las estanterías. Cohen no supo cómo, pero su mente empezó a fantasear. Había leído, no sabía dónde, que en aquellas mansiones se hacían reuniones y fiestas constantemente. También recordó que se hacían divertidas comidas seguidas de meriendas con té y pastas, al más fiel estilo inglés, para las señoras. Para este menester se tendría que habilitar una estancia, cómoda y coqueta, que fuera solo de uso exclusivo para las mujeres, donde poder entretener alguna que otra tarde de sus vidas tediosas de aquellos años que corrían.

Cohen comunicó a Anna todos estos detalles y le prometió que serían estudiados escrupulosamente y revisados por un administrador de total confianza.

Cohen había pensado en un joven cacereño, descendiente de don Diego García de Cáceres, que fue ilustre conquistador de Chile, que, en su día, fue judío y que, al tener que convertirse al cristianismo, pasó por muchas humillaciones hasta aceptar ser llamado como todos los que profesaban la

religión judía, “criptosjudío”. Y como todos los de entonces, aquellos que se quisieron salvar de la Inquisición y junto con todos sus descendientes fueron llamados así. Diego García de Cáceres, dijo de él la historia, que nunca habló de religión con nadie, solo se murmuraba que todas la noches, y ante un candelabro de siete brazos, oraba con devoción.

Tres días después de recibir la carta de Cohen, se presentó en Madrid. Anna, junto a Cohen y otro judío más, los llevó para que vieran el palacete. Una vez dentro, lo recorrieron. Ninguno hizo comentarios sobre lo que están viendo en su recorrido.

Anna preguntó, al ver que los dos hombres callaron:

—¿No es de vuestro agrado?

Los tres se miraron. En sus semblantes se podía apreciar la satisfacción.

Anna insistió nerviosa:

—Me gustaría saber cuál es vuestra opinión exacta.

Cohen contestó con una sonrisa:

—Si quieres saber nuestra opinión, antes de venir aquí ya confiábamos en tu buena elección y enseguida que supimos de sus detalles, empezamos a trabajar en el proyecto. También debes saber que hemos contratado a un administrador para que te ayude en la tarea de llevar la casa.

Anna, en un impulso, abrazó a Cohen.

—Gracias. Bueno, gracias a todos los componentes de la comunidad judía por ayudarme a conseguir lo que le había prometido a un moribundo.

Aquella noche cenó con Cohen y junto a los otros dos judíos que, por ser amigos de Cohen, se unieron a ellos en un discreto restaurante. Después de la cena, se encontraban con ganas de pasarlo bien y se adentraron en la vida nocturna de Madrid, caracterizada por su ambiente nómada. Cambiando continuamente de local, se encontraban alegres, así estuvieron hasta el alba. Era la hora del desayuno y, en una callejuela, cerca de la Puerta del Sol, un

olor intenso a churros recién hechos invadió la calle, que parecía decirles que siguieran la pista de su olfato. Siguiendo el rastro llegaron a una churrería donde pudieron calmar el hambre, después de tomarse un café y unas porras recién hechas.

A la salida de la churrería, alguien con pinta de mendigo, se acercó a Anna.

Mezclado con las voces de la gente y el fuerte olor a aceite y masa, le dijo:

—¡No te fíes de nadie, están siguiendo tus pasos! Ya saben que eres polaca.

Anna miró a sus acompañantes. Los vio sonrientes, parecían despreocupados. Ya no sabía qué pensar, después de una cena, copas y el cansancio su mente, se encontraba confusa.

Pero después de reflexionar lo que le había dicho aquel hombre, las ondas magnéticas que en esos momentos desprendía su cuerpo solo le transmitían pensamientos negativos que llevaban a encauzar toda su energía a crear sentimientos negros. Sintió un miedo tan terrible que tuvo que descansar en un banco que se encontró en el camino. Sentada, se quedó un rato pensando en lo que acababa de decirle aquel mendigo, cuando, en una esquina y bajo una farola apagada, vio unos puntitos diminutivos de brasas de cigarrillos que revoloteaban entre un grupo de jóvenes que charlaban. En su imaginación creyó ver que la lumbre de aquellos cigarrillos eran luciérnagas fugitivas y doradas que intentaban abrasar con su luz todo lo que estuviera a su alcance. Se alisó la falda al levantarse del banco. No tenía prisas a pesar de que sus acompañantes la esperaban. En el grupo se hablaba en divertida charla, lo que le hizo recordar cómo su vida se había tornado de ser tan simple a convertirse en un ovillo caótico, sin una punta del hilo a la que asirse para salir del laberinto en el que se había metido.

Pero Cohen y sus amigos no debían saber nada de lo que le estaba ocurriendo en esos momentos, tampoco quería decir nada a Cohen, antes tenía que averiguar si esos sujetos que la acompañaban eran lo que decían ser, amigos de Cohen.

Cuando abrió la puerta de su habitación del hotel, el sol asomaba por el horizonte, las rosas del jardín aún se encontraban cerradas y parecían mecerse con la mansa brisa de la mañana. Al entrar, vio uno de sus zapatos en medio de la alcoba. De nuevo se puso alerta, alguien había estado allí en su ausencia. Abrió el armario, la ropa se encontraba revuelta y tirada en el fondo.

Entonces, buscó apresuradamente su libreta de anotaciones. Las manos le temblaban, ya no sabía en quién confiar. En el balcón, una sombra se perfilaba tras las cortinas. Se quedó muda. Una brisa fría soplaba dentro de la habitación, provocándole un escalofrío. Salió precipitadamente de la habitación, sin saber a dónde ir. Se encontraba confusa, corrió desesperada por el pasillo del hotel. Una voz ronca de hombre la asustó mientras esperaba el ascensor:

—¿Necesita algo la señorita?

Aquel hombre dijo que era el encargado del servicio de habitaciones.

Anna reaccionó:

—¡Sí, por favor! —dijo lo más serena que pudo—. ¿Podía abrir la puerta de mi suite? Creo que me he dejado la llave dentro.

Una vez dentro, ordenó al encargado de habitaciones que cerrase el balcón, y le pidió que mirase con detenimiento todas las dependencias de la suite.

El hombre obedeció sin rechistar, en su rostro se reflejaba algo de escepticismo. Después de hacer el recorrido, el hombre se marchó haciendo un gesto de incompreensión.



Ya a solas, se sentó en una butaca intentando contener los nervios. No estaba segura de si llamar o no a Cohen. Decidió no hacerlo, se encontraba sin fuerzas para contarle a nadie lo que le acababa de suceder, y mucho menos se lo iba contar a Cohen. En aquel abandono en el que se sentía, no se dio cuenta de que llevaba los zapatos puestos, a pesar de que le hicieron heridas en los talones por el roce. Esto le hizo reaccionar, entró en el baño y metió los pies en el bidé. La herida le escocía, pero metida en sus pensamientos, nunca supo el tiempo que permaneció en aquella posición.

Después se sentó de nuevo en la butaca, entonces, en esos precisos momentos, el sol empezaba a entrar a raudales en la habitación. Tampoco tuvo conciencia de cuánto tiempo había estado sentada en aquella butaca. Debía ser bastante, a juzgar por el agarrotamiento que sentía en las piernas.

Ahora eran las sombras del crepúsculo perezoso las que parecían caer sobre ella como una mortaja de silencio y soledad.

Quizás todo lo que le estaba sucediendo era demasiado fuerte para ella. Su mente le estaba traicionando.

Se levantó de la butaca, la cabeza le dolía atrozmente. De repente, se acordó de su libreta, un impulso, que desde que llegó a Madrid solía tener muchos, le hizo mirar por todas partes, una y otra vez con avidez, pero no la encontró. Una cuartilla de papel en el suelo le hizo dar un respingo, la cogió. Dentro había unas letras:

—No te preocupes, lo que te falta está en buenas manos. Descansa, te queda aún mucho camino por recorrer —y firmado con un garabato—: Un amigo.

Cuando se sentó ante el escritorio, recordó a uno de los hombres en especial que le habían acompañado durante la noche y, extrañada, pensó: ¿Qué era lo que hacía cenando con ellos? Y ¿por qué se incorporó a última hora al grupo? Sin duda, aquel hombre era el mismo, aunque parecía estar

peor vestido que cuando lo conoció aquella tarde cuando encontró en la cafetería, pues fue el mismo día en que ella había quedado con los hombres de Cohen, y no podía olvidar cuando le miró con descaro la joya que lucía en la solapa de su traje de chaqueta entonces. Le pareció un maleducado y un impertinente. Pero ahora era todo diferente, aquella noche y durante la cena no entendió el motivo de su mirada, no parecían ser los mismos ojos, ni tampoco su perfume, todo en él le parecía ser familiar, pero quizás era una percepción errónea por la ingesta de vino en la cena que le había mareado. Estos pensamientos le hicieron recordar los aromas de la tierra extremeña, que en su viaje percibió mientras rodaba camino de Hervás. Ante estos pensamientos, se levantó, se dirigió al cuarto de baño, se lavó la cara, no se miró al espejo. Sintió miedo de ella misma, no quería recordar. Los sueños que aquella noche vivió en aquella alcoba, como siempre, los tuvo en soledad, llenándola de ilusiones. Cerró los ojos con fuerza, no quería recordar las miradas cruzadas que se dispensaron en aquel sobrio comedor de la casa de Cohen. ¿Era el mismo hombre? ¿O tal vez era una alucinación suya?

¿Quién era en realidad ese hombre que sin su permiso había osado meterse dentro de su piel? ¿O quizás era como el camaleón que cambia de color según la circunstancia? ¿Pero aquellos ojos? ¿Y el perfume a olor a tierra? Pues al acercarse para saludarlo no lo dudó, pues desprendía un olor que anulaba hasta el frescor de la tierra mojada, y que al aspirarlo tuvo sensación de que lo había enmascarado con el olor dulzón de la avellana.

No sabía qué pensar, los recientes acontecimientos vividos le habían hecho sentir un temor indescriptible que debía desechar si quería seguir con sus objetivos marcados. Esto le hizo pensar que ese amor incipiente que aquel día sintió en la casa de Cohen en Hervás era un amor que solo estaba en su imaginación, pues era del todo imposible.

Para desviar los pensamientos, pensó en su amiga. Pero ¿dónde se

encontraba Florencia? Hacía días que no daba señales de vida, esto también le preocupaba. Y volvió a pensar, sin quererlo, en aquel hombre que conoció en la casa de Cohen. ¿Pero por qué aquella noche de la cena en Madrid le pareció un desconocido?

A Anna le parecía estar navegando con el viento en contra, sin llegar a ningún sitio, dudando si la corriente contraría de aquella ruta que se había marcado, y en la que se había metido, podía no encontrar el camino de vuelta.

Cada vez estaba más convencida de que tenía que haber un nazi tras ella que, camuflado con nombre falso en el hotel, que sospechaba de ella y que le seguía los movimientos desde que llegó a Madrid. Los nervios no le dejan ni un momento de reposo, paseó por la habitación, entró en el baño y se atusó el pelo. Se devanaba la cabeza pensando, haciéndose a sí misma mil preguntas que no tenían respuestas. Tenía que hacer algo, pero debía ser rápido o se volvería loca. Había que pensar en algo que fuera sencillo para que pudiera pasar desapercibida, pero fácil de entender para el receptor y, al mismo tiempo, impactante. Tenía que saber con seguridad si eran los nazis los que estaban tras sus pasos. Todo esto se planteaba en su cabeza cuando se le ocurrió la idea de captar la atención de algunos de los cachorros, sobrinos e hijos de nazis, que sabía que se encontraban en Madrid, y mucho mejor si estos jóvenes estaban vinculados, de alguna manera, con las SS.

Mientras daba forma en su cabeza a la idea, notó cómo le subía la adrenalina en el cuerpo.

Cada vez más animada pensaba que no era tan difícil, pues solo tenía que pensar que seguramente eran niños caprichosos y deseosos de vivir aventuras, aunque no fueran parecidas a las que vivieron sus “adorados padres”.

Sí, estaba dispuesta a todo con tal de saber quién era su perseguidor. Le haría una propuesta al primer cachorro de nazi que pasara junto a ella. Esto

que le pensaba proponer seguro que le iba a resultar muy, pero que muy tentador. Esta estrategia que tenía en mente estaba segura de que, quizás con un poco de suerte, le podría desvelar quién le acosaba.

Se encontraba sentada en la terraza del hotel, como un cazador acechando su presa, era la una por su reloj de pulsera. Anna observaba todos sus movimientos, lo miró y le sonrió, ya se conocían por coincidir en algunas de las muchas fiestas a las que tenía por costumbre asistir. El muchacho se acercó a ella:

—¿Me permite? —y acercó una silla para sentarse a su lado.

Aquella tarde, a Anna le pareció que hasta las flores le regalaban un especial aroma. Se sentía tan segura por primera vez de lo que pretendía hacer que se sintió osada y protegida por aquel olor que venía de un jardín especial.

—¿Esperabas a alguien? —dijo Anna con una sonrisa que pareció cautivar al joven.

—Sí y no. Tan solo esperaba ver pasar una persona, pero...

—Supongo que será guapa. Perdona —dijo al instante a modo de arrepentimiento—, creo que he sido una entrometida.

—No tiene importancia.

—Sí, y creo que es demasiado hermosa para mí.

—Pero tú tampoco estás mal —le dijo para animarlo.

Anna lo miró y creyó que era el momento propicio para abordarlo. Al encontrarse sin el arropo de sus amigos el chico podía ser más vulnerable y se acercó a él. Le dijo de sopetón:

—Llevo observándote desde hace unas semanas, y creo...

Y bajó la voz para que la confianza pareciera aún más sincera y misteriosa.

—Creo que si tú quisieras aceptar lo que te voy a proponer, estoy segura

de que lo harías muy bien, de hecho, das el perfil perfecto para esta operación.

El muchacho la miró emocionado, mostrándose interesado. Al verlo confundido, le saltó de repente:

—¿Te gustaría ser espía especial para los servicios secretos rusos?

El muchacho, de nombre Rudolf, tosió al atragantarse cuando intentaba beber un trago de whisky. Por unos momentos la miró como si ella fuera una extraña visión. Anna esperó su reacción encendiendo un cigarrillo. El muchacho abrió y cerró los ojos como si le poseyera un tic nervioso, no creyendo lo que acababa de oír. De entre sus dedos nerviosos resbaló el cigarrillo, que cayó desplegando su ceniza caliente encima del pantalón, dando un respingo al sentir el dolor de la quemadura. Anna no dejó de mirarlo.

Al notar su confusión, dijo lo primero que en esos momentos se le ocurrió:

—Yo solo soy una ciudadana que...

No pudo terminar la frase, no sabía cómo encajar lo que le tenía que decir, pues enseguida pensó que estaba entrando en un juego peligroso porque, si este joven llegara a decir algo y se supiera por el cauce inadecuado, podía llegar a ser vertiginoso y peligroso para ella, pero tenía que seguir con aquella farsa, una farsa que quizás no pudiera salir bien, pero era necesario intentarlo para poder desentrañar las dudas que tanto le inquietaban sobre las persecuciones a las que creía estar sometida. Sin embargo, más calmada pensó que tal vez esta inocente broma le podría conducir inesperadamente a la punta de esa madeja que cada vez parecía estar más enredada. El joven, minutos después, seguía con la copa aún en la mano. Se había quedado pasmado, el nerviosismo no le dejaba articular palabra.

Anna ya había empezado a arrepentirse por haberle hecho esa proposición.

Cuando pasó un minuto y el joven pudo poner al fin orden en su caótica

cabeza, reaccionó y pudo decir con la voz entrecortada por la sorpresa, ante la magnitud de la pregunta:

—Creo que sé algo sobre la vida de algunos espías, he visto películas y leído libros.

Anna se impacientó ante tamaña inventiva y fantasía que el muchacho estaba demostrando tener, y se quedó unos momentos observando al joven que, poco después, dijo con voz titubeante:

—¿Sabías que hasta los espías que tienen mucha experiencia pierden la vida al caer en encerronas?

Anna, con eficiente agilidad, distrajo la mente medrosa del muchacho con una pregunta que él no esperaba:

—¿Te has tirado alguna vez en paracaídas?

El muchacho pasó, por unos segundos, del desconcierto a no saber qué contestar. La cara de idiota que puso hizo que, en la confusión derramara su copa, vertiendo su contenido sobre el ya maltrecho pantalón, pudiendo saborear tan solo las gotas que, rezagadas, se habían quedado en el fondo del vaso.

Esta reacción del muchacho hizo que Anna tuviera que pellizcarse en el brazo para no romper a reír. Sabía que se estaba pasando de la raya, ¿pero acaso los espías no urden artimañas de mil maneras para sonsacar las intenciones de su enemigo?

Los dos se miraron, en los ojos de él se reflejaba una importante ansiedad. Ella, poco después, rompió el silencio:

—No quiero que te precipites, necesito que lo pienses con detenimiento, pero también sin demora, esto es muy importante y hay que saber hacerlo bien. Si aceptas, ponte en contacto conmigo el próximo jueves. Estaré en el teatro Lope de Vega, en la primera sesión. Me sentaré en la penúltima fila. Allí, si aceptas, te daré las instrucciones oportunas.

Y Anna siguió hablando con voz que parecía solemne:

—Es importante que esta conversación que hemos mantenido no la sepa nadie. Como podrás comprobar, es de alto secreto, y si algo fallara estaríamos en peligro todos, y digo todos, incluyendo a tu familia.

El joven, con los ojos abiertos como platos, repitió:

—¿Pero, todos, todos?

Titubeando, llegó a decir:

—Mi padre tiene muchas influencias en este país, a él no le puede pasar nada.

—Claro que sí —le contestó Anna para tranquilizarlo—. Eso, todo Madrid lo sabe —disimulando con acento irónico que el muchacho no supo captar.

Pero Anna seguía insistiendo para darle más misterio a lo que le había dicho:

—Repito, no lo puedes comentar ni a tus amigos más íntimos.

Anna se levantó y, como modo de disimulo, mientras se alisaba los pliegues de su falda, comentó casi en un susurro:

—Ya tendrás noticias mías, y en el caso de que las negociaciones entre nosotros sean fallidas... —y después de pronunciar aquella imponente frase, la voz de Anna enmudeció durante unos minutos, dejando al muchacho inmerso en un incipiente ataque de nervios, rematando la conversación, con un rotundo:

—Nosotros nunca nos hemos visto.

Y salió del jardín con la esperanza de haber causado el efecto deseado en el muchacho.

Aquel mismo día, al atardecer, Anna se encontraba en una de las salas del hotel destinadas a pasar un rato de ocio conversando con amigos. Se sentó en una de las butacas cerca de una de las puertas que daban acceso a otra sala,



debía estar al completo, porque desde fuera se podían oír los rumores de conversaciones. A su lado pasó uno de los que ella había calificado como nazi, que, decidido, entró en aquella sala. Miró con disimulo. Cuando la puerta se abrió para que aquel individuo entrase, por lo poco que vio al abrirse la puerta, le dio la impresión de ser una reunión de nazis y, por el rumor que pudo oír desde fuera, sospechó que acababa de entrar uno de los cabecillas. Entonces supuso que era uno de esos congresos donde se deliberan asuntos importantes, y que, además, le pareció por la magnitud de los congregantes que debía tratarse de algo muy urgente, ya que todos los allí reunidos, supuso que eran los que habían formado parte de aquel engranaje de la más poderosa maquinaria bélica militar de todos los tiempos.

Después de permanecer media hora sentada en aquella salita, esperando impaciente enterarse de qué era lo que pasaba en aquella reunión, del bolso sacó un libro para disimular. Un guarda de seguridad se acercó a Anna:

—Señorita, le ruego que salga de esta sala. Le sugiero que utilice la sala azul, estoy seguro de que allí estará mucho más tranquila y podrá, sin duda alguna, disfrutar del máximo silencio para centrarse en su lectura.

Anna, cuando levantó los ojos del libro, lo miró sorprendida. Por su expresión quiso demostrar que aquel libro era muy interesante y que le había cogido por sorpresa su interrupción.

—Lo siento —dijo de nuevo—, pues en esta sala contigua se está celebrando una importante asamblea de hombres de negocios, y la dirección me ha pedido que desaloje esta sala.

El guarda de seguridad parecía mostrar que no estaba a gusto con el servicio que estaba haciendo. Cuando Anna lo miró, le pareció percibir en él una mirada gélida cuando miraba aquella puerta que encerraba una concentración de caballeros que no se merecían llamarse así.

Ya no tenía dudas, algo grande se estaba deliberando en aquel salón. Y

por lo poco que pudo deducir y oír, era algo concerniente a un destino “digno”, ¿pero de quién? ¿Sería que estaban estudiando el que pudieran salir de España unos cuantos, sin hacer ruido? Y hasta supuso que podía ser que estuvieran reunidos los más grandes desalmados soldados de Hitler, quizás soldados rasos que no les había importado hacer el trabajo sucio para un ser desquiciado que llamaban con devoción “Führer”. Pero por las voces que se podían oír desde fuera, aquellos hombres allí reunidos no parecían resignarse ante la derrota en una guerra en la que creyeron que iban a ser los vencedores. Ahora, los que se encontraban dentro de aquella sala deliberando, parecían encontrarse inmersos en la desgracia de la más amarga de las derrotas, despreciados por el mundo y teniendo que huir como ratas sin dignidad, que al verse en peligro corren a refugiarse en las alcantarillas ante un enemigo imaginario.

A pesar de que la sala en la que se encontraban reunidos era de un lujo agradable, ellos, por lo poco que pudo Anna apreciar desde fuera, y dadas las voces discordantes que se hacían oír, se encontraban inquietos y con una ansiedad sin límites por un destino que se les presentaba incierto. No pensando, ni por unos momentos, que ellos, con “su guerra” fueron los primeros que infundieron con mucha más intensidad la inquietud, el desasosiego y el terror, provocando una huida para muchos sin retorno. ¿Acaso ya habían olvidado lo que le hicieron vivir a los judíos?

Algunos conservaban aún su arrogancia y se creían con el poder y el derecho de no ser juzgados. A otros quizás les interesara tal vez resolver la situación en la que se encontraban porque les urgía una solución.

Anna se levantó después de cerrar el libro, ya de pie, miró al hombre que, rojo como la grana, se disculpó de nuevo por hacer que saliera de aquella sala. Cuando estaba a punto de atravesar la salida, se cruzó con un hombre con cara de pocos amigos, la miró. En su mirada notó una ira que

parecía querer eliminarla. Anna, altiva, le mantuvo la mirada, que le desagradó en sumo grado, porque abrió la puerta de aquella sala de una patada.

Pero como siempre, pensó Anna que aquellos que son culpables de un delito siempre se creen inmunes al justificar que todo aquello que hicieron fue necesario, pues aquellos borregos seguidores de Hitler lucharon convencidos de que todo fue por una causa justa. Ninguno de los allí reunidos sabía que ella, y mientras estuvo sentada en aquella sala, pudo escuchar a intervalos trazos de aquellas conversaciones que aquellos hombres hablaban, y que ella fue hilando mientras simulaba estar leyendo un libro.

Anna salió de la sala invitada por el camarero celoso de su trabajo, y esperó con paciencia a que terminara aquella reunión, necesitaba saber qué era lo que se estaba tramando allí dentro y quiso aparentar que se encontraba distraída mirando el jardín por la ventana, pero sin perder de vista aquella puerta, de nuevo vio cómo atravesaba la sala otro hombre, que se dirigió directamente hacia donde se estaba celebrando aquella reunión, que, en su precipitación al entrar, dejó la puerta entreabierta. Minutos más tarde, entró un camarero, que se demoró en salir unos segundos mientras, Anna, vio por la puerta entreabierta cómo colocaba los vasos sucios en la bandeja, momentos que aprovechó para escuchar y ver fragmentos de lo que se estaba cocinando en aquel grupo de indeseables, que al pensar en lo que habían hecho se le antojó un calificativo, que eran un atajo de descerebrados que se creían merecer estar siempre en la primera fila, y que se creían con el derecho de menospreciar a los inteligentes, llegando a creerse que eran reyezuelos, pues en la maldad sí que lo fueron, llegando hasta el grado de maquinarse una maldad que nunca hasta entonces se había producido en un mundo que se supone civilizado.

Después de escuchar con claridad lo que esos innombrables comentaban,

su cuerpo dio un respingo mientras disimulaba impaciencia al mirar su reloj de pulsera.

Ahora la voz que se oía allí dentro y que parecía dominar era potente y gritaba como si los allí presentes se encontraran en un cuartel y estuvieran sordos:

—¿Pero por qué tenemos que ser nosotros ahora los culpables de todo?

El que parecía tener la voz más serena osó decir:

—No entiendo cómo hemos podido llegar a esta situación.

Todos lo miraron extrañados por las palabras que acababan de decir. Este comentario, para la mayoría del grupo, sonó a insulto.

Pero este individuo, sin hacer caso de los rumores que despertaron sus palabras en sus compañeros de partido, siguió con su verborrea intentando justificar que él no había sido un criminal.

—¿Qué fue lo que nos pasó? —decía poniéndose las manos en la cabeza con desesperación. Estaba todo muy bien planeado por el alto mando—. ¿Qué fue lo que se hizo mal para que se cambiara de táctica y conseguir llegar hasta estos extremos?

Uno de los allí presentes, al que Anna tenía en su punto de mira, por encontrarse justo en la rendija de la puerta, no decía nada. Sus manos delataban el estado de nerviosismo en el que se encontraba, parecía estar pesaroso del daño tan inmenso que habían causado a la humanidad.

—Y ¿por qué ha tenido que pasarnos esto a nosotros? No lo entiendo ¿cómo? —gritaba desaforado—. Si casi estábamos al final de la guerra, porque, a pesar de saber que íbamos a ser derrotados, tuvimos el coraje de inventarnos nuestra propia victoria, para que todos los pueblos, sin excepción, por donde pasábamos, siguieran nuestras directrices. Y que vieran a cada paso que dábamos que nos vanagloriábamos al sembrar el horror a nuestro paso.

La voz del hombre, al término de su discurso, parecía apesadumbrada. Todos callaron, por unos instantes, Anna se imaginó lo peor. Allí, en aquella olla se habían encontrado un garbanzo negro que no se podían permitir. De repente, se oyó una voz exaltada y sin control alguno, Anna desde su puesto que ocupaba al lado de la ventana, y alejada por unos metros de aquella reunión, se imaginaba la escena.

Uno de ellos, el que debía ser el más violento, debió mirar al que acababa de hablar con ojos que, seguramente, desprendían fuego que procedían de la misma profundidad del infierno. Por unos instantes, se hizo un silencio, que fue roto por una detonación tenue. Anna se agitó desde su puesto de observación, alguien que tenía una pistola la había sacado, debía de tener silenciador, dedujo Anna por el tono del ruido que ella escuchó. Anna, asustada, supuso la escena de lo que creía estar segura que había sucedido, y pudo ser que el individuo que disparó debió acercarse al que parecía tener escrúpulos y, sin más, le puso la pistola en la cabeza y le disparó sin remordimientos.

Después de esa detonación, que solo ella pudo oír por su aproximación a la puerta, se oyó un murmullo.

Anna supuso el grado de asombro que debieron poner aquellos hombres ante aquel asesinato, a pesar de estar acostumbrados a hacer derramar ríos de sangre a víctimas inocentes. Y creyó, por el silencio sepulcral que duró unos minutos, que ninguno de los allí presentes pudo haber imaginado que un exaltado podía ser capaz de hacer lo que hizo con un miembro de su propio partido. Ahora parecía que el destino había decidido que fueran ellos los perseguidos.

Anna, indecisa, parecía estar clavada al suelo y decidió salir de allí cuanto antes, pero sintió, al mismo tiempo, la necesidad de saber cuántos individuos eran los que componían aquel grupo para tener una idea de los que

podían ser sus enemigos.

Segundos después se abrió aquella puerta. Todos se precipitaron hacia afuera para salir de allí cuanto antes. Parecían una jauría de perros sarnosos, pero la voz de uno de ellos, que Anna supuso era el mayor asesino, les hizo parar en seco. Y, tomando el brazo del que había demostrado ser un díscolo, le dijo:

—¿Tiene alguno algo que objetar al respecto de lo que aquí se ha hablado?

En aquella salita solo se podía oír un tétrico silencio.

Todos, como corderos, entraron de nuevo a la sala. Estaban tan asustados que no cerraron la puerta. El que supuso Anna que había sido uno de los mayores criminales durante la contienda, se sentó en una de las butacas balanceando una pierna. Los miró a todos de hito en hito, con la misma sangre fría que solo tienen las alimañas, mientras algunos de ellos, los que se sentían más seguros de sí mismos, entablaron una conversación, que, por el aspecto de sus caras, parecían seguir haciendo planes como si nada hubiera pasado, alimentando sus delirios de poder, como si el mundo les perteneciera.

De repente, alguien se dio cuenta de que la puerta se encontraba abierta. Uno de ellos se levantó y la cerró con un sonoro portazo, dejándola herméticamente encajada y dejando a Anna sin ninguna perspectiva.

Como parecía que ya había visto lo suficiente, decidió salir de allí, todo aquello le estaba produciendo un fuerte dolor de cabeza. De pronto, apareció un destacado miembro de las SS, llamado Heinrih, que, como una exhalación, atravesó la sala, dando un soberbio manotazo a la puerta para que le abrieran. Al instante, se abrió de par en par. Pasó dentro, donde se encontraban sus compinches. Ante esta intromisión todos callaron de nuevo. Este personaje se plantó ante ellos desafiante, poseído de la prepotencia que le daba el ostentar galones de autoridad que estaba seguro de que le enardecían como todo

individuo que sabe que no es nada y necesita ser obedecido. Por lo tanto, sabía muy bien cómo hacerse notar. La habitación se encontraba llena de humo, que se escapaba por la rendija de la puerta, inundando la sala donde se encontraba Anna, respirándose en el ambiente una mezcla de colonia y de aroma que desprendía el tabaco caro en combustión.

El hombre, supuso Anna, se dirigió a todos ellos con autoridad, porque pudo oír:

—¿Qué está pasando aquí? —gritó mientras, desde fuera, por el estruendo que se podía apreciar, parecía que daba golpes y patadas a los muebles.

—¿Qué es lo que estáis haciendo aquí? ¿Acaso no os habéis enterado aún de lo que está ocurriendo en Alemania?

Todos esperaban firmes e impacientes a que ese hombre les dijera lo que parecía ser una noticia extraordinaria.

—Es un horror, completamente un horror —se lamentaba como un cerdo cuando lo están degollando. Ninguno se atrevió a hablar ante aquel policía de las SS que parecía desquiciado, que repetía, una y otra vez, la misma cantinela—: Es un horror —mientras, los demás esperaban temerosos e impacientes a que les aclarase lo de ese horror.

—Todos los nuestros —dijo con voz trémula— que no han podido salir de Alemania se están suicidando en sus casas, junto con sus mujeres e hijos —y después de decir aquello, se pudo oír un gemido que parecía un estertor que salía de su garganta.

—Esta misma mañana me lo han comunicado, y se dice que por las calles de Berlín las gentes están muy asustadas, pues no hay edificio o barrio, por muy elegante que este sea, en el que no aparezca cada día algún cadáver, llegándose a comentar que son suicidios colectivos —y después de un tenso silencio—: Por ahora, no se ha hecho un recuento preciso de los suicidios,

pero solo en Berlín se cuenta que, por el momento, ya se han podido contabilizar hasta siete mil.

—¿Pero cómo se han suicidado? —dijo uno de ellos que, al estar tan asustado, parecía tartamudear.

El nazi portavoz de la noticia se dejó caer en una butaca después de unos minutos de silencio por parte de todos. Con voz ronca dijo:

—Se han suicidado ingiriendo cianuro.

El silencio tan solo fue roto cuando uno de ellos dijo con voz que parecía suplicar clemencia:

—¿Eso quiere decir que aquí, en España, tampoco estamos a salvo?

En esos momentos, la puerta de nuevo se abrió de par en par para dar paso a dos hombres que Anna sospechó que estaban disfrazados de camareros. Entraron empujando una mesa alargada con ruedas, que se encontraba tapada con un mantel blanco y que llegaba hasta la altura de las mismas ruedas, la encimera portaba una bandeja con tazas de café. A los cinco minutos escasos, contados por el reloj de Anna, de nuevo los camareros salieron con la mesa que ahora parecía que empujaban con dificultad.

Anna pensó que no tardarían en salir los demás, y antes de que se disolviera la reunión y empezaran a salir abandonó aquella sala y atravesó el hall para salir a la calle. En la puerta respiró una agradable brisa que le acarició su cara.

Unos días después, Anna notó ausencias de algunas señoras que eran habituales en el salón de té.

Porque dos horas antes, un autobús de turismo, y para no levantar sospechas, todos los que habían estado reunidos en aquella sala habían salido como excursionistas rumbo a Galicia, donde, desde allí, serían embarcados para Argentina.

Estos hombres, aparentemente habían entrado en una vida llena de



criminalidad, pero no era cierto ese desvío, ya que estaba innato en ellos y que, como cualquier pecado, esta inclinación criminal la llevaban guardada soterradamente hasta que encontraron la manida excusa de la guerra para darse la satisfacción de matar por matar, aprovechándose vilmente de esa favorable coyuntura para hacerlo sin piedad y sin discriminación alguna. Ahora les había tocado a ellos huir, pero de una forma muy diferente. Ellos iban hacia otro destino para comenzar de nuevo otra vida llena de honorabilidad y de opulencia, que muchos de ellos construyeron con los patrimonios sustraídos a sus víctimas.

Al día siguiente habló con Cohen por teléfono. Hablaron de nimiedades, no se atrevió a decirle que había tenido una idea y que la estaba haciendo realidad, teniendo para ello que involucrar a un pequeño cachorro de un nazi influyente.

Tampoco le dijo que estaba enterada de que en Argentina se había formado de una colonia de nazis y que estaban entrando clandestinamente en ese país y que muchos de ellos eran jerarcas. Entre ellos se mencionaban los nombres de Adolf Heihmann, Josep Méngüele, Erich Priebke, etc. Todos ellos con pasaportes falsos consentidos por el gobierno de Perón. También se contaba que muchos de los científicos alemanes, después de perder la contienda, salieron de Alemania, repartiéndose por Latinoamérica, y que algunos de ellos pasaron por España, pero no se quedaron a vivir.

Anna, una vez que colgó el teléfono, se alegró de no haber dicho nada a Cohen de lo que había averiguado sobre las fugas de los nazis hacia Argentina.

Una vez que se encontró a solas en su habitación del hotel miró el reloj. Eran las doce de la noche. Esperaba convencida que para esa hora ya estaría avisado el padre del muchacho, y que este se lo comentaría a otro nazi, y en todo este desconcierto seguro que se dirían que ya no tenían nada de que

temer al saber que solo era una espía americana.

Al tercer día de la conversación de Anna, coincidió con el joven nazi. Este encuentro se produjo en el hall del hotel. Se encontraron cara a cara, el muchacho, con un disimulo estudiado, copiado de alguna de esas películas de mala calidad, la tomó del brazo mientras le habla en susurros. No podía esperar más:

—¿Te da igual que hablemos de lo nuestro antes de lo previsto? Me gustaría llevarte al teatro, pero en los teatros no nos dejan hablar, yo creo que estamos mejor paseando, por si alguien intenta escuchar lo que decimos.

—Salgamos del hotel —le dijo con tono seguro, sabiéndose dueño de la situación.

Ya en la calle, Rudolf miró con disimulo hacia todas direcciones. Anna, intrigada por la ocurrencia del joven, se dejó llevar. Los dos, media hora después, se encontraban paseando por el parque del Retiro. Anna esperaba que hablara primero el muchacho. Y lo hizo disimulando su intranquilidad mientras esperaba lo que podía haber proyectado el chico.

Este, mirándola a los ojos, le dijo con voz segura:

—¿Tengo que cambiarme de nombre? —mientras, fumaba con avidez un cigarrillo americano.

Con una serenidad que rayaba el desconcierto de Anna, ella también respondió seria:

—Eso será si tú lo crees conveniente, porque nadie tiene que saber, bajo ningún concepto, cuál es tu misión. Eso solo será decisión tuya, porque nadie tiene que saber qué es lo que haces, ni qué trabajo estás desempeñando.

El muchacho, emocionado, prosiguió:

—¿Te importaría que te hiciera algunas preguntas más?

Al instante, y alisándose el flequillo, el muchacho comenzó por decir:

—Perdona que me encuentre un poco nervioso, ya sabes, con estas cosas

creo que tenemos que tener mucha precaución, y así, en la calle, paseando como dos amigos, nadie sospechará de nosotros y podremos hablar más tranquilos, sin ningún micrófono que pueda escucharnos —dijo con voz emocionada.

Anna no salía de su asombro al saber de la capacidad imaginativa del muchacho. Se asustó al saber que se encontraba ante un joven que parecía ser un loco visionario.

Ahora era él quien esperaba impaciente a que Anna le dijera algo importante sobre el tema que tantos desvelos le estaba causando desde que supo que había sido elegido para desempeñarlo. Quería estar al día de todos los pormenores de esa misión que era tan arriesgada y que él solito tenía que resolver.

El muchacho, después de una pausa, comenzó a hablar de nuevo y le dijo, al imaginarse que ella, quizás, al ser su primera misión no sabía por dónde empezar a darle órdenes por lo peligrosas que podían ser las misiones que le iba a encomendar.

—Entonces —le dijo con una seguridad que rayaba en lo fantástico—, no temas por mí, yo sé mucho de espionaje, no debes preocuparte.

Y volvió a la carga:

—¿No crees que debo hacerme un pasaporte falso? También podría ponerme un bigote falso y, si tú lo crees conveniente, hasta puedo teñirme el pelo.

Anna tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no contarle la verdad. Pero supo que había tenido suerte para ser la primera entrevista que el ingenuo chico creyó que hacía. Para Anna, el que aceptara sin más, fue un éxito completo. Poco después, y mientras el joven se alejaba de ella, tuvo la sensación al mirarlo de que había crecido unos cuantos centímetros. Pero su prioridad en esos momentos era saber si los nazis estaban detrás de las

persecuciones y acosos a los que estaba siendo sometida desde que llegó a Madrid. Los escrúpulos que sentía en esos momentos tenía que alejarlos atrás si quería salir airosa de esta contienda.

El muchacho, al día siguiente, obsesionado con su nueva faceta de espía, le esperaba en la cafetería del hotel. Y acercándose a ella con disimulo le dijo:

—Tendrás que darme unos días para que me familiarice con las técnicas, por ejemplo, como qué clase de buzón tengo que utilizar para hacer las entregas de paquetes, mandar mensajes, cómo manejar las emisoras de radio para mandar claves...

Anna lo miró con detenimiento, estaba asombrada. Se había informado concienzudamente de casi todas las actividades que tenía que llevar a cabo un buen espía.

Anna, arrepentida, empezaba a sentirse mal ante tanto entusiasmo, pero, como siempre era habitual en ella al gozar de un carácter positivo, pensó que quizás antes de empezar su hipotético trabajo se cansaría, como cualquier chico mimado, pero, mientras tanto, seguía siendo su prioridad la de solucionar su problema.

Pasaron dos semanas después de aquel encuentro en el que el muchacho, entusiasmado, proyectaba con ilusión su nuevo y especial trabajo. Y Anna seguía estando acosada. Mientras el muchacho, se suponía, estudiaba todas las estrategias posibles para estar preparado para su primera misión, cada día en el hall del hotel parecía hacer guardia, llegando hasta olvidarse de tomar las copas con sus amigos.

Anna se intranquilizó. Aquella mañana de primavera decidió pasear por un Madrid espléndido, pletórico de luz. Este ambiente de un Madrid sereno le hizo templar sus nervios. Aquella noche no pudo dormir mientras pensaba que ella misma se había creado una nueva preocupación. Ahora tenía que

evitar que esta situación no le trajera consecuencias nefastas si el muchacho empezaba por su cuenta a ejecutar todo aquello que tenía en mente. Anna estaba segura de que sería capaz de llegar a rozar lo indecible por lograr vivir una aventura. Ya había pasado una semana y Rudolf no parecía dar señales de vida. Sus amigos también parecían encontrarse ausentes. El hall del hotel parecía haber perdido encanto sin las carantoñas disimuladas que cada día aquellos jóvenes hacían desde la barra a las jóvenes que pasaban cerca de ellos. La ausencia de aquel grupo a Anna le llegó a preocupar, y todo esto le hizo pensar que, si la comunidad judía llegara a enterarse del ardid que había utilizado para su estrategia, podían llegar a censurarla por ello, y hasta podían llegar a retirarles su apoyo.

Y para desechar preocuparse, se entretuvo paseando mientras comía pipas tostadas que había comprado en un quiosco, no dejando de pensar que, quizás, se habría metido en algún lío de muchachos. Tenía que encontrarlo y decirle la verdad, aunque fuera para ella la única posibilidad que tenía para saber quién estaba detrás de esa persecución. Pero este solo era un pensamiento, también estaba la posibilidad de que el muchacho pudiera decir que ella le había metido en este lío y, ante estos pensamientos, se decía: “Solo yo tengo la culpa”. Esto se lo repetía una y otra vez: “Creo que ha sido una temeridad por mi parte. Tendré que estar ahora más alerta que nunca”.

Por la tarde del día siguiente, como siempre al acecho, y cuando tomaba el café de las cinco en la cafetería del hotel, vio llegar a los amigos de Rudolf. Se hizo la encontradiza mientras las piernas le temblaban. Presentía que algo había fallado en su intento.

—Hola. ¿Cómo estáis, chicos? —dijo dirigiéndose a ellos con una espléndida sonrisa.

Los chicos la miraron sorprendidos al verla acercarse. Era una mujer demasiado elegante y atractiva para ellos.

—¡Pero bueno, si aquí está la pandilla de jóvenes más elegantes y guapos de cuantos se hospedan en este hotel! Aunque creo que en la pandilla falta uno.

El que parecía tener más cara de conquistador que los otros dijo:

—¿Se refiere a Rudolf?

Anna tardó en responder, no quería parecer como una vulgar casquivana ante aquellos chicos:

—Pues la verdad, es que no se cómo se llama —mintió como una bellaca. Tan solo se atrevió a decirles—: Lo digo porque como siempre estáis juntos, en pandilla...

Anna así pudo entablar, tras este comentario, una conversación distendida con los chicos:

—No es por nada especial —dijo al ver que los muchachos no salían de su asombro—, como siempre he observado que estáis cuatro y hoy solo estáis tres...

El que parecía estar más contento de estar con ella empezó a hablar con la lengua desenvuelta del joven que se cree conquistador de una mujer inalcanzable y madura como era ella. El joven le contó que la semana pasada le llamó su padre para decirle, a modo de sorpresa, que había decidido que toda la familia se debía trasladar a vivir lejos de España. La cara del amigo de Rudolf parecía estar sorprendida y preocupada por la decisión del padre de su amigo. Anna, al despedirse de ellos, les obsequió con una sonrisa que para ella fue de alivio.

Cuando Anna se dirigió hacia su habitación después de cenar un consomé y unas natillas, no podía dejar de pensar en la decisión del padre de aquel chico, como salir de España precipitadamente. ¿Y si en aquella reunión que ella vio por casualidad en el Ritz, se habló de algo que les asustara mucho, y esta fuera la causa que provocó aquel éxodo? ¿Y si había pasado

algo más grave? ¿Pero cómo enterarse? Hacía días que no se encontraba por ninguna parte a Laura Stenman. A pesar de estos pensamientos, en su interior notó un agradable regocijo, solo de saber que algo los había puesto nerviosos.

No podía estar segura, pero, sí pudo comprobar unos días después de haberse celebrado aquella reunión hitleriana que la mayoría de ellos habían desaparecido de Madrid.

## CAPÍTULO XXV

### APARIENCIAS

Dos semanas después, el palacete ya se había puesto en marcha para su restauración, pero faltaba un imprescindible detalle que a Cohen se le había pasado por alto: si querías destacar como hacendada, tenías que poseer también una finca de recreo.

Cohen quería acabar cuanto antes con todo este jaleo de compras, aún no sabía lo que Anna tenía proyectado en su cabeza. Aún así, se puso rápidamente en marcha. Extremadura estaba de moda, no había una sola familia importante que no tuviera tierras en Extremadura, aunque solo las tuvieran para aparentar poder. Los latifundios seguían estando de moda entre los adinerados.

Mientras, la mayoría de los extremeños que vivían del campo, al tener los dueños de estos campos solo para la caza, tenían que emigrar al norte para salir de la pobreza que los inducían los campos sin labrar. Estos nuevos ricos, que empezaron a ser los propietarios, solo querían las tierras para divertirse con sus amigos unas semanas al año, organizando cacerías y reuniones sociales donde todos creían ser más cívicos en su comportamiento al estar rodeados de naturaleza. Pero nunca era así, en el campo parecían competir

con más ardor que nunca entre ellos, como en vestimentas, en las armas de fuego, que presumían sin pudor, encargando en las armerías que les hicieran las escopetas más sofisticadas del mercado. Y, aun a pesar de encontrarse en una atmosfera limpia, en esas reuniones solo se distinguía el hedor de la ambición.

Anna, mientras tanto, estaba muy ocupada con la compra de propiedades, sus nuevas amigas se sentían desatendidas, ya que desde hacía días no cogía ninguna llamada.

## CAPÍTULO XXVI COMPRA DE LA FINCA

Después de viajar por el norte y el sur de estas tierras extremeñas, y de disfrutar con la vista de los eternos campos salpicados de alcornoques y encinas, cuando el desánimo empezaba a hacer mella en Cohen, llegó a la conclusión de que a ningún terrateniente le interesaba vender, y llegó a pensar que a todos aquellos aristócratas y nuevos ricos, dueños de los latifundios, solo les preocupaba el poseer tierras, que era lo que ellos creían que les hacía más poderosos.

Aquel día se encontraban él y su acompañante cansados y aburridos de dar tantas vueltas por caminos polvorientos. Salieron de uno de aquellos caminos y se incorporaron de nuevo a la carretera nacional que une Cáceres con Badajoz. El coche rodaba a una velocidad moderada, pues tenían que husmear hasta llegar al último de aquellos rincones que pudieran visitar. El cansancio les aburría. A la derecha de la asfaltada carretera a Cohen le llama la atención un camino abandonado que no le pasó desapercibido. Se desviaron un metro. Se acercaron al arcén para aproximarse a la verja.



Aparcaron y bajaron del coche. Los dos subieron a una suave elevación del terreno y desde allí divisaron una gran casona.

Retiraron la puerta de hierro, que permanecía tumbada en medio del camino. Se encaminaron, no sin gran dificultad, hacia la finca. El murete de la entrada se encontraba parcialmente derruido, zarzales y matorrales inundaban aquel suelo, abandonado y salvaje. Un azulejo roto estaba tapado parcialmente por una capa de tierra donde se anunciaba el nombre de la finca. Se adentraron, no con poca dificultad, por el camino. La foresta era a cada paso más espesa. El romero, con su olor, regalaba generoso su perfume salvaje, los chaparros y madroñeras cerraban el paso en algunos tramos de la estrecha vereda abandonada. En su caminar se encontraron con grandes zarzales que impedían seguir el camino, dando la tétrica impresión de que por aquellos parajes había peligrosas guaridas de lobos y otras alimañas.

Allí, en aquellas soledades, muertas y silenciosas, se podía apreciar la opresora decadencia a la que los latifundios tenían sometida a Extremadura. Aquel silencio de olvido solo era roto por el ruido del roce del zapato de Cohen en la tierra seca, que caminaba delante del coche para quitar los obstáculos. La jara, con sus hermosas flores, se mecía por el suave viento, así fue como pudo disfrutar Cohen de una naturaleza brava, perfecta, donde los peñascos graníticos se encontraban aún cubiertos por un fino musgo verde que había dejado el otoño, que, con su efluvio, inundaba de magia y donde el paisaje solo sabe brindar la decadencia de una tierra virgen y olvidada.

Faltaban unos cuantos metros para llegar a la casona y se encontraron con un sendero adoquinado y en mal estado que les condujo a unas escaleras de piedra que daban entrada a una avenida arbolada desde donde, erguida, parecía esperar una casona de piedra dura y señorial como los extremeños. A un lado y a otro del camino se extendía una inmensa foresta de encinares, alineados como soldados.

Cohen, al encontrarse ante la casa, se quedó unos momentos pensativo, nunca supo por qué, pero el día en que Anna llegó a Hervás, y después de saber el motivo que allí le llevó, por la noche, y como un ladrón, abrió un baúl forrado con piel de cabra que su padre guardaba celosamente en la que fue su habitación. Nunca se había atrevido a abrirlo hasta aquel día. Casi con devoción sacó de una bolsa de piel de vaca un pequeño pergamino, lo desenrolló con manos temblorosas, siempre tuvo mucha curiosidad por saber qué era lo que su padre guardaba en aquel baúl y ahora no acababa de entender por qué esa noche, precisamente esa noche, le fue tan necesario para él saber su contenido. Cuando tuvo el pergamino en sus manos, pudo apreciar que tan solo se trataba de una casona en el campo. ¿Pero qué podía significar para su padre aquella casa de campo que aparecía pintada y detallada su fachada en esa piel de vaca? Y ahora, como si fuera una visión, creía encontrarse frente a ella.

Un perro sucio y polvoriento salió de un lateral de la casa ladrando, se acercó a Cohen con agresividad. Detrás, un hombre de no muchos años, con aspecto de anciano, hizo callar al animal mientras le tiraba piedras para que este se alejase de los recién llegados. Cohen se acercó al hombre, este, a modo de cortesía, se quitó la boina mientras se rascaba la cabeza con movimiento nervioso:

—¿Se han perdido? Por aquí no hay “ná”, estoy yo solo.

Ante el silencio de Cohen, el hombre pareció impacientarse. Y repitió:

—¿En qué puedo ayudarles? —Cohen supuso que era el guarda de la finca, mientras, los miraba con unos ojos que parecían dos puntos negros a ambos lados de la prominente nariz y que, con gesto que parecía mecánico, se limpiaba las callosas manos en el raído pantalón de pana.

Cohen, después de pasar unos minutos de haber hecho aquel hombre la pregunta, y al no tener respuesta, el guarda se decidió a hablar, pues Cohen,

al encontrarse ante aquella casa, no supo cómo explicarse a sí mismo la emoción extraña que sintió haciéndole sentir una paz intensa y, al mismo tiempo, un desasosiego.

—¿Cómo se llama esta finca? —dijo Cohen mientras no quitaba sus ojos de uno de los balcones que daba justo encima de las escaleras de la entrada.

—*El arriero*, señor —contestó el hombre aparentando serenidad.

—¿Sabe usted si está en venta esta finca?

El hombre, con un gesto que pretendía ser de ignorancia, se encogió de hombros.

Aquel personaje que se encontraba frente a ellos en aquella finca se quedó por unos instantes mirando a los dos señoritos. Y pensó con la velocidad de un rayo: “Si les digo que sí, quizás me quede sin trabajo y en la calle”. Pero afloró enseguida un acto de honradez y dijo:

—Sí. Todo esto está en venta desde que murió el último “señor” —pero les advirtió—: Ya le digo, para que no se lleve un engaño, que esta finca no sirve “pa ná”, los tiempos en que estos campos eran productivos ya se acabaron, y de eso hace mucho, ahora son campos baldíos que nadie los quiere.

Cohen se quedó mirando al hombre, pero no se atrevió a decirle nada más. Aquel hombre se veía a las claras que no deseaba que se vendiera la finca.

Él solo era el guarda y quizás no tenía a dónde ir, quizás se consideraba mayor para buscar una nueva finca que guardar. El hombre, cuando Cohen posó su mirada en él, le pareció por su semblante que estaba aterrado. Quizás sus pensamientos estaban ocupados en si le echaban de la finca. Y Cohen creyó que en esos momentos la cabeza de aquel hombre no dejaba de pensar. En unos instantes, el hombre pareció envejecer, sus pequeños ojos parecieron dos puntitos tan diminutos que parecían haber desaparecido. Sus manos

empezaron a temblar.

Cohen le pidió que le enseñase la casa. Confuso aún, el hombre se atrevió a decir que el que mandaba por ahora allí es él, y les pidió el nombre del que les había hecho ir hasta allí.

Cohen, acostumbrado a mandar a los hombres que trabajaban en su finca de Hervás, se dio cuenta de que está mintiendo para salvar su único medio de vida como guarda de la finca.

—No temas —dijo Cohen mientras limpiaba con la mano el deteriorado cartel que recogió del suelo en la entrada de la finca y donde se anunciaba: “Se vende”.

Los tres se miraron y, sin decir palabras, se adentraron en la casona. El amplio zaguán aún se encontraba amueblado, parecía que los herederos no se habían pasado por la finca en mucho tiempo. Un enorme armario, de estilo burgués catalán, estaba adosado a la pared de uno de los laterales de la entrada. Parecía, por su aspecto, que era de una madera que hacía tiempo había muerto. También había en aquel zaguán dos bargueños y un enorme sillón que debía servir de galbanero, que, en sus tiempos dorados, amueblaron el amplio zaguán. El suelo de piedra de granito, con el zócalo del mismo material, la pared frontal encalada y con grandes desconchones denunciaban el tiempo que hacía que se encontraba abandonada. Una puerta de madera labrada de grandes dimensiones, con bello dintel de piedra, daba entrada a la cocina; allí, sentada en una silla baja de enea, se encontraba la mujer del guarda, que, al verlos, se levantó con agilidad y los miró con curiosidad. Era una mujer baja y regordeta que transpiraba buena salud.

Siguieron recorriendo la casa después de saludar a la mujer. Ella, solícita, les enseñó la despensa como si fuera su territorio. Aquella estancia se encontraba llena de estanterías, ocupando la mitad de la cocina. En una esquina, alejada del fogón, un recipiente de cinc con tapa de madera que

servía para refrescar las comidas, y, mientras, como si de una anfitriona se tratara, su cara regordeta sonrió cuando los miró de buen grado.

A la derecha del zaguán arrancaron las escaleras que conducían al primer piso, donde se encontraran las habitaciones, una biblioteca y el salón con grandes balcones que daban a la fachada. El pasillo era largo y ancho, con el techo artesonado de madera, el suelo era de baldosas de barro cocido, que, a cada pisada que daban, temblaba, pudiéndose oír el rugido de las vigas que lo sostenían. Las puertas eran todas de gruesas maderas, parecían esperar que alguien las abriera. Cohen abrió una de ellas. Al entrar se imaginó que debía ser la alcoba principal por su dimensión. El hombre les invitó a entrar con una sonrisa en los labios. Se adelantó y abrió de par en par el balcón que daba a la fachada principal. La alcoba, con la claridad del día, parecía más siniestra aún que en la penumbra. Frente a la cama, un tapiz de grandes dimensiones que ocupaba toda una pared. La cama era descomunal, parecía que había sido concebida para que durmiera toda una familia entera. La chimenea aún guardaba las cenizas fósiles de su última combustión. Encima de la repisa de la chimenea, miniaturas de porcelana cubiertas por un espeso polvo. A los lados de la chimenea, dos vitrinas llenas de objetos que no precisaban si se trataba de pequeños animales disecados o, simplemente, más figuras de porcelana que habían perdido su color. La colcha de la cama, de rica seda, bordada con flores rojas que parecían salpicaduras de sangre seca. Este pensamiento le hizo estremecerse. No era esto exactamente lo que él quería para su pupila, pero eso era lo único que había visto que estuviera a la venta y, además, le pareció que era exacta al dibujo que estaba pintado en aquel pergamino que con tanto celo guardaba su padre. Cohen desechó esos pensamientos y creyó que con unos retoques y muebles nuevos se podría borrar aquel siniestro aspecto. De aquella habitación Cohen tuvo una sensación extraña, aunque solo fue por unos segundos, le pareció que de

repente había emergido una luz difusa, no supo de donde, pero se confundió con la luz que entraba por el balcón. Cohen sacudió la cabeza y quiso pensar que quizás sería la luminosidad que asomaba por el horizonte, al ser la hora crepuscular.

Pero una vez fuera de la casa, y mirando la fachada granítica en perfecta sillería, no dejaba de pensar en qué hacían los planos de aquella casa entre las pertenencias de su padre. Pasea nervioso, por aquel pavimento de piedra de un lado a otro, mirando la fachada de la casa, parecía querer guardar en su retina todo lo que estaba viendo. El guarda, sin decir palabra, lo miró mientras iba dos pasos tras ellos. De repente, se pudo oír una explosión que, desde lo lejos, parecía al reflejarse entre las montañas, como un juego de dioses. Ante tan fastuosa visión, Cohen no tuvo más remedio que pensar que si el hombre lo tiene todo, por qué no se conforma con vivir de lo que tiene, por qué tenía también la necesidad de matar la naturaleza...

El guarda dijo al ver la expresión de asombro de Cohen:

—Aquí no puede llegar ese fuego, pues antes tiene que atravesar un río, y este siempre le corta el paso.

Cohen, después de contemplar unos minutos cómo las llamas abrasaban el campo a lo lejos, se dio la vuelta y le dijo:

—¿Puede darme las señas del dueño para contactar con él y hablar del precio de la finca?

El hombre parecía desconcertado, había mentido, aquel fuego sí que podía llegar a la finca si el viento, por capricho, decidiera cambiar. Sacó de su bolsillo un papel raído y se lo dio a Cohen.

—Esto es lo único que tengo —dijo—. Me lo dio el último señorito que pasó por aquí. Aunque de eso hace ya bastante tiempo.

Cohen lo miró. Su espíritu ante aquella situación en la que el fuego parecía un muro que acercaba el cielo y la tierra en el infinito y que

desprendía con fuerza irrefrenable una belleza mortal en la lejanía, también sabía que podía llegar hasta ellos y arrasarlo todo. Y a Cohen le sorprendió el comportamiento pasivo y extraño del guarda, no llegando a comprender esa relativa tranquilidad. ¿Sería que estaba sintiendo un aviso para que no se echara atrás en la compra de aquella finca?

Viendo la expresión de su rostro, que era de preocupación, dijo:

—No tienes de qué preocuparte, seguirás en tu puesto de guarda si decido comprar la finca.

Una vez dicho esto, el guarda, pareció más relajado, y les dijo que, si lo deseaban, les podía informar de la clase de árboles de la que estaba compuesta la finca.

Mientras caminaban por la finca, el hombre les informó:

—Los dueños no vienen nunca por aquí y por eso no hay “ná” que hacer. Entonces yo, “pá” pasar el tiempo, a veces, cuento los árboles una y otra vez, y así se me hacen los días más cortos en esta soledad. Un día de primavera perdí la noción del tiempo, bueno eso es muy corriente, llegué a contar hasta 3000 olivos —y dirigiendo la vista hacia una calva del frondoso campo, le dijo—: ¿Ve esas estacas ordenadas en filas? Pues así fue como supe cuántos había. Cada estaca pertenece a una clase de árbol, las más largas son encinas y las que tienen una muesca en el centro son de alcornoques.

Cohen escuchaba cómo ese hombre rudo le daba detalles a un completo desconocido sobre el contenido de la finca.

El hombre siguió hablando entusiasmado. También la finca tenía pozos que daban abundante agua, y le señaló un brocal casi oculto por la hierba. En las traseras de la casa, había otro oculto entre la hojarasca. Cohen se acercó donde había dicho el hombre que había otro pozo. Con una vara de olivo apartó los arbustos, y apareció ante los ojos de Cohen un pozo con el brocal de granito. Cerca del pozo, había un horno artesano hecho de adobe, que se

conservaba en muy buenas condiciones y el que debía ser el que abasteciera de pan a la finca, aunque también pudiera haber sido el asador de otros alimentos.

En el costado derecho de la casa, y subiendo por unas escalinatas de granito, una vez arriba, apareció un estrecho sendero flanqueado por pequeñas estatuas de piedra que representan los animales de la zona: zorros, jabalíes, jinetas, corzos... A Cohen le pareció que aquella casa tenía algo especial que se le escapaba. Dejaron el sendero y subieron un suave repecho, donde apareció mágicamente una terraza oculta por un enrejado cubierto de hiedra. Miró detenidamente, y ante él se mostraba un magnífico y cuidado jardín que se encontraba cercado por un poyete rematado con bella rejería, la estructura del jardín estaba configurada como si fuera una bandeja cubierta de flores. Cohen no salía de su asombro, no podía creer lo que estaba viendo. El guarda le invitó a subir unos cuantos escalones más hasta llegar a una atalaya de piedra con forma de púlpito desde donde se podía disfrutar de una panorámica hasta donde alcanzaba la vista. Las colinas que se contemplaban se podían diferenciar por diversos tonos de verdes, salpicadas en algunos tramos por el intenso color rojo de las amapolas.

Cohen, impresionado, miró todo en silencio mientras se deleitaba contemplando la suave ondulación de las colinas, que parecían entrelazarse entre sí con un abrazo infinito, haciéndose distinguir según las tonalidades de verdes. Las encinas y los alcornoques flanqueaban un camino recto, donde las encinas a la derecha y los alcornoques a la izquierda se alineaban como si de un ejército verde se tratara. Ante esta naturaleza virgen, Cohen se imaginó cómo sería su vida si la viviera entre esas montañas y rodeado de llanos agrestes en esta tierra fuerte y dura de Extremadura que le mostraba sin reparos todo su esplendor, aunque esta fuera tan solo una pequeña muestra de lo que es el campo.



A lo lejos, y a la parte opuesta de donde se encontraba el fuego, se podía ver un manchón de encinas por donde se podía apreciar un humo negro en forma de chimenea que subía recto hasta el cielo. En esos momentos, los carboneros estaban quemando las ramas de las encinas para hacer el imprescindible picón, que era el único combustible que se usaba para calentar las casas. Las mujeres, que eran las encargadas de este menester, depositaban el picón en un recipiente de hierro llamado brasero. De repente, y mientras escuchaba aquella explicación, una banda de palomas alzó su vuelo, perturbando el silencio del campo.

Aquella misma noche en la que Cohen regresaba de ver la finca, en la habitación de Anna sonó el teléfono cuando se encontraba ante el escritorio ordenando sus notas, notas en las que iba escribiendo cada uno de los acontecimientos que iban surgiendo del día a día. Era como esos diarios de sucesos externos, pero que ahondaban en sus sentimientos.

—¿Sí?

Una voz, que le pareció atiplada, le dijo:

—¿Interrumpo tu trabajo? —era una voz desconocida para ella.

Aquella voz que desconocía tan solo dijo unas frases ininteligibles, y que fue seguida de un ruido extraño que le asustaba. Esto hizo que derramara el tintero sobre su nuevo cuaderno de notas. Desconsolada, miró el cuaderno empapado en tinta. Contrariada, miró el teléfono que aún seguía descolgado y hablando insistentemente. Anna, con un golpe, lo colgó, pero de nuevo sonó. No sabía si volver a coger el teléfono. El nerviosismo que esta nueva llamada le causó hizo que, inconscientemente, amortiguara el ruido tapándolo el aparato con un cojín.

Media hora después, volvió a sonar el teléfono. Dudó antes de descolgarlo. Alargó el brazo y cogió el teléfono. Al otro lado dijeron:

—Soy Cohen, necesito hablar contigo sobre el tema de la finca.

Un suspiro de alivio salió de su garganta:

—¿Dónde quieres que nos veamos? —dijo más calmada.

—No me gustaría tener que hablar de esto en tu hotel.

—Luego me contarás el motivo, pero, de todas formas, gracias. Estaba deseando salir de aquí, a veces siento la sensación de ahogo.

Una hora después se encontraron en una tasca de la Puerta del Sol. Su encuentro, según Cohen, tenía que ser casual. Toda precaución era poca. Anna estaba empezando a creer que cada día que pasaba tenía más enemigos. Se miraron en medio del intenso tráfico del medio día. Sin decir palabra entraron en la tasca, que parecía tener más clientela que las que se encontraban en la misma plaza. Ya en la barra, Cohen pidió una cerveza muy fría y ella un refresco de limón. Mientras, le pidió entre dientes que lo acompañase para ver la finca. En unos minutos, y mientras Anna tomaba su refresco, ya estaba informada de las pesquisas hechas por Cohen. Un improvisado camarero puso en la mano de Anna una supuesta carta donde se informaba de las raciones y tapas del establecimiento. Minutos después, el camarero desapareció de la tasca.

Anna leyó la carta donde se podían elegir las tapas que se podían servir y los precios. Anna, cuando empezó a leer la carta, se sorprendió porque en una de las esquinas ponía: “Anna, no te fíes de nadie”. Esa nota estaba escrita a mano y, por su caligrafía, se podía ver claramente que había sido escrita con prisas. Estaban escritas en mayúsculas y con tinta negra.

—No te fíes de nadie. ¿Pero de quién...? —buscó con ansiedad al camarero, pero no lo encontró.

Anna, después de aquella lectura, miró con disimulo su diminuto reloj de pulsera como si estuviera interesada por la hora, y guardaba aquella nota sin decir nada a Cohen. El pegajoso reloj que pendía de la pared daba en esos momentos las dos del mediodía.

Pero con voz que sonó a hueca, le dijo a Cohen:

—Confío plenamente en ti.

Media hora después salieron de la taberna cada uno por su lado. Al despedirse, le dijo:

—Mañana te espero frente al Palacio Real, tenemos que parecer unos turistas más. Tiene que ser a las doce del mediodía. No puedes fallarme. Tengo algo importante que contarte —dijo Anna de sopetón.

Pero al día siguiente de aquella mañana, nada más verse, Cohen comenzó a hablar dándole detalles. Ella, al verlo tan entusiasmado, no quería agobiarle con aquella extraña llamada que había recibido y dejó que Cohen siguiera contando su progreso en la compra de la finca:

—Me encantó visitarla —le dijo entusiasmado—. Tiene unas 10.000 hectáreas, se encuentra entre las dos provincias extremeñas.

Ella le interrumpió con voz seca que a Cohen le pasó desapercibida:

—Ya te he dicho que estoy de acuerdo con todo lo que tú decidas.

Las palabras de Anna parecían salir de un alma atormentada y llena de sobresaltos.

—Ahora tan solo quiero verla cuanto antes —dijo con tono de voz que dejó a Cohen confuso.

Una hora después, y mientras paseaban uno tras del otro por la Gran Vía madrileña, Anna ya conocía todos los pormenores que Cohen, con minuciosidad, le había detallado. Más tarde, y sin despedirse, cada uno siguió su camino.

Era un jueves del mes de Abril y aquella mañana era para Anna la primera vez que viajaba hacia Cáceres junto con dos hombres de Cohen, que eran desconocidos para ella y que habían sido asignados para que la acompañaran como guardaespaldas. Llegaron a Cáceres a las doce del mediodía. En la Plaza Mayor, y bajo el toldo de una terraza junto a los

soportales, les esperaba Cohen. Aquel día el sol era transparente, sin que ninguna nube lo perturbara.

Después de descansar unos momentos se adentraron por una puerta llamada de la Estrella para visitar la Ciudad Monumental. Cuando Anna atravesó ese arco de piedra centenaria, llamada puerta por sus ciudadanos, con el simple gesto de atravesarla sintió en su interior algo extraño y extraordinario. Se había sentido transportada a un lugar que le pareció mágico, insospechado, adentrándola en un pasado lleno de misterios. Se encaminaron por una estrecha callejuela para descubrir una plaza. Todo era silencio tan solo perturbado por el cloqueo de las cigüeñas, que desde sus nidos vigilaban al paseante. Allí Anna pudo palpar, mientras hacía aquel recorrido por las callejuelas amuralladas empapadas, las vivencias de un pasado medieval. Siguieron caminando y subieron en silencio, casi con devoción, una cansina cuesta que les llevaba a la plaza más alta de la ciudad desde donde, si se quiere, puedes tocar el cielo con tan solo cerrar los ojos. Había llegado la hora de reponer fuerzas después de haber hecho un largo viaje desde Madrid.

Se encontraban en lo más alto de la ciudad, que estaba presidida por una antigua mezquita convertida en iglesia, buscaron un sitio donde poder comer. La ciudad a esas horas se encontraba solitaria. Un caballero, elegante y de modales refinados, se acercó a ellos al verlos despistados:

—¿Buscaban algo en especial?

Cohen le preguntó al caballero:

—¿Hay por aquí cerca algún restaurante?

El caballero sonrió, muy a su pesar, y les comentó que en aquel recinto no solían llegar muchos turistas que demandaran restaurantes por aquella zona. Pero, para sorpresa de Anna, el caballero se ofreció para que comieran en su casa, una casa que se encontraba lindando con la plazoleta de San

Mateo. Entraron en el zaguán, precedidos por su dueño. Se trataba de una casona señorial que en tiempos medievales fuera fortín. Dentro del patio de columnas peristilos, el dueño llamó a una sirvienta para que les condujera hacia el comedor. La fachada, en uno de sus laterales, lucía una gran torre que, en los postres, el dueño y anfitrión les dijo que era llamada la torre De Sande. Una torre que, aunque no podía hablar, sí podías sentir al mirarla, que te dejaba revivir los avatares vividos de rencillas y traiciones de un tiempo pasado, que, mientras estas piedras estén en pie, siempre podrán contar su historia en silencio.

Después de haber sido obsequiados con una refinada cocina y de disfrutar de un ambiente relajado, el dueño se despidió de ellos con elegancia, aludiendo que debía atender con urgencia asuntos que tenía pendientes. Al salir de aquel palacio, decidieron seguir caminando por las estrechas y misteriosas callejuelas que a Anna, con su carácter romántico y soñador, le hicieron pensar que en aquel entorno y por las noches, bajo la luz de una luna llena, se podía llegar a imaginar que no vives en este mundo.

Anna, en el transcurso de aquel enigmático paseo, se sintió impresionada y creyó que se encontraba ante una ciudad encantada, una joya fuera del tiempo que, ante sus ojos, se mostraba como si estuviera metida en un estuche donde el visitante, al descubrirla, se funde con sus centenarias paredes como si estas formaran parte de su ser. Era tal y como ella se encontraba en esos momentos. De repente, se estremeció al sentir cómo una respiración le rozaba la nuca, no quería creer lo que estaba imaginando en ese mismo instante. Tan solo tuvo el palpito de que allí, en el sitio en el que se encontraban, aún podían encontrarse aquellos hombres embozados que se podían encontrar vigilantes entre las fachadas de piedras caldeadas por un sol tórrido. Y ante esa sensación, creyó que aquellos seres aún seguían estando allí, esperando a que llegara la hora de rondar la ventana de su amada y poder

salir de su penitente escondite al atardecer de cada día. Anna soñó todo esto al contemplar una ventana que conservaba intacta su celosía y que, al mirarla, supo que debió ser testigo silencioso de amores imposibles. Anna suspiró, sus compañeros de viaje no dijeron nada, solo la observaban. Una lágrima resbaló por sus mejillas. Inmediatamente, reaccionó ante la curiosidad que había despertado en ellos. Sonrió y, al mirarlos, les dijo:

—Me hubiera gustado ser una de aquellas damas por la cual se batían en duelo los caballeros.

Esta reflexión en voz alta hizo reír a sus acompañantes. De repente, el claqueteo de las cigüeñas en el campanario de la iglesia le hizo despertar de su dulce ensoñación.

Después de pasear por aquellas calles, escenario de innumerables vivencias y avatares, se encaminó hacia el barrio judío, donde se conservaba una sinagoga en perfecto estado. Allí, con recogimiento, rezó Anna por Samuel.

Aquella misma tarde, y después de terminada su visita a la Ciudad Monumental cacereña, se encaminaron hacia el coche que les conduciría a Garrovillas, a tan solo unos treinta y cinco kilómetros de Cáceres. Anna, cuando salió de aquella ciudad medieval, volvió la cara para que sus ojos y su mente se quedaran impregnados de historia. Cohen, antes de emprender de nuevo la marcha, hizo que el chofer hiciera una parada en la Plaza Mayor; ya que a dos manzanas se encontraba el Palacio de la Isla, que fue testigo en los tiempos en que convivían diferentes religiones en armonía, allí se encontraba una Sinagoga, adosada al palacio que se encuentra fuera del recinto amurallado. No supo qué pasó por su cabeza mirando aquella casa palaciega, pero sintió como si Samuel Karsirski la mirara desde lo alto de uno de los balcones de la fachada y que, al mirarla, su mirada le pareció fría.

Sus piernas temblaron cuando Cohen la invitó a traspasar la enorme

puerta de madera que como todas las de ese siglo era tachonada, que se encontraba abierta de par en par. Entraron, a la izquierda del zaguán pudo ver una amplia escalera de granito por donde se sube a las dependencias, que supuso eran las que ocupaban los señores del palacio. Ya en el patio, y en lo alto de aquellas escaleras volvió a tener otra visión. Tenía una mano extendida, acusadora, y creyó ver de nuevo a Samuel Karsirski como dueño de aquella mano. Anna se sintió desfallecer, era él el mismo hombre al que ella había prometido hacer justicia. Pero ¿por qué sus apariciones le resultaban tan traumáticas? ¿Qué podía estar haciendo mal?

Desde el patio de entrada, y a la derecha, bajaron por unas estrechas escaleras que descendían hacia la sinagoga. Cohen pareció quedarse mudo, allí no quedaba nada de aquella casa de oración que un día conoció. Salió de aquel lugar inmediatamente.

Anna, después de sentir un terrible mareo, volvió a la realidad. No sabía qué era lo que está pasando por su cabeza. Montó de nuevo en el coche, y, casi sin apenas darse cuenta, se encontraba en la plaza de Garrovillas. Aparcaron ante una casa fortaleza, casas defensivas que se prodigan por Extremadura, ahora era llamado Castillo de Alconetar. Este nombre se le puso por estar cerca de uno de los puentes romanos más importantes por donde pasa el caudaloso río Tajo. En el amplio zaguán le esperaba un hombre alto, fuerte como el tronco de un árbol. Su rostro era alargado y desproporcionado, como el de un pepino verde por donde asoman unos dientes desiguales, una cicatriz abultada en la mejilla derecha. El hombre tenía un aspecto siniestro.

Al entrar en el comedor, Anna se sorprendió por la visión que tenía ante ella.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo Anna mirándolo con la cara blanca como la pared.

El aludido solo la miraba, ni siquiera hizo la intención de articular palabra.

Su aspecto en esos momentos era tan desolado que estaba siendo lo más parecido al que pudiera tener un judío cuando era llevado al campo de exterminio.

Angustiada, se repetía: “¿Qué estaba haciendo allí el nazi que ella envenenó en la cafetería del hotel Ritz?”. Ahora lo que veía era solo era un espectro atormentado. Se encontraba allí, inmóvil, mirándola fijamente desde el último peldaño de las escaleras, dejando que Anna tuviera esa repentina y atroz visión en la que se vio a sí misma como una idiota ante tan estúpidos pensamientos. Reaccionó, se serenó, pero dudaba de que solo fueran alucinaciones producidas por el cansancio del viaje.

Cohen, al ver su inmovilidad, la tomó del brazo, pero Anna no reaccionó, su mente parecía perturbada. La miró con preocupación, la veía pálida. Le ofreció un vaso de agua. Ella lo rechazó con un gesto de la mano que sorprendió a Cohen.

En esos momentos, el que ella supuso era el anfitrión de la casa fortaleza, se acercó a ellos y sonrió al mirarla. En su cara se dibujó una mueca que le pareció siniestra.

Fuera, los algarrobos, azotados por el viento, retorcían sus ramas mientras se apoderaba del pueblo una oscuridad repentina y densa.

Anna no podía olvidar, en su mente estaba grabada la visión del nazi, seguía estando allí, quieto, pálido, con sus ojos fijos en ella en lo alto de aquellas escaleras. Entonces, bisbiseó su nombre con aliento entrecortado por el esfuerzo ante lo inesperado. Cuando Cohen la tomó del brazo para entrar en el comedor, su voz estaba tan débil que no le salía del cuerpo, y tan solo siguió a su amigo judío. Sentada en la mesa, pensó que nunca llegaría a saber de dónde le vino esa capacidad de imaginación o si quizás pudo ser una



visión real.

Cohen la miró con gesto de preocupación y, acercando su cara a la de ella, le dijo en voz baja:

—¿Ya te encuentras mejor?

Sus ojos, al mirar a Cohen, volvieron a una realidad relativa y de nuevo sus ojos empezaron a brillar con el brillo de las gemas. Respondió a Cohen mientras desdoblaba la servilleta para comenzar a comer. Anna le contestó igualmente por lo bajo:

—Estoy bien, creo que me he vuelto un poco paranoica creyendo ver una alucinación.

Y comenzaron a comer. Cuando el camarero le sirvió a Anna, su cara estaba blanca como un copo de nieve. Inmediatamente, desvió su mirada, allí parecía que nadie veía lo que ella estaba viendo. Pero a pesar de convencerse a sí misma de que no tenía ninguna importancia, ella estaba segura de haber visto al nazi subido en lo más alto de las escaleras.

Aquel día, durante la comida en aquella fortaleza-castillo, Anna se encontraba inquieta. El menú, que estaba compuesto de un caldo, seguido de carne de cabrito condimentado con un excelente pimentón de la Comarca de la Vera. En la mesa se encontraban Cohen, ella, los dos guardaespaldas y el chofer. Todos parecían encantados de degustar tan exquisito manjar, menos ella, que se sentía vacía de sangre en su cabeza, que parecía querer paralizar su corazón y, aterrada, cerró los ojos con fuerza para evitar desplomarse al suelo.

Cohen, en los postres, dijo con naturalidad:

—Aquí, en esta casa, se refugiaron muchos sefardíes que se encontraban huyendo de la persecución promulgada por la reina Isabel la Católica. Aquí algunos de ellos murieron por inanición, al no poder salir a la calle para comprar alimentos. Esto lo hicieron para que no fueran reconocidos por la

población. Otros, los más osados, tuvieron la oportunidad de escapar hacia Portugal, aunque, a duras penas, pudieron sobrevivir por la debilidad de sus cuerpos.

La palidez de Anna en esos momentos era alarmante. Si los hombres que le acompañaban se hubieran dado cuenta, quizás se hubieran asustado. Nunca hasta entonces Anna se había encontrado tan mal.

Y Cohen no dejaba de hablar:

—Toda esta casa —y dirigiéndose a Anna— se encuentra impregnada de dolor y sufrimientos de muchos de los nuestros. Estos hechos acaecidos en esta casa solo eran conocidos por la comunidad judía.

Cuando Cohen terminó el relato de la historia de sus antepasados, y vio el efecto que había causado entre sus acompañantes, se le ocurrió decir algunas tonterías para quitar hierro al relato, y le dijo a Anna:

—¿Estás segura de no haber escuchado en tu casa de Mielec nada referente a esta casa de Garrovillas?

Anna lo miró como si acabara de ver a un ser extraño. Y Cohen siguió su relato:

—Los judíos, cuando llegaron aquí, al encontrar esta casa deshabitada, la ocuparon. Primero fueron los jóvenes que, para disimular la magnitud de su tragedia, simulaban ser gente moderna y desinhibida, para que no sospecharan en el pueblo de su condición de judíos. Hasta llegaron a manifestarse con maestría, como grandes artistas de circo para así disimular su condición de perseguidos.

Pero eso en el siglo XX ya no tenía sentido. Y mucho menos, en el momento en que ellos se encontraban comiendo en aquel edificio que se estaba promocionando como hotel de lujo. Anna se levantó la primera de la mesa al término de la comida, salió del comedor. A la salida, vagó su mirada por el gran zaguán y cuando se disponía subir las amplias escaleras para

cerciorarse de que lo que allí había visto no era cierto, sus pies se clavaron como dos estacas en el primer peldaño. Entonces sintió un estremecimiento al escuchar lamentaciones y voces entrecortadas por sollozos que parecían venir del piso superior. Miró hacia atrás y, sorprendida, vio cómo sus compañeros de viaje departían en una conversación distendida en el zaguán. Parecían hablar de algo gracioso con el director de aquella entidad. Ante esta situación no supo qué hacer, y entonces pensó que quizás pudiera ser fuera ella la única que escuchó aquellas voces agónicas que bajaban por las anchas escaleras señoriales. Imaginando en esos momentos que lo que había oído eran las voces de aquellos que allí perdieron la vida. Anna por unos instantes no supo qué hacer y se quedó parada ante aquellas escaleras, no tenía ni idea de cómo iban a reaccionar sus acompañantes si les decía que había escuchado con toda claridad una cacofonía que parecía venir del piso principal, y que al escucharlo le había puesto los pelos de punta. Cuando reaccionó, empezó a comprender que a pesar de los años transcurridos no había sido fácil borrar las huellas del sufrimiento allí vivido. Ahora estaba segura de que estos seres siempre estarían ahí para que todas aquellas personas que visitaran la casa fortaleza, supieran de su historia y que todos aquellos que estuvieran dotados de una especial sensibilidad pudieran, al igual que ella, oír aquellas lamentaciones de unas almas que siempre estarían vagando por la casa a pesar de la lejanía de los tiempos.

Pero aún y así no supo por qué seguía parada ante aquellas escaleras mientras se preguntaba: “¿Qué hacía aquí este nazi si lo asesiné en Madrid?”.

Llegó a un momento en que no podía creer en todo lo que suponía estaba viendo. Solo tenía que aprender a desechar todos esos pensamientos negativos para dejar de sentir tanta tortura.

Mientras, ajenos a sus tribulaciones, Cohen y los dos hombres que les acompañaban seguían hablando de nimiedades.

Anna reaccionó cuando oyó un ruido, alguien había abierto una puerta que parecía pesada, haciendo chirrear los goznes. Una silueta de hombre se recortó a contraluz. Era la puerta que daba a un pequeño jardín, Anna lo miró sin que pudiera reconocer sus facciones. De repente, como si se hubieran trasladado al Polo Norte, por aquella puerta entró un frío viento que arrastró densas nubes que oscurecieron el cielo, haciendo que el ambiente se tornara frío y sombrío, llenando el patio en solo unos minutos con una blanca capa de nieve.

Anna desconocía el porqué de ese viaje al pueblo de Garrovillas, pero Cohen, más tarde, le dijo que quiso que ella estuviera unas horas en el que, sin ella saberlo, había sido el pueblo de los antepasados de su padre y también para que supiera de que ellos formaron parte de aquellos judíos que se asilaron en aquel palacio.

Cuando poco después emprendieron de nuevo el viaje hacia la baja Extremadura, Anna cuando se encontró dentro del coche, se descalzó, necesitaba estar cómoda. Necesitaba dormir para poder relajarse, aquel viaje le estaba pareciendo demasiado impactante. En su cara se reflejaba el cansancio de los últimos momentos vividos. Apoyó la cabeza sin fuerzas sobre el respaldo, por unos instantes, pensativa, se incorporó y, al ver su rostro reflejado en el espejo retrovisor, se quedó con la boca abierta. Minutos antes se había retocado los labios y ahora en su boca había aparecido una raya roja como un cerco de sangre. Mientras tanto, a su paso, y tras ellos, se oía el susurro débil y áspero de la gravilla del camino al ser molida bajo los neumáticos del coche. Este ruido le hizo sentirse tan mal que estuvo a punto de vomitar la comida, y tan solo quedaba un kilómetro hasta alcanzar la carretera principal.

Poco después se quedó dormida. Cuando despertó se hallaba ante la entrada de la casa de campo que pensaba comprar en Extremadura. El ruido

del motor del coche provocó que los perros empezaran a ladrar como si fueran llamados a la sublevación. Al bajar del auto Anna sintió cierta melancolía ante la bruma pegajosa y cerrada que se aferraba al camino, y, al extender su mirada hacia los campos, le pareció ver una gasa blanquecina que lo arropaba todo con su manto y que, a pesar de su belleza, lo hacía siniestro.

Cuando Anna estuvo frente a la casona, la contempló desde fuera por unos minutos, pensativa. Sonrió satisfecha, era perfecta, encajaba con el perfil que andaba buscando para sus propósitos. El guarda la esperaba inquieto en la puerta de entrada. Al verla frente a él, su nerviosismo aumentó y tuvo que disimular llamando a los perros para que no molestaran a los visitantes. Pero Anna pudo observar cómo su cabeza se movía hacia un lado y otro, como si tuviera miedo de que se presentara alguien extraño e inoportuno. Entraron todos en el amplio zaguán. A Anna le dio la sensación de aspecto lúgubre, el suelo presentaba abandono, habiendo adoptado ese color ceniciento que daba la falta de limpieza. No supo el motivo, pero, una vez dentro, notó algo extraño, un desasosiego que solo se produce cuando se es observado con insistencia por alguien que no se deja ver. El zaguán era como si estuviera envuelto en un halo de misterio. Al fondo de aquel zaguán, una de verja oxidada se asomaba y daba la entrada a un patio interior empedrado lleno de macetas marchitas y unos cuantos perales, también había dos bancos de madera carcomidos por las inclemencias del tiempo, una tapia alta parecía estar hecha para proteger aquel patio de las posibles alimañas. Al fondo y rompiendo la valla, una puerta de hierro ancha por donde podían entrar y salir coches o carruajes.

Acompañada de Cohen, siguió inspeccionando la casa. Subieron al piso superior. Las escaleras se le antojaron que se encontraban encajonadas, ante esta sensación, le pareció que le oprimía el pecho mientras sus pies hacían crujir con sus pisadas el suelo del pasillo que parecía gemir.

Después de un largo silencio por parte del guarda que los precedía para enseñarles la casa, dijo:

—Perdonen los señores, pero como tuve noticias de que venían hoy, y esas nubes —señalando con su dedo calloso el cielo que se veía por una de las ventanas— como verán, al ver que no tenían buena pinta, me dije, voy a echar más candela al fuego por si tienen frío.

El viento fuera empezaba a ulular con rumor de tempestad, haciendo temblar los postigos de las ventanas. El pasillo que apareció ante Anna era largo y ancho, el solado de ladrillo cocido, que debió ser abrigado en su día con aceite de linaza, se notaba aún, a pesar del largo tiempo desde que había sido pulido, era hermoso, aunque ahora lucía con una espesa y compacta capa de polvo. El techo del pasillo estaba elaborado con un bello artesonado, que se dejaba entrever parcialmente entre las telarañas. Desde el pasillo, la distribución de las habitaciones que servían de alcobas. A la mitad del recorrido, Anna percibió algo. El aire pareció volverse denso, haciéndole unos momentos difíciles el respirar. Enseguida su cuerpo se puso a la defensiva, desechando inmediatamente sus pensamientos de creer en algo paranormal. Seguro que todo era debido al ambiente viciado por la falta de ventilación. Entraron en la alcoba principal. La cama antigua, muy alta, de palo rosa, estaba cubierta con una colcha de seda azul bordada con rosas rojas que parecían salpicaduras de sangre. Al lado de la cama se veía un taburete para poder subir a ella. En el centro de la pared principal, una chimenea de mármol rosa. Sobre la repisa, un espejo dorado que devolvió la imagen pálida de Anna. Dos vitrinas flanqueaban la chimenea, que se encontraban numerosas piezas en miniaturas de porcelana y algún que otro animal irreconocible, que parecía hecho con un material que Anna no supo cómo definir.

En la pared destacaba un enorme tapiz, Anna lo miró embobada. No

estaba segura de lo que veía, pero después de unos segundos de contemplación, le pareció que, a pesar del polvo que lo cubría, le pareció excepcional, solo necesitaba una limpieza por manos expertas. Buscaría en algún libro de arte para saber a qué época pertenecía. Le interesaba saber todo sobre ese tapiz, pues estaba segura de que encerraba la historia y la procedencia de todo lo que se hallaba en la casa.

De pronto, Anna, sorprendida de sí misma, no supo cómo pudo decir en tono autoritario, como si en ello le fuera la vida:

—Que nadie toque este tapiz bajo ningún concepto hasta que yo no lo ordene.

Cohen la miró sorprendido y, con cara de preocupación, la miró de frente. La encontraba un poco rara desde que estuvieron comiendo en Garrovillas y dirigiéndose a ella entre dientes le dijo:

—¿Qué bicho te ha picado? ¿Qué interés puede tener para ti este tapiz tan viejo?

—Todo.

Era una voz profunda masculina la que se pudo oír en aquella habitación con total nitidez. De pronto, Cohen reaccionó:

—Anna, ¿me has dicho algo?

Anna lo miró extrañada, ella no había abierto la boca. Cohen levantó la mano, dando a entender que no entendía nada. No volvió a preguntar, pero en su cara se dibujaba un gesto de preocupación.

Salieron de aquella alcoba, se dirigieron al salón principal. Cuando miró hacia arriba vio con agrado que el techo era también artesonado con fuertes vigas macizas donde se podían apreciar finamente cinceladas las hojas del alcornoque. Dos grandes espejos dorados se encontraban a ambos lados de una chimenea de mármol negro. La mesa, junto con la sillería, era de madera de caoba, dos vargueños de madera noble deslumbraron a Anna por la

hermosura artística de sus herrajes y sus incrustaciones de marfil. Todo era perfecto a pesar del estado de dejadez en la que se encontraban todos los muebles.

Aquella tarde empezó a anochecer antes de tiempo, Anna se asomó al balcón cuando empezaban a caer los primeros rocíos del anochecer, y comenzó su tarea de mojar las puntas de las hierbas, haciendo que el sol, en su suave despedida, pareciera querer robar unos minutos a la luna, que se escondía entre el verdor del trigo, haciendo con este juego la naturaleza, un espectacular número magia, y al hacer que el campo refulgiera con las diminutas salpicaduras del primer rocío de la noche.

De nuevo, Cohen la miró preocupado. La notaba ausente, distante. ¿No sería que quizás no le estaba gustando la casa?

Ya estaba a punto de estallar la primavera, pronto volvería el cálido clima extremeño que haría florecer una hermosa alfombra en las lindes de los caminos violetas y margaritas silvestres, lirios azulados, rojas campanillas, dando así una viva tonalidad al verdor de la hierba, el vivo y reluciente color del trigo cuando empieza a crecer, haciendo que la vista se recree con sus magníficas gamas, que más tarde, el sol, con sus rayos ardientes, les haría brillar como una cosecha de oro y púrpura.

De pronto, se oyó un trueno, era seco, rápido, que estalló encima de la casa como el trallazo de un látigo gigante y luminoso.

Los relámpagos se empezaron a suceder uno tras otro, sin tregua, pareciendo bengalas intensas que, en su caída libre, cegaban los ojos. El campo empezó a despedir un intenso olor a tierra mojada. La garganta de la sierra parecía bramar como los ciervos en la berrea. Las ramas de los árboles empezaron a tener vida propia, moviéndose de un lado a otro al antojo del viento. La lluvia empezó a caer torrencialmente. De pronto, los canales del tejado se hacían notar en la oscuridad de la noche. Los guardeses de la finca



les aconsejaron no salir hasta que pasase la tormenta, ya que era peligroso andar por el campo en esos momentos. El guarda los condujo hacia el salón, donde tomaron asiento al calor de la chimenea, hasta ver llegar que el tiempo amainara. La mujer del guarda, en la cocina, se afanaba en cocinar la cena mientras la lumbre ponía temblores de resplandor en toda la pieza.

La lluvia no parecía cesar. El viento, impetuoso como un ejército de fantasmas, empujaba las puertas de las ventanas y balcones haciéndolos quejarse de su infortunio. El regato que pasaba cerca de la casa empezaba a inundar el camino al desbordarse. Cohen dijo solemne:

—No es momento para que nos vayamos, quizás tengamos que quedarnos aquí hasta mañana

El guarda le sonrió, su sonrisa le pareció a Anna que era de complicidad para con Cohen. Nadie dijo nada.

Aquella noche, Anna, Cohen y el chofer, la pasaron sentados en el salón, en unos sillones que la mujer del guarda limpió como pudo, pues tenían el polvo tan incrustado en la tapicería que daba la sensación de que formaban parte de su armazón. La mujer les ofreció unas mantas que, al ser desdobladas, apestaban a alcanfor. Cuando aquel olor inundó el salón, la mujer los miró y dijo a modo de disculpa al contemplar la cara de Anna:

—Huelen así porque hace mucho tiempo que no se usan.

Y los miró como si esperara una sonrisa por su ocurrencia. La mujer bajó la cabeza y salió del salón para volver más tarde con un tazón de leche caliente para cada uno.

Por la mañana, y con la fragancia que desprende el campo recién lavado, Anna se sentó en las escaleras de piedra de la puerta de entrada, aún húmedas. El guarda se encontraba allí, parecía pensativo, como si algo le preocupase. Anna lo miró, le invitó a sentarse junto a ella. El hombre, con gesto de complaciente, bajó la cabeza antes de tomar asiento. Pero la

sagacidad que da el vivir en soledad le hizo levantar la cabeza con rapidez. Su mirada se desvió hacia uno de los balcones. Enseguida, retiró la mirada del balcón para mirar a Anna que no percibió nada a normal en su comportamiento; pero el guarda con aquella actitud creyó entender que aquella mujer quería saber algo más sobre la finca.

Lo primero que le preguntó fue que le dijera quiénes fueron los que construyeron aquella casa. Pero el guarda tan solo la miró, desviando la conversación, y aunque siempre fue un hombre al que le gustó ir directo al grano solo dijo:

—¿Le ha gustado la casa?

—¿Y tú qué piensas? —dijo Anna como respuesta a su pregunta—. Yo creo que me tienes que contar algo muy importante de la historia de esta casa. Por ejemplo, podías empezar por decirme qué significado tiene el que una finca que no tiene “dueño” y que produce poco puede estar vigilada por un guarda. ¿No crees que esto pueda ser para mí un galimatías?

El hombre sonrió. En ese mismo momento los dos coincidieron al mirar por unos instantes hacia la fachada de la casa. Anna creía estar de nuevo viendo visiones: en el balcón principal del primer piso había una mano misteriosa que tenía cogida veladamente la raída cortina tras el cristal, para dar paso poco después a una sombra cubierta con una capa negra.

Anna miró a su alrededor pareciendo buscar algo, pero la mujer del guarda se encontraba cerca de ellos. El hombre, ante esta aparición, pareció encogerse.

Anna se hizo la ignorante, presintiendo que el hombre, después de mirar hacia arriba, se encontraba ante una situación para él comprometida:

—Vamos, hombre, no tengas remilgos y empieza de una vez. Estoy en ascuas por escuchar la historia de esta casa que, me imagino, debe ser interesante. Pero no intentes callar ningún detalle, tengo que saberlo todo,

pero todo.

Mientras, clavaba su mirada transparente en la cara del hombre que, ante la cordialidad que se desprendía por parte de Anna, no pareció inquietarse.

—Quizás, cuando sepa su historia, ya no quiera comprar la finca.

Anna, paciente, esperó el relato. Y mientras seguía esperando intrigada, pensó qué podía haberle pasado a aquel hombre que parecía haber cambiado su semblante, pero los dos seguían sentados en el último escalón de las escaleras.

De repente, sonó un carillón remoto de alguna ermita olvidada que empezó a divulgar por todo el campo, doce campanadas, que sonaban en el silencio del campo como si estuvieran avisando de algún peligro. Poco después, le siguió el tañido de otra campana, que repicaba una y otra vez con un ruido menos fuerte, pero no por eso menos tenebroso, que parecía tronar en la cabeza de Anna hasta creer que le iba a estallar.

El hombre la miró angustiado, se notaba que estaba nervioso. No tenía palabras. No muy lejos de ellos, entre los olivos, se dibujó un reverbero fluctuante que parecían sombras vigilantes.

Con la gorra, que arrugaba entre sus manos, parecía dudar sobre cómo empezar:

—Yo he nacido aquí, también mi abuelo y mi padre —hizo una pausa mientras, como si le hubiera entrado un tic nervioso, estrujó sin piedad la raída gorra—. No sé si esto que le voy a contar se lo va a creer, pero sí le aseguro haber visto algunas cosas... Bueno, no solo yo, también todos los que hemos vivido en esta casa, incluyendo el último señorito que no aguantó mucho y se fue y no ha vuelto por esta casa, pues aquí no importa que sea de día o de noche, pero desde siempre han pasado cosas raras en la casa, es como si los espíritus de los muertos la poseyeran. Ya sé que no es normal, pero yo estoy acostumbrado. Mi mujer no tanto y de vez en cuando se va al

pueblo con su familia, dejándome aquí solo.

Anna no hizo alusión a la sombra que había visto asomarse al balcón, ni al sonido de las campanadas ni a las sombras extrañas que acababa de ver entre los olivos. Tan solo le dijo:

—Entonces ¿qué haces viviendo aquí solo si dices que no hay mucho que hacer?

—Son cosas... ya sabe, mi padre me enseñó a guardar la finca y a no dar importancia a lo que pudiera pasar aquí, igual que le enseñaron a él, que todo lo que sucede en la casa son cosas del pasado, y estos fenómenos que le llaman extraños vienen desde que el primer conde se hizo construir esta casa. Se llamaba Hermenegildo, así también se llamó su hijo, que, siendo muy joven... pero de eso casi mi padre no hablaba.

—Pero, dime, con sinceridad, ¿tantos misterios guarda esta casa? —y con una aparente cándida inocencia el hombre contestó, dejando a Anna aún más intrigada. Y el hombre le contestó con convicción absoluta—. Eso es lo que se dice aquí desde hace muchos años.

Anna, cada vez más intrigada, siguió sonsacando al hombre que a cada minuto que pasaba parecía más confiado. Anna habló:

—Me parece un poco extraño lo que me está contando, porque yo no veo ningún misterio por ninguna parte.

El hombre parecía tener ganas de desahogarse con ella y la única forma que tenía era la de contar todo lo que sabía.

—Me acuerdo que un día estuvo aquí otro de los hijos del señorito, que se llama o se llamaba Hermes. Fíjese, que yo a este tampoco lo conocí. De esto debe de haber pasado mucho tiempo, y dicen que ese fue el último de los señoritos que estuvo por aquí viviendo de quieto, y... yo tengo mis años. Se dice también que después de morir el primogénito del señor conde... Bueno, esto fue antes de que yo naciera...

El hombre intentaba contar a su manera la historia de la casa, pero, en realidad, solo parecía contar cosas sin importancia. Anna sabía que aquel hombre con apariencia de inocente no lo era tanto, pues sabía más de lo que contaba.

—Mi padre, cuando yo era un zagal, me contaba, al calor de la candela en la cocina y cuando la lámpara de carburo que nos alumbraba se encontraba a punto de acabarse, entonces cuando empezaba a titilar, y a punto de consumirse, la lámpara avisaba con un siseo estremecedor. Yo entonces miraba por la ventana, deseoso de encontrar la luna amparado por los brazos de mi padre. Entonces él seguía contándome que en las noches que la luna se ponía caprichosa y se escondía para dejar el campo en la más absoluta oscuridad hacía que su figura se reflejara en el firmamento como si fuera una hoz. Entre los hombres del pueblo se decía que era una forma de asustar a los campesinos para que por la noche no osaran salir al campo. También había rumores de que esas noches se oían lamentaciones que salían de los muros de esta casa y que a veces eran tan fuertes que llegaban hasta lo más alto del cerro, espantando a los animales, obligándoles a salir de sus madrigueras para buscar otro refugio más seguro. El perro de esta casa era un mastín, grande como un ternero, animal tranquilo y fiel, que, al oír estas lamentaciones, se excitaba tanto que en esas noches tenebrosas salía corriendo, atravesaba la era hasta alcanzar un pequeño montículo. Una vez allí, se quedaba quieto en la cima, mi padre contaba que esa noche nadie dormía por el miedo mientras su fiel mastín aullaba a la luna como un lobo llamando a la manada para reunirse con ella.

El guarda hizo una pausa, carraspeó, la miró esperando que Anna dijera algo, pero ella calló mientras en su cara aparecía un rictus de preocupación. De la garganta del hombre salió una voz titubeante cuando se atrevió a decir:

—Después de esta narración, ¿se atreve a comprarla?

Anna respondió con otra pregunta:

—¿Te gustaría a ti que yo la comprara?

El hombre, ante aquella respuesta con la que Anna le devolvía su pregunta, no supo qué decir, y se quedó unos minutos en silencio sin saber que responder. Al fin rompió el silencio diciendo:

—Aquí las noches de invierno son largas. Las mañanas, tediosas, porque no hay nada que hacer en el campo, y si por mí fuera —dijo sin complejos—, me gustaría que usted fuera la nueva dueña de la finca. Creo que le daría mucha alegría a la casa, porque si sigue estando vacía y sin nadie viviendo aquí, cualquier día se cae de vieja y yo no tengo donde cobijarme, esta ha sido siempre mi casa y mi vida.

Y la miraba como mira un náufrago una tabla nadando en el océano.

Una semana después, Anna era la nueva propietaria de aquella casona llena de misterios. Y como tenía por costumbre, Anna siempre tenía prisas, no quería que se le escapase el poco tiempo que creía que le quedaba para llevar a término la tarea que se había encomendado. Quería empezar cuanto antes las obras de restauración para adaptar aquella casa misteriosa a las comodidades de los tiempos que corrían.

Mientras tanto, en el archivo de Cáceres se empezaron a buscar los planos para estudiar las posibilidades que podía tener esa casa después de la restauración. Se empezó por la búsqueda de materiales de edificaciones antiguas de derribo para que no desentonara la reforma. Anna, con todo el ajeteo que esto suponía, no dejaba de pensar en el nombre de aquel hijo misterioso del supuesto conde que decían había muerto, pero que nadie de la casa supo nunca cuándo fue, ni tampoco la causa de esa muerte. Era tan extraña esa historia que hasta llegó a obsesionarle, y se repetía en su cabeza incesantemente: “¿Dónde he leído el nombre de Hermes?”.

Después de unos meses de esperar a que la obra empezara, Anna se dio

cuenta de que el arquitecto que tenía que dirigir la obra, un judío converso, parecía no tener mucha prisa por empezar la restauración, ralentizando el comienzo. Pero ella sentía que el tiempo se estaba agotando, tenía noticias de que los nazis empezaban a salir de España para dispersarse por toda América Latina. Su instinto le decía que la misión se podía complicar para ella, llegando a ser casi imposible su localización en aquellos países grandes y tan diferentes entre sí. Pero no estaba dispuesta a que se alargara la demora y, por lo tanto, no se podía permitir el perder más tiempo, y así se lo comunicó a Cohen.

Después de haber mantenido aquella larga conversación con él, aquella misma semana los obreros entraron en la finca y empezaron a apuntalar los muros de la casa mientras otra de las cuadrillas especializada reforzaba los cimientos. Cuando llevaban cuatro días trabajando los obreros, el arquitecto, sin previo aviso, mandó parar a los que se encontraban reformando los cimientos, desde ese instante los albañiles que se encontraban trabajando en el ala norte de la casa cesaron de trabajar. Todos se miraban incrédulos ante los motivos poco creíbles que expuso el arquitecto, diciéndoles que no era necesario tocar esa parte de la casa porque podía resistir otros cien años más tal y como se encontraba la estructura.

Ante esta inesperada decisión, los comentarios de los albañiles se dispararon, el maestro de obras, los mandó callar y, con una voz que podía asustar al más valiente, les dijo:

—De esto que ha pasado hoy aquí, ni una sola palabra al resto de los obreros. Ahora, el que quiera seguir trabajando conmigo tendrá que acatar mis órdenes, por ahora y mientras pienso en qué puedo ocuparos, empezareis por limpiar el jardín —y se dio media vuelta dejando a todos desconcertados.

Anna, después de pasar unos días, llamó al maestro de obras para que le contara los avances de la misma. Y cuando fue informada de que el arquitecto

había cambiado la forma de la restauración, llamó indignada a Cohen. Este la escuchó a través del teléfono sin hacer comentarios. A Anna este silencio le irritó aún más. Después de unos segundos que le parecieron siglos, Cohen se limitó a decir:

—No te preocupes, solo ha sido un pequeño contratiempo. Esto suele pasar con las casas antiguas. Todo quedará a tu entera satisfacción.

En la finca, los albañiles susurraban en voz baja cada vez más entre ellos. Se decía que algunos habían descubierto algo fuera de lo normal en los sótanos de la casa. Pero al ser informado el arquitecto de los comentarios que se hacían entre los obreros, esto fue motivo suficiente para que dejaran todo como estaba y se fueran al otro extremo de la casa.

Los obreros, al ser llevados de un lado a otro de la obra sin haber terminado lo que habían empezado, comenzaron a sospechar que allí estaba pasando algo extraño. Y uno a uno fueron abandonando el trabajo. Ya solo quedaban los obreros que había contratado Cohen. ¿Eran acaso judíos?

Aquella misma noche, provistos de linternas, una cuadrilla de expertos excavó la zona que había sido objeto de curiosidad. Decían ser pertenecientes a la comunidad judía. Aquellos especialistas, después de analizar el área, se afanaron toda la noche hasta el amanecer en tapiar lo que los obreros creyeron haber descubierto. Había que convencerles de que ellos no habrían sabido solucionar el problema al tratarse de un inmueble tan antiguo, y así zanjaron los posibles comentarios que pudieran hacerse en el pueblo.

Cohen, un día después de ser reparado lo relativo al hallazgo, se citó con el arquitecto en una posada cerca del pueblo, pero cerca a la finca también. Cohen, antes de comer, preguntó con ansiedad al arquitecto:

—¿Estás seguro de que no han descubierto algo más de lo que nosotros conocemos?

—No te preocupes, estoy en alerta con mis cinco sentidos y preparado



por si alguno hace algún comentario fuera de lugar o se pasan en sus atribuciones.

En los postres, el arquitecto, pensativo, le comentó a Cohen:

—He descubierto que otro de los muros del ala oeste está a punto de derribarse, aunque para mí no es ninguna sorpresa. Eso ya me lo temía. Está todo demasiado deteriorado.

Cohen contestó muy serio:

—Pues aparta de allí a los obreros, aunque hay mucho que hacer. Puedes llevarlos al otro extremo de la casa hasta que se resuelva el problema, aunque me imagino que serán muchos más los que vayan surgiendo, y deja que hagan los nuestros lo más importante. Ya sabes, las mezclas y los ladrillos que lo hagan los otros. Sabes que los necesitamos para que esta restauración parezca de lo más natural.

Cuando se despidieron, Cohen se puso a pensar en aquel plano de aquella casa de campo que jamás había visto y que su padre guardaba con celo en aquel baúl en su casa de Hervás.

## CAPÍTULO XXVII

### ÚLTIMOS RETOQUES DEL PALACETE MADRILEÑO

Anna, en tanto se hacían las reformas en la finca extremeña, en Madrid ultimaba los detalles decorativos del palacete, como revisar con minuciosidad la limpieza de lámparas, alfombras, las delicadas cortinas de seda que, a pesar de los avatares del tiempo, aún se conservaban dignas de ser lucidas en aquellos salones. En una de las alacenas fueron encontradas ricas piezas de cerámica china. Este hallazgo le hizo feliz, pues sabía que aquellas piezas eran únicas por haber sido exportadas desde China, siendo por entonces muy

apreciadas por las familias de alta alcurnia.

Cuando llegó al hotel, ya estaba entrada la noche y hacía días que no se dejaba ver por los locales de moda. Se sentó pensativa y recordaba cuando estuvo en Hervás, también recordaba a aquel muchacho amable que la acompañó por esas calles centenarias. Se acercó a la mesa donde tiene un libro que compró en una librería de la plaza de Hervás, aquella noche las emociones vividas no le dejan dormir. Abrió el libro al azar, en ese capítulo hablaba de la reverencia que hacían los judíos para saludar. Tiene un significado llamado *Cábala*, que en hebreo significa “recibir”, y siguió leyendo. Anna ante el desvelo, esperó que aquella lectura tan interesante, al no tener sueño, le acompañara haciendo ameno su desvelo.

Por la mañana, después del desayuno, salió a la calle y buscó una librería especializada en temas que hicieran referencia a la religión judía: sus ritos, tradiciones... De nuevo en el hotel, y mientras esperaba noticias sobre las obras de la finca, abrió el libro y se dispuso a leer. *Cábala* es una palabra que se usa para definir cuál es el pozo en donde se encuentran todas las tradiciones místicas, teniendo todo ello un sabor de carácter esotérico.

Ya por la tarde, en la habitación del hotel, se quitó los zapatos y las medias, se calzó unas zapatillas de felpa y entró en el baño. Se dio una ducha, se puso una bata y, con la cabeza mojada y envuelta en una toalla en forma de turbante, se sentó. De nuevo cogió el libro y reanudó la lectura. Siguió leyendo sobre el significado de la *Cábala*, en una de las hojas del libro decía que su misión consistía en proponer métodos de corrección al ego del hombre, que a veces se desborda, guiándolo hacia un mundo de altruismo. Anna, asombrada, pensó que jamás había leído nada semejante. El libro, a cada página, se hacía más interesante. Siguió entusiasmada con la lectura. Con este método se podía llegar a sentir tanta energía que se ilumina el alma, pudiendo con ella llegar al gozo de lo que el Señor representa para los judíos.

Anna iba leyendo el libro por páginas perdidas en el orden. Las dos últimas páginas le provocaron la tentación de leer, pero no quería saber el final. Y aquella noche se le olvidó cenar. Se acomodó en un sillón y, con el dedo índice, iba siguiendo fielmente el renglón como si fuera una niña que leía un cuento por primera vez y no quería perderse ninguna sílaba. Cuando oraban, parecían olvidarse de su cuerpo, manteniéndolo firme, como si fuera estático, pero, al mismo tiempo, a pesar de la espiritualidad, no perdían el uso de ninguno de sus sentidos, ni siquiera la potencia del cuerpo. Media hora después se levantó, paseó para hacer un estiramiento de los músculos. En esos momentos, se olvidó de Cohen, a pesar de haber quedado con él que lo llamaría para que le informara sobre los progresos de las obras en la finca.

Con el libro en la mano paseó de nuevo mientras se tomaba un zumo de fruta que acababa de llevarle una camarera. Pensaba que todo lo que decía aquel libro era interesantísimo, pero ¿acaso los judíos eran todos tan inteligentes? Entonces ¿qué misterio encerraba este colectivo para dejarse masacrar por esa turba de maleantes sin escrúpulos, sedientos de poder y de un dinero que ninguno estaba dotado para ganárselo con su trabajo? Claro que ella no podía saberlo, aún no había nacido, solo supo algo de la historia de los judíos y esto fue después de haber encontrado a Samuel en Mielec. Su familia nunca le habló de nada concerniente a la terrible guerra y en Polonia todo era silencio sobre lo acaecido.

Aquella lectura le estaba fascinando tanto que no podía dejar de leer; y cuando el judío se encontraba en el recogimiento y en la quietud de la oración, algunos llegaron a sentir una paz interior inconmensurable y que, al encontrarse tan relajados, les parecía que a su alma no le falta de nada. Esta *Quabbalah* (en hebreo) es una sabiduría ancestral que se remonta a la época de Adán.

Por unos momentos se quedó pensativa, ahora se daba cuenta de que no

sabía nada de nada, que casi no había aprendido nada a pesar de haber estudiado una carrera de ciencias sociales, después de haber asistido y escuchado historias a innumerables ancianos judíos, pero no había sido suficiente lo que había aprendido, pues nunca llegó a pensar en el misticismo que esta doctrina guarda. Ahora, gracias a Samuel, estaba descubriendo un mundo que creía le estaba vedado. En aquella página decía que, pudiéndose entender los razonamientos de “Cábala”, se puede llegar a entender el conocimiento de las cosas celestiales, todo esto mediante el cumplimiento de los preceptos y reglas del poder de la unión o agrupamiento, que es la garantía mutua de la comunidad. Abrumada por la lectura, entró en el cuarto de baño, se lavó la cabeza, necesitaba despejarse. Mientras se secaba el pelo con una toalla, pensaba que Cohen tenía que contarle algo más sobre aquel libro que había descubierto. ¡Había tantas cosas que deseaba saber! Eran las tres de la mañana cuando Anna cerró el libro.

Al despertar aquella mañana, obsesionada con aquella lectura, no sabía que, sin proponérselo, le estaba transportando a una espiritualidad hasta ahora desconocida para ella. Abrió el libro de nuevo. Sin prisas se acomodó en una butaca mientras pedía que le subieran el desayuno a la habitación. Entonces, pensó mientras esperaba que le sirvieran el desayuno, y dando vueltas por la habitación, ladeaba la cabeza como si lo que había leído dudara que fuera verdad, pero acaso no era para ella algo nuevo profundo y desconocido que había tenido el poder de desvelarla, pero... la Cábala, ¿era acaso un saber esotérico?

Y que Dios reveló primero a Adán y después a Abrahán.

No sabía qué pensar, quizás no estaba sabiendo interpretar la lectura adecuadamente porque ella siempre creyó que con quien habló primero Dios fue con Moisés en el monte Sinaí, y esto fue al mismo tiempo que le entregaba las Tablas de la Ley. Ella era católica, por lo tanto debía entender

aquella lectura. ¿Acaso el libro que estaba leyendo estaba escrito solo para los elegidos?

Estaba llegando la hora de salir, se tenía que arreglar para ir hacia el palacete y revisar todo lo concerniente a los remates. Quedaba aún mucho por hacer antes de que estuviera listo para la inauguración. Pero antes de arreglarse, y cuando se encontraba en ropa interior buscando en el armario el traje que pensaba ponerse, una especie de soplo helado pasó por su espalda desnuda, que se instaló en sus piernas, haciendo que estas se sintieran entumecidas, casi paralizadas. Y vio cómo la puerta que tapaba la oquedad del inexistente ascensor empezaba a abrirse lentamente. Sintió un pavor desconocido, seguía sin poder moverse. Estaba a punto de gritar, se encontraba helada hasta los huesos. No podía reaccionar, aunque hubiera querido moverse no podía hacer nada. Se encontraba aterrada. En aquellos momentos, se sintió como si fuera una paloma que estaba al alcance de cualquier cazador.

En ese instante, una voz se oyó en aquel silencio que parecía venir de ultratumba, le ordenaba que le echara una mano para salir de aquel hueco. El miedo le hizo sentirse enferma, muda y casi ciega. Mientras, aquella voz seguía pidiendo ayuda. De nuevo, la puerta se fue cerrando ante sus aterrados ojos, igual de lentamente a como se abrió, desapareciendo aquella mano que asomaba por la abertura. En un minuto todo había vuelto a la normalidad. Esto le hizo sentir, por unos momentos, que aquella visión atroz y de aspecto inquietante podía ser algo ajeno, irreal. Con los nervios a flor de piel se sentó. Después de reflexionar, llegó a la conclusión de que tenía que darse unos días de descanso, no sin antes llamar a Florencia, aprovechando que se encontraba en Madrid después de una ausencia prolongada, incomprendida para ella. Cuando descolgó, el teléfono le rogó que fuera aquella noche a darle compañía. Se sentía desconcertada cuando habló con Florencia. Esta notó un

ligero temblor en su voz.

Aquella noche las dos salieron a cenar a un restaurante coquetón en el barrio de Salamanca. Cuando salieron del restaurante, la claridad blanquecina de la luna llena se filtraba entre los coches aparcados, alargando sus siluetas como cuchillos afilados en el asfalto húmedo por el rocío. La noche parecía serena. Esa noche Florencia se quedó con ella en el hotel para hacerle compañía, Anna no pudo seguir con la lectura, pero seguía ignorando el motivo por el cual la tenía fascinada.

Por la mañana, Florencia se levantó temprano. Anna aún no le había contado el motivo de su preocupación, tan solo le dijo:

—Gracias por quedarte esta noche. Últimamente me encuentro algo nerviosa y necesitaba descansar. Pero, para eso, necesitaba una amiga como tú que estuviera a mí lado.

A pesar de escuchar aquellas palabras sinceras que salían de la boca de Anna, Florencia no hizo ningún comentario.

Cuando se quedó a solas, aquella mañana no pudo resistir la tentación y reanudó la lectura. Solo serían dos hojas las que leyera, se autodisciplinaba. Pero cuando se sentó con el libro entre las manos, se olvidó de su promesa. Allí se decía, y se quedó por unos momentos pensativa, que Dios enseñó sus verdaderos misterios a través del ángel Raziél hasta la caída del primer hombre.

En aquellos momentos, en Hervás, se encontraban reunidos un grupo de hombres en casa de Cohen. Todos se encontraban alrededor del fuego de la chimenea departiendo asuntos que parecían importantes. Después de una pequeña introducción por parte de Cohen, tomó la palabra el más anciano de la comunidad judía, llamado Aarón, que, con la calma que dan los años, en esos momentos se estaba dirigiendo al grupo con voz solemne. Aquel día y en aquella disertación solo se hablaba de lo sagrado de su religión. El anciano

empezó diciendo:

—El universo funciona de acuerdo a ciertos principios supremamente poderosos.

El más delgado de todos, llamado Benjamín, con ojos extremadamente pequeños que cuando miraban inquisitivos, y como en otras muchas ocasiones, interrumpió al maestro:

—Entonces ¿para entender estos principios hay que actuar de acuerdo a ellos?

Otra voz grave se alzó en medio del grupo. Llegando a sentirse incómodo el anciano que hablaba, hubo un silencio a la espera de la contestación del maestro. Cuando iba a comenzar a responder a las preguntas de nuevo, fue interrumpido por otro componente del grupo que parecía el más despistado.

—Por lo tanto, maestro, con estas reglas... El Torat da entender...

El anciano, con un gesto le hizo callar. Con voz que pretendía ser tranquila, y dirigiéndose al interlocutor, le dijo...

—Debes saber que la vida, si se siguen estas reglas, se puede mejorar enormemente y hasta a veces puede ser que esta mejora llegue inmediatamente.

—Y... ¿por qué en otras situaciones son a tan largo plazo? ¿Cómo nos ha estado sucediendo hasta ahora?

Un murmullo se dejó oír en aquella habitación. El anciano no se inmutó ante esta apreciación y sus palabras siguieron saliendo de su garganta como si fuera una oración.

—Nosotros, los judíos, al haber creído en la ayuda de Dios y el haber esperado un largo plazo de tiempo, que él predispuso para nosotros y viendo cómo se sucedían los acontecimientos unos tras otro y nosotros no decaímos, como verás, al fin nos ha llegado esa compensación sin sentir odios. Solo

necesitábamos esa plenitud para poder transmitir a toda la humanidad que siempre fuimos inocentes de todo lo que nos ha sido atribuido. Y que tan solo desafortunadamente caímos en manos de un ser endemoniado y ávido de poder llamado Adolf Hitler. Y que ahora solo esperamos que nunca más se vuelva a repetir semejante barbaridad con los seres humanos.

En una pausa de Aarón intervino Cohen.

—Todo esto que estamos debatiendo ¿se encuentra entre lo físico y lo espiritual? Y todos estos pensamientos se pueden compendiar en un solo método que, al ser tan poderoso, con él se pudiera llegar a lograr objetivos dignos de un creyente.

Alguien nombró a Anna, que elogió su valor con énfasis. Ese valor que, sin ella sospechar, les había transmitido a todos y con todo esto se puede llegar a lograr un alto espíritu de lucha, la misma lucha que Anna les infundió cuando ellos la creyeron perdida.

El más anciano terminó su alocución diciendo:

—Todos sabemos que Dios se sirve de instrumentos variados para poder limpiar el honor de nuestros hermanos que fueron despreciados, vilipendiados... pero ahora, a través de nosotros, estas almas que fueron martirizadas quizás puedan alcanzar la paz y la alegría que se les arrebató en vida y que todo ser humano se merece en la más profunda esencia de nuestro ser. Ella, esta chica polaca, nos ha dado una lección al estar dispuesta a devolverles la dignidad, aunque solo sea desde el más allá.

Con aquellas palabras dichas por el rabino, se dio por terminada aquella reunión que se convocó para recordar las obligaciones que debe tener todo cristiano.

Se hizo tarde y los hombres de Cohen se levantaron para salir lentamente de la casa, todos parecían haber aprendido una lección. Ninguno a la salida hizo comentario alguno sobre lo que allí se había debatido, pero todos



parecían ser hilos de una misma madeja.

Anna, en ese mismo momento, se encontraba en su habitación del hotel Ritz. Leyendo se sentía como si estuviera hipnotizada, siguió con interés la lectura de aquel libro, aunque esta a veces se le antojaba incapaz de poder asimilarla. Una hora después, cuando salió a la calle y vio a la gente caminar apresurada, la cabeza le empezó a dar vueltas. Una voz muy peculiar le hizo reaccionar, era Laura Steinman. Aquella mujer no parecía parar nunca, la encontraba en los sitios más inverosímiles. Anna, al mirarla, le sonrió.

—Querida, ya estoy enterada de las inversiones en inmuebles que has hecho. Con sinceridad, si me lo hubieras comentado en su día yo te habría dado buena información de todas las casas apetecibles y baratas que se venden en el centro de Madrid. También estoy enterada de que pretendes comprar una finca. El dónde no me lo han aclarado bien, espero que sea cerca de Madrid. Ya sabes, si me necesitas, estoy a tu entera disposición. Si me das tu permiso, mañana mismo empiezo a hacer pesquisas para enterarme de quién se encuentra tan arruinado que necesite vender barato.

Anna no abrió la boca para nada, tampoco puso mucha atención a todo lo que le había dicho, solo la miró y le sonrió de nuevo, como se sonríe a una persona que acabas de conocer.

—Anna, ¿te sucede algo? Me está dando la sensación de que no te has enterado de nada de lo que te he dicho.

—Lo siento, Laura, pero estoy viviendo un día muy ajetreado, tengo que dejarte. En otra ocasión hablamos más despacio.

—Pero ¿quieres que esto lo comente con alguien que sea un entendido referente a fincas? Porque tengo entendido que es eso lo que quieres comprar.

Anna no salía de su asombro. ¿Quién podía haberla informado con tanta exactitud de sus proyectos? Y nada más, dijo:

—Bueno, haz lo que puedas.

Y en dos zancadas, Anna pasó a la acera de frente levantando la mano a modo de “no me sigas, por favor”.

Aquella noche tardó en dormirse, para pasar más tarde a caer en un profundo sueño. Por la mañana, al despertar, recordó vagamente lo que había soñado: al incorporarse vio una nota encima del escritorio. Le sobresaltó. Antes de leerla paseó su mirada por la suite, no había nadie, estaba sola. Cogió el papel, lo desdobló con precaución, lo leyó. Tenía una letra casi ininteligible. Allí ponía: “Por ahora no me llames, yo estaré en contacto contigo. Sabré dónde encontrarte, Cohen”.

Pero esa letra no la reconocía como la de Cohen. Ella estaba segura de que él no se hubiera atrevido a entrar en su alcoba, y mucho menos estando ella dormida. ¿Qué estaba pasando? Tenía tantas cosas que hacer. No podía permitirse empezar a divagar sobre si era o no era esa la letra de Cohen. El palacete estaba a punto, solo a falta de algunos remates para poder habitarlo. La finca comprada ya se encontraba en plena restauración, que parecía no terminarse nunca. ¿Estaría Cohen involucrado en algo sin ella saberlo? ¿Estaría acaso en peligro? ¿Pero cuál podía ser ese peligro?

Era, quizás, una obsesión por su parte el pensar que siempre tuvo la intuición de que era observada y, al mismo tiempo, protegida. ¿Quiénes podían ser? Si eran los judíos, se lo habrían dicho... Pero... ¿y si eran los nazis?

Salió a la calle, tenía que distraerse, entró en una tienda de zapatos. Después de probarse unos cuantos pares, decidió no comprar, no parecía que tenía un buen día para elegir.

Nunca entendió quién podía ser el que le mandaba esos anónimos, presumiendo que estaban enterados de todos sus movimientos. ¿A qué venían tantos misterios referentes a su persona? ¿Y qué interés podían tener en ella? Estas y otras preguntas se las hacía Anna mientras su resistencia parecía estar

llegando a un límite. Un fuerte dolor de cabeza le hizo regresar al hotel antes de lo previsto.

Cuando se despertó al amanecer, con un horrible sabor de boca, vio en la mesilla de noche otro sobre. Ya no sabía qué pensar, alguien intentaba volverla loca o quizás estaba disfrutando con asustarla, revolviéndole la bilis. Esta vez abrió decidida la nota, convencida de que, pusiera lo que pusiera, no le iba a afectar. La leyó con sentimiento confuso: “Sigue el plan que te habías trazado, estaremos siempre vigilantes. Si sigues mi consejo, no te pasará nada”. Estaba firmada con unos garabatos.

Anna empezaba a pensar que si esa o ese individuo sabía tantas intimidades de ella, tenía que ser alguien allegado a Cohen. Aquel pensamiento le hizo sentir un mareo. De nuevo en el cuarto de baño se arregló de forma acertada. Sus ojeras, con el perfecto maquillaje, desaparecieron, y se dio un toque de color en las mejillas para dar luminosidad a la cara. Del armario cogió un vestido de punto enterizo, de color verde musgo y mangas muy pegadas a los brazos, haciendo destacar su moldeado cuerpo. Se calzó unos zapatos de tacón, cogió el bolso, miró en un departamento oculto que tenía en el fondo. Quedó satisfecha, nadie se había percatado de ese escondite, salió de la habitación más tranquila, esperaba no tener que usar aquella arma, pero si era necesario, no le temblaría el pulso. Antes de llegar a la puerta para salir, obsesionada, se acercó a la mesita y abrió de nuevo el libro. La *Cábala* nació en Sefarad, pero se aconsejaba mucho cuidado, porque esta enseñanza nos dice que no la confundamos con la palabra *Cabalística*. Porque *Cábala* es la afirmación de que este es un conocimiento absoluto que no tiene objeto alguno, sino que es un medio para llegar a un fin.

En la calle, más serena, se dispuso a averiguar todo lo que estaba pasando, ahora estaba más segura que nunca de ser una mujer fuerte y sin

complejos.

Aquella mañana decidió pasarse por la tienda de bisutería que había dejado en manos de dos jóvenes emprendedoras como ella, que había conocido unos meses antes en una terraza de moda y donde les oyó hablar con entusiasmo del deseo de emprender un negocio. Con el tiempo en su contra y las prisas por acabar las restauraciones del palacete y la casa de la finca en plena reconstrucción, se encontraba satisfecha de haber delegado en estas jóvenes su negocio, a pesar de no tener otra alternativa, por lo que tuvo que poner toda su confianza en sus manos, y no se arrepintió, pues el negocio de alta bisutería, con ellas al frente, empezó a dar grandes beneficios.

## CAPÍTULO XXVIII

### FIESTA EN LA FINCA

Llegó el mes de octubre, el tiempo estaba siendo benigno para los que vivían en la ciudad, aunque para el campo empezaba a ser peligroso, necesitaba de esa lluvia que no llegaba. Y a pesar de la sequía, Anna pensó que había llegado la hora de inaugurar la finca. No quería perder el tiempo, todo lo que había urdido en su cabeza tenía que ponerlo en práctica. La noche antes de viajar hacia Cáceres dio una cena para sus amigos en el hotel Ritz, en la que comunicó que era propietaria de una finca, anunciándoles que, en breve, abriría sus puertas para que todos disfrutaran juntos del paisaje extremeño.

Pero antes de inaugurar la finca quiso obsequiar a sus amistades con esta cena que sería previa a la que daría en la inauguración de su nueva residencia de Madrid, que aún se encontraba en la fase de los remates. Esta noticia que dio al término de la cena entre sus nuevas amistades fue todo un éxito. Pero

ella tan solo pensaba que aquella fiesta era exclusiva para aquellos nazis, que, ante esta perspectiva que imaginaba iba a ser todo un éxito para sus propósitos, le hacía latir su corazón con fuerza. A pesar de encontrarse en un mar de confusiones, al mismo tiempo que inquieta, se encontraba feliz al imaginar que acudirían “todos”. Anna, al darse cuenta de la magnitud de su anuncio, se regocijó su ego. A la despedida de aquella cena y ya hecha la invitación generalizada, se hizo un brindis para que la fiesta en la finca fuera para todos inolvidable.

Por la mañana, ya entrado el mediodía, llegaron a la finca. Los criados ya tenían sus puestos asignados. A pesar de ver que todo se encontraba en perfecto orden, tan solo pensaba en instalarse en la finca por pocos días, ya que aún tenía pendiente los remates del palacete madrileño. Paseó por la casa, su porte distinguido y su simpatía hacían que el servicio se sintiera contento. Pero mientras hacía la inspección, su cabeza no dejaba de trabajar ni un solo instante. Su corazón se excitaba ante la idea de poder tener a todos sus enemigos en su casa y a su merced.

Ya hacía tiempo que había confeccionado en una libreta, llena de anotaciones, todos los nombres de los que serían sus invitados. Mientras caminaba por los pasillos, abría y cerraba puertas como una supervisora de un hotel de lujo. A cada habitación que abría, mentalmente, pensaba el uso que le iba a dar y quién sería su ocupante.

Aún no había determinado la fecha exacta de la inauguración, pero ya había previsto que fuera antes de que terminara el mes de noviembre. Esa fecha era la ideal para su propósito, pues es la estación del año en que el campo extremeño se viste de mil colores, haciéndose oír en el silencio de la noche la sinfonía relajante y misteriosa del roce de la jara con la brisa. También tenía en mente que para el día de su llegada les propondría un programa confeccionado por ella en el que todos los invitados darían una

batida por el campo. Sería al amanecer, para que pudieran disfrutar de una caza menor y así poder caminar por las veredas salpicadas de amapolas. También mirarían con sus potentes catalejos hasta quedar extasiados los hermosos campos sembrados de avena, centeno, cebada... Todo este magnífico panorama reunido en una considerable extensión de terreno que había pertenecido a una sola familia que, así, sin que los extremeños se dieran cuenta, se habían formado los latifundios que, por desgracia, en los campos extremeños aún proliferaban.

Pero este no era su caso. Una vez se fuera de España dejaría un capataz para que se ocupara de las tierras para que fueran productivas, dando trabajo a unos cuantos campesinos. También en su programa pensaba incitar a sus invitados a hacer cansinos senderismos por el campo para que más tarde pudieran relajarse bajo una la sombra de una frondosa encina y de paso mojar el gaznate con el caldo de un buen vino de pitarra o tal vez con una copa de brandy con el que sacudir los fríos del amanecer.

Estaba segura de que con el programa que tenía en mente, con seguridad, todos disfrutarían. Por el camino a la finca, pensó que al hacer su entrada en la casa quería que todos los criados la miraran con la expresión de admiración al pasar por los pasillos. Se había propuesto dar la impresión de ser una mujer tan bella y segura que tenían que verla como a una mujer extraordinaria, mientras ella, como una diosa, se afanaría abriendo y cerrando puertas con suma elegancia. Estos pensamientos, por unos momentos, le hicieron olvidar ese algo que en su raciocinio no llegaba a encajar con la realidad en la que estaba viviendo, como el de saber que estaba metida en un insondable peligro si sus planes llegaran a fracasar. Para ella era necesario representar aquella farsa, tenía que estar atenta para saber qué efecto les podía causar la supremacía que ella podía desprender con su comportamiento ante el servicio, que con esta actitud prepotente no se atrevería nadie del servicio a

inmiscuirse en los entresijos de la casa que supuso que en algún momento podían aparecer inesperadamente, porque aquella casa tenía vida propia.

Después de beber un vaso de agua, se desperezó, guardaba tantas ilusiones y tantos temores... De repente, sintió que le cambia el chip y de nuevo su cabeza empezó a pensar en “su programa”. Necesitaba que sus proyectos salieran perfectos. Por la tarde, y sin darles tregua para el descanso, a los invitados les propondría que siguieran paseando. Para ello les tendría que ponderar la belleza y la magia del ocaso cuando el sol, adormecido, se alejaba perezoso por el oeste para descansar. Solo necesitaba que saliera bien, pues lo tenía todo bien planeado.

Su cara se transformó en apenas unos minutos cuando pensó qué comentarían sus invitados al regreso. Seguro que dirían toda clase de estupideces, esas que a veces se dicen solo para agradar... y —siguió pensando— estaba segura de que gustaría aquel paseo que había previsto para el atardecer. Estaba segura de que algunos de los nazis dirían al regreso que había sido un paseo precioso entre las sombras misteriosas que se producen bajo la penumbra de las encinas. Ese paseo que había propuesto que sería al atardecer. Ella sabía que era precioso ahora Anna sonrió, estaba segura de que alguno se le escaparía esa frase tan manida: “Anna, el paseo ha sido bucólico”. El campo al atardecer desprendía tantas aromas que solo se podía disfrutar de su esencia cuando se caminaba serpenteando por las estrechas y encajonadas veredas hechas en piedra que parecían no tener fin, dejando sentir con su encantamiento ser parte de la misma naturaleza, mientras la luz de las estrellas, complacidas, iluminan al silencioso caminante.

Anna seguía obsesionada en terminar cuanto antes la organización de lo que sería su gran fiesta. Y ya se vio seguida de los dos sirvientes que le acompañaban en el recorrido de la casa, y hasta podía imaginárselos desconcertados por su comportamiento. Les crearía una gran confusión

cuando la vieran tan distraída, ausente. Era perfecto, en su recorrido por la casa no diría palabra alguna. Al pensar todo esto sonrió mientras su cabeza seguía maquinando, y en esos momentos en que todos se sienten tremendamente cansados del paseo, entonces sería el momento propicio de intervenir ella silenciosa y lo haría con la misma astucia envolvente de una boa, que abraza a su víctima antes de estrangularla, sin que nadie se diera cuenta del peligro que corrían esos chicos.

Anna no dejó tregua a sus maquinaciones, deseaba con toda su alma que su pericia diera el resultado apetecido para ella.

Una vez se encontraba en la finca, y una semana antes de celebrar la inauguración, después de hacer de nuevo el recorrido por la casa, Anna eligió como alcoba la más soleada, donde, a pesar de su sorprendente y arcaica decoración, se encontraba un enorme tapiz de gran belleza que cubría un lienzo entero de la pared en aquella estancia. Acto seguido, ordenó a los criados que sacaran todos los muebles de la habitación que le pudieran entorpecer la visión del tapiz, desde la cama se veía extraordinario y su deseo era que al mirarlo no tuviera ningún obstáculo.

Aquella noche, antes de dormir, miró con detenimiento aquella obra de arte y no entendía cómo había podido ser olvidado por sus dueños esa joya en aquella casa fortín. No pudo averiguar en el catastro cacereño a quién había pertenecido con exactitud aquella propiedad, pues, aunque era poco habitual, en el catastro le dijeron que aquella documentación no existía, y que era una propiedad no inscrita en ningún registro. Pues ni el guarda sabía nada, llegando a preocuparle. ¡Ahora le parecía todo tan raro! Mirando aquel tapiz una vez se quedó a solas en aquella habitación, empezó a nacer en ella una extraña obsesión por aquella extraordinaria obra, y le hizo pensar que aquel diseño debía tener muchos años a pesar de que su cromática se encontraba en perfecto estado. En el lateral derecho del tapiz le llamó poderosamente la



atención una flor que parecía querer pasar desapercibida en el conjunto, pero a ella al observarla con detenimiento, le pareció que era una flor rara que parecía tener ojos, unos ojos que, al mirarla, creyó que le mandaban un mensaje que ella no podía interpretar.

Al día siguiente al levantarse, dio una vuelta por el jardín de la finca. A continuación, reunió al personal de servicio para dar las órdenes oportunas. Al jardinero, que se encargara de que estuvieran bien podados los rosales; la cocinera, que revisara el horno de barro que se encontraba a un lado de la casa; a las chicas del servicio de la casa, que limpiaran la plata. Quería que todo estuviera perfecto para cuando empezaran a llegar los invitados, aunque aún quedaba una semana para el evento.

De pronto, fue llamada. Volvió la cabeza y vio a una de las chicas que era portadora de un jarrón repleto de maravillosas flores silvestres:

—Señora, las llevo a su alcoba.

Anna moderó su nerviosismo cuando sabía el destino de aquellas flores y no pudo evitar dar un respingo. Esas flores no podían estar donde se encontraba el tapiz, porque se comerían el oxígeno de la habitación y sería perjudicial para los colores.

Pero cuando reaccionó, solo dijo para suavizar su ímpetu:

—Estas flores lucen mejor en el salón.

Desde ese momento dio la orden de que nadie podía entrar en aquella habitación si ella no lo autorizaba, y recalcó lo de “bajo ningún concepto”. Dejando a la chica desconcertada.

La casa, después de unas jornadas trepidantes, parecía estar en perfecto orden. Después de una cena temprana, Anna se retiró a su habitación. Se encontraba tensa. Esa idea de llevar a los nazis a la finca le martirizaba, no sabía cómo desactivar de su mente aquella pregunta. ¿Y si sale mal? Aquella noche cálida sintió al acostarse un frío helador que le agarrotó los músculos. Se echó una manta que encontró en el armario, pero no parecía suficiente para ahuyentar el frío que estaba sintiendo. Miró de nuevo el tapiz, bajo la luz de la lámpara de la mesilla de noche. Entonces el frío que sentía pareció aumentar en vez de disminuir, para más tarde empezar a notar una leve corriente de aire frío que parecía entrar en la habitación a través de ese misterioso tapiz, empezando a sentir sensaciones extrañas cuando ella creía estar curada de esos temores. Al no poder dormir, se levantó de la cama, se envolvió en una bata de lana y, acercándose al tapiz, con temor, rozó con la punta de los dedos los ojos de aquella flor extraña que parecían taladrarla con su mirada. Tan solo quería adivinar con el tacto el misterio que supuso encerraban aquellos ojos. Quizás con su roce le hablara y le dijera qué

significaba aquella joya que parecía haber sido mucho tiempo olvidada en aquella casa. Y estaba segura de que cualquier coleccionista hubiera dado una fortuna por tenerlo en su casa. Mientras contemplaba el colorido perfecto, cada vez más sorprendida a pesar del tiempo transcurrido, se alegró de haber tenido la corazonada de dar la orden de que nadie lo tocara. Solo había sido limpiado el polvo por un restaurador recomendado por Cohen, que hizo destacar su magnífica cromática, haciéndolo lucir como una perfecta sinfonía de colores. Al acercarse un poco más a él, ahora se atrevió a tocar suavemente la enigmática corola de una de las flores que parecía ordenar que mirase fijamente sus pétalos turgentes. El colorido le aparecía a Anna tan perfecto que tuvo la sensación de que estaban húmedos por el rocío de la noche. Nada más rozarla, de repente, un ruido de rodamientos hizo que se plegara. Sorprendida, vio cómo suavemente cayó al suelo mediante un complicado sistema de poleas, ocultas tras las rosetas del artesonado del techo, que, al llegar al suelo, el tapiz se plegó como si fuera un acordeón en perfecta coordinación, haciéndolo, en un instante, desaparecer ante ella por aquella ranura. Anna no salía de su asombro. Ahora ante ella apareció una habitación rectangular, abovedada, donde pudo observar que se encontraba ocupada por grandes bultos apoyados en la pared y tapados con grandes telas de lienzos. Retiró uno de los lienzos y vio atónita que bajo ese lienzo de tela tosca se encontraba una maravillosa obra pictórica. Se acercó curiosa hasta leer las firmas de los artistas. Dio un paso atrás, pertenecía al Renacimiento. Ante aquel hallazgo se quedó muda. Con gran nerviosismo empezó a destapar todo lo que allí se encontraba tapado. No podía creer lo que estaba viendo. Una lupa, encima de una pequeña mesita llena de libros, parecía reclamarla. La cogió y se acercó a uno de los cuadros. Leyó la firma con detenimiento, no quería confundirse, los cuadros se encontraban en perfecto estado de conservación, algunos estaban firmados por Juan Fernández de

Navarrete, el pintor que trajo a España la influencia veneciana.

Abandonó el cristal que hacía la función de lupa. El cuadro que ahora contemplaba Anna le asustó. Le pareció que lo que estaba allí pintado era aterrador, aquel lienzo mostraba la naturaleza en su más pura esencia y tenebrismo. Se apartó de él asustada. Al dar el paso atrás, su cuerpo chocó con algo metálico. Se volvió, miró desconfiada, también en aquella habitación se encontraban espejos venecianos, muebles de ricas maderas hábilmente trabajadas por expertos ebanistas. No salía de su asombro. Allí había encerrado un tesoro de un valor incalculable. Dio una vuelta a la habitación. Tras ella descubrió que había una estantería llena de libros que se encontraban protegidos por una puerta de cristal. Abrió la puerta y se sorprendió de que todos los libros estuvieran colocados con el lomo al revés. No dio importancia a esa incidencia de no ser porque en una nota, pegada y camuflada en uno de los laterales del mueble, daba una explicación (o quizás era una excusa). Los libros se encontraban del revés para que los profanos que los descubriesen no supieran de qué libros se trataba. Anna puso la nota en el mismo sitio donde la encontró. Miró con detenimiento, echó una ojeada somera a aquella estantería calculando que allí podía haber unos 500 libros. Eso era un hallazgo importante. Entre ellos, volúmenes donde se encontraban las obras del más famoso médico de dudosa procedencia, llamado Arnald de Vila Nova. Entonces creyó recordar que leyendo un día un comentario en una revista de historia, se hablaba de él, que durante muchos años fue disputado con ardor por sus contemporáneos el lugar de su nacimiento.

Perpleja ante lo que estaba descubriendo, no vio que en un lateral de la habitación había una pequeña puerta por donde, dedujo, podía haber entrado aquella ráfaga de aire frío que ella sintió y que esos instantes esa misma ráfaga fría le estaba azotando el rostro. Por unos momentos, sintió tanto miedo que llegaron a ponerle los pelos de punta, pero se atrevió y abrió la

puerta con sigilo. Un olor intenso a humedad le hizo estornudar, pero la curiosidad podía con ella, a pesar de tener que agacharse para poder entrar en otra estancia, que una vez dentro de ella apareció un túnel, que, al avanzar, parecía ensancharse, ganando altura al alejarse de la puerta. Enseguida distinguió en la pared dos antorchas que parecían estar dispuestas a ser usadas.

Ante ella, como si fueran catacumbas, una hilera de habitaciones parecía sucederse en aquel enigmático túnel. Se pellizcó en el brazo, no podía ser verdad lo que estaba viendo. Entró en una de aquellas habitaciones y apareció mágicamente una habitación que parecía hacer la función almacén, era parecido al que tienen las galerías de arte. Allí se encontraban apilados y debidamente colocados objetos de un valor incalculable. Las manos le temblaron, su mente parecía confundir sus pensamientos. Siguió con curiosidad y miró otra de las habitaciones, pero dio un paso atrás. Aquellas paredes se encontraban tapizadas con enormes piedras con inscripciones en latín. Eran tumbas funerarias, intentó leer una de ellas para saber de dónde procedían, pero el latín no era su fuerte y solo pudo ver una fecha que, en números romanos, decía de manera legible MDX. En otra rezaba la palabra “todavía” y en otra de las lápidas que parecía estar esculpida recientemente rezaban las siglas R.I.P.

Se sorprendió ante aquellas inscripciones, que le parecieron que pudieran ser de época romana, para ella todo aquello no tenía pies ni cabeza, o, tal vez, se estaba volviendo loca, porque quizás se encontraba en un lugar de enterramientos que por su ubicación y estructura pudiera ser que en su día fueran poco claros.

Siguió con su investigación y en otra de las habitaciones descubrió algo sorprendente. Las paredes se encontraban pintadas con imágenes parecidas a las que se han encontrado en la cueva de Maltravieso en Cáceres, y parecían

pintadas en los tiempos cavernarios. Era todo tan extraño... Allí también pudo ver una inscripción que decía en latín y que, a pesar de estar la escritura un poco difusa, pudo leer: “Estas pinturas son imágenes que representan el camino por donde se puede lograr el acceso a los mundos espirituales”. Aquello le sobresaltó, pareció que todo aquello era sobrenatural, un renglón más abajo rezaba: “Estas pinturas hay que mirarlas con el alma, no solo con los ojos”. También había una jarra de cerámica que contenía vino, lo huele, no estaba picado, y en un rincón había una hogaza de pan aún tierna. Un temblor en las piernas le impedía moverse, allí había estado alguien y no hacía mucho tiempo a juzgar por la conservación de aquellos alimentos. ¿Qué embrujo emanaba de aquella habitación que le permitió leer aquellas inscripciones que estaban escritas en latín con total facilidad?

Decidió regresar a la habitación, tenía que pensar en todo aquello con serenidad, ya que en esos momentos no habría podido distinguir la ficción de la realidad. Al llegar a su alcoba decidió no tocar el tapiz, ya que antes de dejarlo como lo había encontrado tenía que pensar si ese tesoro tenía que estar al descubierto. ¿Pero quién podía estar preparado para llevar semejante decisión de qué hacer con aquel incalculable tesoro artístico? Tan solo se podía elegir a una persona que diera muestra de honradez y que supiera gestionar un legado tan importante de la historia pasada. ¿Pero, quién? Se quitó la bata y se metió en la cama. Cerró los ojos y empezó a pensar en la importancia de ese hallazgo, pero, en esos momentos, le empezó a obsesionar lo que quizás llamó más su atención, que era aquella jarra con vino que se hallaba junto a aquella hogaza de pan aún tierno.

Nunca pudo imaginar que allí se guardaran libros tan antiguos, que debían ser de un valor cultural incalculable. Con los ojos cerrados se debatía entre lo correcto, que era dar a conocer el hallazgo, o dejar las cosas como habían estado durante cientos de años. Pero era tan rara a veces la razón, que

aquel tesoro le estaba provocando una fascinación quizás enfermiza, no por el valor económico que este pudiera tener, sino porque era todo extremadamente misterioso.

Por la mañana intentó, con el maquillaje, aliviar los estragos de la noche de insomnio. Cerró la alcoba con llave y bajó al comedor. Cohen acababa de llegar de Madrid, la miró intrigado. La notaba muy callada mientras desayunaba con desgana. Cohen, al darle los buenos días, le dijo:

—¿Te sucede algo, Anna?

Ella levantó la vista como si le hubieran pinchado una pierna con una aguja y contestó con un:

—No, nada en absoluto —que para Cohen resultó poco convincente.

Él insistió:

—Pues yo creo que estás algo pálida.

Después del almuerzo, Cohen se despidió de ella, solo había ido para ver el resultado de la decoración. Por lo tanto, aquel mismo día tenía que regresar a Madrid para saber cómo habían ido los últimos retoques del palacete. Aquella tarde Anna paseó por el jardín pensando en qué debía hacer. Desde hacía un mes, aproximadamente, no quería confiar en Cohen, parecía otro hombre. Su mirada no era directa y también notaba que quería llevar en todo la batuta. Esperaría lo que fuera hasta que vislumbrara en él algún detalle que le aclarase esa rara actitud que le tenía desconcertada.

Al atardecer se refugió en su alcoba fingiendo un fuerte dolor de cabeza que solo se le podía aliviar con oscuridad y silencio. De nuevo se adentró en lo que le dio por llamar su “museo”. Cogió de nuevo una antorcha, dejó atrás las habitaciones y se dirigió al fondo de aquel lúgubre pasillo, donde tuvo que caminar por un largo túnel sinuoso. Sin miedo, se adentró por él como si fuera empujada por una mano invisible. En su cuerpo sentía un frío intenso, pero siguió adelante, ahora desde su nivel consciente, creía que parecía

llevarla para que relacionase su vida al retorno de un pasado que ya dudaba que pudiera ser suyo. Siguió andando hasta llegar a una galería donde abundaban osamentas y calaveras. Aquello parecía haber sido utilizado como mazmorras. Cuando reaccionó, salió de allí precipitadamente. Se paró unos segundos, se serenó, ya que había llegado hasta allí y no podía dar marcha atrás, a pesar del miedo tan extraño que estaba sintiendo.

La antorcha que llevaba en la mano, en una ráfaga fuerte de aire inesperado, se apagó. Desde ese momento, empezó a reinar una gran oscuridad que, a cada paso, hacía despertar su imaginación sobre cómo sacar provecho a semejante descubrimiento (sus pensamientos estaban dirigidos a los nazis por primera vez desde que descubrió todo aquello). Este escenario le serviría de señuelo, estaba segura de que todos entrarían encantados para ver aquel tesoro.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad cuando llegó al final del túnel. Tras un leve recodo, se encontró con cuatro ramificaciones. Ante ella se planteó el dilema de saber acertar al elegir cuál de los cuatro era el correcto a seguir. Pero volvió sobre sus pasos, no se creía preparada para sentir tantas emociones en un solo día. Y no entendía por qué salió de allí despavorida, ahora el corredor se le antoja más tenebroso. El frío que sentía y el aire que respiraba eran tan densos como si vinieran de otro mundo. En su frenética carrera por salir de ese túnel creyó oír, como en ecos, lamentos y susurros entrecortados.

Cuando de nuevo se encontró en la alcoba, se dejó caer encima de la cama, ya que se encontraba exhausta. De pronto, oyó un ruido espeluznante tras la pequeña puerta que daba acceso a los túneles. Se levantó de la cama, se acercó a ella y miró por un pequeño cristal que hacía de mirilla. Allí, ciento de serpientes reptaban escupiendo veneno. El hedor que salía por debajo de la puerta de aquel habitáculo era a podredumbre, y al separarse de



la puerta empezó a vomitar.

Ya con la claridad de la aurora aún no había conseguido dormir ni unos minutos, pero sí pudo darse cuenta de que lo de las serpientes había sido un corto pero terrorífico sueño que creyó podía ser un mensaje premonitorio. Ese día no necesitaba maquillaje para tapar los desvelos. Cohen ya se encontraba en Madrid, Anna bajó al comedor. La chica que le sirvió el café le preguntó:

—¿Está mejor de su dolor de cabeza?

—Gracias, eres muy amable, aunque creo que estos dolores de cabeza suelen durarme uno cuantos días.

Preocupada, la joven se brindó a asistirle:

—¿Necesita algo especial de la farmacia? Puedo ir al pueblo y se lo traigo inmediatamente.

Anna se llevó la taza a la boca, se avergonzaba del engaño ante la preocupación que estaba causando a la atenta sirvienta. En un descuido, el bizcocho cayó sobre la taza de café, despertando, no supo cómo, de nuevo, su sed de venganza, mirando cómo el dulce chupaba todo el líquido casi al instante. Este detalle hizo de nuevo despertar su imaginación. Ya estaba segura de cómo sacar provecho al impresionante descubrimiento. Subió de nuevo a su alcoba, fingiendo, una vez más, un tremendo dolor de cabeza. Antes de salir del comedor pidió que nadie la molestase bajo ningún pretexto.

—Si sucede algo, me lo comunicáis a la hora del almuerzo —con esta tajante orden desapareció del comedor.

Durante los dos días anteriores a la llegada de los invitados, Anna se afanó en preparar con meticulosidad todo lo referente a sus especiales invitados, ocultándose en su habitación, no dejando entrar en su alcoba a nadie del servicio. No sabía si la excusa de sus jaquecas ya era fiable para la sirvienta que le atendía, pero, para ella, en esos momentos, solo necesitaba

tener privacidad por lo delicado de la operación que había proyectado. Parte del tiempo que estuvo encerrada en su habitación también lo dedicó a leer, eligiendo de aquella antigua librería libros al azar. Tenía que saber de qué clase eran. Algunos de estos libros, al ojearlos, le parecieron, por su lectura, que se trataban de libros exotéricos. En uno de ellos descubrió una nota perfectamente doblada que apareció camuflada y pegada por dentro de la contraportada. Anna la cogió con sumo cuidado, la desdobló y en ella pudo leer, aunque con dificultad por encontrarse borrosa la tinta:

—Este libro fue utilizado por Felipe II para inspirarse en la construcción del Monasterio del Escorial.

También decía en esa nota que al principio fue complicada la construcción, hasta que se pudo conseguir la exacta interpretación de los textos que el arquitecto había sugerido. Anna se quedó pensativa. Esta nota parecía más bien un comunicado, estaba firmado por Nicolás Flamel, que, según se dijo, tuvo que interpretarlos de una forma que se pudiera hacer fácil lo difícil. Después de darle muchas vueltas, aquel alquimista tuvo la solución, pues solo tuvo que mezclar la astronomía con la sabiduría en el arte de lo sobrenatural. Desde ese momento, el proyecto ya se pudo poner en marcha.

Anna, con esta lectura, parecía haber olvidado la misión que tenía en mente y a punto de cumplir.

En otro de los libros también encontró otra reseña adosada a él. Esta nota estaba grabada en una lámina de metal que decía así: “Nicolás Flamel es uno de los grandes alquimistas de todos los tiempos, que logró descubrir la piedra filosofal, llegando a comentarse en los círculos científicos de la época que había llegado a hacerse inmortal”.

“La alquimia —siguió leyendo Anna— es una antigua práctica llamada protocientífica, y es una disciplina filosófica que hace que se puedan combinar los elementos de la química, la metalurgia, la física y la astrología”.

Por unos momentos dejó de leer, suspiró, quizás estaba viviendo una pesadilla y, como algo irremediable, algo le impulsó a seguir leyendo. Cada vez su mente se encontraba más expectante y, asombrada de lo que allí estaba escrito y que ella, por casualidad del destino, tenía en sus manos. Sentada en aquel pequeño taburete, y con la espalda pegada a la pared, se encontraba muy pequeña, tanto que si nunca presumió de nada, ahora se sentía mucho menos que nada, pero... ¿Qué significado puede tener la palabra? ¿“Semiótica”? Se preguntaba, porque el misticismo es sobradamente conocido, el espiritualismo, también, y el arte, ¿pero semiótica?

Anna se levantó. Buscó por la estantería un diccionario, el cual le pudiera aclarar aquella palabra desconocida para ella. Después de mucho buscar lo encontró. Allí ponía que es un estudio general de los signos, y que constituyen una de las partes específicas de la comunicación. Después de aquella información, una sonrisa afloró en sus labios, sabía que era una ignorante en muchas materias, pero hasta ahora no supo hasta qué extremo.

Pero también había otra cosa que le impacientaba y que no se le quitaba de la cabeza. ¿Qué significado podía tener aquella jarra de vino y la hogaza de pan que había visto en aquella habitación que parecía un mausoleo? Porque allí pudo ver que había más de una losa de piedra granítica con epigrafía e inscripciones romanas, pero desechó sus pensamientos, diciéndose que eso parecía imposible. Asombrada, creía que aquella casa no pudo ser solo una casa de campo, tuvo que ser algo mucho más importante. ¿Y si fue construida al mismo tiempo que se construyó el Escorial? Allí estaban escritos relatos que ella con su lectura estaba descubriendo. Había tantas y tantas similitudes con las pinturas del Escorial, que aunque estas, las que se encontraban allí delante de ellas fueran a pequeña escala, parecían correctas. Por lo tanto, tenía que haber alguien que durante tantos años tuviera el encargo de custodiar todos estos tesoros. Este tenía que ser un hombre que

fuera consciente de la grandeza de aquellos tesoros, que no solo eran materiales, sino también que encerraban la sabiduría desde casi el comienzo de los tiempos, que este patrimonio solo podía ser custodiado y manipulado por hombres que fueran carentes de ambición, limpios de corazón y sabedores de que habían sido elegidos para ser guardianes de una gran sabiduría.

Cuando pasó una de las hojas del libro, Anna oyó, no muy lejos de ella, gritos extraños, pero como ya empezaban a asustarle cada vez menos esas cosas, pensó que ese ruido podía formar parte de los sucesos allí acaecidos en tiempos pasados. Se levantó del taburete, miró a su alrededor con mucha atención, no pudiendo ver nada extraño. Se sentó de nuevo y pensó que esos ruidos pudieran haber sido producidos por algo que por el momento prefería ignorar, porque seguramente tenía que ver con lo que aquella habitación podía haber contenido, por lo tanto, tenía que averiguar todo lo concerniente a aquella casa. Tenía que saber si había muchos más túneles y pasillos que estaba segura que tendrían historias y mitos, esos mitos que quizás tendría que averiguar a través de aquellos libros. Sí, ahora estaba segura de que podía haber más galerías que, sin duda, guardaban historias maravillosas o, tal vez, inconfesables. Desde ese mismo instante, supo que había elegido el camino correcto a seguir. Mirando aquel mueble-librería sintió dentro de ella una llamada muy potente que le hizo ir hacia lo desconocido.

Descansó, necesitaba meditar sobre todo aquello que estaba descubriendo y, a los dos días, volvió a adentrarse por el túnel. Después de un largo camino, llegó al recodo donde se encontró con las cuatro ramificaciones. En esta ocasión, no se asustó, estaba dispuesta a llegar hasta el final. Ahora iba equipada con una potente linterna que, al iluminar el espacio, le hizo descubrir detalles que antes habían pasado desapercibidos. El túnel parecía bien conservado. Se paró en seco. En el silencio se oyó un

incesante gorgoteo. Un gorgoteo que parecía cada vez más próximo. La linterna, sin motivo aparente, se apagó. Ahora se encontraba a merced de la oscuridad. Sus pies, al pisar, notaron un cimbreo extraño, miró al suelo, no vio nada, pero sentía que se hallaba encima de una corriente subterránea. De pronto, el túnel se cortó por donde se oía fluir el caudal de agua. Ya se dejó de oír el ruido, dejando en su lugar un silencio sobrecogedor. En aquella situación, la penumbra empezó a intranquilizarla, agitó la linterna con desesperación, que, para su sorpresa, empezó a iluminar de nuevo, aunque con escasa intensidad dirigió su luz por el estrecho espacio por donde caminaba e iba apoyando los pies. Ahora notó que su cuerpo se cimbrió. Con mucho cuidado, se agachó, tocó con las puntas de sus dedos donde tenía puestos los pies. Al tacto le pareció una plancha de hierro que estaba dispuesta para que se pudiera pasar un pequeño regato. Antes de dar un paso más, se aseguró tanteando con las palmas de las manos, pues creía encontrarse encima de un pequeño puente que, al ser de hierro, y al estar en contacto con el agua, desprendía un olor a herrumbre. Dio unos pasos más, ya parecía encontrarse segura. Lo pasó con precaución hasta alcanzar la otra orilla. Siguió su camino a pesar de sentirse insegura, con los sentidos bien abiertos, caminó unos cuantos pasos cuando vio frente a ella una ráfaga de luz que era interceptada por una puerta enrejada que apareció ante ella, que se encontraba parcialmente tapiada por la hojarasca. Este obstáculo le hizo parar. En aquella penumbra solo se podía apreciar el ramaje crecido en desorden que obstruía la entrada de la claridad. Intentó abrirla, pero aquella reja que flanqueaba la entrada se encontraba fuera de los goznes, tenía una gran curiosidad por saber a dónde podía llevar esa salida. Intentó abrirla, pero la puerta se encontraba demasiado atascada. A su derecha descubrió un pequeño cañaveral. Arrancó una caña con afilada punta y dobló para usar como si fuera un estilete, con el cual dobló toda la hojarasca que le intercedía

el paso. Después de mucho trabajo logró derribarla y desatascar la salida. Salió al exterior, el sol le deslumbró sus ojos, acostumbrados a la oscuridad. Por unos momentos, se cegaron. Cuando al fin logró acostumbrarse de nuevo a la claridad, miró a su alrededor. No tenía idea de dónde se encontraba. Estaba cansada. Las manos le sangraban, pero la aventura que estaba viviendo le daba ánimos para seguir.

Caminó unos pasos y ante ella apareció un pequeño jardín cuidado primorosamente. No podía creer lo que estaba viendo, en el fondo del jardín había una casita. Entró en el jardín, en el fondo y a la derecha de la casa había otra puerta que daba a una habitación que parecía estar separada de la edificación. Se asomó con precaución y vio a un anciano arrodillado en un reclinatorio que parecía estar orando. El anciano no se movió y Anna no le quiso interrumpir. Se alejó unos pasos, en aquel silencio se empezaron a oír unos tambores que rasgaban el aire con su estruendo, pero aquel hombre siguió impasible. Anna sintió que el corazón le palpitaba cada vez más débil. Se encontraba desorientada. Había perdido la noción del tiempo y desconoció el lugar donde se hallaba. Cuando estaba a punto de desmayarse, el hombre abandonó su postura de penitente y se acercó a ella. Su aspecto era el de un hombre joven, tan solo avejentado por una larga y poblada barba blanca, sus cabellos eran blancos y largos, que, al sentir Anna su mirada, le pareció que sus ojos eran como dos punzones, pequeños y apagados. Anna, ante aquel ser que se le antojaba como un personaje de la Biblia, no supo qué decir y le hablaba con voz que, al salir de su garganta, parecía querer estrangularla. Pero tan solo pudo emitir unas palabras que sonaron como un susurro:

—Creo que me he perdido.

Nunca supo cómo pudo llegar de regreso a la que entonces era su alcoba, pero, cuando despertó, creyó, aunque solo fuera por intuición, que aquel hombre era el guardián de aquel tesoro y también supo que quizás nunca

sabría por qué dejó que ella entrara en sus secretos.

Al día siguiente, y con más interés que nunca, entró de nuevo a la que ella le dio por llamar la “cámara de la sabiduría”. Ahora, entre sus manos tenía un libro de Nicolás Flamel. Empezó la lectura, el comienzo del libro la desconcertó. Decía así:

*“Yo, Nicolás Flamel, como alquimista y único fabricante y poseedor conocido de la piedra filosofal, he descubierto una sustancia legendaria que, con mi experimento, que creo válido, puedo transformar el plomo en oro, y con esta aleación también me dispongo a fabricar el elixir de la vida eterna”.*

Anna no salía de su asombro, ¿pero qué cosas está diciendo este hombre? Y, después de recuperarse por la impresión de aquella lectura, siguió leyendo: *“Y una vez terminada mi fórmula, que espero quede perfeccionada, advierto que todo aquel que beba esta fórmula tendrá la vida eterna”.* Anna, perpleja, pensó que ese hombre era un alquimista con poderes de mago o quizás un mago con tan gran talento que, quizás, había perdido la cordura.

Revisando el libro, de repente cayó al suelo un pequeño papiro que parecía encontrarse escondido entre las hojas del libro. Allí había escrita una nota que parecía, por su aspecto, ser clandestina. La leyó. En ella decía: *“Yo, Nicolás Flamel, anuncio que he usado varias veces en mi vida, y junto con mi mujer, este elixir de la vida eterna”.*

No había nada más en aquella escueta nota. Después de cerrar el libro, lo puso de nuevo en su sitio. Aquella lectura la estaba desbordando, pero no pudo dejar de pensar en aquella nota que no especificaba si había utilizado alguna vez los poderes de la Piedra Filosofal para hacerse rico en gran medida. Ahora, Anna, curiosa, buscó en los demás libros que hablaban de él. Anna quería contrastar las fechas de su nacimiento y también la de su esposa.

Pero no pudo encontrar nada, dejándole la duda de si estarían vivos aún.

Al atardecer, antes de bajar a cenar, y a pesar del cansancio mental acumulado, Anna cogió de la estantería un segundo volumen. En él narraba Nicolás Flamel la amargura que sintió en aquellos momentos, su narración parecía estar escrita con letra titubeante. Decía que se encontraba triste, pues gente ambiciosa, teniendo noticias de su invento, intentaron apoderarse de la Piedra Filosofal que él había descubierto. Aunque tuvo suerte, en aquella ocasión, porque fue frustrado el hurto. Flamel, desde entonces, se sintió cansado, no disfrutando desde entonces de días tranquilizadores. Entonces, decidió que la piedra tenía que ser destruida antes que él y su esposa murieran, pues representaba un grave peligro si cayera en manos de alguien que no supiera manipularla como se debe hacer.

Se acercaba el día de la inauguración de la finca. Las invitaciones estaban aún por entregar, aquel día se encontraba impaciente. Tenía que regresar a Madrid, pero de nuevo la obsesión le hizo ir a aquella habitación y escogió otro libro al azar. Era uno muy misterioso, ahora tenía en sus manos un libro de Hermes Trimegisto, sabio ocultista que había desarrollado un sistema de creencias metafísicas que se dio a conocer al mundo como *Hermética*. En el libro se decía que los pensadores medievales más notables lo tenían como un profeta, y que fue el primero que anunció el advenimiento del Cristianismo. Anna, emocionada, quería creer que allí se encontraba encerrada la sabiduría de una época pasada que había sabido trascender hasta nuestros días y que parecía querer darnos las pautas a seguir.

Anna quería leerlos todos, pero recordó lo que un día le dijo su abuelo: “La impaciencia no es buena consejera, hay que saber esperar para poder averiguar lo que ansías”. No quiso que su mente se saturara. ¿Pero cómo no sufrir la impaciencia? ¿Acaso este hallazgo no le estaba apartando de la misión que la trajo a España?



Días después, intentó digerir sin resultado toda la sabiduría que le habían proporcionado esos libros. Pero su curiosidad pudo más que su razón y siguió con la lectura, una lectura que le hizo pensar que, por unos días, la estaban alejando de su principal objetivo ¿o quizás era que entre estas líneas había algo invisible, pero latente, que le estaba trazando un camino seguro a seguir? Ahora el libro que tenía en sus manos hablaba de la Tabla Esmeralda. Ante esta nueva lectura se encontraba confusa, después de leer unas cuantas páginas pensó ¿por qué no se sabía más de ese personaje tan peculiar? ¿O, tal vez, fue olvidado al resurgir del esoterismo? También le era extraño que muy pocos sabios de su época no supieran que era poseedor de la sabiduría y de los registros que contienen todas las enseñanzas que poseían los antiguos sacerdotes egipcios.

Contaba que llegó a poseer hasta cuarenta y dos escritos sagrados. Esto acaeció en el primer o, quizás, en el segundo siglo de la era cristiana. Entonces se le comenzó a llamar Hermes Trimegisto. Anna dejó el libro sobre la mesilla de noche, dio unos pasos pensativa por la alcoba. Miró por el balcón, necesitaba pensar en todo lo que había ido almacenando en su cabeza, el aire del campo la despejaría en esos momentos. El campo estaba siendo arrullado por el sonido de las hojas de los olivos mecidas por la brisa. Entró de nuevo a la alcoba y miró hacia aquella habitación misteriosa. Allí había tantos libros cargados de sabiduría que, aunque quisiera, no podría ojearlos todos. Eran todos tan interesantes que tendría que ir con cuidado y leerlos despacio para poder asimilar aunque fuera una pequeña parte de toda aquella sabiduría que allí se encerraba. Así, cada vez que se encontraba en aquella habitación, recorría con su dedo índice los lomos de los tomos que alguien había escondido estratégicamente. ¿Por qué estaban escritos al revés? ¿Sería para que ningún profano pudiera llegar a leerlos? Después de contemplar aquellos libros enigmáticos que tanto le atraían, por unos momentos y por

primera vez se sintió mareada mientras creía oír pasos en el laberíntico corredor, pero no sintió miedo, porque estaba segura de no saberse digna de ser la poseedora de un legado histórico tan extraordinario y a la vez desconocido. Los pasos dejaron de oírse y se tranquilizó. Tenía mucho en qué pensar, pero se asustó de sí misma, se encontraba demasiado fascinada por aquella lectura. Para ella era como si le hubieran inoculado un virus en el cuerpo del que no se conocía aún el antídoto, que no la dejaba vivir.

Cogió otro libro al azar. Lo abrió con sumo cuidado, pero se dio cuenta, cuando lo tenía en sus manos, de que no era solo un libro, sino un conjunto de papiros que, al leer el enunciado, pudo saber que contenían hechizos y procedimientos de inducción “mágica”. Anna se encontraba desorientada, creía estar profanando algo de lo que no creía ser digna de saber.

Nerviosa, y al mismo tiempo expectante por lo que pudieran decir aquellos papiros, los desenrolló. Aquella escritura decía cómo se puede manejar el arte de atrapar las almas de los “demonios”. Siguió leyendo, aunque, a cada momento, se sentía más y más asustada. Allí se especificaba que, haciendo estatuas con ayuda de hierbas, piedras preciosas y aromas... Enrolló de nuevo el pergamino, no quería seguir leyendo más. Esos papiros parecían desprender un hechizo maligno que a ella no le interesaba en absoluto saber.

Y empezó a notar en su cuerpo como si algo poderoso quisiera atraparla. Se levantó de un salto del taburete. Aterrada, en su desconcierto, dio un paso atrás. De pronto, se dio cuenta de que había pisado algo que la hizo tambalearse. En su inestabilidad puso la mano en el suelo. Entonces tocó una bolsa, la miró y vio que era de rico terciopelo. Estaba cubierta por una espesa capa de polvo por el efecto del tiempo. La cogió y la sacudió para que se desprendiera del polvo. Con temblor en las manos la abrió. Aquella bolsa guardaba piedras preciosas, miró al suelo y, a unos centímetros de donde

había estado esa bolsa, se encontró otra de las mismas características. La cogió y, al abrirla, sintió cómo era invadida la habitación de aromas indescriptibles, predominando un intenso olor a nácar. En aquel momento decidió salir de aquella habitación, tenía mucho miedo y debía huir de allí cuanto antes. Aquella habitación era como un santuario, donde todo lo allí guardado era demasiado importante para que ella pudiera asimilarlo, y mucho menos en tan poco espacio de tiempo.

Desde el balcón, pensativa, paseó la mirada por el jardín. En su cabeza tenía guardada cada frase, cada palabra de lo que había leído. Los egipcios tenían por costumbre envenenar sus tesoros, los alquimistas de los grandes señores habían inventado un polvo que, con tan solo aspirarlo, ejercía un poder letal, y también se decía que, al que osara tener contacto con ellos, estos polvos podían producirles enfermedades con síntomas muy diferentes, los cuales podían ser más dolorosos según la fortaleza del individuo que los tocara, hasta el punto de poder llegar a perder la vida. A este veneno le pusieron el nombre de “Solimán”, compuesto por una sustancia corrosiva. Los prestigiosos alquimistas que lo descubrieron dijeron que era una fórmula sencilla hecha con *Vitriolum—Mercuri*.

Pero a pesar de no querer sus descubridores desvelar la fórmula exacta, fue utilizado clandestinamente hasta el Medievo. Pero ¿acaso el tesoro que había encontrado en la casa de campo era de esa época? Entró asustada por lo que estaba pensando. Su paseo ahora se hizo frenético por aquella habitación. Un latido extraño anidó en su estómago. Se miró las manos, había tocado esos magníficos lienzos, había tocado los libros que no dejaban de ser parte de un riquísimo tesoro y esos papiros que, minutos antes, había tenido entre sus manos. ¿Por qué a ella no le había ocurrido nada? Aquel día sintió la necesidad de pasear por el jardín, le era necesario oxigenar su atribulada cabeza. El aroma del romero le daría la pureza del campo que estaba

buscando. Ya no tenía sosiego, recordando el polvo o sal que decía uno de los papiros que era peligroso su contacto y que ella cogió al azar de aquella librería. Se sintió intranquila, su nerviosismo aumentó después de haber leído el peligro que suponía el tener contacto directo con ellos. Anna había sido una incauta al creerse de que un tesoro de esas dimensiones no podía estar desprotegido, y sobre todo por guardar un contenido de enorme valor.

Cuando salió de la habitación, bajó las escaleras de dos en dos. Salió al jardín, su mente necesitaba ser despejada y paseó sin rumbo hasta que decidió subir a la terraza, que se encontraba detrás de la casa. Subió cansina las empinadas escaleras de granito. Miró a su alrededor. Se encontraba como si estuviera siendo perseguida por algo o alguien que no lograba ver, pero que notaba su presencia desde el día que llegó a aquella casona, y, que cada día que pesaba la sentía sobre ella cada vez con más intensidad. Sin duda, era una presencia incorpórea que, a veces, cuando se acercaba mucho a ella le llegaba a quitar el aliento. Se asomó por la balaustrada. Contemplando el paisaje fijó la mirada en algo que parecía ocultar la maleza. La apartó con la ayuda de un palo y allí pudo ver, ante ella, asombrosamente visible, un precioso jardín primorosamente cuidado. ¿Qué le estaba pasando? Todo era confuso para ella, allí parecía vivir alguien más que los guardas. ¿Quizás estaba teniendo alucinaciones? Y posiblemente pudiera ser que lo que estaba viendo fuera motivado por haber tenido contacto con aquellos papiros que encontró y manipuló, pues ella no reparó en cogerlos. Aquellos papiros se encontraban sin ninguna clase de envoltorio y mucho menos específico. Lo podía tocar cualquiera que se los encontrase, pues nadie podía saber que se encontraban protegidos por encontrarse impregnados por un polvo letal... Se asustó de sus propios pensamientos. ¿Y si su mente se estaba trastornando? ¿Y si era el mismo jardín que ella recordaba haber visto en sus sueños? ¿O no había sido un sueño? Estaba todo tan confuso en su mente que no sabía qué pensar.

Anna se sentó en uno de los peldaños de aquella escalera centenaria. Tenía que saber qué era lo que le estaba sucediendo, pero su cabeza parecía bloqueada. Se sentía pérdida, quizás traicionada, ¿pero por quién? Después de descansar unos minutos, siguió la cansina subida hasta llegar a la terraza, que era a lo más alto que se podía subir. Miró con detenimiento el inmenso paisaje que parecía rodearla. Se relajó. Casi rozándole la cara pasó una bandada de gorriones con una algarabía que tronaba en el silencio del campo. Los miró como se alejaban para posarse en un nogal. Tuvo la sensación de que todos seguían en forma de flecha un camino trazado del cual ninguno se podía desviar. ¿Acaso se estaría desviando ella del camino a seguir? El cielo lucía un azul transparente que dañaba los ojos que, al mirarlo, le pareció que había recibido una nueva energía renovada. Y pensó que tenía que llegar hasta el final de lo que había prometido. Cuando creyó que todo había podido ser una mera confusión de su mente, se oyó la voz de un hombre. Era grave, solemne y hablaba en latín antiguo. Ante esta voz, los músculos se le agarrotaron y los nervios se le crisparon. No eran alucinaciones suyas, era todo mucho más complejo y, al mismo tiempo, más simple. En aquella casa habitaba alguien que ella desconocía, quizás alguien importante que se escondía en la casa. Tenía que averiguarlo.

Aquella noche, para no despertar sospechas sobre su comportamiento, durmió en aquella alcoba del increíble tapiz. Por la mañana, le despertó una intensa luz transparente. Se asomó al balcón, necesitaba respirar los aromas del campo que, por unos momentos se quedó ensimismada, mezclados con la luz dorada, el polvo del camino se fundía haciendo una nube blanca con partículas doradas que levantaban dos corceles galopando. ¿Pero quién galopaba delante de su casa?

Ahora sabía que tenía que mantener sus facultades mentales limpias de todo pensamiento que pudieran oscurecer la verdad de lo que en realidad

estaba pasando en aquella casa y del influjo que estaba segura que emanaban de aquellas páginas que fueron escritas para que pudieran pasar a la posteridad.

## CAPÍTULO XXIX

### ÚLTIMOS RETOQUES DEL PALACETE

Anna, en un viaje relámpago, se encontraba de nuevo en Madrid. El personal encargado de la restauración del palacete se encontraba en un estado de frenesí constante. Ese desbarajuste que Anna se encontró le crispó los nervios y tuvo que solucionarlo reuniendo a todos los operarios. Después de hablar con ellos, decidieron por unanimidad trabajar todas las horas que fueran necesarias para que estuviera terminado en la fecha prevista. ¿Pero qué había estado haciendo Cohen mientras tanto si él era el que se había encargado de todo lo concerniente a la restauración del palacio del paseo de Recoleta? Ya no se podía dar marcha atrás, pues hacía días que había empezado a correr la noticia entre los que se daban por invitados que la inauguración del palacete estaba muy cerca. Unos días después, y para su sorpresa, tuvo noticias de que tan solo quedaban en el palacete los que estaban dando los últimos retoques, que eran los decoradores, los ebanistas, costureras... Entre todos habían acelerado sus trabajos para que todo estuviera terminado para la fecha prevista. El palacete ya se encontraba adaptado según las exigencias de la categoría social que iba a representar su dueña. Tanto el servicio que se iba a necesitar como todos los que intervinieron en la rehabilitación habían sido judíos.

Pero Cohen, el día que Anna estuvo en Madrid, no dio señales de vida. Nadie sabía nada de él. Ningún operario lo había visto en días. Anna, cuando

se encontraba en el hotel, tuvo una llamada de teléfono. Aquella noche se encontraría con Cohen en Madrid y con algunos miembros de la comunidad judía. En compañía cenaron todos juntos en un discreto restaurante. Todos menos ella hablaban ilusionados del proyecto que acababan de terminar.

## CAPÍTULO XXX

### CUANDO LOS NERVIOS TE DOMINAN

A medida que avanzaban los preparativos para lo que ella llamó “el gran acontecimiento”, se sentía desfallecer. Por las noches, en sus sueños, creía ser una pluma surcando el cielo a merced del implacable viento. Al despertar de aquellas pesadillas, a la mañana siguiente, y al levantarse, notaba cómo su cuerpo se inundaba de energía y, cuando cerraba los ojos, a veces se veía crecer tanto que creía ser un águila con sus enormes alas desplegadas, que, cansada, busca un refugio en lo más alto de una roca para renovarse y recuperar sus fuerzas, siguiendo un rito que solo lo saben hacer los más fuertes. Una vez hablando con un ornitólogo le comentó que ella las águilas eran las aves que más fascinación le producían, pues cuando surcaban los cielos ella las veía volar con una enorme majestad. Entonces, le dijo que es cuando el águila, sabe que no puede comer porque el pico le molesta, se lo quita rozándolo una y otra vez en la dura roca del acantilado hasta que se le desprende y cuando las garras dejan de tener fuerzas y ya no puede coger con total seguridad a su presa, también se las quita para más tarde, con esta renovación, volver a tener fuerzas renovadas, pues saben que les vuelven a crecer más tarde, con más energías y más fuerzas. Este pensamiento le hizo saber cómo en realidad era ella y cómo se sentía. Se veía con un nuevo espíritu que le daba valor para afrontarse a Cohen y su destino. Y temió, por

unos instantes, que la vanidad la pudiera arrastrar peligrosamente hasta los dominios de la confusión y el delirio.

Aquella mañana, después de una ducha, eligió en el armario un vestido de mañana de color azul celeste, ajustado a la cintura, con pliegues en la falda y escote generoso donde lucir un hermoso collar de perlas de tres vueltas, zapatos altos y bolso de un modisto que empezaba a destacar llamado Balenciaga. Ahora solo quería distinguirse como mujer rica y atractiva que buscaba marido. Salió a la calle, recorrió la calle Serrano. Entró en una de las cafeterías de moda, como siempre olfateando como un sabueso. Sabía que allí podía encontrar lo que buscaba. Se encontraba sentada en la barra tomando un refresco cuando vio entrar a Laura Steinman. Al verla, la llamó con su voz aflautada:

—Anna, querida, cuánto tiempo sin verte. ¿Qué es de tu vida?

Anna la miró de la misma manera en la que se mira en un escaparate algo que nunca nos compraríamos.

—Hola. ¿Qué tal? —y aceptando la invitación que le hizo Anna, se sentó a su lado.

—¿Qué te apetece tomar, querida?

—Un refresco igual al tuyo —dijo Laura sin inmutarse.

Laura Steinman empezó aquella conversación diciendo:

—Somos, querida, aunque no queramos, el producto de las reglas establecidas. Parece que queremos no coincidir y terminamos siempre juntas, unidas por casualidad. ¿No es extraño? Quizás sea este nuestro destino.

Un cigarrillo se avivó entre los dedos al dar una bocanada. Era el cigarrillo de un joven que se encontraba sentado al lado de Anna en uno de los taburetes. Anna lo miró intrigada al ver que no dejaba de mirar a otro chico que se encontraba frente a él. Otra bocanada de humo hizo velar, por un instante, los ojos negros del joven que se encontraba frente a él, y al no saber



de qué hablar con Laura, observaba la maniobra de conquista que se estaba produciendo entre los dos jóvenes. Laura Steinman sonrió cuando los dos jóvenes salieron de la cafetería juntos. Y mirando a Anna dijo:

—Esto, querida, se llama progreso. Cuéntame, ¿cómo te va por este frenético Madrid? Estoy dispuesta a escuchar todo lo que me quieras contar. Ya sabes que estoy deseosa de saber algo de tu vida, como habrás podido comprobar, hace tiempo que no coincidimos en ningún evento.

Anna la miró. En esos momentos, sus miradas se cruzaron y una sombra de tristeza percibió en la mirada de aquella mujer, que, a pesar de querer aparentar con ella una intención de impertinencia, no era lo que pretendía ser. Laura Steinmam, al notar que había sido descubierta, inmediatamente apartó la vista de Anna y sintió como si un extraño presagio se cerniera sobre ella al estar cerca de aquella mujer.

Un hombre bajo y rechoncho, acompañado de otro, entró en la cafetería. Al pasar junto a ellas las miró. Uno de ellos murmuró unas palabras que no entendieron ninguna de las dos. Se acomodaron junto a ellas en la barra, pidieron una cerveza, la bebieron casi de un trago. Al salir de la cafetería, y ya en la puerta, volvieron de nuevo a girar la cabeza para mirarlas, dejando esto a Anna completamente desconcertada. Tanto que, cuando se llevó el vaso a los labios, su nerviosismo hizo que parte del refresco le manchara el vestido.

Laura le dijo:

—¿Querida, te pasa algo? Te encuentro algo nerviosa.

Anna se levantó, limpió la falda con su pañuelo y se despidió de Laura Steinman. Un sabor amargo apareció en la boca de Anna después de despedirse de la insoportable mujer. Pasó el resto del día vagando por Madrid en soledad. El cielo se puso gris y no tardó en llover. No llevaba paraguas, entró en una tienda de modas y se compró un impermeable transparente para

guarecerse de la suave lluvia. Y así siguió paseando, con sus pensamientos a veces encontrados. Estos le hacían vacilar en las decisiones.

Al anochecer decidió cenar en un restaurante ubicado en el último piso de uno de los edificios más altos de la calle de Alcalá. Le apetecía dominar Madrid, aunque fuera por unos momentos. Se sentó en una mesa al lado de un ventanal desde donde se podía admirar la ciudad iluminada por el resplandor de cientos y cientos de bombillas, sumergidas en el guiño de los inestables centelleos provocados por la suave lluvia que caía sobre las luces, construyendo un espectáculo mágico. Aquel día había transcurrido para Anna como una frenética sucesión de acontecimientos que, por ser planificados, a ella le parecía que carecían de intensidad. Por primera vez, desde que llegó a Madrid, creía no estar acertando en sus previsiones. Después de la cena paseó sin rumbo, amparada en la oscuridad de la noche y bajo la lluvia suave. Caminó presa de las añoranzas o por las consecuencias de un pasado que ella había idealizado.

Antes de llegar al hotel observó cómo dos hombres parecían seguir sus pasos. Aceleró, los hombres hicieron lo mismo. Estaba en lo cierto, alguien la estaba persiguiendo. Mientras, en su interior se empezaron a cobijar sentimientos virulentos que amenazaban su espíritu con desatarse en una profunda tormenta de terror contenido. La lluvia le había empapado los zapatos con el chorreo del impermeable. Cuando llegó al hotel intentó aparentar serenidad, pero no supo reaccionar cuando vio que allí estaban los dos hombres que antes había visto en la cafetería cuando se encontraba en compañía de Laura Steinmam. Los dos la miraron de nuevo, uno de ellos hizo ademán de acercarse, pero el otro se lo impidió. Con el corazón desbocado, se acercó al ascensor con la impresión de que las cosas iban a sucederse de manera diferente a lo que ella había imaginado. Una mueca de incertidumbre apareció en sus labios y pensó que estaba perdida, no debía haber contado sus

proyectos a nadie. Y antes de entrar en el ascensor, miró de nuevo a los dos individuos de soslayo. Sus manos empezaron a temblar al pensar que pudieran estar planeando algo contra ella. Una vez que salió del ascensor, meneó la cabeza con un tic nervioso, necesitaba despejar sus pensamientos mientras caminaba por el pasillo. Había sido un error el hacer partícipes de sus proyectos a los judíos, pensaba una y otra vez. Levantó la cabeza como gesto de pedir ayuda al Altísimo, pero cuando bajó la vista los vio de nuevo. Estaban justo al lado de su habitación. Se paró en seco. Esos hombres, en esos momentos, abrían la puerta de la habitación de al lado. Uno de ellos, al verla tan tensa, se atrevió a decir a modo de disculpa:

—No tema nada de nosotros, estábamos hospedados en este mismo hotel.

Cuando entró en su habitación, al cerrarla, se apoyó tras la puerta. El corazón le latía aceleradamente. ¿Tanto se le había notado su desconcierto? De pronto, se dio cuenta de que no había preguntado en la recepción si había algún recado para ella. Necesitaba ponerse en contacto con Cohen y saber qué estaba pasando. Pero ¿sabía acaso él lo que le estaba pasando a ella? ¿Y por qué se encontraba tan asustada? Necesitaba una ducha urgente que le calmara los nervios. Después de la ducha se envolvió en el albornoz. El teléfono sonó para ella como se magnifica un trueno en el campo en medio de dos montañas. Titubeó antes de cogerlo, no podía ser otra mala noticia.

—¿Diga?

Al otro lado, un silencio.

Después de unos segundos de pausa, la voz de Cohen le dijo:

—Anna, te he mandado a dos hombres de confianza para protegerte de algún posible contratiempo que te pueda surgir. No es que vaya a pasarte algo que pueda ponerte en peligro, es solo para que tengas más seguridad. Ya sabes, todos debemos estar siempre alerta.

Y con una voz que parecía sonar a paternal continuó:

—Seguramente ya los has visto, se han hospedado en tu mismo hotel y cerca de tu habitación, solo tienes que llamarlos y enseguida estarán contigo.

—Pero...

—Sí, ya sé que debí avisarte antes, pero no estaba seguro en la elección, ahora creo que ha sido lo mejor.

Un silencio de desencanto, por parte de Ana, hizo que Cohen insistiera.

—Anna, ¿estás ahí? Mañana, en el desayuno, espero que te presentes ante ellos. Uno es regordete y el que le acompaña es delgado y enjuto, con los ojos como dos pequeños puntitos. Tienes que concretar algunas cosas importantes con ellos, confía, son de plena confianza.

Y con la mayor serenidad de la que era posible, acertó a decir:

—Como siempre, se hará como tú digas.

Pero no pudo por menos que preocuparse, pues notó algo extraño en el timbre de voz de Cohen.

Al día siguiente, sería la inauguración de su nueva residencia en Madrid y era la última noche que pernoctaba en el Ritz. No estaba segura del importante paso que iba a dar, pero sí sabía que, desde ese momento, todo podía cambiar para ella, aunque desconocía cómo. Aquella noche se envolvió como nunca entre las finas sábanas de hilo. Mientras, en la habitación reinaba un silencio impregnado de sorpresas y de miedos.

Y llegó el día que habían esperado con expectación sus innumerables conocidos, al que todos estaban invitados. En las comidillas le dieron por llamar el “acontecimiento especial del año”. Ese día Anna se encontraba, contra todo pronóstico, muy relajada.

Las modistas, desde hacía dos meses, no dejaban de confeccionar vestidos, adornos... En todos los talleres de prestigio se vivía frenéticamente para rematar y entregar a tiempo los encargos recibidos. La tienda de alta

bisutería estaba desbordada por la subida de las ventas. Casi toda la colección estaba siendo vendida para que fuera lucida por la mayoría de sus invitadas.

Cuando por la mañana llegó Anna al palacete, fue recibida como una princesa por los criados, que, previamente, habían sido seleccionados por la comunidad judía. Los saludó uno a uno. Más tarde dio una vuelta por las dependencias. Todo parecía estar en orden después de una ardua y concienzuda preparación. Satisfecha, se retiró a su habitación, donde, en un perchero adecuado para su vestimenta, se encontraba colgado lo que sería una gran sorpresa para sus invitados.

Llegó la esperada noche. El palacete lucía como una joya en medio de un Madrid bullicioso y deseoso de fiesta. La calle se colapsó ante tanto vehículo de lujo, donde no podían faltar los curiosos, pues, no podía ser de otra manera, era su única diversión ver a los pudientes vestidos de gala. Ya preparada, en el primer piso, esperaba a que todos los invitados estuvieran reunidos en la planta baja, donde se celebraría la fiesta. A ritmo de un tambor hizo que se produjera entre el bullicioso público allí congregado un silencio expectante. Era el instante en que Anna, segura de sí misma, descendió por las escaleras alfombradas con una majestuosidad tal que parecía descender del mismo cielo, produciendo un efecto colectivo perturbador. Ahí empezaba el espectáculo que se había creado para el regocijo de los invitados, pero aquella aparición impactó mucho más en las señoras al reparar en el magnífico vestido que lucía.

El vestido, de un color azul pálido, realzaba sus soñadores ojos azul esmeralda, la tela de chiflón, con generoso escote en forma de herradura, las mangas pegadas a los brazos hasta el codo, la falda iba ajustada a la altura de las caderas, abriéndose a media pierna en un abanico como la cola de un pavo real. De joyas solo lucía una pulsera de diamantes y oro blanco con unos pendientes de racimo de uvas a juego, diseñados por ella. El pelo, como

siempre, lo solía llevar mostrando su rubia melena suelta, dándole un toque de naturalidad.

Una vez abajo, y después de saludar regiamente, sus ojos brillaban de una manera muy especial. En unos minutos se oyeron los sonos de la música que invadieron el palacete. La orquesta, compuesta por doce proferes con magistral sensibilidad hacían sonar los instrumentos de viento y percusión. Todos se encontraban de pie en el estrado, vestidos de rigurosa etiqueta, mientras movían sus cuerpos al ritmo de la música que estaban interpretando.

Cuando Anna hizo acto de presencia en la sala de baile, a modo de saludo, el director de orquesta que manejaba el trombón de vara dio un paso hacia adelante y, en medio de la orquesta, interpretó un solo ante un público entregado a las sorpresas, siendo este acto celebrado con un ardoroso aplauso tras la magistral interpretación del músico.

En un salón lateral de la planta baja, unos criados vestidos de lacayos repartían entre las damas y caballeros antifaces (que ella decidió que era obligatorio lucir). Una vez que todos estuvieron pertrechados y con las máscaras puestas. Un segundo salón se abrió ante los atónitos ojos de los invitados. En el centro, un precioso columpio cabaretero en forma de corazón les esperaba para que pudieran soñar, disfrutando como niños al ser mecidos por la magia de la ilusión.

De repente, los músicos interpretaron con maestría una melodíaailable, muy en boga en Estados Unidos, se trataba del Bugui-Bugui, una frenética y maravillosa composición del músico Glenn Miller.

La cena era otra de las sorpresas reservadas por Anna. Estaba preparada también al moderno estilo americano. Se disponían en dos mesas largas, pegadas a la pared, donde abundaban toda clase de alimentos, fríos y calientes, donde cada uno se podía servir a placer.

Pero cuando todos creían que las sorpresas habían terminado, el salón de

baile fue invadido por veinte bailarinas enmascaradas y vestidas del mismo modo que la anfitriona, siendo todas y cada una de ellas una réplica exacta de Anna que, danzando, se mezclaron con los invitados, haciendo que la fiesta fuera inolvidable. Mientras tanto, Anna, aprovechando el alborozo y confusión, salió de la sala de baile sin que se notara su ausencia. Se adentró en el jardín. Dos jóvenes la siguieron desde el salón con intención de cortejarla. Eran sobrinos de dos nazis. El jardín se encontraba iluminado con una luz tenue para incitar al romanticismo. Se unieron a ella. Los tres pasean juntos y Anna los invitó a entrar en el romántico cenador. Se sentaron en un banco de hierro primorosamente trabajado por un experto herrero. Los dos parecieron babear junto a ella cuando tomaron asiento. Anna, con ademán estudiado, dijo:

—¿Cuándo pensáis marcharos a Brasil?

Los dos se miraron:

—¿Quién te ha dicho que nos íbamos?

—Creo —dijo con soltura de mujer experimentada— que es de dominio público.

Y haciendo un gesto de complicidad con la mano, añadió:

—¿Os sirvo una copa?

Los dos aceptaron encantados. Ella se acercó a la mesita y les dio las copas. Después de servirles el licor, cuando se encontraron sentados, Anna se levantó y pulsó un botón que estratégicamente estaba al lado de la pata de la mesa. En dos segundos, los dos jóvenes recibieron tal descarga eléctrica que se quedaron pegados como dos pajaritos fritos al banco. Ella se alejó del cenador con paso firme mientras dos hombres aparecieron de la oscuridad e hicieron desaparecer los cuerpos de los dos nazis.

Cuando se dirigió desde el jardín al salón de baile, alguien surgió de entre la penumbra. Parecía esperarla, pero Anna pasó por su lado sin mirarlo,

altiva y entretenida en arreglarse el antifaz. De pronto, sintió cómo su brazo era aprisionado por una mano tan fuerte como una tenaza de hierro. Lo miró, intentando demostrar la mayor tranquilidad posible, el hombre no llevaba máscara, la miró de frente. Ella no lo había visto en su vida y estaba segura de no haberlo invitado. Por su acento no cabía ninguna duda, era español, no entendió cómo pudo haberse colado en su fiesta. Por unos segundos, sus miradas se cruzaron, Anna se quitó el antifaz. El jardín se encontraba iluminado estratégicamente para que las parejas pudieran arrullarse en la semioscuridad. De repente, se oyeron pasos seguros que se acercaban, rompiendo el maligno hechizo, justo cuando los dos, Anna y el hombre, medían sus fuerzas con sus miradas.

El hombre apartó su mirada de Anna para mirar hacia donde provenían los pasos. Cada vez estaban más cerca de ellos, ya se encontraba el dueño de aquellos pasos misteriosos tras el hombre impertinente. De repente, este cayó al suelo, a los pies de Anna, inesperadamente, el dueño de los pasos preguntó con voz calmada:

—¿Necesita algo más la señora?

Desde ese rincón del jardín se podía oír el embriagador son de una melodía romántica. Justo en la puerta del salón que daba al jardín, un grupo de chicos reía los chistes de uno de ellos, quien, por cierto, se encontraba en la lista negra de Anna.

Helías, el dueño de aquellos misteriosos pasos, al acercarse al hombre que conversaba con Anna, con mano segura ejecutó el trabajo que nadie deseó hacer, mientras le decía entre dientes a Anna, después de haberle clavado en el hígado una pequeña navaja impregnada con arsénico al impertinente que había osado enfrentarse a ella:

—Tengo que llevármelo antes de que aparezca alguien inesperadamente, y cogiéndolo por las asilas, lo sentó en un banco, cercano para disimular,



pero aquel hombre con su flacidez se empezó a resbalar lentamente hasta caer al suelo desmadejado, mientras, el cuerpo se estremecía con las convulsiones de la agonía. Anna al mirarlo creyó ver la muerte reflejada en su rostro, pero aquel hombre no parecía percibir que la muerte le estaba rondando, porque con las pocas fuerzas que le quedaban —le dijo a Anna— no se escaparía de él fácilmente. Al instante dos hombres, presurosos, se acercaron vestidos de jardineros, limpiaron con precisión el reguero de sangre, que empezaba a empapar el césped. Unos minutos después, el cadáver había desaparecido.

Anna, sin más comentarios, se dirigió al salón mientras recordaba que aquellos papiros que encontró en la casa de campo estaban siendo sus aliados. Pero ¿por qué es tan caprichoso el destino? Con pensamientos confusos hizo de nuevo su entrada en el salón. Allí había, entre los invitados, muchos nazis poseídos de un orgullo que ellos solo se habían prefabricado a su manera. Cuando pasó Anna junto a un grupo de invitados que se encontraban charlando, al mirarlos, en su cara apareció una mueca de desagrado. Allí parecían hablar todos con palabras vacías. Paseó su mirada por aquel salón, se acercó a otro grupo, ya que tenía curiosidad por saber si alguno de esos arrogantes hombrecillos decía algo que tuviera sentido. Allí, la mayoría de invitados tenía cabeza, pero estaba segura de que ninguna, jamás, había sido utilizada para pensar. A Anna le dio la impresión de que cuando se acercaba a según qué grupo, le ofrecían sonrisas fingidas cuando la halagaban con felicitaciones. Pero ella sabía que tenía que ser así y siguió su paseo entre los invitados, departiendo amigablemente con todos ellos. La fiesta estaba resultando todo un éxito sin precedentes. Anna tomó una copa que le ofreció un camarero, entró en la sala donde se había instalado un columpio. Todos reían la ocurrencia de haber puesto allí aquel artefacto, que más de dos caballeros disfrutaron sin tapujos como damiselas. Los corrillos parecían fábricas de habladurías, susurros, frases, poco más. ¿Esa era la sociedad que

estaba destinada a construir el futuro?

Con una copa en la mano, y mirando el alegre ambiente en el que todos parecían disfrutar, se quedó pensativa. Quizás ella no era mucho mejor que todos los demás. Al atravesar el salón, oyó cómo en otro grupo se comentaba que no se perderían, por nada del mundo, la próxima fiesta que tenía prevista hacer en una finca que se había comprado en Extremadura.

La prensa del día siguiente de celebrarse la fiesta habló ensalzando el número de invitados, haciendo notar en primera página un magnífico reportaje en cuanto se refería al lujo que derrocharon sus invitados. El éxito fue sin precedentes, Madrid de nuevo estaba dispuesto a brillar con luz propia.

Ahora solo le quedaba por hacer la fiesta de la finca extremeña, que remataría su estancia en España después de haber cumplido fielmente sus objetivos marcados. Los ojos de Anna se nublaron con la acuosidad que emanó de repente, haciendo que el rímel de los ojos se corriera sin su permiso. No estaba segura de haber hecho amigos, pero sí de que su estancia en Madrid iba a dejar una huella imborrable en ella.

Al mediodía, y cuando se disponía a almorzar, Anna recibió una llamada inesperada de Florencia. Cuando oyó su voz tranquila le hizo pensar que nadie se había enterado de nada de lo que pasó aquella noche en el jardín del palacete madrileño. Después de mantener una conversación aparentemente insustancial, se despidieron hasta que se vieran de nuevo en la finca extremeña. Pero para Anna esta conversación fue muy significativa. Al colgar, se quedó de pie, pensativa y estupefacta mirando la mesita donde se encontraba el teléfono. Florencia le había comunicado que la misma noche en la que se estaba celebrando la fiesta en el palacete, nadie sabía cómo, pero se habían encontrado un cadáver cerca del río Manzanares, que se suponía era de un espía ruso. El hombre estaba vestido con un traje de rigurosa etiqueta.

Poco después y ante aquella noticia, Anna tuvo que reprimir una carcajada producida por los nervios y los acontecimientos vividos. No obstante, aquella conversación que mantuvo con Florencia, y que a ella no le apetecía querer aclarar, hizo que le quedaran posos muy turbios en el corazón.

Aquel día no salió para nada a la calle, solo invirtió el tiempo que tenía libre en pensar sobre qué hacer cuando llegara a su próxima etapa, que tenía prevista que transcurriera en Argentina. Esa noche no cenó. Después del aseo personal, se puso el camisón. Mientras, su cerebro se inundaba de emociones que empezaron a aprisionar su pecho, queriendo acallar su conciencia con la consabida frase: “todo lo que he hecho ha sido por una causa justa”, pero en lo más íntimo de su ser le hubiera gustado no tener que eliminar a ningún hombre, aunque tuviera una imperiosa razón para hacerlo: el ser todos nazis. Ahora todo le parecía mucho más intenso que aquella noche, cuando ocurrió el hecho de envenenar a su acompañante en aquella sala de la cafetería repleta de gente conocida.

Ahora, y en esos momentos, tan solo le preocupaba Florencia. ¿Se atrevería algún día a pedirle una explicación sobre lo ocurrido en el jardín? ¿Y si supiera más de la cuenta? Y si esto fuera así, no sabría darle ninguna explicación coherente, y si acaso pudiera darle esa información, esto le podría traer a Florencia muy graves consecuencias y Anna la consideraba ya como una amiga.

Y pensó con regocijo que aquella fiesta, junto con la inauguración de la joyería, fueron las más comentadas y elegantes de Madrid.

Mientras se limpiaba el maquillaje, antes de acostarse, pensó de nuevo en lo que le había comentado Florencia y sonrió mientras se decía para sí:

—Hay cosas que, sin saber el motivo, desafían los límites del entendimiento.

## CAPÍTULO XXXI

### FIESTA EN LA FINCA

Llegó el día de la fiesta campestre. Anna había llegado un día antes a la finca. Cuando ya empezaba a anochecer. Se acostó temprano. Al despertar, se asomó tras los cristales del balcón de su habitación. El cielo amaneció aquella mañana claro, ninguna nube perturbaba el azul de la bóveda celeste. Un pájaro solitario volaba nervioso, sin ningún motivo aparente. Anna le observaba, abrió la puerta y salió al balcón. De pronto, apareció ante ella otra ave grande, de color pardo, parecía despistada porque, en su aleteo, se acercaba peligrosamente hasta rozar la barandilla de hierro. De pronto, se paró ante ella batiendo sus alas como un helicóptero, suspendida en el aire. Anna miró el espectáculo del ave con el aumento que le prestaba el terror que sentía por el mensaje que podía estar mandándole. En unos segundos remontó el vuelo, pero no se alejaba del balcón. Mientras, comenzó a dar graznidos espeluznantes. Asustada, Anna se apartó del balcón. Entró de nuevo en la habitación. No sabía qué pensar, miró con detenimiento todo lo que se encontraba en la habitación, igual que el primer día que descubrió aquel tapiz. Suspiró desconcertada al ver que el tapiz tenía una calva en su impecable pintura, lo que le pareció raro que no se hubiera percatado de ello... Extrañada, lo miró con detenimiento. ¿Era imposible que ese detalle le hubiera pasado desapercibido? Confusa, cerró los ojos y pensó que no podía ser, estaba segura de que no estaba así cuando aquella mañana se levantó. Cogió una lupa que se encontraba encima de la cómoda, se acercó y lo miró con detenimiento. No supo cómo, pero la lupa se le cayó de las manos. Al agacharse para cogerla del suelo, vio una pluma de ave que parecía haberse desprendido recientemente, pues, al tenerla en sus manos, notó la humedad en su raíz. Miró de nuevo el tapiz. Por unos segundos, creía estar soñando.

Ahora se daba cuenta de que en aquel tapiz faltaba un pájaro. Sin saber qué pensar, se sentó encima de la cama y, aterrada, creyó que podía ser el mismo que había visto aquella mañana graznando alrededor del balcón. Después de serenarse, pensó que toda su vida se encontraba en desorden. Miró de nuevo a su alrededor y se dio cuenta de que nada de lo que había allí le pertenecía. Esos pensamientos le empezaron a atormentar cuando tan solo faltaban unas horas para que llegaran los primeros invitados.

El vestido que había previsto para la cena aún estaba en el cuarto de plancha para darle el último toque, pero ¿dónde estaban los zapatos y el bolso de mano? Estaba confusa o, tal vez, se estaba poniendo demasiado nerviosa por nada. Mientras, para darse ánimos, se repitió, una y otra vez: “Esta etapa de mi vida está a punto de acabar y quizás muy pronto sea libre”.

Y, asombrada, vio que los zapatos y el bolso que buscaba se encontraban junto a la cama. Se asomó de nuevo al balcón, el pájaro ya no revoloteaba, había desaparecido. Ahora miró atentamente desde el balcón al jardín. Todo el servicio estaba frenético, las mesas, las sillas, todo se estaba instalando en el ala oeste, según sus indicaciones, en perfecto orden. Las mesas estaban dispuestas en diagonal, permitiéndose hacer sinuosas curvas pensadas para que en la oscuridad de la noche las mesas lucieran perfectas al recibir la iluminación de los farolillos que se habían dispuestos estratégicamente y que, una vez colocados, debían parecer en la penumbra enormes gusanos luminosos que irradiaran resplandor, pero solo sobre los rostros de los comensales.

Cogió su agenda y leyó con detenimiento: “Cinco de la tarde: vino de bienvenida en el ala este del jardín. En las cuadras, seis magníficos caballos estarán preparados para el que quiera dar un paseo por el campo antes de la cena”. Todo se estaba cumpliendo según lo previsto.

El sendero hasta llegar a la casa estaba debidamente señalizado para que

nadie se perdiera por la sierra. Llegó la hora temida para Anna: la de recibir a los invitados. Estaba en la recta final y aún no se podía creer que, después de la fiesta campestre, tuviera que seguir como un cazador furtivo las huellas de unos hombres que no merecían ser llamados de esta forma y manera.

Serían las doce del mediodía cuando Anna oyó como si fuera un trueno, era el ruido del motor de un coche que hacía eco en las montañas al acercarse a la finca. Anna bajó las escaleras de la entrada de la casa y recibió a sus primeros invitados en la entrada del jardín, donde estaba preparado un aperitivo para obsequiarlos, acompañado con un vino de bienvenida.

Anna se encontraba elegantemente vestida con un juvenil vestido estampado con motivos florales. La falda vaporosa hacía resaltar su estrecha cintura donde lucía un cinturón blanco de piel, coordinado con mocasines del mismo color. Como adorno, un collar de calamita engarzado en plata de tres vueltas color miel, pendientes del mismo material del collar en forma de botón, el pelo suelto que se mecía con la brisa. Su sencillez, unida a la simpatía y refinados modales, que sabiamente había adquirido, no tenía nada que envidiar a las grandes damas de la alta sociedad que habían sido educadas en colegios suizos. Cuando llegó el último invitado, Anna se reunió con todos ellos, departiendo amablemente en cada uno de los grupos. Después de tomar el aperitivo, Anna subió al último peldaño de las escaleras y, llamándolos, los congregó a todos para ofrecerles la casa. Todos recorrieron las estancias mientras les iba indicando cuáles eran sus habitaciones. Una voz indiscreta de mujer dijo indicando con el dedo índice:

—¿Esta habitación por qué se encuentra cerrada, acaso guarda algún secreto?

Era la habitación que ella ocupaba y como suele ocurrir en estos casos, no faltaron conatos de humor. Uno de los jóvenes nazis, con voz ronca, dijo en voz alta:

—Lo mismo es una mazmorra donde nos quiere encerrar a todos cuando estemos durmiendo.

Todos rieron la ocurrencia. Con una sonrisa perfectamente fingida dijo Anna:

—Tan solo tiene un secreto, y es que aún se encuentra sin decorar.

Al atardecer, y cuando el sol viste de oro la sierra extremeña, los amantes de la hípica fueron conducidos a las cuadras para elegir la yegua que les llevara a cabalgar por las verdes laderas, repletas de riscos y regatos, que daban humedad y vida al poleo, esa hierba verde, fresca y olorosa que los bordeaba, delimitando la tierra y el agua, y que, con su aroma, hacía más placentero el paseo.

Ya empezaba el atardecer cuando por el sendero aparecieron tres jinetes de los cuatro que salieron. Nadie se percató de que Helmut, uno de los jóvenes, no había regresado. Anna, atenta, observó en silencio, esperando la reacción que se pudiera producir entre los invitados al notar la ausencia del joven. Pero todo parecía seguir su curso normal. Nadie echaba de menos a nadie. Esta observación le provocó dar un suspiro de alivio.

A las nueve de la noche se sirvió una cena informal, donde se pudieron degustar manjares variados de productos extremeños que eran ofrecidos entre los invitados en bandejas por los camareros. Después, en pequeños grupos, se hicieron tertulias, hablando de lo acontecido en el día. Y allí se seguía sin que nadie notara la ausencia de Helmut. Quizás fuera por su fama de mujeriego, que hizo pensar a los más allegados que debía haberse encontrado en el paseo con alguna serrana. Cuando todos se habían retirado, Anna buscó al guarda. Lo encontró en las cuadras. Al verla entrar, el hombre se sobresaltó. Anna no comprendía esa reacción en un hombre acostumbrado a convivir con los espíritus que, según decía, habitaban en la casa. Y solícito, le preguntó:

—¿Sucede algo, señorita?

—¡No, nada! Pero ¿sabes si están aquí todas las yeguas?

—¡Sí! Todas están aquí, y cada uno en su sitio, como está previsto. ¿Por qué me lo pregunta? —dijo el hombre asombrado.

—¿Sabes si alguna de estas yeguas la trajo alguien diferente al que la montaba?

El hombre la miró con desconfianza, pero solo se atrevió a contestar:

—¡Si no ha sido el mismo jinete que se la llevó eso! Eso ya no lo sé, porque yo, desde que estoy en la cuadra, no he visto nada anormal

Anna, con voz seria, le dijo:

—Alguien tiene que haber sido el que trajera al animal. Estas yeguas no son de por aquí. Por lo tanto, no saben regresar solas.

El guarda rehuyó su mirada, pero, al verla preocupada, le dijo:

—Los señoritos de la capital tienen otra forma de vivir la vida.

Hubo silencio por parte de Anna.

—Perdone, pero los hombres, sean o no señoritos, ya se sabe, en cuanto ven a una moza joven y guapa pierden la noción del tiempo.

Anna le dijo al guarda, que parecía esperar una reprimenda por no contestar satisfactoriamente a la pregunta de la dueña de la casa:

—¿Me quieres decir algo que yo no sepa?

Por parte del hombre hubo silencio. Al no tener respuesta, salió de las cuadras sin mirar atrás. Ese hombre le había rehuido la mirada. Estaba segura de que sabía algo más de lo que había dicho. Anna se inquietó ante la ausencia de aquel nazi, porque si empezaba a tener complicaciones antes de empezar la fiesta ¿cómo iba a realizar todo lo que tenía previsto?

Cuando entró en su alcoba, dio un paso atrás. Al pie del tapiz se hallaba el anciano de pelo blanco que vio orar en aquel jardín oculto, el anciano parecía esperarla. Anna, con la puerta aún sin cerrar, se quedó pasmada mirando la figura del hombre.



—Entra, no temas —dijo con amabilidad—. Cierra la puerta para que nadie nos moleste. Tenemos que hablar.

Pero el anciano no habló, solo esperó a que Anna le explicara sus proyectos. Cuando Anna reaccionó, le contó lo que tenía pensado hacer con aquellos nazis y también le dijo dónde había previsto realizar su venganza. Enseguida se dio cuenta de que estaba hablando de una propiedad que no le pertenecía y, con voz sumisa, al verse descubierta, le dijo:

—Había pensado que fuera en estos pasillos, que me parece que encajan perfectamente. Al ser tan tenebrosos, puede que sean una atracción para ellos.

El anciano escuchaba en silencio.

Después de meditar la narración de Anna, le dijo:

—Haz lo que tengas que hacer. Cumple tu misión como yo estoy cumpliendo con la mía, pero, con una condición, una vez hayas cumplido el cometido que te trajo hasta aquí, cerrarás la casa para que no se vuelva a abrir. Así se ha hecho durante muchos años y ese es mi deseo, que siga siendo así.

Pero cuando Anna quiso hablar, su voz le pareció cansada. El anciano le dijo:

—No quieras saber quién soy, sería complicado para ti digerir la noticia de mi verdadero yo.

Anna intentó decirle al anciano que ella no estaba sola en el proyecto. El anciano la miró por unos instantes a los ojos, lo que la llegó a desconcertar.

—Sí, ya sé todo lo concerniente a los judíos, ten cuidado. No debes fiarte del que crees que es tu amigo, porque no lo es. En tu ausencia estuvo rebuscando entre los cimientos de la casa y descubrió algo sobre el tesoro que aquí se guarda, y sé que está decidido a hacer cualquier cosa por conseguirlo. Para él empezaste demasiado pronto a ser un estorbo.

Anna tembló ante las palabras del anciano, le estaba aclarando las

sospechas que se negaba a aceptar, pero ¿qué hacer? Se intranquilizó ante esta revelación. Entonces rompió a llorar amargamente. De nuevo estaba sola, sin saber en quién confiar. El hombre posó su mano en el hombro de Anna para calmarla, mientras, le dijo con dulzura:

—Ese problema está resuelto, mañana, cuando los invitados se hayan ido. Alguien te avisará de un accidente. Tú sigue el curso de los acontecimientos, pero no olvides que, después de cerrar la casa, tienes que tirar la llave donde nadie la pueda encontrar. De este detalle depende tu tranquilidad y la mía. Otra advertencia, no hagas el viaje a Madrid con ningún amigo de Cohen. Está prevista la persona que tiene que venir a buscarte, es una periodista, la misma con la que viajaste desde Sevilla a Madrid después de asistir a la fiesta de La Casa De Pilatos.

Anna cada vez se encontraba más impresionada por lo que aquel anciano sabía de ella.

—Y nunca olvides que estás haciendo una gran labor, porque es importante que no quede en el olvido aquella atrocidad, para que no vuelva a repetir.

El anciano, minutos después y, sin ruido, desapareció por aquel túnel sinuoso.

¿Quién era en realidad ese anciano? Anna, mientras le estaba escuchando hablar, creyó estar oyendo la voz de un mesías. ¿Pero cómo podía saber ciertos detalles sobre ella?

Por la mañana del día siguiente, Anna bajó al jardín, donde se habían puesto veladores para el que quisiera desayunar entre los rosales. Poco a poco, los madrugadores fueron llegando del placentero paseo matinal. Todo era alegría. Entre las actividades programadas estaba prevista la de hacer un picnic a la sierra. Para tal efecto se repartieron cestas de mimbre con la comida necesaria para el almuerzo, que cada uno colgó de su brazo con gran

alborozo por lo novedoso. Por la noche se celebraría una cena de gala, dando por terminada la fiesta.

Anna sintió algo extraño cuando vio que entre el grupo de los judíos no se encontraba Cohen. Se intranquilizó. ¿Qué estaría haciendo? Al recordar la conversación que tuvo con el anciano, esto le hizo sentir en su interior que ella no sabía por qué se sentía una más de aquellos judíos, pues notaba cómo algo extraordinario, que su alma, algunas veces, ascendía de la más negra oscuridad. ¿Pero Cohen era de verdad un judío?

Aquella noche, después de la cena, y cuando se estaba celebrando el baile final, Anna creyó que era el momento de ejecutar todo aquello que había concebido. Al día siguiente, todos abandonarían la casa. Después de departir con todos los invitados para hacerse notar como buena anfitriona, se alejó de ellos por unos momentos, paseó a solas por una parte del jardín, estratégicamente solitario, que, al encontrarse en penumbra, se movió inquieta entre los parterres como si estuviera esperando a su primera cita. La fiesta estaba en pleno apogeo, todos reían sin Braunsteiner, eso les demostró que carecían de corazón, pues parecían haberse olvidado de él. De pronto, oyó risas que se acercaban allí, cuando se encontraba paseando por lo más recóndito de su jardín. Esperaba ansiosa que se produjera un milagro, miró entre las ramas de un madroño y supo que en esos momentos ya se había producido. Allí se encontraban reunidos los que ella quería ver. Se acercó a ellos como si aquel encuentro hubiera sido una casualidad y les sonrió como si fueran amigos de siempre. Unos segundos después ya se encontraba sentada con ellos en el mismo banco. Ravens Bruck, que parecía ser el que tenía más ganas de pasarlo bien, empezó a contar chistes sobre los judíos. Anna parecía una más entre ellos, y como era una reunión distendida, empezaron a hablar también de nimiedades. Anna disimuló con sus risas el rencor que sentía hacia aquellos muchachos. Minutos después, acompañada

por los cuatro chicos, y al encontrarse por la parte más apartada y solitaria del jardín, les propuso una nueva diversión. Cuando estaba a punto de contar cómo sería su nuevo juego, de repente, apareció otro chico de entre los arbustos que, de un brinco, se plantó ante ellos.

—¿Con que queríais divertirnos sin mí? —y con gracia, dijo—: Os estaba espiando desde que llegasteis para saber qué era lo que hacíais en esta oscuridad.

Era el sobrino de Alois Bruner.

Anna se preguntó qué estaba pasando. Todos aquellos a los que quería ver parecieron acudir a su llamada sin previo aviso. ¿No sería, quizás, la consecuencia del esfuerzo que había hecho al conectar las ondas magnéticas de su cerebro con su proyecto y que este, ante su magnetismo, había producido el milagro de transmitirles a todos ellos sus pensamientos? De repente, se encontró confusa, entonces pensó, aterrada, que acababa de descubrir que poseía poderes sobrenaturales.

Había llegado la hora, pero, pesarosa pensó que eran chicos normales, y que ellos no habían hecho nada más que elogiar las proezas de sus familiares. Pero inesperadamente, una ola de indignación le retorció las entrañas cuando recordó aquellas fotografías de jóvenes como ellos, ancianos, mujeres y niños cuando eran conducidos a esos hornos. Los muchachos, por unos minutos, la miraron preocupados, pero el hechizo se rompió cuando vio ante ella el que faltaba, el más altanero, el que más presumía de tener en la familia nada menos que al entonces alcalde de Múnich, Karl Fiehler, el que, en uno de sus manifiestos, prohibió la entrada a los judíos en cualquier lugar público, como parques, restaurantes, etc. para, más tarde, hacerse dueños de todos sus negocios. El silencio, por parte de los berlineses ante esta atrocidad, hizo que más tarde llegaran los campos de exterminios. Anna se serenó al pensar que esos chicos no debían vivir, pues estaba segura de que serían entrenados

cuando llegara la hora para seguir la doctrina de Hitler. Eran todos ellos una semilla esperando el momento de ser germinada. Anna, integrada en aquel grupo de muchachos que la adulaban y reían sus ocurrencias, vio el momento oportuno para realizar lo que hacía semanas tenía estudiado hacer. Ese momento llegó y no flaqueó cuando sus pensamientos se entrecruzaron por unos instantes y le hicieron sentirse como una bellaca. En medio de tanta distensión en el grupo, Anna les propuso que la acompañasen. Quería enseñarles un tesoro que había descubierto y se hallaba escondido en la casa, pero nadie sabía de este hallazgo más que ella. Los muchachos saltaron de emoción al saber que la dueña de la casa estaba confiando en ellos un secreto. Ante esta propuesta, saltaron de entusiasmo por hacer tamaña distinción con ellos al hablarles de aquel tesoro que nadie sospechaba que se hallara escondido y que, mucho menos, se supiera que existía escondido en aquella casona.

Anna revistió la visita de un halo de misterio para que los jóvenes, ante esta propuesta, sintieran una gran curiosidad. Todo lo había concebido como si quisiera que no se enterase nadie más que ellos, con un gesto que inducía a la intriga. Les pidió silencio. Todos subieron las escalinatas de la casona precedidos por Anna como si fueran fugitivos. La orquesta, en el jardín, tocaba los sonos de una canción de moda muy movida. Todos en el jardín bailaban y reían mientras ellos llegaban a la habitación de Anna. Los chicos se miraron sorprendidos al ser invitados a entrar en la habitación privada de Anna. Una vez dentro, Anna cerró la puerta con llave. Ninguno se percató de aquel detalle, todos se encontraban muy entretenidos en mirar a su alrededor. Ella les señaló el tapiz. Los muchachos lo miraron, pero no le dieron importancia, aunque, en sus caras, se reflejara una emoción sin límites cuando Anna pisó el resorte. Ante aquellos atónitos ojos de los cachorros nazis, el tapiz cayó lentamente hasta desaparecer por la ranura hecha

específicamente para ello. Anna observó la reacción de los muchachos y como sus ojos se abrieron asombrados. Los invitó a entrar. Una vez dentro, descubrieron un verdadero tesoro, allí había sacos llenos de utensilios hechos en oro y plata que, previamente, habían sido puestos por Anna para que, nada más entrar, lo vieran, pues daba por supuesto que ni los libros ni los cuadros iban a ser su foco de atención. Después de la primera emoción recibida, los invitó a seguirla y empezaron a caminar por aquel laberíntico túnel. Los chicos no sabían qué decir. La oscuridad no les gustaba, pero la emoción les sobrepasaba y solo querían ver más tesoros. Anna les contó que allí había vivido una sociedad secreta que era amante de lo místico. A los chicos, esta revelación les empezó a gustar, aquella aventura les estaba fascinando. Anna no paraba de hablar, y para que no se arrepintieran de encontrarse en aquel siniestro túnel les siguió narrando que aquella casa estaba llena de conocimientos místicos y que todo lo que iban a ver estaba relacionado con lo exotérico. Les decía esto porque dudaba que pudieran entender algo que no fuera diversión.

—¿No serían templarios? Yo —se atrevió a decir uno de ellos— en una ocasión leí un libro de templarios y me pareció que eran unos personajes muy misteriosos.

También dijo Rovens haciéndose el entendido:

—No digas tonterías, los templarios solo vivían en los grandes castillos.

Enseguida empezaron a animarse dando cada uno su parecer sobre el origen de aquel tesoro. Otro de ellos, Alois, comentó entusiasmado y haciéndose el culto que por algún sitio tenía que haber algún libro que estuviera escrito la historia de quién era el dueño de aquel tesoro.

—¿Podríamos ya que estamos aquí buscar entre todos el centro neurálgico de este lugar?

Anna calló, se encontraba en un momento de confusión. La pandilla,

cada vez más ilusionada, siguió recorriendo las grutas subterráneas, que se cruzaban y entrecruzaban, apareciendo en los insospechados recodos y senderos que no parecían llevar a ninguna parte. En uno de esos recodos aparecieron dos estatuas de mármol de tamaño natural, enmohecidas, que les hicieron dar un paso atrás. Siguieron el zigzagueante camino. Dentro del túnel, Anna se sentía cada vez más dentro de sí misma, sintiendo su aliento y su alma en lo más profundo. El suelo, en el tramo por el que estaban pasando, se encontraba mojado, las paredes se mostraban cubiertas de musgo y humedad. De repente, de una oquedad salieron gritos desgarradores. Ahí, ante aquel sonido, se quedó toda la valentía de la que los muchachos hacían gala, porque ninguno de ellos pudo articular palabra por el terror que sintieron. Ahora todos caminaban muy juntos y en silencio, cuando, con voz entrecortada por la emoción, Karl dijo:

—¿Cuándo llegamos a la otra cámara del los tesoros?

Anna, con voz que parecía infundir confianza, dijo:

—Estamos a punto de llegar y os aseguro que va a ser una gran sorpresa para todos.

En aquel pasillo se encontraban nichos escavados en las paredes que parecían celdas de una prisión, en uno de ellas se encontraban seis tinajas apoyadas en la pared, todos las miran. Anna les dijo:

—Todas están llenas de tesoros valiosísimos, podéis coger cuanto os plazca.

Todos meten las cabezas para ver lo que había allí dentro. Al sacar las cabezas les invadió un sopor que los adormeció, haciéndoles caer al suelo sin sentido. Segundos después, apareció el anciano que, con ayuda del guarda, los montaron en una carretilla y desaparecieron por uno de los recodos que Anna no sabía a dónde conducía.

Anna en solitario, volvió sobre sus pasos. No se oía nada en aquellos

pasadizos, tan solo el ruido aterrador del silencio, que era para ella el más dañino. Cuando volvió a su habitación se sentía extraña y distinta. Se sentó encima de la cama, se encontraba agotada, como si esta incursión que acababa de hacer por los túneles le hubiera servido para encontrarse a sí misma y descubrir quién era en realidad. De vuelta a la fiesta no vio a nadie en el pasillo, pero no supo la razón ni el porqué, desde entonces en ningún momento se sintió sola.

Media hora después, y ya serena, se encontró de nuevo en el jardín, saludando y hablando con sus invitados con palabras amables con cada grupo que se encontraba. Todos se lo estaban pasando bien, después de dejarse ver por cuantos más invitados mejor, Anna se sentó en uno de los bancos alejados de los acordes de la música. Encendió un cigarrillo, se encontraba confusa, el anciano no le contó qué planes había proyectado para esos jóvenes. Estaba pesarosa por lo que acababa de hacer. Ahora solo esperaba con ansiedad que toda aquella farsa terminara cuanto antes. Entre las sombras y entre los arbustos vio cómo el guarda de la finca cargaba con un saco a la espalda, sus ojos se cruzaron en la oscuridad. En esos momentos, la luz de un farol alumbró la cara del hombre. Sus ojos, al mirarla, relucían como dos luciérnagas. Su cuerpo, al caminar, parecía mecido como las hojas de los arbustos eran mecidas por la brisa, en su movimiento, daba la sensación de que se trataba de un espectro.

Cuando el guarda desapareció pensó que, quizás, antes de partir hacia Madrid podía preguntarle, pero ya había dado su palabra y, al día siguiente, cerraría, junto a la casa, una etapa de su vida para siempre. Y las preguntas que tenía pensado formularle ya no tenían valor.

Eran las cinco de la tarde del día después de la fiesta, ya se encontraba la casa recogida. Anna, en su habitación, miró el armario. No deseaba llevarse nada de aquella casa, ni tan siquiera los vestidos que había lucido en esa



fiesta. Pero le llamó la atención que encima de la cama hubiese unos pantalones pitillos que parecían esperar que se los pusiera. Lo hizo. Junto a los pantalones había también un jersey de hilo holgado blanco. Volvió a mirar a su alrededor, todo le parecía extraño. Miró por última vez el enigmático tapiz, aquellos pétalos pintados que guardaban una rosa y que tenían un colorido especial que tanto le llamaron la atención el primer día que lo descubrió. Atónita descubrió que habían desaparecido.

El ruido de un motor le hizo asomarse al balcón. Un coche comenzaba a enfilarse por la vereda que conducía a la casa. Anna, precipitadamente, cerró la alcoba con llave y bajó las escaleras de dos en dos. No quería mirar atrás, ahora tenía que deshacerse de las llaves. Se dirigió al pozo que un día descubrió entre la maleza. Corrió hacia él como si algo siniestro la persiguiera. No podía ver nadie dónde tiraba la llave, pero, cuando estaba junto al pozo, con las manos, descubrió un hueco que parecía hecho para ocultarlas. A su espalda sintió una respiración, como si alguien se encontrara a su lado. Mira hacia atrás con recelo, pero no había nadie. Su mano vaciló, no sabía qué hacer. Se mira las manos por unos minutos, y vio que le temblaban. Sintió que no se encontraba con fuerzas para poder cumplir la promesa que le hizo al anciano.

La periodista encargada de recogerla, después de aparcar el coche, la esperaba unos cuantos pasos más tras el coche. Anna volvió la mirada y vio que le hizo un gesto con las manos que denotaba impaciencia. Parecía decirle que cumpliera lo prometido. Anna tenía aún las llaves en la mano derecha. La periodista, cansada del titubeo en el que se encontraba Anna, con voz potente le ordenó:

—Venga, tíralas de una vez, no tengo todo el día hasta que te decidas a cumplir tu promesa.

Pero Anna seguía titubeante. La periodista se serenó y le habló con voz

que parecía consolarla:

—No temas, lo sé todo, yo también tuve la ocasión de leer alguno de esos libros que, supongo, has leído también.

Cambiando el registro de su voz, ahora le hablaba con una autoridad que rayaba la grosería:

—Arroja de una puñetera vez las llaves al pozo. Te puedo asegurar que ahí no las encontrará nadie que no tenga...

No terminó la frase, porque, de repente, una ráfaga de aire caliente envolvió los cuerpos de las dos jóvenes. Ante ellas apareció un ser incorpóreo que les hizo ver que aquella llave tenía que desaparecer para que se pudieran liberar de aquella prisión los espíritus que habitaban en aquella casa y así poder seguir el camino hasta la llegada de la resurrección. Sus miradas se cruzaron y en ellas había una mezcla de desafío y comprensión.

Ya en el coche, camino a Madrid, las dos parecían, con sus silencios, no estar dispuestas a querer que sus secretos fueran descubiertos. Anna no hacía otra cosa que pensar: “¿No sería la casona el refugio elegido por Nicolás Flamel para seguir viviendo sin ser molestado?”.

La periodista la observaba con el rabillo del ojo mientras creía que, algún día, tendría que darle explicaciones a Anna la comunidad judía. Pero Anna pensaba que nunca llegaría a saber qué estaba pasando en aquella finca, ni tampoco sabría cuál fue su pasado, pero sí estaba segura, pues sentía una profunda convicción, de que aquel anciano solitario era el guardián de aquel tesoro, que no era solo material, sino que era mucho más. Allí se escondía la historia del mundo. ¿O quizás había estado viviendo en aquella casa una quimera que para ella se presentó como una ilusión, o tal vez fue todo un sueño?

¿Por qué en la ciencia, como en la naturaleza, a menudo, lo que funciona es la solución más simple? Y también pensó. ¿Por qué los humanos solemos

complicar lo obvio?

## CAPÍTULO XXXII VIAJE A ARGENTINA

Anna, en el coche del hotel Ritz, fue conducida al aeropuerto de Barajas rumbo a Argentina. Aquel día lucía un impecable traje de viaje, color gris, dándole un toque sofisticado, una blusa ajustada de fina seda en color guinda. El coche, camino del aeropuerto, pasó por donde estaba ubicado el Museo del Prado. Sus ojos se humedecieron y evocó la Plaza de Neptuno. Se llevaba tantos recuerdos que su corazón se aceleró cuando pasó frente a su querido palacete. La lluvia, al caer, se congregaba en los charcos haciendo pequeñas lagunas. Estas se habían metido en su cabeza y ella sospechaba que le estaban mermando el cerebro. El agua, incansable, comenzó a caer del cielo como en estampida, golpeando sin piedad el asfalto, mientras, dos niños, en la puerta de una tienda de comestibles, buscaban gozosos los charcos para pisotearlos con saña, esperando que sus progenitoras acabasen de hacer las compras.

Recordó el día de su llegada a Madrid, cuando se encontraba asustada ante un mundo que ella desconocía, para, más tarde, tener que dejar este Madrid grabado en su corazón, con el recuerdo de haber vivido los mejores días de su vida. Ahora se veía como en una huida diametralmente distinta. Aquel día de su llegada, el cielo de Madrid le recibió con un sol esplendido, ahora parecía llorar su despedida con lágrimas de amargura. Y se fue de Madrid, no sin dar, la noche antes, un paseo de madrugada y en solitario por La Gran Vía madrileña. Un día antes había visitado el banco para dejar la orden de que se pagaran las nóminas de las personas que estaban trabajando en el palacete madrileño, añadiendo una cantidad respetable para compensar

el despido de los empleados de la finca extremeña. De nuevo tenía que seguir con la peregrinación que se había impuesto, la de ir a la caza de aquellos bastardos rumbo a Argentina.

## CAPÍTULO XXXIII RUMBO A ARGENTINA

Ya en la terminal de Barajas, y después de facturar el equipaje, se oyó por el altavoz la llamada de despegue del vuelo Madrid-Buenos Aires. Llegó al túnel de acceso a la nave con el tiempo justo. En su precipitada carrera pisó con fuerza el pasillo metálico que le conducía al interior. Esto hizo que el ruido de los tacones se convirtiera en un redoble de tambores que hizo sonreír a la azafata.

Sentada en el número cinco de clase business, sonrió ante sus pensamientos, pues quería creer que, al final, la justicia siempre cumple, y por ese motivo ahora esperaba un poco más sosegada que todo le pudiera salir bien, a pesar de que aún quedaban por conseguir muchos objetivos. Ya no le importaba ni el cómo, ni el cuándo. Tan solo deseaba que llegara el día de poder cerrar los ojos y que, al abrirlos, todo hubiera terminado. Una azafata le ofreció un refresco. Anna, mientras lo saboreaba, pensaba que conocer la verdad no le servía de nada si estas verdades no se correspondían con sus deseos, y su deseo era, por el momento, saber qué camino era el que tenía que seguir para llegar a ser algún día feliz. ¿Acaso esos impresentables no tuvieron nunca incertidumbres referente a lo que les podía deparar la vida? A Anna esto no hacía que se aclarasen sus dudas, lo que más necesitaba era una elevada dosis de prudencia ante un peligro que podía ser para ella el fin de todo. Debía ser astuta y comedida, más de lo que había sido hasta ahora. Después del largo viaje Madrid-Buenos Aires, aterrizó en el aeropuerto de

Ezeiza, situado a 35 kilómetros del sur de la ciudad. En la terminal le esperaba un chofer del hotel Park Hyatt, donde tenía reservada una habitación. El hotel se encontraba entre los más lujosos de la capital, situado en la parte norte, donde se encontraba lo más selecto de la ciudad de Buenos Aires. Necesita descansar. Cuando entró en la habitación del hotel se tumbó encima de la cama y se quedó dormida. Por la mañana, al despertar, se asomó a la ventana, miró con curiosidad, a través del jardín que precede la entrada del hotel, el ir y venir de gente de lo más variopinto.

El día después de su llegada se dedicó a estudiar el enfoque de una nueva estrategia a seguir. Al día siguiente, después del desayuno, se sentó en el jardín del hotel para ojear un libro de un escritor argentino. Necesitaba saber cuantas más cosas mejor de aquel inmenso país. Por la tarde, y aquel mismo día, sintió curiosidad por saber cómo se vivía en la capital porteña. Salió a pasear y, poco después, cogió un taxi y se dirigió a la avenida de Corrientes. Según se había informado, era la más larga del mundo. Cuando Anna se encontraba caminando, una mujer, al pasar por su lado, le dio un golpe con el codo, que hace caer su bolso al suelo. En el momento en que se agachaba a recogerlo, algo pasó silbando que casi le roza la cabeza. Un hombre, que caminaba a unos pasos de ella, cayó fulminado al suelo. Nadie se paró a socorrer a aquel hombre, que tenía convulsiones de moribundo, que parecía estar dando sus últimos suspiros. Asustada, al ver que nadie le hacía caso, se acercó al hombre, pero alguien le grita desde la puerta de una de las tiendas:

—Señorita, no se detenga, es peligroso, deje que venga la policía, ellos lo solucionarán.

Entonces, sospechó que aquel silbido de bala que le rozó la cabeza seguramente había estado dirigido a ella. Tambaleándose por la sorpresa, decidió volver al hotel, mientras, esperaba ver un taxi libre. El cielo, de

repente, se puso de color gris plata e inesperadamente, se puso a nevar. Anna, al ver caer la nieve, recordó su Mielec natal. Este pensamiento le hizo estremecerse y no supo por qué, tuvo el presentimiento de que en aquellas calles argentinas podía encontrarse con un infortunio. ¿Fue acaso una casualidad que aquella mujer le diera un golpe con el codo para que su bolso se cayera al suelo? Este pensamiento hizo que se le helase la sangre. ¿Estaría predestinado para ella encontrarse allí, cara a cara, con algún esbirro de Hitler? No sabía qué estaba sucediendo. Después de recibir aquel susto, ahora, ante aquella nevada inesperada, se alarmó extrañada. Entonces recordó que en el hotel le dijeron que ese día disfrutaban de una temperatura de 20°. En apenas cinco minutos, la nieve había tapado la calzada y, a medida que avanzaba, la avenida le pareció un túnel lleno de nieve por donde solo se podía circular con trineos. ¿Qué le estaba pasando? Si ella estaba acostumbrada en su tierra a las nevadas copiosas y ahora veía en todo este fenómeno meteorológico una premonición o, quizás, una advertencia de una anticipada fatalidad a la que no lograba dar sentido. Estaba pasando por unos momentos de su vida en que era vulnerable desde que salió de Madrid, pero ese atolondramiento no creyó que fuera lo suficientemente fuerte como para vivir aquel repentino cambio de temperatura. Mientras avanzaba, el sonido de sus propias pisadas y su respiración agitada le hizo sentir vértigo. Y de nuevo pensó: “Esto es demasiado para mí. ¿Estaré perdiendo la razón?”.

Volvió al hotel en un taxi. No quería volver a pensar en lo que acababa de vivir. Ya en su habitación, mientras se vestía para la cena, se quejó con amargura por haberse cargado de culpas que ella nunca cometió ni deseó, pero cuando cerró los ojos pudo ver el cuerpo flaco y peludo de aquel judío llamado Samuel. Sacudió la cabeza mientras elegía un vestido alegre para la ocasión, que contrastara con sus pensamientos. Cuando se puso ante el espejo con aquel vestido estampado, que le sentaba como un guante, al ver su figura

reflejada, lloró con lágrimas contenidas. De un manotazo se limpió el rostro, sus propias contradicciones le pusieron de mal humor, cuando se encontraba sola ante un romántico anochecer de un otoño austral.

En la mañana del día siguiente salió de nuevo a pasear, necesitaba familiarizarse con el ambiente. Se dirigió al casco histórico, donde se encuentra la mayor parte de edificios más antiguos de la ciudad. Paseó relajada, todo le pareció aquel día que era muy hermoso. En la mano llevaba el folleto que le dieron en el hotel. Caminó despacio por las calles empedradas, con farolas antiguas, balcones pintorescos, patios con aljibe... y una música de tango que salió de los restaurantes, haciéndose oír por cada esquina, deleitando los sentidos, hechizando al caminante. Aquel barrio le cautivó, allí no podía faltar una iglesia de estilo neoclásico. Se encontraba en San Pedro, o barrio de San Telmo, todo el conjunto era un extraordinario testigo del tiempo vivido, quedando todo su pasado como un referente impregnado de la identidad porteña. Sin descanso, siguió caminando su soledad por el atardecer y, después del largo paseo, Anna llegó al hotel. Extenuada, entró en la cafetería, se tomó una taza de café y, cuando ya se encontraba en su habitación, cabeceó su cansancio. No le apetecía pensar en nada, cogió un libro que compró en una librería en su paseo por la avenida Corrientes de título *Los miserables*, de Víctor Hugo. Lo abrió, comenzó la lectura, después de una hora apasionante, aquel personaje del Señor Obispo le hizo pensar. Fascinada, pensó cómo el autor reflejaba en sus personajes la realidad de la calle, que se podía ver aún reflejada la sociedad actual. Dejó la lectura y miró de nuevo por la ventana para ver pasar a la gente. Mirando la calle reflexionó, era todo tan diferente a Madrid y, al mismo tiempo, le parecía que se respiraba el mismo aroma de las calles madrileñas. Al día siguiente salió hasta el atardecer, le apetecía pasear de nuevo por la avenida Corrientes. Cuando caminaba distraída por la acera, algo, y no supo el qué, le

hizo estremecer su cuerpo perceptivamente. Y tembló, tal vez fue al pensar que en aquella avenida, entre la muchedumbre que pasaba por su lado, podía encontrarse a alguno de aquellos nazis, rozándole, como le había pasado el día anterior, su brazo y ella no descubriría quién era. O quizás pudiera ser que estos individuos se alimentasen entre ellos, como la ociosa araña, que, desde el centro de la telaraña, atrapa a sus víctimas mientras va tejiendo sus intrigas. ¿Sería ella esa mosca? Aceleró el paso mientras se dijo: “Estos individuos nunca cambian”.

Ante este pensamiento se le pusieron los cabellos de punta, como gélidas escarpas. En el cielo se empezó a dibujar una luna creciente con destellos de luz más ambarina que el mismo mercurio. Anna no entendía por qué en todo aquello que le estaba pasando no podía deducir de dónde le venían esas advertencias anticipadas de fatalidad que no lograba entender, pero quizás esa ingenuidad y atolondramiento que estaba sintiendo no eran suficientes motivos para abortar la misión que se había propuesto y que le hacía responsable de que se hiciera justicia. Y siguió pensando, apesadumbrada, y llena de contradicciones, por estar haciendo algo que nunca deseó. De repente, oyó pasos tras ella, se detuvo y esperó a que el hombre que se supone es el dueño de aquellos pasos pasara de largo. En su parada disimuló buscar algo en su bolso. El individuo pasó rozándola. La miró y, al hacerlo, más que una sonrisa le prodigó una mueca. Anna nunca había visto a ese hombre, pues si así fuera, no lo habría olvidado. Era un hombre grande, con los brazos como dos vigas que hacían justicia a su robusto cuerpo. Su aliento, al pasar, dejó una estela de olor a vino y a tabaco. En las orejas lucía sendos pendientes, donde le pareció ver colgando dos calaveras de latón. La cabeza la tenía rapada al estilo mohicano. Ya estaba oscureciendo, pidió un taxi. Después de rodar una media hora, se apeó. Después de caminar durante mucho tiempo, se encontró perdida, no tenía referencias de dónde se



encontraba. Llegó a un barrio donde parecía abundar gente con pintas de maleantes, parecía ser un lugar donde se citaban maricas, lesbianas... donde los grupos de ociosos amenazaban la seguridad del viandante. Ante esta situación, y en medio de la confusión, desolada, intentó buscar un taxi que la llevara de regreso al hotel. Un chirrido de ruedas de un taxi destartado paró a su lado. El conductor, al mirarla, la invitó a subir a su vehículo. Anna se sorprendió al ver al conductor vestido con una chaqueta blanca, camisa negra y enormes gafas negras, a pesar de estar anocheciendo. Estas le tapaban media cara, como si fuera un antifaz. Por un instante, no sabía qué hacer. Unos chulos, entre chanzas, al verla desde una tasca maloliente salieron a la calle y la incitaron a subir al taxi, haciendo chistes obscenos. Cuando miró a su alrededor vio que estaba en medio de un grupo que la empujaba, sin miramientos, hacia el taxi. En su desconcierto, y cuando estaba a punto de gritar, el hombre de los brazos como vigas y cabeza rapada a lo mohicano, la cogió por la cintura y, elevándola por encima de las cabezas de los atónitos maleantes, la sacó de allí y le ofreció un nuevo taxi.

—Este taxi es legal y con licencia, puede subir a él con plena seguridad —le dijo el gigante que, minutos después, desapareció.

En el trayecto que la separaba de la seguridad del hotel, Anna no podía pensar, solo miraba desde la ventanilla cómo refulgían las estrellas en el cielo como si fueran luciérnagas en la oscuridad. Al llegar al hotel, el recepcionista le preguntó si deseaba comer algo. Ella lo miró extrañada, creyó que era tarde para que estuviera abierto el comedor. El recepcionista, al verla confusa, le comunicó que en la ciudad de Buenos Aires los comedores estaban abiertos las veinticuatro horas. Anna le pidió que le sirvan en su habitación un bocadillo vegetal con un refresco. Ya en la penumbra de la habitación se desplomó encima del sofá, sin quitarse los zapatos, muerta de incertidumbre. Así estuvo toda la noche. Al levantarse por la mañana tuvo la sensación de

tener el estómago cosido por dentro y a punto de vomitar. El bocadillo, junto con el refresco, se encontraba encima de la bandeja, intacto. Aún así, decidió ir al comedor para desayunar. Aquella mañana amaneció espléndida. El sol alumbraba el jardín con destellos de oro, al entrar en el comedor le sorprendió que estuviera casi vacío. Buscó con la mirada una mesa alejada y la encontró en uno de los ángulos apartados del ventanal, como a ella le gustaba. No quería que nadie pudiera ver sus ojeras al quitarse las gafas de sol. Cuando estaba a punto de levantarse, al terminar el desayuno, que solo consistió en una taza de manzanilla, el camarero se acercó y le dio una nota. Sorprendida, miró el sobre, pero no tenía remitente. Lo abrió y leyó la nota: “Ya sabemos que te encuentras en Argentina”. Con disimulo, paseó su mirada por los pocos comensales que se encontraban en esos momentos en el comedor, pero ninguno le parecía sospechoso de ser el remitente de la misiva. Todos parecían personas confiadas y felices en aquella mañana tranquila y soleada, donde cada uno de los pocos comensales que allí se encontraban parecía afanarse por devorar sus desayunos. A Anna le fue imposible distinguir quién pudiera conocerla. ¿Pero acaso se podía fiar de alguien? Confusa y llena de aflicción, sale del comedor con una mueca de tristeza, ya había comenzado a vivir la misma situación que vivió en Madrid, pero ¿quién era ese alguien que la estaba vigilando? ¿Y si la habían estado siguiendo desde que salió de Madrid? Va precipitadamente hacia el ascensor para refugiarse en su habitación, pero alguien la llamó por su nombre. Al volver la cara vio, parado en el rellano de las escaleras, al hombre que la salvó de aquellos delincuentes, que, con groseras insinuaciones, incitaban al taxista que parecía esperarla para llevarla en su taxi, ¿pero a dónde quería llevarla? Y en esos momentos recordó que cuando la vieron tan asustada aquellos energúmenos, los que parecían meros espectadores, parecían excitados al pedir a voces una nueva víctima para saciar sus más bajos instintos, y que, en estos casos, solían llevar

a buen término con total impunidad. Sabiendo que la policía evitaba entrar en esas calles que se encontraban alejadas de los circuitos turísticos tradicionales, los periódicos más audaces acaparaban constantemente en sus titulares los delitos y asesinatos que frecuentemente se cometían con algunos de los turistas despistados que, al entrar en ese barrio, se convertía en víctimas de muerte segura. ¿Por qué aquel taxista que la cogió en la Avenida Corrientes la llevó al barrio llamado De las Flores sabiendo que era tan peligroso? Mientras ella, parada en medio de las escaleras, recordaba todo lo sucedido en aquel barrio marginal. El recepcionista no supo medir la magnitud e inquietud que le produjo al saber que una de sus hospedadas podía haber sido víctima de aquellos seres que no sabían hacer nada que no fuera asesinar a gente inocente. Ese hombre que le había salvado la vida justo en el momento más álgido y cuando estuvo a punto de que la metieran en aquel taxi, esperó a que ella reaccionase. Anna receló de él, pues parecía que aquel hombre que nunca había visto antes sabía mucho de ella. Y siguió recordando lo que le contó uno de los porteros del hotel aquella fatídica noche en que ella llegó asustada y le contó lo que le había sucedido. El portero, después de su relato, le advirtió de que por ese barrio no se podía transitar, le dijo el hombre asustado llevándose las manos a la cabeza. Entonces, el recepcionista se acercó al oír la conversación de Anna con el portero mientras se preguntaba: “¿Cómo pudo llegar hasta allí?”. Ese es uno de los barrios más peligrosos de Buenos Aires, allí solo abundaban los maleantes que a veces se hacían pasar por taxistas acechando al despistado extranjero para que montaran en sus taxis con engaños, asegurándoles que los sacarían de aquel infierno. Ahora el recepcionista tomó la palabra mientras el portero pidió en la cocina una taza de tila. Y cuando estos incautos e ignorantes aceptaban ser llevados en su taxi, que por desconocimiento se habían metido en aquel barrio, estos delincuentes, después de saquearlos, los

llevaban a un descampado donde los mataban impunemente por pura diversión. Pues ya se habían encontrado, en lo que iba de mes, cuatro cadáveres de turistas. Pero la policía, a pesar de saberlo, no podía hacer nada, solo advertir a los que vienen a esta ciudad por primera vez que no se acerquen por esos barrios peligrosos.

Anna, después de la información recibida, se encontraba asustada. El recepcionista le había confirmado el relato que le contó el taxista que la llevó de regreso al hotel. Ahora sabía que le debía la vida a aquel gigantón al que ni siquiera dio las gracias. ¿Pero quién fue aquel taxista que la llevó hasta aquel barrio? Cuando reaccionó, subió con nerviosismo dos peldaños de las escaleras; pero seguía pensando que no conocía a nadie en Argentina, y cuando llegó al primer piso se quedó parada. Su mano se aferró a la barandilla, allí seguía aquel hombre que parecía esperarla y el que la salvó de una muerte segura. Lo miró de frente y esperó con ansiedad que le dijera quién lo mandaba. El hombretón, sin decir palabra, sacó de su bolsillo un objeto y lo puso en la mano de Anna. Lo miró y, sorprendida, vio el símbolo judío. El hombre esperó su reacción. Anna se quedó pasmada mientras escuchaba, como en un dulce susurro, que aquel hombre se ofrecía para protegerla y ser su guía en Argentina. Pero Anna no podía fiarse de nadie, tampoco estaba muy segura de que aquel desconocido fuera lo que decía ser y que pudiera ayudarla más de lo que lo había hecho, salvándola de los delincuentes. Desconcertada, sin decir palabra, se adentró en el pasillo como si la estuvieran persiguiendo. El hombre seguía parado junto a las escaleras, esperando una respuesta. Al entrar en el piso donde se encontraba su habitación se sintió perdida. No creyó reconocer dónde se hallaba. Desorientada ante la visión que le ofrecía el pasillo, en su confusión, le pareció ver que había muchos recovecos y que se habían levantado tabiques superfluos que ni siquiera llegaban al techo. A medida que avanzaba, las

lámparas parecían iluminar las paredes con jirones de luz que parecían despertar las pinturas de los cuadros que se escondían ante su presencia.

Anna detuvo sus pasos antes de entrar en la que no estaba muy segura fuera su habitación. Sin pensarlo, se precipitó sobre la puerta. Se sintió sin fuerzas ante la impresión recibida. Entró tambaleándose en la penumbra y sentado a los pies de su cama se encontraba el hombretón. No pudiéndose contener, dio un grito de sorpresa que, más que un grito, pareció un lamento de agonía. Un leve mareo la envolvió en un laberinto. Hasta llegar a una silla tuvo que palpar las paredes, pues no tenía luz que la guiara. El hombre se acercó a ella para calmarla mientras su voz sosegada le dijo que debía confiar en él y, señalándole el vaso por el que minutos antes de salir para el comedor había bebido agua, se podía apreciar una fina capa en el fondo de una sustancia blanquecina. Anna miró el vaso con las pupilas dilatadas. Su cuerpo no aguantó más y cayó desplomado en la alfombra mientras el hombre le preparó un vomitivo. Anna seguía con la nota en la mano, aquella que le dieron en el comedor.

Cuando se encontraba recuperada, el hombretón se identificó de nuevo diciéndole que pertenecía a la tribu de los Pies Grandes, nacido en las tierras que descubrieron los españoles, bautizándolas con el nombre de Patagonia, que para los españoles quería decir “pies grandes”.

Cuando el hombretón salió de su habitación y Anna se quedó a solas, abrió el sobre para leer de nuevo aquella nota, pero, confusa, encontró dentro del mismo sobre otra nota que no había visto presa del nerviosismo que decía: “No sigas por el camino que acabas de iniciar, en él te puedes encontrar con sombras movedizas bajo los árboles. Ten mucho cuidado porque estos nunca llegarán a darte sombra”. Anna se encontraba desconcertada, no sabía cómo interpretar lo allí escrito. ¿Qué era aquello? ¿Era una amenaza o quizás una advertencia?

Una hora después, queriendo olvidar lo ocurrido, se preguntó más calmada: “¿Qué misión podría tener con respecto a ella su supuesto salvador?”. Anna, con una fuerte dosis de valentía, aquella noche vistió su cuerpo con un lujoso, pero al mismo tiempo discreto, vestido de Christian Dior. No acudió al comedor para cenar, ya que se encontraba sin apetito, para poco más tarde hacer su entrada en el salón de recepciones y escuchar el concierto anunciado para aquella noche. Cuando entró en la sala, los profesores interpretaban el “Aleluya” de Haendel. La acústica de la sala y la interpretación de los músicos hicieron que los oyentes allí presentes se sintieran en un elevado misticismo, dando como resultado una noche inolvidable.

A pesar de haber llegado tarde, y sentarse en la última fila, sin apenas hacer ruido, un grupo de hombres volvieron la cabeza para mirarla. Ella los obsequió con una leve sonrisa. En esos momentos se sentía fuerte, a pesar del mal momento que una hora antes había pasado.

Al término del concierto, Anna cerró los ojos, necesitaba olvidar y quiso retener las últimas notas en su mente para saborearlas por unos segundos más, aquellos acordes musicales le habían hecho vivir esa noche mágica que tanto necesitaba. Los largos aplausos de los asistentes le hicieron despertar a la realidad. Al término del concierto entró en la cafetería, nunca había necesitado tanto una copa como en esos momentos. Inesperadamente, dos caballeros se acercaron para presentarse. Como buena cazadora que acecha a su presa, percibió el olor de los animales que, al anochecer, empiezan a salir de sus madrigueras para cazar, ignorantes de que allí afuera les esperaba, impaciente, el cazador para, por sorpresa, cazarlos. Ella se empezó a encontrar relajada después del primer trago. Coqueta, se atusó el pelo y pensó que era el momento de aparentar que era una mujer experimentada. Al término de su copa, estos caballeros le ofrecieron tomarse otra con ellos.

Aceptó la copa. Cuando bebió el primer sorbo, no tuvo que fingir mucho para dar la sensación de estar de vuelta de todo. Coqueteó de manera sutil con los dos, pero el que más atrajo su atención era el que parecía el más arrogante. Podía tener unos cuarenta años, pelo rubio ceniza y ojos que parecían pequeños bajo los cristales de unas gafas diminutas montadas en oro. Vestía traje caro, camisa blanca que retrataba su personalidad de afilada flecha. Anna se sintió feliz, ya que creía tener todo bajo control, pues tras la aparente simpatía de aquellos hombres, supo enseguida que tenían que ser nazis. Estaba segura de no estar confundida, pues había estudiado los hábitos adquiridos entre ellos y esto le hacía ver la realidad de un color distinto. Ella, como siempre, lucía espléndida ante la adversidad. Con la copa en la mano, los dos hombres la miraron. Ella le sostuvo la mirada con una sonrisa que hizo romper el hielo entre ellos.

—No eres argentina, se nota en tu cara ¿o quizás es tu acento lo que me ha confundido?

Anna volvió a sonreír, estaba segura de que en esos momentos estaba dando un paso hacia una conquista que podía ser muy provechosa. El que parecía tener más cara de nazi dijo:

—No estoy muy seguro, pero creo que te he visto antes en una fiesta, espera —dijo pensativo poniendo su mano bajo el mentón— puede ser, quizás, en la casa de los Vargas.

Anna, aquella noche, no dejaba de sonreír. Y siguió sonriendo hasta conseguir que al día siguiente le dolieran los pómulos por forzarse tanto en demostrar aquella coquetería tan estudiada.

Anna, sorprendida, contestó:

—Lo siento, no los conozco, pero si me decido estar aquí más tiempo del que tengo pensado, me gustaría asistir a una de sus fiestas; por lo que veo, si son recordadas con tanto entusiasmo es que deben de ser divertidas.

El nazi, haciéndose el interesante, continuó:

—Cuando quieras. Yo mismo te puedo invitar, soy íntimo amigo de la familia.

Anna se regocijó ante la oferta, ahora estaba segura de que era nazi y que, además, era su presa. Una hora después de una insulsa conversación que se basaba en dar a conocer sus posesiones como gancho para conquistarla, Anna se disculpó, alegando estar cansada después de haber estado toda la mañana de compras. Se retiró con un simple:

—Hasta otro día.

En su habitación repasó mentalmente todo lo que se dijo en aquella pequeña reunión, donde, en poco tiempo, había descubierto muchas más cosas de las que ellos creyeron. Sin ellos saberlo, le habían dado las pautas a seguir en su misión.

Por la mañana llamaron a su puerta. Decidió no contestar, no podía creer que alguien le pudiera molestar, y mucho menos en ese hotel de la más alta categoría. Airada, decidió ignorar la llamada. Su mente, después de la noche pasada, se encontraba vulnerable, aquellos dos hombres se habían portado con ella con demasiada amabilidad sin haber sido presentados por nadie. Esto le hizo dudar. Ahora tenía terror a sus pensamientos, porque se podían convertir en realidad, una realidad que pudiera ser para ella profundamente peligrosa. Aquella mañana, en la puerta de su habitación, habían dejado un ramo de rosas.

Su cabeza parecía funcionar como si fuera un circuito redondo que no tiene ninguna salida por donde poder escapar la energía que le sobra. ¿Y por qué el día que llegó a Buenos Aires cayó aquella nevada si cuando salió del hotel la temperatura era de 20 grados? Esa obsesión, a veces, la perturbaba. No sabía qué le estaba pasando, pero cuando recordaba los episodios que le habían sucedido desde su llegada a Buenos Aires, se le ocurrió que todo lo



que vivió en España había sido un dulce caramelo.

Al día siguiente se levantó de la cama con indolencia, un pálido sol se abría camino entre las tinieblas, empezando a iluminar la ciudad. Por los claros que dejaba la arboleda de la plaza, los tenues rayos del sol caían como cintas de plata sobre el verdor del césped. Se miró por unos instantes al espejo del tocador. Su cara refleja seguridad, se peinaba con las manos la melena. Se veía bella, esto hizo que se le llenase el corazón de dicha, haciéndole, por unos momentos, olvidar sus miedos.

¿Pero quién había llamado a su habitación? La dirección del hotel no lo hubiera permitido, no se podía molestar a los clientes. No quería pensar. Pero ahora pensó pesarosa que debió mirar por la mirilla para saber de quién se trataba, quizá ahora se sentiría más tranquila. Como ya había tomado por costumbre, desde el día en que llegó a Madrid desde Mielec, elegía cuidadosamente su vestuario. Al abrir el armario se sentía presa por la lucha de tener que elegir ante la competición de las grandes marcas exclusivas. Nunca llegaría a entender por qué se necesita tanta ropa para cubrir un solo cuerpo. Esa mañana eligió para bajar a desayunar un camisero de color verde musgo, zapatos planos y un pequeño bolso bandolera que estaba empezando a hacer furor en París. Al bajar las escaleras, la claridad de la mañana, que entraba por un lucernario, le iba tallando las vicisitudes vividas en su rostro, limpio de maquillaje, revelando unos ojos soñadores velados por sus ojeras. Después de desayunar, decidió leer un libro en el jardín.

Anna estuvo dos días sin salir del hotel, hacía una semana que había llegado a la ciudad de Buenos Aires. Aquel día era domingo y, desde que llegó, no había hecho otra cosa más que pensar en el modo de encauzar su estrategia, llegando a olvidarse del día en que vivía. Era temprano y el sol empezaba a asomar, tímido, por el Este. Después de darse un baño, pidió en recepción que le subieran el desayuno a su habitación. Delante de la taza de

café reflexionó sobre lo que había decidido hacer en aquel inmenso país que empezaba a gustarle, a pesar de no tener en quien confiar.

Anna después de haber vivido aquel percance en el que se vio envuelta y que pudo haberle costado la vida, a no ser por la intervención de aquel gigante llamado Pies Grandes y desde entonces solo se había atrevido a hacer pequeñas incursiones por los alrededores del hotel. Pero aquella mañana, por primera vez, se armó de valor y decidió, después del desayuno, pasear por otros barrios. Le apetecía dar un largo paseo mañanero, que, si se encontraba un agradable restaurante, el día lo podía enlazar con el misterioso atardecer, aunque fuera en aquella soledad que a veces le abrumaba.

Ya en la calle, preguntó por una iglesia, necesitaba oír misa para calmar su espíritu. Muy cerca del hotel pudo oírla en una iglesia de estilo francés del barrio de Recoleta. Cuando salió de la iglesia se sentía reconfortada por la homilía del sacerdote, que, al escucharlo con atención, creyó que se la estaba dedicando solo a ella. El sacerdote daba ánimos para hacer todo aquello que se debía hacer, dando pautas para que cada uno hiciera lo que su corazón le dictase, siempre que estuviera acorde con su conciencia. Anna, mientras lo escuchaba, le parecía que era una alocución más de Dios, que parecía estar aconsejándole por boca del sacerdote y estar convenciéndola para que siguiera adelante, porque aquello que estaba haciendo era lo correcto. Con los ánimos reforzados y con mucha dosis de curiosidad, a la salida, llamó un taxi, quería y le apetecía conocer a fondo algunos de los lugares por los que seguramente tenía que moverse. Con el folleto en la mano de los lugares que eran seguros para visitar, le pidió que la llevaran al barrio de Palermo. Cuando se apeó del taxi, se encontraba en medio de un barrio espacioso, donde sus vecinos podían disfrutar de un parque inmenso. Se adentró en el parque, a unos pasos se encontró con una vereda. La siguió hasta llegar a un bosque que parecía escondido, misterioso, con numerosos lagos que habían

sido diseñados, según rezaba en la placa de entrada, por el famoso paisajista francés Charle Thays. Se adentró por aquel bosque que le pareció encantado, donde árboles gigantes se cimbreaban con la brisa en las alturas, impregnando el silencio de melodías. Siguió por una de las veredas empedradas que parecían conducir hacia al infinito, que se encontraba cubierta con una bóveda vegetal para proteger al paseante de las tardes de canículas. La bóveda estaba preciosa, con sus ramas y flores colgantes que se asemejan a lámparas, que, iluminadas por los rayos del sol, hacían resaltar el intenso color amarillo de sus flores. Soñaba que ese era el Paraíso. En unos minutos vio como, poco a poco, el suelo se iba ocupando por familias que extendían sus manteles en la hierba. Son los que solían acudir cada fin de semana para hacer picnic. Se adentró por otra vereda que desembocaba en un bello y cuidado jardín, donde parecía bullir una vida de alegría contagiosa. A un lado, una larga pista de hormigón, donde los jóvenes patinaban con destreza. Algunas de las parejas que se encontró por el camino parecían dirigirse hacia el bosque, buscando lugares recónditos donde poder tener un rato de privacidad para disfrutar de su amor en soledad. Era la hora de comer y decidió salir de aquel recinto y buscar un restaurante. Se dirigió a uno que se encontraba cerca del campo de polo, donde se jugaban los partidos más importantes del mundo. El restaurante era coqueto, del techo colgaban grandes lámparas al más puro estilo criollo. En las paredes había cuadros con alegorías de la vida de los campos argentinos. Una camarera que se hallaba en la puerta la condujo a una mesa, al lado de un gran ventanal, desde donde se podía ver la calle y desde el cual y con tan solo atravesar la calle se encontraba el campo de polo. Se acercó el metre, le dio la carta de los menús y se retiró. Al momento apareció otro metre que apuntó en su cuadernillo el menú que había elegido. Este era un hombre alto, enjuto y de mirada seria que parecía levantar un muro entre él y el cliente. Anna, al mirarlo, sintió un

sobresalto. Al hablar, reconoció, por su acento, que no era argentino. Lo miró con disimulo mientras anotaba su pedido y su corazón se desbocó cuando creía haber reconocido dónde había oído hablar con ese acento tan peculiar.

Cuando el camarero apareció después de unos minutos con la comanda, la miró como si la hubiera reconocido. ¿Sería cierto que le había visto antes en algún sitio? Con el plato delante, a pesar de tener aspecto apetitoso, se dio cuenta de que no podía comer. Se sentía asustada, no habían pasado dos minutos y empezó a recordar... Lo había visto en Sevilla, en la famosa fiesta de la Casa de Pilatos. Miró hacia la puerta y estaba allí, esperando órdenes de los clientes. Ya estaba segura, era uno de los hombres que llevaba la poltrona, con alguien que parecía estar muerto, por aquel pasillo, cuando ella salía de la sala de baños. No supo qué hacer, si esperar más o salir cuanto antes de allí, pero cuando vio que aquel hombre desaparecía tras la puerta de la cocina para recoger el segundo plato, Anna se impacientó y, sin esperar más, cuando se acercó a la mesa para servirle el segundo plato, le pidió la cuenta con urgencia. El camarero le dijo amablemente:

—Pero... ¿no va aprobar el segundo plato tampoco? ¿No ha sido de su agrado? Se le puede hacer otro menú. La casa le invita.

—Lo siento, pero recuerdo que he olvidado algo importante en una tienda que he visitado esta mañana.

El metre la miró, sus ojos desprendían una gran tristeza. Ella bajó los ojos, con esa mirada, quizás en otras circunstancias, hasta habría confiado en él, pero allí se encontraba desorientada, no tenía a quién acudir y el terror la estaba dominando. Ese hombre la había reconocido. ¿Quién podía ser? ¿Y qué hacía en Argentina si ella lo conoció en Sevilla? Estaba metida en un buen lío y estaba sin nadie que la protegiera. El metre la notó inquieta, no supo cómo convencerla para que probase el menú o comiese, al menos, un postre. Ella insistió en que le llevase la cuenta. El hombre se alejó,

apareciendo en unos instantes con una bandeja de plata con la minuta de la comanda, la nota estaba en blanco. Anna abrió los ojos desmesuradamente. ¿Qué quería decir aquello? Se acercó a ella peligrosamente y, con un gesto de disimulo, retiró la servilleta que tapa la manga, que, al ser apartada, dejó al descubierto intencionadamente y por unos instantes parte del brazo, donde tenía la estrella de David.

Avergonzada por haber dudado de aquel hombre, que sin duda había sido perseguido por los nazis, salió precipitadamente del restaurante, dejando un billete en la bandeja. Ya en la calle, intentó serenarse, no le apetecía volver al hotel, pues se había hecho a la idea de volver al anochecer. No podía huir de ella misma, para nada se sentía una cobarde. ¿Y si era verdad que aquel hombre era judío? Atravesó la gran avenida para dirigirse al campo de Polo. Desconoció cuál era la entrada de acceso, desde el restaurante no pudo verla, había demasiada gente. Merodeó por allí unos minutos para enterarse de cómo funcionaba aquello. Entonces vio que cerca de ella había un grupo de hombres que vendían las entradas de reventa. Uno de ellos se acercó para ofrecerle una preferente. Anna lo miró indecisa, no había pensado en comprar ninguna entrada, allí había mucha aglomeración de público. Ante las taquillas se formaban colas interminables, a la espera de que se abrieran para poder comprar las localidades.

Anna se preguntaba: “¿Todas estas colas tan solo para presenciar un partido de Polo?”. Dos muchachos hablaban al pasar a su lado, les oyó decir que era el partido más importante de la temporada y que los aficionados al polo estaban emocionados ante el partido que se disputaba esa misma tarde. Ante tanta gente dudó por su seguridad. Se encontraba nerviosa desde que salió de aquel restaurante, ya no tenía dudas de si estaba siendo observada. A veces, el remordimiento no dejaba de recordarle la treta que hizo para la desaparición de aquellos nazis en la finca de Extremadura, aunque, en su

mente, con inteligente pericia, parecía querer distorsionar los hechos. Se detuvo para mirar con calma a los que tenía cerca de ella, pero no vio a ningún sospechoso. Se relajó cuando vio que todos estaban preocupados solo por poder conseguir una buena localidad. De pronto, se oyó un ruido extraño que venía del cielo, miró hacia arriba y una nube de pájaros que cruzaba a media altura, mezclando su piar salvaje con las no menos salvajes voces de los aficionados. Los pájaros parecían estar huyendo. En esos momentos, las emociones que sintió eran contradictorias, pero tenía que convencerse de que allí se encontraba sola, en un país enorme y sin amigos, poco después se reconfortó al pensar que también se encontró sola en Madrid hasta que encontró a la familia Cohen.

Ahora todo le parecía diferente, era un país demasiado grande y con muchos más nazis que, además, podían tener demasiado poder, sobre todo adquisitivo, por lo cual, podían comprarlo todo. En esos momentos creyó que era más de lo que creía poder soportar, aún a pesar de haberse habituado al disimulo de sus emociones. Estuvo a punto de gritar, pero esa sensación solo le duró unos segundos. Había llegado hasta allí para terminar de hacer lo que se había propuesto. Anna sintió una fuerte tensión que le alteró los nervios ante la posibilidad de toparse con algún nazi de los que conoció en Madrid que la pudiera reconocer. Allí se podía encontrar, en cualquier momento, cara a cara con el enemigo que ella andaba buscando. Pero ese no era el momento, ni tampoco tenía medios para protegerse ante un posible ataque inesperado. Por unos instantes, ante tantos pensamientos funestos, permaneció por unos minutos extrañamente ausente. Se puso a mirar el suelo para que nadie, al pasar junto a ella, pudiera ver el brillo que daban las lágrimas cuando, sin permiso, encharcan las pupilas. Su cuerpo, a pesar de haberse acostumbrado a las tensiones, necesitaba relajarse. Paseó como una autómatas por los alrededores del hipódromo, de repente, un camión de gran tonelaje pasó por

su lado a gran velocidad, la impresión de ser atropellada le provocó un brinco que le hizo pegarse a la pared. Asustada, contuvo la respiración. Un joven bien parecido y vestido con atuendo de montar, unos minutos más tarde, se acercó a ella. Se excusó por el susto que le había ocasionado el camión en el cual eran transportados sus caballos. Con elegante cortesía le invitó a tomar un refresco, Anna se dio ánimos a sí misma, no había motivos para sentir miedo. Había demasiada gente, aquí nadie puede sentirse en peligro.

—¿Es la primera vez que viene a ver un partido? Se lo pregunto porque la veo un poco perdida —y sin esperar respuesta por parte de Anna—: Lo primero que debe saber es que se encuentra en el punto neurálgico de la actividad ecuestre, aquí —dijo con voz elegante y pose de caballista experimentado— vienen gente de todo el país y también muchos extranjeros a disfrutar de este campeonato que se considera de interés mundial.

Caminaron hacia la cafetería, pero cuando él le cedió el paso galantemente, ella cruzó su mirada con la de él. En sus ojos pudo apreciar una mirada que desprendía una férrea disciplina que podía helar la sangre. Era uno de esos hombres que presumían de tener mano dura, al estilo militar, con las que él llamaba “sexo débil”. Pero cuando Anna tuvo más tarde la ocasión de mirarlo de frente y a la cara, solo pudo apreciar una leve sonrisa. No era la misma mirada que ella notó cuando le cedió el paso al entrar por una puerta lateral y exclusiva de la cafetería para los espectadores vip. La cafetería era elegante. Estaba decorada con antiguas sillas de montar de gran valor, mantas, fustas... Todo allí rezumaba un gran refinamiento. En la barra solo se hablaba del partido y de los posibles ganadores. Anna solo escuchaba, no sabía nada de este deporte, cuando su acompañante se dirigió a ella, le sonrió. Se disculpó, aún no le había dicho su nombre, ni tampoco le había presentado a dos amigos, que, junto a ellos, hablaban de caballos en términos técnicos. Y dirigiéndose a ella:

—Yo soy Alberto.

Anna dudó por un instante antes de pronunciar su nombre, ella no lo conocía. ¿Y si fue él quien intentó atropellarla? De nuevo la empezaron a acosar las dudas y con tranquilidad dijo:

—Soy Cristina.

Y, seguidamente, se dirigió a sus amigos para presentársela. Después de las presentaciones, cuando sus acompañantes empezaron a hacer comentarios sobre el partido que estaba a punto de disputarse, ella, que no sabía nada de caballos, los miraba mientras seguía la conversación que mantenían entusiasmados. No tardaron en darse cuenta de que ella no entendía nada de lo que hablaban y de qué se trataba aquella competición. Entonces, amablemente le explicaron cómo se trabajaba la doma. Con entusiasmo de deportista dijeron que los caballos de polo eran especiales, ellos eran propietarios de algunos de los ejemplares que iban a competir aquella tarde.

—Yo estoy —dijo uno de ellos— orgulloso de mi yeguada, creo que son mi vida.

Anna entendió que ese fuera su medio de vida, pero hasta el extremo de ser lo más importante de ella... El que parecía tener tipo de jockey (Anna lo dedujo por su delgadez y estatura) comentó que en algunos partidos el esfuerzo que hacen los caballos es brutal, por esa razón se miman tanto.

Un altavoz interrumpió las conversaciones cuando Alberto le estaba ofreciendo una localidad preferente para que presenciara junto a él el partido. Algo muy grave estaba pasando en las caballerizas cuando estaba a punto de empezar el partido. Una enorme pitada se hacía oír en el estadio, esto hizo que estallase una sublevación entre el público asistente. Un revuelo, convertido en murmullos, se empezó a extender por la cafetería cuando alguien dijo que a uno de los mejores caballos, no se sabía aún el motivo, se lo habían encontrado muerto en los boxes. Otros rumores apuntaban a que se



trababa de una terrible epidemia que había llevado uno de los caballos comprados en Londres, que podría contagiar a todos los que estuviesen en contacto con él. Mientras, en la calle aún no estaban enterados. Se hacían apuestas entre los aficionados por el favorito caballo ganador. Alguien alertó de que algo grave estaba pasando dentro, las taquillas se bloquearon, la gente que había comprado sus boletos de apuestas vociferaban ante las taquillas para que les devolvieran el dinero.

El acompañante de Anna se ausentó precipitadamente, dejándola sola en la cafetería y sin dar ninguna explicación. Mientras dos mujeres jóvenes apostadas en la barra, de aspecto refinado, miraban a Anna analizándola con su mirada, poco después llegó una tercera mujer que se unió a ellas. Era una mujer de aspecto mundano, elegantemente vestida. Al verlas cómo miraban a aquella descocida, les dijo fríamente:

—¿Aún estáis al acecho? ¿Acaso ese tipo que acabo de cruzarme con él, y que estoy segura que estabais muy cerca de él? ¿Creéis de veras que es digno de vuestra espera? —y sin dejarlas a que pudieran abrir la boca, dijo con saña—: Lo vuestro es enfermedad, y yo os puedo asegurar que ese tipo no es bueno para nadie.

Y lo dijo con tanta vehemencia y con tanta seguridad, que parecía rayar el odio hacia aquel hombre del que estaba hablando.

—No os ha dicho que es ludópata y, además, mujeriego.

Las dos muchachas que escuchaban aquellas advertencias de aquella mujer que parecía conocerlo bien, no le importaban en absoluto. Ahora, esta mujer que parecía despechada, al dirigir su mirada hacia donde se encontraba Anna sus ojos, al cruzarse con los de Anna, parecían echar chispas. La que creía saberlo todo sobre el hombre que invitó a Anna a presenciar aquel partido de polo siguió diciendo:

—Aunque, claro, todo esto lo sé por propia experiencia, eso no lo puedo

negar. Es tierno cuando se lo propone, a veces es genial, a mí hasta llegó a enloquecerme, pero, como podéis comprobar, ya estoy curada de espanto y no le guardo ningún rencor, tan solo pretendo que abráis los ojos —y mientras caminaba hacia la puerta de salida les dijo:

—Os merecéis algo mejor, este hombre es un truhan y puede haceros mucho daño. Además, no olvidéis que es alemán.

Después de oír aquella conversación que mantuvo la elegante dama con aquellas jóvenes, no esperó a que regresara el don Juan y decidió salir. En esos momentos no le convenía para nada ser seducida por aquel hombre, pero, nada más salir, y ya en la calle, reflexionó: “era alemán”. ¿Pero qué hacer? En medio de su confusión dudaba si volver a entrar de nuevo, reflexionó: ¿cómo podía querer volver a entrar si no poseía ningún pase vip?

Compró una entrada de reventa cerca de la clase vip. Entró con prisas. Se acomodó mientras buscaba con la mirada al nazi. El campo ya se encontraba lleno hasta la bandera de un público devoto. De repente, y al unísono, de nuevo se oyó un clamor de voces que se unieron a las que se encontraban en la calle. Todas eran palabras discordantes que denunciaban el retraso del encuentro. En un momento de furor colectivo, las voces llegaron a retumbar en la zona como si se tratara de aullidos de fieras salvajes que se encontraran fuera de control. La protesta era promovida por haber pasado de tiempo diez minutos del margen permitido para comenzar el partido. Cuando los aficionados llegaron al máximo de la protesta y su paciencia llegó a límites insospechados. Una voz desde un altavoz con connotaciones graves hizo el milagro del silencio. Esa voz andrógina fue escuchada por cientos de espectadores con el más absoluto silencio.

Cuando el público escuchó lo que aquella voz anunciaba, un murmullo de desaprobación hizo que en las gradas se sublevaran los aficionados mientras se producía un terrible caos. Esa voz anunciaba la suspensión del tan

esperado partido, alegando que el contratiempo era ajeno a la voluntad de los organizadores, habiendo sido el causante un incidente grave ocurrido en las caballerizas, por lo tanto, este suceso hacía imposible que se pudiera disputar el partido. Anna, al escuchar la información y al ver cómo el público se enfurecía, fue hacia la puerta por donde había entrado. Asustada, oyó cómo de nuevo el público bramaba cada vez más enfurecido. Desde el pasillo de salida, donde ya se encontraba se podían oír los gritos de desencanto de los aficionados. En unos segundos, el júbilo se transformó en un estado de histeria colectiva, ya que no se podían creer que se hubiera suspendido el partido más importante de la temporada. Ante tanta ira, la policía se vio obligada a intervenir cuando la muchedumbre bajó enloquecida las gradas para invadir el campo. En su precipitación, muchos de ellos rodaban por los empujones recibidos como pelotas de goma por entre las butacas de las localidades próximas al campo. Otra gente, como Anna, corría por los pasillos interiores buscando una salida con gran desesperación. Aquello se había convertido en un polvorín. Al salir de aquel tumulto, un taxi la llevó al hotel.

## CAPÍTULO XXXIV

### BUENOS AIRES

Aquella mañana, cuando salió de su habitación, en la puerta, vio un ramo de rosas en el suelo con una nota que decía:

—Tenemos que vernos. Creo que sabes quién soy.

En el reloj del Hall empezaban a sonar las nueve campanadas. Anna rechazó el ascensor. Mientras bajaba las escaleras, recordó al gigantón y empezó a dudar de aquel desconocido, que no había vuelto a ver desde hacía

una semana, y empezó a sospechar. ¿Y si pretendía su confianza, pero no precisamente para ayudarla? Pero solo sabía que no podía aceptar ayuda de un desconocido. Sus planes, desde el principio, se había concebido para hacerlos en solitario.

Mientras desayunaba, empezó a creer que las rosas eran del nazi. Sin embargo, para ella, era una oportunidad única que no podía despreciar. Salió a la calle, ya estaba informada de que los restaurantes en Buenos Aires no tenían horarios fijos para servir comidas, por lo tanto, decidió no tener prisas a la hora de buscar un restaurante para comer. Por primera vez en una semana se sentía cómoda. Miró su bolso, tenía suficientes pesos para hacer algunas compras y comer en algún restaurante típico. En el paseo se cruzó con gente de lo más variopinta. En sus largas avenidas se respiraba un ambiente divertido y, al mismo tiempo, refinado y culto.

En la avenida Corrientes, siempre interminable, caminó una hora, había mucho que ver. Pidió un taxi, el taxista la dejó cerca del Congreso Nacional, edificio que fue confitería del Molino, y el café de los Angelitos, uno de los emblemas de la ciudad. Paseaba confiada por aquellas calles que atesoraban la esencia pura del porteño. Un joven publicista se acerca a ella. Al verla despistada, le dijo:

—¿Desea que le informe del lugar donde se encuentra?

Lo miró agradecida, el joven se mostraba encantador, diciéndole que se encontraba muy cerca del lugar donde, cada día, se reunían artistas con el mayor cantor de tangos de la historia como Gardel y que el cantante siempre iba acompañado por su entrañable amigo, el jockey Irineo Leguizamo. Agradeció su información, prefirió seguir caminando para saborear aquel ambiente tan bonito. El joven le comentó sobre dónde se podía comer rodeada de un ambiente patrio.

A las dos y media, hora española a la que se había acostumbrado a

comer, se dirigió hacia el restaurante Las Violetas, un lugar que, según le contó aquel joven publicista, se cuenta que era frecuentado por presidentes de gobiernos y políticos cuando se encuentran en la ciudad. Antes de entrar se quedó parada ante la puerta, ya que era un restaurante típico criollo. El metre, desde la puerta del comedor, al verla, la invitó a entrar. Se dirigió a ella para conducirla hacia una mesa desde la cual, estratégicamente, podía dominar casi todo el comedor. Se sentó y pidió la carta. Lo pensó mejor y dejó que el metre decidiera. El hombre le sugirió una exquisita carne a la brasa. Mientras se alejaba, iba apuntando en su cuadernillo algo que Anna ignoraba iba a comer. Miró con detenimiento a su alrededor, todo le gustaba de aquel restaurante: su decoración estaba inspirada en el glamur de las grandes divas que, en su día, solían frecuentarlo. Anna nunca se había sentido importante ni tan alta su autoestima como en esos momentos, comiendo en aquel restaurante donde habían estado tantas personalidades, que alguno de ellos había logrado, seguramente, llegar a lo más alto por sus hazañas y logros profesionales. Ella se sentía grande al pensar que estaba en aquel país para hacer algo quizás también grande, como desenmascarar a los asesinos de media Europa. Se sintió emocionada al pensar que se encontraba comiendo en uno de los restaurantes preferido por las estrellas del celuloide. Anna suspiró por primera vez, desde hacía mucho tiempo, de felicidad, se sentía a gusto. Todo era refinado. En una de las paredes vio una foto de María Callas junto a Onassis, y siguió mirando una sucesión de caras conocidas, divulgadas en la prensa que, en su día, y en su estancia en Buenos Aires, frecuentaron aquel mítico restaurante. Después de la comida, paseó plácidamente por los jardines del barrio, necesitaba saborear esos momentos de sosiego que tanto estaba necesitando.

Cuando llegó al hotel, al atardecer, en recepción le dijeron que tenía una llamada. Esto hizo acelerar su corazón. Pidió que se la pasaran a su

habitación. Cuando entró en el ascensor, dentro se encontró de cara con un hombre alto, delgado y con un enorme sombrero de ala ancha. La miró mientras rozó con su mano el ala de su sombrero. Como una niña medrosa, se acurrucó en una esquina. Cuando hizo la parada en su piso, salió corriendo hacia su habitación. Entró, cerró la puerta y, con voz entrecortada por el esfuerzo y la incertidumbre, cogió el teléfono. Una voz, al otro lado del hilo, que fingía ser cálida, la invitó a visitar su hacienda. Tomó asiento en la butaca que se encontraba cerca del teléfono. Aquella voz... Silencio.

—Soy Walter.

Las piernas le temblaban, la invitación la estaba formulando nada menos que el propio nazi arrogante al que había conocido hacía unos días en una noche después de un concierto de Haendel, cuando tomaba una copa en la cafetería del hotel. Con el teléfono en la mano, sintió que en esos momentos empezaba para ella una nueva etapa en la que, conscientemente, se iba a subir a un carrusel desenfrenado que se podía transformar en cualquier momento en un laberinto. Seguramente, este podía ser el comienzo de su trabajo, pues era necesario para ella acudir a esa hacienda. Aquella invitación podía a significar mucho para ella, sobre todo por las informaciones que podía obtener al asistir a sus fiestas. ¿Pero sabía acaso el precio que tenía que pagar por ello?

—Anna, ¿estás ahí?

Después de un corto silencio que a Walter le pareció eterno, Anna le dijo que le dejara pensarlo.

—¿Eso quiere decir que sí, que aceptas la invitación?

Colgó el teléfono. La mano con la que había sostenido el teléfono la tenía ardiendo y las piernas le temblaban. A pesar de tener una semana para pensárselo, no tenía ni idea de cómo salir airoso de esta aventura. Mientras, como siempre que se encontraba nerviosa, se retocó las uñas. Aquella noche

tuvo una premonición que no supo definir, pero llegó a la conclusión, después de mucho pensar, que tenía que estar muy alerta si aceptaba aquella invitación. Paseó nerviosa por la habitación, se asomó a la ventana, pero la contemplación del bello jardín no hizo que cesara su inquietud. Se sentía extraña, en su interior sintió que recibía una serie de mensajes, destacando entre ellos uno que la dejó perpleja, este decía: “En la conveniencia, el hombre siempre debe dejarse guiar por las advertencias”. ¿Pero qué advertencias?

Unos minutos después, echada boca arriba encima de la cama y mirando hipnotizada la lámpara que pendía del techo, pensó que quizás era un aviso de los muertos que fueron mártires de aquella horrible tragedia, no llegando a entender por qué, pero, de alguna manera, ella intuía que quizás esa comunicación que estaba percibiendo solo era posible porque, al tener los vivos a veces tantos problemas, ellos, los muertos, desde el más allá, nos los intentan solucionar a su manera. Aquel día no volvió a salir de su habitación y anotó, con minuciosidad, en su libreta todo aquello que le estaba pasando. Se acostó temprano y durante aquella noche pasó por distintas fases del sueño. Al despertar, se encontró en un estado melancólico, poniendo toda su atención al recuerdo de su vida en Mielec, antes de conocer a Samuel Karsirski, reviviendo una vez más la buena y la mala fortuna de su vida, temiendo que el sueño que tuvo aquella noche quizás sería el primero de muchas noches que tendría que vivir, llenas de turbulencias y de desasosiegos. Al levantarse de la cama, se dio cuenta de que todo aquello que le dijo el nazi no era una pesadilla, sino una realidad palpable. Por la mañana, al levantarse, se dio una ducha reconfortante. Mientras, se atrevió a canturrear. No sabía el motivo, era una canción de moda. Mientras, el agua corría, cálida y suave, por su espalda.

Cuando abrió el armario ropero reflexionó:

—¿Por qué tantos trajes para elegir? Tantas marcas de exclusivas de los mejores modistos.

Mirando todo aquello se sintió avergonzada por aquel derroche, pero era la llave que le abría las puertas de los elegantes salones. Mientras elegía, se decidió por un sencillo traje de mañana, ajustado a la cintura. Se lo puso. Cuando se miró al espejo, se vio como una desconocida cuando los sentimientos se contradijeron y se repitió: “¿Por qué he aceptado esa invitación? ¿No estaré portándome como una inconsciente?”. De repente, empezó a sentirse nerviosa ante aquellos pensamientos. Uno de los pendientes que se llevó a la oreja cayó al suelo por no haber sido bien ajustado. Mientras, su cabeza no dejaba de darle vueltas al mismo tema: si tan solo había departido con él y su amigo una conversación insulsa y sin sentido. Desde esos momentos, aquella invitación le pareció sospechosa.

Pasaron dos días después de la invitación del nazi, que aún Anna no tenía la seguridad de aceptar. Cuando, inesperadamente, fue invitada a una de las fiestas exclusivas que solía dar Dorotea de Vístula en su residencia del barrio de Recoleta, donde era habitual reunir allí a lo más selecto de la sociedad porteña. Ella y la anfitriona de la fiesta a la que había sido invitada, recordó Anna, que se conocieron en un elegante establecimiento de joyería cuando Anna, ante una manta, elegía unos pendientes de diseño exclusivo, engarzados en oro blanco y diamantes. Cuando Anna se disponía a probarse uno de los pendientes para ver el efecto que hacían en su cara, vio cómo se interpuso en el espejo una cara reflejada de una desconocida por ella, de aspecto distinguido, pero vestida con ropas nada convencionales. Le sonrió. Al instante, se disculpó ante el gesto de desagrado que hizo Anna.

—Siento —dijo— si te he molestado. Ha sido una torpeza por mi parte, solo quise saber el efecto que hacían estos pendientes que hace media hora estaba dudando en comprármelos o no, que ahora, vistos desde otra



perspectiva, son más bellos. Creo que en mi rostro no lucen tanto, y sin duda —dirigiéndose a la dependienta— no me había dado cuenta antes de que estos pendientes tienen un diseño exquisito, sencillo, pero impactante.

Anna no sabía qué decir. Se quitó el pendiente y lo depositó en la manta que tenía ante ella. Mientras tanto, la dependienta sacó de la vitrina otra colección para que eligiera la señora, pero antes de decidirse por uno de ellos miró hacia Anna.

—Disculpa mi torpeza, he debido presentarme antes, soy Dorotea de Vístula. No la había visto antes por aquí. ¿Es extranjera? Perdona de nuevo, la verdad es que he sido una entrometida, es un defecto que debe venirme de nacimiento —dijo sonriendo a Anna—. Como desagravio a mi torpeza le invito a una fiesta que doy en mi casa.

Por unos instantes, aquella mujer se quedó pensativa:

—Hoy es jueves, pues la cita en mi casa es para el próximo sábado. Perdona, creo que te estoy dando poco margen de tiempo para que puedas elegir con tranquilidad todo aquello que nos hace a las mujeres, a veces, ser la más bella de la fiesta, y todo por la tontería de querer deslumbrar a los hombres. Claro, que ya sabes cómo somos las mujeres cuando entramos en faena.

Anna no abrió la boca, solo escuchaba a aquella mujer que parecía querer incluirla en su círculo de amistades.

—Ahora te pido, por favor, que me ayudes a elegir. Hay tantos y todos de tan diferentes diseños que no sé si yo sola voy a saber acertar con en esta colección tan extensa.

Después de haber visto todos los muestrarios de la joyería, Dorotea señaló un par de ellos con el dedo:

—¿Te parecen bonitos estos?

Anna intercambió una mirada con la dependienta. Estaba eligiendo los

primeros pendientes que vio y que había rechazado en dos ocasiones.

—Estos —dijo— creo que son los más originales.

Y después de mirarlos detenidamente preguntó:

—¿Qué opinas? —refiriéndose a Anna, que contestó, perpleja.

—Sí, estos son preciosos —y miró de nuevo a la dependienta por la extraña situación.

La mujer los miró de nuevo detenidamente y, acercándose al lóbulo de la oreja, afirmó:

—Creo que me los quedo —y dirigiéndose de nuevo a Anna—: Gracias por ayudarme a elegir. La verdad es que si no hubieras estado aquí, no me hubiera decidido por ninguno.

Dorotea abrió el bolso poco antes de que Anna saliera de la joyería, alargó su mano para darle una tarjeta acompañada de una sonrisa de amistad. Dorotea, después de hacer su compra, se despidió de la dependienta con un guiño de complicidad. Al salir a la calle vio a Anna cómo se alejaba calle abajo. La llamó por su nombre, levantando la voz para decirle con familiaridad:

—Espero que no faltes, pues estoy segura de que allí puedes encontrar gente interesante.

No obstante, en dos zancadas se puso a su lado:

—Querida, solo quería recordarte de nuevo lo de mi fiesta, ya sabes, es este sábado. Te espero, creo que no te vas a arrepentir. No faltes a mi cita, me has caído bien. ¿Sabes? Yo solo invito a mis amigas.

Y siguió por el camino opuesto, dejando a Anna sin saber qué pensar de aquella mujer, aunque, enseguida y sin apenas proponérselo, supo de su carácter sin conocerla, porque le pareció, cuando se encontró con ella en la joyería, que se encontraba en España, al lado de Laura Steinman.

Anna sacudió la cabeza ante este conato que ella le llamó locura

transitoria, producida por la soledad. Necesitaba pensar y empezó a caminar sin rumbo. ¿Quién era aquella mujer? En la joyería, la dependienta parecía conocerla muy bien. Sin duda, aquella mujer se encontraba sola como ella, a pesar de presumir de hacer fiestas para sus amigos, pero ¿por qué quería entablar amistad con ella? ¿No sería, quizás, esa mujer el instrumento de aviso de algunas de sus premoniciones? En su paseo, distraída con sus pensamientos, pasó por delante del cementerio de la Recoleta, ubicado en el distinguido barrio que daba su nombre. Ante la puerta principal se quedó parada, le parecía impresionante. El pórtico estaba formado por cuatro columnas de orden dórico. En ellas estaban cincelados los primeros símbolos de la vida y la muerte. Se detuvo para leerlo. Allí estaban escritas once alegorías: el huso y las tijeras, que significan el hilo de la vida, que esta se puede cortar en cualquier momento. En otra de las columnas, la cruz y la letra P, que aparecía entre paréntesis. Esta inscripción explicaba su mensaje diciendo que era la Paz de Cristo, que se respira en los cementerios. Siguió leyendo. Le gustaría poder leerlos todos, pero, en un momento, se llenó la puerta con un grupo alborotado de turistas franceses que hicieron casi imposible su lectura. Se apartó del bullicioso grupo y, cuando estos desaparecieron, de nuevo reanudó la lectura. Allí había también una corona que rezaba así: “Este símbolo es un voto de recuerdo permanente”. En la misma columna, una esfera con alas que simbolizaba el medio de comunicación en el proceso de la vida y de la muerte, pues gira incesantemente ante nosotros. Parada ante aquellas columnas recordó los libros que leyó en la finca extremeña. Había tantas enseñanzas en ellos y tanta gente que prefieren ignorarlas. ¿Pero por qué? ¿No será que el hombre necesita de la ignorancia para hacerse más osado? En otra de las columnas se distinguía una abeja laboriosa. Bajo aquella abeja, una serpiente mordiéndose la cola que nos dice con su actitud que ella es el principio y el fin de todo. A

su lado un reloj de agua clepsidra, que nos hace ver cómo transcurre el tiempo junto con el paso de la vida. Mirando aquel pórtico magnífico se quedó unos momentos pensativa. Esos mensajes parecían estar escritos por alguien que quería que ella los leyera. Dentro del recinto sagrado, no sabía qué pensar, aquellos enormes mausoleos de mármol, tumbas con estatuas angelicales, distinguiéndose cada uno por su variedad de estilos arquitectónicos, estaban firmados por afamados escultores que allí habían grabado sus firmas con el propósito de hacerse también inmortales. Allí se podía apreciar cómo se anunciaba, a bombo y platillo, el estatus social del difunto.

Anna, al encontrarse ante este cementerio el más peculiar y hermoso que había visto jamás, se recreó paseando como lo hacía cualquier turista. Allí todo era diferente, la muerte no parecía trágica, pues dentro de aquel recinto todo se “vivía” de una manera especial. Las gentes se paseaban, mezclándose con las tumbas, mientras van conversando quedo, para no perturbar a los durmientes. A veces y en aquel especial silencio solo se podía oír el crujir de las pisadas de los vivos, algunos visitantes solo entraban en aquel recinto sagrado para recordar que también ellos tienen que llegar al sueño eterno, admirando los tétricos parterres de flores tristes y calladas.

En un banco de piedra, y ante la tumba de un antiguo dirigente político, dos ancianos hablaban a media voz mientras jugaban al ajedrez. En otro banco, un matrimonio anciano, delante de una tumba, bebía mate, familiarizándose, quizás, con el entorno que pronto les acogería. Sentados en el césped, algunos jóvenes se entretenían contemplando los abundantes gatos que corrían y saltaban de tumba en tumba, sabiéndose los únicos habitantes del cementerio que se podían mover a pesar de vivir allí. Anna salió del cementerio impresionada, pensativa. Llegó al hotel, se sentó en uno de los gabinetes exclusivos para los clientes y esperó la hora de la cena mientras

ojeaba una revista de actualidad. Dejó la revista, ya que se aburría y decidió subir a su habitación. Se sentó junto a la ventana. El cielo comenzó a oscurecer. Se empezó a levantar una brisa desagradable que se tornó en viento. Se levantó para cerrar la ventana. Tras el cristal vio, en el horizonte, cómo se estaba formando una tormenta que, en unos segundos, se desató con virulencia. Una sonrisa se escapó de sus labios al imaginarse, mientras observaba a los viandantes que atravesaban el semáforo con sus paraguas bajo la lluvia, que desde su atalaya los veía como si fueran cangrejos apresurados y amontonados por la marea humana. Un paraguas solitario se escapó de las manos de su dueña, pasando por encima de las cabezas de los viandantes, flotando sostenido por el viento como si fuera mágico.

Se apartó de la ventana. Pensó en Dorotea, no sabía quién podía ser, pero la podía asociar con una de esas ricas herederas que buscan y no encuentran ese sueño que es, a veces, tan difícil como el llegar a ser amada. Se quedó atónita ante ese pensamiento. ¿No sería, quizás, aquella mujer su alma gemela que, como ella, aparenta ser lo que no es? Pero ¿por qué tanto derroche de fingimiento? Aquel día y mientras la observaba en la joyería, le pareció ver su propia vida reflejada en aquella mujer. Ella parecía también estar necesitada que alguien la protegiera y la amara. Quizás, si llegara a prolongarse su estancia en aquel país, algún día podrían llegar a ser buenas amigas, aunque para Anna era muy difícil, tediosamente difícil. En su vida ya no quedaba nada que dar, ahora solo vivía para culminar su venganza. Se vistió para bajar al comedor, era su hora de la cena. Se puso un vestido enterizo que hacía destacar su esbelta figura, de color rojo granate, y unos zapatos de tacón alto de color negro, un broche con la figura de una rana con dos gemas en los lomos y las patas salpicadas con pequeños brillantes. Ese era todo su atuendo. Ya se encontraba vestida y dispuesta para ir al comedor cuando sonó el timbre del teléfono. Al otro lado del hilo telefónico pudo oír

la voz de Walter, que, con exquisita amabilidad, le dijo:

—¿Has cenado?

Sorprendida, le contestó sincera, al pillarla desprevenida:

—Estaba preparada y pensaba bajar al comedor en estos momentos.

—¿Te gustaría acompañarme a cenar fuera del hotel? Podríamos ir al barrio de las cañitas, es la zona gastronómica de moda en la ciudad y con más restaurantes que cualquier otro barrio. También puedes encontrar tiendas exclusivas de artículos de cuero, comprar vinos, licores... aunque, quizás, lo que más presiento que te pueden gustar son las infinitas tiendas de antigüedades. Como verás, es muy tentador lo que te estoy ofreciendo —y siguió hablando con ese acento que ponen algunos hombres para convencer—: No es necesario ir muy lejos, tampoco hace falta que te pongas muy elegante. Donde quiero llevarte es a un restaurante no muy lujoso, pero tiene unos fogones que da gusto comer, y donde podemos deleitar, al mismo tiempo, dos de los sentidos, el del gusto y el del oído, al arrullo de un melodioso tango. ¿Verdad que es tentador?

Anna escuchó la propuesta, que sin lugar a dudas era tentadora y siguió sin decir nada.

—Pero si te digo que vamos a estar los dos solos... —siguió hablando el nazi con mimo para convencerla.

Anna se debatía entre sus pensamientos medrosos que parecían querer estrangularla y las ganas de pasar una noche divertida en un lugar especialmente porteño. Con un sí, que parecía un susurro, aceptó finalmente.

La cena transcurrió muy agradable para Anna. Bailó tangos como una porteña más, bajo la luz tenue del escenario, donde las parejas disfrutaban con el son melodioso de un acordeón. La velada se le hizo corta. Ya de madrugada, salieron del salón restaurante y pasearon por aquella manzana. Un coche les seguía y Anna se impacientó. Walter le dijo:

—Es mi chofer; le dije viniera a recogernos. Por la noche, andar por las calles es peligroso, aunque estemos en la zona más protegida de la ciudad.

Cuando llegaron al hotel, Walter le pidió tomar la última copa de aquel día. Anna se disculpó alegando estar cansada. Aquella noche estaba siendo inolvidable para ella, pero un miedo atroz le empezó a invadir, no podía enamorarse de ese hombre que, a la postre, no era sino un nazi. Entraron en la cafetería, aún quedaban algunos rezagados que no querían irse a dormir. La convenció y se sentaron en una mesa que se encontraba parcialmente oculta por una columna. Mientras tanto, al mirarlo, se preguntó: “¿Qué fascinación podían tener aquellos nazis para ella?”.

¿Sería ese su destino? El de enamorarse para luego tener que matarlo. Walter, al verla tan pensativa, le cogió una mano, que Anna retiró como si le hubiera dado una descarga eléctrica. Él, ante este gesto, sonrió.

—Solo quería que supieras que se me está haciendo eterno el tiempo, pues deseo con todas mis ganas que venga ese día en el que puedas pasar un fin de semana en mi hacienda.

Anna se quedó perpleja y, al no saber qué contestar, dijo como si ella también hubiera estado esperando desde hace mucho tiempo esa invitación:

—¿Para cuándo sería, exactamente, esa invitación?

Él tampoco parecía saber la respuesta y le dijo:

—Yo te avisaré. Solo quería saber si tú estabas dispuesta a aceptar. Tan solo estoy esperando terminar unos asuntos que tengo pendientes. En cuanto termine esta gestión, te avisaré. Solo quiero que lo tengas en cuenta.

Anna se quedó pensativa:

—¿Tu silencio quiere decir que sí?

Después de unos minutos, que al nazi se le hicieron eternos, contestó Anna:

—El sábado de esta próxima semana lo tengo comprometido. Estoy

invitada por una amiga para asistir a la fiesta que da en su casa. Me pidió encarecidamente que no faltara.

—¿Esa amiga se llama, casualmente, Dorotea?

—¡Sí! ¿La conoces?

Y sin más preámbulos:

—Yo también estoy invitado, pero, por la razón que te he dicho, no creo que pueda asistir. Seguro que lo vas a pasar muy bien. Dorotea tiene mucha experiencia en organizar estos eventos.

Salieron al jardín del hotel, las estrellas iluminaban los senderos perfumados por los rosales y los jazmines. Pasearon como si fueran dos enamorados que empezaban a conocerse. Los dos se miraban con timidez. Después de un largo silencio, bullicioso y lleno de fantasías en la cabeza de Anna, el nazi rompió el encanto cuando dijo:

—No te comprometas con nadie para este mes que viene, será, seguramente, para la primera semana cuando podamos ir a mi hacienda.

Y se despidió de ella con gran optimismo. Volvió la cara y, como recordatorio, le dijo con una sonrisa:

—¡No lo olvides!

El día de la fiesta que daba Dorotea, Anna, después de elegir con sumo cuidado su vestido, se presentó en la mansión con una soltura que parecía querer desafiar los límites de la elegancia establecidos. La mansión se hallaba ubicada en la zona residencial del barrio de Recoleta. Mientras hizo el recorrido desde el hotel hasta la casa de Dorotea, pudo contemplar que la avenida por donde circulaba estaba enmarcada por una tupida arboleda, en algunas de las casas, y la planta baja se había convertido en cafés emblemáticos. Las fachadas lucían rótulos donde se anunciaban los logotipos de las tiendas exclusivas. Al fondo de aquella avenida pudo ver, cuando se acercaba el taxi, que iban hacia una zona donde solo había grandes mansiones



de bellas fachadas francesas. El taxi se paró ante un noble edificio que se encontraba dentro de la zona más elegante de Buenos Aires. Bajó del coche. Anna miró el edificio. Era como lo había imaginado. En su contemplación desde la calle le pareció estar delante de un estuche de lujo, pero que guardaba tan solo una joya. La puerta de la casa no era nada común, vista desde la calle se veía especial, de color almendra fresca, con brillo natural. Debía estar hecha por una experta mano artesana, a pesar de haber sido fabricada con técnicas tradicionales de la zona daba la sensación de estar equipada con los últimos avances en tecnología de aislamiento y seguridad. La entrada o zaguán de la casa desprendía elegancia y suntuosidad que, mezclada con alarde de imaginación y buen criterio, estaba decorada con objetos y complementos sencillos, pero impactantes, procedentes de los diversos viajes realizados por la dueña.

Un hombre del servicio de seguridad, al verla parada en la puerta del zaguán, se acercó a ella para que entrase. El guarda le sorprendió. Parecía sacado de un catálogo de un gimnasio, era alto, atlético... Cuando Anna lo miró a la cara, le pareció haber visto antes aquellos ojos que parecían hablar por sí solos. Apartó la vista inmediatamente, tenía que desechar los temores, había llegado la hora de intentar divertirse. Por unos minutos, se encontró sola en medio del hall, esperando ver a alguien que la condujera al salón. Una suave melodía invadía toda la casa. Vestida con un lujoso vestido rojo de su modisto preferido, Valentino, admiraba la decoración. Allí se quedó varada como una barca en la arena de la playa, mirando con curiosidad todo lo que le rodeaba, sin saber que Dorotea la miraba y espiaba sus movimientos desde lo alto de las escaleras. Poco después se oyó la voz de la anfitriona desde lo alto:

—Anna, querida, ¿estás ahí?

Anna miró hacia arriba, desde donde salió la voz que, con acento

cariñoso, le dijo:

—Enseguida estoy contigo, querida.

En unos minutos, Dorotea estaba ya con Anna.

—¿Te gusta mi casa? Parecías sentir satisfacción cuando mirabas la decoración. ¿Sabes? Hacía unos minutos que te observaba sin que te dieras cuenta, pero no me lo tomes a mal. Cuando llegues a conocerme mejor, verás que lo hago con todos mis invitados.

Por toda respuesta, Anna le dijo:

—Tienes un gusto exquisito, porque, supongo, la has decorado tú. Espera —le dijo Anna cerrando los ojos a modo de halago—. Creo ver tu mano en cada rincón, a pesar de que aún nos conocemos poco.

Dorotea sonrió, la tomó del brazo mientras le dijo:

—Entremos en el salón, porque no estoy muy segura, pero creo que eres la última en llegar.

Entraron las dos en el salón, con un bufet bien surtido, donde los invitados charlaban y tomaban copas y los más tragones degustaban unos deliciosos canapés antes de la cena. El salón estaba decorado al estilo inglés. Los sillones del siglo XIX estaban tapizados en cretona de flores llamativas, dándole al salón un toque de alegría. Dorotea se acercó al buffet:

—¿Te apetece tomar algo?

—Un Martini seco, por favor.

Mientras tanto, buscaba con la mirada distraída al arrogante nazi que, desde el día que lo conoció, presintió que tenía que ser uno de los peces gordos que andaba buscando. Oyó una voz tras ella:

—¿Buscas a alguien, querida?

—Oh, no, perdón, estaba distraída —mientras mentía como si fuera una niña cogida en faltas en la clase de lengua.

—Si buscas a Walter, creo que está a punto de llegar. Hace media hora

me llamó para saber si estabas aquí, y yo le dije que sí. ¿Hice bien?

Anna no supo qué contestar, aquella mujer parecía tener la virtud de desconcertarla. ¿Qué estaba urdiendo? ¿Qué pretendía de ella? La cabeza de Anna bullía como una olla a presión mientras las dos se movían por el salón y era presentada por Dorotea a los invitados como una amiga “especial”. Ella, acostumbrada ya a estos eventos, saludó a los que se cruzaba, repartiendo sonrisas. La orquesta se hacía oír con acordes que anunciaban el comienzo de la cena. Al entrar en el comedor buscó con la mirada su puesto en la mesa. Un brazo en alto se distinguió de entre los demás. Miró mientras saludaba a un caballero que pasaba a su lado. Ella se hizo la distraída:

—Dios mío, esto no puede estar ocurriendo.

Anna sabía que, durante la cena, debía tomar una decisión con respecto a la invitación del nazi. Este pensamiento le llenaba de zozobras. De pronto, tras ella, alguien apretó su brazo con cariño. Anna miró y era Dorotea, que parecía animarla. ¿Animarla para qué? De pronto, ya sabía de quién era ese brazo en alto que vio nada más entrar en el comedor. Él se levantó y se dirigió hacia ella. Anna puso cara de sorprendida:

—Eres tú. ¡Qué sorpresa!

Dorotea, desde la puerta del salón, fingió mirar si faltaba algún invitado. Mientras, analizaba cada gesto y cada movimiento que hacía Anna. Después de la exquisita cena, la orquesta tocó una piezaailable. Walter y Anna prefirieron pasear por el jardín. Se sentaron en un banco de piedra, bajo una pérgola, bella protagonista del cuidado jardín. Mientras, se levantó una suave brisa que hacía mecer a su antojo a los álamos que rodeaban la pérgola, dando un sentido de romanticismo a la conversación que estaban sosteniendo entre los dos. Walter le dijo mientras la miraba:

—Ya veo que has superado las pruebas de Dorotea.

Ella lo miró. Él esperó una reacción que no tardó en llegar.

—Que yo sepa, no he estado sometida a ninguna prueba —y rastreó en la penumbra la mirada huidiza del nazi. Luego, reorganizó su pensamiento y decidió preguntar por partes—: ¿Qué has querido decir con pasar la prueba?

—Como me imagino, ya sabrás que Dorotea es una mujer soltera, adinerada, por lo tanto, le gusta investigar a sus conocidos antes de meterlos en su casa.

—Todo esto que me dices es de lógica, ¿pero por qué me eligió a mí para ser su amiga si nunca tuvo referencias mías? —Anna parecía mantener su estado de escepticismo intacto. El nazi la miró y se quedó perplejo ante aquella respuesta.

—¿Cómo dices? ¿No la conocías de nada? Pensé que esta fiesta era dada en tu honor.

El semblante de Anna se había transfigurado, se sentía atrapada, debería haber estado callada, ahora, quizás, aquella mujer que le había brindado su amistad y que gozaba de tener tantas amistades de las que ella se podía servir para encontrar a los nazis. Quizás, llegado el momento, no quisiera ayudarla. Walter, al ver la cara de Anna, intentó suavizar la conversación:

—Puedes creerme, querida, si esa mujer no te hubiera examinado con lupa, no te habría invitado a su casa, pues solo acepta a gente selecta.

—Entonces, ¿a ti también te hizo la prueba?

—¿Qué quieres decir?

Anna siguió hablando, poniendo tono misterioso en sus palabras:

—¿Tú eres de su grupo?

El nazi tardó en reaccionar:

—Yo soy un amigo, nada más —contestó decepcionado por la pregunta. Anna, al mirarlo, se sintió insegura con respecto con sus sentimientos, se sentía al borde de un insondable precipicio, era algo que no comprendía: ¿eran quizás esos ojos de intenso color azul? Ella nunca pretendió enamorarse, y mucho menos desear estar con Walter a todas horas. Pero estaba allí, sentada en aquel banco antiguo, duro, de piedra, mirando muy de cerca a uno de sus “enemigos” que en esos momentos acariciaba su mano.

Por unos momentos, Anna volvió a la realidad, al momento presente, cuando una voz en su interior le dijo: “Ten cuidado, los ayeres siempre dejan huella en nuestro hoy”. Poco después, los dos pasearon por una vereda empedrada, flanqueada por rosales de diversos colores. Una fuente de piedra de cuatro caños repartía el murmullo del agua por el jardín, los parterres salpicaban el recinto simétricamente cercados por setos de boj que remataban el lugar. En silencio entraron en el salón. Él le pidió bailar. Sus cuerpos, muy unidos y en silencio, se mecían al son de los acordes de una melodía romántica. Al término de la fiesta la acompañó hasta el hotel. Ella miró, sin

mirar, la bella alameda por donde el coche corría a velocidad moderada, que parecía ser cómplice de querer alargar el tiempo para estar juntos. En el trayecto desde la casa de Dorotea hasta el hotel, Walter cogió su mano para besarla. Ella sonrió satisfecha, sin saber qué era lo que estaba sintiendo en esos momentos.

Una vez a solas en su habitación, no supo qué pensar, puede que estuviera viviendo un golpe de suerte. Acostada en la cama se decía para convencerse a sí misma: “Ahora todo lo veo distinto”. Desde que empezó la campaña, siempre tuvo mucho cuidado de no cometer ningún error, pero ¿y si lo estaba cometiendo ahora?

## CAPÍTULO XXXV

### LA CASA DE HITLER

Dorotea se encontró con Anna, casualmente, por la calle unos días después de la fiesta que había celebrado en su casa. Entraron para merendar en una elegante cafetería del barrio de San Telmo. Las dos tomaron asiento en una de las mesitas de un coqueto salón. En una de las mesa, cerca de ellas, cuatro hombres hablaban en alemán con despreocupación, seguramente estaban convencidos de que nadie los podía entender. Dorotea y Anna pidieron un chocolate con churros. En la espera para ser servidas, Anna se dirigió a Dorotea, pero esta, con un gesto de su mano, le pidió silencio. Era en el preciso momento en el que los de la mesa de al lado empezaban una conversación que a Anna le sorprendió, esos hombres hablaban de Hitler; ahora era ella la que no quería hablar, solo le interesaba escuchar lo que esos hombres pudieran decir. Uno de ellos comentaba que había sido invitado por el secretario de Hitler, estaba mandando invitaciones para la fiesta de su

cumpleaños, donde solo asistirían los más allegados. Dos de los hombres, al escuchar el nombre de Hitler, nerviosos, removieron su trasero en la silla con tanta virulencia como si, de repente, el asiento de la silla les hubiera dado una fuerte descarga eléctrica. El que parecía el más enteradillo dijo:

—A mí nadie me dijo que se encontraba en Argentina.

Otro, muy serio, dijo:

—¿Es una broma? ¿Verdad?

Dos de aquellos hombres se miraron de una manera significativa. Pero el que creía ser el más enterado en aquella cuestión de la que estaban hablando, y que parecía llevar la voz cantante de la conversación, con la cara como la grana por la indignación, dijo ante aquella incredulidad:

—¿Acaso yo no debía haber sido informado por pertenecer a la Gestapo?

Anna no salía de su asombro, uno de ellos, que se hacía llamar Alois, era el que decía con orgullo haber sido invitado a la fiesta de cumpleaños de Hitler y el que más parecía saber del asunto:

—Yo sé que Hitler está aquí porque fui el primero del partido en llegar a Argentina para encargarme de comprar los terrenos para hacer la casa a Hitler, como ya sabéis. Cuando llegué a este país, en mi pasaporte rezaba que venía como constructor.

—¿Pero de qué terrenos estás hablando? —dijo el más gordo y, al parecer, el menos enterado, llamado Erich, que, ante la inesperada noticia, su cuerpo sebo le hizo sudar más de la cuenta.

—Creo que debo contaros todo, porque también fuisteis fieles seguidores de Hitler y, además, ya tenemos todo controlado —dijo el que se hizo pasar por constructor, arrellanándose en la silla y dándose mucha importancia.

—Todo este asunto comenzó un año antes de que fuéramos derrotados, una noche en la que nos encontrábamos sus más allegados tomando cervezas

en el bunker. No sé cómo, pero entre todos los que estábamos allí se empezó a planear una salida digna para el Führer, en el caso hipotético de que tuviera que huir. Tenía que ser a un lugar donde el régimen que estuviera en el poder no nos fuera hostil y jugando con la posibilidad de que nadie pudiera sospechar que se podía encontrar allí. Con los mapas de toda Latinoamérica desplegados en la enorme mesa donde se estudiaban las estrategias a seguir en la guerra, y después de mucho buscar, encontramos la nación donde se podían realizar nuestros planes. Fue unánime, elegimos Argentina. Yo, un mes después, me trasladé por orden de Hitler con otros colaboradores a esta nación para buscar la ubicación idónea. Una vez aquí, nos resultó algo difícil, pues buscábamos un lugar con características especiales, que eran de vital importancia para su seguridad.

Los dos hombres miraron al narrador sin pestañear, no podían creer lo que estaban escuchando.

—El día que se dio la noticia de la derrota Hitler ya se encontraba en España. Había llegado clandestinamente, ayudado por gente agradecida por no haber sido invadidos, dada la circunstancia de haber pasado recientemente una terrible guerra civil. Aunque ese detalle para él no tenía importancia, pues estaba seguro de que España sería invadida sin problemas cuando él quisiera. Su estancia en España fue por poco tiempo, yo nunca estuve informado de eso hasta poco después de llegar aquí, no supe del lugar exacto donde fue escondido. Todo se estaba manteniendo en el más absoluto secreto hasta que llegara la hora prevista para volar desde España hacia Argentina. Pero algunos de los más cercanos a Hitler, que estaban enterados de dónde se encontraba, ya sabían cuál iba a ser su destino. Estos hitlerianos, para evadirse de la derrota, hicieron un agradable viaje a Lisboa. Nada más llegar al país lusitano salieron aquella noche de juerga, recorriendo todas las tabernas que pudieron. Cuando se encontraban bajo el efecto de unas cuantas



copas de más, en una tasca de Portugal, se fueron de la lengua, comentando que el Führer estaba de incógnito en una provincia española llamada Galicia, y que vivía estupendamente en una gran casona llamada pazo, y que allí se encontraba con todos sus colaboradores más allegados.

En aquella mesa se produjo un silencio que parecía no querer romper ninguno. Estaban tan entusiasmados escuchando aquel relato tan interesante que ninguno se dio cuenta de que aquellas dos mujeres también estaban escuchando fascinadas, tanto o más que ellos, aquella historia, pues ninguna de las dos se percató de que la otra también estaba escuchando.

Alois narró la historia como si estuviera narrando la vida de un gran hombre, más tarde todo lo que hizo Hitler fue historia. Una historia —dijo Anna para sí— que el mundo no debe consentir que vuelva a repetirse. Mientras tanto, Alois siguió narrando:

—El grupo que yo capitaneaba buscaba sin descanso un lugar seguro donde pudiera vivir y reposar su cansado cuerpo, rodeado de los que le queremos. Fue una búsqueda infructuosa al principio, yo llegué a ponerme nervioso, porque el fin del Führer sabíamos que estaba a punto llegar. Aquella fue una búsqueda desesperante hasta que, por fin, encontramos un terreno frente al lago Nahuel-Huapi, llamado Angostura. Inmediatamente lo pusimos en conocimiento de Eva Braun. En una semana me dieron la respuesta de que había sido aceptada la finca donde iba a estar la ubicación de la casa. Enseguida empecé a mandarle los proyectos, llegando a ser más de doscientos, al fin se decidió por el primero que yo le había sugerido, y allí fue donde se empezó a construir, con el mayor secreto, la mansión que estaba destinada para ser su morada.

Anna, al escuchar esta última frase, se dijo mentalmente: “La morada del mayor criminal de la historia”.

El narrador posó su mirada turbia hacia el techo por unos minutos,

parecía estar meditando. Bebió un largo trago de cerveza para refrescarse el gaznate.

—¿Pero tú crees que es un sitio seguro? —dijo uno de los oyentes, preocupado, como si de una reliquia se tratase.

—No hay de qué preocuparse —y dirigiéndose a sus amigos con una sonrisa en los labios, que parecía decirles que él siempre sabía lo que hacía, añadió—: El sitio es perfecto, os lo aseguro, se encuentra en un paraje totalmente inaccesible para cualquiera que no pertenezca al grupo de élite que le protege.

Joseph, el que parecía que con esta conversación se había transportado a las nubes, con voz quebrada por la emoción dijo titubeante:

—¿Pues no se había suicidado junto a Eva Braun en su bunker de Alemania?

—Nada de eso —y sonrió como una hiena ante una pieza fácil.

—Todo fue una burda trama, bien urdida para que el mundo no le pidiera responsabilidades por lo que había pasado, y por eso fue ayudado por los que siempre le fuimos fieles.

Los dos hombres parecían, por su expresión risueña, que habían recibido la mejor noticia de sus vidas.

—¿Y también sabes cómo pudo llegar hasta aquí sin ser capturado?

—Todo resultó ser más sencillo de lo que en principio nos parecía. Una tarde, Hitler, con todo su equipo, disfrazados de mujeres, con pelucas incluidas, abandonó aquella casona que le llaman pazo, aparentando en el aeropuerto al representar ser viudas de guerra con destino a Argentina, con el único propósito de reunirse con sus familias, que poco antes habían emigrado. Por supuesto, todos llevaban pasaportes falsos —dijo con satisfacción mientras se rascaba su grasienta y reluciente cabeza calva.

Uno de ellos parecía ofendido en extremo:

—¿No crees que fue un poco grotesco que Hitler se hiciera pasar por mujer?

Mientras, sus pupilas se dilataban de ira, ante lo que creyó era una grave ofensa hacia su señor. Otro de ellos comentó aterrado:

—¿Pero y si se dan cuenta en el aeropuerto de que eran hombres disfrazados? —parecía estar enfermo de terror cuando formulaba esta pregunta—. ¿Y si los descubren? ¿Qué hubiera pasado? —contestó el narrador con voz tranquilizadora.

—Cómo comprenderéis, después de haber vivido tanta convulsión en aquella España, la cual aún tenían todos los españoles muy reciente la guerra, allí, creedme, podía ser todo posible. Cuando Hitler llegó a Argentina ya estaba construida la casa, situada a buen recaudo de miradas indiscretas. Bueno, he dicho “casa” por decir algo, para mí y, no es porque la haya construido yo, es una gran mansión, digna de un hombre como él.

Después de decir aquella parida, el nazi se volvió a repanchingar en la silla como si estuviera en el salón de su casa. Las dos mujeres parecían rehuir sus miradas.

Ese hombre, pensó Anna, había sido el arquitecto de una mansión diferente a cualquier otra mansión, pues se hizo para proteger al hombre más vil de la tierra. Las dos mujeres se miraron, aparentando no haberse enterado de nada, pero, al encontrarse inmersas en sus pensamientos, ninguna se atrevió a decir ninguna palabra. Hacía rato que no habían vuelto a dar ni un sorbo al chocolate, que, al enfriarse, se convirtió en engrudo compacto de color marrón. Dorotea, instintivamente, acercó la taza a la boca, derramando el bloque de chocolate encima de su blusa de seda. Anna intentó ayudarla con la limpieza, cogiendo una servilleta, pero Dorotea la rechazó con un gesto de su mano. Anna se sentía confusa, incómoda, no sabía qué es lo que podía hablar con Dorotea después de haber escuchado aquella conversación, pero lo

que no llegaba a entender era por qué se encontraba tan callada, parecía haber estado interesada en escuchar lo mismo que ella. Después de un momento de confusión, pensó aterrada: “¿Pero sabía acaso Dorotea hablar alemán?”

De lo único que sí está segura era que Dorotea ignoraba que ella sí sabía hablar alemán correctamente. Y se preguntaba, con una obsesión que rayaba el histerismo, ¿quién era Dorotea para que pusiera tanta atención a la conversación que estaban manteniendo esos hombres sobre los que no cabía ninguna duda de que eran todos nazis?

El privilegiado que dijo haber sido invitado a la mansión de Hitler y arquitecto de su jaula de oro les dijo:

—Parecéis preocupados. No temáis, la mansión se encuentra muy escondida, figuraos, la bautizamos con el nombre de “Villa La Angostura”, ya sabéis —haciéndose el entendido—, este nombre le viene por su inaccesibilidad, figuraos, tardé solo un año en construirla.

—¿Cómo? ¿Un año? No lo entendemos —dijeron los dos casi al mismo tiempo—. Si es tan grande como dices...

Dos de ellos parecían dudar de la fantástica narración.

—¿Acaso ya sabíais de antemano que se estaba perdiendo la guerra?

—Él ya lo sabía —y la cara se le puso tan seria que parecía no tener expresión.

—Habíamos llegado todos a un techo difícil de sobrepasar y ya sabíamos que no nos quedaba tiempo.

—¿Pero aún vive?

—Lo que sí os digo —contestó rotundo— es que sigue en pie.

Las dos mujeres, al oír estas palabras, dieron un brinco en la silla, pero sin llegar a mirarse, pues aún no se conocían lo suficiente para saber quién era quién. De repente, el locuaz nazi se puso rígido, palideciendo como si hubiera visto un fantasma. Las dos mujeres se miraron por primera vez desde

que empezaron a escuchar aquella conversación. Mientras, sin decir palabra, se afanaron, en un silencio que parecía una meditación, a comer las pastas que tenían en un platillo, que, hasta entonces, no se habían percatado de que estaban allí. Las dos miraron hacia atrás con curiosidad mal disimulada. Frente a los tertulianos apareció un hombre alto, delgado, con unas lentes oscuras, que con su mirada camuflada tras los cristales oscuros, parecía taladrar a aquel grupo de deslenguados. El silencio se apoderó de ellos, poco después se levantaron, al pasar junto a ellas los miraron y sacaron la conclusión de que parecían aterrorizados ante la presencia de aquel individuo.

Dos días después de haber escuchado aquella conversación de los nazis en aquella chocolatería, Anna se dirigió a una biblioteca, ojeó revistas de caza y pesca. Después de sacar la información que necesitaba se dirigió hacia el lago Nahuel—Huapi. Allí, en un embarcadero alejado del terreno llamado La Angostura, alquiló una barca sin motor y paseó como una turista más, pero su intención no era otra que la de inspeccionar, sacar ideas sobre cómo poder acercarse a la casa de Hitler. Su idea fue que saldría al atardecer como un furtivo cazador. Recorrió con cautela aquel paraje de arriba abajo, lo hizo con cautela, no vio a nadie en su recorrido. Esto le dio a entender que estaba en lo cierto, aquellos acantilados verticales hacían honor a su nombre por lo accidentado de su situación y por su difícil acceso por tierra. Anna siguió adentrándose en aquellas aguas, ya era noche casi cerrada cuando siguió recorriendo el lago. Allí, el silencio que se respiraba entre aquellos parajes, era absoluto, remaba despacio, con sumo cuidado, intentando hacer el mínimo ruido con los remos al rozar estos el agua. Tenía que cerciorarse de si aquellos hombres habían dicho la verdad. El agua del lago, bajo los reflejos plateados de la luz de la luna, se le asemejaba a una entrada tétrica a un infierno sin posible salida. En la penumbra, al mirar hacia arriba, descubrió en la cumbre que rozaba el precipicio que asomaba al lago las siluetas de

varios hombres que parecían patrullar y estar armados. Ella dejó de remar. Con el impulso de la barca se acercó a la orilla para protegerse entre los arbustos. No supo qué más podía hacer, pero, por lo que estaba viendo desde su escondite podía ser verdad lo que escuchó cuando hablaron aquellos supuestos nazis en aquel café. Después de divisar que en lo alto del acantilado se encontraban dos vigilantes, ya estaba segura de que decían la verdad. Decidió regresar, tenía que consultar este hallazgo. ¿Pero con quién? Se paró unos minutos, en su cara asomó un rictus amargo, se encontraba ante una de las situaciones más difíciles de cuantas hasta ahora se le habían presentado. De repente, oyó el ruido del agua, que parecía ser agitada por una hélice. Aterrada, se agachó hasta dar con la boca en el fondo de la barca. Esperó quieta hasta que cesó aquel ruido. Se incorporó y miró de nuevo. Se encontraba sola. ¿Sería acaso alguno de los guardianes de aquella “casa” que estaba haciendo la ronda? En su posición, tumbada en el fondo de la barca, no pudo distinguir de cuántos hombres se podía componer aquello que estaba segura era una patrulla de reconocimiento. Entonces, empezó a sospechar que también pudieran tener sensores dentro del agua y también camuflados entre los arbustos, para que la casa no pudiera ser descubierta por ningún profano. De repente, una voz dio la alarma. En esos momentos, se oyó un tropel de hombres que corrían, acercándose a la orilla de aquel precipicio, con el fusil en las manos, preparados para disparar. Anna contuvo la respiración, se sentía atrapada. Cuando, para su sorpresa, vio una cabra montesa bajar precipitada por aquella pared, casi vertical, berreando. Aquel grupo de soldados rompió a reír a carcajadas. Estas risas las pudo oír Anna desde la barca. Segundos después, ella tuvo que reprimir la risa también.

Después de saber lo que andaba buscando, se dirigió al embarcadero y vio con asombro que había amarrada una barca con motor. Con cautela llamó al barquero. Desde dentro del garito le dijo:

—Amarre bien la barca, ahora no puedo salir.

Cuando llegó al hotel, después de hacer aquella exploración por el lago, reflexionó: “¿Sería verdad que se encontraba Hitler en aquella casa? ¿O, tal vez, solo se tratara de un montaje de algunos de sus seguidores, fundado en unas delirantes ansias de querer seguir dominando el mundo bajo la conspiración del terror, anunciando con estas descabelladas ideas la vuelta al poder del hombre más sanguinario de los nuevos tiempos? ¿Qué razones habría, en el caso de que pudieran urdir tan descomunal desatino, y cuánta gente podía haber implicada en este hipotético caso?

Anna se encontraba desconcertada ante estos pensamientos. Se repetía:

—¿Es posible que no hubiera nadie que pudiera hacer refutar esta locura que, a todas luces, parecía tener cada día más adeptos?

## CAPÍTULO XXXVI LA HACIENDA DE WALTER

Había pasado una semana desde la fiesta ofrecida por Dorotea. Walter, aquella mañana, la esperaba en la puerta del hotel con exquisita amabilidad. Después de besar su mano la invitó a subir a su coche. El chofer uniformado parecía ausente, pero, cuando cruzó su mirada con la de ella por el espejo retrovisor, Anna se percató de que del iris de sus ojos se desprendía una mezcla de mansedumbre y barbarie. El coche, veloz, se dirigió hacia la hacienda de Walter. En el camino, estrecho y polvoriento que había que recorrer hasta llegar a la hacienda, pensó en Samuel Karsirski. Ante este pensamiento en su cuerpo notó un terrible desasosiego y creyó percibir un mensaje en su mente. Aquel judío le quería decir algo. La voz de Walter le devolvió a la realidad. Por unos instantes, y con todo su esfuerzo mental,

sosegó su corazón. Tenía que aparentar alegría y lozanía. La voz del nazi se hizo cariñosa cuando le narraba el paisaje por donde iban pasando:

—Estamos, como podrás comprobar, en una carretera secundaria. Por aquí suelen pasar pocos vehículos. Como verás, no nos hemos cruzado con ninguno, es una carretera casi desconocida.

¿Qué le estaba intentando decir, que de allí no había escapatoria posible?

La intranquilidad se apoderó de ella, llegando a pensar que cada alma, como en este caso la suya, estaba en este mundo reforzada por las victorias y las derrotas de la vida. Pero ¿cuál de las dos opciones era la suya? ¿Huir o esperar los acontecimientos que pudieran ir surgiendo?

Ante aquella situación sintió una extraña sensación de vacío y de debilidad en las piernas. ¿Acaso se había preparado para esta nueva experiencia? Rotundamente, no. Desde la ventanilla del coche se podían ver pasar veloces los álamos que, enfilados, parecían guardar con celo enfermizo aquel sendero que, quizás, guardaba en su final un insondable precipicio para ella. Pero, para su tranquilidad, solo anunciaba la cercanía de la hacienda. Los pensamientos y la intranquilidad que empezó a sentir se rompieron con la pregunta inoportuna de Walter:

—¿Por qué estás tan callada?

Anna hizo una mueca, no deseaba decir nada. Pero un experto le hubiera descubierto que en su expresión había una mezcla de agitación y de temor ante la nueva situación que le esperaba y que aún ella desconocía.

Cuando llegaron a la hacienda ya era media tarde, la Pampa empezaba a adormecerse. Anna recorrió la casa que, amablemente, le ofrecía el anfitrión. En el recorrido escudriñó con desenfado cada rincón que se le antojaba, debía haber mucho misterio oculto. Una hora después se retiró a su habitación para descansar del viaje hasta que llegara la hora de vestirse para la cena. Pero al entrar en su habitación, vio ante la ventana en pie, esperándola, una joven que



dijo ser elegida por el dueño de la casa para ser su doncella. Pidió permiso para abrir las maletas y, bajo la atenta mirada de Anna, colocó con sumo cuidado, uno a uno, los vestidos en el armario. Anna vio cómo la joven miraba con admiración cada uno de ellos. Dos años antes a ella le hubiera pasado lo mismo.

—¿Te gusta ese vestido que tienes en las manos?

La chica se puso roja como la grana, tartamudeó buscando una excusa, pues no creyó que se le hubiera notado tanto su entusiasmo al contemplar tan exquisito vestuario. Anna se levantó de la butaca, se acercó a ella y, cogiendo un vestido directamente de la maleta y poniéndolo encima del cuerpo de la atolondrada chica, le dijo:

—¿Crees que este te quedaría bien?

La chica bajó la cabeza. Anna sacó de la maleta otro precioso traje de chaqueta de la firma Chanel.

—¿Qué te parece este?

La joven se sintió desconcertada cuando Anna le dijo:

—Póntelo, quiero saber si te sienta bien.

Ella puso mil excusas, no podía aceptar ningún regalo. Si se llegara a enterar su jefe, la pondría de patitas en la calle. Pero Anna insistió para que se lo probase. Y cuando la vio con el traje puesto, vio en ella a una mujer que escondía modales elegantes. Sorprendida, le preguntó:

—¿Eres porteña?

Un silencio por parte de la muchacha hizo pensar a Anna que estaba aterrorizada, algo anormal le estaba pasando. Miró donde había puesto su vestido y pudo ver, desconcertada, que aquella muchacha, en el revés de la falda de aquel vestido, tenía grabada la estrella de David. La chica se quitó precipitadamente el traje para ponerse el suyo y se dispuso, en silencio, a seguir con su función.

—¿Sabes acaso quién soy yo? Yo soy defensora de los judíos.

La muchacha parecía estar a punto de ponerse a llorar, repentinamente, le dijo:

—Señora, es muy peligroso que esté aquí, esta hacienda no tiene buena reputación.

Al terminar de colocar el armario, la chica salió de la habitación con precipitación.

No supo por qué no se informó antes de ir a aquella hacienda, quizás así hubiera podido tomar las medidas necesarias para defenderse en caso de encontrarse en apuros, pero ¿cómo? Si no conocía a nadie en Argentina, ¿cómo podía obtener información en el mismo hotel para saber quién realidad era ese nazi? Antes de aceptar aquella invitación debió decir en recepción a dónde se dirigía, porque ahora no tenía dudas, Walter tenía que tener una doble intención con ella, y, ante estas dudas, se encontró desconcertada, máxime, después de oír las palabras de aquella sirvienta de porte distinguido llamada Patricia. No podía bajar al comedor llena de incertidumbre, tenía que aparentar dominio y serenidad o, al menos, esa era la imagen que debía desprender en ese ambiente de opulencia en el que se había metido. Tenía que sacar fuerzas de flaqueza hasta conseguir su objetivo. Anna notaba que todo en su cabeza empezaba a darle vueltas; intentaba hacerse preguntas sabiendo que no tenían ninguna respuesta. A las nueve, la sirvienta llamó a su puerta para anunciarle que la esperaban en el comedor para la cena. Cuando pasó Anna por el pasillo, camino del comedor, buscó a la chica con la mirada. Quería decirle que le esperaba en su habitación después de la cena. Anna se sintió preocupada un día después de su llegada, y pensó en la chica de servicio, a la que no volvió a ver más.

Aquella noche, Anna, antes de lo previsto, recorrió el pasillo camino del comedor y, al pasar por una de las habitaciones donde Walter tenía su

despacho, oyó cómo este hablaba por teléfono en alemán. Anna, al oír su voz, acortó sus pasos. En esos momentos pudo oír, como un mazazo, que el nazi parecía dar un mensaje lleno de veneno a su interlocutor, cuando su boca dijo:

—Sí, ya sé que es polaca.

Walter había dejado la puerta entreabierta, no estaba segura de que la hubiera visto desde la pequeña abertura cuando ella pasaba, y él pronunciaba esa fatídica palabra que, para ella, podía ser su sentencia de muerte: “polaca”.

¿Y si todo había sido preparado para que ella escuchara? Anna no supo cómo pudo llegar al comedor, porque toda aquella serenidad de la que solía hacer gala, en esos momentos, se había esfumado. Entró en el comedor, que se encontraba solo, y mientras esperaba a que llegase el anfitrión, paseó su mirada por los cuadros que colgaban de las paredes. Se paró ante uno que le llamaba poderosamente la atención. Era un cuadro naif, cuando fijó su mirada en él se estremeció ante su colorido inocente. Había algo trágico que la dejó perpleja y sin habla. En aquel paisaje lleno de flores, y al mismo tiempo infantil, se podía apreciar la aterradora imagen de un grupo de mujeres desnudas, esqueléticas, que eran conducidas hacia un barracón lleno de encanto pictórico de donde salía humo. Aquel cuadro estaba pintado del color de la pureza, era de un blanco que parecía cegar a aquellas mujeres pues se tapaban la cara con una mano. Ese cuadro de apariencia inocente estaba mostrando cómo eran llevadas unas víctimas a un horno crematorio.

No podía perder ni por un instante la compostura, al pensar que Walter la hubiera podido haber visto al pasar frente a su puerta cuando hablaba por teléfono, pero no supo cómo, por unos segundos, se sintió segura al pensar que Walter estaría convencido de que ella no había entendido nada de lo que se suponía había escuchado, porque él ignoraba que supiera alemán. Cuando Walter dio por terminada la conversación y colgó el teléfono, se dirigió al

comedor. Junto a él iba un caballero que parecía incorporarse como comensal. Anna, cuando los vio, se empezó a desconcertar, aquel personaje era nuevo para ella. Pero si Walter le dijo que estarían solos...

Cuando Walter hizo su entrada en el comedor, sorprendió a Anna con los ojos clavados en aquel cuadro naif. Al dirigirse a ella antes de hablar pareció dudar, era como si estuviera buscando las palabras adecuadas, pero no parecían querer salir de su garganta:

—Anna, te presento a mi buen amigo Leopoldo Von Sisters.

Ella alargó su mano para saludarlo mientras Walter siguió la mirada hacia donde Anna estaba mirando unos minutos antes, y, a pesar de estar delante de Walter, sus ojos miraron de nuevo aquel cuadro. Cuando Walter, después de una pausa, decidió hablar, dijo:

—Veo que te gusta ese cuadro, lo estabas mirando con mucho interés. A mí, particularmente, me encanta por su ingenuidad.

Y con un humor que a Anna le pareció trasnochado, añadió:

—Me parece que tú y yo empezamos a entendernos en asuntos de arte.

Y miró hacia atrás, donde se encontraba su otro invitado, que le hizo un guiño de complicidad.

Momentos después, se encontraban comiendo, los dos hombres entablaron una conversación en alemán, ignorando su presencia. Hablaban de ella, pero, al instante, no supo el motivo por el cual la conversación dio un giro y siguieron la conversación en árabe. El invitado era un hombre un tanto extraño, excéntrico, pero parecía accesible en el trato personal. De estatura media, su indumentaria decía mucho de él: vestía pantalón y chaqueta blanca, en la mano un sombrero de paja con cinta roja, bajo su nariz un pequeño bigote al estilo Hitler. Anna quería pensar que todo era una desagradable pesadilla. Al levantar la cara, Anna le mandó una mirada inquisitiva que él no percibió.

En los postres, Leopoldo se mostró con Anna simpático y mundano, pareciéndole que lo que pretendía con su elocuencia era que le contara cosas de su vida. Aquella comida, quizás por la conversación que había oído cuando Walter hablaba por teléfono y por lo que le había comentado la chica de servicio en su habitación, le estaba resultando la peor de su vida. Todo aquel maremágnum de acontecimientos que estaba viviendo tan seguidos hicieron que se encontrase cansada, no estaba a gusto, sentía la sensación de estar en el sitio equivocado, estaba empezando a dolerle el cuerpo de tanto fingir. Nada más terminar los postres decidió retirarse. No recordó la excusa que dijo, pero lo que sí sabía era que su estómago se había convertido en una pelota de cuero que se negaba a digerir lo poco que cenó.

No supo por qué su estancia en la hacienda se había prolongado, ya hacía tres días de su estancia en aquel lugar y, desde el momento en que se despidió de la hacienda su amigo Leopoldo, Walter empezó a mostrarse especialmente empalagoso con ella. Una noche, antes de dar por terminada su estancia allí, Walter le ofreció una carísima pulsera de diamantes. Anna se estremeció ante el fulgor que desprendían esas gemas en manos del nazi, eran unas piedras que fueron testigos y motivos de sufrimientos para muchas familias judías. Él la miró mientras le mostraba la joya:

—¿No son acaso estas las piedras que más te gustan?

Anna, impresionada, no movió ni un solo músculo de su cuerpo. En esos momentos solo quería tener los sentidos libres de obstrucción, no le apetecía ahondar en la razón de aquel regalo. Quería pensar libre de ataduras y deseó en esos momentos desechar las inquietudes que tanto le atormentaban.

Walter la miró fijamente, como si por primera vez analizara su rostro, mientras sus ojos desprendían, diplomáticamente, una mirada indefinida. Anna estaba tensa, no encontraba la manera de reaccionar, pues ignoraba si sabía algo de sus intenciones. Quizás supo algo aquel día que lo vio hablando

por teléfono antes de la cena y que fue presentada a ese ser extraño llamado Leopoldo, o tal vez sabía quién era ella desde el primer día que la conoció y que le había invitado a su hacienda por alguna inconfesable razón. Para Anna fueron unos momentos decisivos en los que no supo qué decir, aprovechó ese desconcierto que sentía para pensar mientras miraba la pulsera, y con voz que parecía salir de su interior distorsionada por la emoción que le produjo aquel regalo, tan solo dijo:

—¡Sí, es preciosa! ¿Cómo has sabido que eran estas piedras mis preferidas?

El nazi se sorprendió ante la respuesta de Anna mientras ciñó su muñeca con la pulsera de diamantes.

Al día siguiente, cuando entró en el comedor para el desayuno, el mozo del comedor se acercó a ella:

—Señora, el señor me ha encargado que le diga que ha tenido que salir. Le ruega lo disculpe por tener que desayunar sola.

Dijo para, inmediatamente, servirle un plato de carne asada. Cuando miró el plato, este se le presentó como un repulsivo y atroz pedazo de carne que parecía escupir sangre. Se estremeció. El mozo se acercó cuando vio que rechazó el plato:

—¿Quizás le apetece a la señora pescado?

¿Pero a las diez de la mañana, a quién le apetece comer carne o pescado? ¿Quizás era que la estaban poniendo a prueba? Ante la mirada confusa del criado se levantó de la mesa, necesitaba aire para respirar. Cuando salió hacia el jardín se cruzó por el pasillo con un hombre alto, delgado, de aspecto melancólico, que llevaba una barba informe, dándole una impresión extraña, que al cruzarse por el pasillo casi se rozaron sus cuerpos, su mirada se clavó en ella y sintió como si sus ojos fueran dagas, pareciéndole, que era una de esas personas a las que, sin querer, te hacen sentir antipatía hacia ellas.

Llevaba en el jardín mucho tiempo meditando, ya era media mañana y aún no había preparado ninguna estrategia, pues su cabeza parecía no querer darle ninguna solución. Paseó por la estrecha vereda del jardín y, en un recodo tranquilo, vio un banco. Se sentó. Desde allí se podía ver un bosquecillo de flexibles y gráciles tallos de bambú, allí sentada sintió respirar una atmósfera relajante, acompañada por el ruido constante del fluir del agua de una fuente cercana que, monótona, vertía continuamente por sus chorros agua que eran depositadas en un pilón redondo de piedra, donde un cieno pertinaz se había hecho el dueño del fondo. Se acercó al pilón. Era hermoso, estaba decorado con azulejos andaluces. Se quedó mirando pensativa:

—¿Qué hacen aquí estos azulejos?

Pero enseguida pensó en lo caro que podían ser los caprichos del nazi, al mandar instalar en ese pilón azulejos andaluces. Quiso mirarse en aquellas aguas y algo le llamó la atención: en el fondo, y difuminada por el verde cieno, había pintada una cruz gamada, en esos momentos se vio invadida por un extraño sentimiento de consternación. ¿Se encontraba dentro de unos de los cuarteles generales de la Gestapo?

Tras ella, y sin haberse dado cuenta, se encontraba un criado de pelo pajizo, menudo de cuerpo y con orejas de elefante. Anna, al verlo, dio un respingo, no lo había oído llegar. El hombre se había acercado demasiado a ella y con sospechoso sigilo, lo miró aterrada. Sus dientes eran diminutos, dando la impresión de poseer una fuerte personalidad y una astuta percepción de las cosas. Cuando Anna reaccionó, el hombre había desaparecido de su vista. Después de buscar con la mirada dónde podía haberse metido, miró hacia una de las ventanas de la casa y, sorprendida, vio a un Walter que desde su atalaya la miraba con ojos que ya no parecían los suyos, eran de otro color. En esos momentos se mostraban al mirarla rojos, inquisitivos, que parecían estar inyectados en sangre. Retiró su mirada, pues creía haber visto en él la

encarnación del mismo demonio y, en esos momentos, sintió cómo un terrible escalofrío recorría su espalda. Cuando volvió a mirar para cerciorarse de que era Walter, lo vio tan claro que le pareció como si a ese hombre le faltara algún mecanismo entre el cerebro y los ojos. Era un monstruo. Bajó la cabeza con la esperanza de que él no hubiera percibido el terror en su semblante.

Aquella misma noche de nuevo se vistió para la cena. En el comedor, Walter la estaba esperando, había regresado solo. ¿No fue un viaje demasiado corto? A su amigo Leopoldo no lo volvió a ver. Anna, al encontrarse aquella noche cara a cara con él, lo miró fingiendo ser su amiga. Y ante un rico consomé de gallina, Walter la miró y le dedicó una sonrisa que a ella le pareció notar una intención indescifrable. En aquella atmósfera se empezaba a respirar un denso y pétreo silencio. Él, con una fingida sonrisa de hiena, se atrevió a decirle con una voz que a Anna le pareció como un trueno:

—No te has puesto la pulsera. ¿Acaso estas piedras han dejado de ser de tu gusto?

Anna, ante la pregunta, adoptó una postura desenfadada y se disculpó con una gracia que hizo que la bilis del nazi se alterase:

—No había considerado que fuera delito el no ponérmela esta noche, pero, si ese es tu deseo, subo a mi alcoba y me la pongo.

Él la miró mientras mascullaba entre dientes:

—Esta me la vas a pagar.

Ella hizo como si no hubiera escuchado nada. Anna, a pesar de su aparente serenidad, se sentía asustada, pensó en el gran error que había cometido al no llevar puesta la pulsera. Pero no podía echar la culpa a nadie, pues ella y solo ella tenía la culpa de todo lo que le estaba pasando, y todo empezó para ella en un momento de humanidad que sintió hacia Samuel, pero ya no tenía solución. Se había metido en aquella encerrona sin pensar antes en las consecuencias que le podía acarrear el más mínimo error. Aquella



noche, y ante él sentada en aquel comedor, se sentía como si aquel hombre le robase el raciocinio, pues no encontraba el mecanismo que le dijera cómo podía escapar de aquella situación. Ahora, cada vez que lo miraba, le parecía ver cómo su figura arrogante se había transformado en una repugnante bola de sebo a punto de reventar. Ese pelo lacio y sin cuerpo que le caía sobre la frente como una cortina grasienta casi la hizo vomitar.

Desde aquel momento, buscó toda clase de pretextos para no encontrarse con Walter en el comedor. Desde que se encontraba en aquella casa volvieron a empezar sus pesadillas, que cada vez eran más frecuentes. Por la noche, en sus sueños, a veces soñaba con él. Lo veía arrastrarse por el suelo como si fuera una araña en un desván, devorando muertos y transformándolos en hilos finos para después quemarlos.

Anna lo veía ya como era en realidad, y entonces supo que se encontraba ante un peligro muy grande para ella, al encontrarse en desventaja ante él. Pero ¿cómo pudo permitirle que se asomara a su corazón? ¿Acaso había estado ciega? Las piernas le temblaban cuando oyó su voz, que ya le pareció que no era la misma. Su corazón se aceleró cuando recordó que solo debía latir por la causa que estaba defendiendo. Una hora después, y antes de terminar la cena, Anna se retiró, aquejada de jaqueca. Aquella noche no quiso pensar, deseaba, con todas sus fuerzas, poder dormir para estar al día siguiente con la mente bien despejada. Ahora estaba viendo su cara, la verdadera que había estado ocultando bajo una amabilidad disimulada. Todo en él era falsedad. Aunque siempre dudó de su forma tan correcta de comportarse, pues siempre supuso que escondía su verdadera personalidad, y eso le sucedió en el mismo momento en el que lo conoció. O tal vez fue ella que, atrapada en su soledad, había olvidado quién era en realidad y cuál era su cometido.

Aquella noche, al no poder dormir, y amparada en la oscuridad, volvió al

jardín para estudiar el terreno por si había alguna posibilidad de salir de allí. Miró concienzudamente cada rincón mientras los redondos y relucientes ojos de un búho la miraban fijamente. Se sentó en uno de los bancos mientras parecía derrumbarse su espíritu de valentía. Toda aquella hacienda era una fortaleza, protegida por un vallado de alambres electrificados, estaba metida en un gueto.

Anna, cuando regresó a su alcoba, al abrir la puerta, enseguida notó que alguien había estado allí, pues había tenido la precaución de poner una hebra de lana pegada a la puerta. Al entrar, esta se encontraba en el suelo. Empujó la puerta con precaución, pues sabía con seguridad que alguien había estado dentro. Decidida, se quitó el zapato de tacón, lo levantó como arma defensiva. Dio dos pasos vacilantes, solo esperaba lo peor, pero, antes de rendirse, daría batalla. Necesitaba atravesar la habitación para poder llegar al interruptor de la luz, que, desde que se encontraba allí, se preguntaba cada noche cuando entraba en su habitación ¿qué motivos podía tener el que el interruptor de la luz se encontrara justo al lado del cabecero de la cama? Era todo tan raro... pero ella necesitaba encender la luz y descubrir a quién se tenía que enfrentar. De un salto atravesó la habitación. Cuando estaba con la mano extendida, y casi tocando con la punta de su dedo el interruptor, vio una frágil silueta de mujer sentada en una butaca, difusamente iluminada por la luz de la luna. Se acercó furiosa con el zapato en alto, dispuesta a atacar. Anna no podía distinguir sus facciones, porque aún no había podido alcanzar la llave para encender la luz, mientras, sentía temblar todo su cuerpo.

Sentía que ya le era imposible seguir viviendo allí, aquella misma noche, y cuando se deshiciera de aquel intruso, tenía que pensar la forma de salir. Necesitaba, aunque fuese a oscuras, coger del armario su precioso bolso de Chanel donde guardaba, en un doble fondo, una pequeña pistola y un mapa de orientación que le dieron en las oficinas de turismo cuando llegó a Buenos

Aires. Aquella sería su última noche en aquella casa, que la denominó cómo la casa “de los horrores”. Aunque, pasara lo que pasara, saldría de allí, estaba decidida a todo. Aturdida por la obsesión de coger la pistola, se acercó al armario que se encontraba cerca de la puerta, cuando, de pronto, en la oscuridad, pudo oír una voz que creyó reconocer y que le hablaba en susurros:

—No enciendas la luz.

Anna reconoció de pronto esa voz. Pero aquella figura que se encontraba sentada en la silla era iluminada levemente por la claridad que entraba por la ventana, no la asociaba para nada con la voz que acababa de escuchar. Se acercó con decidida valentía y fue toda una sorpresa encontrarse ante ella, y disfrazada de sirvienta, a Dorotea de Vístula, que, con un gesto, le pidió que se sentara a su lado. Pero antes de obedecer esa orden, Anna reaccionó y preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

Dorotea le dijo:

—Sé lo que acabas de hacer.

Anna no disimuló su desconcierto mientras balbuceaba y dijo:

—Eran ellos o yo.

Pero Dorotea la tranquilizó:

—Dios se sirve de nosotros para sus propósitos, aunque estos sean difíciles de apreciar algunas veces.

Y sacando un objeto de uno de los bolsillos de su delantal, le mostró la estrella de David. En esos momentos se oyeron unos pasos por el pasillo, que parecieron pararse ante la puerta. A las dos mujeres les pareció que se les iba a corta la respiración. Cuando creían que ya no había nadie en el pasillo, Anna recordó que uno de los que había estado cenando con ellos no se encontraba en el comedor. Entonces creyó que, verdaderamente, se

encontraban en grave peligro.

—Tenemos que salir de aquí ahora o nunca —le dijo angustiada a Dorotea—. Y antes de que alguien pueda dar la alarma, o no saldremos de esta hacienda vivas. Ahora te ruego que no preguntes nada.

Las dos, vestidas con ropas negras y en la oscuridad, se adentraron por el jardín, por la zona de servicio. Allí, para sorpresa de Anna, las esperaba Patricia, la doncella que le había sido asignada por el nazi. Bajaron al semisótano, salieron por una puerta estrecha que conducía al leñero, con mucho sigilo y con la dificultad añadida de la oscuridad. Iban sorteando los obstáculos que producían los troncos de madera que estaban dispuestos para el servicio de la cocina. Ya en el jardín, avanzaban pegadas al murete para protegerse. De repente, una silueta de hombre se interpuso ante ellas. Lo miraron aterradas, mientras, el hombre les echó una mirada sonriente, pensando que las había atrapado. Anna no supo cómo le salió aquella vena de valentía para enfrentarse a aquel hombre y acercándose a él:

—Bien, tú dirás en qué te podemos ayudar. ¿No tenías que estar en tu puesto de trabajo?

En la escasa luz de la luna menguante no pudieron ni siquiera imaginar la felina mirada de aquel hombre. Las tres se miraron, sintiendo cómo se engendraban tempestades en los paisajes más recónditos de sus corazones. No sabían qué hacer con ese intruso esquelético que, al percibir la luz en su cara de la linterna que Dorotea llevaba en la mano, pudieron ver, aterradas, que ostentaba unos enormes ojos que parecían relucir en la oscuridad con siniestra mirada. Aquel hombre, con su cuerpo, les interceptaba la salida. A un silbido desesperado de Dorotea aparecieron dos hombres. Anna reconoció a uno de aquellos hombres al acercarse a ellas. Era el hombre que ofreció su servicio cuando ella se encontraba en el hotel de Buenos Aires. También había sido su salvador en aquel barrio de maleantes en el que ella, sin saberlo,

se había metido por ignorancia. Aquel vigilante de la casa de Walter reaccionó dando un paso atrás al ver cómo se acercaban dos hombres que, tras el silbido de auxilio que dio Dorotea, saltaron la peligrosa tapia. Los hombres venían armados con sus boleadoras como arma defensiva. El criado de Walter también portaba una en sus manos y la mostró desafiante a los intrusos, mientras sonreía sabiéndose vencedor, pero no contaba con la precisión y el dominio absoluto de Pies Grandes con este arma defensiva, que, al ver el gesto del esbirro, sacó su bolera y empezó a rebolear con maestría, para comenzar el combate entre los dos hombres a vida o muerte. Antes de que el hombre le pudiera dar un primer golpe, Pies Grandes le asestó un fuerte golpe, con precisión, en la cabeza, dejándolo sin sentido en el suelo. De nuevo, volvió el silencio. Era necesario no hacer ningún ruido por si se encontraba al acecho algún otro incondicional de Walter, tal vez escondido entre los arbustos del jardín. Después de esperar unos segundos, allí parecía no haber nadie más que ellos y aquel criado que intentaba impedir la huida de las tres mujeres. Parecía ser que era la mano derecha de Walter y el único superviviente de aquella encerrona tramada por Anna.

Este siniestro personaje, cuando reaccionó del golpe recibido, inmediatamente se hizo cargo de la persecución de las tres mujeres, y creyó que solo un par de hombres serían suficientes para quitárselas de en medio. Las tres ya habían empezaron a escalar el muro del jardín ayudadas por sus salvadores, evitando los alambres punzantes que coronaban la pared, con unos pellejos secos que sus salvadores habían dispuesto en la cima de la tapia. Una vez arriba, saltaron con precipitación al vacío, donde se encontraba un colchón de hojarasca, húmeda por la proximidad de un regato. Una vez fuera de aquel siniestro recinto, era necesario dejar a atrás cuanto antes aquella cárcel de lujo. Pies Grandes se quedó en la retaguardia. En un recodo del camino les estaban esperando cuatro hombres con cuatro motos. Anna, al

no saber conducir, se puso de paquete tras uno de los hombres. Después de recoger con prisas sus bolas, que estaban hechas de piedra dura pulida y forradas de cuero de becerro, Pies Grandes se montó en una de las motos y salió a toda velocidad. No estaba seguro de haber matado a aquel canalla.

Sin descanso, y después de haber recorrido un buen tramo, y alejados ya de aquella casa. Anna, Dorotea, Patricia y Pies Grandes se despidieron de los hombres que los habían ayudado. Los cuatro, a pie y como prófugos, atravesaron un maizal hasta llegar a una pequeña y pintoresca estación de trenes. Allí esperaron con ansiedad la llegada del tren llamado la Trochita. Esos minutos de espera se les hicieron eternos, hasta que escucharon el dulce ruido de la locomotora acercarse a la estación. Subieron con rapidez, el tren ese día llevaba cinco eternos minutos de retraso. Se puso en marcha, arrancó con parsimonia ante la desesperación de los cuatro. El tren les pareció como si fuera una anciana sin prisas, a la que no le importa la hora de llegar a casa. Ante la lentitud del tren, Anna sintió una angustia que jamás había soportado, llegando a pensar que quizás ese tren podía ser su ataúd. En sus elucubraciones, no era capaz de disfrutar del paisaje que le prodigaba la naturaleza cuando la oscuridad, de repente, se hizo palpable al adentrarse por un espeso bosque. Mientras, el latido de su corazón parecía ir acompasado por el ritmo zigzagueante del río Pipo, que, insistente, parecía querer acompañarlos todo el viaje. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, ya que no tenía ganas de hablar. A su lado, Dorotea y Patricia parecían no tener problemas y se entretenían comentando la belleza del paisaje. Pies Grandes, perteneciente a la tribu de los Mapuches, parecía tener alerta los sentidos. Pero Anna no dejaba de pensar en tantas y tantas casualidades que parecían perseguirla. ¿O quizás estaba todo preparado de antemano? Pero... ¿quién instó a Dorotea para que se conocieran? ¿Y de dónde venía la amistad que parecía tener el nazi y Dorotea? Eran tantas preguntas sin respuestas que

prefirió no pensar más en ellas. Su cabeza parecía una noria a punto de romperse el eje. ¿Y cómo pudo saber Dorotea que ella iba tras los nazis? Tenía, sin duda, que haber una mano oculta que siguiera sus movimientos. ¿Pero quién? ¿Desde España? Sí, allí estaba Cohen, pero, después del episodio de la reforma que se hizo en la casa de campo extremeña, había dejado de confiar en él.

En aquella fiesta, en la que coincidió por primera vez con Walter, recordaba cómo presumió de todos los dones con los que Dios puede dotar al hombre: belleza, simpatía... ¿Pero dónde se encontraba aquella noche ese método del que siempre presumía tener? Pues siempre creyó que era dueña de una inequívoca astucia y de un don mediante el cual de antemano sabía de quién se trataba y de las intenciones que podía tener con respecto a ella, y por saberse poseedora de esa cualidad, siempre creyó sentirse a salvo frente a cualquier peligro que no fuera necesario. También empezó a recordar aquella noche, cuando se encontraba en la hacienda de Walter, ya con el pijama puesto y cuando se encontraba asomada a la ventana de su habitación, y tras el cristal, vio pasar toda su vida en unos segundos. Entonces solo quiso creer que estaba pasando por un momento emocional, esto le llegó a asustar, pues creía estar ante un colapso mental que, peligrosamente, le estaba empezando a debilitar.

Pero todas estas emociones que tanto le perturbaban le hicieron pensar que ella tenía un as en la manga que aún no había utilizado, logrando revivir en ella la fuerza que le impulsó a emprender esa aventura. Sus recuerdos fueron bruscamente interrumpidos. De sopetón alguien pronunció su nombre en el estrecho pasillo del lujoso tren para turistas. Anna, al oír su nombre, no supo cómo, pero creía que le había llegado la hora de morir. De repente, la luz del vagón se apagó. En unos segundos, la oscuridad se hizo absoluta y eterna, hasta que se conectaron automáticamente las luces de emergencia, que

aparecieron estratégicamente puestas encima de los marcos de las ventanillas que, en la penumbra, Anna creyó ver que eran como puntos diminutos de color rojos, que aliviaban a medias la oscuridad, para tornarla en rojo infierno. El tren siguió su ruta, atravesando valles y montañas. Su recorrido era lento, parecía estar recreándose en el paisaje, el tren se adentró por el Parque Nacional de Tierra de Fuego, donde la vegetación es tan exuberante que en las manchas del bosque se podía admirar con deleite, para la vista, majestuosas alfombras de orquídeas, violetas y una gran variación de plantas. El tren aún se encontraba en penumbra.

Anna reaccionó. ¿Pero quién había pronunciado su nombre? Un golpe seco hizo temblar a las tres mujeres. Algo que parecía muy pesado había caído en el suelo del vagón, muy cerca de donde se encontraban ellas. Para Anna, este golpe seco y violento casi le hizo perder los nervios. Dorotea y Patricia se miraron y callaron. En aquel vagón donde viajaban se pudo percibir una corriente de aire, como si una puerta se hubiera abierto. Poco después apareció Pies Grandes, tomó asiento tras Anna, cruzó los brazos, cerró los ojos y, al momento, parecía dormir plácidamente. Anna hizo una reflexión ante lo vivido momentos antes y creyó que morir era fácil y vivir lo que más costaba.

Toda aquella belleza que los viajeros del tren elogiaban con entusiasmo a ella se le antojaba como una encrucijada que parecía llevarla a un implacable e incierto destino, un destino que, quizás, le estaba acechando en una de esas impenetrables umbrías del enorme parque que estaban atravesando. Volvió la luz, pero Anna por unos minutos cerró los ojos, necesitaba relajarse. No quería pensar en nada. Antes de cerrar los ojos miró a su alrededor con curiosidad. Su mirada se iluminó, no había reparado en que todo el tren respiraba elegancia y refinamiento. Aquel ferrocarril de época invitaba a soñar con un pasado muy distinto del que aún arrastraba



camuflado de lujo y ocio. Entre las vías había historias que eran alimentadas de fantasías en cada viaje por la imaginación de los viajeros. Sobre todo con una de las leyendas que le hizo famoso. Se cuenta que, en su recorrido, estaban marcadas peculiaridades a destacar, como aquella que vivió este tren hacía cien años, cuando hacía con frecuencia, y en días puntuales, el recorrido para trasladar a presos, aunque nunca se llegó a saber cuál era su destino. Los argentinos le pusieron el singular apodo de “El tren del fin del mundo”. Y Anna recapacitó, y si su destino era igual al que decía el eslogan, quizás ella también estaba recorriendo un trayecto en contenido similar al que recorrieron aquellos hombres de hacía cien años hacia el “fin del mundo”.

Esta leyenda se cuenta que llegó a ser tan famosa que, años más tarde, muchos turistas con ansias de aventuras querían viajar en él para poder sentir la emoción de adentrarse en lo desconocido y también sentir la incertidumbre de ignorar cuál iba a ser su destino. Todas estas emociones, pensaba Anna, se podían sentir al montar en este tren, pero ¿no sería que a ella, al saberse perseguida, no le era permitido sentir ninguna de esas emociones que se podía leer con claridad en todos los folletos que eran hechos para los turistas? En él también se contaba que, con sus raíles centenarios, los viajeros, cuando el convoy se adentraba lentamente por aquellos parajes inhóspitos, sabían que era fácil poder soñar, y dejaban volar la imaginación cuando se iban adentrando hacia un destino lleno de misterios y de incertidumbre.

Anna entretuvo sus pensamientos, mientras recordaba que unos días antes de ir a la hacienda de Walter, se había entretenido en leer algunos folletos propagandísticos que le dieron en una agencia de turismo. Y ahora, la fuerza del destino —sonrió al recordar lo leído—, por primera vez en muchos días, le había hecho subir a una leyenda, que, tal vez, ella solita, sin saberlo, se estaba viendo envuelta en un viaje sin retorno que era llamado “El tren del fin del mundo”, pues temía desde que subió al tren que algo trágico le podía

acontecer en cualquier momento, pudiéndose repetir la historia, pues ella se encontraba presa y perseguida por unos criminales y quizás por ese motivo quiso el destino que ella estuviera viajando en aquel tren.

En el cielo aparecieron nubes lenticulares de geometría perfecta que indicaban la presencia de mucho viento. Anna se impacientó cuando empezó a llover. La lluvia comenzó con un principio suave, como un si fuera rocío, para después caer con persistencia, más tarde se hizo torrencial. El caudal del río Pipo no paraba de aumentar. Después de una hora de lluvia, su curso había crecido considerablemente. Los viajeros se encontraban expectantes, enseguida se empezó a oír el ruido atronador de una cascada que, en su caída precipitada, este ruido les hizo estremecer los sentidos. Estaban pasando por la llamada Cascada Macarena, que, en su poderío acuático y al paso del tren, el agua caprichosa los envolvía con su bruma, haciendo, por unos segundos, desaparecer al convoy mágicamente.

Pero el tren siguió su ruta, impasible, con tranquilidad. Mientras, Anna y sus compañeros de viaje no se apearon en ninguna estación, desconociendo su destino. Empezaba a anochecer, las sombras jugueteaban allí donde el resplandor no alcanzaba a iluminar el bosque. Mientras, el tren seguía su viaje, trazando con sus raíles una franja delgada como una herida por cicatrizar en el faldeo de la montaña, que, en su recorrido de aventura, atravesó turbales y diques de castores. Desde la ventanilla del tren, Anna, aterrada, pudo ver a lo lejos antorchas encendidas que parecían acompañar en su recorrido al convoy. Las sombras jugueteaban allí donde el resplandor no alcanzaba a iluminar.

Ese esbirro de Walter, su enemigo, sin que ella se percatara, había logrado obsesionarla hasta el punto de dudar si se había enamorado de él. Pero cuando ese hombre se quitó la máscara, esta revelación de sus intenciones le sirvió de antídoto para remediar esos males que, sin darse

cuenta, la estaban enfermando. Siguió recordando, era necesario para ella encontrar el extremo del inicio de la madeja, necesitaba saber algo de lo que, parecía ser, ella era la única que desconocía. La cabeza parecía querer explotar. El viaje se le antojaba interminable, pero seguía pensando, no llegando a analizar con coherencia todo lo vivido en la hacienda de aquel aparentemente bello, pero indeseable, nazi.

El silencio del vagón le hizo recordar aquella noche cuando Walter llamó a la puerta de su habitación después de aquella cena insoportable en la que ella no llevaba puesta la pulsera y Anna le dejó entrar. Él llevaba en sus manos una bandeja que portaba una taza de té humeante que, con una sonrisa, le ofreció cariñosamente. Anna no supo por qué se sintió abrumada. No le había dado tiempo, desde que subió a su habitación, a poner en orden sus pensamientos. ¿Qué clase de hombre era?

Pero a Anna le martilleaba, una y otra vez, en la cabeza aquella visita en la que, una vez dentro, empezó diciéndole:

—No pretendo molestarte. Cuando te apetezca, te lo tomas, pero no esperes a que se enfríe —dijo como si fuera un amantísimo padre. Anna dio un sorbo ante él y diez minutos después se despidió con un:

—Que descanses, querida.

Recordando este pasaje de su vida sintió una rabia que no podía controlar y que se hizo patente cuando sintió en las palmas de sus manos un dolor agudo que era producido al clavarse sus propias uñas en ellas. Anna, aquel día, miró desconfiada la silueta de Walter al salir de su habitación. Al quedarse a solas se sentó al borde de la cama, recordó que le dolían las piernas como nunca, y que miró hacia la ventana cuando los cristales empezaban a empañarse. El jardín, desde la ventana, se veía con dificultad. Recordó también que se levantó y fue al cuarto de baño, cogió una toalla y limpió el vaho del cristal, y fue entonces cuando descubrió que, de entre las

sombras, una sirvienta atravesaba el jardín, cubriéndose la cabeza con un delantal. Parecía tener prisas y, al mismo tiempo, daba la sensación, al verla desde la ventana, que quería pasar desapercibida. Al mirar hacia dentro, un grito ahogado salió de su garganta. No era su habitación, ahora le parecía estar metida en el paraíso de un enterrador. Las paredes estaban pintadas de negro. Parecían, ante sus aterrados ojos, que se estrechaban hasta converger en un punto confuso en la oscuridad. Encendió la luz, pero ¿no estaba minutos antes la luz encendida?

Recordó que le dolía la cabeza tanto que tenía la sensación de tenerla llena de un aire denso, como si fuera un globo de helio. Y en su descontrol, buscó con la mirada aquella lámpara que ella creyó haber dejado encendida. Sorprendida, vio que solo había una bombilla pequeña que tan iluminaba vagamente una parte de la estancia. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Dónde se encontraba? No recordaba haber entrado por su voluntad en ningún sitio. Se alisó el pelo con los dedos. Tenía que poner su cabeza en orden. En esos momentos, sintió una cosa tan extraña que no pudo precisar, no sabía si el tiempo había pasado deprisa o, simplemente, se había parado, sobre todo dudaba de por qué había perdido la noción de donde se encontraba. Aterrada, se dio cuenta de que, tal vez, habían querido asesinarla. Por unos momentos, contuvo la respiración. Tras la puerta pareció haber alguien acechando, una sombra oscura se colaba por debajo de la rendija, era una sombra alargada como un cuchillo.

Ahora, sentada en el tren y recordando los detalles de aquel día en la mansión de Walter, creía estar segura de que el té que tan gentilmente le había ofrecido el nazi en su habitación era... ¡Dios mío! Sus manos ahogaron el grito de espanto que sintió y, poco a poco, en su mente fue perfilando con más claridad aquella escena que Walter supo interpretar con maestría al ofrecerle aquella taza que, sin duda, su contenido era una pócima letal que

había previsto que bebiera y así deshacerse de ella, pero ¿qué sustancia había puesto en aquella taza? Si solo había bebido un sorbo ante él. Cuando Anna se vio de nuevo en su habitación, creyó encontrarse recuperada de aquella terrible confusión que sentía en la cabeza. Miró por todas partes buscando aquella taza, pero no la encontró. Se detuvo, por unos momentos recordó una de las películas que vio hacía tiempo, en la que al protagonista, después de ingerir una droga, le hacían moverse para no caer en la inconsciencia, pero ya no estaba segura de si lo que estaba viviendo era realidad o solamente un delirio. Cuando paseó por la habitación, de pronto sintió que allí dentro había algo que parecía reconfortante, y pensó que quizás era el espíritu del judío Samuel que la estaba observando desde su tumba, reprochándole su comportamiento por ser el menos adecuado en aquellas circunstancias. Estaba allí, con su presencia incorpórea, para recordarle que había olvidado que con ningún nazi debía bajar la guardia. Interrumpió sus pensamientos con un prolongado silencio mientras miraba la exuberancia del paisaje. De repente, y sin saber por qué, inconscientemente, con uno de sus dedos, escribió en el cristal de la ventanilla el nombre de Samuel.

Por la mañana, el tren llegaba a su último destino. Se apearon sin ninguna nueva incidencia, sin apenas descansar y agotados por la zozobra de la incertidumbre. Al bajar del tren, se dirigieron como cuatro prófugos hacia las montañas de La Patagonia, allí el frío empezaba a hacerse insoportable. Atravesaron un bosque ventiscoso donde proliferaban pequeños lagos y glaciales que, más de dos veces, les hicieron detenerse para orientarse. El viento empezaba a cegarles, ya comenzaban a tener heridas en los pies por el constante caminar y a punto de congelación. En un momento, el cansancio parecía vencerles cuando, en aquel inmenso paraje, se oyó un estruendo aterrador que les hizo permanecer alerta. Tras esos minutos de suspense, ante ellos, se mostró el espectáculo más hermoso que podía regalarles la

naturaleza: un enorme Iceberg se había despegado de su montaña helada y empezaba a navegar sin rumbo aparente, llevándose tras él pequeños bloques de hielo que hacían provocar aquel ruido infernal. Después del mutismo colectivo pensaron en cuántas sorpresas más les podía deparar aquel espacio salvaje y virgen. Con una calma exasperante, el tehuelche Pies Grandes buscó entre las rocas heladas un refugio donde guarecerse durante la noche, que ya estaba a punto de cubrirles con su manto de misterio.

Ella no había previsto esta huida y aquel frío, junto a la zozobra de sentirse perdida, le arañaban las entrañas. Pero gracias a Pies Grandes, que había previsto esta situación, que como precaución, en una de las taquillas de la estación donde sabía moría el tren, previamente había guardado en unas mochilas ropa adecuada para las bajas temperaturas y estar así a salvo de congelarse, pues sabía que era mucho el frío que iban a tener que sufrir. Estaba oscureciendo cuando Pies Grandes decidió que el lugar donde se encontraban era idóneo para pasar la noche. Dorotea, cuando se metió en el saco térmico para dormir, se dirigió a Pies Grandes con voz sosegada, como si quisiera convencerse a sí misma de que no se encontraban en peligro. Le preguntó:

—¿Has visto esas luces en la ladera de esa montaña?

Pies Grandes la miró y asintió con simple movimiento de cabeza.

Dorotea, cada vez más intranquila, le preguntó de nuevo, entre susurros, para que no se enteraran las otras dos mujeres:

—Dime con sinceridad. ¿Crees que en esa ladera donde se aprecian esas luces puede haber una patrulla de nazis que nos está persiguiendo? ¿Y esas luces, si se acercan, podrían ser peligrosas para nosotros?

El tehuelche miró con atención las luces que se movían más rápidas desde que él las estaba observando. En esos momentos parecían dirigirse hacia ellos. Eran como una fila de orugas fosforescentes que rasgaban el

blanco manto de la nieve. Los dos miraban a Patricia y a Anna, que, nada más meterse en el saco, se sumieron en un profundo sueño. Dorotea espera una respuesta convincente por parte del tehuelche. Él aún no había desplegado su saco de dormir, en su cara se podía apreciar una expresión de honda preocupación. Cuando miró a Dorotea solo le dijo:

—No te preocupes, esa vereda es una de las más peligrosas, sobre todo a estas horas del atardecer, que es cuando la nieve cristaliza, llegando a ser tan peligrosa como una pista de patinaje cuesta abajo.

Ya se encontraban metidos en los sacos y entonces, en el más absoluto de los silencios, fue cuando empezaron a oír ecos que provenían de la montaña. Eran gritos encadenados que llegaron a estremecerles, todos se incorporaron al oír aquellas voces de desesperación y de agonía que retumbaban como si fueran truenos en la tormenta. Aquello que vieron a lo lejos, que antes parecía una fila de orugas, se estaba despeñando por la ladera. El tehuelche sonrió al oír el eco que magnifica las montañas, pues él sabía que les estaban siguiendo desde que se apearon del tren, y, según pudo apreciar, eran unos cuantos mercenarios que estaban pagados por los nazis para capturarlos.

Anna se sentía inquieta al oír aquellos lamentos que venían de la ladera que estaba muy próxima a donde ellos se encontraban descansando. Se puso en pie. Patricia la siguió, que, tras ella, temblaba como una hoja ante un viento huracanado. Con el corazón acelerado por no saber qué había ocurrido en la montaña, en aquella oscuridad miraban implorantes hacia el cielo. Impresionadas, las tres mujeres pudieron apreciar que se encontraban bajo un techo de un intenso color turquesa que parecía encogerles el alma. Se serenaron mirando aquel cielo que parecía tener connotaciones espirituales y de magia. A pesar del cansancio y el miedo, lo que estaban contemplando les hizo sentirse seres privilegiados. Anna pensó que los hombres son

insignificantes ante aquella grandiosidad de la naturaleza, se avergonzó de pertenecer a una clase de humanos, que, por la ambición y el delirio desaforado de tener poder sobre sus semejantes, pierden el pudor por conseguir ser dueños de las vidas de los demás, para hacer de los hombres peleles en sus diabólicas manos.

Y Anna pensaba que si muchos de los políticos, incluido Hitler, hubieran sido honestos y responsables del poder que les daba el pueblo, estas barbaridades se hubieran evitado, y si estos políticos tuvieran la oportunidad de contemplar la grandeza de la naturaleza, para después reflexionar con sosiego sobre lo pequeños y lo insignificantes que somos los hombres, quizás ese ansia desmedida de poder por el poder fuera menguada, al verse tal y como somos, una ínfima parte del Cosmos bajo la influencia inmensa del Creador, que nos permite contemplar parajes que parecen desolados, pero que son “vida” y todo porque aún no ha llegado la mano destructora del hombre.

Por la mañana, los caminos por donde pisaban se mostraban helados. Las paredes de las altas montañas estaban cubiertas de hielos perpetuos. Caminaban sin tregua, sus cuerpos ya no podían más por el agotamiento. Cuando Pies Grandes anunció que solo les separaba de un pequeño poblado mapuche un pequeño trecho para llegar, tenían que atravesar un bosque en estado salvaje, donde a cada paso les sobrevenía una sorpresa. El viento parecía pulir el cielo trasladando las nubes a su antojo, pero ellos necesitaban llegar cuanto antes a aquel poblado. Dorotea empezaba a dar muestras de desfallecimiento.

Dorotea, no dijo nada, no quería que por su culpa se retrasase el término de la huida, pero todos sabían de su agotamiento, al ser el miembro del grupo de más edad, viendo cómo acusaba el cansancio más que los demás. Pies Grandes, alarmado, vio que en su cara habían aparecido unas manchas de color violeta, producida por la lenta circulación en sus venas. Hicieron un



alto en el camino. Mientras, el tehuelche sacó apresuradamente de su mochila una caja que contenía una sustancia contra la congelación, ofreciéndosela a Dorotea, le dijo:

—Embádnate bien la cara y las manos con esta crema, es la única manera de poder preservarte del frío.

Y dirigiéndose a Anna y a Patricia:

—Vosotras haced lo mismo.

Desde ese momento, se había convertido en el jefe de aquella expedición. Y, en un instante, Pies Grandes desapareció tras una roca helada mientras buscaba el camino más seguro a seguir que los llevara hasta Chile. Las mujeres, después de un rato de incertidumbre, al ver que Pies Grandes no aparecía, se impacientaron. Unos minutos después lo vieron salir tras un barranco con cara de complacencia. Anna se dirigió a él angustiada:

—¿Has encontrado el camino?

Tan solo contestó:

—Creo que por ahora todo está en orden, nadie nos persigue.

Las tres mujeres se miraron y sonrieron al saberse a salvo de sus perseguidores. ¿Acaso esos gritos que oyeron que venían de la montaña eran de ellos? Cuando cruzaron por una vereda que se encontraba protegida por una helada pared vertical, apareció ante ellos un valle escondido. Anna, sorprendida, dio un grito de admiración mientras retuvo en su retina aquella maravilla de la creación. Los cuatro vieron cómo ante sus ojos, mágicamente, desaparecía un río de color turquesa tras un barranco inaccesible. De pronto, se levantó un viento antártico que los envolvió en una espesa nube, haciéndolos tiritar. Al desaparecer la bruma que envolvía el horizonte, vieron cómo aparecía ante ellos una inmensa cordillera coronada de nieve que convertía aquel paraje en un lugar lleno de fantasía que no dejaba de ser real. Todo aquello por lo que estaban pasando estaba siendo recompensado con

creces por aquella maravillosa visión. Siguieron caminando. El miedo que sentían ante una nueva persecución se manifestaba en el rostro de los cuatro. Pies Grandes, después de años de ausencia de aquello que fue su hábitat, no encontró el camino hacia aquel poblado que les prometió llevarlos.

Calzados con raquetas, con mucha dificultad, subieron a lo alto de un cerro, donde vieron aparecer, entre la bruma y la nieve, una ciudad. Ellos ahora caminaban por un bosque húmedo, exuberante, donde la acción de los vientos moldeaba los árboles de la zona hasta llegar a hacerlos fantasmagóricos. Habían decidido no entrar en el poblado que nombró Pies Grandes, y después de unas horas de difícil caminar, estaban llegando a Calafate. Todos necesitaban con urgencia entrar en un ambiente caliente, en particular Dorotea, que necesitaba un médico, pues se encontraba muy débil y su estado empezaba a preocupar al grupo.

En la entrada de la ciudad se pararon ante un arbusto enorme, no pudiendo reprimir la curiosidad, Patricia preguntó a Pies Grandes:

—¿Este árbol tiene algún significado?

El hombre le respondió:

—Este es el árbol simbólico de esta ciudad, del cual adoptó su nombre, y tiene tantos años como los que hace que vinieron los españoles para predicar el evangelio. Este árbol fue plantado por ellos, porque aquí, en este lugar, estuvo la primera misión —y señaló con el dedo una tapia de tierra que fue testigo de aquel pasado—. También aquí es donde se dice que empezó el núcleo urbano, llamándose, desde entonces, esta ciudad como este árbol: Calafate.

Patricia preguntó:

—No veo que este arbusto tenga flores.

Pies Grandes sonrió:

—Ahora, en estos momentos nos encontramos en la estación de

invierno, pero en primavera florece con flores amarillas y, más tarde, entrado el verano, se pueden comer sus frutos, que son de un intenso color morado.

Dorotea, sentada en el poyete que rodeaba el arbusto, solo escuchaba, no le apetecía hablar, tan solo deseaba acostarse cuanto antes en una cama que le confortara la espalda. Su cara se transformó, pensando que también se sentía egoístamente feliz al creer que sus perseguidores fueron los que aquella noche de horror cayeron por aquel precipicio.

Patricia siguió merodeando por el arbusto mientras Dorotea y Anna descansaban. El tehuelche se acercó a la joven para calmar su curiosidad. Paseó junto a ella. Había una tradición y es que, según se dice de este arbusto, que el forastero que come de este fruto regresará de nuevo a la Patagonia. Mientras tanto, Anna miraba a los tres analíticamente. Su mirada se detuvo en contemplar a Dorotea y, después de pensar unos minutos, solo se le ocurrió decirse a sí misma: “¿Qué historia es la que guarda esta mujer?”. Pero, cuando miró a Patricia tampoco le encajaba para nada en esta trama: “¿Qué hacía una chica tan joven metida en este lío? ¿Qué podían esconder aquellas dos mujeres de edades tan dispares y que decían ser judías en aquella Argentina que acogió a la mayoría de los nazis compinches de Hitler?”.

Anna siguió sentada en el poyete que rodeaba a aquel simbólico arbusto, y en silencio pretendía analizar a Pies Grandes, vio sorprendida cómo su rostro desprendía una nostalgia, que, quizás, le venía de un tiempo pasado, que seguramente fue mejor. Pero a Anna aún le quedaban por resolver muchas incógnitas y averiguar quién estaba detrás de todo aquello. Saber quién hizo que se conocieran en Buenos Aires Dorotea y ella. Y, por primera vez en todo el tiempo que llevaba dedicado a los intereses de Samuel, pensó: “¿Acaso a alguien se le ha ocurrido pensar cómo me siento yo y dónde está mi lugar en esta historia?”.

Media hora después de encontrarse en uno de los hoteles y de haber

descansado, Dorotea, tomándose una taza de café caliente, dijo a Anna:

—Creo que ha llegado la hora para que me des una explicación.

Anna se sentó junto a Dorotea, el fuego de la chimenea hacía reflejar en su rostro, tintes rojizos que hacían destacar en su cara el rictus de una preocupación que intentaba que no se notara, Anna no sabía por dónde empezar a contar cómo se deshizo de nueve nazis de una sola vez. En esos momentos se encontraba insegura, aún desconocía muchas cosas de aquellas dos mujeres; pero al ver la cara de desencanto que mostraba Dorotea, le dijo:

—No te preocupes, Dorotea, no voy a desviarme para nada de la pregunta que me has formulado —y comenzó—: Mi padre, después de saber que padecía una grave enfermedad sin solución, se trasladó a Mielec con la familia, donde siempre habíamos vivido. Una noche después de cenar le comentó a mi madre unos días antes de morir que antes de caer enfermo, intuyendo que algo grave se estaba gestando en Europa, y siendo el director y responsable de la sección de investigaciones de la sección bacteriológica en Croacia, ante las convulsiones que se estaban produciendo en todos los ámbitos y temiendo que, algunas de las investigaciones que se habían efectuado en aquel laboratorio dirigidas por él, y que en su última fase de investigación se habían logrado unos magníficos resultados, supo que era de vital importancia que no cayera en manos de los nazis. Y, como descubridor, sabía del efecto letal que podía causar una sola de aquellas cepas en la que él investigaba en las manos de inexpertos. Uno de los últimos días que estuvo trabajando, mi padre se las tuvo que ingeniar para poder sacar del laboratorio la fórmula que tantos desvelos le estaba causando. Aquel día, y cuando acababa de terminar su trabajo, hizo sonar la alarma al romper una de las probetas que contenía líquido inflamable. En esos momentos y aprovechando la confusión, metió la cepa en una fiambarrera de porcelana previamente forrada con piel de conejo, que escondió entre el abrigo que llevaba colgado

del brazo. Y, cuando llegó a casa, la escondió en un recipiente previamente preparado por él, escondiéndolo donde nadie la pudiera encontrar. Aquella noche, se encontraba muy fatigado, y supo que le quedaba poco tiempo de vida, entonces le dijo a mi madre lo que había hecho y dónde lo había escondido, no sin antes decirle a mi madre que solo estaría allí escondido hasta que terminasen todas las revueltas y se volviera a la normalidad. Pero los acontecimientos hacían predecir por el carisma que estaba tomando la política, que íbamos a entrar irremediabilmente en una guerra cruel.

Dorotea y Patricia escuchaban con atención cada palabra que salía de su boca. Anna siguió su narración mientras estudiaba cada gesto que pudieran hacer las dos mujeres:

—Mi padre regresó a su tierra antes de que estallara el conflicto, llevándose consigo la cepa. Yo, cuando sucedió esto, aún era muy joven. Mi padre, poco después, enfermó y murió. Mi madre no tardó mucho en seguirle pero, antes de morir, mi madre me contó la historia y dónde estaban guardadas las cepas con las bacterias, dándome instrucciones sobre qué hacer con ellas cuando se restableciera la paz. Allí estuvieron guardadas mucho tiempo y olvidadas por mí. Yo, al salir de Mielec y recordar lo que mi madre me dijo, me aseguré de que nadie, ni por casualidad, pudiera encontrarla. Pero después de cumplir con la misión encomendada en Madrid, pensé que quizás esa cepa pudiera servir para algo más que para asesinar a inocentes, y que, tal vez, quizás, también podían servir para impartir justicia. Esa palabra no podía quitármela de la cabeza: “justicia” y, antes de irme a Argentina, sin pensarlo dos veces, pasé por Mielec, llevándome conmigo ese arma letal que ni yo misma sabía cómo manipular. Tampoco sabía, en realidad, si la iba a utilizar. Aún así, la llevé conmigo cuando fui invitada a la hacienda de Walter. No tenía pensado utilizarla, pero, después de ver tantas cosas en aquella hacienda, y cerciorada de que aquella maquinaria diabólica de los

nazis seguía a pleno funcionamiento, se me ocurrió la idea sobre cómo utilizarla sin que yo saliera perjudicada. Y me puse a recordar algunas de las páginas que había leído en uno de los libros antiguos que descubrí en la finca extremeña. Entonces esperé el momento oportuno, que no parecía llegar nunca, yo sabía que cada minuto que pasaba en aquella hacienda se acrecentaba el peligro que corría, pues intuía, por el comportamiento del nazi, que sospechaba de mí desde el primer día. Cuando una mañana, en el desayuno, me sorprendió al decirme: “Ponte lo más guapa posible, esta noche vienen unos amigos a cenar con nosotros. Todos viven aquí, en Buenos Aires y, aunque te parezca curioso, llegamos a Argentina al mismo tiempo, por eso te aseguro que va a ser para todos una noche memorable”.

Las dos mujeres no se atrevieron a interrumpir a Anna. No podían creer lo que les estaba contando.

—Aquella noche en que el nazi reunió a todos sus amigos, en la que, según Walter, se iba a celebrar una cena memorable, yo me presenté en el salón, sabiendo que estaba más bella que nunca, vestía con mí peculiar filosofía que era la de acaparar todas las miradas aquella noche. Me atreví con un traje especial diseñado exclusivamente para mí de la firma Valentino, mi modisto favorito desde que tuve dinero, el modelo era de color rojo, mi color preferido, y pensé, al mirarme al espejo, que nadie podía llevar con tanta majestuosidad y estudiada simpatía como yo. Aquel traje, aquella noche, yo también sabía que iba a ser memorable. Y así, me presenté bella y apetecible para los invitados, como un cordero de Pascua esperando ser degollada.

Las dos mujeres calladas esperaban con impaciencia el desenlace.

—Pero ¿cómo pudiste atreverte con todos tú sola? —dijo Patricia.

Dorotea añadió:

—¿No pensaste que alguno de ellos podía darse cuenta de tus

movimientos?

—No —dijo rotunda— porque, sinceramente, tampoco lo pensé. Después de la cena esperé pacientemente a que todos estuvieran ebrios, aunque para eso tuve que esperar casi hasta la media noche. Y cuando creí que se encontraban sus buches llenos de alcohol y empezaban a hacer chanzas sobre sus maldades, yo saqué del bolsito de mano mi última y única oportunidad. Extraje una bolsita de tela dorada y coqueta que disimulaba ser un estuche de perfume, que, indolente, abandoné estratégicamente encima del piano, camuflándolo tras el atril y escondiéndolo entre las partituras. En esos momentos, allí se estaban viviendo momentos de euforia, cada uno contaba sus batallitas. Entonces, yo aproveché para inventarme una excusa y salir unos momentos del salón. Pero uno de ellos, al ver que me dirigía a la puerta, groseramente, me dijo, cuando ya estaba a punto de salir de aquel nido de víboras, acercándose a mí peligrosamente hasta llegar a rozarme con su apestosa boca que rezumaba cerveza en mí oreja, que no podía irme en plena fiesta. Yo sentí cómo el corazón empujaba con fuerza en mi pecho para salir por la opresión que sentía. Y de pronto, pude oír una voz que yo conocía muy bien y que se notaba, por el tono, que estaba acostumbrado a dar órdenes. Era la voz de Walter, que dijo despreciativamente que me dejaran salir, pues no tenía a dónde ir. El nazi que se interpuso en la puerta de salida, con la lengua estropajosa, me dijo que no tardara, pues tenía una sorpresa para mí. Cuando salí del comedor, por la excitación que sentía, cometí la torpeza de creer que todos se encontraban dentro, no supe que uno de ellos había salido sin que yo me diera cuenta. Había ido en busca de una de las chicas del servicio para humillarla. Pero cuando aquel nazi que quedó fuera quiso regresar al salón, después de haber pasado un rato de lujuria con una inocente sirvienta, se encontró con la puerta atrancada. Asombrado, apartó la silla de una patada, lo que hizo que se abriese la puerta de par en par, y fue cuando, ante él, apareció

un dantesco espectáculo: todos estaban muertos.

—¿Pero cómo pudiste esquivar al que faltaba? ¿Acaso no te lo encontraste en el pasillo? —dijo Dorotea.

—Él no me pudo ver, porque, de inmediato, me dirigí hacia una puerta estrecha que desde el jardín yo sabía que conducía a la cocina.

—¿Pero cómo tuviste la osadía de entrar en la cocina si allí se encontraría todo el servicio recogiendo? —preguntó de nuevo Dorotea de Vístula.

—Haciéndome la despistada y con el pretexto de encontrar a mi doncella. Os aseguro que todo fue así de sencillo. Pero cuando me encontraba preguntando por mi doncella, de repente, ese energúmeno empezó a gritar. Todo el servicio que se encontraba en la cocina siguió con su tarea como si nada hubieran oído.

—¿Y qué pasó después de que aquel animal diese la alarma?

—Nada, por eso me sorprendió que el servicio cerrara la puerta de la cocina y, como si no hubieran pasado nada, ninguno se inmutó, y ni tan siquiera hicieron comentario alguno. Yo me quedé parada ante aquella situación, no pude mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Alguien me dijo, cogiéndome del brazo amablemente, que me acompañaba a la alcoba.

Y recostándose indolente en aquel asiento confortable, dijo:

—Creo que ya lo sabéis todo, por ese motivo nos encontramos aquí.

Y mirando a las dos mujeres, hizo una mueca de circunstancia.

Aquella noche, a pesar de la fatiga, ni Dorotea ni Patricia pudieron dormir. Esa mujer llamada Anna les hacía despertar las conciencias. Había demostrado ser una mujer valiente.

## CAPÍTULO XXXVII DE NUEVO LA HUIDA



Al día siguiente, de nuevo emprendieron la huída. Anna, a pesar de estar acostumbrada a las bajas temperaturas de Mielec, parecía no resistir el frío a medida que ganaban altura. Al caer la tarde, de nuevo tenían ante ellos el espectáculo sobrecogedor que les ofrecía la naturaleza y que les hizo olvidar por unos momentos el cansancio. Se pararon unos minutos para contemplar los tonos azules y violetas de las quebradas, que contrastaban vivamente con el rosado bermejo de aquel cielo que mostraba un bello espectáculo en aquel atardecer. Por unos minutos, hizo que el grupo olvidara los calambres de las piernas y también el terrible agotamiento que sentían. Momentos después, la noche se hizo oscura como la boca de lobo. El tehuelche decidió que tenían que descansar y, con gran pericia, construyó un refugio escavando en la nieve, donde pasaron la noche. De su zurrón sacó de nuevo la vejiga de reno, se la ofreció a las mujeres y les aconsejó que volvieran a embadurnar la cara, las manos y que también era conveniente que se untaran la mayor parte del cuerpo que les fuera posible. Las tres mujeres se embadurnaron en silencio con aquella grasa pegajosa. Lo miraron y le sonrieron agradecidas. Pies Grandes las miró pensativo y cuando estas habían terminado, sin decir palabra, se desabrochó la pelliza, se subió la camisa y el jersey de lana y, como si de un ritual se tratase, empezó a untarse el pecho y toda la superficie de su piel que podía estar expuesta a la intemperie. Una vez terminado su acicalamiento con aquella grasa que parecía mágica, abrió el morral para guardarla.

Anna se acercó a él, no sabía cómo pedirle perdón por haber dudado de él. Entonces, haciendo caso omiso a lo que decía Anna, Pies grandes empezó a narrar las propiedades de aquella pomada:

—Antes de que vinieran los conquistadores para cristianizarnos, mi pueblo vivía entre estas nieves totalmente desnudo. Os preguntaréis cómo

podía ser eso posible, pues sí, lo era. Desde el momento en el que un niño venía al mundo era untado con esta pomada, crema, pócima o como les parezca llamar. Esos niños jamás se constiparon, como sí lo hacen ustedes cada invierno.

Acto seguido, y para amenizar un poco la noche, las reunió a las tres para que, muy juntitos, contara la historia de aquella grasa milagrosa. Las mujeres esperaban con curiosidad la historia:

—Esto pasó cuando los llamados frailes conquistadores se adentraron en nuestros poblados. Una vez dentro se encontraron que todos los habitantes estaban desnudos. Cuando estos frailes vieron aquello que llamaron “inmoralidad”, obligaron inmediatamente a todo un pueblo a que se taparan el cuerpo. Ningún nativo sabía el significado de la ropa. Cuando fueron obligados a ponerse aquellas prendas que tapaban sus cuerpos y que les dijeron eran las adecuadas para no pasar frío, entonces estos frailes, ignorantes del daño que hacían a los nativos, les confiscaron sus cremas, que era lo único que tenían para preservarse de la congelación. Y mi pueblo, desde ese momento, empezó a pasar frío. Algunos de aquellos frailes moralistas tampoco pudieron aguantar las bajas temperaturas, pues el hábito, aún a pesar de ser de lana, no supo hacer la función que desde hacía cientos de años había hecho aquella pomada, y así fue como muchos de ellos murieron congelados, por no saber aceptar los usos y costumbres de un pueblo que había sobrevivido en aquellos helados parajes sin ropa ni medicinas muchos años. Unos meses después, los más débiles fueron muriendo de esa enfermedad que cada año padecen muchos españoles sin que les pase nada, mientras, mi pueblo fue muriendo, poco a poco, asfixiados por esa enfermedad que hoy llaman bronquitis.

Las tres mujeres no supieron qué decir ante semejante relato de aquel hombre que también había sido víctima de la intolerancia, de un progreso que

ni siquiera necesitaba, y que tan solo fue dictado por unos pocos que se hacían pasar por puritanos. El hombre bajó la cabeza, llena de recuerdos, para que no lo vieran llorar.

Al no poder dormir por la intranquilidad que sentían, y después de aquel relato estremecedor, ninguna pronunció la palabra perdón. Era demasiado tarde y, en esos momentos, se sentían avergonzadas. Mientras, a lo lejos y difuminados por los copos de nieve, se podía ver de nuevo otra hilera de luces, cogiéndolos por sorpresa, como si hubieran surgido de las profundidades. Ya las luces de las antorchas no parecían tímidas cuando serpenteaba la ladera de la montaña, parecían tener motores en los pies. Esto les puso nerviosos. Ellos no podían seguir avanzando por aquella montaña helada y, además, se encontraban agotados tras el esfuerzo que habían hecho en el ascenso al glaciar. Poco después vieron cómo aquellas luces desaparecían tras la bruma de la noche. Enseguida se quedaron dormidos en la improvisada tienda de campaña que lograron meter en una oquedad de la helada ladera, sin sospechar que esas luciérnagas que habían avistado aquella noche habían acampado muy cerca. Era un pequeño ejército capitaneados por un hombre sin escrúpulos, que fue librado de una muerte segura al no encontrarse dentro de aquel salón por estar cometiendo una vileza. Este canalla encontró enseguida, pagando espléndidamente, otros esbirros que ante el dinero se ofrecieron en alma y cuerpo a la causa que defendían los nazis. Aquellos hombres habían aceptado la misión de darles caza como si de animales se tratase. De nuevo, se repetía la fórmula que estos indeseables emplearon con los judíos.

Antes del amanecer emprendieron, de nuevo, la ruta marcada por Pies Grandes. Dorotea empezaba a dar muestras de estar enferma. Patricia se alarmó, Pies Grandes les dijo, pesaroso, que no podían parar. Se había confundido de ruta. Por esa equivocación se encontraban en una zona de

extensas estepas patagónicas, donde el fuerte viento no los dejaba avanzar, era uno de los sitios más peligrosos del glaciar Perito Moreno. En uno de los tramos que tuvieron que atravesar, el hielo se podía romper con facilidad al ser pisado y caer en una trampa peligrosa. Pies Grandes caminaba abriéndoles el camino. En el sitio en el que se encontraban, a cada paso que daban, era más difícil avanzar. Una hora después de salir de aquel paraje peligroso, notaron que la temperatura subió inesperadamente, no era tan gélida. Este cambio climático también se pudo apreciar por las turbias y fluidas aguas del río que tenían que atravesar. Sospechando que se estaban acercando a una pequeña población carbónica, caminaron siguiendo la rivera hasta llegar a un poblado donde pudieron descansar una noche hasta que llegaran a una población donde pudieran relajarse durante unos días.

Al día siguiente, emprendieron de nuevo la huida y tuvieron que caminar aún durante diez kilómetros entre valles y montañas heladas. De repente, se encontraron ante una peligrosa bajada en la que un pequeño descuido en aquel suelo resbaladizo les podía costar la vida. Con gran alegría, al fin, y después de unos momentos de angustia, ya para la tranquilidad del grupo pudieron avistar la ciudad Trasandina, que, como un milagro, ante ellos se hizo realidad. Entonces, ante ellos aparecieron tejados de casas que, esparcidas por aquella llanura, parecían en la lejanía pequeños y deseados rubíes que relucían con la claridad del amanecer. Este milagro se encontraba frente a la cordillera de los Andes Patagónicos.

El grupo, a pesar de encontrarse con un terrible agotamiento, se sentía confiado. Allí, ante ellos había una verdadera ciudad donde creyeron que podrían encontrarse a salvo. Y una hora después se encontraban en las puertas de la ciudad. Sus cuerpos se sentían exhaustos y hambrientos. En un pequeño establecimiento que había en las afueras decidieron entrar y comprar lo necesario para poder seguir caminando hasta el centro. Querían estar

presentables para buscar alojamiento. Los cuatro tenían necesidad de descansar, la cara y las manos ya empezaban a ponerse moradas y amagaban con congelarse. Era necesario y urgente untarse de nuevo la cara y las manos con la pomada que les ofrecía de nuevo Pies Grandes.

Cuando entraron en la ciudad, sus rostros se iluminaron. Les sorprendió gratamente la influencia inglesa en su arquitectura, en sus comercios, en los bares llamados “pub”. Todo allí les pareció sorprendente. Creían estar soñando, pues creyeron haber sido transportados, por arte de magia, a una ciudad inglesa cualquiera. Camino del centro, pudieron apreciar grupos de turistas cargados con los esquíes, pues se encaminaban hacia las pistas, con las caras quemadas por los muchos días de hacer deporte y con sonrisas por poder pasar un día más en plena naturaleza.

Muy cerca de ellos pasó un cóndor, que casi rozó sus cabezas. Este incidente quizás era imperceptible para cualquiera, pero, para Anna, este hecho le hizo despertar de la ensoñación en la que se encontraba sumida, haciéndole sentir un extraño presentimiento. Las tres mujeres se miraron, pero ninguna dijo nada. No parecían estar dispuestas a romper el hechizo de verse inmersa en una tranquila ciudad donde creían no ser perseguidos. Aquella noche pudieron descansar en un hotel, parecían confiados y tranquilos, pudiendo dormir aquella noche plácidamente en una cama que les pareció la más confortable del mundo. Por la mañana, después de un desayuno abundante que hacía tiempo no degustaban y con Pies Grandes a la cabeza, salieron de compras. Se sentían alegres y contentos como hacía tiempo no se sentían.

Antes de inscribirse en uno de los hoteles más lujosos, visitaron las mejores tiendas de moda para comprarse ropa. Llegaron al hotel, después del aseo, se vistieron para acudir a almorzar al más elegante y chic de los restaurantes. Eligieron una de las mesas que miraban hacia la puerta, era una

de las manías que dominaba a Anna desde que se vio envuelta en esta aventura. Tenía que ver todo lo que entraba y salía cuando se encontraba en un lugar público. Patricia, burlona, y después de degustar el primer plato que le supo a gloria, dijo:

—Esto que estamos haciendo ¿no os parece que es una manera más, además de reconfortarnos, de luchar por la justicia?

Todos sonrieron, se encontraban de buen humor, pues hacía mucho tiempo que no se sentían personas. Y mirándose la preciosa falda que acababa de estrenar, Patricia dijo con coquetería:

—Creo que, después de todo lo pasado, ha valido la pena este viaje, aunque tan solo fuera por encontrarnos en esta bella ciudad.

Anna se sentía tan feliz que no se atrevía ni siquiera a sonreír. Dorotea estaba muy callada. Desde hacía unos minutos su semblante parecía preocupado.

Después de la comida, los cuatro entraron en una sala contigua al comedor, preparada para que los clientes pudieran hablar cómodamente en la sobremesa mientras tomaban café. La sala no era grande, pero su decoración era exquisita. Cuadros en miniatura de estilo naif salpicaban las paredes. Anna no podía creer lo que estaba viendo. Se removió en el asiento mirando con los ojos desorbitadamente abiertos aquellos cuadros. En su cuerpo volvió a sentir el mismo escalofrío que sintió cuando contemplaba en el comedor del nazi aquellos cuadros. No supo por qué, pero se encontró atrapada como una niña indefensa perdida en un bosque. Aquellas pinturas que colgaban de la pared, con su colorido, que aparentaban ingenuidad, parecían perseguirla.

La taza del café que estaba bebiendo cayó estrepitosamente al suelo al rozarla con el codo. Ante este hecho se sintió desconcertada cuando vio que la falda de Patricia salió malparada. Todos la miraron. Su cara, en esos instantes, parecía gritar que ante ella había un fantasma. Anna no podía

articular palabra alguna, se encontraba en estado de shock. Sus tres acompañantes dirigieron sus miradas hacia donde Anna tenía clavada su vista. Todos enmudecieron. En una de esas pinturas se encontraba retratada su finca extremeña. Aunque su colorido difería bastante de lo que en esa clase de pintura era habitualmente, sí tenían cierto parecido al colorido de los cuadros que vio en la hacienda del nazi. En esta pintura se podía apreciar, con extraordinaria nitidez, en medio de un campo sembrado de encinas, una casona gris, tétrica, con sus tres balcones en la fachada principal, donde se podía apreciar en cada balcón una cabeza cortada mostrando ojos desorbitados. Anna no pudo resistir ni por un minuto más aquella visión que le parecía atroz, y, como siempre desde que se vio envuelta en esta aventura, se hacía la misma pregunta: “¿Qué está pasando?”. ¿Quizás estaba perdiendo el juicio? Sus tres compañeros de viaje la miraron, ella, para serenarse, miró las cortinas de terciopelo que tapaban las ventanas como si estuviera mirando en una tienda una pieza que le interesa comprar. Después miró la lámpara que pendía del techo, era parecida, si no era igual, a la que vio en la hacienda del nazi. No podía ser verdad, su mente le estaba haciendo una jugada de mal gusto. Siguió mirando, necesitaba saber que se lo había imaginado y que allí no había ningún cuadro que representara su finca. En aquella sala también había pequeños veladores donde se podían acomodar las parejas, que salpicaban el pequeño salón como si fueran gotas de sangre al ser sus vestiduras rojas.

Dorotea, preocupada por su actitud, le preguntó:

—¿Te ocurre algo? ¿Te encuentras mal?

Anna la miró como si, de repente, la estuviera descubriendo.

De nuevo insistió Dorotea:

—¿Quieres que regresemos al hotel? Te encuentro pálida.

En esos momentos, un mulato de aspecto saludable se acercó a los dos

hombres que estaban en la mesa de al lado. Ninguno de los cuatro pudieron oír de qué se trataba lo que les estaba contando a aquellos hombres, pero sí supieron, por el movimiento de sus manos y los gestos que hacía el mulato, que les estaba avisando de algo que parecía ser importante, pues, cuando este desapareció, empezaron a sentirse inquietos y en voz baja parecían murmurar algo entre ellos. El más joven, sin disimulo, dirigió su mirada hacia la mesa que los cuatro ocupaban. Esta mirada hizo estremecer a Patricia. Esa mirada le hizo recordar, que era igual que la de...

Anna, como sus compañeros, no hizo comentarios, solo pensó que algo no funcionaba, porque podía ser que fueran sus perseguidores.

Minutos después, los cuatro, sin previo acuerdo, decidieron salir de allí cuanto antes. No obstante, por unos minutos permanecieron sentados. Las piernas les temblaban ante la presencia de aquel cuadro que se encontraba en un sitio tan remotamente alejado de la finca. Ese hecho tenía que significar algo. Entre ellos no se hicieron preguntas, pero sí se pusieron a la defensiva, atentos a cualquier movimiento extraño que pudiera surgir entre los que se encontraban en aquella sala. Se dispusieron a salir del saloncito. Lo hicieron despacio, como si hubieran pasado una velada agradable. A la salida, y ante la puerta del restaurante, les sorprendió ver un coche de lujo negro con los cristales tintados. Sus ocupantes parecían estar dentro, pues las ventanillas se encontraban dos dedos abiertas. Por el camino, ninguno de ellos habló, parecía que estaban reflexionando sobre lo que tenían que comentar.

Cuando llegaron al hotel hablaron de la comida, de lo bella que era aquella ciudad, pero nadie habló de la salida precipitada de aquel restaurante. Por la noche, ninguno del grupo se sentía relajado. Anna, en el silencio de la noche, oyó desde su alcoba pasos amortiguados por la alfombra del pasillo y también pudo oír a unos hombres que mantenían conversaciones en alemán a media voz.



Al amanecer, y antes de que el hotel se pusiera en movimiento, emprendieron de nuevo la huida camino de Ushuaia, la ciudad más austral del mundo donde se dice que pueden convivir con gente de todas las nacionalidades. La intranquilidad comenzó de nuevo un día después de haber comenzado la huida, cada día se les hacía más insoportable el camino, que no sabían cuándo terminaría. En esta ocasión, se adentraron por escarpados para conseguir rodear una laguna llamada Esmeralda. Ya al atardecer atravesaron el Parque Nacional de Tierra de Fuego. De repente, se levantó una ventisca cargada de nieve. La suerte parecía haberles dado la espalda, ya no se encontraban seguros en ninguna parte, a pesar de encontrarse en un paraje solitario y desolado por las ventiscas. Pies Grandes se encontraba inquieto al no reconocer los parajes en los que se hallaban: y dejándolas solas por unos momentos, subió a la cima de un cerro con gran dificultad, desde allí y, oteando el horizonte, supo que por esas latitudes no tenían ninguna salida, pero tenían que seguir adelante si no querían morir congelados. Tenían que animarse, pues no podían perder la única posibilidad que les quedaba, que era la de salir con vida de aquel desierto de dunas heladas, de suelo resbaladizo, pero algo les tenía mucho más intranquilos, que eran sus cazadores. Por ese motivo, su prioridad era la de salir cuanto antes de Argentina.

Después de muchas vicisitudes, a pesar de que sus piernas ya se habían acostumbrado a caminar, consiguieron llegar a la ciudad de Ushuaia, necesitaban más que nunca descansar. A su llegada se inscribieron en un hostel discreto, situado a las afueras del núcleo turístico. Se inscribieron con nombres falsos. Por la calle pasaron camuflados entre las gentes de diferentes nacionalidades. Pero la variedad de razas y colores no hizo que Anna se sosegase. Tenía la impresión de que los que les perseguían se encontraban muy cerca de ellos. Después del almuerzo, cuando se dispusieron a abandonar el comedor, Pies Grandes, cambió repentinamente de semblante.

Tres hombres de piel como la nieve los estaban observando.

Aquella misma tarde y sin apenas descansar, salieron de la ciudad, entre ellos empezó a reinar el pesimismo, llegando a dominar a todo el grupo. Ya empezaba a hacerse de noche, después de haber caminado dos horas, donde se encontraban no había ninguna vegetación que les pudiera resguardar. Se untaron de nuevo las manos y la cara con aquella grasa salvadora. De repente, Pies Grandes descubrió unas cavernas de mármol esculpidas por la acción del viento que se fueron haciendo durante milenios. Estas oquedades eran la base de grandes acantilados. Entraron por una abertura lo suficientemente grande para poder pasar sin tener que arrastrar la barriga por aquel helado suelo. Dentro, la temperatura les sorprendió, el frío no era tan intenso como en la montaña. Encendieron un fuego, los cuatro creían estar soñando cuando descubrieron que allí había un cántaro lleno de agua, una garrafa de brandy, velas, latas de conservas, colchones de goma... ¿Qué era aquello? ¿Quizás era una trampa? Aquella noche, ante el hallazgo, y no pudiendo resistir la emoción de verse ante ese milagro, después de haber comido y sentirse calentitos por aquel fuego, se quedaron dormidos profundamente después de haber ingerido algunos tragos de brandy.

Por la mañana, al despertar, se miraron, estaban milagrosamente vivos. Se regocijaron ante tantas provisiones. Comieron y bebieron lo suficiente para no desfallecer en el trayecto que les quedaba hasta llegar a Chile. De nuevo reanudaron la marcha, atravesaron bosques ventisqueros, más lagos, glaciales y, a duras penas, atravesaron un espacio salvaje donde, a cada paso, les sobrevenía una sorpresa. La hojarasca, dura y reseca por el clima extremo, les llegaba hasta la cintura, intentando con su roce rasgar sus pantalones. Las botas especiales para andar por la nieve les hacían desconocer, afortunadamente, por dónde pisaban. Pies Grandes, a pesar del cansancio, se puso a trabajar con la pericia que tienen los hombres acostumbrados a estos

parajes. Se encontraban agotados. Pies Grandes cavó en la helada tierra un hoyo donde se cobijaron para descansar. Allí pasaron otra noche, una vez más, guarecidos de la tempestad. Desde el agujero donde se habían refugiado pudieron ver, impresionados, cómo el viento arrastraba bloques de hielo. Ahora todo dependía de que la suerte estuviera de su lado, ya habían encontrado el camino correcto y parecía faltar poco para pasar la frontera y entrar en Chile. Llegado el momento, tendrían que salir de aquel infierno a toda velocidad. Porque, a lo lejos y cuando creían que habían dejado de perseguirlos, de nuevo pudieron ver cómo se movían, al anochecer, un zigzagueo de antorchas que parecía estar acercándose a ellos. Cuando se creían que iban a ser atrapados por aquellos esbirros, de pronto se oyó en la montaña una voz potente. Pies Grandes se detuvo y oteó el horizonte como un gato salvaje. Su rostro se iluminó, ya que estaban cerca de un poblado llamado Mapuches, una de las diferentes tribus que habitan la llamada Patagonia. El dueño de aquella voz se acercó a ellos. Después de saludar a Pies Grandes, los guió por un camino seguro y menos peligroso. Entraron por un túnel camuflado por troncos de árboles fosilizados por el frío y allí fueron acogidos por la tribu para poder descansar.

Cuando se adentraban por aquel túnel vegetal, Dorotea preguntó a Pies Grandes:

—¿Crees, con sinceridad, que en esa ladera donde hemos podido apreciar esas luces puede ser muy peligrosa para nosotros?

—Para ellos, sí —contestó Pies Grandes. Y no volvió a abrir la boca.

## CAPÍTULO XXXVIII REGRESO DE ANNA A MIELEC

Anna se encontraba sentada tras los cristales del balcón de su casa de

Polonia. Después de cinco años ausente de su casa de Mielec, miró desde la ventana. Vio caer de nuevo, como cuando era una niña, los copos de nieve que, lenta, muy lentamente, iban cubriendo las calles y los parterres con su manto immaculado. En un impulso, fue directamente al perchero, se puso el abrigo y se encajó en la cabeza un gorro de lana. Bajó las escaleras como si alguien la persiguiera, abrió la puerta de la calle y un frescor gratificante le acarició la cara. Salió a la calle, en un salto atravesó la calzada, se dirigió al parque. Una vez dentro, se agachó para recoger con su mano un poquito de nieve. Hizo con ella una bola, igual que hacía cuando era niña, y la arrojó con fuerzas contra una farola, que, por el impacto, gimió de frío con cada copo que le resbalaba por su estructura metálica.

Caminó despacio, dejando, a cada paso, su huella sobre la nieve. Sonrió mientras pensaba en lo vivido, y quiso creer que cuando una historia se acaba, empieza la fantasía, y cuando de esta apenas queda rastro, hay que recurrir a la imaginación.

Se sentó en un banco del jardín escondido entre los arbustos. Allí, mirando cómo caía suavemente la nieve, recordó sus sueños, las confidencias e ilusiones que, en soledad, solo él, aquel banco solitario, supo de sus sueños, y que, lejos de Mielec lo recordó siempre, lo tuvo en su pensamiento porque sabía de sus quimeras, había sido durante su adolescencia su único confidente. Se limpió la cara con el guante húmedo, miró a su alrededor, las flores ya no se dejaban ver, habían sido cubiertas por el manto de la nieve. Una lágrima furtiva volvió a resbalar por su cara. Ahora se encontraba allí, de nuevo, con nuevos sentimientos, pero también quiso que “su” banco supiera que de nada vale la muerte por venganza; porque eso solo puede traer sufrimientos y tribulaciones a nuestras vidas, porque solo Dios sabe qué debe hacer con la conducta de los hombres.

Sintió en su cuerpo un escalofrío y satisfacción al pensar que hubo un

momento en su vida en el que todo lo que hacía le parecía que era perfecto, limpio, como se deben hacer las cosas.

De nuevo se encontraba en su casa de Mielec, había recordado su adolescencia después de vivir tantas experiencias. Había paseado por el parque que la vio jugar en su niñez. Subió las escaleras de su apartamento. Sintió cómo latía su corazón, que parecía llenarla de nuevo con soledades y zozobras, al ser consciente de que todo había terminado para ella, a pesar de haber vivido una etapa llena de intrigas y de peligros, pero también, por qué negarlo, de gratas experiencias. Pero ahora tenía ante ella el volver a empezar una tercera fase en su vida, que tan solo dependía de su decisión, pero que le preocupaba pudiera ser más tediosa que la que vivió entonces en Mielec. Se encontraba en el salón, la nostalgia no se separaba de su pecho, de su mente no se iban aquellos paisajes agradables que disfrutó en Extremadura. Sorprendida ante estos pensamientos, de nuevo sintió una fuerza sobrenatural que surgió en ella desde muy dentro de su pecho, como si oscilara un péndulo de vitalidad que, a toda velocidad, parecía decirle: “Deja atrás la vida tediosa que siempre te ofreció Mielec, busca otra forma de vida. Sal de aquí cuanto antes”.

En ese momento, de sopetón, y metida como estaba en el laberinto de sus pensamientos, se oyó una voz que le dijo: “Anna, creo que has confundido mi voluntad para crear tu propia vanidad”.

Ante esta voz creyó estar delirando, allí no había nadie más que ella. En aquel apartamento estaba sola con sus cavilaciones. Se puso la mano sobre la frente, no tenía fiebre. Después de un prolongado silencio, que se le hizo infinito, de nuevo se hizo oír aquella voz que clamaba con autoridad, y, sin salir de su asombro, puso toda su atención: “Pensándolo bien, creo que mereces ser perdonada”. Entonces, abrió los ojos desconcertada, sin saber qué pensar. La voz siguió hablando: “Sé que has arriesgado mucho, que has

sido valiente proclamando a tu paso que jamás se olviden estos horrores”.

Ahora la voz tronó: “¿Acaso no sabes aún quién soy? Soy Samuel Karsirski. No te asustes, he seguido todos tus pasos, incluso, tus movimientos más imperceptibles. Sí, con mi espíritu, a veces tu vanidad me horrorizaba y, sobre todo, también el desorden en el que te encontrabas inmersa, por eso espero que tu colaboración haya servido para conseguir más fácilmente nuestros objetivos”.

Anna tembló ante las palabras que acababa de escuchar y que parecían que la estaba acusando. Después de unos segundos recapacitó. Ha dicho espíritu, vanidad, desorden... ¿Pero todas esas vivencias habían sido tuyas?

Paseó por el salón unos momentos, como si fuera una fiera enjaulada. Minutos después se dirigió al cuarto de baño, abrió el armario. Su rostro se reflejó en el espejo, abrió la puerta de cristal. Se asombró al ver que dentro de aquel armario aún está repleto de productos de belleza, unos productos que desde que había regresado a Mielec había olvidado. Se lavó la cara y, como si se tratara de un rito, se limpió el cutis. Luego se tonificó la piel para, seguidamente, ponerse crema nutritiva. Se miró con detenimiento de nuevo al espejo y en su rostro se dibujó una leve sonrisa después de darse un suave maquillaje que daba luminosidad a su cara. Volvía a ser la mujer dinámica y atractiva que fue mientras estuvo ausente de Mielec. Desde ese momento, deseó con todas sus fuerzas seguir siéndolo.

Sonó el teléfono, lo descolgó con desgana. No le apetecía hablar con nadie, tenía mucho que reflexionar sobre qué hacer con su vida.

—¿Sí?

—Querida, ¿qué haces en Mielec? Todos te creíamos en tu palacete de Madrid. Estamos toda la familia en Hervás, ya sabes, en la provincia de Cáceres, disfrutando de un tiempo espléndido. Después del almuerzo tenemos pensado salir camino a Madrid. Aquí se comenta que seguro que en Mielec

está nevando.

Anna no pudo articular palabra, esa voz le había emocionado. Después de un silencio por parte de Anna, respondió:

—Florenxia, ¿cómo has sabido que me encuentro en Mielec?

—Chica, hay que ver lo difícil que es hoy en día el localizarte. He tenido que mover algunos contactos. Bueno, cuando estés en Madrid te lo explico todo con más detalles, mi madre ya ha dispuesto que cuando llegues esté listo todo el servicio que vas a necesitar. Cuando llegues, estarán todos instalados en el palacete —y terminó diciendo con contundencia—: Todos deseamos que te quedes a vivir aquí entre nosotros.

De nuevo, un nudo en la garganta no la dejaba hablar.

Pero Florenxia, sin esperar respuesta, añadió:

—Te esperamos, no tardes —y añadiendo en forma de posdata—: Mi madre también te espera.

Anna no contestó, parecía tener el cerebro bloqueado.

Cuando colgó, y al quedarse de nuevo en soledad, en su cabeza martilleaban las últimas frases que le había dicho Florenxia. Era todo muy extraño, porque ¿tenía Florenxia madre? Si nunca le habló de ella...

Desde ese momento creyó que le era urgente regresar a España, tenía que desentrañar todas aquellas incógnitas que, estaba segura, alguien tendría que explicarle. Y con la urgencia que da el tiempo perdido, en ese mismo instante, hizo las maletas para regresar a Madrid.

Aquella noche, en su cama de Mielec, las horas se le hicieron interminables pensando en sus sentimientos. No estaba segura del futuro que le aguardaba en España, pero los argumentos que siempre tuvo para regresar a Mielec ya carecían de importancia, pues sus raíces parecían haberse desviado, llegando a tomar rumbos insospechados. Se levantó al amanecer, paseó como una autómatas por la sala de estar y, sin lavarse la cara, decidida,

descolgó el teléfono. En unos momentos ya tenía decidido lo que iba a hacer: iba a llegar a España unos días antes de lo que había previsto. Era necesario para ella resolver algunos asuntos relacionados con la finca extremeña. Tenía necesidad de volver a la finca y cerciorarse de que aquella pintura donde vio aquella casa retratada era la misma finca que un día la embrujó con sus secretos. Hizo una llamada a una agencia de viajes que funcionaba las veinticuatro horas y pidió que le reservasen un pasaje de avión en clase preferente, para el primer vuelo que estuviera previsto. Su destino era España. Mientras esperaba la confirmación, repasó mentalmente el contenido de las maletas. Seguidamente, llamó a las oficinas de la estación de ferrocarriles, necesitaba el horario de las salidas de trenes para Varsovia.

Sonó el teléfono y después de una larga hora de espera le confirmaron el vuelo para esa misma mañana. Miró el horario de la salida de los trenes de Mielec. Los horarios se ajustaban a sus necesidades. Seguidamente, y sin dejar el teléfono, llamó a un taxi para que la llevase a la estación. Desde el trayecto que hacía en tren hasta Varsovia pensaba que, quizás, no fuera conveniente para ella desentrañar los misterios ocultos que guardaba la finca, aunque se sentía con la fuerza necesaria para seguir leyendo aquellos libros, y hasta estaba segura de que podía llegar a interpretar aquellos acertijos que guardaban con tanto celo esos maravillosos libros.

Cerró los ojos, se encontraba tan cerca de aquellos pasajes que, cuando posaba su mirada en aquellas páginas que le hablaban de sabiduría, ella se sentía tan pequeña y tan lejos... ¿Sería que aquellos libros le estaban dando una lección de humildad? Pues le era difícil saber interpretarlos. ¿Estarían escritos, tal vez, por profetas? Pero, a pesar de mostrar su difícil razonamiento, ella supo que, sin querer, había hecho de su curiosidad una necesidad enfermiza que tenía que resolver.

Cuando su tren llegó a la estación central Warszawa de Varsovia, cogió



un taxi en la misma estación para que la llevase al aeropuerto de Jasionka. Una vez acomodada, durante el vuelo aún tenía confuso lo que en realidad quería hacer antes de reunirse con Florencia en Madrid. ¿Qué le diría a Florencia en el caso de que se enterara de que había estado en la finca? Podía llegar a desconfiar de ella. Estos pensamientos hicieron que afloraran de nuevo sus miedos que, hacía tiempo, parecían estar dormidos. Si esto llegara a suceder, se iba a sentir en la más absoluta soledad. Ante estas reflexiones, pareció notar que su mente se quedaba en blanco. ¿Sería este, tal vez, su mecanismo de defensa?

## CAPÍTULO XXXIX REGRESO A LA FINCA EXTREMEÑA

Una vez en Madrid, desde el aeropuerto de Barajas, cogió un taxi para llegar a la finca. Era una decisión que, durante el trayecto del aeropuerto a la finca, ya había meditado que debía hacer. Necesitaba resolver muchas incógnitas. Primero, las referentes a la finca y, más tarde, en su regreso a Madrid, le pediría explicaciones a Cohen por su extraño comportamiento durante el tiempo que duró la restauración de la finca y su especial amistad con el arquitecto que la rehabilitó. ¿Había, acaso, algo oculto entre los dos que ella desconocía? ¿Cuál fue el motivo que la mantuvo en alerta antes de que ella partiera hacia Argentina? ¿Acaso se había convertido en otra persona que ya no reconocía?

Cuando llegó a la finca y el coche se adentró por el camino sinuoso de tierra, flanqueado por aquellas encinas centenarias que ella tanto añoró en tierras argentinas, Anna creyó que no podía soportar el fuerte latido de su corazón. El taxi se paró ante la fachada de piedra y, antes de bajarse,

contempló su espléndida portada de sillería y aquellas escaleras palaciegas de granito. Anna no se sentía con fuerzas para bajar del vehículo, estaba sintiendo una emoción que le hacía acelerar sus pulsaciones. Estaba todo igual que el primer día que la vio por primera vez, cuando supo que algo muy fuerte le había llevado allí para comprarla. Sintió enormes deseos de entrar, pero, al mismo tiempo, le invadió la duda, no tenía la llave, la había tirado a aquel pozo y seguro que era imposible recuperarla, aunque su instinto le dijo que era lo que se iba a encontrar.

Siguió sentada aún dentro del taxi, ante un taxista que esperaba instrucciones, pero ella seguía distraída, inmersa en sus recuerdos, que no había dejado de evocar desde que se encaminó hacia la finca y por ello no vio cómo un hombre se acercaba al coche.

—Señorita, mi mujer y yo la estábamos esperando —dijo con voz que demostraba alegría por el reencuentro.

Anna lo miraba asombrada, no podía creer lo que estaba oyendo, nadie excepto ella conocía sus planes, por lo tanto ¿cómo supo el guarda de la finca que había decidido volver? El día en que salió de aquella casa dijo adiós a todo con la idea de no volver. Hizo sellar las puertas de las habitaciones, especialmente la que ella había ocupado, alegando que aquel tapiz que adornaba la pared era muy delicado y no debía ser tocado por nadie para evitar un mayor deterioro. Por unos momentos, no se podía creer lo que le estaba pasando. Despertó de su ensoñación, bajó del taxi con las piernas temblándole, despidió al taxista. El guarda, solícito, cargó con las maletas para meterlas en la casa. Anna, de pie y ante la puerta, miró hacia el balcón que daba luz a la alcoba donde se hallaba el tapiz, y, como la primera vez, también tuvo la sensación de ver tras el cristal una figura andrógina, pues no supo distinguir el sexo, por encontrarse cubierto por una túnica oscura. Desde lo alto parecía taladrarla con la mirada. Se encontraba indecisa, tal vez

aterrada, no se atrevió a subir los diez peldaños de piedra que conducían hacia la puerta principal. Sus piernas no parecían querer obedecerle, se sentía clavada en el suelo como si fuera una estaca.

La mujer del guarda seguía como ella la conoció: dicharachera, rechoncha y sanota. Le abrió la puerta de par en par para que entrase. Anna, después de saludarla, subió las escaleras hasta llegar al primer piso, no se paró en el zaguán. Subió con decisión, no podía permitirse flaquear en esos momentos, estaba todo decidido, se adentró por el pasillo. Cuando se encontró frente a la puerta de su alcoba vio, confusa, que no tenía el precinto puesto, pero entró sin decir palabra, precedida por la mujer del guarda, todo estaba en perfecto orden y limpieza. La mujer abrió las maletas y esperó la orden para colgar la ropa en el armario. Anna, con un gesto, la dejó hacer, mientras, recorrió con la mirada, palmo a palmo, aquella habitación que sabía le estaba ocasionando tantos desvelos. Abrumada por desconocer qué era lo que estaba pasando allí, se asomó al balcón para despejar la mente. Estaba completamente segura de que allí no había quedado nadie del servicio cuando ella salió de la finca, y hasta creyó que también se había ido el guarda y su mujer, pues mandó el dinero suficiente para que pudieran vivir hasta encontrar un nuevo trabajo. ¿Quién estaba detrás de todo esto? ¿Quién podía estar al tanto de sus planes? La mujer, tras ella, le preguntó:

—¿Qué quiere que guise para la cena? Tenemos en la despensa perdices que mi marido cazó ayer, también queso fresco, leche...

—No, por favor —dijo abrumada por su amabilidad—, solo deseo no causarles molestias. Tan solo cenaré un vaso de leche.

—Entonces, con el vaso de leche, le traigo un bollo de chicharrón, que son típicos de esta tierra, que también los hice ayer. Claro, los hice pensando en que llegaba usted hoy.

Cuando empezó a oscurecer, se asomó de nuevo al balcón y, entre las

luzes y las sombras, pudo percibir un ambiente tan fantasmagórico que se le antojó que las estrellas danzaban alrededor de una luna llena que parecían estar repletas de misterios.

Fue tal la excitación que despertó en ella el encontrarse de nuevo allí que, cuando se quedó a solas, no sintió ni tan siquiera el cansancio del viaje, y solo hizo lo que solía hacer cuando se encontraba en aquella habitación cada noche desde que llegó a aquella casona por primera vez y descubrió aquel enigmático tapiz. Se puso ante él y pulsó, con el dedo índice tembloroso, el mecanismo que lo hizo descender hasta esconderse en el suelo.

Encendió una linterna que llevaba en las manos. Entró en aquella habitación, nerviosa, como si fuera la primera vez. Pero allí seguía todo igual, no había nada que lo diferenciara de la primera vez que entró. Pero ahora no supo porqué en su pecho sintió una presión muy especial, como si, de repente, se despertara en ella una devoción rara, enigmática. Cuando se encontró dentro de aquel receptáculo pensó que podía ser quizás por lo que guardaba. Ante estas sensaciones se le antojó que estaba ante un santuario de sabiduría.

Las piernas no dejaban de temblarle, aquella situación era más fuerte que la primera vez, pues ahora, después de traspasar aquella puerta, y cuando creyó que no lo iba a hacer nunca más, se sintió mareada. Aquel tapiz y todo aquello que guardaba bajo la apariencia de un hermoso lienzo era, en realidad, un entramado jeroglífico bien trazado, donde se guardaban grandes enseñanzas y los libros eran los instrumentos utilizados para la meditación. Los cuadros que allí se encontraban, con sus pinturas, estaban interpretando la historia de aquello que representaban. Podía decirse que era una ventana abierta al universo, y que estaban allí para que alguien los viera y leyera entre líneas y así poder revelar las significaciones profundas de la vida pasada y de la venidera.

Contuvo su emoción cuando miró detenidamente aquellas estanterías. Decidida, abrió una de las puertas que, al ser acristaladas, protegían del polvo a aquellos tomos de donde podían salir, como de cualquier libro, sorpresas escritas que esconden, entre sus páginas, grandes sabidurías bajo un aparente misterio. Eligió uno de aquellos libros al azar. Lo abrió, con él en las manos se sintió indecisa, igual que se puede sentir un profano ante lo desconocido. Pasó las hojas, solo quería saber cuáles eran los temas que aquel tomo encerraba. Le sorprendió leer un nombre que, no sabía por qué, le sugirió a alguien conocido de la era actual. No obstante, lo leyó, lo releyó, pero, a pesar de insistir, no consiguió descifrar lo escrito. Aquel texto le pareció muy raro, quizás se tratara de un jeroglífico difícil de resolver para ella. Después de darle mil vueltas y de mucho pensar, llegó a la conclusión de que si se encontraba allí, de nuevo y en aquel lugar, no era simplemente por capricho, tenía que ser por algo importante que tenía que hacer. Quizás sin querer había sido ella la elegida para que fuera la portavoz y poder advertir al mundo de algo. ¿Pero de qué? Estas reflexiones hicieron que sus nervios se alterasen.

Anna perdió la noción del tiempo metida en aquella habitación. Como un autómatas, pasó unas cuantas hojas de uno de los libros que había elegido al azar, no supo por qué, pero cerró el libro para volver a abrirlo por el mismo centro. Antes de reanudar la lectura se puso a pensar, poco después se dio cuenta de que aquellas páginas que tenía ante ella se encontraban igual de reversadas como el principio del libro. Anna cada vez estaba más segura de que tenía que ser un mensaje en clave, pero, al mismo tiempo, también dedujo que parecía querer incitar al lector a usar su inteligencia para resolver aquel entramado de letras que parecían inconexas. Estaba convencida de que todo lo allí escrito tenía que esconder algún enigma. Allí, en aquellas escrituras, había revelaciones disimuladas que estaban escritas en un sistema quizás secreto, con galimatías y mensajes que eran difíciles de interpretar

para el lector que no fuera un iniciado. Estos textos estaban hechos con escritura apretada. Anna no salía de su asombro, siguió mirando aquellas páginas y vio que, en alguno de sus tramos, la lectura se dividía en unos versículos que parecían mutilados. Cuando siguió pasando las hojas, no entendía por qué se encontraba a cada momento más nerviosa. En otro de los textos a Anna le pareció que lo allí escrito era una especie de letanía. Cerró el libro asustada, se tocó la frente y le dio la sensación de que tenía fiebre. Salió de allí. Se recostó en la cama. Poco después, se encontraba de nuevo en aquella habitación. No supo cómo definirlo, si era curiosidad o ansiedad por saber. Cogió de nuevo el libro, lo abrió, lo puso del revés, necesitaba saber de qué se trataba. Seguía empeñada en saber qué era lo que guardaba aquel libro. En unos segundos se dio cuenta de algo que había pasado por alto en su primera lectura. Al poder descifrarlo se le cortó la respiración. Allí escrito estaba el nombre de uno de los hombres más sanguinarios de la Segunda Guerra Mundial. Intrigada, cambió el libro de posición y lo puso de forma que la página pudiera leerse sesgada. Entonces, asombrada, pudo leer con toda claridad lo que allí estaba escrito: era el nombre de Eichmann, aquel vil y despreciable gusano, dirigente de los campos de concentración y que, al mismo tiempo, hizo construir los hornos crematorios que manejó con magistral maldad en los exterminios de los judíos.

Cerró el libro. Se encontraba asustada. No podía ser el mismo hombre. Este libro se escribió en la Edad Media. Lo puso encima de un taburete que estaba destinado a subirse y alcanzar los ejemplares que se encontraban a mayor altura. El libro que acababa de leer le pareció que le quemaba las manos. ¿Quién podía haber escrito aquellas páginas? Sí, ese libro era mucho más antiguo que la misma guerra, pero ¿quién pudo haber escrito el futuro? ¿Quién puso allí todos aquellos libros? Lo cogió en sus manos, de nuevo lo abrió. Su corazón latía con fuerza por la incertidumbre y no sabía qué pensar.

Se sentía cansada, tanto como si hubiera corrido una maratón.

Pero la curiosidad es mucho más fuerte de lo que ella pensaba. Pasó otra hoja, de nuevo su rostro se transformó por la sorpresa y desconcierto. Allí, y con letras legibles, aunque seguían siendo enrevesadas, se encontraba el nombre de Arafat. Anna se empezó a intranquilizar, se tocó la frente, que en esos momentos perlaba gotas de un sudor frío. Aquellos eran textos y narraciones que, a pesar del mucho tiempo transcurrido, se podía deducir y hasta sospechar, de que se habían escrito en la época actual. Sin embargo, también pudo leer en otras páginas, que se encontraban más amarillentas y con un acentuado olor a humedad, unos hechos futuros que se habían escrito con la distancia de siglos.

El desconcierto que sentía no le daba tregua para pensar, tan solo se le ocurrió que todo lo escrito en aquellos libros solo podía haberlo hecho una inteligencia superior a lo conocido. Anna, con los ojos abiertos, no parecía parpadear, su cuerpo se encontraba inmóvil, parecía encontrarse en estado de shock.

Cuando se recuperó, siguió leyendo, ahora leía con más avidez, pero un agotamiento repentino le hizo decidir dejarlo. Abandonó el libro sobre el taburete, no podía seguir, sus ojos parecían necesitar cerrarse, no lo consiguió. Ese libro parecía poseer un magnetismo sobrenatural que no le dejaba descansar. En esos momentos en que tenía de nuevo el libro en sus manos sintió que algo poderoso controlaba su mente, obligándola a seguir leyendo.

Un miedo espantoso le hizo abandonar de nuevo la lectura, había escuchado un extraño ruido, eran pasos inseguros que parecían arrastrarse tras la pequeña y estrecha puerta que conducía hacia los pasadizos. El estómago se le endureció y sus músculos parecieron agarrotarse por un instante. Ahora creía, con absoluta seguridad, que eran pasos, unos pasos que

parecían pararse antes de acercarse a la puerta. No pudo seguir leyendo, ya que la cabeza parecía estar a punto de explotarle. Desde que pisó por primera vez aquella habitación y descubrió por curiosidad alguno de sus laberintos y recovecos le pareció ver que, bajo aquel techo tosco, que casi raspaba su mollera cuando se movía de un lado a otro escudriñando aquel tesoro, Extremadura es una tierra que siempre estuvo profundamente herida, y que, aun a pesar de los tiempos, su herida sigue sangrante, aunque guarde en sus entrañas el valor de unos hombres conquistadores, aguerridos, que nos dejaron una herencia que es la de arrastrar misterios milenarios, repartidos por esta tierra hermosa. Se sentó de nuevo. Ya creía que no tenía capacidad para pensar, estaba empezando a sentir una crisis existencial demasiado profunda.

Después de haber dejado los libros en la estantería, se olió las manos, era el mismo olor que percibió la primera vez que tuvo uno de esos libros entre sus manos. Se observó de nuevo las manos como si estas, al mirárselas, la hipnotizaran, ese olor que desprendían no era el habitual con el que se suele impregnar el papel cuando está a falta de oxígeno... Y en ese trance, llena de confusión, recordó algo que no pareció aclarar su mente, a pesar de haberlo leído en uno de aquellos tomos antes de dejar la finca camino de Argentina: “¿Quién era en realidad aquel anciano? ¿Y por qué no se había dejado ver desde qué llegó?”.

De pronto, su mente pareció rebobinar, su cuerpo recibió una descarga eléctrica que le hizo reaccionar recordando aquella frase que le dijo aquel día el anciano:

—Cuando el viaje se inicia...

El pulso se le aceleró sin control. Se asustó como nunca jamás lo estuvo hasta aquel momento. Se levantó de un salto, pero se tuvo que apoyar en la pared. Se sentía tan mareada que casi se desmayó ante este pensamiento:



“¿Entonces, yo inicié ese viaje?”. A Anna en esos momentos se le antojó que la mente parecía tenerla cada vez más trastornada: “Pero, si hice ese viaje, ¿por qué no lo concluí?”. Tal vez era por alguna razón que ella desconocía, o quizás en esos momentos oportunos no estaba lo suficientemente preparada en el plano espiritual.

Salió de nuevo de aquella habitación pensando que nunca debió entrar, y mucho menos volver, paseó a grandes zancadas del balcón a la habitación misteriosa como una leona enjaulada, desconociendo el motivo de aquella irritación que parecía estar trastornándola cada vez más.

Después de ese día juró que jamás sentiría miedo, pero esa reflexión no impidió que su cuerpo temblara al pensar que allí se encontraban, entre aquellas paredes, sobrinos, quizás algún hijo o simpatizantes de los nazis, y todo tan solo porque ella los condujo hasta ese destino que les preparó con veladas mentiras. Eran jóvenes, caprichosos y derrochadores de dinero ajeno, pero ya era tarde para el arrepentimiento. Ahora todos estaban muertos. Ella les vio cómo morían, había ejecutado a inocentes. En unos momentos en que algunos supervivientes de aquel holocausto se estaban uniendo para que se hiciera justicia, si no cómo muchos de sus víctimas hubieran querido, pero tan solo había una manera, y es que se supiera en el mundo los nombres de todos los que intervinieron en aquella masacre.

Anna recordó que cuando contempló la agonía de aquellos chicos en la finca no sintió remordimientos, pues a su mente, en esos momentos, le vinieron las imágenes que vio representadas aquel día por primera vez en los periódicos de la hemeroteca de Varsovia, que le hicieron ver una realidad descarnada, como si en esas imágenes se reflejara el mismo averno. Esas horribles fotografías se quedaron clavadas en su mente. Y este hecho hizo que, cuando aquel fatídico día los acompañó hacia el sacrificio, cuando los vio inclinarse en aquellas tinajas para inhalar su propia muerte, su mente le

hizo creer que se traba solo de unas alimañas que se retorcían de dolor. ¿Pensarían aquellos nazis lo mismo que ella cuando llevaban confinados a miles de judíos en aquellos trenes pestilentes como si fueran animales sabiendo que los llevaba camino al matadero?

De nuevo oyó los pasos, afinó el oído y percibió un tenue susurro. De nuevo oyó los pasos, pero ahora parecían alejarse, se iban despacio, muy despacio, como si el dueño de aquellos pies se hubiera arrepentido al haber llegado hasta aquella puerta.

## CAPÍTULO XL CUANDO LLEGA DE NUEVO A MADRID

Tres días después, las dos amigas se encontraron en el aeropuerto de Barajas. Se abrazaron. Cuando el coche rodaba camino al centro de la capital de España, hablaron de mil cosas sin importancia. A Anna se le antojó que debía abrir bien los oídos, pues necesitaba enterarse de un montón de cosas de las que estaba segura habían pasado y desconocía. Por unos minutos, Anna se quedó pensativa, no sabía qué decir. Florencia rompió el silencio, desconcertante y meditabundo de Anna, diciendo:

—En estos días, ¿has estado sola en Mielec?

Pero antes de que pudiera responder, Anna preguntó de nuevo a Florencia:

—¿Nunca has tenido la curiosidad de saber?

Anna se acurrucó en el asiento del coche y solo se le ocurrió meterse en los oscuros recuerdos de su cabeza, no sabía exactamente a qué podía referirse Florencia, ni tampoco con lo que se podía encontrar, se sentía ahogarse en aquella incertidumbre y se vio como en una encrucijada por

aquella insinuación. Por esa razón a Anna le resultaron inquietantes aquellas palabras de Florencia, o quizás se encontraba dentro de un sueño que no empezaba a gustarle. Ante estos pensamientos, fingió distraerse con el paisaje, mirando por la ventanilla del coche para no tener que hablar. Llegaron a Madrid, Florencia aparcó el coche en la puerta del hotel Ritz, Anna la miró extrañada. Florencia, ante la ansiedad que parece dominar a Anna, la tranquilizó:

—Pronto estarás en tu palacete, pero antes he querido que conozcas a ciertas personas, todos miembros de mi familia, que, en conjunto, verás que formamos un buen equipo.

Anna, como siempre, no sabía qué le esperaba y recordó las palabras que oyó estando en su casa de Mielec, que decían venir por boca o, mejor dicho, por el espíritu de Samuel: “Sé cauta en tus manifestaciones”. Ahora era ella la que le pedía, con su pensamiento, a Samuel que no le dejara abandonada ante esta nueva prueba.

Entraron en uno de los salones privados del hotel. Anna no se sentía comunicativa, solo esperaba expectante. Las cortinas de terciopelo del salón tamizaban la luz bermeja del atardecer. Al encontrarse en aquella sala, a Anna le empezó a latir el corazón con fuerza. Florencia se acercó a una mujer que se encontraba entre un grupo al que había llamado familiar. Estas personas parecían estar puestas estratégicamente de espaldas a la puerta.

Florencia se acercó a una de ella y, tocándole la espalda, dijo a Anna:

—Esta es mi madre.

Cuando aquella señora se volvió hacia Anna, esta solo pudo decir:

—¡Pero si eres tú, mi buena amiga de Buenos Aires!

—Sí, soy yo —le dijo abrazándola—, pero mi nombre verdadero es Carmen.

Anna, no pudiendo contener la emoción, se echó a llorar con lágrimas

que inundaron su cara al volverse a encontrar a una amiga que creía perdida para siempre.

Ahora Florencia se dirigió a una bella jovencita, elegantemente vestida y con modales de princesa:

—Esta es mi hermana Judí —dijo a modo de presentación.

Anna, al ver a Patricia, creyó estar subida en una noria desde donde se ven pasar aquellos personajes que son determinantes y rápidos ante la trama de una película de intriga. Cerró los ojos y se abrazaron en silencio, pero aún había muchos más personas en aquella sala.

Sentada se encontraba una dama de mediana edad parecía esperar su turno que, al ser nombrada, se volvió para mirarla. Despacio, se levantó dando tiempo para que Anna se recuperase del impacto recibido. Se acercó a ella, que se quedó muda por la sorpresa, allí estaba con su inconfundible mirada astuta, Laura Steinman, que, al reconocerla, Anna se emocionó cuando recordó verla cómo se movía con soltura socavando información por los salones, con el mismo entusiasmo que le caracterizaba, la fundió consigo en un abrazo tan elocuente que le hizo tambalearse.

Entre las cortinas del balcón, y ya a media luz, la figura de otra mujer parecía estar esperando su turno para ser presentada. Su cabeza estaba tocada con un enorme gorro bávaro. Al mirarla, Anna recordó aquel día que, estando desayunando, se acercó a ella para decirle algo que le dejó sin palabras, pues lo que le dijo aquella mujer lo recordaba con exactitud, fueron sus palabras de tal rotundidad que no pudo desayunar, la había desconcertado no pudiendo articular palabra. Al verla, en su cabeza, como si estuviera sucediendo en aquel mismo momento, escuchó:

—Busca y castiga a los nazis, ellos son los culpables del exterminio de mi familia.

Las dos, una frente a otra, cruzaron sus miradas, la mujer se acercó a

ella, le dio un beso en cada mejilla y con un gesto de gratitud le dio el extravagante gorro que aquel día lució. Florencia se encontraba a dos pasos de ellas. La mujer del gorro bávaro, emocionada, le dijo:

—Yo también soy miembro de la familia Cohen.

En esos momentos, recordó que no lo había visto, no parecía encontrarse entre su familia. Y Anna, con voz de alegría, la alzó para que todos la oyeran:

—¿Alguien me puede decir dónde se encuentra Cohen?

Dorotea (ahora Carmen) se acercó a ella, le dijo con voz solemne:

—Cohen, el Cohen que tú conociste, ya no se encuentra entre nosotros.

El silencio se apoderó de todos los presentes.

Anna miró sorprendida cómo todos los allí reunidos se miraron. En sus caras, en esos momentos, se notaba una gran tristeza.

Dorotea se acercó a ella y, tomándole la mano, le dijo:

—Dejó de existir aquella noche. ¿Recuerdas aquel día que fuiste con Cohen, acompañados por dos personas desconocidas para ti, a cenar por el barrio castizo de la ciudad? Yo, cuando te fueron presentados, enseguida supe, por la expresión de tu cara, que no era de tu agrado aquella reunión. Pero Cohen aquel día cometió una gran equivocación y creyó en ellos. En esos momentos nos sentíamos vulnerables, pues necesitábamos con urgencia la ayuda de esos individuos para poder adentrarnos en el negocio de la exportación de tabaco. Para nuestras plantaciones era necesario poder exportar desde Extremadura a Norteamérica, y ellos, en esos momentos, parecían tener la clave para empezar a hacer negociaciones con los norteamericanos.

Anna sintió un pinchazo en la cabeza, como si una enorme aguja de tejer le taladrara. Entonces recordó que cuando estaban de regreso hacia el hotel, y después de la cena, un hombre se acercó a ella, diciéndole que tuviera precaución. Este gesto le preocupó, pero ahora recordó que también pensó:

“¿No sería una treta urdida para que se apartara por unos segundos del grupo?”.

Desde aquel momento en que fue avisada por aquel desconocido ya no sabía si confiar en aquel hombre que tan generoso había sido con ella desde el primer momento en que se dio a conocer a la comunidad judía. Más tarde, cuando se despedían de ella en el hall del hotel, Anna no supo por qué, pero notó algo raro en el comportamiento de Cohen, que llegó a desconcertarla. También recordó, fugazmente, cuando se estaban efectuando las reformas de la casa de campo en Extremadura, que Cohen se comportaba de una forma muy extraña, siempre con un mapa en las manos que nunca quiso que ella viera. Hablaba en voz baja con el arquitecto, proyectaban la ejecución de la obra en una de las tascas del pueblo próximo, y varias veces lo encontró husmeando en los rincones, y, cuando veía que se dirigía a él, enseguida guardaba en su bolsillo unos papales que parecía no tener intención de enseñarle. También le pareció raro que cuando ella se encontraba ausente de la finca aprovechaba para despedir a los obreros que no les eran gratos. Ahora, mirando a aquel grupo que formaba una gran familia, se dijo: “Tengo la explicación”. Todo parecía aclararse en su desconcierto. Y entonces pensó: “¿No sería que alguno de aquellos obreros se estaba pasando de listo al comentar con él algo que había visto y que no le gustaba que supiesen?”.

Carmen, al verla tan confusa, le dijo:

—No temas, todo aquello ya pasó, y todos los que intervinieron en la trama para matar a mi esposo ya no se encuentran en este mundo. Eso sí, ahora se encuentran en el sitio que tanto ansiaban poseer. Los enterramos en uno de los pasadizos de la casa de campo extremeña.

Anna no supo qué decir. Habían convertido, sin que ella lo supiera, en un cementerio su querida finca.

Y después de una breve pausa para que Anna pudiera asimilar lo que

acababa de escuchar:

—Sé lo que me vas a preguntar —dijo Dorotea—. ¡Que ese hombre era exacto a Cohen!

Sin darle tregua a que le contestara Anna, siguió hablando:

—Sí, tenías toda la razón, los nazis durante la guerra habían estado perfeccionando la cirugía en todos los campos y este hombre fue uno de los primeros a los que se la hicieron. Fue tan perfecta que casi me convence a mí, pero no contaron con la intimidad del matrimonio y, desde ese momento, lo tuvimos vigilado. También nos dimos cuenta de que tú ya habías dejado de confiar en él, y entonces pensamos que, como eras muy observadora, decidimos no decirte nada para tu tranquilidad.

Entonces, Carmen le dijo con cariño:

—Eso fue, por suerte, lo que te libró de una muerte segura.

Después de departir una hora aproximadamente, todos se trasladaron al palacete, donde les esperaba una cena con la comunidad judía.

Anna, una vez allí, se quedó atrás, prefería pasear por el jardín unos momentos antes de entrar en la casa. Tenía que digerir todo lo que había visto y le habían contado. Al quedarse a solas en la penumbra del jardín, intentó desglosar el sentido del trabajo que había hecho en la persecución de los nazis. Ante estos pensamientos no tuvo por menos que asustarse. Con el ademán que le caracterizaba cuando se encontraba confusa, se alisó la melena con las manos, como queriendo espantar los fantasmas que en esos momentos le agobiaban, reconociendo que cuando decidió emprender esta aventura la primera reacción que sintió fue de pánico. Más tarde se dio cuenta de que ella también, de haber vivido en aquellos años, podía haber sido víctima, aunque ahora no se sentía mucho menos que ellos, porque había perseguido, pero también ella había sido perseguida físicamente, pero ¿quién podía quitarle la angustia de su alma? ¿Acaso no se enteró en Garrovillas de que sus

antepasados fueron judíos? Pero este pensamiento le llegó a reconfortar al saber que también se sentía como una superviviente más de un holocausto, que, a pesar de ser unos acontecimientos anteriores ella, también los había vivido, a su manera, en el presente.

Y por primera vez en mucho tiempo, empezó a pensar en ella. ¿Cómo se sentía? Había caminado sin descanso por caminos helados, oscuros, pisando bordes de precipicios, teniendo a veces sensaciones como si su cuerpo fuera sobrenatural y hasta creía que llegó a tener escasas o poca similitud con la vida y, a veces, tan solo sintiendo en su corazón el anhelo de poder conocer algún día la verdad de todo aquello en lo que se había visto inmersa.

Ahora notó que su ira se desbordaba, inundándola con ese pecado capital que siempre odió, y pensó en todo ese desatino que fue engendrado por una mente perversa y por el abuso desmedido por el poder que aquel hombre creó, sobre la dualidad del ser humano, que, al no saberlo encauzar, se convirtió en mitad monstruo y mitad persona, no dejándose ver su interior cómo era realmente. Esta definición de las angustias pasadas le hizo recapacitar. ¿Acaso no estuvo haciendo ella lo mismo?

Una sombra en el cenador le sobresaltó, se quedó quieta, conteniendo la respiración. A su cabeza volvieron los recuerdos penosos, llenos de incertidumbre. Segundos después, estos recuerdos fueron interrumpidos. Ante ella se encontraba el hombre al que no pudo sacarse de la cabeza, no podía creerlo, era el nazi Brumer. El hombre se acercó a ella con intención de abrazarla, Anna se quedó pegada al suelo como una estaca. Antes de que una voz tras ella pronunciara el nombre de Isaac, Anna lo miró fijamente.

—Tú —la voz se le quebró en un momento de debilidad—. ¿Qué haces aquí? ¿Acaso no sabes que esta es mi casa?

Anna, mientras pronunció estas palabras al desconcertado nazi, poco después dejó caer su cuerpo en el duro banco de piedra, no sabía si era verdad



lo que estaba pasando o quizás había dejado este mundo y se encontraba en el más allá, junto al hombre que la hechizó, a pesar de ser nazi.

—Cálmate, por favor —le dijo el hombre alarmado al ver la palidez de su cara—, sé que necesitas una explicación, que ahora mismo te voy a dar.

—Ya os habéis encontrado —gritaba Florencia desde el otro extremo del jardín, con la misma alegría que la caracterizaba. Anna volvió la cara y vio a una Florencia muy sonriente, que, al mirarlos, su voz dejó de ser entusiasta—. Chicos, me estáis asustando, parece como si os estuvierais mirando como dos enemigos.

Anna los miró y, después de recuperarse de aquel inesperado incidente, dirigiéndose a Florencia:

—¿Me puedes contar tú que es lo que está pasando?

Florencia, pesarosa, se sentó junto a ella.

—No lo entiendo. ¿Pero aún nadie te ha contado la historia del falso nazi?

El falso nazi se acercó a uno de los bancos que se hallaba cercano al estanque, se sentó y, en su actitud, parecía haber perdido la vitalidad de hombre joven que era. Florencia invitó a Anna a sentarse en el mismo banco que ocupaba el hombre, sin disimular la cara de preocupación.

—Mi hermano —y señaló con orgullo— se llama Isaac, y pertenece, como muchos de nuestros amigos, que ya has conocido, al Instituto de Inteligencia y operaciones especiales llamado MOSAD, donde trabaja con una falsa identidad.

Pero Anna siguió sin entender nada de lo que le contó Florencia.

Florencia, más animada, al ver que empezaba a recuperar la serenidad, siguió contando la historia:

—Este es un instituto que fue creado en diciembre del 1949, quizás por esa razón nunca llegaste a saber que existía, y del cual es miembro mi

hermano, aquí presente —dijo para limar asperezas mientras miraba a su hermano con enorme cariño—. ¿Recuerdas cuando, sin saber por qué, una mano oculta te salvó del peligro inminente en el que te encontrabas cuando te perdiste por aquel barrio repleto de delincuentes sin escrúpulos? Pues allí estaba un miembro de esta institución para protegerte.

—¿Y cómo es que supieron de mí?

—Fuiste elegida por la comunidad judía en el mismo instante en el que te preocupaste por aquel judío llamado Samuel. Aquel policía impresentable que machacaba al pobre Samuel lo hacía porque te estaba probando para saber hasta dónde podías llegar con aquella misión.

—Bueno, me habéis contado muchas cosas y algunas no las acabo de entender, por ejemplo ¿qué papel hacía Isaac? ¿Y cómo podía cambiar de fisonomía según las circunstancias? Pues yo, habiendo estado varias veces con él, en fiestas y tomando café, estaba segura de que no era el mismo nazi que yo llegué a conocer. Si fuera cierto, lo hubiera notado enseguida. Pero lo que sí supe —dijo al confesar sonrojándose— es que, desde el primer momento en que lo conocí, su mirada tenía algo de bondad que me atraía.

Ahora habló el nazi con tono relajado:

—Todo era muy sencillo, los alemanes siempre han presumido de tener una inteligencia científica superior a la del resto del mundo, pero no lo es tanto, porque nunca llegaron, ni llegarán, a poseer la sabiduría del pueblo judío.

—Ahora creo que me estoy perdiendo de nuevo —dijo Anna levantándose del banco.

Pero Isaac siguió hablando:

—Mucho antes de que el mundo pudiera disfrutar de las llamadas operaciones de estética, los judíos la practicaban, pero no por coquetería, sino por necesidad, al estar sometidos desde los tiempos remotos a una

persecución que, según se cuenta, han sido por unos motivos que nunca han sido confirmados.

Anna parecía que empezaba a reaccionar:

—Ya sé que me estáis contando muchas cosas de las que nos han sucedido a los tres, pero lo que me intriga es saber cómo hiciste para engañarme de esa manera. Ahora, aquí, te veo tal cual, como aquella primera vez que te pusiste ante mí. Ese fue un día que nunca pude olvidar, ni tampoco cuando me invitaste a la gran fiesta sevillana en la Casa de Pilatos. ¿Y no te acuerdas de aquel día que nos vimos, por primera vez, en Extremadura, en la casa de Cohen?

Anna no salía de su asombro, todo ese tiempo había estado enamorada del mismo hombre, pero con aspecto diferente.

Él, ahora más animado que ella, la tomó de la mano:

—En mi caso, no hubo necesidad de hacerme cirugía, tan solo utilicé el viejo truco que utilizan los payasos en el circo, maquillaje. Tan solo fue eso.

Anna, cada momento que pasa, se sentía más perdida. No sabía a qué estaba jugando Florencia cuando empezó a contarle, con toda tranquilidad, que, desde que ella llegó a Madrid desde Mielec, fue una pieza esencial, pero ¿cómo la pudieron manipular de esa manera sin tener ella ni la más mínima percepción del juego?

Entonces intervino Florencia de nuevo:

—Esta noticia creo que la tienes que saber, pues, a los tres días de que hicieras aquella incursión por aquel lago llamado La Angostura, buscando la casa de Hitler, gracias a que te hicieron un seguimiento, los miembros de este instituto, que no perdían tu rastro, pudieron capturar en la misma Argentina, y muy cerca del hotel en el que te hospedabas, al mismísimo Adolf Eichmann, el criminal de guerra más buscado.

Anna, aquella noche, para ella jubilosa, ya en la soledad de su alcoba, se

decía una y otra vez: He hecho un viaje de miles de kilómetros para llegar tan solo al fondo de mí misma. Y mientras se sumergía entre las sábanas, pensó con una sonrisa en los labios: “¿Entonces, hice el papel de tonta en esta historia?”.

Pero su conciencia, a la mañana siguiente, le dijo: “¿Pero aún no te habías dado cuenta de que solo buscabas tu felicidad amparada en tu justicia?”.

Aquella mujer polaca llamada Anna tan solo quiso hacer saber al mundo que las atrocidades solo las cometen los descerebrados y los cobardes, pues ¿acaso creen que en el más allá no van a ser juzgados?